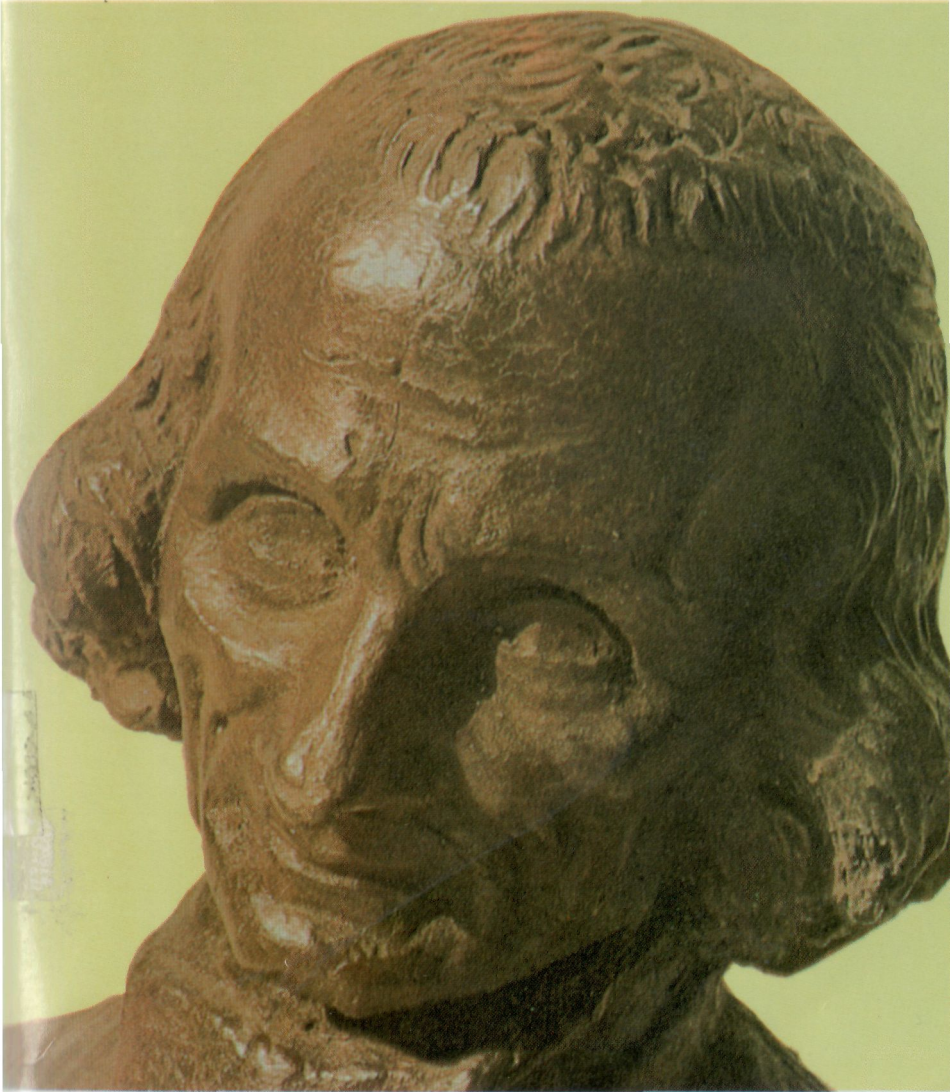


EL CURA DE ARS



FRANCIS TROCHU

EL CURA DE ARS

Novena edición

© Echêvé de Nantes

© Ediciones Palabra, S. A.
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 Madrid

La versión original de este libro
apareció con el título
LE CURE D'ARS

Traducción:
© Equipo de Traducción de
Ediciones Palabra, S. A.

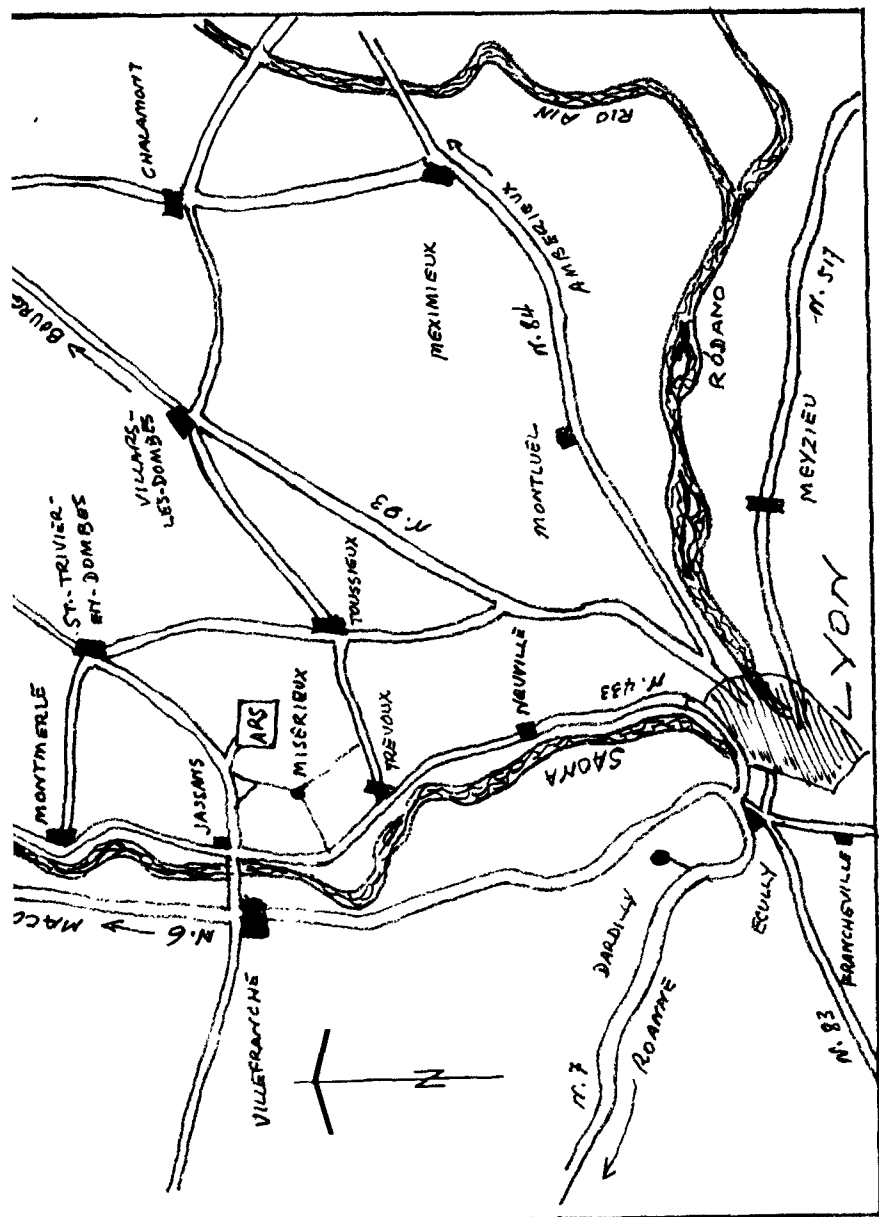
Diseño de portada:
José Luis Saura

Cubierta:
Busto del Cura de Ars,
modelado en cera por el escultor
Emiliano Cabuchet,
mientras el Santo
explicaba el Catecismo

Con licencia eclesiástica
Printed in Spain
I.S.B.N.: 84-7118-384-6
Depósito legal: M. 38.705-1996

Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

ARCADUZ



PROLOGO DE LA EDICION ESPAÑOLA

Bajo la impresión con que acabo de leer esta «Vida del Cura de Ars», escrita por el laureado Vicario de Nuestra Señora de Nantes, señor Trochu, tomo la pluma para decir una palabra sobre el libro y sobre su héroe.

EL LIBRO

Un modelo de vidas de santos: así lo puedo llamar con toda justicia.

Y lo es porque el autor ha acertado a salvar los dos escollos con que, a mi ver, tropiezan ordinariamente esta clase de obras literarias: la suplantación de la persona o la negación de la naturaleza del biografiado.

Me explicaré brevisísimamente.

El peligro de la suplantación de la persona

Uno de los grandes riesgos de la veracidad histórica es la tendencia del espíritu humano a establecer la ecuación de la inteligencia, no con las cosas como son en sí, sino como se las representa el prejuicio de escuela, de nación, de familia, de corporaciones o del propio gusto o capricho.

¡Cuántas veces vemos en la historia, o en los libros de historia, que la hazaña que para un historiador es una gesta, para otro es una villanía, y que el personaje que para unos es un coloso, para otros es un pigmeo!

Y ¡cómo a las veces esos prejuicios mueven las plumas de los hagiógrafos, y, en vez de presentar a los santos como Dios los hizo y ellos fueron, vivieron y hablaron y respiraron, presentan un héroe tan a la imagen y semejanza de los gustos y aficiones de su historiador, que el resultado más que la «Vida de un Santo», es la «suplantación de un Santo», al que se le hace pensar, sentir, hablar, proceder y dejarse influir al modo y por los motivos que al autor le place!

Y cuenta que en la mayor parte de los casos no es la superchería la que induce a esa torpe acción: es una inconsciente equivocación del propio juicio, extraviado por el amor propio disfrazado con el nombre de amor de clase, de patria, de escuela, de tradiciones, de partido, etc.

De mí, puedo deciros que, después de leer biografías de un mismo Santo escritas por diversos autores y de distintas escuelas y tendencias, me he decidido a esperar a conocerlos de verdad en el cielo.

El peligro de la negación de la naturaleza

Es el otro escollo con que suelen tropezar los biógrafos de santos. Realmente, subyuga tanto la santidad cuando de cerca se la contempla; arrebatan tan impetuosamente las heroicidades de los santos cuando se les ve moverse en plano tan alto al en que nos movemos los demás mortales, que el que los examina y trata de describirlos corre el riesgo de perder de vista al hombre y lo humano, y absorto en lo inexplicable y sobrehumano de aquella existencia, acaba por casi quitarle la naturaleza humana para sustituirla con otra angélica o divina.

Aunque sea un defecto excusable, es engendrador de extravíos en el conocimiento de los héroes y de desalientos en la imitación de sus virtudes. Que más asequible para nuestro entendimiento y más imitable para nuestra flaca voluntad es distinguir lo que hay de humano y de divino en el santo y persuadirse de que no todas las obras del santo han sido santas, ni todos los santos lo fueron siempre, ni de un golpe, sino que

se hicieron luchando contra sus imperfecciones y tentaciones, faltas y pecados, a las veces, gravísimos.

Los dos peligros evitados

Esta «Vida del Santo Cura de Ars» huye con igual empeño y acierto de estos dos obstáculos; ni suplantación de persona ni negación de naturaleza.

No hay suplantación de persona, porque el autor ha tenido el singular mérito de desaparecer.

En un estilo sobrio y fácil, en un lenguaje preciso y atractivo y en unas descripciones llenas de vida y sinceridad de los «marcos» en que se movió la gran figura de su cuadro, ha ido engarzando palabras y hechos del Santo, testimonios de los que lo trataron, documentos y fechas de autenticidad depurada, como tomados en su mayor parte del Proceso de canonización, y ha obtenido por ese procedimiento de quitarse de en medio para que no se vea, ni oiga, ni se sienta más que al Santo, mutiplicar los retratos vivos de su héroe, no sólo según el número de ejemplares impresos, sino según el de los lectores de su libro.

¡Buen premio para la imparcialidad crítica y la modestia literaria del escritor!

No hay negación de naturaleza, porque este libro más que la vida santa de un hombre, es la vida de un hombre que llega a hacerse santo.

¿Cómo?

Luchando.

Luchando contra un carácter duro, impetuoso, contra un temperamento excesivamente nervioso, contra una rebeldía mental, contra resabios y prejuicios de un tiempo jansenista y rigorista, contra enfermedades ininterrumpidas del cuerpo y tentaciones espantosas del alma, contra la maledicencia de feligreses, envidias de compañeros, halagos de admiradores exaltados y fieros ataques del demonio en persona.

Realmente en este libro se ve labrarse a un santo a fuerza de golpes y se confirma el pensamiento consolador y cierto de

un asceta que afirma que «los santos no son los que nunca cayeron, sino los que siempre se levantaron».

EL HEROE

¡El Cura de Ars!

Si ya es obra ardua decir lo que es un Cura, tal cual la Santa Madre Iglesia lo desea y forma, es obra insuperable para toda lengua de hombre y pluma de escritor decir lo que es el Santo Cura de Ars.

El misterio del Cura

Si la vida y acción de todo cura (y cuando cito ese nombre me refiero al que lo es opere et veritate) son siempre un misterio de poder en la debilidad, de riqueza en la pobreza, de influencia transformadora y vencedora en definitiva en la humildad y en el silencio, la vida y la acción de un cura santo, como el Cura de Ars, es misterio sobre misterio.

Hablando el Maestro de lo que llegarían a hacer en el mundo los discípulos que con El permanecieran unidos, como los sarmientos a la vid, profetizó que harían lo mismo que El hizo y aún mayores obras que El.

Pues bien, de entre todos los discípulos de Jesús, puede afirmarse que el que llega a hacer de modo habitual y permanente cosas mayores que los demás discípulos y aún a las veces que el Maestro, es el discípulo-Cura.

Lo que es el Cura en la economía de la Iglesia

No trato de establecer comparaciones ni competencias entre los miembros de la familia de Jesús; pero, sin temor a establecerlas ni a ser desmentido, se puede atribuir a la acción del Cura, como tal, una universalidad, o más bien, una catolicidad, una fecundidad y sobre todo una desproporción, a lo menos aparente, entre lo que es y lo que hace, que no puede

atribuirse a la acción del religioso más austero, del misionero más apostólico, del canónigo más docto, del sacerdote particular más celoso, del seglar más desinteresado y emprendedor.

Poned en un pueblo corrompido de corazón y de cabeza un colegio, el más perfecto en religiosidad y en pedagogía que podáis, un convento de religiosos santos, o de santas religiosas, una obra de acción católica social de positiva influencia contra la usura, la explotación de los pobres, la ignorancia o contra cualquiera de esas lepras sociales o morales; formad juventudes, catequesis, asociaciones de propaganda y de beneficencia y, si, cuando llegéis a tener en movimiento todas esas magníficas y reformadoras obras, me preguntáis: ¿Podremos esperar que se recristianice nuestro pueblo?, yo os contestaré preguntándoos a mi vez: ¿Tenéis Cura?, más claro: ¿esas buenas instituciones cuentan con el Cura y el Cura puede contar con ellas? ¿Sí? Mi respuesta es afirmativa también: vuestro pueblo en plazo más o menos largo volverá a ser un pueblo cristiano de cabeza y de corazón.

¿No? ¿No se entienden con el Cura ni se dejan aprovechar por él, por culpa de quienquiera que sea?

Mi respuesta: Vuestro pueblo podrá llegar a tener algunos niños, o jóvenes y hombres buenos y cristianos; pero no llegará a ser un pueblo cristiano; mas, como vuestro pueblo logre tener un Cura según los quiere la Madre Iglesia, vuestro pueblo tendrá cura y curará.

Provedores y constructores

Queréis establecer una colonia y para ello levantáis en medio de un campo fábricas y talleres dirigidos por competentes artífices que os den recias vigas, sólidos portajes y muebles, abundancia de ladrillos, cales, cementos y todos los elementos de construcción. Os pregunto: ¿Tenéis ya el pueblo formado? ¿Verdad que mientras no tengáis un hábil arquitecto o maestro de obras que ponga en aprovechamiento mutuo todos esos excelentes materiales, no tendréis ni pueblo ni aun una sola casa?

Ese arquitecto o maestro de obras es en la edificación cristiana y moral de cada pueblo su Cura, como de toda la diócesis lo es el Obispo.

¿Por qué? Porque así lo quiere y lo manda la Santa Madre Iglesia, como quiere y manda que las demás instituciones, buenísimas y excelentísimas, sean, más que edificadoras, proveedoras de la edificación diocesana y parroquial.

Sin meterme a profundizar razones impropias de este lugar y limitándome a hacer constar hechos, siempre comprobados, es cierto que, a la corta o a la larga, no hay pueblo malo para un Cura bueno, y ¡ojalá no fuera tan cierta la contraria, de no haber pueblo que se conserve bueno con mucho tiempo de Cura malo!

Desorientaciones funestas

Y ¡cómo apena el ánimo contemplar tanta acción católica y tanta piedad desorientadas por desconocer u olvidar que en la Iglesia todo es jerárquico y todos sus grandes tesoros de doctrina, gracia y buen gobierno se administran, reparten y contrastan jerárquicamente!

¡Cuánto tiempo y cuántos esfuerzos valiosos destruidos o inutilizados cuando los proveedores se empeñan en ser a la vez edificadores de lo suyo y para provecho y honor suyo, soslayando la obra común y católica, o los edificadores se obstinan en no aprovechar o en mirar con recelo los materiales presentados por los proveedores!

Y ¡cómo hay que deplorar tantas veces fracasos, esterilidades, competencias ruinosas y banderías poco o nada edificantes, por no buscar o por empeñarse en no aprovechar la sombra, el abrigo, el auxilio mutuo, la catolicidad, la fecundidad, la seguridad y la abundancia de dones y aciertos de Dios, que, en medio de pobreza materiales y escaseces de elementos humanos, da pródigamente a sus hijos la Madre Parroquia por medio de su Padre Cura!

Mi fe en el Cura

De mí, honradamente os confieso que, mientras más me adentro en la vida de la Iglesia y en el ministerio de las almas, mayor arraigo y crecimiento tiene en mi fe esta afirmación que guardo y pronuncio, como síntesis de mi Credo: Creo en el Cura.

Sí, creo con alegría y esperanza en el poder misterioso del Cura bueno, porque de él, directa o indirectamente, vendrán todos los bienes, y creo con miedo y horror en el poder del Cura malo, porque de él, por comisión, omisión, complicidad o castigo, vendrán todos los males sobre su pueblo.

Lo que puede el Cura «ex opere operato»

Guardando la debida proporción entre la institución divina de los Sacramentos y la eclesiástica de la Parroquia, yo diría que hay en ésta una eficacia esencial y propia que obra como ex opere operato, y otra accidental ex opere operantis, o sea, según las prendas del que la representa.

Cuando atribuyo tanta eficacia al Cura bueno, no es porque la haga brotar principalmente de esta bondad y virtud, de tal modo que sea una influencia personal, pues en este caso habría que atribuir esta misma influencia a todos los buenos, fueran o no Curas, sino que la hago fluir de la misma institución parroquial, que precisamente sólo los que son buenos o tienen empeño serio o aspiración constante de serlo son los que dejan pasar por ellos, sin represas, obstáculos ni mixtificaciones, toda la influencia y atracción que la Santa Madre Iglesia ha querido ejercer por medio de los Párrocos.

No se olvide que éstos, independientemente de su ciencia, virtud y prendas personales y sólo por la institución de su Obispo, dentro de su pueblo y de su parroquia son la representación más genuina de la Iglesia católica y el más eficaz y apto de los instrumentos de su acción moralizadora y santificadora de las almas, de las familias y de los pueblos.

Pero como es instrumento consciente y libre, todo el gran

poder de que por disposición de la Iglesia e institución del Obispo está revestido el Cura, está sujeto al uso que de él quiera hacer.

Lo que puede el Cura «ex opere operantis»

Y aquí entra la parte que pudiéramos llamar personal del Cura.

¿Es descuidado, perezoso, infiel?

En la misma medida en que lo sea, comienza a frustrarse la acción de la Iglesia por medio de la Parroquia y a asomar, en vez del benéfico influjo de ésta, la sombra de un poder destructor siniestro.

¿Es humilde, discreto, abnegado, celoso?

¡El Cura bueno! ¡Lo que la Iglesia hará y recogerá por medio de él!

¿Es santo?

Esperad la respuesta. En mis primeros años de apostolado parroquial escribí un librito que titulé «Lo que puede un Cura hoy», y con datos incontestables a la vista, demostré la omnipotencia del Cura en su esfera de acción; y, al volar por esos mundos de Dios el libro y el autor, éste ha recogido, no sé si como comentario o reparo a la tesis aquella, esta palabra: «¡Es que esa omnipotencia exige un Cura Santo...!» Así es: Los Curas mientras más buenos más pueden y, cuando llegan a santos, lo pueden todo, ¡hasta hacer milagros!, ¡son omnipotentes!

«Harán mayores cosas que yo», dijo el Maestro.

Una gran comprobación

Ved ahora en las páginas de este libro una prueba rotunda e inapelable de la tesis.

Un Cura de pocas letras, de no atrevente figura, de carácter más seco y rigorista que dulce y contemporizador, llega a un pueblo indiferente, vicioso, rutinario, apático, rebosante de odios y prejuicios revolucionarios, y sin ejercer otro oficio ni otras funciones que las de Cura como la Iglesia los quiere, hace de su pueblo, de todo su pueblo cuanto quiere.

¡Qué grande, qué magnífico, qué alentador, qué sólido es el triunfo de la Madre Iglesia por medio del Cura santo! y a la par ¡qué misterioso!

Cómo se forman los Curas santos

Dios que «puede hacer de las piedras hijos de Abraham» no quiere que de ordinario salgan de ellas los buenos Curas, sino de tierra bien preparada y de cultivo muy asiduo.

No es el Cura ordinariamente un fruto espontáneo en la Iglesia.

Uno de los méritos de este libro está precisamente en ir descubriendo la tierra, la semilla y el cultivo que produjeron ese fruto.

El Cura santo es la flor y el fruto de la familia cristiana.

El Santo Cura de Ars ha brotado de la tierra de un hogar labrado y sostenido con la hospitalidad generosa de sus padres para con los peregrinos, con la fortificante austeridad del pan ganado con el sudor de cada día y con la oración en familia y con la silenciosa y fecunda práctica de las virtudes domésticas, y tiene por cultivador el celo de apóstol y el ejemplo de cura cabal del Sacerdote Balley, y por rodrigón, que le impide ladearse y crecer torcido, el amor, transformado en pasión obsesionante y triunfador de imposibles, por su vocación sacerdotal y su hambre de salvar almas.

Hecho sacerdote, su oración interminable ante el Sagrario, en la que, hablando con Dios, aprenderá a hablar con los hombres, su Misa de cada mañana, en la que aprenderá a vivir en cruz cada día y su obediencia rendida a su Prelado en cuanto le mande o pida, darán la última mano para hacer del hijo de los cristianos labriegos Vianney el Cura santo de Ars.

Cómo se multiplicarían los Curas de Ars

El problema de vocaciones sacerdotales y religiosas no es sólo ni principalmente problema de dinero con que dar de comer a los candidatos o aspirantes; es sobre todo problema de oración al Amo de la mies, de tierra y de cultivo, esto es, de tierra de familias neta y austeramente cristianas, y cultivo de

sacerdotes modelos que, por su caridad para con la Iglesia, celo por las almas y discreción, defiendan, protejan, curen, enderecen y rieguen la semilla de los dos Seminarios necesarios para producir la flor y el fruto de Curas santos: el de la familia cristiana y el de la Iglesia diocesana.

Así formados los sacerdotes, quizás no llegarán todos a Curas de Ars; pero seguramente tendríamos derecho a esperar que se repitieran con más frecuencia en la Iglesia.

Sin Cura no hay paz

Los hombres de gobierno y de saber hablan, estudian, escriben, se congregan, se organizan, se afanan con incansable ardor buscando la paz para los pueblos, et non est pax.

En un rincón de Francia turbulento y sin paz, como las grandes ciudades y reinos del mundo, ha vivido unos cuantos años un Cura, y sólo con su acción y pasión de Cura la aldea turbulenta y los pueblos circunvecinos llegaron a encontrar la paz de sus conciencias, de sus familias y la paz social y con ella hasta el bienestar material que sigue siempre a la destrucción de los vicios y al orden de la vida.

Y no es ese caso único en la historia de la Iglesia.

En donde quiera que mora un Cura bueno, la paz y la abundancia tarde o temprano vienen a morar bajo los techos de sus feligreses.

Si San Pablo dijo que no había más salvación para el mundo y para las almas que la que se busca y viene por el nombre de Jesús, la historia autoriza para afirmar que no hay salvación para los pueblos, ni paz, ni orden, ni vida moral sin buenos Curas.

Un buen Cura, lo he escrito muchas veces, es la mejor acción social de un pueblo.

Y un Cura Santo, añadido ahora, es el grito de Pío XI al mundo: «La paz de Cristo en el reino de Cristo», trocado en hermosa realidad en los pueblos que tengan la dicha de tenerlo.

MANUEL GONZÁLEZ
Obispo de Málaga

INTRODUCCION BIBLIOGRAFICA

He aquí la primera *vida* del Cura de Ars escrita según los documentos del *Proceso de Beatificación y de Canonización*. Gracias a la benevolencia de Monseñor Manier, obispo de Belley, a quien desde el comienzo de este libro nos complace una vez más en testimoniar nuestro reconocimiento, hemos podido disponer para este trabajo no sólo del *Proceso informativo o Proceso del Ordinario*, dirigido por la Autoridad diocesana desde 1862 a 1865, sino también de dos *Procesos apostólicos sucesivos instruidos entre los años 1874 y 1886 en nombre y bajo la vigilancia directa de la Santa Sede*¹.

Los testimonios de la *Causa de Ars* ofrecían al autor una documentación de primer orden, la cual por sí misma hubiera bastado para dar a conocer en su justo valor la admirable y atrayente figura de San Juan-Bautista-María VIANNEY. Es la *Causa de Ars* una mina riquísima de hechos con las mejores garantías de autenticidad y veracidad. Tales son, recogidas por jueces competentes, las manifestaciones de quienes mejor conocieron al Cura de Ars —su hermana Margarita, sus compañeros de infancia, sus condiscípulos de se-

¹ En el último capítulo haremos la historia de la *Causa de Ars*. El *Proceso del Ordinario* y los *Procesos apostólicos* forman cinco volúmenes in-folio y un conjunto de 4560 páginas.

El *Proceso apostólico sobre las virtudes heroicas* tiene dos fases. En primer lugar, el llamado *Proceso incoactivo* (anticipado) *ne pereant Causae probationes*, durante el cual se oye a los ancianos y a todas aquellas personas cuya pronta desaparición de esta vida puede sospecharse. Más tarde, el *Proceso continuativo super virtutibus e miraculis in specie*, hecho en el tiempo normal señalado por los procedimientos, en el que son interrogados todos los testigos que han podido esperar. Entre estas dos partes de un mismo proceso se coloca el *Proceso apostólico sobre la fama de santidad* (*super fama sanctitatis vitae, virtutum et miraculorum in genere*).

Para abreviar, en las notas de este libro, llamaremos *Proceso apostólico ne pereant* al *Proceso incoactivo*, y *Proceso apostólico in genere* al *Proceso sobre la fama de santidad*.

minario, sus feligreses, sus colegas en el sacerdocio, los auxiliares en sus heroicos trabajos... Testigos serios y dignos de fe, a quienes no cegaban ni la pasión ni el interés; almas profundamente cristianas ligadas por el solemne juramento prestado sobre los Evangelios². Y estos testigos no tuvieron que aguardar veinte o treinta años para poder hablar: la inapreciable ventaja de la *Causa de Ars* estriba precisamente en que fue comenzada en seguida después de la muerte del reverendo Vianney; la Leyenda, que con demasiada frecuencia sigue tan de cerca a la Historia, no tuvo tiempo de transformar y desfigurar los hechos todavía bien precisos en la memoria de todos.

Además de los cinco volúmenes in folio del *Proceso*, hemos podido utilizar con todo desembarazo, merced a las facilidades que nos ha dado Mons. Hipólito Convert, cuarto sucesor del Santo en la Parroquia de Ars³, y numerosos manuscritos conservados en el archivo parroquial:

1.º Tres redacciones sucesivas de la *Pequeña memoria sobre el Rdo. Vianney* compuestas por la señorita Catalina Lassagne, de Ars, una de 1839 a 1855, otra de 1860 y la última de 1862 a 1867.

2.º Las *Notas* (sin fecha) recogidas por el sacerdote Renard, originario de Ars.

3.º Un *Diario* redactado en 1855 por el Rdo. Toccanier, futuro sucesor del Cura de Ars y entonces su auxiliar.

² He aquí la fórmula de este juramento. Yo N con las manos apoyadas sobre los santos Evangelios de Dios puestos delante de mí juro y prometo decir la verdad tanto en las preguntas como en los artículos sobre los cuales se me interrogado en la Causa de Beatificación y de Canonización del siervo de Dios Juan María Bautista Vianney, Cura de Ars en la Diócesis de Belley. Juro asimismo y prometo guardar religiosa mente el secreto y no revelar absolutamente a nadie el contenido de las mismas preguntas ni las respuestas y manifestaciones que haya de hacer bajo pena de perjurio y excomunion *latae sententiae* de la cual no podre ser absuelto sino por el Sumo Pontífice, con exclusion aun del mismo Penitenciario mayor, salvo en el artículo de la muerte. Así lo prometo y así lo juro. Que Dios me ayude y sus santos Evangelios.

³ Fueron curas de Ars después de San Juan-María-Bautista Vianey los canonigos Camelet (1859) Toccanier (1870) Ball (1883) y Convert (1889).

Mons. Camelet fue tan solo cura titular, su cargo de superior de misioneros y su obligada residencia en Pont d'Ain le impedían cumplir con sus ministerios en Ars en once años firmo tan solo cuatro veces en el registro de los fieles. Fue nombrado cura porque Mons. Toccanier, designado para este empleo, rehusó al principio una carga y un honor que consideraba aplastantes. No fue sino a principios de 1870 cuando el Rdo. Toccanier comenzó a firmarse *cura* en los actos oficiales.

4.º Una *Vida fragmentaria* (193 páginas in-folio) debida al Rdo. Raymond, que fue oficialmente su vicario desde 1845 a 1853.

5.º La colección de numerosas encuestas dirigidas por el canónigo Ball (tercer sucesor del Santo en el curato de Ars) sobre los *hechos de intuición* atribuidos al Reverendo Vianney.

6.º Dos cuadernos de *Notas* en los cuales Mons. Convert ha consignado, desde 1889 a 1924, las tradiciones orales de los ancianos de Ars que fueron feligreses del Santo.

7.º Tres *Memorias sobre el Rdo. Vianney, Cura de Ars (Ain)* (1848-1855), debidas a la pluma no muy culta, pero sincera, de un propietario agricultor de Cousance (Jura), Juan Claudio Viret.

8.º Una *Noticia sobre el Rdo. Balley, cura de Ecully y primer profesor de Juan-María Vianney*, compuesta por el Rdo. Michy, entonces cura de Job (Puy-de-Dôme) y después director de la *Croix de Clermont*.

9.º Una *Noticia histórica sobre la Provindencia de Ars, obra del bienaventurado Vianney*, por el canónigo Béréziat, limosnero de la Casa-Matriz de las Hermanas de San José de Bourg.

10.º Las *Notas sobre la estancia del Rdo. Vianney en Noes (Loire)*, recogidas según los dichos de los ancianos de esta parroquia por los dos curas sucesivos Rdos. Perret y Monnin-Veyret.

11.º Numerosas *Correspondencias* autógrafas (unas sesenta cartas) firmadas por el mismo Cura de Ars, del vizconde de Ars, de la señorita Prosper de Garets d'Ars, del Rdo. Toccanier, etc.

Nos hemos documentado también en los *Archivos Nacionales* —y hemos de dar particularmente las gracias al archivero señor Samarán por la fina amabilidad con que nos ha guiado en las investigaciones—, en los *Archivos Municipales*, en los *Archivos del Arzobispado* de Lión y del Obispado de Belley.

Hemos consultado además una serie de *Memorias, de Relaciones y de Cartas* referentes a los hechos extraordinarios

acaecidos en vida del Cura de Ars; numerosos documentos de carácter puramente material o administrativo, tales como los *Registros parroquiales* y los *Registros municipales de Ars*; los *Libros de cuentas* de la señorita Anne-Colombe des Garets; la colección completa de los *presupuestos, cuentas y recibos* con motivo de los trabajos de la iglesia...

* * *

El deseo constante de remontarnos hasta las primeras fuentes al componer esta historia, no nos ha hecho descuidar el estudio de los libros y folletos que podían ayudarnos en este trabajo.

Hemos consultado de una manera especial la colección de *Sermones* del Rdo. Vianney, la colección de los *Anales de Ars* y las biografías del santo Sacerdote.

Los Anales de Ars comenzaron a publicarse en 1900. Esta moderna revista mensual —además de algunos documentos conservados en los archivos parroquiales, de varias narraciones relativas a la vida de Juan-María-Bautista Vianney y de los panegíricos predicados todos los años el día 4 de agosto, aniversario de su muerte y su fiesta litúrgica —publicó al principio bajo el velo del anónimo interesantes monografías, que, reunidas después en volúmenes, han aparecido con el nombre de su venerable autor, Mons. Convert. Merecen citarse: *El bienaventurado Cura de Ars y el Sacramento de la Penitencia* (1920); *En la escuela del bienaventurado Cura de Ars y Meditaciones eucarísticas sacadas de los escritos del bienaventurado Cura de Ars* (1921); *Nuestra Señora de Ars, meditaciones sobre la Santísima Virgen sacadas de los escritos del bienaventurado Cura de Ars* (1922); *El bienaventurado Cura de Ars y la familia*; *El bienaventurado Cura de Ars y los dones del Espíritu Santo* (1923)⁴.

De entre las diversas biografías del Santo aparecidas hasta nuestros días, tan sólo dos han llamado seriamente nuestra atención:

⁴ Todas las obras de Mons. Convert han sido publicadas por la casa editorial Vitte, Lión-París.

1.^a *El Cura de Ars, vida de Juan-Bautista-María Vianney*, por el sacerdote misionero Alfredo Monnin (2 tomos en 8.º, París, Dounial, 1861; y es únicamente esta primera edición a la que se referirán nuestras citas).

2.^a *El bienaventurado Cura de Ars* (1786-1859), por José Vianney, París, Lecofre, 1905.

Las demás biografías, obras de vulgarización o de pura edificación que pueden tener su mérito, nada nuevo dicen que no conste ya en los trabajos precitados. Las que salieron a luz en vida del Santo y que, a pesar de sus reiteradas protestas, fueron distribuidas entre el público, son, en muchas de su páginas, obras altamente fantásticas.

La biografía escrita por Alfredo Monnin ha tenido numerosas ediciones. Para los lectores católicos ha sido además el libro más completo de cuantos se han publicado hasta el presente sobre el Cura de Ars e impresiona con razón por el hecho de haber conocido su autor personalmente al Rdo. Vianney. «Antes de esta época, dice, había ido dos veces a Ars por pura curiosidad. Había visto al señor Cura, pero sin dirigirle la palabra. Misionero de la diócesis (de Belley), tuve más tarde ocasión de vivir junto a él durante dos o tres meses cada año. Esto duró por espacio de cinco años»⁵. El señor Monnin conoció, pues, al Cura de Ars ya anciano, en una época en que el ministerio de las confesiones le absorbía todo el día; casi cada noche tuvo la gran dicha, juntamente con otros sacerdotes, de acompañarlo a su habitación. De esta manera, le fue fácil recoger preciosos recuerdos. Nos consta, por otra parte, que tomó e hizo tomar notas sobre un varón tan extraordinario.

A pesar de lo dicho, la obra del Rvdo. Monnin tiene los defectos de una obra temprana e incompleta. La compuso sin duda con gran precipitación a fin de que apareciese lo más pronto posible después de la muerte de su héroe, y para acabarla cuanto antes añadió a su propio texto numerosas páginas escritas por terceras personas y sin indicar la procedencia. Así, en la primera parte, saca por entero de un manuscrito de Raymond, del cual ya hemos hablado, los

⁵ Proceso apostólico *ne pereant*, p. 945. Deposition del sacerdote Monnin, entonces jesuita de la residencia de Lion (8 de agosto de 1876)

capítulos VIII y IX y asimismo el capítulo V, salvo algunas modificaciones de poco valor. Habiendo tenido en sus manos la segunda redacción de la *Breve memoria* de Catalina Lassagne, no la menciona sino muy de tarde en tarde. Sin duda que contaba para ello con el beneplácito de ambos.

Es además incompleta, porque el autor consultó muy pocos testigos sobre los hechos anteriores a 1855⁶. De aquí la vaguedad en el contexto y los errores cronológicos. El Rdo. Monnin sacó ciertamente gran partido de muchas correspondencias interesantísimas; pero le faltó la fuente más abundante y segura: nos referimos al *Proceso del Ordinario* y a los *Procesos Apostólicos*. Desconoció también, aparte de otros documentos, los *Sermones* del Cura de Ars, tan a propósito para el estudio de la acción del Santo al principio de su ministerio pastoral.

Falta también verdadera perspectiva. El Rdo. Monnin parece no haber visto en el Cura de Ars sino un asceta llegado ya a la cumbre de la perfección y coronado con la aureola del santo. El estilo, casi siempre oratorio, va en pos de la amplificación, de la redundancia armoniosa y no desciende sino con trabajo a los pormenores sencillos y concretos. La mayor parte de los capítulos saben a sermones con exordio, consideraciones deducidas de los hechos, conclusión o peroración.

Finalmente, para poder juzgar con libertad a los hombres y los acontecimientos, se halló el Rdo. Monnin demasiado cerca de ellos.

El señor José Vianney, siguiendo un método diferente, se ha propuesto el mismo objeto. La colección llamada *Les Saints*, en la cual se contiene su hermoso trabajo, es ante todo una obra de divulgación. El señor Vianney no ha ido en

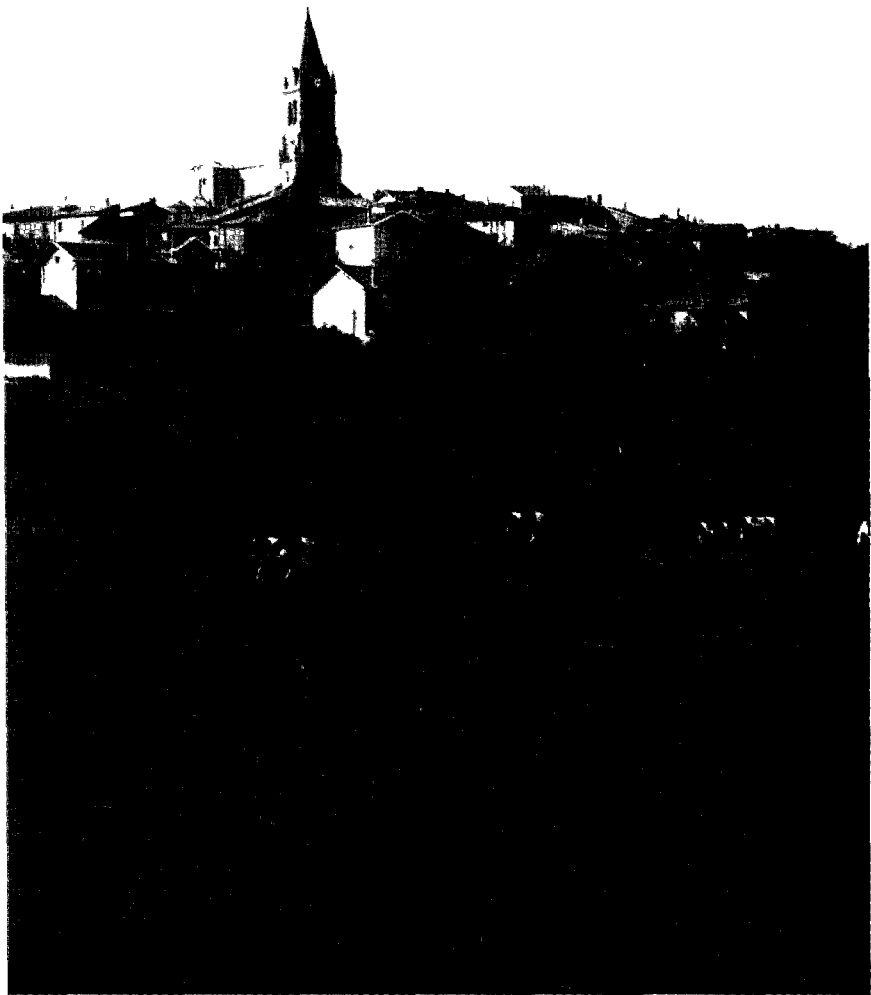
⁶ He aquí lo que, en 7 de junio de 1863, escribía desde Cette al Rdo. Toccanier, encargado entonces de las *peregrinaciones* a Ars, el sacerdote Rdo. H. Gaffino, que se firma *cura-deán*:

¡Cuán incompleta hallo la Vida escrita por el señor Monnin! Siéntese la urgente necesidad de que se escriba otra más completa en cuanto a las palabras y a las obras del Cura de Ars. De lo contrario, acerca de un santo a quien conocieron y siguieron millones de personas, no habrá otro medio para conocerlo de una manera auténtica que la Vida escrita por el señor Monnin.

El señor Gaffino no sabía aún al decir estas palabras que en el Obispado de Belley se trabajaba en recoger los más preciados testimonios, los cuales constituyen por sí solos una *Vida* completa del santo sacerdote.

busca de lo inédito; por otra parte, el restringido cuadro a que ha tenido que limitarse, le ha obligado a describir a vuelo de pluma hechos muy notables y a sacrificar ciertos episodios de la vida de nuestro héroe.

La documentación, de que hemos podido disponer, nos ha permitido, según pensamos, poner en claro algunos puntos, que hasta el presente permanecían en la oscuridad o en la sombra, principalmente la estancia de Juan-María Vianney en Noës, de 1809 a 1811; su paso por el seminario mayor de Lión, de 1813 a 1814; las calumnias de que fue víctima al principio de su ministerio pastoral; la transformación moral de su parroquia; la fundación y la caída de la *Providencia* de Ars; las contradicciones que hubo de sufrir por parte de algunos de sus colegas; el incidente de La Salette; la «huida» a la «Trapa» de Neylière; su última enfermedad y su muerte.



Primera parte

LOS AÑOS DE PREPARACION
(1786-1818)

Esta es una vista general de Dardilly, pueblo donde nació, el 8 de mayo de 1786, Juan María Bautista Vianney y en cuya iglesia fue bautizado el mismo día de su nacimiento. El Cura de Ars hizo testamento en el que pedía que lo enterraran en Dardilly, pero surgió una seria discusión entre los vecinos de este pueblo y el de Ars. El Santo Cura zanjó la cuestión haciendo un nuevo testamento, el 10 de octubre de 1855, diciendo: «Dejo mi cuerpo, después de mi muerte, a disposición de mi Obispo».



I. LOS PRIMEROS AÑOS (1786-1793)

Benito Labre en casa de Pedro Vianney.—El agradecimiento del santo mendigo.—Mateo Vianney y María Beluse.—Nacimiento de Juan-María.—En el regazo de una madre cristiana.—Un modelo de obediencia.—El rosario y la pequeña imagen.—Los primeros pasos fuera de la vida ordinaria.—Ante el altar.

Pedro Vianney¹, esposo de María Charavay, vivía en Dardilly, pueblo situado en las alturas cercanas a Lión². Agricultor acomodado y buen cristiano, acogía con amable hospitalidad a cuantos pobres llamaban a su puerta. Así fue cómo en julio de 1770, la fama de su caridad atrajo hacia él a un mendigo, que a la vez era un santo.

¹ Monseñor Devaux, rector de las Facultades católicas de Lión, publicó en la *Semaine religieuse de Grenoble* (30 de noviembre de 1905), un artículo sobre los orígenes del finco del apellido *Vianney*. Según el sabio rector, la forma primitiva *Vianeis* o *Viannets* en uso durante el siglo XII fue un sobrenombre derivado de *Vienensis* habitante de la ciudad de Viena, en el Delfinado. De esta manera, *Viennensis* y *Viennois* serían palabras sinónimas.

Los registros de Dardilly no se remontan más allá del año 1617. Mas desde esa fecha encontramos ya anotado el bautismo de una tal Magdalena Vianey, hija de Bartolomé Vianey y de Claudina Beluse. Las restantes actas auténticas permiten reconstruir la serie de los ascendientes directos del Cura de Ars: Pedro Vianey (cuarto abuelo), Pedro (tatarabuelo), nacido en 1655; Pedro (bisabuelo) nacido en 1689, Pedro (abuelo) —con cuyo nombre comienza esta historia— nacido en 1753. Todos ellos fueron bautizados en la iglesia de Dardilly.

En cuanto a la ortografía del apellido de esta familia, aunque todos los antepasados llevaron el de *Vianey*, no hay aquí lugar a dudas: escribimos *Vianney* como lo hacia el Cura de Ars siempre que firmaba y como firmo también su hermana Margarita en el Proceso de canonización.

Las actas procedentes de los obispos llevan indistintamente el nombre de *Vianay* o *Viannay*, *Vianey* o *Vianney* en las testimoniales del subdiaconado se dice *Vianey*, en las del diaconado, *Vianay*, en las del presbiterado, *Viannay* en unos poderos redactados en 1882, *Vianney*, en otros de 1853. *Viannay*.

² Dardilly: municipio de 1100 almas, situado a 8 kilómetros al noroeste de Lión.

«Juan María Vianney nació en Dardilly (), de padres que poseían bastantes bienes de fortuna. Eran cultivadores y gozaban de un honesto bienestar, trabajaban para aumentar sus medios de vida y se preocupaban de educar honradamente a su familia», escribe Catalina Lassagne, que estuvo junto al Cura muchos años, desde que el Santo llegó a Ars. En la foto, la casa donde nació Juan María

Benito Labre, enfermo de escrúpulos, acababa de salir de la Trapa de Sept-Fons, donde había dado comienzo a su noviciado con el nombre de Fray Urbano. Firme después en su vocación de perpetuo peregrino emprendió el viaje a Roma. El primer punto donde se detuvo fue Paray-le-Monial y fueron muy largas sus visitas a la capilla de las apariciones. De Paray se dirigió a Lión, mas al sobrevenir la noche, antes de entrar en la ciudad, que estaba muy próxima, se paró en el pueblo de Dardilly. Varios pobres se encaminaban a casa de Pedro Vianney y a ellos se juntó el santo mendigo³.

Benito Labre observaba entonces una extraña costumbre. Iba vestido con la túnica de los novicios trapenses, que le había sido entregada al salir del monasterio; unas alforjas pendían de sus espaldas; rodeaban su cuello unos rosarios y brillaba sobre su pecho un crucifijo de cobre. Por todo equipaje un breviario, una *Imitación de Cristo* y unos Evangelios.

Con tales atavíos penetró en el cercado que estaba delante de la casa de los Vianney⁴. El dueño lo acogió como solía acoger a todos los pobres, y los hijos miraban con compasión a aquel desheredado de la fortuna, en cuya persona sus padres les habían enseñado a ver al mismo Jesucristo. Mateo, uno de los cinco hijos, se hallaba presente. Sin sospechar que había de ser padre de otro santo, contemplaba al joven mendigo tan pálido y tan suavemente expresivo, cuyos dedos no dejaban ni un momento las cuentas del rosario.

En la espaciosa cocina, no lejos de la elevada chimenea, donde diez y seis años más tarde el niño predestinado calentaría sus pies, Benito Labre y sus compañeros de pobreza, mezclados con los Vianney, tomaron asiento alrededor de la olla en que hervía la sopa. Se sirvió después tocino con legumbres y dichas las gracias y las oraciones de la noche subieron los trashumantes a una habitación situada sobre el horno del pan, para dormir en un buen jergón de paja.

Al día siguiente, al partir, se mostraron todos agradeci-

dos; mas uno de ellos, el joven de veinte años, de facciones delicadas y maneras cultas, manifestó su gratitud en términos que dejaban entrever una instrucción esmerada y una piedad profunda.

Poco después, ¿cuál no fue la sorpresa de Pedro Vianney cuando recibió una carta del pobre peregrino! Benito era muy parco en escribir, hubo de serle, por tanto, muy grata la hospitalidad del Dardilly; tal vez, iluminado por Dios, presintió también al hijo de bendición que para siempre había de hacer ilustre aquella morada⁵.

Ocho años después, el día 11 de febrero de 1778, en Ecully, pueblo distante de Dardilly apenas una legua, Mateo Vianney contraía matrimonio con María Beluse. Si Mateo era un ferviente cristiano, su joven esposa aportaba como la mejor de las dotes una fe práctica e ilustrada.

Dios bendijo aquella unión. Tuvieron seis hijos, los cuales, según costumbre edificante de aquellos tiempos, fueron, ya antes de nacer, consagrados a la Santísima Virgen: Catalina, que se casó muy joven y murió santamente poco tiempo después; Juan María, que voló al cielo a la edad de cinco años; Francisco, el futuro heredero del patrimonio familiar; Juan-María, que andando el tiempo no será conocido sino con el nombre de *Cura de Ars*; Margarita, la única de los hermanos Vianney que sobrevivirá, y en mucho, a su santo hermano⁶; y finalmente, un *segundo* Francisco, apodado *Cadet*, el cual, al ingresar en el Ejército, saldrá de Dardilly para no volver jamás.

Venido al mundo a media noche⁷, el 8 de mayo de 1786, Juan-María fue bautizado el mismo día⁸. Fueron padrinos su tío paterno Juan-María Vianney y la esposa de éste, Francis-

⁵ «El Cura de Ars hablaba con frecuencia de aquella carta. La dio a una persona que se la había pedido» (Hermano JERONIMO, *Proceso del Ordinario* p 553)

⁶ Margarita Vianney, viuda de Lorenzo Gerin murió en Bois Dieu en la Parroquia de Lissieu el día 8 de abril de 1877. Tema 91 años

⁷ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario* p 1011

⁸ La actual iglesia de Dardilly no es aquella en que fue bautizado el Cura de Ars. La pila bautismal que sirvió para la ceremonia fue engastada en las nuevas fuentes adornadas de hermosos mosaicos y adaptadas al estilo del nuevo templo. En ellas se lee esta inscripción: EX HOC FONTE IN XTO NATUS J -M VIANNEY 8º MAII 1786 (En esta fuente bautismal nació en Cristo J M VIANNEY, el día 8 de mayo de 1786)

³ J MANTENAY *Saint Benoît Labre Paris* Gabalda, 1908 p 27 y otras

⁴ Esta vieja casa, que por el lado del patio tiene dos puertas, ha sido después agrandada mediante la construcción de un piso

ca Martín. El padrino, sin leer en lo futuro, se contentó con dar sus propios nombres al ahijado⁹.

Desde que el recién nacido, más amado quizás que los otros, pudo dirigir sus miradas al mundo exterior, comenzó a complacerse su madre en mostrarle el crucifijo y las imágenes piadosas que adornaban la estancia. Cuando sus bracitos pudieron moverse con alguna libertad fuera de las mantillas, empezó a llevarle su mano de la frente al pecho y del pecho a los hombros. Muy pronto el pequeñuelo adquirió hábito de ello: en cierta ocasión —contaba entonces quince meses—, habiéndose olvidado su madre, antes de darle la sopa, de hacerle trazar la señal de la cruz, negóse a abrir los labios e hizo varias veces que *no* con la cabeza. María Vianney entendió en seguida lo que aquello significaba. Tomóle la mano, y los labios fuertemente cerrados se abrieron por sí mismos¹⁰.

¿Es que Juan-María Vianney «dio ya desde la cuna inequívocas señales de santidad», como se dice de San Ramón Nonato, San Cayetano, San Alfonso de Ligorio, Santa Rosa de Lima y de tantos otros? Ninguno de los testimonios que se conservan habla de tal prodigio. Sin embargo, puede afirmarse que en la vida piadosa fue un niño precoz y respondió mejor que sus hermanos y hermanas a los cuidados de su excelente madre. Era una de aquellas naturalezas privilegiadas que caminan fácilmente hacia Dios. A la edad de dieciocho meses, cuando la familia se reunía para las oraciones de la noche, se arrodillaba espontáneamente entre los demás y juntaba con devoción sus manitas¹¹.

Su piadosa madre lo acostaba en seguida y, antes de darle el último abrazo, se inclinaba sobre él, le hablaba del niño Jesús, de la Santísima Virgen y del Ángel bueno... El niño se dormía al suave murmullo de la voz de su madre.

⁹ Extracto de los registros de la parroquia de Dardilly

Juan María Vianey, hijo legítimo de Mateo Vianey y de María Beluse, su esposa, nacido a ocho de mayo de mil setecientos ochenta y seis fue bautizado el mismo día por mi el infrascrito vicario, fue su padrino Juan María Vianney, su tío paterno, vecino de Dardilly, y su madrina Francisca Martinon, mujer del citado Juan María Vianney

BLANCHON vicario

¹⁰ Según Margarita VIANEY, *Proceso del Ordinario*, p 1011

¹¹ El sacerdote ROUGEMONT, *Proceso apostólico in genere*, p 428

Creció, dio los primeros pasos y comenzó a andar vacilante y ligero por dentro y alrededor de la casa, aunque sin alejarse del umbral, pues más abajo, hacia el jardín, había una cuba muy honda, donde abrevaba el ganado. De esta manera, Juan-María no perdía de vista a su solícita madre. Esta, mientras se ocupaba en los quehaceres domésticos, iba instruyendo a su hijo con palabras sencillas y expresiones a su alcance. Así fue como aprendió el *Padrenuestro* y el *Ave María*, las nociones elementales sobre Dios y el alma. El niño, a su vez, cada día más despierto, hacía a su madre inocentes preguntas. Lo que más le interesaba eran los misterios de la infancia de Jesús, especialmente la Natividad, el pesebre y los pastores.

Poco a poco, estas ingenuas pláticas se alargaron hasta la noche: para oír contar la Historia Sagrada, Juan-María permanecía en vela con su madre y con Catalina, la más piadosa de sus hermanas¹². A veces se «arrodillaba en el suelo, juntaba sus manos y las ocultaba entre las de su madre»¹³.

Cuando los días eran largos, Mateo Vianney marchaba al campo muy de mañana. Más tarde se le juntaba su esposa con todos los hijos. Catalina y Francisco, con una vara en la mano, les precedían algunos pasos, espoleando hacia adelante las vacas y las ovejas de la granja. Seguían Juan-María y Margarita, apodada *Gothon*, los dos sobre un pollino. Una vez en el campo, los niños se tendían sobre la hierba y vigilaban el ganado que pacía. Juan-María, alegre y bullicioso, animaba los juegos.

No era, en efecto, como lo insinuaba su primer biógrafo¹⁴, uno de estos niños prodigios que carecen de la gracia y viveza propias de los de su edad. En este muchacho de ojos azules, de cabello oscuro, de color apagado y mirada viva, la piedad precoz no excluía en manera alguna cierta natu-

¹² Catalina solía reunir en su casa a sus jóvenes amigas para instruir las con piadosas lecturas (Francisco DUCLOS, de Dardilly, *Proceso del Ordinario*, p 1000)

¹³ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p 629

¹⁴ «Jamás se le vio jugar» (A MONNIN *Vie du Cure d'Ars*, p 41)

Los tres compañeros de infancia que declararon en el Proceso de Canonización, dicen lo contrario

ral petulancia. «Había nacido con un carácter impulsivo»¹⁵ y tuvo más tarde necesidad de largos y meritorios esfuerzos para adquirir la perfecta dulzura. Sin embargo, ya desde pequeño este niño sensible y nervioso supo dominarse a sí mismo, y su juiciosa madre, que conocía la eficacia del ejemplo, lo propuso varias veces como modelo a sus hermanos y hermanas. «Mirad a Juan-María, solía decirles, cuando no se sometían en seguida a sus mandatos; es más obediente que vosotros; hace al punto cuanto se le ordena»¹⁶.

Con todo, en cierta ocasión hubo de derramar lágrimas. Juan-María poseía un hermoso rosario que tenía en gran estima. *Gothon*, a quien sólo aventajaba en dieciocho meses, lo halló también de su agrado y quiso apoderarse de él. Hubo una escena violenta entre hermano y hermana: gritos, pateo y un amago de combate... El pobre niño corrió hacia su madre, entristecido. «Hijo mío, da tu rosario a *Gothon*, le dijo con voz dulce, pero firme; sí dáselo por amor de Dios.» Y al instante Juan-María le alargó sollozando el rosario, que cambió de propietario¹⁷. Tratándose de un niño de cuatro años, ¿no era ello un notable sacrificio?

Para enjugar sus lágrimas, la madre, en lugar de mimarle y acariciarle, le dio una pequeña imagen de madera que representaba a la Santísima Virgen. Aquella tosca imagen la había contemplado con envidia puesta sobre la chimenea de la cocina. Desde aquel momento ya era suya, bien suya. ¡Qué felicidad! «¡Oh! y cuánto amaba yo aquella imagen, nos dirá pasados setenta años. No podía separarme de ella ni de día ni de noche y no hubiera dormido tranquilo si no la hubiese tenido a mi lado en el lecho... La Santísima Virgen es mi mayor afecto; la amaba aun antes de conocerla»¹⁸.

Algunos testigos de sus tiernos años, en particular su hermana Margarita, cuentan cómo al primer toque del «Angelus» se arrodillaba antes que todos. A veces se retiraba a

un rincón, ponía sobre una silla su querida imagen y oraba ante ella con gran recogimiento¹⁹.

Los niños desconocen aquella necedad que se llama respeto humano: dondequiera que estuviese, en casa, en el jardín, en la calle, Juan-María saludaba a la Virgen al dar la hora, y a imitación de su madre, hacía la señal de la cruz y rezaba una Avemaría. Al terminar se santiguaba de nuevo²⁰. Ello dio ocasión a que un labrador que trabajaba en el cercano vecino dijese a Mateo Vianney: «Creo que vuestro *morenito* me toma por el diablo». El padre refirió el dicho en su casa.

—«¿Por qué haces esto?, le preguntó la madre.

—Yo no sabía, respondió Juan, que aquel hombre me mirase. ¿Pero, no es antes y después de rezar cuando hay que hacer la señal de la cruz?».

Las vecinas que le oían rezar en voz alta decían a sus padres: «Sabe muy bien las letanías; será menester hacer de él un sacerdote o un religioso»²¹.

Quizás María Vianney nada presintió del maravilloso porvenir de su hijo predilecto. No por ello dejaba de ser preciosa a sus ojos la bondad de aquella alma, de la cual procuraba apartar aun la sombra del pecado. «Mira, mi Juan, le repetía, si tus hermanos y hermanas ofendiesen a Dios, tendría mucha pena, mas ésta sería mayor si el pecador fueses tú»²².

* * *

Ciertamente, Juan-María no era un niño vulgar. Este privilegiado de la divina gracia, aun antes de llegar al uso de razón, dio sus primeros pasos fuera de lo corriente. En este sentido parece que debe ser interpretado el siguiente hecho.

Un día, cuando contaba unos cuatro años, Juan-María sale sin decir nada. Su madre se da cuenta de que ha desaparecido. Llama, escucha y en vano aguarda la respuesta. Busca

¹⁵ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 646

¹⁶ El sacerdote RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 313

¹⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit memoire sur M. Vianney, Cure d'Ars* (primera redacción), p. 30

¹⁸ Juan Maria CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 677

¹⁹ *Proceso del Ordinario*, Artículos del Postulador, n. 24

²⁰ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1013

²¹ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostolico ne pereant*, p. 427

²² Hermano ATANASIO, *Proceso apostolico ne pereant*, p. 1031

con ansiedad cada vez más creciente en el patio, tras los montones de leña y paja. El niño no aparece. ¡El, que contes-
taba a la primera llamada! Mientras se dirige al establo, don-
de puede estar escondido, la madre va pensando en aquel
agujero negro y profundo donde bebe el ganado. Mas ¿qué es
lo que descubre en un rincón apartado, de rodillas, entre dos
animales que rumian mansamente?

Es el niño que reza con fervor, juntas las manos, ante la
imagen de la Virgen. María Vianney le levanta en brazos y lo
oprime contra su corazón.

«¡Aquí estabas, hijo mío!, le dice embargada por el llanto.
¿Por qué te escondes para rezar? ¿No sabes muy bien que
siempre lo hacemos juntos?»

El niño no ve más que la pena causada a su madre. «Per-
dón, mamá, no lo sabía... ya no lo haré más!», dice entre ge-
midos y dejándose mecer en sus brazos²³.

Mientras en el desconocido y apartado pueblecito tenían
lugar estas tiernas escenas de familia, otros formidables
acontecimientos sobrevenían en Francia. Mas ni el saqueo
de San Lázaro y la toma de la Bastilla (13 y 14 de julio de
1789), ni el decreto por el que se expoliaba al clero de sus
bienes (2 de noviembre), ni la ley que suprimía los votos reli-
giosos y los monasterios (13 de febrero de 1790) impresiona-
ron mucho a las buenas gentes del campo, las cuales estaban
mal informadas o no comprendían aún todo el alcance de los
hechos. Permanecieron tranquilos hasta el día en que la Re-
volución, con la *Constitución Civil del Clero*, amenazó a sus
sacerdotes y sus altares (26 de noviembre de 1790).

La señora Vianney, «que estaba dotada de una piedad
eminente»²⁴, asistía siempre que le era posible a la misa ma-
tinal. De ordinario, iba con Catalina, la mayor de sus hijas.
Pero bien pronto su compañero predilecto fue el pequeñuelo
de cuatro años tan precoz en la piedad y sediento ya de Dios.
Cuando en la iglesia, que se hallaba muy cercana, daban la

²³ Según Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1012. Una de las pinturas
murales que hacen de marco, en la basilica de Ars, el altar llamado *de la estatua* (por-
que se halla rematado por una imagen en mármol del Cura de Ars esculpida por Emi-
liano Cabuchet), representa al pequeño Juan-María en el momento en que su madre le
sorprende arrodillado en el rincón del establo.

²⁴ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 143.

primera señal para la misa, Juan-María rogaba a su madre
que le llevara a ella. No tardaba en ceder a sus ruegos. De ro-
dillas junto a él, le iba explicando los diversos movimientos
del celebrante. Así fue como empezó a sentir gusto por las
ceremonias sagradas. Sus miradas iban del sacerdote, que le
parecía magnífico con sus ornamentos bordados, al mona-
guillo, cuyo roquete blanco y sotana roja le maravillaban.
Mucho se hubiera complacido en poder ayudar la misa, pe-
ro sus brazos eran aún muy delicados para trasladar el misal.
De vez en cuando, miraba a su madre y aprendía a rezar de-
votamente al verla en actitud tan recogida y como transfigu-
rada por una luz interior.

Más tarde, cuando le hablaran de su temprano amor a la
oración y al altar, responderá emocionado y con lágrimas:
«Después de Dios, se lo debo a mi madre. ¡Era tan buena! La
virtud viértese fácilmente del corazón de la madre al cora-
zón de los hijos... Jamás un hijo que ha tenido la dicha de te-
ner una buena madre tendría que mirarla y pensar en ella
sin llorar»²⁵.

²⁵ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 253.—Condesa DES GARETS
D'ARS, *Proceso del Ordinario*, p. 765.

II. UN PEQUEÑO PASTOR DURANTE EL TERROR (1793-1794)

Los Vianney en la misa del sacerdote juramentado.—La santa indignación de María Vianney.—Juan-María y los sacerdotes fieles.—La misa en las granjas.—Los combates alrededor de Lión.—Dardilly y Chante-Merle.—Plegarias y procesiones campestres.—Juegos y sermones.—Juan-María Vianney y Marión Vincent.—Juan-María y los pobres errantes.—La vida en familia.

En enero de 1791, cuando la Constitución civil entró en vigor en la comarca de Lión, Juan-María Vianney no había cumplido aún los cinco años. Don Jacobo Rey, cura de Dardilly durante treinta y nueve años, tuvo la debilidad de prestar el juramento cismático. Pero, si hay que dar crédito a tradiciones locales, ilustrado por el ejemplo de su coadjutor y demás colegas vecinos, no tardó en reconocer y reprobar su falta. Permaneció durante algún tiempo en su parroquia, celebró la misa en una casa particular y después se retiró a Lión para desterrarse más tarde a Italia¹.

Si bien la salida del señor Rey no dejó de conmover, no causó empero la turbación que podría creerse. La iglesia continuó abierta, pues llegó otro sacerdote enviado por el obispo de Lión, el cual era un tal Lamourette, amigo de Mirabeau y nombrado por la Constituyente, sin mandato de Roma, en lugar del venerable Mons. Marbeuf. El nuevo párroco

¹ Estas son las tradiciones que nos han legado los ancianos de Dardilly. *Los registros parroquiales* indican tan solo que el señor Rey, doctor por la Sorbona, cura de Dardilly desde febrero de 1753, fue sustituido en 7 de julio de 1803 por don Jacobo Tournier y falleció en la parroquia de Vaise, en Lión, el 22 de octubre de 1804.

y el nuevo obispo habían jurado la Constitución civil: mas ¿cómo podían sospechar, las sencillas gentes de Dardilly, que aquella Constitución, de la cual ignoraban hasta el nombre, podía conducir al cisma o a la herejía? Ningún cambio aparente se había introducido ni en las ceremonias religiosas ni en las costumbres parroquiales. Aquellas inocentes almas asistieron durante algún tiempo sin escrúpulo a la misa del «sacerdote juramentado». Así lo practicaron con entera buena fe Mateo Vianney, su esposa y sus hijos².

No tardaron, sin embargo, en abrir los ojos. Catalina, la hija mayor, aunque no pasaba entonces de los doce años, fue la primera en sospechar el peligro³. En el púlpito no trataba siempre el nuevo párroco los mismos temas que el señor Rey, ni hablaba de la misma manera. Las palabras *ciudadano*, *civismo*, *constitución*, eran el adorno habitual de sus sermones. A veces, se le deslizaban ataques contra sus predecesores⁴. Además, la concurrencia a la iglesia era cada día más abigarrada y, a pesar de ello, menos numerosa que antes: personas muy fervorosas no acudían a los divinos oficios —¿dónde oían, pues, misa los días de fiesta?—. Por el contrario, iban otros que jamás habían frecuentado el templo. Catalina concibió ciertos temores y los manifestó a su madre.

Así andaban las cosas, cuando los Vianney recibieron la visita de un pariente que residía en Ecully. «Ah, amigos míos, ¿qué hacéis?, les dijo al ver que asistían a la misa del párroco *juramentado*. Los buenos sacerdotes han rehusado el juramento. Por ello se les busca, se les persigue y se les obliga a dejar las iglesias. Por dicha nuestra quedan en Ecully algunos buenos entre nosotros. Es a éstos a quienes os habéis de dirigir. Vuestro cura, con su juramento, se ha separado de la Iglesia Católica; no es en manera alguna vuestro pastor y no podéis seguirle»⁵.

² El paso del culto católico al constitucional se hizo en muchas parroquias sin brusquedad alguna. Cf. P. DE LA GORGE *Histoire religieuse de la Revolution*, Paris, Plon, 1909, t. I p. 414 y sig.

³ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 372.

⁴ «Aquellos, decía, tenían tanto de cura como mis zapatos» (Reverendo VIGNON, *Cura de Dardilly, Proceso apostólico in genere*, p. 368).

⁵ Rdo. RAYMOND, Fragmento manuscrito de una *Vida del Cura de Ars*, p. 12.

Puesta como fuera de sí por esta revelación, la madre de Juan-María no tuvo reparo en dirigirse al desgraciado sacerdote y reprocharle su divorcio de la verdadera Iglesia. Al traerle a la memoria el santo Evangelio, donde está escrito que la rama separada del tronco será arrojada al fuego, lo arrastró a esta confesión: «Es cierto, señora, la cepa vale más que el sarmiento»⁶.

María Vianney hubo de explicar a los suyos la falta del infeliz sacerdote; pues se cuenta que Juan-María «mostró su horror por aquel pecado y huyó en adelante del cura juramentado»⁷. Desde entonces, la iglesia parroquial, relicario de tan suaves recuerdos, donde los padres se habían casado y los hijos habían recibido el bautismo, dejó de ser para la familia Vianney lugar de oración. Por otra parte, no tardó mucho en ser clausurada⁸.

* * *

Entretanto habían llegado los días de la persecución sangrienta. Todo sacerdote que no hubiese prestado el juramento constitucional se exponía a ser encarcelado, y muerto, sin recurso posible, a las veinticuatro horas. Quien los denunciase recibiría cien libras en recompensa; quien, por el contrario, les diera asilo, sería deportado. Así rezaban las leyes del 24 de abril, 17 de septiembre y 20 de octubre de 1793. A pesar de tan terribles amenazas, los sacerdotes fieles andaban ocultos por los alrededores de Dardilly y la casa de los Vianney los escondió a todos sucesivamente. En alguna ocasión celebraron allí la misa⁹.

Fue un milagro que el dueño de la alquería, sospechoso para algunos jacobinos del lugar, no pagase con la cabeza su santa audacia¹⁰. Mas en la misma ciudad de Lión o en sus

⁶ Rdo. VIGNON, *Proceso apostólico in genere*, p. 368.

⁷ Rdo. ROUGEMONT, *id.*, p. 376.

⁸ En Dardilly no se ha conservado ningún pormenor concreto sobre el cura constitucional, ni siquiera su nombre. *La ley de sospechosos*, votada en septiembre de 1793, hacía objeto de una misma condenación a todos los sacerdotes, aun a los *juramentados*. Durante este tiempo, el intruso de Dardilly se ocultara en la parroquia o en sus contornos. Allí estará todavía, dice en 1864, el Rdo. Vignon, cura de Dardilly (*Proceso apostólico in genere*, p. 369), cuando en 1803 tome de nuevo posesión de su parroquia el señor Rey.

⁹ Margarita VIANNEY, *Proceso apostólico in genere*, p. 1011.

¹⁰ Rdo. VIGNON, *Proceso apostólico in genere*, p. 368.

arrabales los confesores de la fe recibieron con frecuencia generoso asilo.

Fieles mensajeros enviados desde Ecully pasaban ciertos días por las casas de las familias católicas y les indicaban el escondrijo, donde a la noche siguiente habían de celebrarse los divinos misterios. Los Vianney marchaban al atardecer sigilosamente y muchas veces andaban a oscuras largos trechos. Juan-María, satisfecho de acudir a la fiesta, movía con ligereza sus piernecitas.

«Sus hermanos se quejaban de cuando en cuando, si la distancia era excesiva; pero su madre les decía; imitad a Juan-María que está siempre dispuesto»¹¹.

Llegados al lugar convenido se les introducía en un local escondido y apenas iluminado. Junto a una pobre mesa, rezaba un desconocido, de rostro fatigado y suave sonrisa. Cambiados los saludos, en el rincón más oculto, detrás de una cortina, en voz muy baja, oía las confesiones, aconsejaba, tranquilizaba, absolvía las conciencias. Algunas veces los jóvenes prometidos le pedían que bendijera su unión. Finalmente, se celebraba la misa tan deseada de todos, grandes y pequeños. El sacerdote colocaba sobre la mesa el ara consagrada que había llevado consigo, el misal, el cáliz y numerosas hostias, pues no era él solo quien había de comulgar aquella noche; se revestía los ornamentos arrugados y deslucidos y después, en medio de un silencio profundo, comenzaba a pronunciar las palabras litúrgicas: *Introibo ad altare Dei*. ¡Qué fervor en su voz, y en los asistentes qué recogimiento y qué emoción! Con frecuencia, a las palabras santas se mezclaban los sollozos. Era una misa celebrada en las catacumbas, antes de la persecución y del martirio.

¡Cómo se conmovía, en aquellos momentos inolvidables, el alma del pequeño Vianney! De rodillas entre su madre y sus hermanas, rezaba como un ángel y lloraba al oír llorar. Además, ¡con qué atención escuchaba, aunque sin entender todo su alcance, las graves reflexiones de aquel proscrito, que ponía en peligro su cabeza por amor a las almas!

¿Acaso fue en estas reuniones nocturnas, donde se sintió llamado por primera vez al sacerdocio?

1793. El Terror. En Lión la sangre corría a torrentes; en la plaza de los Torreaux la guillotina no descansaba un momento. El procónsul Chalier había anotado veinte mil lioneses en sus listas de proscripción, pero un movimiento popular, dirigido por Précý, lo hizo subir al cadalso. Los católicos se limitaban a esperar, cuando un Ejército de la Convención, al mando de Couthon y Dubois-Crancé, puso sitio a la ciudad. Del 8 de agosto al 9 de octubre, Précý resistió valientemente y no cedió sino por el hambre.

Un niño de siete años no podía darse exacta cuenta de los acontecimientos. Desde los campos que su padre cultivaba, había oído los rumores del combate. Habiendo las tropas de Dubois-Crancé acampado en torno de Limonest, a algunos kilómetros al Norte de Dardilly, los soldados de la Revolución pasaban sin cesar por este pueblo¹². Mas el estrépito de la guerra inquietaba menos al piadoso niño, que el silencio obstinado de las campanas.

La iglesia permanecía cerrada. En los caminos no había más que los pedestales de los cruceros: unos hombres habían venido de Lión para derribar las cruces¹³. En casa era menester esconder cuidadosamente los crucifijos y las imágenes piadosas. Tan sólo, en los verdaderos fieles, el santuario de los corazones se conservaba inviolable. En cuanto a Juan-María, no se deshizo de su pequeña imagen de la Virgen; la guardaba con más devoción que nunca y se la llevaba al campo en el bolsillo de su blusa.

* * *

Los niños olvidan o se consuelan muy pronto. ¡Les basta para ello tan poca cosa! La Revolución había ensangrentado a Francia, mas en la campiña de Dardilly los pájaros seguían

¹² Muchos escritores han referido estos hechos con profusión de pormenores: GUILLON, en su *Histoire du siège de Lyon*; el reverendo DURIEUX, en su *Tableau historique du diocèse de Lyon pendant la Révolution*.

¹³ Fouché, por decreto de 8 de noviembre de 1793, dispuso que se quitasen todas las señales religiosas de los caminos, de las plazas y de los edificios de Lión.

¹¹ Rdo. RAYMOND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 555.

en sus cantos y las ovejas no cesaban de balar. Juan-María, durante aquellos meses de horror, había vivido largas horas en la calma de aquella naturaleza, donde el «hombre enemigo» no había borrado las señales de Dios.

Los horizontes de Dardilly son despejados y hermosos. El pueblo está situado en el extremo de un rellano rocoso que se inclina hacia el lado de Lión. Desde allí el Mont d'Or y las laderas de Fourvière aparecen bastante cercanos. Mas la mirada y el pensamiento de Juan-María no se alejaban hacia aquellas alturas. Prefería los campos de su padre cuyo verdor cubría las ondulantes lomas en Pré-Cusin, en Chêne-Rond o en Chante-Merle. Por allí se extendían los pastos de la granja.

El día 8 de mayo de 1793, cumplía los siete años. Era ya bastante crecido para ser útil en algo y se le confió la guarda del ganado. Dos veces al día, salen del establo el asno, las ovejas y las vacas. El lleva de la mano a *Gothon*, su hermana menor, pues las sendas que bajan de las colinas son tortuosas y sembradas de piedras. Ambos han prometido andar con tiento. Por lo demás, no les faltará trabajo: llevan lana para hacer calceta; en aquellos tiempos, mientras los animales pacían, pastores y pastoras confeccionaban medias.

Aunque la profunda hondonada de Chante-Merle haya perdido, con sus hermosas frondas de antaño, su recogimiento y soledad, es todavía deliciosa, con su riachuelo de *Planches* bordeado de rosales silvestres.

Los pájaros cantores saltan bulliciosos de rama en rama y dan su nombre al tranquilo valle. Juan-María Vianney se sentía muy atraído por aquel rincón de la naturaleza y conservó siempre de él agradable recuerdo.

En medio del entusiasmo y aclamaciones de las multitudes, le oiremos cómo suspira por los campos de su padre, donde era tan feliz porque allí «encontraba tiempo para rogar a Dios y pensar en su alma»¹⁴.

Al llegar al campo, hermano y hermana se arrodillaban, según se lo había recomendado su madre, para ofrecer a Dios su trabajo de pastores; después vigilaban el ganado

cuidando bien de que no hiciese el menor daño en los pastos del vecino¹⁵.

Gothon sentía gran placer en conversar con su hermano, pues sabía muchas historias. Referíale los hechos del antiguo y nuevo Testamento; le enseñaba sus oraciones y le daba consejos de piedad. «Mira, Gothon, le decía, cuando estés en misa has de guardar una actitud muy modesta, y le explicaba cómo debía hacerlo...»¹⁶. Mas aquel niño, a quien habían sorprendido en contemplación en el establo de su casa, no cesaba de dar pruebas de aquella sed de Dios, que es el tormento de las almas santas. «Haz tú mi calceta, decía a Margarita, mientras yo voy a rezar junto al arroyo»¹⁷. Había de aquel lado un sauce carcomido por la polilla. Juan-María colocaba su pequeña imagen en un agujero del viejo árbol, la rodeaba de musgo, ramas y flores, y después, de rodillas sobre la hierba, comenzaba a recorrer las cuentas del rosario. Las orillas del riachuelo hacían las veces del templo donde ya nadie rezaba.

En alguna ocasión, Juan-María levantaba para su Virgen todo un altar.

Con el barro húmedo del ribazo construía capillitas y modelaba figuras de santos o sacerdotes¹⁸. Poseía cierta destreza que con la educación se fue perfeccionando. Así fue como llegó a hacer una imagen de la Virgen, «que podía pasar; su padre la recoció en el horno y se conservó en la casa durante mucho tiempo»¹⁹. Terminado el altar, Gothon y él, haciendo revivir vagos recuerdos de festividades religiosas y procesiones del Corpus abolidas, cantaban fragmentos de algunos himnos.

Por aquellos alrededores estaban también otros pastores. No siempre su compañía era digna de niños bien educados. Algunos días pasaban muchos de ellos por el soto de los Vianney y contemplaban con admiración aquel altar improvisado lleno de verdor. A sus preguntas, respondía Juan-

¹⁵ Fleury VERICEL, nacido en Dardilly el 4 de abril de 1791, *Proceso del Ordinario*, p. 1014; p. 1295.

¹⁶ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1014; p. 1013.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1013.

¹⁹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 43.

¹⁴ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 487.

María con toda libertad, mas sin enojo. ¿Cómo era posible que aquellos niños de su edad ignorasen lo que representaban aquellas imágenes? También ellos habían ido a la iglesia en mejores tiempos, pero menos piadosos y observadores que Juan-María, habían olvidado ya las hermosas ceremonias de los domingos y demás festividades.

Y he aquí que, sin pensarlo, el pequeño Vianney se convertirá en apóstol y será el catequista de sus compañeros. De pie ante el rústico altar repite cuanto ha oído en el silencio intranquilo de aquellas noches memorables; les enseña las oraciones que ha aprendido de su madre. «Un niño, dice, no ha de ser desobediente a sus padres, ni enfadarse, ni proferir blasfemias y palabras groseras.» Y concluía gravemente; «Ah, niños, tened juicio y amad mucho a Dios.» Bajo las alamedas de Chante-Merle comenzaba a abrirse la flor de una vocación sacerdotal.

Por hallarse incómodamente colocado el auditorio, los sermones habían de ser cortos. Sin embargo, el predicador en ciernes sabía retenerles. Organizaba procesiones. En aquel valle ignorado, mientras en toda Francia estaban suprimidas las ceremonias religiosas, los niños se alineaban tras una cruz de palo. Rezaban el rosario y entonaban ingenuas canciones. «Casi siempre era yo quien hacía de cura»²⁰, dirá más adelante con dulce energía al ver realizados sus bellos ensueños.

Fuera de estas piadosas diversiones, por lo demás «gustaba poco de reunirse con los otros niños»²¹. Sus juegos movidos y bulliciosos y algunas de sus conversaciones le eran poco agradables. Con todo, para complacerles, aceptaba algunas veces jugar con ellos al tejo. «Era muy diestro en ello, contaba setenta años más tarde Andrés Provin, uno de sus compañeros de infancia, y nos ganaba con gran facilidad. Cuando perdíamos nos entraba cierta tristeza. El, al ver vuestra pena, decía: "Pues bien, ¡para eso no habíamos de jugar!"

Y después, para consolarnos, nos devolvía cuanto había ganado y siempre nos daba un sueldo de más.»

Cuando iba a Chante-Merle solía llevarse un buen pedazo de pan, que repartía entre los niños más pobres, y estos actos de caridad le daban cierto ascendiente para reprender a los de carácter más violento, cuando en sus accesos de cólera daban de palos a sus compañeros o se ensañaban con los animales. «Esto es pecado», les decía, y de ordinario hacían caso de él y se sosegaban. Sin embargo, estos continuados avisos no fueron del agrado de un muchacho ruin mayor que él, que le hirió en las piernas, seguro de que el niño no iba a responder pegándole²².

Felizmente, entre aquellos niños los había muy delicados y de esmerada educación, como Francisco Duclos, Andrés Provin y Juan Dumond²³. Los días en que Gothon no podía acompañar a su hermano, el padre permitía a Juan-María llevarse consigo a Andrés, a Juan o a Francisco. «Ven conmigo, decía en cierta ocasión a Duclos; tengo muy buena comida y nos la partiremos.»

Una vez, en Chante-Merle, Juan-María se había escondido para rezar entre los plateados sauces que bordeaban el arroyo de Planches. «¿Dónde está?», preguntaban los labriegos de los campos vecinos. Francisco Duclos, señalando con indiscreto dedo la pequeña ermita, los condujo hacia los sauces y le vieron de rodillas.

Un día, después de comer, salía el niño de la casa paterna con el pollino cargado de sacos de trigo, que había de llevar hasta el molino de Saint-Didier. La hija de los vecinos, Marión Vincent, que tenía siete años como él, quiso acompañarle. Los padres de ambos no opusieron reparo alguno. Hacía mucho calor y se sentaron a la sombra para descansar. Esta fue la hora de las confidencias. Marión apreciaba mucho a su amiguito, tan pacífico, tan obediente y cuyos ojos azules miraban con cierta dulzura.

²² Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 490.

²³ Francisco Duclos y Andrés Provin eran de Dardilly, Juan Duclos, que más tarde fue hermano de las Escuelas Cristianas, era originario de Larajasse (Ródano) y habitaba con uno de sus tíos en Dardilly. Nacido en 1787, tenía un año menos que su amigo Juan-María Vianney. (Cf. *Notice sur le C. F. Gérard*, por el H. Felipe, carta circular de 26 de octubre de 1873, p. 367)

²⁰ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 3.

²¹ La mayor parte de los pormenores que se refieren a nuestro pastorcito, están sacados de las declaraciones de Andrés PROVIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1002-1004, de Francisco DUCLOS, otro contemporáneo de J.-M. VIANNEY, el mismo *Proceso*, p. 999-1001, y finalmente de Margarita VIANNEY, id., p. 1013-1018.

«—Juan-María, dijo ella con gran candidez, si nuestros padres estuviesen conformes, haríamos muy buena pareja.

—Oh, no, ¡jamás!, replicó con viveza y sorprendido; no, ¡no hablemos de esto, Marión!»

Se levantó en seguida, y espoleando al jumento, continuaron su camino hacia el molino.

Sesenta años más tarde, Marión Vincent, sentada en el umbral de la puerta, con la rueca en la mano, contaba todavía, sin enojo y con voz conmovida, aquel gracioso idilio, el más risueño y quizás el único de su vida²⁴.

En Juan-María se manifestaba ya aquella modestia, aquella delicadeza innata que le llevó hasta a contrariar los más puros y los más legítimos afectos. «Ya sé que es cosa permitida, decía después confidencialmente; no obstante, en algunas ocasiones me negué a abrazar a mi pobre madre»²⁵.

* * *

La Convención creía haber destruido el culto divino con cerrar las iglesias; mas no había podido suprimir una de las manifestaciones más ricas de la religión: la caridad. En la familia Vianney continuaba floreciendo esta virtud. Era una virtud heredada de los antepasados, y su apóstol más fervoroso fue precisamente nuestro Santo.

Uno de sus compañeros de Dardilly, Andrés Provin, vió cómo conducía a la casa de los pobres su borrico pardusco cargado de leña. Juan-María iba radiante de gozo. «Carga dos o tres troncos, le decía su padre»; mas él añadía: «Cargaré cuantos pueda»²⁶.

Los infelices trashumantes, sin casa ni hogar, hallaban con facilidad asilo en Dardilly. Los Vincent —padres de Marión— y los Vianney habían hecho un pacto, que muestra su buena amistad, y sobre todo, sus sentimientos delicadamente cristianos: los Vincent acogerían a las mujeres pobres; los hombres irían a casa de los Vianney²⁷. Juan-

²⁴ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 121; reverendo MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1158.

²⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 442.

²⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 1004.

²⁷ Rdo. VIGNON, cura de Dardilly, *Proceso apostólico in genere*, p. 369; Rdo. DU-BOIS, *id.*, p. 335.

María indicaba a los mendigos la casa paterna. Algunos de estos pobres, que siempre andaban a pie, llevaban consigo niños pequeños. Conmovido hasta derramar lágrimas, al verles tan desgraciados, cogía de la mano a las inocentes criaturas y, desde la puerta, los confiaba a su madre. Uno venía sin calzado, otro sin vestido, otro sin pantalón y otro sin camisa. La señora Vianney se dejaba llevar de la compasión y su hijo, con el corazón rebosante de alegría, veía cómo sus regalos más preciados iban saliendo del armario.

Los pobres se sentaban en la misma mesa que los dueños y eran los primeros a quienes se servía. Una noche, la Providencia encaminó a la casa de los Vianney a veinticinco convidados de esa clase.

«No hay bastante sopa para todos», decía la esposa al marido.

«No importa; yo pasaré sin ella», respondía aquel buen hombre²⁸.

Entre aquellos caminantes había tal vez sacerdotes proscritos; quizás también incrédulos imbuidos en las ideas de la época. Por una providencia especial de Dios jamás fueron traicionados, y cuando bien se considera, se ve que se exponían a muy graves peligros. Acabada la cena y cerrada ya la puerta, los huéspedes eran invitados a ponerse de rodillas. Una voz de niño se elevaba clara y pura: Juan-María rezaba todas las oraciones de la noche. Después, junto con sus hermanos, acompañaba a los pobres al granero o junto al horno, donde les aguardaba un bien mullido lecho de paja. Y la paz de Dios envolvía en seguida la caritativa morada.

Antes de acostarse, Juan-María hacía lo que veía hacer a su padre, y lo que éste a su vez había aprendido del suyo, Pedro Vianney. Barría el hogar donde se habían sentado los huéspedes, y tendía junto al fuego, que se iba apagando, las viejas capas de los pobres mojadas de la lluvia. Después, con su madre o con su hermana mayor, se entretenía en prácticas religiosas, pues su piedad aumentaba de día en día. Toda la familia acababa la jornada rezando algunos padre-nuestros y avemarías por las almas de los difuntos —estos

²⁸ Fleury VERICEL, *Proceso del Ordinario*, p. 1294.

mendigos del otro mundo— y se daban las buenas noches. En aquel tiempo era Juan-María muy devoto de las almas del purgatorio. Durante el año 1793, «murió una de nuestras tías», dice Margarita Vianney. Nosotros nos decíamos: «Qué molesto; será menester añadir otro padrenuestro y otra avemaría; como si no fueran ya bastantes». Juan, que tenía entonces unos siete años, replicó: «¡Por Dios! ¿Qué es otro padrenuestro y otra avemaría? ¡Si en un momento están dichos!»²⁹.

Desde muy temprano, nuestro Santo, que nunca fue un niño mal criado, hubo de dormir, según era costumbre entre la gente del campo, en un rincón del establo, donde había una cama para él y para Francisco. «Tengamos juicio, decía a su hermano mayor, tengamos juicio, para no ser sorprendidos como los pecadores.»

III. LA ESCUELA, LA PRIMERA CONFESION, LA PRIMERA COMUNION (1794-1799)

Las lecciones del ciudadano Dumas.—Un alumno ejemplar.—Los sacerdotes misioneros: Reverendos Groboz y Bally.—La primera confesión de Juan-María Vianney.—En Ecully, en la granja de Point-du-Jour.—Primera comunión de un santito.

A juzgar por diversos rasgos de su infancia, en Juan-María Vianney se despertó muy rápidamente la razón. Distaba mucho de ser un retrasado. A pesar de ello, fuera de las cosas de religión, a la edad de nueve años, ignoraba casi todas las disciplinas profanas. Su hermana mayor, Catalina, le había enseñado lo que ella sabía y delectaba un libro de oraciones. Era ya tiempo de que frecuentase la escuela. Mas, por desgracia, no la había en Dardilly.

La ley de 19 de diciembre de 1793 (29 frimario, año II) disponía que a los seis años, y lo más tarde a los ocho, debían todos los niños frecuentar las escuelas públicas durante tres años consecutivos, bajo pena, para los padres, de una multa equivalente a una cuarta parte de la contribución que les correspondía. La instrucción sería común a todos y obligatoria para todos. De esta manera, creían los revolucionarios, se extendería hasta lo último de las más reducidas aldeas. Sueño irrealizable, pues la misma Revolución había suprimido en Francia todas las fuentes de la enseñanza. «La enseñanza es libre», proclamaba en el artículo primero de la ley del 29 frimario. Mas, en adelante, nadie podría enseñar si no hubiese prestado el juramento y obtenido el certificado de

²⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 1012.

civismo. Ningún miembro de las congregaciones religiosas, ningún sacerdote, podía ser escogido como preceptor.

Además, la falta de maestros jacobinos se dejó sentir algún tanto por todas partes, y la escuela de Dardilly, regentada hasta 1791 por un buen cristiano y clausurada después, no fue nuevamente abierta.

Mas en el dominio de la enseñanza primaria, la caída de Robespierre (27 de julio de 1794, 9 termidor, año II) provocó una feliz reacción. Habiendo abolido la Convención el juramento de civismo exigido a los maestros, reconoció a todo ciudadano el derecho de enseñar (17 de noviembre de 1794, 27 brumario, año III). Gracias a esta tolerancia, a principios de 1795, el «ciudadano Dumas» abrió en Dardilly una escuela. Era la estación del año mala, época en la que los niños no iban a trabajar al campo. El nuevo maestro, persona excelente, vio acudir los alumnos en buen número. Les enseñaba, aparte de la lectura y la escritura, cálculo, historia y geografía. Juan-María comenzó a despuntar por su juicio y aplicación. «EL señor Dumas, cuenta Margarita, estaba muy satisfecho y con frecuencia decía a los demás: ¡Oh, si os portáseis como el pequeño Vianney!»¹. De hecho, sus progresos hubieron de ser sensibles, pues le vemos, en las veladas de invierno, leer su catecismo, enseñarlo a Gothon, su hermana menor, y aun leer en alta voz las vidas de los Santos, religiosamente escuchado por sus familiares y por los pobres².

* * *

Desgraciadamente, la iglesia continuaba cerrada. Hubo un momento de esperanza a la muerte de Robespierre. La persecución perdió mucho de su violencia. El *decreto del ventoso* (3 ventoso, año III, 21 de febrero de 1795) abrogaba el culto del Ser supremo inaugurado por la Convención y suprimía la Constitución civil del clero. Pero, tres meses después (II prairal, 30 de mayo) un nuevo decreto disponía que «nadie podría desempeñar el ministerio de culto alguno —en las iglesias que podrían abrirse— si no hacía acto de sumi-

sión a las leyes de la República». El antiguo párroco de Dardilly, el señor Rey, no había vuelto a aparecer, ni ningún otro sacerdote no juramentado había ido para regentar la parroquia. La familia Vianney, a la que por otra parte no hubiera complacido mucho ningún cura que se hubiese sometido al decreto del 11 prairal, continuó oyendo la misa en las casas particulares.

Hasta fines de 1794, los sacerdotes católicos que habían permanecido en la comarca de Lión a pesar de las leyes de muerte (no llegaban a treinta), aseguraron el ministerio pastoral, pero sin orden ni continuidad, ora aquí, ora allí, por no serles posible fijar su residencia en ninguna parte. Francia se había convertido en una tierra de misiones, y aun en algo peor. Sin embargo, la necesidad de cierta organización hacíase sentir. Si Monseñor Marbeuf creyó ser deber suyo desterrarse, su vicario general, el señor Linsolas, oculto bajo un disfraz, no salió de la ciudad. En la primavera de 1794, dividió la diócesis en grupos de parroquias y a cada grupo asignó sus correspondientes misioneros ayudados de catequistas seglares.

De esta manera, Ecully se convirtió en un centro de misión, al cual Dardilly estaba agregado. Se han conservado los nombres de los confesores de la fe que ejercitaron en aquella comarca tan heroico ministerio. Fueron, en primer lugar, dos sacerdotes de San Sulpicio, los Rdos. Royer y Chaillou, antiguos directores de aquel gran seminario; después un religioso arrojado de su convento por la tempestad revolucionaria, el reverendo Carlos Balley, a quien tendremos ocasión de ir conociendo en el decurso de este libro; finalmente, el señor Groboz, vicario de la parroquia de Sainte-Croix, el cual, habiendo escapado primero a Italia, pasó de nuevo los Alpes para reemplazar a tantos colegas suyos condenados a muerte.

Estos cuatro sacerdotes vivían, cada uno por separado, dispersos en Ecully. Para disimular, y como medida de precaución, habían adoptado una profesión que por lo demás ejercían bien poco; sabemos que el señor Balley hacía de carpintero, y el señor Groboz de cocinero... Las herramientas y utensilios que llevaban les daban cierta apariencia ante el

¹ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1014-1015.

² *Ibidem*.

público y eran una suficiente explicación de sus idas y venidas. Casi no salían sino al caer de la tarde y por caminos desviados se dirigían al lugar señalado para celebrar la misa.

Estos hombres, envejecidos antes de tiempo y en cuyos rostros se echaban de ver las huellas de tantas fatigas y privaciones soportadas por el bien de las almas, ¡con qué tierna veneración eran contemplados en el altar por el pequeño Vianney! Ellos mismos acabaron por darse cuenta de aquel niño de ojos transparentes, que rezaba con tanto recogimiento y fervor. Un día de 1797, el Rdo. Groboz pasó por Dardilly y visitó a la familia Vianney. Bendijo a cada uno de los niños y al llegar a Juan-María le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Once años.

—¿Desde cuánto no te has confesado?

—Todavía no lo he hecho —replicó todo admirado.

—Pues bien; hagámoslo en seguida.

Juan-María quedóse con el sacerdote y comenzó su primera confesión. «Siempre me acuerdo de ello, decía más tarde el Santo; era en casa, al pie de nuestro reloj»³. ¿De qué se acusó? Es de creer que la perfecta candidez de su alma de niño causó admiración al sacerdote que Dios había enviado para recibir sus confidencias. Fue para él una revelación. Era menester para aquel niño una instrucción religiosa más completa y sin duda que la encontraría en las damas catequistas establecidas secretamente en Ecully. No costó mucho al Rdo. Groboz convencer a sus padres: ¿no podría pasar algunos meses en un pueblo tan próximo y en casa de su tía Margarita Beluse, hermana de su madre, casada con Francisco Humbert?

* * *

Alguna razón de peso —probablemente el compromiso de enviarle todavía por algún tiempo a la escuela del señor Dumas —obligóles a diferir para el año siguiente el cumplimiento de aquella resolución. Por fin, hacia el mes de mayo

³ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 4.

de 1798, María Vianney acompañó a su hijo predilecto hasta Ecully. Convino con su hermana Margarita que ésta albergaría al sobrino, pero que los padres le procurarían la alimentación y los vestidos. Gracias a este arreglo, pudo ver con frecuencia en la granja *Point-du-Jour* —este era el nombre simpático de la casa— a sus padres y hermanos.

Dos religiosas de San Carlos, las hermanas Combes y Deville, cuyo convento ya no existía, habían hallado refugio en Ecully. Los misioneros les habían hecho el delicado encargo de preparar a los niños para la primera Comunión. Juan-María fue instruido por ellas juntamente con otros quince.

Un retiro espiritual precedió al día feliz. Vianney parecía todo absorto en Dios. «Ya en esta edad, dijo después Fleury Véricel, de Dardilly, le mirábamos como a un santo»⁴. Rezaba continuamente y no se ocupaba en otra cosa. «Mirad, decían sus compañeros, dándole un apodo que quizás procedía de la rama paterna de Mateo Vianney, mirad al *gordito* cómo se las tiene con su ángel»⁵.

Era el año 1799, «durante el segundo Terror»⁶, al tiempo de segar el heno. La calma que había seguido a la caída de Robespierre no fue de muy larga duración; los católicos eran aún más perseguidos; sus sacerdotes morían a centenares, deportados a la Guayana e internados en los pontones de Rochefort, de Re o de Olerón. El Santo Pontífice Pío VI, anciano de ochenta y dos años, era cautivo de la Revolución⁷. El calendario republicano continuaba en vigor y la década seguía reemplazando al domingo. Nuestras hermosas fiestas religiosas, tan consoladoras para el pueblo, estaban proscritas y se intentaba sustituirlas por ridículas ceremonias⁸.

Todavía era necesario ocultarse para poder rezar. En Ecully, la casa de la que en adelante llamaremos señora de Pingón⁹, tenía amplias dependencias. Fue éste el lugar esco-

⁴ Proceso apostólico ne pereant, p. 1258.

⁵ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 1258.

⁶ Frase de Magdalena Scipiot, mujer de Mandy, hablando en el *Proceso apostólico in genere* (p. 258), de la Primera Comunión de Juan María Vianney.

⁷ Pío VI murió en Valence, el 28 de agosto de 1799, después de pronunciar palabras de perdón.

⁸ Se celebró la *Teantropofilia* de Chemin-Dupontés, y después la *Teonfilantropia* de Larenvillière-Lépaux.

⁹ El Rdo. Monnin, y después de él todos los que han contado la primera Comunión

gido por los señores Groboz y Balley para celebrar en él la fiesta de los niños, fiesta deliciosa y gratísima, radiante de luz en tiempos tranquilos, pero ignorada de la multitud en aquellos días de fin de primavera. Muy de mañana, los dieciséis niños de Dardilly que habían de comulgar, fueron acompañados separadamente, vestidos con sus trajes ordinarios, a una gran sala¹⁰ cuyos postigos ajustaban muy bien, pues los niños habían de sostener una vela y era imprudente que desde fuera se viese la luz. Para colmo de precauciones, habían puesto delante de las ventanas algunas carretas llenas de heno, y durante la ceremonia, para mejor disimular, varios hombres se ocupaban en descargarlas¹¹. Las madres, con gran disimulo, habían llevado bajo sus amplios mantos, los velos o los brazaletes blancos. Cada una dispuso a su hijo para recibir al Señor.

Juan-María tenía trece años cumplidos. Alma de un sentido espiritual muy delicado, podía apreciar muy bien el don que acababa de recibir. Tenía hambre de Cristo, y las tristes circunstancias habían hecho más larga la espera. Recibió la Eucaristía con un corazón lleno de fe, de deseos y de amor. «Yo me hallaba presente, refiere Margarita Vianney; mi hermano estaba tan contento que no quería salir del lugar donde había tenido la dicha de comulgar por vez primera»¹².

Sin duda que de mucho antes vivían en su interior aquellas palabras, que tan ardientes habían de salir de sus

del bienaventurado Vianney han escrito que la había hecho en casa del conde de Pingeon Hay que decir de Pingeon y no de Pingeon, señora de Pingeon y no el conde de Pingeon

«La señora Ana-Josefa de Biatrix, viuda del caballero Claudio de Pingeon domiciliada antes en Dole, del Franco Condado, adquirió efectivamente, en 1782, la propiedad de Juan Pericaud, de Ecully, y se estableció en seguida en ella. La señora de Pingeon tenía una hija Francisca Magdalena, que se casó en Ecully, el 17 de mayo de 1783, con Claudio de Jouffroy d'Abbans, el inventor del navio de vapor. La Revolución, en 1791 obligó a Claudio a emigrar y fue durante su ausencia, en 1799 «en tiempo de las siegas», cuando Juan María Vianney hizo la primera comunión en casa de la señora Jouffroy y de su madre la señora de Pingeon» (Segun los *Annales d'Ars*, julio de 1919 p. 51)

¹⁰ «Recuerdo muy bien el día de la primera comunión de mi hermano, yo misma le asistí. Se celebró la ceremonia en una sala de la casa del conde de Pingeon de Ecully. Juan María vivía en aquella parroquia desde hacía casi un año, en casa de nuestra tía Humbert. Recibió la comunión de manos del Rdo Groboz» (Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1018)

¹¹ Catalina LASSAGNE, *Petit memoire* p. 4

¹² *Proceso del Ordinario*, p. 1018

labios sacerdotales: «Cuando se comulga, se siente algo extraordinario... un gozo... una suavidad... un bienestar que corre por todo el cuerpo... y lo conmueve. No podemos menos de decir con San Juan: ¡Es el Señor!... ¡Oh Dios mío! ¡Qué alegría para un cristiano, cuando al levantarse de la sagrada Mesa se lleva consigo todo el cielo en el corazón!»¹³.

Más tarde, no podrá hablar sin lágrimas de su primera comunión¹⁴. Pasados cincuenta años, mostrará a los niños de Ars el sencillo rosario que llevaba aquel día y les exhortará a guardar los suyos como recuerdo precioso¹⁵.

Celebrada la fiesta, Juan-María regresó con sus padres a Dardilly. Habían pasado los años de la infancia, y con ellos el tiempo de los estudios. Aunque crecía despacio, para la edad que tenía, era muy robusto. Los trabajos de la granja y del campo lo reclamaban ya.

Desde entonces, el influjo de sus virtudes jóvenes se dejó sentir más que nunca en el hogar. Su aspecto franco, su agradable afabilidad, que le inducía a saludar cortésmente a todo el mundo, acabaron por ganarle los corazones de todos.

¹³ Catequesis sobre la primera comunión (*Esprit du Cure d'Ars*, XII y XIII *passim*)

¹⁴ Rdo TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 254

¹⁵ Magdalena MANDY SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 250

IV. LABRADOR Y VIÑADOR (1799-1805)

Un trabajo santificado.—Las burlas de los compañeros.—El Concordato de 1802.—El restablecimiento del culto en Dardilly.—¡Ser sacerdote!—Las primeras confidencias.—Los primeros obstáculos.—La aceptación de M. Balley.

El golpe de Estado del 18 brumario (9 de noviembre de 1799) que puso en manos del general Bonaparte los destinos de Francia, libró prácticamente a la Iglesia, sin necesidad de nuevas leyes, del yugo perseguidor. En seguida, los sacerdotes, aprovechándose de la tolerancia del primer cónsul, regresaron del destierro; las iglesias comenzaron a abrirse, en particular la de Ecully, donde los Rdos. Groboz y Balley celebraron públicamente la misa. Los católicos de Dardilly acudieron en tropel, y en primera fila la familia Vianney. Por fin era posible santificar el domingo. Juan-María saltaba de gozo al ver brillar ante el altar aquella lamparilla que indicaba la presencia de un ser que le era muy querido. ¡Ah!, ¿cuándo tendrá Dardilly su sacerdote?... Los corazones iban abriéndose a la esperanza.

En adelante, las labores del campo parecerán menos duras; una mirada hacia la iglesia lejana infundirá nuevos alientos al labrador fatigado.

Juan Vianney comienza a manejar pesados aperos de labranza. Ha dejado ya a Gothon y a su hermano Francisco, que frisa en los nueve años, el cuidado del rebaño y él ayuda a su padre, a su hermano mayor y al mozo de la granja. Según las épocas del año, ara la tierra, cava la viña, recoge las nueces y las manzanas, abre los surcos, poda los árboles y

ata los haces de leña en el monte. Se ocupa todavía en el cuidado de los animales del establo, en segar el heno, en el granero, en la vendimia, en el lagar. Acciones pequeñas en sí, pero que pueden ser grandes, según la intención que las anima.

Para Juan-María fueron de gran valor, porque las ofrecía a Dios de corazón todos los días. Más tarde, él mismo nos explicará el secreto de la vida interior de su juventud. «Es menester, dirá en una de sus catequesis, ofrecer a Dios nuestros pasos, nuestro trabajo y nuestro reposo. ¡Oh, cuán hermoso es hacerlo todo por Dios! Ea, alma mía, si trabajas por Dios, trabajarás tú, mas Dios bendecirá tus obras; serás tú quien andarás, mas Dios bendecirá tus pasos. Todo lo tendrá en cuenta; la privación de una mirada, de un gusto, todo quedará escrito... Hay personas que saben aprovecharse de todo, aun de las inclemencias del tiempo; hace frío y ofrecen a Dios sus pequeñas molestias. ¡Oh, qué belleza ofrecerse a Dios en sacrificio todas las mañanas!»¹. De esta manera, en los campos y en la granja santificaba Juan-María su alma; un mundo invisible estaba siempre presente ante él; mas no por esto era indolente y soñador; su complexión era robusta y por temperamento inclinado siempre a la acción.

Un día, poco después de la primera comunión, fue a la viña con su hermano Francisco. Una vez allí, quiso trabajar tanto como su hermano, muchacho de quince años, y por la noche llegó a casa extenuado y rendido. «¡Ah!, dijo a su madre, estoy agotado: he querido seguir a Francisco.

—Francisco —dijo la madre compadecida—, no corras tanto o ayúdale un poco. ¿No ves que es más pequeño?

—¡Oh! —replicó Francisco, plácidamente—, Juan-María no está obligado a hacer lo que yo; ¿qué diría la gente si el mayor adelantase menos en el trabajo?»

«Al día siguiente por la mañana —Margarita Vianney es quien nos ha conservado tan interesantes recuerdos—, una hermana de la *Antiquaille* de Lyon² llegó a la casa paterna.

¹ *Catéchismes d'Ars*, colección manual del señor de La Bastie, p. 25.

² La *Antiquaille* es hoy un hospicio de Lión. En otros tiempos, fue un monasterio de la Visitación de Santa María, para construir el cual se utilizaron los restos de pala-

Dio a cada uno de nosotros una imagen. Tenía una estatuita de la Santísima Virgen encerrada en un estuche. Todos la queríamos. Mas la regaló a Juan-María. Al otro día, se fue como de costumbre a trabajar con Francisco. Antes de poner manos a la obra le besó devotamente los pies y la puso delante de sí tan lejos cuanto le fue posible. Cuando llegó al sitio donde estaba, volvió a tomarla con gran respeto e hizo como la primera vez. De regreso a casa dijo a su madre: «Confiaré siempre en la Virgen. Hoy la he invocado y se ha dignado ayudarme: ya puedo seguir en el trabajo a mi hermano y no siento fatiga alguna»³. Francisco y Juan-María trabajaron uno junto a otro por espacio de ocho días⁴.

Trabajaban en silencio, como dos trapenses. Para no molestar a Francisco, Juan-María rezaba en voz baja o mentalmente. «Ea, pensaba él, al dar las azadonadas; de esta manera hay que cultivar el alma; es menester arrancar las malas hierbas y prepararla para una buena sementera»⁵.

Mas cuando se hallaba solo en el campo, abría su corazón a todas las efusiones; mezclando su voz con los gorjeos de los pájaros, rezaba sus oraciones y entonaba cánticos piadosos⁶. Conservaba desde su infancia la costumbre de saludar a la Virgen al dar cada hora y juntaba al Avemaría esta sentida fórmula: *¡Bendito sea Dios! ¡Animo, alma mía!, el tiempo pasa; la eternidad se acerca. Vivamos tal como hemos de morir. Bendita sea la Inmaculada Concepción de María, Madre de Dios*⁷.

Después de comer, cuando descansaban juntos, Juan-María se tendía como los demás sobre la hierba, pero «fingía dormir y rogaba a Dios de todo corazón»⁸.

Juan-María no estuvo sujeto por mucho tiempo a las disciplinas escolares. Perfeccionará su inteligencia e irá for-

cios y casas antiguas. De aquí el nombre de *Antiquaille*. Puede aún visitarse, en el actual hospicio, el calabozo donde fue encerrado San Potino.

³ *Proceso del Ordinario*, p. 1013-1014.

⁴ Fleury VERICEL, *id.*, p. 1295.

⁵ Rdo. MONNIN, *id.*, p. 1140.

⁶ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 4; *Proceso del Ordinario*, p. 487.

⁷ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1013.

⁸ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 4; *Proceso del Ordinario*, p. 487.

mando su criterio entre las labores del campo. Mientras estos rudos trabajos le preparan para las más grandes austeridades, va acumulando en su memoria imborrables recuerdos, que le serán después muy útiles, pues a ejemplo de Cristo, se inspirará, para predicar las verdades del Evangelio, en los espectáculos de la naturaleza y en las escenas de la vida familiar.

Contempla el vuelo de las blancas palomas, que le hacen pensar en el Espíritu Santo. El grano de trigo arrojado en tierra, que necesita de lluvia y de sol para convertirse en espiga, es para él imagen del alma fecundada por la gracia. Los frutos más amarillos y más maduros, pero picados de la polilla, simbolizan las obras buenas en apariencia, mas inspiradas y echadas a perder por el orgullo. Respira el perfume de la viña en flor, menos suave que el de un alma que se halla en paz con Dios. El jugo que se exprime de la vid es figura del dulce sabor de la oración. Un campo sin cultivo le recuerda la conciencia enzarzada en el pecado. Ve las espirales del humo que se eleva sobre las hogueras de los pastores en invierno; las cruces arrojadas a las llamas de un verdadero amor, dice, son como los haces de leña erizados de espinas que el fuego consume: las espinas son duras, mas la ceniza es muy fina⁹.

Al caer de la tarde, los trabajadores de una misma vecindad se reunían con frecuencia para volver juntos al pueblo¹⁰ en amigable charla. Se hablaba y se cantaba. Algunos chistes groseros solían deslizarse en la conversación. Esto disgustaba mucho a Juan-María. Por otra parte, al llegar aquellas horas en que la misma naturaleza parece recogerse, sentía un gran deseo de soledad y silencio. Por esta causa, quedábase siempre atrás y seguía a cierta distancia. Entonces, con el rosario entre sus dedos, rezaba a su sabor. «Sus labios se movían sin cesar.» Los compañeros volvían la cabeza para contemplarle tan juicioso y tan bueno; algunos, contaminados por las ideas en boga, se reían de su piedad.

«Francisco, decían con sorna, ¿no vas a mascullar padre-nuestros con Juan-María?»

⁹ Estas imágenes y otras muchas se encuentran en las famosas *Catequesis de Ars*.

¹⁰ Fleury VERICEL, *Proceso del Ordinario*, p. 1295.

Mas a Francisco no le gustaba que criticasen a su hermano. Sin responder palabra, se contentaba con enrojecer algún tanto. Por lo demás, Juan-María hubiera podido muy bien reducir al silencio a los chistosos. Muy observador, no desconocía los defectos ajenos y sus réplicas eran agudas y prontas. Mas por virtud prefería callarse; conservaba el rosario entre las manos y seguía en sus rezos. Y aquellos jóvenes necios, molestos por su propia conducta, mudaban de tema¹¹.

Estos mismos compañeros se divertían en esconderle los utensilios de labranza. Estas bromas insulsas, demasiadas veces repetidas, hubieran sacado de quicio a otros menos pacientes. El pobre Juan-María parecía no ofenderse; sin perder su benévola sonrisa buscaba entre las zarzas la pala o el azadón, y, una vez hallados, volvía seguidamente al trabajo¹².

Un día su hermano, «por una nonada», le reprendió con palabras muy mortificantes. Juan-María hubiera podido muy bien disculparse. Aun entonces prefirió callar¹³.

Tarde o temprano, estos ejemplos de virtud habían de producir sus frutos. Los que criticaban por los senderos de Dardilly acabaron sin duda por pensar como un buen anciano que decía a Monseñor Richard, obispo de Belley: «Juan-María Vianney era un modelo. Algunos reprobaban su proceder; en el fondo él tenía razón y era el verdadero prudente»¹⁴.

* * *

Entretanto, una nueva aurora comenzaba a iluminar el cielo de la iglesia en Francia. El primer cónsul, ansioso de restablecer en la nación el orden perturbado y de devolverle la paz interior, se convenció de que, sin la religión, no podría haber obra sólida y duradera. Negoció con el Papa un concordato, que fue firmado en París el día 16 de julio de 1801,

¹¹ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. 1. p. 52.

¹² Francisco PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 805.

¹³ Fleury VERICEL, *Proceso del Ordinario*, p. 1294.

¹⁴ Monseñor ODELIN, *Le cardinal Richard*, París, de Gigord, 1922, página 22.

ratificado en Roma el 15 de agosto y declarado ley del Estado por el Cuerpo Legislativo el 5 de abril de 1802.

¡Qué emoción en París cuando, el 18 de abril, al rayar el alba primaveral, la gran campana de Nuestra Señora, muda desde hacía diez años, lanzó al aire sus tañidos de triunfo, para anunciar la fiesta de la Pascua y la resurrección de la Iglesia católica en Francia! La familia Vianney, y en especial Juan-María, recibieron con lágrimas tan fausta nueva.

Después de algunos meses, el Rdo. Jacobo Rey, a quien el destierro no había podido arrebatarse su título de párroco ni su amor a los antiguos feligreses, estaba de vuelta en Dardilly. Desde la primavera de 1802, las solemnidades litúrgicas, de las cuales Juan-María no conservaba sino un vago recuerdo, se celebraron como antes de la gran tormenta. El día del *Corpus*, cogió las rosas del cercado de su casa y las deshojó por el curso de la procesión; ayudó también a sus hermanos y hermanas a tejer guirnaldas de acebo y boj... ¡Qué conmoción en todo su ser, cuando la puerta de la iglesia se abrió de par en par y, al canto del *Pange lingua*, brilló sobre la plaza la custodia, escoltada por una multitud en oración!

En adelante, siempre que le era posible, antes de encaminarse al trabajo, el joven Vianney pasará por la iglesia, a buscar fuerzas para todo el día. Mas cuando el sol comience a lucir antes del *Angelus*, tendrá que aprovechar todas las horas para adelantar la cosecha del heno o del trigo. Juan-María se hallará ya en el campo antes de la misa matinal. El piadoso labrador estará allí donde el deber le reclame, pues su principal devoción será siempre una obediencia franca y libre de vanos escrúpulos. Desde lejos, se unirá en espíritu al sacerdote celebrante con el rezo de cinco padrenuestros y cinco avemarías y el deseo de recibir el cuerpo de Cristo llenará su corazón de sobrenatural suavidad.

A veces, sin embargo, le era difícil contenerse: algunos días, por la tarde, un repique de campanas anunciaba una *exposición*. Como su padre sufría de dolores reumáticos, «Padre, le decía, déjeme estar en la iglesia una media hora y rogaré para que se cure su mal»¹⁵.

Los Vianney, aun durante los años de persecución, cuando la década era el día oficial para el descanso, no habían dejado de santificar «el día del Señor». Durante la noche del sábado al domingo, asistían a la misa del sacerdote proscrito y pasaban el resto del día ocupados en oraciones, lecturas piadosas y en visitar a los parientes y amigos. Una vez restablecido el culto, si bien poco tuvieron que cambiar en sus costumbres, no hay duda que su fe fue avivándose de día en día, pues el ejemplo de Juan-María les indujo a una vida cristiana más perfecta. Los domingos, después de vestirse con presteza, Juan-María se dirigía a la iglesia y allí pasaba la mayor parte del tiempo arrodillado con los ojos fijos en el sagrario en adoración; todo el mundo se sentía edificado.

* * *

En esta época, procuraba instruirse mejor en las cosas de la religión cristiana. Pero, fuera del domingo, no podía disponer sino de unos momentos, por la noche. Aparte de esto, «sobre su cama, en el establo donde dormía, había un pequeño estante, que aún se conserva, en el cual colocaba sus libros de piedad»¹⁶. Tomaba él los *Evangelios* o la *Imitación de Cristo*, y, a la débil luz de una candela de resina, comenzaba a leer. Su hermano Francisco, que estaba con él en la misma cama, prefería dormir. Mostróse paciente al principio, pero al fin avisó a su madre, la cual muy prudentemente le prohibió velar hasta tan entrada la noche y mandó tomar el necesario descanso»¹⁷. Juan-María obedeció sin queja; pero en la oscuridad, mientras Francisco dormía, continuaba su vela, pensando en Dios y en el porvenir.

¿Cuáles podían ser sus pensamientos? Escuchaba cómo en el fondo de su alma iba despertándose aquel *sígueme*¹⁸, que pronunciado en las riberas del mar de Galilea arrastró en pos del Señor a Pedro, a Andrés, a Santiago y a Juan. Juan-María Vianney quería ser sacerdote y este deseo tan

¹⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinarío*, p. 468.

¹⁶ Rdo. VIGNON, cura de Dardilly, *Proceso apostólico in genere*, p. 369.

¹⁷ Rdo. RAYMOND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 555.

¹⁸ *Sequere me* (Mat., VIII, 22).

íntimo era lo que le hacía tan bueno. Mas, ¿cómo podría llegar a conseguirlo? Frisaba ya en los diecisiete años, no poseía sino incompletos conocimientos de la enseñanza primaria, se imponía el estudio del latín. Y en torno suyo, ¿qué pensarían de su caro deseo? En lo que toca a su madre, estaba seguro; se apresuraría a dar a Dios su predilecto. Mas ¿el padre? Aunque muy caritativo, su piedad era más corriente y el rudo trabajo del campo le absorbía por completo. ¿Y Francisco, próximo al servicio militar, al que era menester redimir? ¿Y Catalina, prometida ya, a la cual, al casarla, habían de dar algo en dote?... La esperanza de Juan-María fluctuaba en un mar de angustias.

Pero... ¡y las almas! ¡Todas las parroquias sin sacerdotes, tantos niños abandonados sin instrucción religiosa, sin sacramentos, sin Eucaristía!... ¡Tanta mies en peligro, por falta de obreros para recogerla! ¿No valía la pena despreciar todos los sinsabores y vencer todos los obstáculos?

Su madre, y después su tía Humbert, recibieron sus primeras confidencias. Sin rodeos, les expuso el motivo de su vocación: «Si yo fuese sacerdote, querría ganar para Cristo muchas almas». No tuvo aquí que discutir, bastóle para ello arrojarle en brazos de su madre, que lloraba de alegría. Era cuestión de convencer al padre. Juan-María dudó por algún tiempo en confiarle su secreto. Mas al fin, alentado por su madre, resolvió abrirle su corazón durante la hora de descanso que seguía al trabajo. Las dificultades habían sido perfectamente previstas. Mateo Vianney se mostró inflexible. Pagar los estudios de Juan-María después de la dote de Catalina —casada, desde hacía poco tiempo, con el señor Melin, de Ecully—, después del rescate de Francisco —pues había sacado «mal número» y era necesario buscar quien le reemplazase en filas—, ¡sería la ruina! No había que pensar más en ello. Además, en unos días, en que la situación de los sacerdotes era aún muy precaria, ¿quién se encargaría de enseñar a un joven de diez y ocho años?... Juan-María guardó un doloroso silencio.

Mateo Vianney comunicó a su esposa las confidencias del hijo y la acogida que les había hecho. En vano la mujer cristiana alegó que se trataba del más virtuoso de los hijos, del

más trabajador, del más juicioso; todos estos argumentos se volvieron contra la causa que quería defender. Juan-María era un buen trabajador y un campesino experimentado: razón de más para que se quedase en casa. El jefe de la familia iba envejeciendo; pronto tendría que contratar un nuevo criado. En una palabra: el granjero de Dardilly no se conformaba con ceder a Dios tan gran tesoro.

Larga y porfiada fue la lucha por espacio de dos años¹⁹. Juan-María siempre callaba, pero sus deseos se reflejaban en sus ojos. Su conducta ejemplar era un perenne testimonio, ante su padre obstinado en la negativa, de la realidad de una vocación imperiosa, que tanto menos habría de ceder cuanto que contaba con la aprobación de su confesor.

Es muy verosímil que Juan-María confiase al párroco señor Rey sus deseos y sus cuitas. Por desgracia, el venerable sacerdote había contraído en el destierro penosas enfermedades. A principios de 1803, la autoridad diocesana le confirmó en su título de cura de Dardilly; pero pocos meses después, dimitió el cargo y se retiró a Lión²⁰. El Rdo. Jacobo Tournier, que le sustituyó el 7 de julio, no trabó sino muy lentamente amistad con la familia Vianney.

Empero Dios no abandonaba sino en apariencia a su humilde y animoso servidor. La Providencia iba preparando los caminos por los que habría de llegar a la cumbre del sacerdocio y de la santidad.

Al mismo tiempo que el señor Rey era confirmado en su curato de Dardilly, «Monseñor Mérinville, encargado, en nombre del cardenal Fesch, de reorganizar la diócesis de Lión»²¹, designaba para la parroquia de Ecully a otro confesor de la fe: al Rdo. don Carlos Balley²².

El señor Balley, benjamín de una familia de diez y seis hijos, nació en Lión el 30 de septiembre de 1751. Hermano de un cartujo, don Esteban, entró siendo aún joven, con otro

¹⁹ Su madre y su tía de Ecully deseaban vivamente que Juan-María siguiese esta carrera, pero su padre se opuso durante dos años (reverendo RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 282).

²⁰ Murió en Vaise el 22 de octubre de 1804. (*Registros parroquiales de Dardilly*).

²¹ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 57-58.

²² La primera firma del señor Balley en el registro parroquial de Ecully es de 21 de febrero de 1803.

llamado Juan Alejandro, en la comunidad de los *Canónigos de Santa Genoveva*²³. Al estallar la Revolución, era cura de Saint-Clément-de-Choue, de la diócesis de Blois. Expulsado de su parroquia, se refugió en Lión, donde vivió, ya en una pequeña casa que había heredado de su familia, ya en escondrijos más seguros y las más de las veces en casa del señor Loras. Ello dio lugar a que fuese testigo de la apostasía de su hermano Alejandro²⁴. El 14 de febrero de 1974, dom Esteban era guillotinado en la plaza de Terreux²⁵, sufrió con la sonrisa en los labios el glorioso martirio. Tres meses después, el Rdo. Balley se juntó a los valientes misioneros que tantas veces se pusieron en peligro de muerte para conservar la fe en Ecully y en sus contornos. Cuando en 1803, fue nombrado cura titular, llevó consigo a su hermana Margarita, antigua religiosa de la Anunciata-Celeste, que tenía diez y ocho años más que él.

Una de las primeras preocupaciones del señor Balley, al establecerse definitivamente en Ecully, fue procurar que se suscitasen vocaciones eclesiásticas. Tuvo en ello buen éxito y bien pronto fundó una escuela de aspirantes al sacerdocio. El marido de Catalina Vianney, que era un excelente cristiano, lo dijo a su joven cuñado. Juan-María conocía ya al señor Balley por haber oído su misa durante los años del Terror.

El trabajo del nuevo párroco de Ecully era inmenso y aplastante. Tenía que acudir a todas las necesidades religiosas de una extensa feligresía, muy próxima a Lión y en la

²³ Carlos Balley no había sido cartujo como se ha dicho alguna vez confundiendo con su hermano Esteban, sino canonigo de Santa Genoveva. Los *Genovefains* llamados también *Canonigos de Santa Genoveva* o *Canonigos regulares de la congregación de Francia* formaban antes de la Revolución una orden muy importante. A fines del siglo XVIII tenían 107 casas con más de 1300 religiosos. Se consagraban al servicio de las parroquias —especialmente de San Esteban del Monte, en París—, y se ocupaban además en hospitales y seminarios. Su hábito era una sotana blanca y un manto negro. El escudo de la congregación consistía en una mano, sobre fondo azul, la cual sostenía un corazón inflamado y esta divisa *Superemineat caritas*, la caridad sobre todas las cosas. Divisa bien digna de un sacerdote como el señor Balley.

²⁴ Juan Alejandro Balley prestó juramento y fue enviado de párroco a Pollionay por Lamourette, obispo constitucional del departamento del Rodano. Más tarde, se rehabilitó. Su último cargo fue el de cura de Arnas, donde murió a los dos meses de haber llegado (7 de febrero de 1813).

²⁵ Cf. sobre dom Esteban un hermoso artículo de A. M. de Franchieu, *Annales d'Ars* marzo-abril de 1906.

cual la ola revolucionaria había hecho grandes estragos. A pesar de no tener más de cincuenta y dos años, se encontraba en extremo debilitado por las privaciones de una vida errante, pasada en continuados peligros. Pero poco importaba. Para dar sucesores a su labor apostólica, recorría las casas de los ricos y de los pobres, en busca de niños y jóvenes, en cuyas frentes pudiese discernir la marca del llamamiento divino. Así fue como hospedó en su casa a un futuro jesuita, el joven Deschamps, y después a Matías y a Jacobo Loras, hijos de aquel hombre de bien, muerto en el cadalso, que tantas veces le había ofrecido generosa hospitalidad durante los días más sombríos de la persecución.

Cuando Juan-María tuvo noticia de la existencia de un colegio de vocaciones, sintió cómo su corazón se abría con más desahogo a la esperanza. ¿No era esta la ocasión de intentar con mayores probabilidades de triunfo un nuevo asalto en el ánimo de su padre? La madre, que no cesaba de infundirle aliento en su santa resolución, se convirtió otra vez en su abogada. Hizo ver a Mateo Vianney que no se trataba de enviar a Juan-María muy lejos, ni a ningún seminario²⁶. Por el contrario, estaría muy cerca de ellos, en Ecully, donde había hecho su primera comunión y donde encontraría otra vez a sus tíos. Además los gastos no serían muy crecidos: Juan-María iría a casa del señor Balley tan sólo para recibir las lecciones; la comida se la haría su tía Margarita Humbert. Finalmente, fuese como fuese, su hijo no deseaba otra cosa que la voluntad de Dios. Mateo Vianney fue conquistado.

«Pues bien, dijo, ya que Juan-María está tan firme en su propósito, no hay que contrariarle más.»

Ante tan fausta nueva, el aspirante al sacerdocio dio prisa a su madre para que fuese a visitar al Rdo. Balley. María Vianney, acompañada de su hermana Margarita, se presentó en la escuela de Ecully. El Rdo. Balley, de complexión flaca y elevada estatura, tenía un «perfil romano»; era de aspecto

²⁶ Cuando todavía rugía la tempestad, se establecieron varios seminarios en Saint-Jodard, en Marboz —trasladado muy pronto a Meximieux—, en Roche —casa que absorbió a Sain Galmier—. Después, por el consejo del cardenal Fresch, muy solemne por obra tan trascendental, se fundaron varias escuelas presbiterales en todo el departamento de Lión.

grave e impresionaba a primera vista. Revistiéndose de valor, las dos mujeres expusieron al párroco el objeto de la entrevista. Le manifestaron cómo se había despertado la vocación en Juan-María, su edad y sus estudios primarios incompletos y cursados en época lejana. El Rdo. Balley escuchaba indeciso.

«Tengo mucho trabajo, respondió al fin; no me es posible hacerme cargo de otro alumno.»

Las mujeres insistieron.

«No, ¡no puedo! ¡no puedo!» Tal fue el término descorazonador de esta primera visita.

Llenas de desolación, comunicaron la negativa al marido de Catalina. Apremiado por ellas, consintió el señor Melin en abordar de nuevo una causa de tanto compromiso. Al principio, el Rdo. Balley volvió a negarse.

—Pero al menos, replicó, consienta en ver a mi cuñado; cuando lo haya conocido estoy seguro de que lo admitirá.

—Pues bien, ¡que venga!

Y el humilde cultivador de trigales y viñedos se presentó acompañado de su madre, ante aquel que había de introducirle en el «campo del Padre de familia». El austero cura Balley fijó su escudriñadora mirada en aquel joven de diecinueve años, flaco y pálido, recogido y prudente. Hízole algunas preguntas y hallólo muy instruido en religión. Su sonrisa franca y confiada le complació sobremanera y abrazó a este candidato al sacerdocio con afectuosa amabilidad.

«¡Oh! por esta vez, pensó en alta voz, lo acepto.»

Después, dirigiéndose a Juan-María:

«Esté tranquilo, amigo mío; yo me sacrificaré por usted si necesario fuese»²⁷.

²⁷ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 102; *Proceso del Ordinario*, p. 1019.

V. UNA VOCACION TARDIA

(1805-1809)

Juan-María Vianney a los diecinueve años.—El mayor entre los pequeños.—Peregrinación a la Louvesc.—Un voto embarazoso.—La edad del servicio militar.—Un viaje del cardenal-arzobispo.—Confirmación de Juan-María-Bautista Vianney.—La hoja del itinerario.

Por segunda vez dejaba Juan-María los campos de Dardilly y la casa de sus padres. A pesar de que había cambiado mucho desde el tiempo de su primera comunión, los moradores de la granja de Point-du-Jour hallaron en el joven de veinte años al niño amable y candoroso de antaño.

Sin ser todavía perfecto, el futuro santo mostrará bien pronto a qué grado de virtud será capaz de elevarse. Casi en cada comida se contentaba con la sopa¹, sin probar otra cosa, aunque se lo rogasen. Y esto en la edad del desarrollo, cuando el apetito tiene imperiosas exigencias. Juan-María, que seguía su plan al imponerse tales privaciones, todavía deseaba mortificarse más: para atraer sobre sus estudios las bendiciones del cielo, pidió a su tía que le sirviese a él el caldo antes de poner la manteca. Ya fuese por olvido, ya para simplificar, Margarita Humbert le servía varias veces como a los demás de la familia. Mas el sobrino, a quien su natural viveza dominaba todavía durante algunos instantes, al tomar las primeras cucharadas, ponía su rostro malhumorado como si se le atragantase cada sorbo². Día vendrá en que,

¹ Es conservado religiosamente en Point-du-Jour el fogón donde a veces él mismo calentaba la sopa.

² Según Margarita Humbert, prima hermana de Juan-María, *Proceso de Ordinario*, p. 1323.

transformado por la gracia, conservará su sonrisa aun en las circunstancias más molestas.

Siempre amigo de los necesitados, llevaba a casa de los Humbert, para que pasasen la noche, cuantos mendigos encontraba en el camino. Más de una vez llenó la casa de pobres³. Un día, que iba a Dardilly para ver a sus padres y hermanos, dio a un hombre lleno de miseria unos zapatos nuevos que le había comprado su padre. Podía creerse dueño de los mismos, por haberlos comprado con el precio de su trabajo. Sin embargo, le reprendieron seriamente al verle llegar descalzo a la casa paterna. Pero no pudo enmendarse. En otra ocasión cruzóse por el camino con un pobre rodeado de niños pequeños. Movidó a compasión, le dio cuanto llevaba consigo, o sea, siete francos⁴.

Había dado ya comienzo a sus estudios de seminarista. Pasaba las mañanas y las tardes en casa del señor Balley. Al llegar era recibido por la amable sonrisa de la señorita Margarita Balley, la cual, bajo el traje del mundo, conservaba el alma y las maneras de Sor María Josefa Dorotea⁵. Su hermano Carlos tenía fama de muy buen teólogo. En varias ocasiones había rehusado la cátedra de moral del seminario mayor de Lión. Si su trato era grave y su voz recia, su mirada, en cambio, era dulce y benévola. Juan-María se halló pronto muy a gusto junto a él.

Mas ¡ay!, la gramática latina le pareció muy áspera. El joven estudiante era pronto y agudo en sus respuestas; gustaba mucho oírle hablar; pero entraba con dificultad en los estudios; en cuanto sentía una pluma en sus dedos se manifestaba lento y cortado. Sin que careciese de ella, su inteligencia estuvo como latente durante muchos años. Los primeros rudimentos de la gramática son cosa de memoria; en Juan-María esta facultad se había enmohecido mientras había tenido brillante su azada; había olvidado las pocas nociones

gramaticales adquiridas en la escuela del *ciudadano* Dumas. Y no es posible emprender el estudio de la sintaxis latina sin conocer la francesa. ¡Qué labor más aplastante!

El pequeño Deschamps y los hermanos Loras, que retenían con tanta facilidad las declinaciones y conjugaciones, aunque muy bien educados, se reían con disimulo al oír tropezar al mayor de sus compañeros en lo que ellos habían aprendido como cosa de juego. El señor Balley no tenía ciertamente ganas de reír. ¿Aquel joven de juicio recto y profunda piedad, tendría que arredrarse al primer obstáculo? ¡Terrible tarea, más dura que la del campo! Obstinadamente, llegada la noche, el alumno de veinte años, a la débil luz de una lamparilla, se inclinaba sobre el libro. Después, con fervorosa oración, suplicaba al Espíritu Santo que grabase aquellos términos en su «pobre cabeza». Y al día siguiente echaba de ver que aquellas palabras, todavía rebeldes, habían huido. Se ejercitaba en la traducción de las *Historias escogidas del Antiguo Testamento*⁶, el manual clásico para los principiantes de aquella época. El padre Deschamps refiere cómo tenía que ayudar a su antiguo compañero de estudios a buscar las palabras en el diccionario y a traducirlas convenientemente⁷. Uno de los hermanos Loras, Matías, quizás el más aventajado de todos los discípulos del señor Balley, le prestaba el mismo servicio. Mas aquel niño era muy nervioso y algo suelto de manos. Un día, cansado de la torpeza del «mayor», le pegó en presencia de los otros. El ofendido, dotado también de un natural violento, se arrojó delante de aquel niño de doce años que acababa de golpearle y le pidió perdón. Matías ocultaba un corazón de oro. Arrepentido de su mala acción y anegado en lágrimas, se echó en brazos de Juan-María, todavía puesto de rodillas⁸. Este episodio fue el origen de una profunda amistad. Jamás Matías Loras, misionero en los Estados Unidos y después obispo de Dubuque, podrá olvidar las palabras y el rasgo de su compañero⁹.

³ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1124-1125.

⁴ Fleury VERICEL, *Proceso del Ordinario*, p. 1295.

⁵ La señorita Balley, mujer inteligente, instruida y profundamente piadosa, cuyo convento había sido cerrado por la Revolución, murió en la escuela de Ecully el día 3 de agosto de 1808. Dejó acerca de su hermano Esteban, el religioso cartujo, mártir de la Revolución, un emocionante manuscrito, que se ha conservado en los archivos del Arzobispado de Lión.

⁶ *Selectae e Veteri Testamento historiae ex Erasmi paraphrasibus excerptae*, Parisiis, 1765.

⁷ Condesa DES GARETS D'ARS, *Proceso del Ordinario*, p. 765.

⁸ Juan-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 689-690.

⁹ «Monseñor Loras fue, en su sede episcopal, el émulo en virtud del santo Cura de

Los adelantos de Juan-María en los estudios fueron casi nulos, durante los primeros meses. Con todo, se aplicaba con una tenacidad admirable. Poco alimentado, la languidez de su expresión acabó por delatar la debilidad de sus fuerzas. Su tía Humbert, que no podía con él en este punto, creyó deber suyo advertir al señor Balley. El párroco de Ecully, muy austero consigo mismo, no hizo de ello gran caso. «Era, como se ha dicho, sencillamente un buen mozo que necesitaba para su sustento mayor alimentación que cualquier otra persona; y, sin embargo, ayunaba rigurosamente»¹⁰. «Mira, hijo mío, dijo al fin a Juan-María; muy bueno es orar y hacer penitencia, pero es menester también alimentarse y no arruinar la salud.»

Entretanto, se aproximaba una crisis de espíritu, cuyo desenlace podía haber sido fatal. Verdaderamente el trabajo era demasiado ingrato. La tentación se desencadenó como tormenta sobre aquella alma desolada. Un disgusto de todas sus ilusiones se apoderó del pobre estudiante. Comenzó a pensar en el hogar y en los campos de su padre, en cuyo cultivo, gracias a su sana robustez, había reportado éxitos más fáciles. «Quiero volver a mi casa», dijo con tristeza al señor Balley, tan apenado como él.

Con su mirada penetrante, el experto maestro sondeó toda la profundidad de la tribulación de su querido discípulo. Convencido del tesoro que había recibido en depósito: «¿A dónde irás, hijo mío?, le dijo. No harás sino acrecentar tus penas... Bien sabes que tu padre no desea otra cosa que tenerte a su lado; al verte triste, no te dejará volver. Entonces, ¡adiós tus planes! ¡Adiós sacerdocio! ¡Adiós almas!»¹¹.

¡Adiós almas!... ¡Oh, no; no puede ser! Dios no lo permitirá. Este solo pensamiento —el sacerdocio, el altar, la salvación de los pecadores, la mies tan abundante y tan po-

Ars pues se quiere introducir su causa de canonización Fue tan grande su fama de santidad en Dubuque, que en aquella diócesis, en tiempo de las confirmaciones, muchos niños deseaban ponerse su nombre y tomarlo por patrono» (Mons CONVERT, *Annales d'Ars*, diciembre de 1925, p 534)

¹⁰ Catalina LASSAGNE, *Petit memoire*, segunda redacción, p 3-4

¹¹ Catalina LASSAGNE, *Petit memoire*, tercera redacción, p 5-6

cos los operarios¹²— conjuró tan laboriosa crisis. El demonio del desaliento cesó de inquietar a aquella alma pura. Mas no por ello la memoria del estudiante se hizo menos rebelde; según propia confesión, «no podía depositar nada en su torpe cabeza». Conocedor del peligro, para mover al cielo a compasión y obtener el auxilio necesario, recurrió a un extremo heroico. Hizo voto de peregrinar a pie —mendigando a la ida y al regreso— hasta el santuario de la Louvesc, donde se halla el sepulcro de San Francisco de Regis, apóstol del Velay y del Vivarais.

Era el año 1806, durante el buen tiempo. La distancia de Ecully a Louvesc pasa de los cien kilómetros. A pesar de su delgadez de asceta, Juan-María Vianney se mantenía animoso y entero. Firme en su propósito no pensó en que sus fuerzas podían faltarle por el camino. Una mañana, después de oír misa y comulgar, se puso en marcha llevando en una mano el bastón y en la otra el rosario. Anduvo unas cuantas horas. Mas el hambre y la sed se dejaron sentir y fue menester rendirse: nuestro peregrino se detuvo en el umbral de una casa. ¿Qué quería aquel vagabundo? Con su porte de santo, ¿no meditaría alguna mala treta? Por otra parte, ¿qué historia más inverosímil? ¿Sus estudios? ¿San Francisco de Regis? ¿Quién sería tan cándido que le diese crédito? ¿No se escondería, bajo las apariencias de un inofensivo peregrino, algún soldado desertor, algún prófugo que iba en busca de las fronteras de Saboya o del Piamonte? Así, el joven viajero fue tratado de vagabundo, de haragán y rechazado de todas las casas. Se le amenazó también con hacerle detener¹³.

Hubiera podido procurarse fácilmente los víveres necesarios, pues para un caso extremo se había llevado dinero; mas, fiel a su voto, no quiso comprarlos¹⁴. Siguió su camino, alimentándose de hierbas y bebiendo en las fuentes; mas la

¹² El cardenal Fesch, decía a su clero de Lion en carta de 20 de febrero de 1807 «Nuestro corazón está desolado por no poder procurar los consuelos de la religión a estos habitantes del campo que vienen desde los extremos de la diócesis a pedirlos con tan vivas instancias, ni remediar los enormes abusos que se multiplican y echan profundas raíces en las parroquias que desde hace tiempo están privadas de pastor» (LYONNET, obra cit., t II, p 84)

¹³ Marta MIARD *Proceso apostolico continuativo*, p 837

¹⁴ Hermano ATANASIO, *Proceso apostolico in genere*, p 196, y *Proceso apostolico del Ordinario*, p 666

fatiga acabó por dejarle como aturrido. Acosado por el hambre se atrevió a entrar en una casa. «Se encontraba allí una mujer y confiaba que le daría algo de comer. La mujer devanaba una madeja y le entregó un cabo rogándole que tirase hacia fuera. Juan-María creyó que se trataba de hacerle un favor y puso manos a la obra, mas cuando llegó al umbral, la mujer cerró la puerta tras él»¹⁵.

La noche siguiente no pudo hallar acogida en ninguna parte y hubo de dormir al raso. Felizmente, no lejos de allí, encontró corazones menos duros. Algunos trozos de pan que le dieron de limosna, le permitieron llegar por caminos casi impracticables, al famoso santuario de la Louvesc, situado a 1.100 metros de altura entre las montañas del Alto Vivarais. Estaba extenuado, pero lleno de contento.

En llegando a aquel lugar, Juan-María no pensó en otra cosa más que en postrarse ante el sepulcro del Santo¹⁶ y decirle ingenuamente el motivo de su penoso viaje: alcanzar «la gracia de saber el latín necesario para cursar la teología». Esta gracia le fue concedida, pero muy medida y justa, suficiente tan sólo para conseguir su propósito. Dios, que tiene sus designios sobre cada una de las almas, quería, al probar la fe de su siervo, disponerle para más heroicos combates.

El piadoso peregrino veneró aquellos lugares santificados con la presencia de San Francisco de Regis. Recorrió en oración el viejo templo, cuya bóveda estaba en ruinas¹⁷, donde el apóstol del Vivarais, aunque devorado por la fiebre, predicó una misión por las Navidades del año 1640, con tanto mayor celo, cuanto que se sentía herido de muerte. El 26 de diciembre, abrasado de sed, el intrépido apóstol, después de haber predicado y oído confesiones desde la mañana hasta las dos de la tarde, dijo la misa y confesó de nuevo junto a una ventana sin cristales. Al fin cayó desvanecido. Llevado junto al fuego, no volvió en sí sino para oír más confesiones. Una tisis galopante acabó con él a la media noche del día 31

¹⁵ Sor SAN LAZARO, *Proceso apostolico ne pereant*, p 749

¹⁶ La caja de nogal ante la cual se arrodillo Juan-Maria, fue encerrada en 1834, dentro de un relicario de bronce dorado

¹⁷ En el mismo solar de aquella vieja Iglesia, Pedro Bossan, arquitecto de Ars y de Fourviere, levanto una Iglesia con dos torres, abierta al publico en 1871

de diciembre. Tenía entonces cuarenta y tres años... ¡Qué ejemplos, qué alimentos para Juan-María Vianney! Mientras recorría la iglesia, se iba penetrando de aquellas sublimes lecciones sin sospechar siquiera que había de llegar un día en que los pueblos acudirían en peregrinación a su iglesia y a su casa para recibir de él iguales enseñanzas.

En la Louvesc se confesó y comulgó. Refirió al padre jesuita que oyó su confesión, que el voto de mendigar había hecho muy penoso su viaje. ¿Estaba obligado, por ser cosa ofrecida a Dios, a correr los mismos peligros y sufrir las mismas afrentas al regresar? El confesor no dudó ni un momento: «Le conmutó el voto de forma que al volver a Ecully diese limosna en lugar de pedirla»¹⁸.

Volvióse a pie, pero pagó de su bolsillo los gastos de comida y hospedaje. Además, dio limosna a cuantos se la pidieron, prueba evidente de que él no tenía aspecto de mendigo, y agradóle tanto esta nueva manera de experimentar la verdad de aquel dicho de la sagrada Escritura: «Vale más dar que recibir»¹⁹. Y añadía: «Jamás aconsejaría a nadie que hiciese voto de mendigar»²⁰.

Las contrariedades de este viaje le hicieron palpar con los dedos las miserias de la pobreza sin albergue y le hicieron muy indulgente y compasivo para con los desgraciados que hacen vida nómada²¹.

* * *

Como es ya de creer, en Ecully fue recibido con los brazos abiertos por el señor Balley, que de lejos se había unido a sus oraciones. «A partir de aquel día su adelanto en el estudio fue suficiente para que no se desanimara»²². Los libros

¹⁸ Reverendo TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p 115

¹⁹ Rdo TOCANNIER, *Proceso apostolico in genere*, p 144

²⁰ Marta MIARD, *Proceso apostolico continuativo*, p 837

²¹ Hermano ATANASIO, *Proceso apostolico ne pereant*, p 1019

²² Hermano ATANASIO, *Proceso apostolico in genere*, p 196 El buen Hermano nos da aqui la nota exacta. Por el contrario el reverendo Monnin exagera bastante cuando dice «Desde este día, las dificultades se desvanecieron como por encanto» (*Le Cure d'Ars* t. I, p 69) Sea lo que fuere de estas maneras diversas de apreciar las cosas, es lo cierto que Juan-María sera muy devoto de San Francisco Regis durante toda su vida. En Ars tendra su imagen en la habitacion —un dibujo a pluma que todavia adorna la pared— y en la Iglesia le levantará una imagen de talla

no le daban ya tantas náuseas. Su trabajo, menos árido, se hizo más provechoso. Era para él muy alentador el ver cómo se le iba allanando el camino del sacerdocio. Desde entonces, el Rdo. Balley miró con menos temores el porvenir y su más dulce esperanza fue la de poder algún día asistir al mayor de sus alumnos en el altar del Señor.

Entretanto se acercaba la edad del servicio militar. El reemplazo de 1807, al que pertenecía, se había, en parte, adelantado mucho. En noviembre de 1806, Napoleón, después de la sangrienta batalla de Jena, a pesar de su victoria, tuvo que echar mano anticipadamente de veinte mil hombres de entre los jóvenes reclutas. Juan-María Vianney, por haber comenzado sus estudios eclesiásticos, con miras a ejercer el ministerio parroquial en la diócesis de Lión, estaba exento del servicio de las armas. El cardenal Fesch, que gozaba entonces de favor, había alcanzado de su imperial sobrino que todos los estudiantes de carrera eclesiástica inscritos en las listas oficiales de su Archidiócesis estuviesen libres de todo deber militar, como los clérigos que hubiesen recibido ya las órdenes sagradas²³. El cura de Ecully rogó al señor Groboz, su antiguo compañero de apostolado durante la Revolución y entonces secretario del cardenal, que inscribiese a Vianney entre los aspirantes al sacerdocio²⁴, como en realidad lo hizo.

²³ Estos últimos estaban exentos del servicio militar por decreto imperial de 7 de marzo de 1806, que decía así:

Napoleon, emperador de los franceses y rey de Italia ante el informe de nuestro ministro del Interior visto el informe a Nos presentado el 13 messidor año X aprueba por Nos el mismo día y repetido tanto en el decreto del 20 fructidor año XI como en el decreto de 18 fructidor año XIII, hemos decretado y decretamos lo que sigue
Art 1º — *Los eclesiásticos que han recibido las ordenes sagradas no estan sujetos al reclutamiento militar ni al servicio de la guardia nacional*
Art 2º — Los ministros de la Guerra y del Interior son los encargados de la ejecucion del presente decreto

NAPOLÉON

(Archivos Nacionales, AF IV, fol 1256, n 49)

En cuanto a los simples *seminaristas* de la diócesis de Lión —todavía no ordenados *in sacris*—estaban exentos por privilegio mediante la presentación de sus nombres y declaración de su calidad de tales al ministro del Interior. Las cartas escritas a este propósito por el cardenal Fesch, desde 1806 a 1809, solicitan únicamente la exención para los alumnos de los seminarios y para *aquellos que estudian en casa de los curas parrocos* (Archivos nacionales, F 19, 1041 A)

²⁴ En la práctica bastaba esta sencilla formalidad, en la diócesis de Lión, para que un joven fuese declarado libre del servicio militar. Una carta del arzobispo dirigida el 20 de marzo de 1805 al señor Genevriat, cura economo de Villamontais, junto a

Durante la cuaresma de 1807, Juan-María recibió, en la misma iglesia de Ecully, el sacramento de la confirmación²⁵. Iba a cumplir los veintiún años. El cardenal Fesch, prelado muy cumplidor de su deber, pero sobrecargado de trabajo²⁶ —su diócesis abarcaba tres departamentos, el Ródano, el Ain y el Loire—, no había podido hacer la visita pastoral más que una vez, en 1803. Esta segunda visita fue, por lo mismo, un notable acontecimiento. Por un despacho de 22 de enero de 1807 fue solemnemente anunciada.

El invierno era muy crudo. A pesar de las inclemencias de la estación, dice un relato de la época, «después de haber visitado Monseñor las parroquias de Lión, recorrió las del distrito y alrededores de la ciudad». Así fue cómo Ecully recibió entre las primeras parroquias la visita del animoso prelado.

Su Alteza Eminentísima Monseñor el Cardenal-Arzbispo de Lión, según el mismo relato, continúa la serie de sus visitas pastorales. En un lugar donde nos hemos detenido, su Alteza ha estado dando la comunión hasta las tres y media de la tarde y ha continuado

Roanne, lo demuestra claramente —mas a la vez es una prueba— de mucha importancia para el capítulo siguiente— de que una vez era llamado al ejército, el estudiante de una escuela parroquial, perdía el privilegio de la exención

«Si este joven es ilustrado y juicioso en sus costumbres, de manera que su vocación y sus aptitudes para el estado eclesiástico no ofrezcan dudas, podrá admitirle en mi seminario y, por lo mismo, librarlo del servicio militar, si todavía no ha sido quitado. Mas este asunto he de tratarlo con mis vicarios generales» (Archivos del Arzobispo de Lión. Correspondencia con la diócesis, día 25 messidor año XI a 27 de julio de 1805)

²⁵ La fecha es fácil de precisar. Tan solo en 1807 administró el cardenal Fesch la confirmación en la iglesia de Ecully. Por otra parte, sabemos que cuando Juan María recibió este sacramento, «era ya de alguna edad y cursaba sus estudios en casa del señor Balley». Su hermana Margarita, que nos da estos datos, añade «Tuve la dicha de ser confirmada juntamente con el. Hacía mucho tiempo que, a causa de la Revolución, no se había administrado este sacramento en nuestra tierra. La ceremonia se celebró en la iglesia de Ecully» (*Proceso del ordinario*, p. 1011). Andrés Provín, futuro sacristán de Dardilly, que recibió con él la confirmación, dice lo mismo (*id.*, p. 1003).

²⁶ José Fesch, nacido el 3 de enero de 1763, hermano de Leticia Bonaparte y por consiguiente tío materno de Napoleón I, tuvo una carrera en extremo agitada. Sacerdote, canónigo de Ajaccio antes de la Revolución, llegó a ser *comisario de guerra* en los ejércitos de la República. Fue en calidad de tal como siguió a su sobrino, el general Bonaparte, durante la famosa campaña de Italia. Convertido sinceramente por el Rdo. Emery, superior de San Sulpicio, bajo cuya dirección hizo unos ejercicios espirituales de treinta días, fue nombrado, después de la firma del Concordato, arzobispo de Lión. En 1803, Pío VII le nombro cardenal del título de Santa María de la Victoria. Tenía entonces cuarenta años (LYONNET *Le Cardinal Fesch*, y Mons RICARD *Le Cardinal Fesch, archevêque de Lyon, 1763-1839, passim*)

confirmando hasta las cinco. El número de hombres que comulgan iguala al de las mujeres, y todos lo hacen con gran espíritu de fe y recogimiento.

Este día hacía mucho frío y nevaba en abundancia. Muchas parroquias anduvieron tres y cuatro horas para venir al punto donde se administraba la confirmación; mas como la iglesia era muy pequeña, la mayor parte tuvieron que esperar fuera, expuestos al frío y a la nieve, sin quejarse...

Un gran número de ellos, sobre todo jóvenes, corrían ante el coche de su Alteza Eminentísima casi por espacio de una legua; otros, al verle venir de lejos, se arrodillaban y esperaban su paso para que les diese la bendición. El número de los que comulgan es el de dos mil todos los días, y el de los que reciben la confirmación tres mil²⁷.

La manera curiosa y práctica adoptada por el cardenal Fesch para administrar la sagrada eucaristía y la confirmación, merece ser referida. Había mandado confeccionar un vaso de forma oblonga, una especie de cesta sobredorada, capaz de contener más de tres mil hostias. De aquí las iba sacando para llenar el copón con el cual iba recorriendo la iglesia. Los que habían de comulgar o recibir la confirmación estaban distribuidos en dos grupos en medio de la nave y era tal a veces su afluencia que rebasaban la puerta y llegaban hasta la plaza²⁸. Al terminar la misa, Su Eminencia, acto seguido, ungía con el santo crisma las masas de fieles. Se calcula en treinta mil el número de los que fueron confirmados en 1807, y entre ellos había muchos jóvenes, hombres ya formados y antiguos revolucionarios vueltos a la religión de sus padres.

Juan-María fue confirmado el mismo día que su hermana Margarita, que iba a cumplir los veinte años. Conocedores ya de su profunda piedad, nos lo podemos imaginar natural-

²⁷ *Melanges de philosophie et de littérature*, Nouvelles de Lyon, t VII, p 287 (Citado por LYONNET *Le Cardinal Fesch*, t II, p 76, 77)

²⁸ Solo en la iglesia de Saint-Nizier, de Lion, el cardenal dio la comunión a más de 1 200 personas (LYONNET, ob cit , t II, p 67) Para administrar la confirmación en Bourg y en sus alrededores necesito tres días. El día 11 de mayo en Bourg, «había tanta gente en la iglesia principal, cuya nave es tan amplia que podría convertirse en catedral que no podía contener a los que iban llegando, fue menester colocarlos en el claustro en las calles adyacentes y en la plaza. Toda la ciudad parecía un templo. Su Eminencia recorría los grupos y confirmaba al aire libre» (LYONNET *Le Cardinal Fesch*, p 97)

mente recogido y todo abismado en Dios. Es muy probable que no fue de los que anduvieron ante el cardenal, sino que se quedó con sus discípulos y junto al señor Balley para ayudarlo en los preparativos de la fiesta. Es fácil, además, que fuese confirmado entre los primeros y dentro de la iglesia. La púrpura de que iba revestido el tío del emperador y que atraía hacia su persona tantas miradas, no perturbó su recogimiento, como tampoco la novedad de las ceremonias y el rumor que inevitablemente surgía de entre la multitud. El Arzobispo se detuvo delante de él, leyó el nombre escrito en el volante que le mostraba y ungiendo su frente, pronunció las palabras litúrgicas: *Juan-Bautista, yo te señalo con el signo de la cruz, y yo te confirmo con el crisma de la salud, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*

El joven Vianney había escogido como patrono de su confirmación al santo Precursor. En adelante firmará indistintamente *Juan-María-Bautista* y *Juan-Bautista-María*. Durante toda su vida, este segundo patrono será uno de sus santos predilectos.

El Espíritu de Dios pudo «posarse sobre esta alma justa como una hermosa paloma en su nido»²⁹ e «incubando los buenos deseos», preparar las maravillas de la gracia, que un día habían de elevar a aquel adolescente al honor de los altares. Durante dos años, Juan-María-Bautista iba a gozar en la intimidad de su alma de una paz inefable.

De pronto un trueno retumbó en aquel cielo tranquilo. En otoño de 1809, un agente de la mariscalía de Lión llevó a la granja de Dardilly la orden de incorporación a filas a nombre de Juan-María Vianney.

²⁹ Frase del mismo *Cura de Ars* (*Esprit*, p 84).

VI. EL PROFUGO DE NOES (1809-1811)

El reclutamiento de 1809.—La incorporación del exento.—En el hospital militar de Li6n.—En el hospital general de Roanne.—Camino de Renaison.—En pos de Guy, el prófugo.—En casa del alcalde de Noës.—Jer6nimo Vincent en casa de Claudina Fayot.—Penas y consuelos del destierro.—Los cuidados del desierto.—La «señora Fayot» en Dardilly.—La amnistía.—El adi6s a Noës.—El gozo del retorno.—La muerte de una madre.—Lo que el Santo pensaba de su retiro en Noës.—Lo que hemos de pensar nosotros.

He aqu4 que llegamos, en la historia de nuestro h6roe, a un episodio oscuro y desconcertante, sobre el cual, gracias a documentos que no admiten r6plica, confiamos poder hacer cuanta luz nos ser4 posible.

El p4rroco de Ecully hab4 conseguido que su disc4pulo figurase entre los exceptuados del servicio militar. Acabamos de ver que la ley dispensaba tan s6lo a los cl6rigos que hab4an recibido las 6rdenes mayores: la exenci6n para los simples seminaristas lioneses no exist4 sino merced a una gracia y a una tolerancia temporal del emperador¹.

¹ Cuando en 1803, Mons. Fesch, promovido al cardenalato, fue a Par4s para recibir de manos de su sobrino «el birrete cardenalicio», hizo frecuentes visitas al ministerio del Interior y vio al consejero de Estado Portalis, «ya para hacer reintegrar a su primer destino algun edificio religioso, ya para conseguir la exenci6n del servicio de las armas en favor de los eclesi4sticos que quer4a ordenar». (LYONNET, *Le Cardinal Fesch*, t. I, p. 225.) En concreto no se trataba, pues, sino de un privilegio transitorio. Mas el cardenal no ignoraba la ley de la Iglesia. No cabe duda que esta ley hace valer ante todo la *inmunidad eclesi4stica*. En todo tiempo, la Iglesia ha afirmado y sostenido este principio. El nuevo *C6digo*, promulgado en 1917 por el Papa Benedicto XV, dice que «todos los cl6rigos est4n exentos —*immunes sunt*— del servicio militar y de los empleos y cargos civiles incompatibles con su estado». (Canon 121).

Además, en este año de 1809 Napoleón parecía hallarse en grandes apuros. España y Austria, amenazadas con desaparecer, recurrían a las armas. Los españoles no aceptaban el reinado de José Bonaparte; los mariscales de Francia lo imponían a viva fuerza. En cuanto al emperador, había de habérselas con un enemigo, a su juicio, el más formidable. Su genio triunfaba una vez más en Eckmühl (22 de abril) y después en Wagram (6 de julio)². Pero entretanto el águila se sentía cansada; su estrella comenzaba a palidecer; llegaban nuevas de los primeros reveses; España no quería darse por vencida e iba a prolongar la lucha hasta 1814.

Eran menester nuevas tropas para los nuevos combates que se avecinaban. Antes de 1807, la ley del servicio militar era ya muy dura; en este tiempo «llegó a ser monstruosa, pues había ido empeorando de año en año... hasta llegar a convertir en carne de cañón a los jóvenes que aún no tenían la edad legal y a los hombres ya libres de toda obligación militar o que habían pagado el precio de su rescate»³. Así habla indignado un historiador filósofo que escribía estas líneas antes de haber conocido el servicio militar obligatorio y que murió sin haber asistido a las más terribles hecatombes de la guerra. En 1809, se reclutaron dos quintas antes de su debido tiempo. A su vez fueron incorporados todos los que se habían librado desde 1806⁴.

En la diócesis de Lión en nada había sido menoscabado el privilegio que eximía a todos los que cursaban la carrera eclesiástica. Por una excepción inesperada, solamente Juan-María y otros tres seminaristas fueron llamados al Ejército⁵.

¿Qué había, pues, ocurrido? Fuese que el señor Balley hubiese omitido aquel año, por no creerlo necesario, recor-

² Entre tanto (6 de julio 1809), el emperador hizo salir del Quirinal al papa Pío VII, para trasladarlo de Roma a Grenoble y de Grenoble a Savona. Napoleón había sido ya excomulgado por el Breve de 12 de junio.

³ H. TAINE, *Les origines de la France contemporaine*. El régimen moderno, t. II, p. 130. —En apoyo de esta aserción, fijémonos en un departamento perteneciente a la archidiócesis de Lión hasta 1823 y donde el autor de este libro vivió por espacio de cuarenta años: el Ain. En 1789, el Ain contaba con 323 hombres en filas; en 1806, con 6.764. (Cfr. BOSSI, *Statistique générale de la France*. Paris, Testu, 1808, *Statistique de l'Ain*).

⁴ Cfr. THIERS, *Histoire de l'Empire*, Paris, Lheureux, 1865, t. I, pág. 370.

⁵ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1020.

dar al Arzobispado de Lión que el joven Vianney perseveraba en sus estudios⁶, fuese que los vicarios generales se hubiesen olvidado de inscribirlo entre los estudiantes seminaristas⁷, la oficina de reclutamiento puso en lista juntamente con los jóvenes de las quintas de 1810 y 1811 a Juan-María, que pertenecía a la de 1807. Su hoja decía que, destinado al Ejército de los mariscales, había de reunirse sin demora con los demás reclutas en la caja de Bayona.

El aviso fue enviado de Dardilly a Ecully. Aterrado el señor Balley, corrió hacia Lión para exponer el caso de su discípulo. En la oficina de reclutamiento no quisieron considerar como seminarista a aquel estudiante retrasado, que vivía en una casa de campo y recibía lecciones en una casa parroquial. Por otra parte, su nombre no estaba consignado en las listas remitidas por la autoridad eclesiástica. La nota suplementaria que el vicario general redactó en favor de Juan-María, presentada por el señor Balley como último recurso, tuvo el inconveniente de llegar después de un hecho consumado.

Juan-María hubo de resignarse a obedecer... Mas ¡cuán nueva y desconcertante era aquella prueba! Iba a cumplir los veinticuatro años y en sus estudios se hallaba al nivel de un estudiante de quince... ¡Jamás llegaría a ser sacerdote! Verdaderamente morían todas sus esperanzas. Al menos, así podía pensarlo.

Según la ley, quien se procurase un suplente podía librarse⁸. Juan-María suplicó a su padre que se lo comprara: era el único medio de salvar sus estudios. Mateo Vianney, que hasta entonces no había estado conforme sino muy a medias con la vocación de su hijo, no se dio por enterado. ¿No había tenido que rescatar a su hijo mayor? Esta vez era

⁶ Juan-María hace notar varias veces, en su firma, la cualidad de estudiante eclesiástico. (Rdo. VIGNON, *Proceso apostólico in genere*, p. 370).

⁷ En las listas dirigidas por el arzobispo de Lión al ministro del Interior y conservadas en los *Archivos Nacionales*, no se encuentra el nombre de Juan-María Vianney. El nombre de *Viannay* se encuentra una vez: «entre los clérigos exentos del año 1808 figura un «Viannay» (Juan-Claudio), nacido el 5 de septiembre de 1789 en Longessaig-ne (Ródano), alumno del seminario de Largentière, de padres labriegos residentes en aquella localidad». (F. 19, 1041 A).

⁸ Ley del 17 ventoso del año VIII, título III, art. I, 13.—Ley del 8 fructidor del año XIII, art. 50, 54 y 55.

superior a sus posibilidades⁹. Al fin la tristeza del pobre joven y las lágrimas de su esposa le conmovieron. Tomó cuanto dinero tenía a mano y anduvo los ocho kilómetros que le separaban de Lión para buscar al deseado suplente. Un joven, dice Margarita Vianney, aceptó la propuesta, «mediante la suma de 3.000 francos¹⁰, 200 de ellos adelantados, y un sencillo equipo. Mas dos o tres días después el referido joven dejó en el umbral de la casa de los Vianney el fardo y los 200 francos que había recibido. Juan-María se vio obligado a partir»¹¹.

El 26 de octubre, entraba como recluta en uno de los depósitos de Lión. Apenas tuvo ocasión de conocer la vida del cuartel, pero no guardó de ella muy buenos recuerdos; «la mala conducta de sus compañeros y sus blasfemias» le desagradaron profundamente¹². Además, el trabajo intelectual tan duro y las mortificaciones a que se había entregado en Ecully habían disminuido su salud y sus fuerzas. Una fiebre sorda le iba minando, agravada por un cambio tan brusco de costumbres. El 28 de octubre, no pudo levantarse. El médico del depósito calificó de grave su estado y mandó trasladarlo al hospital general de la ciudad, donde ingresó en la sala de San Roque, reservada a los militares. «No comí en la milicia más que un pan de munición», diría más tarde, al aludir a los dos únicos días que vivió en un cuartel¹³.

Durante los quince que estuvo en el hospital de Lión, el señor Balley y después todos sus parientes de Dardilly y de Ecully fueron a visitarle. «Yo fui uno de éstos, dice su prima hermana, Margarita Humbert, que tenía diecisiete años; tuve la dicha de pasar junto a él una parte de la noche y de participar de su frugal comida. Casi no me habló de otra cosa que de Dios y de la necesidad de someterse en todo a su voluntad»¹⁴.

⁹ Coloma BIBOST, de Ecully, *Proceso del Ordinario*, p. 1385.

¹⁰ En esta época, esta cantidad era, en el sur de Francia, el precio medio de un sustituto. A veces, variaba de 1800 a 4000 francos. (Cf. H. TAINE, *Les origines, etc. Le régime moderne*, t. II, p. 129).

¹¹ *Proceso del Ordinario*, p. 1020.

¹² Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 103.

¹³ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 196.

¹⁴ Margarita HUMBERT, viuda de Juan Fayolle, *Proceso del Ordinario*, p. 1324.

El 12 de noviembre, un contingente de soldados destinado al Ejército de España partía de Lión para Roanne, donde los reclutas habían de continuar sus ejercicios militares, y Juan-María, convaleciente todavía, formaba parte de la expedición. Pero demasiado débil para marcar el paso, siguió al destacamento en un coche. Aún no iba del todo equipado y de la impedimenta militar no llevaba consigo otra cosa más que la gran mochila reglamentaria.

Tuvo una grave recaída, y, devorado por la fiebre, fue conducido al hospital de Roanne y puesto bajo el cuidado de las religiosas Agustinas. Permaneció allí unas seis semanas.

Pidió que escribiesen a su familia. Francisco, su hermano mayor, que se avenía mucho con él, fue a visitarle, pues reclamaba su presencia. Sus padres, inquietos en extremo, no pudieron tampoco aguantar más y emprendieron aquella larga jornada. Juan-María se sintió muy dichoso de poderles consolar y de darles un tierno «adiós», mas ellos regresaron a Dardilly con el corazón destrozado y con al impresión de que su hijo estaba perdido sin remedio.

La madre rogó a las religiosas que hicieran sus veces cabe el hijo. Súplica no necesaria, pues a las Hermanas les había llamado mucho la atención, entre todos los reclutas, aquel joven tan atento, tan paciente y tan resignado. Desde que le vieron rezar con tanta devoción el Rosario, sin darse cuenta comenzaron a mimarle, como si fuese un niño grande. Posemos acerca del particular su propio testimonio: «Nunca olvidaré los delicados cuidados de que fui objeto por parte de todas las Religiosas de Roanne»¹⁵.

«Jamás, decían ellas entre sí, este joven podrá cumplir con la milicia. Sucumbirá camino de España.» Y más caritativas que prudentes, decíanle compasivamente que volviese atrás. Mas él les respondía: «Es necesario, buenas Hermanas, que me someta a la ley.»

—Mejor serviría usted a Francia con sus oraciones que en la guerra.

—Agradezco mucho vuestras palabras, queridas Hermanas. Sólo les pido que se acuerden de mí.

¹⁵ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 1486.

El día 5 de enero de 1810, una orden del capitán de reclutas Blanchard notificaba al soldado de infantería Vianney que había de formar parte del destacamento que al siguiente día iba a partir para la frontera de España. Debía, por tanto, presentarse por la tarde, a tal hora, en la oficina del capitán para recibir la hoja. Juan-María, inquieto y meditabundo, salió del hospital un poco antes de la hora señalada. Mas por el camino encontró una iglesia y el seminarista-soldado entró a rezar sus oraciones. ¡Qué de cuidados y deseos confió a Nuestro Señor! «Allí, decía, todas mis penas se fundieron como la nieve ante el sol.» Mas en aquel Tabor el santo joven no se daba cuenta de que las horas pasaban. Cuando llegó a la puerta de la oficina, estaba ya cerrada¹⁶.

Al día siguiente, fiesta de la Epifanía, Juan-María Vianney, no restablecido aún del todo, se dispuso para la marcha. Mochila al hombro, se despidió de las abnegadas enfermeras. Estas le acompañaron hasta la verja exterior del hospicio y le dieron el «adiós» con lágrimas¹⁷. Después se dirigió de nuevo a la oficina de reclutamiento. Los soldados que estaban de guardia le dijeron que la columna había ya partido sin aguardarle. Y naturalmente le hicieron ver con *palabras escogidas* todos los encantos de su situación. Una vez abierta la oficina, la cosa anduvo peor. El capitán Blanchard, echando chispas, habló en seguida de grilletes y gendarmes. Ante estas amenazas, el pobre sintió que se estremecía. «Tenía compasión de los desgraciados jóvenes que habían desertado y eran conducidos entre cadenas, blasfemando y llenos de angustia»¹⁸. Un subalterno, empero, se atrevió a interponerse. ¿Acaso este pobre joven pensaba escapar? Apenas salido del hospital, se presentaba a sus jefes... Blanchard no insistió más. Fue despachada la hoja y se dio orden al soldado Vianney de unirse al menos a la retaguardia¹⁹.

En seguida emprendió solo el camino de Clermont. El pá-

¹⁶ Según Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 6.

¹⁷ Para reconstruir los hechos con toda la exactitud posible, poseemos los recuerdos del reverendo RAYMOND que en 1843, «en el trayecto de Neuville a Beaumont» — ya hablaremos a su debido tiempo de este original viaje — hizo hablar largamente al señor Vianney sobre este episodio de su vida. (V. *Proceso del Ordinario*, p. 1436, y fragmento de una *Vida* manuscrita, p. 29 a 32).

¹⁸ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 6.

¹⁹ Este incidente de Roanne ha sido puesto en escena, no sabemos por qué.— *Un*

lido convaleciente no parecía ciertamente un soldado de la vieja guardia. La mochila pesaba sobre sus espaldas. Su andar era todavía poco seguro. ¿Cómo iba a poder alcanzar a los demás en la primera jornada? Una angustia indecible se apoderó de su alma. Elevó el corazón a Dios y se puso a recorrer las cuentas de su rosario. «Jamás, tal vez, lo recé *con tanto ardor*, decía después a algunas personas de Ars»²⁰.

Aquel mismo día, su hermana *Gothon*, que había hecho sola el viaje de Ecully a Roanne, acababa de preguntar por él en el hospital. Su decepción fue muy cruel al enterarse de la partida de su pobre hermano²¹.

Entretanto, Juan-María se acercaba a las montañas de Forez, sucesivamente áridas o sonrientes y muy del agrado de los viajeros. Nuestro joven soldado pensaba en cosas bien ajenas a estas bellezas. Su cansancio era extremado. Se arrastraba sobre sus piernas sin fuerzas. Al divisar un pequeño bosque, que podía ponerle al abrigo del cierzo, «se separó unos cien pasos de la carretera imperial»²²; «atravesó un campo labrado»²³ y reposó un instante.

Se encontraba junto a una estrecha senda que conducía a la montaña.

«Allí, sentado sobre su mochila, se puso a rezar de nuevo el rosario, para disipar los sombríos pensamientos que le asaltaban; recurrió a la Santísima Virgen, su habitual refugio, y le rogó que no le abandonara»²⁴.

«De repente, refiere él mismo, apareció un desconocido. ¿Qué haces aquí?, me dijo... Vente conmigo. Cogió mi mochila, que era muy pesada, y me instó para que le siguiera. Anduvimos mucho tiempo juntos durante la noche, a través de las arboledas de la montaña. Estaba tan cansado que a duras penas podía alcanzarle»²⁵.

Este desconocido no era otro que un tal Guy, de Saint-

épisode de la vie du Curé d'Ars, comedia en tres actos por Alejo Boulachon, capellán de prisiones, en 12 de 37 p., Lión, Vitte, 1878.

²⁰ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 7.

²¹ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1020.

²² Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 32.

²³ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 7.

²⁴ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 32.

²⁵ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 7.

Priest-la-Prugne, pueblo situado en los Montes de Bois-Noir. Para huir del reclutamiento, se había escondido con otros prófugos en las frondosas alturas de Forez²⁶. Guy arrastraba a nuestro solitario recluta en pos de sí y hacia un destino semejante al suyo. Y Juan-María, confiado, no sabía nada de ello; sólo una cosa entendía: que estaba muerto de cansancio, que la fiebre le consumía, que tenía necesidad de un lecho para pasar la noche... ¡Y que su destacamento estaba ya muy lejos!

Los dos caminantes se aventuraron por entre montes sombríos y gargantas sinuosas, por cuyo fondo corría un torrente, el arroyo de *Crèches*, engrosado por las lluvias del invierno. Así pasaron a la altura del pueblo de Noës, que dejaron a la derecha. Se encontraban en los bosques de la Madeleine, en los confines del Allier y del Loire. Hoy sólo las cimas están coronadas de árboles; en aquel tiempo, era Noës como un islote perdido en un mar de vegetación.

Mientras caminaban se pusieron a hablar. Guy, sin que se hubiese dado todavía a conocer, había ganado, con llevarle la mochila, la confianza de Juan-María Vianney. Este no temió en confiarse a su compañero y le declaró quién era. «No tienes, ciertamente, facha de soldado, replicó el otro.»

—¡Oh! es cierto, pero he de obedecer.

—Si quieres seguirme, te esconderé en este pueblo, rodeado por todas partes de bosques.

—No; de ninguna manera; mis padres han tenido ya hartas angustias.

—¡Oh! está tranquilo; son muchos los que andan escondidos por aquí...

¿Qué partido tomar? El desgraciado prófugo, ¿podía hacer otra cosa que seguirle, al menos durante las horas de la noche? Al día siguiente ya vería... Se puso pues, en manos de la Providencia.

²⁶ Los montes de Forez, de la Madeleine, del Bois-Noir con el Puy de Montoncel (1292 m.) estaban entonces poblados de árboles. De esta manera toda aquella comarca de la parte oeste del departamento del Loire sirvió durante mucho tiempo de refugio a prófugos y desertores. Fue en estas montañas donde se escondió el héroe de *Pernette*, la epopeya de Víctor de Laprade:

«Nos forêts des hauts lieux sont encore insoumisées...
Un conscrit peut y fuir et sauver ses franchises...»

El pueblo de Nöes se hallaba situado a 600 metros de altura. Guy conocía muy bien los senderos²⁷. Ambos subieron aún más arriba, hasta la choza de un hombre que hacía zuecos, conocido en aquella comarca por el apodo de *Gustin*²⁸. Se llamaba en realidad Agustín Chambonnière y vivía con su esposa en aquellas soledades. Guy llamó, se dio a conocer, y abrióse la puerta de la humilde vivienda. El joven soldado estaba muerto de hambre y de fatiga: Gustin le dio algo de comer, mientras su mujer cambiaba las sábanas de la única cama que había en la casa. Juan-María se durmió en ella en seguida con un sueño profundo, y los otros tres se tendieron sobre la paja.

Al día siguiente, pues era menester ganarse el pan, Guy condujo a su compañero a la pequeña choza de Claudio Tornaire, que les empleó por espacio de dos días en aserrar troncos de haya. Ellos se ofrecieron para permanecer más tiempo. Pero, a pesar de tener entonces mucho trabajo, no quiso quedarse sino con el más robusto. «Guy continuó, pues, trabajando en su casa»²⁹ y Juan-María tuvo que buscar en otra parte. «Se dirigió a Pont, lugar comunal de Noës, y solicitó hacer de maestro en la aldea. Visitó a Antonia Mivièrre, viuda de Préfoll, la cual, muy a pesar suyo, no pudo aceptar sus servicios, pues ya tenía un instructor.»

Las cosas se iban complicando. El recluta Vianney, abandonado y perdido en aquellas montañas, se había convertido en prófugo, sin haberlo pretendido. Al fin se presentó en casa del alcalde, el señor Pablo Fayot. Este, sencillo labrador, vivía no precisamente en Noës, sino dos kilómetros más arriba, en la montaña, en el lugarejo de Robins, que además de

²⁷ Seguimos ahora paso a paso las declaraciones del único testigo que en el *Proceso de Canonización* depuso acerca de estos hechos, Jerónimo FAYOT (1801-1875), hijo de la viuda en cuya casa Juan-María Vianney halló refugio (*Proceso del Ordinario* p. 1314-1318). El documento oficial da a entender que dicho testigo fue llamado ante el Tribunal eclesiástico únicamente «para dar pormenores sobre el hecho de la desertión». — *Praedictus testis accitus fuit ad explicanda quae spectant desertionem.* — Jerónimo Fayot, a fin de señalar la importancia que daba a su testimonio, termina con estas palabras: «Creo que es deber mío añadir que, a pesar de la ciencia personal que poseo sobre lo que acabo de exponer, he querido confirmar mis recuerdos preguntando a las personas de Noës que podían saber algo acerca del particular.»

²⁸ En los mapas del Estado Mayor se indica todavía con el nombre de *Chez-Gustin* una pequeña construcción levantada en el mismo lugar donde vivían los Chambonnière y hecha de los restos de su casa.

²⁹ Jerónimo FAYOT, *Proceso del Ordinario*, p. 1315.

algunas praderas tiene un espolón roqueño levantado sobre empinadas vertientes.

Pablo Fayot dejó en Noës fama de hombre excelente. Después de él, los electores de aquel municipio designaron siempre para el desempeño de la alcaldía a individuos de su descendencia o de su parentela³⁰. Pero tenía una manera especial de aplicar las leyes del Imperio. En el mes de enero de 1810, cuando Juan-María Vianney fue a ponerse en sus manos, tenía ocultos dos desertores en las dependencias de su casa³¹. La llegada del nuevo prófugo no le fue muy agradable. Era mucha la gente que vivía a su costa y sobre todo la mariscalía ordenaba de cuando en cuando explorar aquellos bosques, donde eran tantos los fugitivos que pululaban, que parecía se habían dado cita. ¿Y no era precisamente en casa de Paul Fayot, alcalde de Noës, donde descansaban y bebían alegremente los gendarmes?

¿Permitiría, empero, que aquel pobre joven anduviese vagabundo sin refugio? Entregarlo, jamás, pues participaba acerca del servicio militar de las ideas de muchos de sus contemporáneos³². Tranquilizó al prófugo, cuya suerte decidía, le hizo ver que era demasiado tarde para intentar unirse a su destacamento; que puesto que sin duda había sido ya declarado desertor, el mejor partido que podía tomar era ocultar-

³⁰ Debemos estas noticias y otras muchas al Rdo Monin Veyret, parroco de Noes desde 1913 con quien visitamos Robins y quien nos comunico sus notas personales y las que habia recogido el señor Perret, su antecesor en aquella parroquia desde 1886 a 1897

³¹ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario* p 1200 —Esta casa muy vieja, todavia se conserva, pero deshabitada. Los descendientes de Pablo Fayot, han levantado una nueva junto a ella

No ignoraba el alcalde a que se exponia con ocultar desertores. Todo desertor «era desterrado del Imperio». En virtud de una disposicion de 20 de febrero de 1807 todo habitante convicto de haber amparado a un desertor estaba sujeto a una multa de 1 000 a 3 000 francos y a un año de prision. La pena de carcel se elevaba a dos años si el desertor llevaba armas e impedimenta (Rdo GUILLOUX, *Brandivy*, *Revue Historique de l'Ouest*, enero 1893, p 35)

³² No hay que juzgar a traves de las ideas actuales el estado de espíritu de Francia durante aquellos años. En algunas regiones, principalmente en la Bretaña, la antipatía por el regimen republicano se manifestaba con rehuir las obligaciones militares. En algunos lugares apartados de los centros populosos «el desertor fue la regla general y el someterse la excepcion. Las selvas y los bosques estaban mas poblados que los mismos pueblos» (*Revue historique de l'Ouest*, enero de 1899, art. cit., p 34) «Desde esta fecha (1806) y aun desde el principio, escribia el prefecto del Ardeche, puede comprobarse la extrema repugnancia (para el servicio militar), que no era vencida sino apelando a las medidas extremas» (*Comptes rendus par les préfets* 1806 Archivos Nacionales, F 7, 3014) La situacion no mejoro hasta 1815

se a las pesquisas de los gendarmes. Finalmente, pecando de audacia una vez más, el alcalde le designó por residencia la casa de su prima Claudina Fayot, que estaba enfrente³³. Había quedado viuda con cuatro hijos, el mayor de los cuales tenía catorce años, pero tenía fama de muy buena y caritativa; además, no le faltarían socorros para mantener a su protegido. Se convino que para despistar, Juan-María Vianney se llamaría en adelante *Jerónimo Vincent*³⁴.

* * *

Claudina Bouffaron, viuda de Pedro Fayot, poseía, en efecto, un corazón de oro. Tenía entonces treinta y ocho años. Fuerte para el trabajo, cuidaba activamente de su hacienda; caritativa en extremo, socorría siempre a los pobres y separaba para ellos un pan de cada hornada. No hay que decir que dispensó generosa acogida a Juan-María Vianney, que de manera tan singular le había sido confiado.

Después de haber asegurado la discreción de sus hijos haciendo pasar al recién llegado por un primo refugiado en la casa³⁵, Claudina se condujo en lo demás con extremada prudencia. En primer lugar el prófugo se ocultaba durante el día. Pasó los dos primeros meses en el granero o en el establo, contiguo a la casa del alcalde. Cuando alguna patrulla recorría la aldea, no podía sospechar siquiera su presencia en aquel sitio. Para colmo de disimulo, durante ocho semanas, la madre Fayot —así la llamaban de ordinario— le llevaba la comida dentro de un cubo de madera, igual al que usaba para los animales. Tan sólo al llegar la noche se atrevía el pobre secuestrado a tomar un poco de aire y a juntarse con los individuos de la familia³⁶. Les leía el Evangelio o las vi-

³³ Esta casa de construccion muy antigua todavia existe. Hallase habitada por Julio Fayot bisnieto de la viuda, que recogio a Juan Maria Vianney

³⁴ El Rdo Raymond no menciona sino una parte de este nombre fingido *Vincent* (p 34), por otra parte, el señor Monin, en *Le Cure d'Ars* (t I, p 87) llama a J. M. Vianney *Jerónimo* a secas. Este nombre era el de uno de los niños Fayot. Para conciliar ambos extremos, hemos adoptado el de *Jerónimo Vincent*, mas logico y mas completo. Al ocultarse con este nombre se acordara de la familia *Vincent* de Dardilly, con la que sus padres vivian en tan buena amistad

³⁵ Catalina LASSAGNE *Petit memoire*, tercera redaccion, p 9

³⁶ Estos pormenores, cuya noticia paso de generacion en generacion dentro de la familia, fueron referidos de palabra con muchos otros por Julio Fayot, el dia 8 de agosto de 1923, cuando le visitamos con el reverendo Villand, vicario de Ars

das de los Santos y les contaba interesantes historias que había aprendido del señor Balley o de su madre. Pronto les ganó con su bondad y edificó con su devoción. Jerónimo Fayot, al que aventajaba en quince años, se acordará en su vejez de los suaves golpes que «el primo» le daba con su sombrero, cuando el muy travieso enredaba durante la oración de la noche.

En un rincón de la cuadra y al pie de una ventana, habían improvisado, gracias a un basto tabique de madera, lo que llamaban «un cuarto»³⁷. En aquel aposentillo Juan-María durmió en una misma cama con Luis, el mayor de los niños, el cual tenía trece años. Pero no pudo durar mucho esta compañía. El pobre Luis apenas podía cerrar los ojos. «Madre, dijo lloriqueando, después de tres noches, mi primo pasa el tiempo rezando. No me deja dormir. No quiero estar más con él.» La señora Fayot tuvo que preparar otro lecho en el establo para su hijo.

Nuestro «prófugo a pesar suyo»³⁸ no quería permanecer del todo inactivo. Mas el invierno había dejado en suspenso el trabajo de los campos. En aquellas alturas de Forez la nieve suele caer en abundancia y cubre la tierra durante mucho tiempo.

En Robins, *Jerónimo Vincent* volvió a acariciar una idea, que había ya intentado poner en práctica: hacerse maestro de escuela. Los analfabetos eran muchos y era necesario que al menos supiesen leer la misa. Los niños de la viuda Fayot y algunos otros, varios jóvenes y aun hombres formados, acudieron a él para aprender a leer, a escribir y el catecismo³⁹. Aparentemente, a nadie se hizo sospechosa la presencia en Robins de aquel joven, cuyo porte exterior era el de un verdadero campesino.

Por otra parte, Guy el desertor, continuaba oculto entre

³⁷ La cuadra, muy amplia, lo mismo que el granero contiguo, están todavía en pie. Nada se ha cambiado desde 1810. Solamente ha desaparecido el tabique, pero aun existe el terraplen donde descansaba la cama. La barra del lecho ha dejado sus huellas en las piedras desmenuzables del muro. Sobre la cuadra y el granero se extendía el depósito del heno, que juega también un papel muy importante en esta historia.

³⁸ Frase del Rdo G RENOUD *Vie du bienheureux Jean Marie Vianney*, Lille, Desclée, 1909, p. 30.

³⁹ Rdo DUBOIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1229.

los bosques de hayas. Tan sólo el alcalde y Claudina Fayot conocían el verdadero nombre del forastero. Sin embargo, Juan-María aguardó algún tiempo, antes de bajar al pueblo de Noës, donde cada mañana se celebraba misa. Su corazón se partía, al oír la señal de la campana, por no poder acudir a su llamamiento. Al fin, como entre semana el párroco, señor Jacquet, antiguo confesor de la fe y desterrado durante la Revolución⁴⁰, decía misa muy de mañana, Juan-María comenzó a atreverse a salir mientras estaba oscuro, entró en la iglesia, casi desierta a aquellas horas, confesó y comulgó⁴¹.

En aquellos villorrios apartados en las montañas es costumbre, la mañana de los domingos, dejar siempre alguno en casa. El que le toca en suerte quedarse, debe unirse en espíritu con los parientes y amigos que, más afortunados, pueden aquel día oír misa. Los tañidos de la campana, que tan bien suenan al oído en aquellas soledades, advierten en qué punto de la misa se encuentra el sacerdote. Juan-María Vianney fue durante algún tiempo el guardián escogido del domingo.

De Robins hasta Noës la bajada es muy rápida y el camino escabroso y sembrado de piedras. Por esta razón, la señora Fayot no llevaba nunca consigo a su pequeña Claudina, que sólo tenía tres años. Juan-María, que tenía veinticuatro, cuidaba de la inocente niña como lo hubiera hecho el mejor y el más tierno de los hermanos. Se divertía con su charla y jugaba con ella. Mas, durante el tiempo de la misa mayor, se ponía en actitud recogida y hacía que la niña se arrodillase a su lado cuando tocaban la campanilla en la elevación; des-

⁴⁰ El Rdo Jacquet había estado al servicio de la iglesia de Noes como vicario capellan desde 1781 hasta la Revolución. No quiso prestar el juramento constitucional y se desterró voluntariamente, es de creer que a Italia (no existe ningún documento sobre su salida). En 1805 lo hallamos de nuevo en Noes, de donde fue nombrado oficialmente parroco por un decreto imperial de 1808. Murio en los Alloues, en Renaison, el 27 de noviembre de 1823, a la edad de setenta y dos años.

⁴¹ Tanto en lo espiritual como en lo temporal, Noes dependía de Renaison desde 1871 hasta la Revolución. Sin embargo, después de haberse levantado una pequeña iglesia (1718-1721) un vicario de Renaison iba a decir misa los domingos. La parte de la iglesia que comprende actualmente el campanario y la tribuna para los hombres la mando construir en 1832 el conde de Vichy, que tenía en aquella comarca grandes propiedades. Pero la nave y el coro, que aun subsisten, son contemporáneos de Juan María Vianney. Empero ningún recuerdo de él se ha conservado. No se sabe si la madera sobre la cual se arrodillaba para comulgar es la misma. El actual parroco de Noes, Rdo Monn Veyret, ha levantado un altar en honor del santo Cura de Ars.

pués se dedicaba a instruirla. Un día, al volver de la iglesia, la criada dijo riendo a la niña: «Claudina, abraza a tu primo, para agradecerle el haberte cuidado tan bien.» Juan-María, movido de un sentimiento de delicado pudor, rechazó los tiernos brazos que se tendían hacia él. La madre riñó a la sirvienta y le advirtió que no se repitiese la broma.

El discípulo del señor Balley —¡oh, su antiguo maestro, los libros de estudio, el sacerdocio!— se iba resignando poco a poco a tan dura prueba. Pero ¿cuándo se acabaría? Ni se atrevía a pensarlo; poníase más ciegamente que nunca en manos de la Providencia y su único refugio era la oración. De todas maneras, un interior malestar le carcomía. ¿Qué había sido de los suyos de Dardilly? Le creían sin duda en la guerra... Y cosa peor todavía: el capitán Blanchard no se habría dormido, y a tales horas, ¡bajo qué amenazas no viviría su padre y qué angustias no sufriría su madre!⁴²

En el mismo pueblo de Noës en la faltaban motivos de disgusto. La buena viuda Fayot, convertida para Juan-María en una verdadera madre, pues le trataba igual que a sus hijos, se iba debilitando, por pobreza de sangre. Para ayudarla,

⁴² «Lo que mas hacia sufrir al profugo era que el gobierno, al verse impotente para darle alcance no omitia nada para descargar todos sus golpes sobre la familia, y del fondo de los bosques su mirada se dirigia hacia la casa paterna, convencido de que en ella por su culpa, se padecia lo indecible. Las diversas fases de estas terribles pruebas son muy interesantes, por lo que no estara de mas consignarlas»

«El capitán del reclutamiento redactaba un estado con los nombres de cuantos habian faltado al llamamiento y lo enviaba al prefecto. Este, al recibir el documento, segun orden del director general de revistas de fecha 31 de diciembre de 1806, tenia que declarar inmediatamente profugos a todos los ausentes»

«Esta declaración era de terribles consecuencias para las familias. La lista de los profugos era fijada en el pueblo donde tenían el domicilio, con los nombres de sus padres y madres. Se les concedían ocho días para someterse. Si al fin de este plazo no se presentaban, la fuerza armada partía para el lugar y se establecía en el domicilio de los desertores, para vivir allí a expensas de sus padres, madres o tutores, hechos civilmente responsables del proceder de aquellos»

«Solía comenzarse por enviar un solo hombre, con la esperanza de que ello bastaría para provocar las sumisiones. Si esta medida no producía efecto, se iba aumentando la guarnición»

«Esta se alojaba a veces en las granjas vecinas, mas no por ello las familias se veían dispensadas de la indemnización reglamentaria. Esta indemnización había de ser satisfecha por adelantado. Si el dinero no era depositado en el término que se señalaba, el alguacil «repetía el requerimiento». Si el segundo aviso no surtía sus efectos, procedíase enseguida al embargo y a la venta de los bienes muebles, hasta obtener la suma prefijada (De ordinario se vendían los animales) *Revue Historique de l'Ouest*, art. cit., p. 36-40»

Las guarniciones se retiraban cuando el desertor era detenido o se presentaba. También se retiraban cuando las familias pagaban una multa equivalente al precio de un sustituto (*Ley del 8 fructidor*, año XIII, artículo 78)

y también para ahuyentar en lo posible sus penas, se entregó con todas sus fuerzas a los trabajos agrícolas.

Mezclado con los labradores de Robins, parecía uno de tantos. Pero mal alimentado —a pesar de las amonestaciones de la señora Fayot, apenas comía— cogió un enfriamiento; por la noche la fiebre se apoderó de él y se le declaró una fluxión pulmonar que se la curaron lo mejor que pudieron. Su naturaleza robusta le salvó.

Desde entonces, a pesar de que no descuidaba las debidas precauciones, andaba menos solícito por la posible venida de los gendarmes y no temía tanto asistir a los divinos oficios los domingos. Muchos fervorosos cristianos que se fijaban en él, se decían unos a otros: «Jamás hemos visto a un joven tan perfecto»⁴³.

La casa parroquial de Noës dista poco de la iglesia. Sobre la pendiente, algo más abajo y al lado que mira hacia los bosques de la Madeleine, «había una casita habitada por dos hermanas, las señoritas Dadolle. Al salir de misa primera, a la que asistía diariamente para practicar sus devociones, Juan-María gustaba de hacer una breve visita a aquellas buenas mujeres, para hablar con ellas de cosas de religión»⁴⁴.

Al derretirse las nieves y al hacerse, por tanto, menos impracticables los caminos, aparecieron de nuevo los gendarmes en aquella comarca. Varias veces los temidos uniformes se presentaron súbitamente en Robins, ya en pleno día, ya de noche. Según tradición que se ha conservado en la familia Fayot, cada vez que de la Pecaudière, de Saint-Haon-le-Chatel o de Renaison, llegaron de noche a Robins y entraron en la casa de la viuda, no pudieron hallar el recluta desertor. Advertido por no sabemos qué presentimiento, Juan-María Vianney se había ocultado en la arboleda⁴⁵.

Un día, empero, poco faltó para que le prendieran. Una tarde de verano del año 1810, mientras se hallaba traba-

⁴³ Jerónimo FAYOT, *Proceso del Ordinario*, p. 1318

⁴⁴ Extracto de las notas del señor Perret, parroco de Noes

⁴⁵ Pormenores recogidos por el señor Monin Veyret —No es de creer que jamás persona alguna le denunciase concretamente. Los gendarmes practicaban pesquisas en los sitios donde podían ocultarse los profugos y una cuadra grande como la de la casa de los Fayot era suficiente por sí misma para engendrar sospechas»

jando no lejos de la casa, aparecieron por el camino dos gendarmes, sin decir palabra. La señal de antemano convenida —hacia algún tiempo que los hijos mayores de la viuda y los del alcalde estaban en el secreto— avisó a nuestro profugo. Tal episodio era cosa de prever. Por ello, cortando a hachazos dos vigas junto al depósito del forraje, habían abierto un boquete en el tabique lo bastante ancho para que pudiese pasar por él un hombre⁴⁶. Agil y sobreexcitado, lanzóse Juan-María al establo, saltó de un brinco al escondrijo, se agazapó tras un montón de hierba y esperó, encomendándose a Dios.

¿Le habían visto huir los gendarmes? Tal vez sí. Sea de ello lo que fuere, desplegaron un lujo de pesquisas y precauciones que hicieron temblar a los testigos de aquella escena tan rápida. Juan-María retenía su resuello. Pero se ahogaba bajo el heno en fermentación, calentado además por las emanaciones del establo y un sol abrasador que batía sobre la techumbre⁴⁷. De pronto un gendarme al explorar el montón de hierba bajo el cual se ocultaba, le pinchó con la punta del sable. El no hizo movimiento alguno, a pesar del vivo dolor⁴⁸.

Andando el tiempo, confesará, al hablar de sus recuerdos de Noës, que en ningún momento de su vida había padecido tanto y que entonces hizo a Dios la promesa de no quejarse jamás. «Todavía guardo mi palabra»⁴⁹, decía ingenuamente. Algunos minutos más en aquel verdadero horno y hubiera muerto de asfixia. Los gendarmes juzgaron suficientes las pesquisas y se fueron a tomar un refresco a casa del alcalde, que vivía enfrente.

Todavía tuvo lugar otra irrupción de los enviados por la mariscalía, lo que dio lugar a un hecho que conocemos merced a un testigo de los más inesperados, y sospechoso por añadidura, pero que en esto dijo la verdad. En 1850, llevaron a Ars «a una pobre mujer que tenía todas las apariencias de

⁴⁶ Todo esto se conserva muy visible en el establo de Robins.

⁴⁷ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 318.

⁴⁸ El Rdo. Monin-Veyret recibió este pormenor de Margarita Vial, llamada Matheron. Esta lo había oído contar muchas veces a su madre, que había conocido a Jerónimo Vincent.

⁴⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 145.

una verdadera posesa»⁵⁰. Saltaba, bailaba y hablaba de una manera extravagante. Varios curiosos se reunieron en torno de ella y se puso a referir la vida de cada uno. Entonces llegó el señor Vianney. «A ti, dijo aquella mujer, por cuya boca hablaba el demonio, nada tengo que reprocharte.» Mas al instante, retractándose, añadió: «¡Sí!... En cierta ocasión robe un racimo.»

—Es cierto; pero puse bajo la cepa una moneda para pagarlo.

—¡Mas el propietario no la encontró!...

En efecto, el Cura de Ars nos cuenta que cogió aquella uva un día que se había visto obligado a esconderse y que estaba muerto de sed⁵¹.

* * *

A mediados de 1810, Juan-María recibió nuevas de su familia. Un médico prescribió a la señora Fayot las aguas minerales de Charbonnières-les-Bains. Este manantial se hallaba a nueve kilómetros al oeste de Lión y, por tanto, muy cerca de Dardilly. La enferma titubeó. Era cosa molesta y que exigía gasto. Juan-María Vianney la instó a que obedeciera al médico. Allí repararía sus fuerzas y además podría traerle noticias de los suyos. No había tampoco por qué preocuparse por los dispendios del camino: quien le debía la vida le prestaría algún dinero, y, en cuanto al hospedaje, sería muy bien recibida en casa de los Vianney. El infeliz desterrado escribió a su familia «una carta llena de dolor y de arrepentimiento»⁵². No les decía, con todo, nada del lugar donde se hallaba escondido. Después de recibir de él cien francos⁵³, Claudina Fayot partió para Charbonnières.

Según refiere su hijo Jerónimo «se presentó a la familia

⁵⁰ Esta mujer era de Cherier, municipio vecino de Roanne. (Nota del señor Monin-Veyret).

⁵¹ Narración de Juan Picard, herrador de Ars, *Proceso del Ordinario*, p. 1312.

⁵² Rdo. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 949.

⁵³ Jamás Juan-María consintió en que le fueran devueltos los cien francos. «Mi buena madre, le escribía, cuando era ya cura de Ars, en fecha 7 de noviembre de 1823, en cuanto a lo que me debéis, os lo doy de todo corazón. Solamente os ruego que si la buena P. vive todavía, le deis alguna cosa y le digáis que se acuerde de mí en sus oraciones, y también a la buena D. que quizá sea muy pobre...»

Vianney. Como quiera que manifestaban reparo en hospedarla, mostró a la madre del siervo de Dios la carta que llevaba consigo. Se puso tan contenta de recibir noticias de su hijo, que lloró de gozo y abrazó a mi madre». «Estaréis con nosotros, le decía, y os cuidaremos muy bien.» Contóle cómo un día, al sentirse muy apenada, recurrió al señor Balley, cura de Ecully, y que éste dijo: «Madre, estad tranquila por vuestro hijo. Ni ha muerto ni está enfermo. Nunca será soldado, sino sacerdote.»

Al rudo Mateo Vianney no le complació mucho aquella visita. ¿Qué quería aquella misteriosa forastera que hablaba con su mujer? La lectura de la carta no logró hacerle desarrugar el ceño. Estaba ya cansado de tantas multas y por añadidura la amenaza de alojar soldados en su casa. «¡Os haré comer hasta el último céntimo!», le había dicho el capitán Blanchard, cuando había estado en Dardilly para investigar sobre la desaparición del prófugo Vianney⁵⁴. Después de todo, repetía el padre, no tenía que hacer sino marchar con los demás. Al enterarse del estado de Juan-María todos se tranquilizaron más. «Parece, dijo Claudina, que no está usted muy satisfecho de saber que su hijo está en mi casa...

—¿Dónde vive usted, que iré a buscarlo?

—Si se enterara Vd. de donde vivo, yo le escondería en otra parte: ¡vale más que toda vuestra hacienda!»

Pasados dieciocho días, la señora Fayot regresó a Noës. Mateo Vianney la acompañó hasta Tarare. Juan-María se alegró mucho con las noticias de su familia, pero sintió gran pesar al «enterarse de la tribulación en que por su culpa vivía su padre». Ciertamente que él no lo había pretendido y que no había hecho sino seguir su destino. Mas no sabía cómo saldría de aquel trance⁵⁵.

Su viva inclinación al sacerdocio no se había amortiguado en lo más mínimo. A mediados de septiembre resolvió hacerse enviar los libros de estudio. «Me atraso demasiado, decía a su buena madre de Noës; si me lo permitís, estudiaré

⁵⁴ Rdo RAYMOND, *Vida* manuscrita, p 40

⁵⁵ Todos los pormenores de la estancia de Claudina Fayot en Dardilly están sacados de las declaraciones de Jeronimo en el *Proceso del Ordinario*, p 1315 1316

en mi habitación y os lo pagaré.» Por este motivo, se excusó de tomar parte en los trabajos de otoño. Una carta llegó sin estorbo a Ecully, y la viuda Bibost, persona de confianza, vecina de la casa parroquial y que había visto a Claudina Fayot durante su estancia en casa de los Vianney, llevó a Robins el paquete de libros que Juan-María había dejado en casa de su cuñado Melin. Y el estudiante de veinticuatro años volvió a abrir su gramática latina.

Por lo demás, no tuvo ocasión de estudiar mucho tiempo en su celda más que monástica. A fines de octubre llegó una noticia por conducto de la misma mensajera. ¡Qué noticia y qué transportes de alegría! El alumno del señor Balley ya no sería por más tiempo perseguido: era libre; Ecully y Dardilly le aguardaban. ¿Cuál era la causa de un hecho tan providencial?

Los tiempos habían mejorado. Por un momento, la paz reinaba en casi toda Europa. Napoleón, vencedor de Austria, había concedido una amnistía para celebrar sus bodas con la archiduquesa María Luisa (2 de abril)⁵⁶.

El capitán Blanchard, entonces más apaciguado, hizo saber a los Vianney, de Dardilly, de que su hijo podría aprovecharse de aquel acto de clemencia y aun librarse de toda obligación militar, si podían procurarle un sustituto. De esta manera, por un capricho de las cosas, aquel oficial de Roanne, que el año anterior amenazaba a Juan-María con conducirlo maniatado al depósito de Bayona, se ocupó en sacarlo de aquel mal paso⁵⁷.

El más joven de los hermanos Vianney, Francisco, llamado *Cadet*, nació el día 20 de octubre de 1790, y tenía entonces veinte años. Le había caído en suerte un número subido y además la incorporación de los de su quinta había sido diferida. El capitán Blanchard aconsejó al joven recluta que se

⁵⁶ El Rdo Renard, sacerdote oriundo de Ars, escribe en sus *Notas*, p 24 «La amnistía concedida por el emperador con motivo de su matrimonio, dio la libertad al joven Vianney» Efectivamente, el decreto imperial de 25 de marzo de 1810 amnistió a los profugos de las quintas de 1806, 1807, 1808, 1809 y 1810 (Título V, art 16 del decreto —Archivos Nacionales, AF IV, fol 3330)

⁵⁷ Estas son las circunstancias en que se libró el profugo Vianney, según el Rdo Renard (*Notas* manuscritas, año 1855, p 23-24) Estos hechos, nos dice al fin de su memoria, fueron referidos varias veces por el Cura de Ars, que los recordaba con frecuencia para dar gracias a Dios

anticipase al llamamiento. De esta manera podría suplir a su hermano para librarle, de conformidad con lo que permitía la ley. El padre aprobó este plan, que le libraba de la plaga de los soldados alojados en su granja, pues quieras que no, había tenido que tolerarlos⁵⁸.

Cadet se dejó convencer y se comprometió por acta notarial a sustituir a su hermano, mediante la suma de 3.000 francos, que Juan-María sacaría de la parte que le correspondiese en herencia⁵⁹. Incorporado al 6.º regimiento de línea, se puso en camino hacia Phalsbourg, adonde llegó el 20 de agosto. «Las últimas noticias de Francisco —que llegó a ser cabo— proceden de Frankfürdt-in-Main y de principios de la campaña de 1813. Jamás sus padres volvieron a verle»⁶⁰. No se cree, sin embargo, que muriese en la guerra⁶¹.

En casa de la buena viuda de Fayot se derramaron lágrimas al tenerse noticia de la próxima partida de *Jerónimo Vincent*. En especial la niña Claudina, que se había aficionado a él con mucho afecto, lloró amargamente. Decía a su madre: «¡Ya no tendremos más a nuestro primo!»⁶². Todos los que «habían tenido la dicha de conocerle en Noës»⁶³ se enteraron con pena de que ya no le verían más, ni recibirían buenos ejemplos de aquel muchacho tan bueno. Todos le dieron expresivas pruebas de simpatía. Seguramente que *Jerónimo Vincent* llegaría a ser sacerdote; ¿no podrían pro-

⁵⁸ Fleury VERICEL, *Proceso apostolico ne pereant*, p 1261, Andres BRUNIEZ, *id.*, p 1264

⁵⁹ «Todavía se conserva esta acta notarial», decía el Rdo Vignon, cura de Dardilly, al declarar en el *Proceso (In genere)*, p 370), el 8 de noviembre de 1882

⁶⁰ Rdo RAYMOND *Vida manuscrita*, p 43—Rdo MONNIN *Le Cure d'Arç*, t I p 102

⁶¹ Durante mucho tiempo se creyó que había muerto en la guerra, pero hace tres años, decía el señor Vignon el día 8 de noviembre de 1882, una nieta del referido Francisco compareció ante la familia Vianney y presentó documentos tan auténticos de su filiación y sobre sus derechos, que le entregaron la parte de herencia que le correspondía. Según lo que esta persona refirió, Francisco al ser licenciado del ejército, se estableció en la Saboya, donde murió a los treinta y seis años, después de haberse casado. Por razones personales se vio impedido de presentarse a su familia en Dardilly. El siervo de Dios creyó, como todos, en la muerte de su hermano, a pesar de ello, en 1819 tomó algunas precauciones para que si su hermano, contra toda esperanza reaparecía, tuviese una pequeña renta sobre sus propios bienes» (*Proceso apostolico in genere*, p 371)

⁶² Catalina LASSAGNE, *Petit memoire* tercera redacción, p 9

⁶³ Carta de 7 de noviembre de 1823 dirigida por el Rdo Vianney, Cura de Ars a la Sra Claudine Fayot

curarle de antemano el ajuar? La señora Fayot le obligó a aceptar unas servilletas que le habían dado en otro tiempo como regalo de boda. «Las señoritas Dadolle hicieron una colecta por toda la parroquia»⁶⁴. Un sastre llegó de Renason para hacer una sotana al futuro sacerdote Vianney, cuyo verdadero nombre ya se sabía entonces. Tuvo que vestírsela por espacio de algún tiempo, para mostrar a sus amigos de Robins el aspecto que con ella tendría más tarde. «Volveréis aquí en calidad de cura», le decían entre risas y lágrimas. Una anciana caritativa le dio treinta francos. «Mi buena mujer, díjole Juan-María, ¿no los habréis pedido prestados para hacerme este obsequio?

—¡Oh, no! Es el precio de la venta de un pequeño cerdo. Todavía me queda una cabra; esto me basta... Os ruego que aceptéis; ya os acordaréis de mí cuando seáis sacerdote.»

Uno de los discípulos del *ex señor Jerónimo* —quizá uno de los hijos del alcalde— quiso pagar los gastos de su regreso. Una mañana de invierno, probablemente a primeros de enero de 1811, Juan-María Vianney, después de una postreza despedida entrecortada de sollozos, dejaba para siempre la casa de Robins. Su «tiempo de destierro», su «tiempo de tristeza y abatimiento»⁶⁵ tocaba a su término. Su «buena madre», y «su querida bienhechora»⁶⁶, hubiera deseado vivamente poder acompañar, hasta entregarlo a su verdadera madre, a aquel hijo adoptivo. Pero no se sintió con fuerzas y su hijo mayor, Luis, muchacho de catorce años, fue con su gran amigo hasta la casa de Dardilly.

María Vianney abrazó locamente a su hijo querido, que tanto había tenido que sufrir. Mas ella llevaba también en su semblante las huellas de prolongados dolores. Había derramado en silencio muchas lágrimas y demasiadas emociones ocultas habían lacerado su corazón. Su pequeño sacerdote —pues en sus ensueños todavía le veía en el altar— le había sido devuelto. ¿Gozaría de él por mucho tiempo?

Algunas semanas después de la llegada de Juan-María a

⁶⁴ Notas del señor Perret

⁶⁵ Rdo RAYMOND *Vida manuscrita*, p 45

⁶⁶ Carta del 7 de noviembre de 1823

Dardilly, el día 8 de febrero, su santa madre moría a la edad de cincuenta y ocho años.

Hasta el último día de su vida evocó conmovido su memoria y al hablar de ella no podía menos de llorar. Decía que después de haberla perdido, no se le había apegado más su corazón a cosa alguna de la tierra⁶⁷.

* * *

Juan-María Vianney no olvidó nunca los meses pasados en Robins y aunque, a pesar de sus promesas y deseos, no volvió más a aquellos lugares, recibió siempre hasta el fin de su vida la visita de algún amigo de aquellos tiempos de alarmas. Después de su muerte, a las gentes de Noes les gustaba mucho ir en peregrinación a orar ante su sepulcro. «Una persona de aquel pueblo que encontré el año pasado — declaraba en mayo de 1864 el reverendo Dubouis, cura de Fareins— me decía que el recuerdo de su piedad se conservaba aún muy vivo»⁶⁸. Parece además cosa cierta que entre aquellas buenas gentes nadie jamás le acusó de haber escapado voluntariamente del servicio militar.

El mismo, «sea por buena fe, sea por intervención sobrenatural, nunca sintió cargada su conciencia por aquella deserción». Así hablaba el reverendo Toccanier, uno de sus más íntimos amigos. «Jamás vi que se condenase o justificase. Solamente en la explicación del catecismo se servía de aquella aventura como medio de comparación: Cuando yo era prófugo, siempre temía la llegada de los gendarmes. De esta manera, el pecador, en su conciencia, teme a cada momento caer en manos de la justicia divina»⁶⁹. «En su manera de hablar no se echaba de ver remordimiento alguno», dice la condesa de Garets⁷⁰.

Y en efecto, no es según la manera actual de pensar, sino

⁶⁷ Condesa DES GARETS D ARS *Proceso del Ordinario*, p. 894 —Juan María Vianney perdió a su padre ocho años después «Hasta el fin de su vida celebró con frecuencia misas por sus padres» (Reverendo RAYMOND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 533)

⁶⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 1227

⁶⁹ *Proceso apostólico in genere*, p. 145

⁷⁰ *Proceso del Ordinario* p. 895

según las ideas de aquella época, como hay que juzgar un hecho que data de 1810.

El conde de Garets, alcalde de Ars, está del todo en lo exacto cuando dice: «El señor Vianney fue arrastrado por las circunstancias, sin premeditación alguna de su parte, al estado de deserción»⁷¹. Si el capitán Blanchard no hubiese dejado partir solo, camino de Renaison, al convaleciente Vianney, sino que le hubiese facilitado los medios de unirse a su destacamento; más aún: si el alcalde de Noës, a quien se entregó, le hubiese ayudado a regularizar su enojosa situación, el joven Juan-María habría sin duda tomado parte en la guerra de España. «Se vio apartado de ello, por causas que parecen providenciales»⁷².

⁷¹ *Proceso del Ordinario*, p. 941 «Por lo que al hecho de Noes se refiere, declara por su parte Juana María Chanay, directora de la *Providencia* de Ars, creo que su falta fue mas aparente que real y que si no se junto a su regimiento, fue debido a las circunstancias y no a un desigmo preconcebido» (*Id.*, p. 699)

⁷² Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 230 —La señorita Enriqueta Belvey, cuyas interesantes manifestaciones citaremos gustosísimos, nació en Bourg-en-Bresse el 22 de abril de 1808 «Mi familia, dice, tenía una propiedad en Chanems parroquia vecina de Ars. Los criados nos contaban maravillas del nuevo Cura» (*Proceso del Ordinario* p. 213) Esta señorita pasaba gran parte del año en su castillo de Montplaisant, en el municipio de Montagnat junto a Bourg. Comenzó a ir a Ars desde el principio de las peregrinaciones, es decir, hacia el año 1830 e iba y venía con frecuencia. El señor Vianney era su principal director y le fue fiel hasta el fin

VII. EL CURSO DE FILOSOFIA EN VERRIERES (1812-1813)

En la casa parroquial de Ecully.—Primera tonsura.—Las lecciones y ejemplos del señor Balley.—La casa de Verrières.—Un «filósofo» de veinticuatro años.—Antipatías y amistades.—Marcelino Champagnat.—Las notas de un futuro santo.

Juan-María Vianney perdió a su madre, cuando todavía tenía mucha necesidad de ella. ¡Ah! ¿quién le consolaría en las nuevas tribulaciones? La primera confidente de su vocación, su dulce abogada ante su padre, ya no existía. Sin embargo, Mateo Vianney, gracias tal vez a las últimas recomendaciones de la moribunda, no se opuso en lo más mínimo a que su hijo volviese a casa del señor Balley.

En la casa parroquial de Ecully, a pesar del duelo que sobre ella pesaba, fue muy grande la alegría al verle llegar. El señor Balley nunca había desconfiado de este providencial retorno. Cada noche, durante diez y seis meses, lo había encomendado a Dios al tiempo de la oración. Una feligresita, «sin duda no muy devota»¹, exclamó al verle: «Por fin tendremos un padrenuestro y una avemaría menos todos los días»².

En adelante, nuestro estudiante ya no se alojaba en casa de su tía Humbert, sino en la misma casa parroquial³. Los hermanos Loras y el joven Deschamps habían ingresado en el seminario menor. A fin de velar más de cerca por sus estudios, hasta entonces muy flojos e interrumpidos, el señor

¹ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 47.

² Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 400.

³ Margarita HUMBERT, *Proceso del Ordinario*, p. 1324.

Balley quiso tener junto a él a Juan-María. El, a cambio, podría prestar a su antiguo maestro algunos servicios «haciendo un poco de criado»⁴: cuidaría del jardín en los ratos libres; en la iglesia haría las veces de sacristán y cantor y le acompañaría en sus correrías apostólicas por los pueblos, con lo que estas salidas serían también para él de gran provecho.

Juan-María iba a cumplir los veinticinco años. El tiempo apremiaba; el señor Balley tenía ansia de verle llegar a las sagradas órdenes. Lo asimiló a los estudiantes de retórica de los seminarios menores⁵, y logró así presentarlo en la primera tonsura el 28 de mayo del mismo año, 1811. A partir de esta fecha, el señor Vianney, iniciado en el estado clerical, «pertenece a la Iglesia»⁶; había dado ya un paso hacia el sacerdocio.

A pesar del duelo por la muerte de su madre, aún muy reciente, celebróse aquella fiesta en la casa de Ecully.

Bajo la dirección inmediata del señor Balley, Juan-María se encontraba en una buena pero muy ruda escuela. Un anciano de la parroquia describe así a su pastor: «Era un hombre que no parecía tener sino huesos. Hubiérase creído que no comía ni lo indispensable»⁷. El discípulo «comenzó a participar de la vida penitente de su maestro»⁸, cuyo trato fue para él de grande edificación. El austero señor Balley poseía una piedad sencilla y tierna: «Solía llorar mientras decía misa»⁹. Su discípulo, que le ayudaba revestido de blanca sobrepelliz, aprendió de él la manera digna de tratar los divinos misterios.

Cuando no pasaba los ratos de solaz en el jardín o en la iglesia, el joven Vianney gustaba de visitar a la buena señora Bibost, que con gusto cuidaba de su modesto equipo y que además tenía un hijo en el seminario. Este se sintió muy

⁴ Fleury VERICEL, *Proceso del Ordinario*, p. 1295

⁵ Cf. *Le venerable Colin*, Lion, Vitte, 1900 p. 21 «La tonsura (en la diócesis de Lion) se concedía a los seminaristas en el curso de retórica» El mismo Claudio Colin la recibía «en el seminario de Alix, donde acababa la retórica»

⁶ Juan-María debía de llevar ya sotana

⁷ Rdo VIGNON, *Proceso apostólico in genere*, p. 367

⁸ Margarita HUMBERT, *Proceso del Ordinario*, p. 1324

⁹ Catalina LASSAGNE, *Petit memoire*, primera redacción, p. 31

dichoso al encontrar de nuevo, en tiempo de vacaciones, a su joven amigo, que le iniciaba con sus conversaciones en el misterioso porvenir en cuyo cielo una sola cosa veía resplandecer: el sacerdocio.

Su obediencia era perfectísima. «En casa del señor Balley, decía, jamás hice mi voluntad»¹⁰. Sus lecturas predilectas eran las vidas de los Santos. Se conserva una carta suya dirigida a Jacobo Loras, su antiguo condiscípulo de Ecully, en la que pide como un favor «que compre en casa del librero Ruzand un viejo volumen *in folio*, titulado *Historia de los Padres del desierto*»¹¹.

* * *

Durante el último semestre de 1812, pareció al señor Balley que había llegado el momento de hacer seguir a su crecido discípulo de veinticuatro años el plan de estudios reglamentario. Se exigía entonces a los aspirantes al sacerdocio un año de Filosofía y dos de Teología. La mala condición de los tiempos inclinaba, empero, a la indulgencia¹².

Juan-María Vianney fue enviado al seminario menor de Verrières, junto a Montbrison. Este centro de estudios, fundado en 1803, no había sido en su origen más que una escuela presbiteral, como la del señor Balley, en Ecully. El cura, señor Périer, había arreglado como había podido su vieja casa y granja para admitir en ella algunos niños inclinados a la carrera eclesiástica. Dios bendijo ostensiblemente aquella obra: el número de alumnos se elevó bien pronto a cincuenta. Una casa torre en ruinas y muy próxima fue anexionada a

¹⁰ Catalina LASSAGNE *Petit memoire*, primera redacción, p. 31

¹¹ Carta de 12 de febrero de 1810, al «señor Jacobo Loras, calle Lainerie, Lion»

¹² «Las necesidades tan apremiantes como numerosas no permitían al cardenal Fesch esperar que los jóvenes aspirantes al sacerdocio hubiesen acabado sus estudios. Apenas habían cursado dos o tres años de teología, les imponía las manos y los empleaba en el sagrado ministerio. En un punto no transigía, en la piedad. En cuanto a la instrucción, se contentaba con que tuviesen una *ciencia competente*, es decir, que supiesen resolver los casos ordinarios y consultar en los extraordinarios»

El cardenal confiaba en un porvenir mejor «Tiempo vendrá decía a su vicario general Rdo Courbon, en que exigiremos cuatro años de seminario mayor para el estudio de la Sagrada Escritura, la Teología, la Litúrgica y el Derecho Canónico. Entretanto, hay que acudir en auxilio de tantas parroquias abandonadas» (LYONNET *Le Cardinal Fesch* t II, p. 394-395)

la casa parroquial para habitación de los pensionistas. Estos niños, que pagaban diez francos al mes, recibían alojamiento y comida. Su dormitorio era un granero a teja vana, al que subían por una escalera de molinero. A la hora de comer, cada uno iba a la cocina, donde le daban su porción de tocino y de patatas. El tiempo de recreo lo empleaban en recoger la leña seca y en reparar el arruinado edificio. El cardenal Fesch, al convertir la escuela presbiteral en seminario menor, procuró al señor Périer un inmueble algo más confortable. Desde 1807, se reunieron allí ciento cincuenta pensionistas. La casa prosperó tanto, que en 1809 había en ella trescientos trece alumnos. Entonces, el abnegado cura de Verrières, agotadas sus fuerzas, hubo de dejar tan santa labor y fue sustituido por el reverendo Barou, profesor de filosofía del seminario menor de Argentièrre¹³.

En 1811, toda aquella obra se vio seriamente comprometida. Napoleón hizo alarde de pretender nombrar los obispos sin la institución del papa. A fin de asegurarse el apoyo del episcopado francés, el día 17 de junio se permitió convocar un «concilio nacional» en el arzobispado de París. Contra lo que había calculado, los prelados declararon que no veían manera de prescindir de las bulas pontificias. Las represalias no se hicieron esperar. El día 10 de julio, un decreto declaró disuelto el concilio. El 12, a las tres de la mañana, fueron detenidos en sus lechos los obispos de Tournai, de Gand y Troyes y después encarcelados en Vincennes. Los seminaristas de sus diócesis fueron llamados a filas y para castigar al señor Emery, que había hecho frente al irascible emperador¹⁴, por un decreto de 20 de octubre se declaró suprimida la Compañía de San Sulpicio. Otro decreto prescribió la clausura de todos los seminarios menores: sus alumnos, si querían, podían continuar sus estudios en las escuelas municipales.

El cardenal de Lión, si bien su influencia iba dismi-

¹³ El señor Barou, nombrado en 1819 cura de Montbrison, llegó a ser vicario general de Lión.

¹⁴ El señor Emery, que murió poco tiempo después, no tuvo reparo alguno en ponderar al emperador que, para someter al Papa, se constituía en dueño absoluto de Europa: «Lo que ahora está sucediendo no sucederá siempre».—El señor Emery, nacido en Gex, es una de las glorias de la diócesis de Lión.

nuyendo¹⁵, pudo conseguir de su imperial sobrino una prórroga de algunos meses. Mas al finalizar el curso de 1812, todos los seminarios menores de la diócesis —Verrières, La Roche, Saint-Jordard, L'Argentièrre, Alix, Meximieux— hubieron de cerrar las puertas. Doscientos alumnos quedaron en la calle. El incasable señor Courbon, encargado especialmente de las casas de educación, intentó organizar externados en las poblaciones donde hubiese escuelas públicas: «Bourg, Belley, Villefranche, Roanne y Saint-Chamond»¹⁶. Alguien propuso, en el Consejo del Arzobispado, colocar aquellos jóvenes en establecimientos del Estado. «No, no, exclamó el cardenal; no quiero condenarme. Por nada del mundo sujetaría a mis jóvenes al régimen de la Universidad; la Universidad es como un gran cuartel; allí se educan soldados, y yo quiero sacerdotes»¹⁷.

Movido de tales sentimientos, Monseñor Fesch tomó una resolución atrevida: abrir de nuevo el seminario de Verrières. Lo hizo, sin embargo, con el mayor secreto. Por otra parte, era cosa relativamente fácil, en aquel rincón apartado, lejos de las grandes vías de comunicación. Además, si la Policía llegaba a descubrirlo, se podría responder, sin mentira, que la casa de Verrières no era más que una sucursal del seminario mayor de Saint-Irénée, demasiado reducido aquel año para alojar a todos los futuros ordenandos de Lión. Durante el octubre de 1812, fueron enviados a Verrières los jóvenes seminaristas que habían terminado ya sus estudios clásicos. Eran unos doscientos. Allí habían de cursar un año de filosofía, antes de ingresar en el seminario mayor de San Ireneo. Juan-María Vianney, a pesar de su escaso bagaje literario, fue admitido a seguir aquel curso obligatorio.

¹⁵ Había desagradado a Napoleón al tomar decididamente partido, conforme era su deber de cardenal, por la Santa Sede Apostólica. Cuando fue a comunicarle lo resuelto por la comisión de prelados, «No me someteré...», gritó el emperador. —Si queréis hacer mártires, comenzad por vuestra familia, replicó el tío; yo estoy dispuesto a sellar con sangre mi fe; pero tenedlo entendido: mientras el Papa no consienta en esta medida (la institución de futuros obispos por solo los metropolitanos), yo metropolitano, no instituiré jamás a ninguno, sea quien fuere, de mis sufragáneos; más aún: si alguno se atreviese a hacerlo en mi lugar, le excomulgaria al punto». (LYONNET, ob. cit., t. II, p. 336).

¹⁶ Carta del Cardenal Fesch a su clero, 1.º de febrero de 1813.

¹⁷ LYONNET, *Le cardinal Fesch*, t. II p. 436.

El señor Barou distribuyó sus *filósofos* en dos grupos, confiados al reverendo Grange y al reverendo Chazelles¹⁸. Hubiera sido menester formar al menos cuatro grupos, pero escaseaban los maestros. Juan-María fue discípulo del señor Chazelles. Era el *decano* de su clase y su profesor más joven que él. No se turbaba por esto, pues había progresado mucho en humildad, que es la ciencia de los santos, aun en la esfera de las disciplinas humanas.

La primera vez que fue preguntado en clase, no entendía el sentido de la lección y quedóse sin palabras. Las risas —en todas partes «esta edad no conoce la compasión»— resonaron en la clase. El profesor, según era costumbre en los seminarios, preguntaba en latín y el pobre filósofo tenía harto trabajo en traducir línea por línea, en las páginas del libro. Es cierto que muchos de sus condiscípulos no estaban muy fuertes en aquella lengua. Por esta causa, de la sección del señor Chazelles fue separado un grupo de siete alumnos, a los que se dio la enseñanza en francés¹⁹.

A pesar de su buena voluntad, el santo joven entendía muy poco la dialéctica: las *mayores*, las *menores*, no le iniciaron ciertamente en la lógica, de lo cual, gracias a Dios, su gran sentido práctico le había abundantemente provisto. A pesar de que, en 13 de junio de 1813, o sea después de siete u ocho meses pasados en Verrières, escribía a su «muy querido padre»: «en cuanto a mis estudios, van algo mejor de lo que hubiera creído», sin embargo, «fue un alumno extremadamente flojo durante todo el curso»²⁰.

Dios quería que, como San Pablo, fuese un «ignorante del arte del bien decir», y si su modestia no le hubiese inclinado a callar, habría podido responder a los primeros de su clase

¹⁸ El señor Grange fue después de párroco de San Luis en Saint Etienne (1829), y vicario general del cardenal Bonald, arzobispo de Lyon (1840). El Rdo. Chazelles entró en la Compañía de Jesús, fue capellán de la escuela militar de la Flèche y superior del colegio de Bardstown, en América. —El señor Barou, además de los señores Grange y Chazelles, tenía en Verrières otros dos auxiliares: el Rdo. Rossat, futuro obispo de Gap (1841) que hacía de prefecto de estudios, y el Rdo. Merle, director y prefecto de disciplina.

¹⁹ Rdo. J. B. TOURNIER, cura de Grand-Corent (Ain), antiguo condiscípulo de J.-M. Vianney, en Verrières. De las declaraciones de este sacerdote están sacados la mayor parte de los pormenores sobre esta época de la vida del Santo. *Proceso apostólico ne pereant* p. 1292-1293.

²⁰ Rdo. J. B. TOURNIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1292-1293.

lo que otro santo, el poeta italiano Jacopone de Todi: «Os dejo los silogismos, las asechanzas de palabras y los cálculos sutiles. Os doy el arte, cuyo secreto pertenece a Aristóteles. Una inteligencia sencilla y pura se eleva sola, sin el auxilio de «filosofías», hasta la presencia de Dios»²¹.

No comprendido de los hombres, Juan-María Vianney se volvió hacia Dios, el amigo eterno, que entiende de los silencios y percibe los íntimos latidos del corazón. Por lo menos en la capilla podía expansionarse y llorar a su gusto. Su querida madre reposaba ya difunta en aquella parte del cementerio que mira hacia Dardilly; mas precisamente entonces la sentía más viva y más próxima a su espíritu y le confiaba sus amargas cuitas. Sus picarescos condiscípulos le convertían en objeto de burla y su maestros eran muy pocos en darle alientos. «En Verrières, dirá después, tuve algo que sufrir.» Es fácil adivinar lo que en sus labios, siempre caritativos en el hablar, significa este *algo*. Sus continuadas y largas visitas a la capilla le iban dando ánimo. En adelante, al echar de menos el corazón maternal, que nada en la tierra es capaz de suplir, su devoción a la Virgen será más fiel y más tierna. Su piedad para con ella le hará pronunciar el *voto de esclavitud*, por el cual se entregará sin reservas²².

Sería, empero, exageración afirmar que Juan-María vivió en Verrières aislado y perseguido. «Los más formales y piadosos gustaban de tomarlo como modelo, dice uno de sus antiguos condiscípulos; se complacían en su trato, porque les hablaba casi siempre de Dios y de la Santísima Virgen»²³. De esta manera se ganó la simpatía de Marcelino Champagnat, el futuro fundador de los Hermanos Maristas.

Marcelino no era tenido por un águila. Había comenzado los estudios a los diecisiete años. Salido del seminario por incapacidad al empezar el curso, prometió, como Juan-María, una peregrinación al santuario de La Louvesc. Fue admitido de nuevo en Verrières. Finalmente, después de cin-

²¹ *Poesías espirituales*, 1, I, sat. I.

²² Este voto es una piadosa inspiración del bienaventurado Luis María Grignon de Montfort.

²³ Rdo. Esteban DUBOIS, cura de Fareins, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 880. El señor Dubouis dice haber recibido este pormenor de su tío el P. Declas, marista, antiguo condiscípulo de Juan-María Vianney en Verrières.

co años de un trabajo encarnizado, pudo llegar al curso de retórica, que hubo de repetir. Al comenzar el año 1812, se encontró en la clase de filosofía con el discípulo del señor Balley. Marcelino tenía veintitrés años; Juan-María veintiséis y medio. La edad ya avanzada, la comunidad de penas, la semejanza de gustos y virtudes les unieron bien pronto en estrecha amistad²⁴.

En Verrières se habían conservado las costumbres de los tiempos heroicos. Aunque no estaban tan mal alojados como antes, el régimen era duro, la comida frugal y el reglamento severo. Juan-María, lejos de quejarse, se mostró siempre muy contento, y nunca se vio que faltase a sus deberes. Sin embargo, su conducta no llamó especialmente la atención: ¡gustaba tando de pasar inadvertido! Nada nos induce a creer que hubiese sido citado alguna vez como modelo; al poco éxito de sus estudios se unió, por parte de los demás, cierta desestima. Sus notas de fin de curso fueron las siguientes:

<i>Trabajo</i>	Bien
<i>Ciencia</i>	Muy endeble
<i>Conducta</i>	Buena.
<i>Carácter</i>	Bueno.

Aunque el señor Barou fuese buen educador, no tenía obligación de ser profeta. Al fijarse tan sólo en lo exterior, no supo apreciar el exquisito tesoro que la Providencia había puesto en sus manos.

²⁴ Cf. Mons. LAVEILLE, *Un condisciple et émule du Curé d'Ars, Marcellin Champagnat*, Paris, Téqui, 1921, p. 34 a 36.

VIII. EN EL SEMINARIO MAYOR DE LYON (1813-1814)

Las felices vacaciones de 1813.—El seminario de San Ireneo.—Una virtud admirable.—Un cerebro rebelde.—¡Despedido!—Una visita al noviciado de los Hermanos.—Un examen en la casa parroquial de Ecully.—La decisión del señor Courbon, vicario general.

Juan-María no había sido muy dichoso en Verrières. Apenas había llegado a entender aquella filosofía insípida y fría, inspirada en Descartes y explicada según el sistema de la vieja Sorbona. En julio de 1813 fue muy grande su alegría cuando al volver a Ecully encontró a su antiguo maestro. Recibióle éste con no menor satisfacción. Una vez juntos se comunicaron sus esperanzas: la subida hacia el sacerdocio era muy áspera, pero la cumbre estaba más cercana. Al llegar a ella ¡cómo respiraría a su placer! El ministerio de las almas no tendría tantas arideces como las clases y los libros... Sin pérdida de tiempo, el señor Balley pensó en preparar a su discípulo para su ingreso en el seminario mayor de Lión. Aquellas vacaciones fueron sin duda las mejores —y las últimas— de que gozó durante toda su vida.

El seminario mayor de San Ireneo, edificado en la plaza Croix-Paquet de Lión, al pie de la Croix-Rousse, después de haber sido durante la Revolución depósito de armas y ambulancia militar, había vuelto, el día 2 de noviembre de 1805, a su primer destino¹. Era una inmensa casa de tres pisos, cu-

¹ El seminario mayor de Lión, fue trasladado a la plaza de los Mínimos el 31 de octubre de 1853. Los edificios y capillas del antiguo San Ireneo, edificado en la plaza Croix-Paquet, han desaparecido del todo. Al cardenal Fesch le costó lo indecible res-

yos jardines estaban cruzados por «un hermoso paseo de tilos»². Hacía dos años que los Padres de San Sulpicio no cuidaban de la dirección del establecimiento. El decreto de 26 de diciembre de 1811, por el que se retiraba a los dignos hijos del Padre Olier el gobierno de todos los seminarios de Francia, los había arrojado de Lión. El cardenal protestó y suplicó: Napoleón estuvo, con él y con los demás prelados, inflexible.

Los sulpicianos fueron sustituidos por algunos jóvenes sacerdotes de la diócesis, mas «los corazones no les eran afectos»³. Todos se lamentaban de que los nuevos directores eran demasiado jóvenes: tenían aún poca experiencia y algunos de los alumnos los habían conocido en los escaños de las aulas... Su juventud, empero, no impedía el que algunos fuesen hombres de gran valer.

El nuevo superior era el señor Gardette. Ordenado de sacerdote durante el Terror, había sido encerrado y encarcelado en los pontones de Rochefort. Poseía una piedad profunda, pero quizás por lo mucho que había tenido que sufrir, se producía a veces con cierto aire de rudeza y severidad y exigía con excesivo rigor la observancia del reglamento. El prefecto del seminario era el bueno, sabio y distinguido señor de la Croix d'Azolette, futuro obispo de Auch; el ecónomo, un modesto sacerdote, el Rdo. Menaide; el profesor de Sagrada Escritura y de Liturgia, el señor Mioland, joven sacerdote de veinticinco años, amable y simpático, que llegó a ser arzobispo de Toulouse. Los señores Cholleton y Cattet, recién salidos del seminario de San Sulpicio de París, enseñaban respectivamente la moral y el domga. Estos profesores estaban dotados de un saber verdadero y aun brillante; para formar a los seminaristas lioneses en ciencia y en virtud, se esforzaron en continuar las tradiciones de los de San Sulpicio.

Juan-María Vianney, que a primeros de octubre se puso

catar el edificio. «Después de haber pasado por diferentes manos, fue declarado propiedad del ministerio de Hacienda. Y ya sabemos cuánto cuesta arrancar cualquier cosa de tan apretadas garras». (LIONNET, *Le Cardinal Fesch*, t. II, p. 221).

² LYONNET, *Le Cardinal Fesch*, t. II, p. 392 y 211.

³ Ibidem.

bajo su dirección, iba a ser durante algunos meses su discípulo. Allí encontró a Marcelino Champagnat, que le había seguido a San Ireneo; Juan-Claudio Colin, a quien la Iglesia debe la Compañía de María, y Fernando Donnet, que a los ochenta y siete años de edad murió siendo cardenal-arzobispo de Burdeos.

Ciertas prescripciones de la regla hubieron de parecer a nuestro seminarista algún tanto embarazosas y nadie dice si pudo salir bien airoso en su cumplimiento. «Su eminencia, dice el Rdo. Lyonnet, no cesaba de recomendar, cuando iba al seminario, el porte eclesiástico; quería que sus sacerdotes se presentasen con una indumentaria conveniente y con un exterior decentemente compuesto. Con tales miras ordenó el uso del cosmético en el cabello y de hebillas en los zapatos. Deseaba también que los seminaristas de Lión llevasen, cuando salían por la ciudad, manteo largo, como hacían los de París»⁴.

El curso escolar de 1813 a 1814 se abrió, después de los tradicionales días de retiro, poco antes de la fieta de Todos los Santos. Un futuro canónigo de Belley, que acababa aquel año la teología, conservaba, siendo ya muy anciano, el recuerdo «del nuevo» seminarista, cuya fisonomía le había impresionado; porque a pesar de su amor al retiro y al silencio, Juan-María no podía pasar inadvertido. A los veinticinco años tenía ya el aspecto de un asceta: «El recogimiento, la modestia, la abnegación de sí mismo, la penitencia llevada hasta la maceración se traslucían en todo su exterior. Si todos los 250 seminaristas que habitaban en San Ireneo hubieran sido otros tantos Vianney, aquella casa habría parecido durante los paseos y recreos una imagen exacta de una comunidad de trapenses»⁵.

Pero hubo algunos testigos más asiduos de una vida tan edificante. San Ireneo no alojaba sino incómodamente a todos sus alumnos. Fue menester reunir varios en los aposentos más capaces. Juan-María tuvo por compañeros, además del señor Bezacier, a quien aún no conocía, a los Rdos.

⁴ LYONNET, *Le Cardinal Fesch*, t. II, p. 397.

⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 1272.

Déclas y Duplay, amigos suyos de Verrières. «Su observancia regular era perfecta, dice el señor Bezacier; desde nuestra habitación, no había que andar sino dos pasos para ver desfilar un regimiento suizo que estaba al servicio de Francia y oír su excelente banda de música. Muchos se dejaban vencer por la curiosidad; en cuanto a Juan-María, no recuerdo que jamás se hubiese movido»⁶.

Más tarde, el señor Déclas, que había entrado en la congregación de los Maristas, decía a su sobrino Esteban Dubouis: «Tuve ocasión de conocerle bien en otros tiempos; es un santo»⁷.

Podría creer alguno que Vianney se singularizaba un poco. Todo lo contrario: «Nada de extraordinario en su conducta: su sencillez era extremada.»

Desgraciadamente, según el señor Bezacier, «el resultado de sus estudios era nulo, pues no entendía bastante bien la lengua latina. Muchas veces yo mismo le di varias lecciones, que por otra parte no acababa de coger. A pesar de ello, su aplicación era continua»⁸.

«Todos sabíamos, refiere el señor Pansut, que Juan-María Vianney no había cursado con regularidad sus estudios, ya nadie se maravillaba de su escaso éxito. Si más tarde obró verdaderos milagros en la dirección de las almas, lo debió a su perseverante trabajo y sobre todo a las gracias de que Dios le colmó visiblemente»⁹.

El superior, señor Gardette, se interesó ciertamente por aquel seminarista cuya piedad y heroica aplicación le eran conocidas. Dióle como repetidor el reverendo Juan Duplay, uno de los primeros de la clase. Menos tímido al lado de este discípulo, que le preguntaba en francés, Juan-María daba en la misma lengua respuestas muy justas y atinadas¹⁰.

El mismo señor Mioland, uno de los profesores, se brindó por caridad a darle alguna lección. Le explicó la teología en

⁶ *Proceso del Ordinario*, p 1228, p 1620

⁷ *Ibidem*

⁸ *Proceso del Ordinario*, p 1273 El libro de texto en el seminario de San Ireneo de Lyon era entonces el manual teológico de Bailly *Theologia dogmatica et moralis ad usum seminariorum*, auctore L. Bailly

⁹ *Proceso del Ordinario*, p 1620

¹⁰ Según una carta del cardenal Donnet a Monseñor Langalerie, el 25 de enero de 1866, *id.*, Rdo RAYMOND, *Vida* manuscrita, p 62

un manual escrito en francés y redactado con mucha claridad, llamado *Rituel de Toulon*¹¹. Gracias a estas enseñanzas, mejor adaptadas a su capacidad, el joven Vianney hubiera podido adquirir en el seminario las nociones suficientes. Mas siendo el latín el lenguaje oficial de las clases y de los exámenes, para nuestro atrasado estudiante las explicaciones públicas eran poco menos que letra muerta¹². Hecha la prueba, los profesores no le preguntaron más.

¡Cuánto no hubo de sufrir al ver la esterilidad de sus esfuerzos! Nadie como él, en San Ireneo, deseaba el sacerdocio y nadie parecía estar más alejado... Pero qué colmo de pena, qué desaliento, cuando «después de cinco o seis meses, los directores, pensando que no podría salir adelante, le rogaron que se retirara»¹³.

¹¹ Obra de Mons Joly de Choin, nombrado obispo de Tolon en 1738

¹² «Entendía mal el latín y lo hablaba peor» (Rdo DUBOIS, *Proceso apostólico ne pereant*, p 883, según el P Déclas, su tío)

¹³ Siguiendo el Rdo Monnin (*Le Cure d'Ars*, ed en 8º de 1861, t I, p 123, ed en 12, t I p 95) se ha escrito ordinariamente que Juan María Vianney fue suspendido en el examen de ingreso y hubo de regresar a Ecully. Todos los testimonios que poseemos, fuera de la afirmación del señor Monnin, indican claramente que el examen en que nuestro Santo fracaso tuvo lugar durante el curso de 1813 a 1814 y determino su salida del seminario mayor a fines del primer semestre

^{1º} «Pasados cinco o seis meses, refiere el señor Bezacier, después cura de Lescheroux, en la diócesis de Becey, los directores, creyendo que no podría terminar con éxito, le rogaron que se retirara. Entonces se fue al lado del señor Balley, en Ecully» (*Proceso del Ordinario*, p 1273)

^{2º} «Mi tío y muchos otros seminaristas, dice el Rdo Dubouis, sobrino del P Déclas, sintieron gran aflicción al verle salir del seminario mayor y gran alegría cuando le vieron volver para recibir juntamente con ellos el sacerdocio» (*Proceso apostólico ne pereant*, p 881)

^{3º} El Rdo Raymond es todavía más explícito «Durante las vacaciones que siguieron el año de Filosofía, el señor Balley le dio las primeras nociones de Teología Juan-María, con los demás, por Todos los Santos de 1813, entro en el seminario mayor de Lion. Suspendido en el primer examen de Pascua, volvió a casa del señor Balley para terminar en frances sus estudios de Teología» (*Proceso del Ordinario*, p 275)

¿De donde proviene, pues, el error del señor Monnin? Este error que confunde dos años al menos de cronología, nace de una modificación en la *Vida* manuscrita fragmentaria que dejo el señor Raymond (p 60)

El señor Raymond escribe «Después de dos o tres meses de continua solicitud por parte del maestro y de perseverantes esfuerzos por parte del discípulo», el señor Balley hizo entrar de nuevo a Juan-María de Vianney en San Ireneo

El señor Monnin transcribe «Después de uno o dos años de continua solicitud etc.»

El Reverendo Raymond refiere seguidamente que Juan-María no lograba entender las explicaciones de latín, por lo que tuvo de repetidor al Rdo Mioland, que le explico la Teología en frances «pero que así y todo, cuando hizo su primer examen, no pudo responder de manera satisfactoria» El señor Monnin, retrasando un año, y aun dos, el reingreso de Juan María en San Ireneo, no podía coincidir con las verdaderas fechas, al ver que el estudiante, suspendido primero y admitido de nuevo después,

¡Despedido aquel cuyas reliquias verán un día postrado bajo la cúpula de San Pedro de Roma al Soberano Pontífice, que las perfumará de incienso! Esta fue la prueba más dura de toda su vida. Le oiremos después hablar con gusto de sus miserias y de sus contradicciones; jamás, al menos en cuanto sea posible recordarlo, hará alusión a aquella salida del seminario mayor.

«Muchos de sus condiscípulos sintieron gran pena al verle partir»¹⁴. El, en cambio, aceptó aquella sentencia con resignación y sin queja. Pasados cincuenta años, uno de sus confidentes de entonces, el cardenal Donnet, nos lo dirá: «El recuerdo de su humildad y de sus prudentes palabras al hablar con él en aquellas circunstancias, quedó profundamente grabado en mi espíritu»¹⁵.

¿Qué haría, pues, en adelante? La puerta del santuario se le había cerrado. ¿Volvería a la vida del mundo, él que tan sólo tenía un deseo: darse enteramente a Dios?... Entonces Juan-María se acordó de uno de sus compañeros de infancia, Juan Dumond, el cual, el 27 de noviembre del año anterior, había vestido el hábito de los *Hermanos* en el noviciado de Lión del *Colegio Menor*. Un nuevo ensueño surgía en el alma del pobre seminarista fracasado: sotana por sotana, cambiaría la suya por la de *Hermano* de cuatro mangas. Sin ver siquiera al señor Balley ni pedirle consejo, salió de San Ireneo para llamar a la puerta del Colegio, situado no lejos de la iglesia primada de San Juan.

«No sé bastante latín para ser sacerdote, dijo a su amigo Juan Dumond, que se había convertido en Hermano Gerardo; volveré aquí para ser Hermano.» Y se fue por algunos días, según él creía, a la casa parroquial de Ecully.

El señor Balley, que le recibió en sus brazos y sobre cuyo corazón lloró amargamente, escuchó sus confidencias. Después tomó la palabra y aseguró de nuevo a su protegido que Dios le había elegido para servirle en el altar. «Escribe a tu

había sido ordenado de subdiacono en 1814. Por esta razón supuso un primer examen de reingreso de resultado nulo y después otro en Ecully que permitió a Vianney entrar de nuevo en San Ireneo, para no salir de allí hasta el sacerdocio. Ya veremos cuán diferentemente ocurrieron las cosas.

¹⁴ Rdo DUBOUIS, *Proceso apostólico ne pereant* p 881

¹⁵ Carta de 25 de enero de 1866, ya citada

amigo de Lión, añadió, que no hable de nada y que yo quiero que continúes los estudios»¹⁶. Era de todo punto necesario intentar un último esfuerzo.

Maestro y discípulo, después de haber orado juntos, pusieron manos a la obra. El estudio del *Ritual de Tolón* fue reanudado. El señor Balley echaba mano alternativamente del francés y del latín. ¿Acaso Vianney no estaba obligado a entender en la lengua de la Iglesia, al menos las cosas más esenciales? Por lo demás, el Espíritu de Dios, que habitaba en aquella alma, llenaría las lagunas y supliría las deficiencias... ¿Mas cómo se haría esto? El interesado lo ignoraba y entretanto era motivo de muy vivos sufrimientos.

Felizmente, su piedad le sostenía y el mismo Dios acudía en su ayuda. «Cuando estudiaba, decía más tarde, la angustia me oprimía. No sabía qué hacer. Me parece que estoy viendo aquel lugar de Ecully: pasaba junto a la *casa de la señora Bibost*. Allí me fue dicho, como si se me hablara al oído: ¡Bah! está tranquilo; un día serás sacerdote»¹⁷.

Entretanto se acercaba el tiempo de las ordenaciones. El examen canónico comenzaba a fines de mayo y el señor Balley se aventuró a presentar a su discípulo. La diócesis todavía estaba falta de sacerdotes; el candidato iba a cumplir los veintinueve años; hacía tres que había recibido la tonsura; era ya tiempo, si no había que desesperar del todo, de que recibiera al menos las órdenes menores; éstas fueron las razones que parecieron bastantes para no tardar más.

Apenas habían pasado tres meses desde su salida del seminario cuando Juan-María Vianney apareció de nuevo entre los antiguos condiscípulos, muy satisfechos de verle.

¹⁶ La gestión de Juan-María Vianney para entrar en el *Colegio Menor* se halla consignada en el *Essai historique sur la Maison-Mère de l'Institut des Ecoles chrétiennes*, Paris, 1905 p 139, y en la *Notice sur le C F Gerard* por el H Felipe, 20 de octubre de 1873, n 367, p 8

El H Gerardo profesó en 1812 y murió el 9 de julio de 1873, a los ochenta y seis años. Fue maestro de novicios en Nantes en 1839 y después director de la escuela de Chateaubriand y de Saint Malo. Los viejos que le habían conocido no le llamaban sino «el santo Hermano Gerardo»

El Colegio Menor aquí mencionado había sido antes de la Revolución un anexo al Colegio de la Trinidad o Colegio Mayor, regentado por los jesuitas. La casa madre de los Hermanos de las Escuelas Cristianas fue trasladada de Roma allí, en 1804 y muy pronto quedó instalado en ella el noviciado.

¹⁷ Rdo MONNIN *Le Cure d Ars*, t I, p 310

Sentado en el último lugar, aguardó su turno. Introducido en el aula de los exámenes, vio a aquel venerable tribunal presidido por el canónigo Bochard, vicario general, y compuesto de cuanto más sabio y digno tenía la diócesis de Lión. Muy impresionado ya, oyó que le llamaban. Desconcertóse en seguida, entendió mal las preguntas que se le hicieron en latín, se embarulló y no contestó sino de una manera incompleta.

El tribunal examinador quedóse perplejo. Conocían todos el recto juicio y natural criterio del señor Balley; no ignoraban los elogios que había hecho de la piedad y energía de su discípulo... ¿Había que rechazar a aquel pobre seminarista de tan buena voluntad o al menos prolongar su espera? Creyóse preferible declinar toda responsabilidad en aquel caso de duda: Juan-María Vianney era libre para solicitar su admisión en otra diócesis, si algún obispo quería admitirle.

Aquel mismo día por la tarde regresó a Ecully. El señor Balley vio el peligro y al siguiente corrió hacia Lión. Aconsejóse primeramente con el sacerdote que había oído la primera confesión de Juan-María y que le había hecho comulgar por primera vez: el señor Groboz, que había llegado a ser secretario del arzobispado de Lión, acompañó al señor Balley al despacho del vicario general, quien el día anterior había examinado a Juan-María. El párroco de Ecully no hizo sino repetir lo que pensaba de su discípulo, el menos instruido quizás, pero uno de los más virtuosos de entre los seminaristas de Lión. El señor Groboz refirió también preciosos recuerdos. El señor Bochard se dejó convencer y prometió que estudiaría el asunto. Más aún, a ruegos del Rdo. Balley, aceptó ir el día siguiente a Ecully y llevar en su compañía al superior del seminario. Ambos examinarían en la intimidad al desgraciado candidato.

Tranquilizado por una resolución tan benévola, Juan-María Vianney «respondió muy bien a las preguntas que se le hicieron, por lo que quedaron muy satisfechos». Así se expresa el señor Betemps, canónigo de San Juan de Lión, antiguo amigo del señor Balley y, a la muerte de éste, confesor de Juan-María durante algunas semanas¹⁸. El Rdo. Bochard

¹⁸ Catalina LASSAGNE, *Petit memoire*, primera redacción, p. 35

salió de Ecully favorablemente impresionado, pero no era él quien en definitiva había de tomar la decisión.

Después de la sangrienta batalla de Leipzig (20 de octubre de 1813), rusos, austríacos, alemanes, suecos, ingleses y españoles coaligados habían invadido Francia. El 11 de abril siguiente, Napoleón, vencido, firmaba su abdicación. Su madre y su tío el cardenal hallaron refugio junto al papa Pío VII. Al ausentarse Su Eminencia, el primero de los vicarios mayores, Rdo. Courbon, se había hecho cargo del gobierno de la diócesis. El era, pues, quien tenía que decidir sobre la suerte de Juan-María Vianney. No faltó quien le hizo ver que el discípulo del señor Balley no entendía bien sino su lengua materna y que había que desespérer de que entendiese el latín.

El vicario general sintióse inclinado a la indulgencia. Por lo demás, ¿acaso la situación del arzobispado no era muy difícil? ¿No hacía unos dos años, por Navidad de 1812, que habían sido «admitidos en masa», para mejor librarles del servicio militar, «todos los alumnos del primer año de teología, y los demás de los otros cursos no ordenados aún de subdiáconos»?¹⁹.

El señor Courbon, bueno y sencillo, se limitó a preguntar: «¿Juan-María Vianney es piadoso?... ¿Es devoto de la Santísima Virgen?... ¿Sabe rezar el rosario?

—Sí; es un modelo de piedad.

—¿Un modelo de piedad? Pues bien, yo le admito. La gracia de Dios hará lo que falte»²⁰.

Nunca el señor Courbon estuvo más inspirado.

¹⁹ «Estos alumnos no habían pasado por el Consejo de admisión (que solían celebrar los directores) ni tenido el examen previo según los sagrados canones, pero el cardenal había declarado que todo individuo que tuviera veintinueve años y que no se presentase al subdiaconado, sería por este solo hecho excluido del seminario, lo cual equivalía a decir que tendría que ir al servicio militar» (*La verte sur le cardinal Fesch ou reflexions d'un ancien vicaire general de Lyon* Lyon, Lesne, 1842, p. 164). Esta admisión en masa provocó una viva protesta por parte del superior de San Ireneo, señor Gardette, pero no pudo conseguir la dilación de las ordenaciones. Napoleón estaba entonces en Rusia, y «Su Eminencia tenía alguna razón al temer que una batalla perdida podría dar pretexto para llamar a filas a cuantos no estuviesen ya comprometidos» (Id., p. 166).

²⁰ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 65 Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 115

IX. DEL SUBDIACONADO AL SACERDOCIO (1814-1815)

La elevación al subdiaconado.—Los presentimientos del reverendo Millón.—La política en el seminario mayor.—La ordenación de diácono.—El examen canónico para el sacerdocio.—Las testimoniales.—La consagración sacerdotal.—Las impresiones del 13 de agosto de 1815.

Por medio de la humillación y el sufrimiento el Escultor divino había ido modelando y embelleciendo aquella alma. Era llegada la hora de la consagración. El Rdo. Vianney se enteró con un reconocimiento infinito que el día 2 de julio, fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, recibiría a la vez las órdenes menores y el subdiaconado. La autoridad diocesana le dispensaba de los *intersticios* canónicos. ¡Qué *Te Deum* en la casa parroquial de Ecully!

Juan-María volvió al seminario un mes antes de la ordenación a fin de prepararse con unos ejercicios espirituales y de oír las instrucciones necesarias sobre las ceremonias y sobre los poderes que iban a serle otorgados.

En la mañana del 2 de julio, el futuro subdiácono, revestido del alba blanca, dio el paso simbólico que le separaba para siempre de la vida secular y mundana; después, al tocar el cáliz destinado a contener la sangre de Cristo, contrajo místicos desposorios con la virtud de la castidad.

Se celebró la ceremonia en la iglesia primada de San Juan. Marcelino Champagnat, su querido discípulo de Verrières, había recibido el subdiaconado en Grenoble el día 6 de enero de aquel mismo año, de manos de Mons. Simón¹.

¹ Cf. Mons. LAVEILLE, *Marcellin Champagnat*, ob. cit., p. 44.

Pero Juan-Claudio Colin, que a causa de sus escrúpulos hubo de diferirlo, se hallaba entonces entre los ordenandos, al lado de Juan-María Vianney². Mons. Simón, venido ex profeso de Grenoble, recibió los juramentos.

Tuve la dicha, cuenta el Rdo. Pedro Millón, cura de Beny, de estar muy cerca de él. Después de la ceremonia, la costumbre exigía marchar en procesión hacia la iglesia Primada o al seminario mayor. Maravillóme el entusiasmo con que cantaba el *Benedictus*, himno de acción de gracias. Su rostro parecía resplandeciente. Movido por no sé qué presentimiento, le aplicaba yo las palabras del versículo: *¡Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo!* y decía para mis adentros: posee menos ciencia que otros muchos, pero en el ministerio sacerdotal hará cosas grandes³.

* * *

Puesto que el señor Balley respondía de su protegido, le fue permitido tenerlo a su lado, durante el año escolar de 1814 a 1815⁴. Maestro y discípulo tuvieron sobrados motivos de felicitarse, pues aquel año fue para el seminario de San Ireneo verdaderamente deplorable: el recogimiento se hizo en él imposible y con él los estudios, el aprovechamiento y la formación sería.

Si hay que dar oídos a un contemporáneo, la noticia de la abdicación del emperador «fue recibida en Lión con una verdadera embriaguez de entusiasmo, que rayaba en locura. Parecía a la gente que se iba a pasar de la edad de hierro a la edad de oro tan celebrada de los poetas»⁵.

Mientras Napoleón, desterrado, partía para la isla de Elba, el infortunado cardenal Fesch iba errante de Nimes a Montpellier, de Montpellier a Blois, de Blois a Bourges... Vuelto a Lión por algunos días, volvió a partir el 27 de abril. La odisea del prelado, digno de mejor suerte, no tuvo fin sino

² Cf. *Le vénérable Colin*, ob. cit., p. 20-21.

³ *Proceso del Ordinario*, p. 1281.

⁴ «Le conocí en el Seminario Mayor, donde pasó cerca de un mes para prepararse a las sagradas órdenes, dice de Juan-María Vianney el Rdo. Millón, que recibió con él el subdiaconado. Sus estudios de Teología los cursaba en casa del señor Balley, cura de Ecully.» (*Proceso del Ordinario*, p. 1281).

⁵ LYONNET, *Le Cardinal Fesch*, t. II, p. 513; p. 517.

en Roma, donde fue acogido por Pío VII con una manse- dumbre inagotable.

El día 14 de abril, ante la noticia de que Luis XVIII era proclamado «rey de Francia y de Navarra», el cabildo de Lión, en ausencia del arzobispo y a sus espaldas, prescribió el canto del *Te Deum* en la iglesia metropolitana y en todas las demás de la diócesis. El señor Groboz, secretario general del arzobispado y gran amigo del señor Balley, «arrastrado por su vieja fe monárquica y los recuerdos de su emigración», era uno de los más exaltados. Los seminaristas le imitaron. Todas aquellas cabezas juveniles habían llegado a extremos inconcebibles; en la avenida de los tilos de San Ireneo, durante largo tiempo se habló más de política que de teología... Desde Roma continuaba el cardenal Fesch gobernando la diócesis; pero sus bienes habían sido confiscados y su autoridad era tenida por nula.

¡Momento teatral! De repente, a principios de marzo de 1815, llega la nueva de que el emperador destronado acababa de desembarcar en Francia, en el golfo Juan. Rápido como el rayo, el día 10 hace en Lión una entrada triunfal. Muchos sacerdotes son encarcelados a causa de sus entusiasmos legitimistas... El 26 de mayo, el cardenal Fesch, al son de todas las campanas, aparece de nuevo en la ciudad. Está allí sólo tres días y el 29 sale de nuevo para no volver jamás.

El día antes de irse a París, hizo una visita a los seminaristas de San Ireneo. Mas dejemos a un contemporáneo que nos cuente esta historia en el estilo pomposo propio de aquella época:

Muchas eran las quejas que habían llegado hasta el cardenal a causa del espíritu ultrarrealista que se había enseñoreado de aquella casa; la policía tenía noticia de ello y quería hacer un escarmiento; poseía pruebas que comprometían la existencia misma del establecimiento. Muchos jóvenes seminaristas, de cabeza ardiente e imaginación exaltada, sin calcular todo el alcance de su proceder, se habían inscrito en una federación legitimista que se organizaba en la montaña de Forez... Todos se negaban a cantar en la iglesia el *Domine, salvum fac imperatorem Napoleonem*...

Su Eminencia no estaba dispuesto a sacrificar, por culpa de al-

gunos imprudentes, una casa que había costado tantos desvelos y que era tan necesaria; porque ¿qué hubiera sido de la diócesis si la fuente que alimentaba y continuaba el sacerdocio se hubiera interrumpido? Acompañado de los señores Courbon y Bochard, se presentó en el seminario para llevar palabras de paz y de moderación a los jóvenes teólogos, que se hallaban bajo una influencia ajena a su vocación. Pero en cuanto vieron de lejos la sotana roja del prelado, adivinaron el motivo de la visita: unos, como enjambre espantado, corrieron a sus aposentos; otros, mostraron recelo; otros, murmuraron en voz baja. No sin gran trabajo, los vicarios generales lograron reunir y apaciguar a unos pocos. El cardenal, después de haberles dirigido algunas palabras de prudencia, se convenció de que era inútil razonar con aquellas cabezas exaltadas... y se retiró desesperanzado una vez más de la causa de su sobrino...

Mientras el prelado subía al coche (era una miserable calesa de punto), uno de los voluntarios realistas de sotana escribió con yeso detrás el grito favorito de 1814 de: ¡*Viva el Rey!* El cardenal atravesó toda la ciudad con esta singular inscripción, sediciosa para un príncipe de la familia imperial como él, que no reconocía más que el águila y los trofeos⁶.

Cuando el 29 de mayo, el cardenal salió hacia París, no todo parecía hallarse comprometido. Mas por la tarde del día de Waterloo (18 de junio), el águila caía herida de muerte. La noticia del desastre sorprendió al cardenal Fesch en la capital y huyó otra vez a Roma, donde había de morir piadosamente veinticinco años después, el 13 de mayo de 1839.

¡No hay mal que por bien no venga! El suave Juan-María Vianney no se mezcló en aquellas discusiones. ¡Cuánto bendijo a la Providencia el prudente señor Balley, enterado de lo que ocurría en el seminario, por aquel deslucido examen, que el año anterior había sido causa de que volviese a Ecully el último —y el de más mérito— de los alumnos de San Ireneo!

Hacia fines de mayo de 1815, el Rdo. Vianney, admitido a recibir el diaconado, entró de nuevo en el seminario. Allí supo mantenerse al margen de toda discusión y formó en su interior una tranquila soledad de la que no salió un solo instante.

⁶ LYONNET, *Le Cardinal Fesch*, t. II, p. 578-580.

El 23 de junio, víspera de la fiesta de su Santo, fue ordenado de diácono en la iglesia primada de San Juan de Lión por Mons. Simón, obispo de Grenoble. Y el Espíritu de fortaleza, cerniéndose como águila sobre su frente, penetró hasta los últimos repliegues de aquella alma ya entonces tan robusta.

Aquella mañana, durante el canto de las letanías de los Santos, se posternaron a su lado Juan-Claudio Colin, el futuro fundador de los Maristas, y Marcelino Champagnat, fundador de los Hermanos Menores de María. Estos dos habían de volver al seminario para cursar el año preparatorio del sacerdocio.

* * *

Por un inesperado favor, debido sin duda a las gestiones de su abnegado maestro, mas también a la fama de sus virtudes, después del diaconado se trató de que fuese admitido a la ordenación sacerdotal.

Por segunda vez sufrió el examen canónico en Ecully, ante el vicario general señor Bochard. Este comprobó con agrado que, después de transcurrido un año, nuestro «teólogo» había hecho verdaderos progresos. «El docto examinador interrogó por espacio de más de una hora al Rdo. Vianney sobre los puntos más difíciles de teología moral. Quedó muy satisfecho de sus respuestas y admirado de tanta claridad y precisión... Decidióse que el nuevo diácono, después de algunos días de ejercicios, iría a Grenoble a ser ordenado de sacerdote»⁷. Los de su curso, entre ellos los Rdos. Pansut, Bezacier, Colin y Champagnat, no fueron promovidos al presbiterado hasta el año siguiente⁸.

El miércoles, 9 de agosto, el Rdo. Vianney se presentó en las oficinas del arzobispado, donde el señor Courbon le entregó las cartas testimoniales. Decían éstas que Mons. de

⁷ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 67.

⁸ El autor de la *Vie du vénérable Colin* (Lyón, Vitte) después de decir (p. 24) que Juan-Claudio Colin «fue ordenado diácono por Monseñor Simón», se equivoca cuando añade: «Tenía a su lado a dos jóvenes que le acompañaron al sacerdocio, Juan-María Vianney y Marcelino Champagnat.»

Grenoble podía ordenar para la diócesis de Lión a Juan-María Vianney, pero bajo esta cláusula: que el nuevo sacerdote no recibiría sino más tarde la licencia de absolver los pecados, cuando pluguiere a su ordinario. «Los juicios de los hombres no son ciertamente los de Dios»⁹: ¡el tímido diácono que con tales condiciones partía para Grenoble había de pasar las tres cuartas partes de su vida sentado en un confesionario! «La Iglesia, dijo el señor Courbon al firmar los testimoniales, no necesita tan sólo de sacerdotes sabios, sino también y aun más de sacerdotes piadosos»¹⁰.

Bajo un ardiente sol de agosto, el Rdo. Vianney partió a pie, llevando en la mano un hatillo con algunas provisiones y el alba para la ceremonia¹¹. Cien kilómetros hay entre Lión y Grenoble. El aspirante al sacerdocio, quien parecía tener alas —iba por fin a cumplir su gran deseo—, recorrió alegremente aquella larga distancia, pero con algún peligro. Francia había sido invadida de nuevo y los caminos del Delfinado estaban llenos de enemigos armados. ¿Qué hacía por sendas tan poco seguras, aquel clérigo tan flaco con su sencillo equipaje? ¿No sería quizás algún espía al servicio de Francia? Los austriacos del cuerpo de Bubna le llenaron de invectivas en su lengua, y varias veces los soldados le detuvieron y amenazaron con las bayonetas.

Por fin, el sábado, día 12, por la tarde, el ordenando lionés era recibido en el seminario mayor de Grenoble, situado en la calle del Templo Viejo. Al día siguiente, décimatercera dominica después de Pentecostés, a primera hora de la mañana, fue conducido a la capilla, que antes de la Revolución había sido iglesia de los Mínimos.

Mons. Simón entraba también en ella con muy sencillos ornamentos. Era un prelado profundamente piadoso, lleno de afecto y de condescendencia. Se le hizo presente que le habían molestado por muy poca cosa: ¡una sola ordenación y de un seminarista forastero!... El anciano obispo contempló un momento al diácono de ascético aspecto, a quien no

acompañaba ni un familiar, ni un solo amigo. «No es gran trabajo, replicó con grave sonrisa, ordenar un buen sacerdote»¹².

Incapaz de poder expresar las emociones de aquella mañana celestial, el Rdo. Vianney no las reveló a nadie. Pero después, en sus catequesis, cuando hablará de la sublime dignidad del sacerdocio —lo que hará con frecuencia—, revivirán en él impresiones indecibles de aquel 13 de agosto de 1815: «¡Oh, el sacerdote es algo grande! No, no se sabrá lo que es, sino en el cielo. Si lo entendiéramos en la tierra, moriría uno, no de espanto, sino de amor»¹³.

A la edad de veintinueve años, después de tantas incertidumbres, de tantos fracasos, de tantas lágrimas, Juan-María Vianney veía abiertas las puertas del santuario; ¡por fin subiría al altar del Señor! Desde el momento de su ordenación, se consideró en cuerpo y en alma como un vaso sagrado destinado exclusivamente al ministerio divino. Cuando era muy joven y vivía con su madre había dicho un día entre suspiros: «Si fuese sacerdote, querría ganar muchas almas»¹⁴. Las almas, pues, ya le aguardaban.

⁹ *Isaías*, LV, 8.

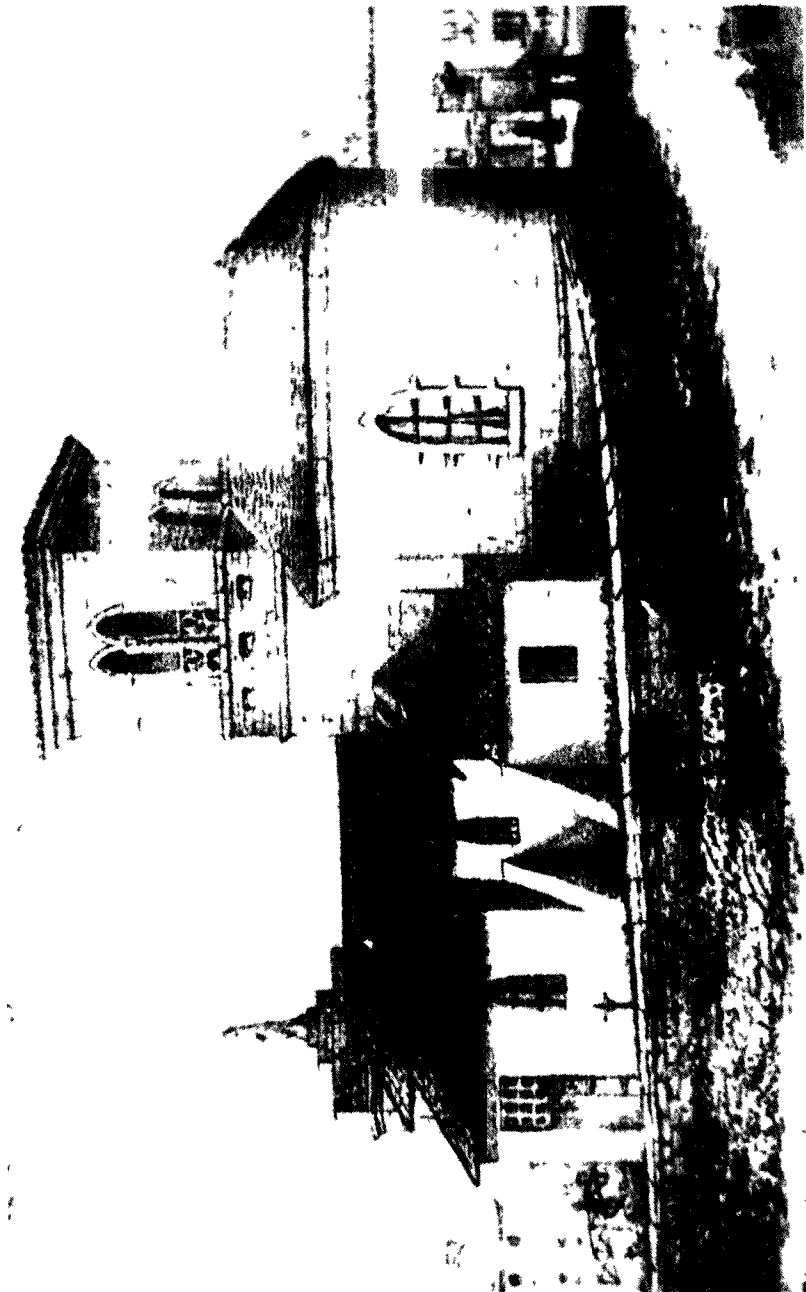
¹⁰ R. P. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 950.

¹¹ Aquella alba, muy modesta, se guarda en la casa parroquial antigua de Ars.

¹² El mismo siervo de Dios oyo esta expresión, que me repitió. (Reverendo RAY-MOND, *Proceso del Ordinario*, p. 283.)

¹³ *Esprit du Cure d'Ars*, p. 113.

¹⁴ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1.064.



No hay ningún grabado por el que podamos conocer como era la iglesia parroquial de Ars, a la llegada de Juan Maria Vianney. En esta imagen se representa como la dejó el Santo Cura a su muerte. Entre la tapia y el muro de la iglesia hay un cementerio del que el Cura de Ars decía «Mi cementerio está sembrado de santo».

X. EL VICARIO DE ECULLY (1815-1818)

Gran gozo en Ecully, en Dardilly y en Noës.—El primer penitente del Rdo. Vianney.—Los comienzos del ministerio parroquial.—En la escuela de la santidad.—La visita de la viuda Fayot.—Paulina Jaricot y Santa Filomena.—En la intimidad de la casa parroquial.—Enfermedad y muerte del señor Balley.—Herencia y recuerdo.—El señor Tripier y su vicario.—La capellanía de Ars.

En la misma capilla del seminario mayor, donde, el día anterior, había recibido la consagración sacerdotal, el lunes, día 14 de agosto, víspera de la Asunción, el Rdo. Vianney celebró su primera misa. Dos capellanes del Ejército austríaco la celebraban al mismo tiempo en los altares próximos¹. Está fuera de duda que no regresó inmediatamente a Ecully y que se quedó en Grenoble para la festividad del siguiente día: su delicadeza de conciencia y su tierna devoción a la Santísima Virgen no le hubiesen permitido estar de viaje en tan gran solemnidad. Todo obliga a creer que partió del seminario el día 16, después de haber celebrado en él la santa misa por tercera vez².

Durante el regreso hubo de sufrir las mismas molestias que a la ida. Finalmente, pudo llegar a Ecully, donde su anciano maestro le aguardaba con impaciencia. Le esperaba

¹ Hermano ATANASIO *Proceso apostólico in genere* p 200, *ne pereant*, p 1 009

² «No se sabe dice el Rdo Monnin (*Vida*, t I, p 138) el lugar donde el nuevo sacerdote dijo su primera misa y las circunstancias de tan grande y solemne acto. Parece que hubo de ser en Ecully y que fue asistido por el señor Balley.» El señor Monnin no supo que el Santo había celebrado su primera misa en Grenoble al día siguiente de su ordenación.

una dulce sorpresa: el señor Balley, después de haberse arrodillado a sus pies y haber recibido su bendición, le dio una alegre noticia: los señores vicarios generales se habían dignado conceder un coadjutor a la parroquia de Ecully, ¡y el sacerdote designado no era otro que Juan-María Vianney! ¡De esta manera, el hijo adoptivo quedaría junto a su padre; sería su auxiliar en tantos trabajos y le cerraría los ojos!

Fue también muy grande la alegría en la casa de Dardilly. Todo un pasado lleno de angustias fue olvidado cuando el nuevo sacerdote reapareció entre los suyos. ¡Ah, si la madre hubiese vivido! Juan-María oró largamente ante la sepultura querida.

Una carta anunció a los de Noës y Robins la ordenación sacerdotal de *Jerónimo Vincent*. El año anterior, después de recibido el subdiaconado, el Rdo. Vianney había escrito al venerable señor Jaquet ofreciéndosele como vicario eventual. No le pedía otros honorarios que la manutención. Amaba verdaderamente a Noës y, como decía él mismo, no podía apartar su recuerdo³. ¡Qué gozo para la viuda Fayot al saber que *su hijo mayor* había visto cumplidos sus deseos! Al principio se quedaría en Ecully, pero después llegaría a ser parroco. Y entonces, ¿quién sabe?... Se convino, en la granja de Robins, que cuanto antes irían a saludar a casa del señor Balley a su santo y amable vicario.

Los feligreses de Ecully participaron de la alegría de su pastor. «El Rdo. Vianney, decían, nos edificó mucho cuando estudiaba entre nosotros. ¿Qué será ahora, cuando es ya sacerdote?» En efecto, se entregaron a él en seguida con toda confianza⁴. Sin embargo, al principio no pudieron consultarle sino fuera del tribunal de la penitencia: el Rdo. Vianney no había de recibir las licencias necesarias para oír confesiones, sino muchos meses después de su nombramiento de vicario. —Hemos visto antes que el señor Courbon así lo había decidido—. El primer penitente que se postró a sus pies, fue su propio confesor, el señor Balley en persona. Al buscar un nuevo director, el austero y sabio párroco de

³ Notas del Rdo Perret, cura de Noes desde 1886 a 1897

⁴ Rdo DUBOUIS *Proceso del Ordinario*, p 1 244

Ecully no encontró otro más apto para recibir los secretos de su alma que aquel antiguo campesino, reputado incapaz durante mucho tiempo. El digno anciano había tenido ocasión de palpar la obra de la gracia en aquella naturaleza escogida y expuso al señor Courbon que era ya tiempo de «desligar los poderes» a su joven vicario. Inmediatamente accedió a tan justa demanda⁵.

El primer acto de su ministerio data del día 27 de agosto de 1815. —Fue un bautismo.— Desde que se supo que estaba «aprobado» por los señores del Arzobispado, su confesonario se vio sitiado y los enfermos no preguntaron sino por él⁶. «Esto le quitaba mucho tiempo y llegó hasta descuidar la comida»⁷. —Algo más tarde, este descuido se hará habitual—. Mas su trabajo comenzaba a ser muy fructuoso y de gran consolación, pues «un gran número de personas que hasta entonces no habían sido muy edificantes en la parroquia cambiaron de conducta después de haber acudido a él»⁸.

Preparaba y explicaba cuidadosamente el catecismo, haciéndose pequeño entre los pequeños. A los menos aventajados se los llevaba a su cuarto y, acordándose de lo que otros habían hecho con él durante la Revolución, los instruía con una paciencia incansable⁹.

«En el púlpito de Ecully era breve, pero claro»¹⁰. Comenzaba con ello un ministerio que había de costarle rudos esfuerzos, pero que le valdría éxitos sorprendentes. «Según mi parecer, todavía no predicaba bien, dice su hermana Margarita, que venía de Dardilly para oírle; y, sin embargo, cuando le tocaba a él todo el mundo corría a la iglesia.» No tenía reparo en decir verdades muy recias y en fustigar ciertos vicios. Ecully no era ningún oasis de virtudes: la Revolución había abierto profundas llagas, y la proximidad de una gran ciudad no era lo más a propósito para cerrarlas; se iba

⁵ Catalina LASSAGNE *Proceso apostolico in genere*, p 104

⁶ Margarita VIANNEY *Proceso del Ordinario*, p 1 021

⁷ Rdo VIGNON cura de Dardilly, *Proceso apostolico in genere*, p 371

⁸ Coloma BIBOST de Ecully, *Proceso del Ordinario*, p 1 386

⁹ Rdo VIGNON cura de Dardilly, *Proceso apostolico in genere*, p 371

¹⁰ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostolico* p 104 La señorita Lassagne, directora de la Providencia de Ars, oyo sin duda este pormenor de algun habitante de Ecully Fue algo especial de esta epoca de la vida del Rdo Vianney, el cual, una vez cura de Ars, se puso a predicar mas largamente

en pos de los placeres y se bailaba siempre que se ofrecía ocasión: «En el lugar donde estuve de vicario, decía el señor Vianney cuando explicaba el catecismo, un joven que había de ser padrino y que a causa de ello había alquilado un violinista para bailar, fue aplastado por una viga; no tuvo ni un momento para prepararse. El músico fue ciertamente; pero cuando llegó, las campanas anunciaban las exequias de aquel desventurado»¹¹.

Si predicaba la pureza de costumbres y la perfección de la vida cristiana, el Rdo. Vianney era el primero en dar ejemplo. Aquel sacerdote de treinta años se conducía ya con una admirable reserva; era muy sencillo y muy bueno, pero «evitando toda familiaridad»¹². Poseía aquel don peculiar de los santos de que habla el dulce San Francisco de Sales, el cual consiste «en ver a todos sin mirar a nadie»¹³. Había hecho este pacto con sus ojos, porque se sentía frágil como cualquier otro hombre nacido en este mundo. Oraba y se mortificaba para dominar la carne, pues experimentaba también, en la parte baja de su naturaleza, los estímulos del mal.

El día 3 de octubre de 1830, refiere el Rdo. Tailhades, de Montpellier, el Rdo. Vianney me hizo una confidencia muy notable. Le pregunté cómo había logrado librarse de las tentaciones contra la santa virtud de la castidad. Díjome que era efecto de un voto. Este voto, pronunciado hacía veintitrés años —cuando era vicario de Ecully—, consistía en rezar todos los días una vez la *Salve Regina* y seis veces esta invocación: *Sea para siempre bendita la santa e Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, Amén*¹⁴.

El señor Balley no era rico: el sostener un vicario hubiera sido para él una carga muy pesada. Los feligreses así lo entendieron y «le procuraron a mitad de precio o gratuitamente cuanto para ello había menester. Aquellas buenas gentes hicieron de esto una necesidad, un honor y un placer»¹⁵.

¹¹ *Instructions de onze heures (manuscrito de la Bastie)*, p. 9.

¹² Camilo MONNIN, *Proceso apostólico continuativo*, p. 265.

¹³ *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. VII, cap. IX.

¹⁴ Rdo. TAILHADES, *Proceso del Ordinario*, p. 1.517.

¹⁵ Conde Próspero DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 411.

En cuanto al Rdo. Vianney, todos sus haberes pasaban a manos de los pobres. Les daba hasta sus vestidos.

Un día de invierno, cuenta Margarita, el señor Balley dijo a mi hermano: «Vaya usted a Lión a visitar a la señora tal. Es menester que se arregle bien y que se ponga los pantalones que le dieron.» Al regresar, llevaba unos destrozados calzones. Preguntóle el señor balley qué había hecho, y contestó que, habiendo encontrado un pobre muerto de frío, movido a compasión había cambiado sus pantalones nuevos por los viejos del mendigo¹⁶.

«¿Qué tal va Juan-María? —preguntaba algunas veces Andrés Provin, un amigo de Dardilly, al señor Balley.

—El Rdo. Vianney es siempre el mismo, respondía el párroco de Ecully: da todo lo que tiene»¹⁷.

* * *

Cuando el señor Courbon nombró al Rdo. Vianney vicario de Ecully, el señor Balley manifestó claramente que el motivo por el cual deseaba tenerlo a su lado era para ayudarle a proseguir sus estudios de teología. En los momentos libres fue abierto de nuevo el *Ritual de Tolón*, y el maestro le pudo explicar de una manera más práctica el dogma, la moral y la liturgia católica. Cuando salían juntos, el párroco proponía a su vicario «casos de conciencia» más o menos difíciles; el joven sacerdote había de buscar por sí mismo la solución y exponer los motivos que le movían a resolver en tal o cual sentido¹⁸.

Pero Dios no puso al Rdo. Vianney en Ecully solamente para que ejerciera el aprendizaje del ministerio parroquial; lo colocó en una verdadera escuela de santidad.

Según hemos dicho, el señor Balley era un sacerdote muy mortificado. Entre él y su coadjutor se estableció muy pronto una especie de emulación de austeridad¹⁹. «Era, al decir del señor Pelletier, arcipreste de Treffort, un santo junto a

¹⁶ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1.021.

¹⁷ Andrés PROVIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1.005.

¹⁸ Rdo. RAYMOND, *Vida manuscrita*, p. 76.

¹⁹ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 974.

otro santo»²⁰. Andando el tiempo, el Rdo. Vianney hará esta humilde declaración: «Hubiera acabado yo por ser mejor, si hubiese tenido la dicha de estar siempre con el señor Balley. Nadie como él hacía ver hasta qué punto el alma puede desearse de los sentidos y el hombre asemejarse a los ángeles... Para tener deseos de amar a Dios, bastaba oírle decir: Dios mío, os amo de todo corazón»²¹.

El señor Balley llevaba un cilicio; el Rdo. Vianney pidió secretamente a Claudina Bibost y a su hija Colomba que le hiciesen «un chaleco de crines, que él vestía sobre sus carnes»²². Cuando la visita de algún colega no los sacaba de su vida ordinaria era, como decía el Rdo. Vianney, una santa emulación: nada de vino²³; algunas patatas con pan moreno; a fuerza de reaparecer sobre la mesa un trozo de carne hervida había acabado por ennegrecerse²⁴. Fueron tan lejos en esto que algunos feligreses se creyeron obligados a dar parte al señor Courbon. «Felices vecinos de Ecully, replicó el vicario general, que tenéis dos sacerdotes que hacen penitencia por vosotros»²⁵. Más aún: el párroco denunció a su vicario a la autoridad «porque traspasaba los justos límites» en sus penitencias, y el vicario denunció a su párroco por exceso de mortificación. El señor Courbon se echó a reír y los despidió a los dos²⁶.

Sin embargo, había alguna tregua en aquella austeridad y la mesa perdía «con alguna frecuencia» aquel aspecto tan lúgubre. Cuando había huéspedes —los vicarios generales y el señor Groboz lo fueron a veces— el «menú» era mejor y más variado²⁷.

En una de estas ocasiones y en un hermoso mediodía del mes de octubre de 1815, se presentó en la casa parroquial de Ecully una mujer vestida al estilo de Forez. Preguntó por el Rdo. Vianney. La sirvienta le dijo que los señores estaban en

²⁰ *Proceso apostolico in genere*, p 387

²¹ Rdo MONNIN *Le Cure d'Ars*, t I, p 144-145

²² Coloma BIBOST *Proceso del Ordinario*, p 1 386

²³ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p 512

²⁴ Hermano JERÓNIMO *id.*, p 560

²⁵ Rdo TOCCANIER *Proceso apostolico in genere*, p 148

²⁶ Condesa DES GARETS *Proceso del Ordinario*, p 766

²⁷ Rdo RAYMOND, *Vida manuscrita*, p 76

la mesa y que había además muchos convidados. ¡No importa! La viuda Fayot de Noës —pues era ella la recién llegada— absorta en su idea de ver a Juan-María no temió turbar el festín. Entró y miró a los comensales, entre los que se hallaban los señores Courbon y Bochard; no tardó en reconocer a «su querido hijo». El Rdo. Vianney se levantó radiante de alegría, y vio cómo se abalanzaba hacia él «su buena madre», la cual oprimiéndolo entre sus brazos, le dio en cada mejilla un beso muy sonoro²⁸.

El señor Balley, a pesar de sus austeridades, no era en manera alguna misántropo ni inculto. Había conservado en la ciudad de Lión todas sus amistades y relaciones; continuaba visitando a la familia Loras y era muy conocido del señor Antonio Jaricot. Este gran industrial había adquirido en Tassin, cerca de Ecully, una casa de campo, que muy pronto cedió a su hija mayor, la señora Perrin, después de sus bodas. La simpática hermana de la señora Perrin, Paulina Jaricot, de dieciocho años de edad en 1817, iba a Tassin para veranear. Después de haber vivido por algún tiempo entregada a los devaneos mundanos, cuyos peligros no alcanzaba entonces a medir, había renunciado a ellos y era un modelo de piedad. La antigua casa vio reunidos algunas veces con la Jaricot y los curas de Ecully, a clérigos muy distinguidos, tales como el futuro cardenal Villecourt, el Rdo. Wurtz, vicario de Saint-Nizier de Lión y confesor de Paulina...

En estas reuniones de Tassin, por primera vez, el Rdo. Vianney, sentado humildemente en un cabo de la mesa como la joven Paulina, oyó hablar de una virgen mártir, Santa Filomena, cuyo cuerpo había sido descubierto hacía pocos años en una catacumba romana y ante el cual, según se decía, se multiplicaban los milagros. No sabía entonces el lugar especial que en su vida y en su corazón tendría aquella santa inmolada ya en los orígenes de la Iglesia²⁹.

* * *

²⁸ Cf A MONNIN *Le Cure d'Ars*, t I, p 92-93

²⁹ Cf mi libro *La petite sainte du Cure d'Ars, sainte Philomène*, Lyon, Vitte, 1924, cap V «l'entree en relation», p 147-148

Haciendo vida común, tal como lo exigían los estatutos de la iglesia de Lión, nuestros cenobitas vivían en una intimidad jamás turbada. «Hacían juntos los ejercicios de piedad, y a veces las peregrinaciones a Nuestra Señora de Fourvière, con tanta pobreza que habían de cobijarse bajo el único paraguas de la casa parroquial de Ecully»³⁰. De común acuerdo, copiaban oraciones a la Santísima Virgen para distribuir las entre los fieles³¹. Compusieron juntos «el rosario de la Inmaculada Concepción» que todavía se reza en la iglesia de Ars, antes de la oración de la tarde³².

Así transcurrió en Ecully el año 1816 y las primeras semanas de 1817. El señor Balley no pasaba de los sesenta y cinco años; pero había vivido proscrito durante el Terror, y los años de persecución valen por dos. Envejecido antes de tiempo, se apresuraba hacia la eternidad. En febrero, una úlcera en la pierna le postró en el lecho, del que apenas volvió a levantarse más. Desde entonces, a pesar de su anterior actividad, casi no tomó parte en el ministerio parroquial —una sola acta consta firmada por él en el registro de 1817: un sepelio con fecha 5 de junio—. Durante aquel período, de día en día más penoso, le reemplazó casi en todo su abnegado vicario. Sufría sin quejarse. La úlcera provocó la descomposición de la sangre; apareció la gangrena en la pierna enferma y los médicos le dieron por perdido.

El día 17 de diciembre, después de haberse confesado con su hijo predilecto; después de haber recibido el viático y la extramaunción³³, el venerable pastor de Ecully se dormía en el Señor, lleno de méritos.

Cuéntase que después de administrada la extremaunción, los feligreses se retiraron y cura y vicario se quedaron solos. El moribundo dio a su «amado Vianney» los últimos consejos y se encomendó a sus oraciones; sacó de la cabeza los instrumentos de penitencia: «Toma, hijo mío, murmu-

³⁰ Rdo Claudio ROUGEMONT *Proceso apostólico continuativo* p 742 Durante toda su vida, el Rdo Vianney conservó con gran cariño aquel paraguas como una reliquia. Todavía se halla entre los recuerdos de la vieja parroquia de Ars

³¹ Rdo TOCCANIER *Proceso apostólico ne pereant* p 284

³² Juana María CHANAY *Proceso apostólico ne pereant* p 489

³³ En la nueva iglesia de Ecully un bello fresco reproduce esta escena emocionante

ró a su oído, esconde esto; si lo encontrasen después de mi muerte pensarían que he expiado suficientemente mis pecados y me dejarían en el purgatorio hasta el fin del mundo»³⁴. Las disciplinas y los cilicios del señor Balley no quedaron ociosos³⁵.

El Rdo. Vianney le lloró como a un padre. ¡Todo se lo debía! De aquel santo varón conservó imperecedero recuerdo: «He visto almas muy hermosas, escribía, pero ninguna como aquélla.» Los rasgos de su antiguo maestro quedaron tan grabados en su espíritu, que decía, aun en los últimos años de su vida: «Si fuese pintor, todavía podría trazar su retrato.» Hablaba siempre de él, con los ojos llenos de lágrimas³⁶. Todos los días por la mañana le nombró en el *memorandum* de la misa y hasta su muerte, él tan desasido de todas las cosas, conservó, puesto encima de la chimenea, su pequeño espejo, porque había reflejado su rostro³⁷. Por lo demás, en toda la comarca de Ecully, la memoria de aquel eminente sacerdote se ha conservado con gran veneración³⁸.

* * *

Después de la muerte del señor Balley, muchos feligreses de Ecully hicieron en el Arzobispado una gestión, que por sí sola bastaba para testimoniar la estima que les merecía el Rdo. Vianney. Pidieron que fuese nombrado párroco. Su petición no tuvo efecto³⁹. Además, es fácil que el mismo intere-

³⁴ Rdo RAYMOND *Vida* manuscrita, p 79 Catalina LASSAGNE *Proceso del Ordinario*, p 512

³⁵ El cilicio del señor Balley fue llevado a Ars por el Rdo Vianney, y es muy fácil que sea el que todavía se ve en una vitrina de la «sala de las reliquias». Consiste en un cinturón hecho de cordeles entrelazados en el que están cosidos pequeños clavos de hierro. En el interior de este cinturón aparecen unas estrechas cintas de trapo con largas puntas aceradas. Es de creer que al Santo le pareció demasiado benigno el instrumento de penitencia legado por su antiguo maestro y que el mismo añadió aquellas terribles puntas

³⁶ Hermano JERÓNIMO *Proceso del Ordinario* p 556

³⁷ Rdo BEAU *Proceso del Ordinario*, p 1 204

³⁸ El cuerpo del señor Balley fue enterrado en la antigua iglesia de Ecully. Al ser reconstruida fue exhumado para colocarlo bajo las losas del coro. Sus contemporáneos supervivientes pidieron se lo dejaran ver convencidos de que la muerte no había corrompido su cuerpo. La exhumación se hizo de noche y no encontraron sino huesos. Mas aquella creencia del pueblo proclama cual fuera la fama de su santidad. La losa sepulcral del señor Balley, cuya inscripción aparece gastada, sirve de base a la pila bautismal

³⁹ El Rdo Monnin escribe (*Vida*, t I, p 150) que, para sustituir al difunto, «los ha

sado no hubiese querido aceptar. «No me hubiera gustado ser cura de Ecully, decía posteriormente; la parroquia era demasiado importante»⁴⁰. Sea de ello lo que fuere, el señor Tripier reemplazó al señor Balley, y el Rdo. Vianney continuó de vicario.

El nuevo párroco no se creyó obligado en conciencia a seguir los pasos de su predecesor; no quería en modo alguno que la casa parroquial se convirtiese en una trapa o en un monasterio de cartujos. Su vicario parecióle bien pronto exagerado: ¿acaso no rehusaba acompañarle a casa de sus colegas o de los feligreses acomodados, so pretexto de que solamente tenía una sotana, la cual no era decente para ir con tan honorable compañía? ⁴¹. ¿Pidió el señor Tripier otro vicario? Es posible. Sea de ello lo que fuere no tardó mucho en ocuparse del Rdo. Juan-María Vianney la administración diocesana.

Después del 21 de enero —nos hallamos en 1818— quedó vacante una pequeña capellanía del departamento del Ain ⁴². El capellán, Antonio Déplace, joven de veintisiete años, acababa de morir de consunción, después de haber ejercido durante veintitrés días el sagrado ministerio ⁴³. Ars estaba por proveer. Pero era una aldea tan pequeña y tan pobre —¡230 habitantes! ⁴⁴— ¿Valía la pena de designarle un sacerdote? El centro parroquial, Mizérieux, distaba tres kilómetros... Las autoridades eclesiásticas rogaron al señor

bitantes de Ecully pusieron unánimemente los ojos en el vicario que el señor Balley había formado a su imagen» Nos parece que hay en ello exageración. El señor Vianney, cura de Ecully, se acerca más a la verdad cuando después de haber recogido cuidadosamente las tradiciones de su parroquia, declara el día 8 de noviembre de 1882, en el *Proceso apostólico in genere* (p. 372) que muchas personas manifestaron deseos de que el Rdo. Vianney ocupase el lugar del difunto» ¿Se hizo por escrito tal petición? No se sabe. En todo caso no queda rastro en los archivos del Arzobispado de Lion.

⁴⁰ Catalina LASSAGNE *Proceso apostólico ne pereant* p. 404

⁴¹ Fleury VÉRICEL *Proceso del Ordinario*, p. 1296

⁴² En 1802, la diócesis de Belley fue una de las que se suprimieron en virtud del concordato. Fue dividida entre las diócesis vecinas. La diócesis de Lion se llevó la mayor parte: todo el departamento del Ain, a excepción de la región de Gex, que cupo en suerte al obispado de Chambéry, fue puesto bajo la jurisdicción del cardenal Fesch. La nueva diócesis de Belley, establecida en 1823, tendrá los mismos límites del departamento.

⁴³ El único acto fue un bautismo, el día 30 de diciembre de 1817.

⁴⁴ Habitantes de Ars en 1808: 220. BOSSI, *Statistique générale de France (Département de l'Ain)* Paris: Testu, 1808.

Durand, cura de Savigneux, que se hiciera cargo de aquel villorrio; y, durante algunas semanas, Ars pareció relegado al olvido. Una gestión personal de la castellana del lugar, la señorita Ana de Garets, que se empeñaba en considerar su aldea como una verdadera parroquia, movió a los vicarios generales a decidirse ⁴⁵.

A principios de febrero, el Rdo. Juan-María Vianney, vicario de Ecully, se enteraba de que la capilla y el pueblecito de Ars quedaban confiados a su celo. El joven sacerdote no se preocupó por saber si el señor Courbon daba las parroquias del departamento del Ain, «convertido en una especie de Siberia para el clero de la diócesis de Lión, a los sujetos que ofrecían menos garantías» ⁴⁶. Se fue sencillamente a ver al señor Courbon, quien al firmar su nombramiento le dijo: «No hay mucho amor de Dios en esta parroquia; vos procuraréis introducirlo» ⁴⁷. El Rdo. Vianney aseguró que no deseaba otra cosa. Después procuró alentarle. Aquella aldea era de lo más humilde. Los recursos muy pocos y la paga la propia de un vicario, o sea, 500 francos anuales, que daba el municipio... ⁴⁸. Mas, en aquella apartada parroquia, la Providencia no le abandonaría jamás. Ars tenía la ventaja de poseer un buen castillo donde «estaba una buena señorita» ⁴⁹ que había de ayudar a su párroco con su dinero y su influencia...

⁴⁵ Juan TETE *Proceso apostólico continuativo*, p. 76

⁴⁶ «La parte más abandonada de esta diócesis (de Lion) fue, sin duda, el departamento del Ain. Lejos de Lion y privada de todo socorro, enviaba muy poca gente al seminario de San Ireneo, de suerte, que por considerar al señor Courbon el vicario general más influyente en el gobierno de la diócesis, como un deber de justicia enviar a los departamentos del Rodano y del Loire los individuos que de allí habían salido, dejaba sin sacerdote (en el Ain) un gran número de parroquias y colocaba en las otras aquellos que le ofrecían menos garantías. El departamento del Ain fue de esta manera una especie de Siberia para el clero de la diócesis de Lion, hasta tal punto, que el ser enviado a las comarcas de Bugey o de Dombes era considerado en aquella época como una desgracia para los sacerdotes (entre 1810 y el 1828). Rdo. J. COGNAT *Vie de Mgr Devie, évêque de Belley*, Lion: Pelagaud, 1865 t. I, p. 182-183.

⁴⁷ Catalina LASSAGNE *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 8.

⁴⁸ *Registros municipales de Ars*, sesión de 18 de junio de 1809. Ars al dejar de ser parroquia, no había perdido su título de municipio. El Rdo. Vianney, durante los cuarenta y un años que estuvo allí, había de conocer tres alcaldes: Antonio Mandy, desde 1813 a 1832; Miguel Seve, de 1832 a 1838, y el conde Claudio Prospero des Garets, de 1838 a 1879. Es notable que el señor des Garets rigiese el municipio el mismo número de años que el Rdo. Vianney la parroquia.

⁴⁹ Catalina LASSAGNE *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 8.

Así hablaba el señor Courbon a este sacerdote de treinta y dos años.

El 3 de febrero de 1818 el señor Vianney ejerció en Ecully el último acto de su ministerio. El día 9 por la mañana, se puso en camino para Ars.

Segunda parte

EL PASTOR DE ARS
(1818-1859)



A cosa de 1 km hacia el sur de Ars, se erigió un monumento que recuerda la llegada del Cura a su parroquia, en febrero de 1818. El relato de esta llegada se puede leer en la pag. 147 de este libro.

I. LA LLEGADA Y EL PRIMER CONTACTO

La aldea de Ars.—El Rdo. Vianney y el pequeño Grive.—Visión del porvenir.—Ars, parroquia cristiana en el siglo XVIII.—Durante la Revolución: el apóstata y los sacerdotes fieles.—El despertar de las almas.—Ars en 1818.—La castellana.—El programa del nuevo pastor.—La ceremonia de la toma de posesión.—El ajuar de la casa parroquial.—La visita a cada hogar.

Ars —que se ha llamado sucesivamente *Artis villa*, *Artz*, *Arz* y por fin *Ars*¹— parece haber tenido un origen muy remoto. Una piedra druídica, que se veía hace pocos años a cierta distancia del lugar, hacía suponer que había habido habitantes en aquella comarca ya en época muy lejana. Sin embargo, el nombre de Ars no aparece por primera vez sino en los documentos del siglo X. Una carta de 980 insinúa que entonces había ya en aquel sitio una iglesia construida y una parroquia organizada². A pesar de todo, Ars nunca ha pasado de la categoría de aldea.

Hállase Ars a 35 kilómetros al norte de Lió³, en la comarca y distrito de Trevoux, sobre la meseta de Dombes. Dombes es, en el departamento del Ain —por lo demás montañoso y poblado de bosques—, una llanura arcillosa, con aguas estancadas. Nada de frondas, ni de sotos sombreados por robles y abedules; ni hileras de álamos en los bordes de

¹ En algunos escritos se lee *Arsa*, la Ouemada

² Cf. Rdo. PAGE *Ars-en Dombes Bourg* 1905, p. 7. Hoy la aldea se llama oficialmente *Ars sur Formans*. El arroyo de Fontblin, el único que cruza el municipio, se ha visto de esta manera suplantado por el Formans, corriente formada en Saint Didier por la confluencia del Morbier y del Fontblin.

³ Ars está a 5 kilómetros del Saona, a 8 de Villefranche y a 42 de Bourg-en Bresse

los caminos; ni chopos, sauces y avellanos en las orillas de los arroyos.

Los montes apacibles del Beaujolais limitan el horizonte de Ars. La campiña que rodea el pueblecito forma extensas ondulaciones de las que de cuando en cuando emergen, como ramilletes, pequeños grupos de árboles; no es ya la llanura lisa y monótona, en la que abundan los charcos, pero tampoco las ricas vertientes que se inclinan hacia el Saona.

Ars está edificado en el declive de un reducido valle por donde corre el Fontblin, en invierno pequeña torrencera y en verano manso hilito de agua que se desliza por entre oscuros guijarros. En 1818, la aldea parecía triste y miserable; unas cuarenta casas hechas de tierra arcillosa, esparcidas por las huertas; a un lado, la iglesia, si se podía dar este nombre a una construcción rojiza, con vulgares ventanales, cubierta con cuatro vigas y por todo campanario una traviesa en la que daba vueltas una campana rajada⁴.

Las cruces del cementerio, según la antigua costumbre, se arribaban a lo largo del templo. Delante había una plazuela con veintidós hermosos nogales. Al lado de la iglesia estaba edificada la casa parroquial, una casa de campo precedida de un patio de unos cuantos pies cuadrados de amplitud.

En el fondo del valle se levantaba, solitario, en medio de una gran arboleda, el castillo de Garets de Ars. Construido en el siglo VI, había sido una mansión feudal, flanqueada por una torre, rodeada de fosos y coronada de almenas; pero todo aquel aparato guerrero había desaparecido; la antigua morada no era más que una gran casa de campo, tranquila, melancólica, olvidada de las cacerías y alegres estrépitos de antaño.

A causa del mal estado de los caminos, Ars se hallaba como perdido en una inaccesible soledad. Era un verdadero

⁴ La antigua iglesia de Ars, al llegar al Rdo Vianney, era en todo semejante, salvo en las proporciones, a las iglesias de la comarca de Dombes. Puerta angosta rematada en un timpano nave cuadrangular con techo artesonado antecoro con cupula sostenida por pechinas. Hasta 1794, este antecoro había aguantado un campanario cuadrado que terminaba en una flecha piramidal poco elevada, con un hueco abovedado en cada ángulo. Abside semicircular, con dos o tres ventanas románicas.

Todas las iglesias de este estilo en Dombes, datan del siglo XII. La parroquia dependía de la abadía de San Pedro de Cluny.

hoyo, en toda la amplitud de la palabra. Sus habitantes salían allí muy poco y eran, por otra parte, muy indolentes.

Ars está a treinta kilómetros de Ecully. El reverendo Vianney viajaba a pie, con muy poca impedimenta, acompañado de la señora Bibost, que ya había cuidado antes de su equipo de estudiante. Algunas ropas, una cama y los libros que había heredado del señor Balley seguían detrás en un carro. No sabemos quién era el conductor.

El nuevo párroco podía apenas descubrir su parroquia. Una niebla se había extendido sobre la campiña y velaba los horizontes. No habiendo encontrado quien les guiara, pasada la aldea de Toussieux, los viajeros se extraviaron y anduvieron durante algún tiempo a la aventura. En unas incultas praderas, los niños apacentaban sus ovejas. El Rdo. Vianney se dirigió a ellos. Los jóvenes pastores, que hablaban el *patois* de la región, no le entendieron de momento: les preguntaba por el castillo de Ars, creyendo que se levantaba en el mismo pueblo. Hubo de repetir varias veces la misma pregunta. Finalmente, el más listo de todos, llamado Antonio Givre, les puso de nuevo en el verdadero camino. «Amiguito, díjole el sacerdote, al darle las gracias; tú me has mostrado el camino de Ars; yo te mostraré el camino del cielo»⁵.

Después el joven pastor dijo que el sitio donde se hallaban era justo el límite de la parroquia. El cura de Ars se puso de rodillas y rezó⁶.

Muy pronto la humilde caravana comenzó a bajar por la pendiente que conduce al Fontblin. Desde allí el reverendo Vianney descubrió «algunas chimeneas esparcidas alrededor de una modesta capilla»⁷. Al divisar a la luz del crepúsculo aquellas casas cubiertas de paja: «¡Cuán pequeño es!», pensó; y luego, movido de un sobrenatural presentimiento, añadió: «esta parroquia, con el tiempo, no podrá contener a los que acudirán a ella»⁸. Entonces se arrodilló de nuevo y

⁵ Catalina LASSAGNE *Proceso apostólico ne pereant* pag 404. Aquella profecía no impresionó mucho el alma ingenua de Antonio Grive. Sin embargo, fue el primero de los parroquianos de Ars, que siguió al Rdo. Vianney en la muerte.

⁶ Miguel TOURNASSOUD *Proceso apostólico ne pereant*, p 1 143

⁷ Rdo RAYMOND *Vida* manuscrita, p 81

⁸ Hermano ATANASIO *Proceso del Ordinario* p 667, «Preguntele, dice el Hermano Atanasio, como se le había ocurrido aquella idea. El siervo de Dios eludió la res

rezó al Angel de la guarda de aquel pueblo⁹. Su primera visita fue para la iglesia.

Ars acababa de recibir a un sacerdote santo, pero de quien nadie hubiera entonces podido augurar que sería canonizado. Es cierto que el mundo desconocía aún sus grandes virtudes. Mas éstas no constituyen forzosamente la santidad. Aunque era en extremo celoso y mortificado, no había conseguido en esta época de su vida «aquella inefable dulzura»¹⁰, aquel grado maravilloso de penitencia y abnegación, que, en 1925, habían de colocarle entre los más grandes y los más populares de aquellos héroes que se llaman *santos*.

Por la mañana del día 10 de febrero, tocaron a misa. Así fue cómo se enteró Ars de que ya tenía sacerdote. Algunas almas piadosas se alegraron; no se puede decir que la emoción fuera masiva. «Las gentes, dice la señora de Garets, se sorprendieron al oír tocar a misa y dijeron: ¡Vaya, nos ha llegado un párroco nuevo!»¹¹.

Durante el siglo XVIII, Ars había sido una parroquia verdaderamente cristiana; no es de creer, por tanto, como se dice en algunas narraciones exageradas, que el Rdo. Vianney, en 1818, hubiese caído de lleno en «una tierra de misiones» y en un pueblo sin fe y sin buenas costumbres. Hacía casi un siglo (en 1724), que Ars había tenido por párroco «un sacerdote joven, instruido, licenciado en teología y en derecho canónico, dotado de gran actividad y de reconocido celo por la salvación de las almas»¹². Este sacerdote, llamado Francisco Hescalle, dejó en los archivos parroquiales de Ars un informe de la vida religiosa de sus feligreses en aquella época. Los fieles, escribe, «me rogaron al principio y me obligaron después a que fundase en la iglesia las cofradías del Santísimo Sacramento, del Rosario y del Escapulario»¹³. El primer domingo de cada mes, estos buenos cristianos me-

puesta, según era su costumbre cada vez que ponían a prueba su bondad «¡Vaya!, dijo sonriendo ¡pasan por mi cabezas tantas ideas estrafalarias!» (*Proceso apostólico in genere*, p. 201)

⁹ Rdo ROUGEMONT *Proceso apostólico continuativo*, p. 743

¹⁰ Condesa DES GARETS *Proceso del Ordinario*, p. 774

¹¹ Condesa DES GARETS *Proceso del Ordinario*, p. 766

¹² Rdo PAGE, *Ars-en-Dombes*, op. cit., p. 25

¹³ 7 de enero de 1727

ditan en común sobre la muerte. La fiesta del Sagrado Corazón, recientemente establecida en la diócesis, se celebra con gran fervor¹⁴. El 24 de junio de 1734, toda la parroquia, con su cura a la cabeza, se traslada a la ciudad para ganar la indulgencia del jubileo de San Juan¹⁵. Por lo demás, en esta comarca de Dombes había mucha afición a las procesiones y romerías. Se iba aún a la capilla de los Mínimos de Montmerle, el día de San Marcos; a Santa Eufemia, el día de San Jorge; a Rancé, el martes de Pascua. Mas ya entonces, los curas se mostraban inquietos por el sesgo que iban tomando aquellas excursiones a banderas desplegadas, y se habían quejado al arzobispo: las fiestas, de piadosas que eran, se convertían en profanas: se bebía y se bailaba. Cuando se publicaron las disposiciones de Mons. Neuville, que ponía al clero en guardia contra tales abusos, el señor Hescalle pudo escribir con satisfacción en su registro: «Yo no digo que semejantes excesos hayan sido cometidos por mis feligreses».

El sucesor del señor Hescalle fue el reverendo Claudio Garnier (1740-1775). De 1762 a 1763 fue «levantado el campanario de piedra labrada, que vino a reemplazar a una especie de jaula de madera que había allí delante.» Este campanario ya no existía al llegar el Rdo. Vianney. El «sans-culotte» Albitte lo había mandado derribar.

Después del señor Claudio Garnier, la parroquia de Ars fue administrada por el Rdo. Sinfiorano Eymard (1775-1788). De su paso quedan muy pocos recuerdos. Registró los bautismos, los matrimonios y los entierros: y nada más. Sin embargo, hacia el fin del cuaderno de 1780, refiere que cinco de sus parroquianos han plantado una viña: sin duda quiso hacer notar con ello —pues se interesaba por el bien mate-

¹⁴ Mons Neuville, por mandamiento de 3 de diciembre de 1718 había establecido en toda la diócesis de Lion la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y había dispuesto que fuese de precepto. El 27 de octubre de 1722, precisaba que en las parroquias rurales tuviese lugar el primer domingo después del Corpus. El señor Hescalle cura de Ars, consigna en su registro «Veo mucho interés en mis parroquianos en hacer sus devociones este día»

¹⁵ Por un privilegio especial, cada vez —no es muy frecuente— que el Corpus coincide con la fiesta de San Juan Bautista hay jubileo en la catedral primada de Lion. Después de 1734, ha ocurrido dos veces en 1886 y en 1943

rial y moral de su feligresía— que el desbrozar la tierra comenzaba ya a dar apreciables resultados...

El 31 de enero de 1788 fue nombrado cura de Ars el Rdo. Esteban Saunier, de veintiocho años, «sacerdote de Lión y bachiller por la Sorbona». Estos son los títulos que se da a sí mismo en los libros parroquiales. En 1791 prestó el juramento constitucional y continuó celebrando en Ars, por lo menos hasta principios de 1793¹⁶. En marzo del año siguiente, la iglesia fue saqueada por una banda de energúmenos llegados de Trevoux¹⁷. A pesar de ser *sacerdote juramentado*, el ciudadano Saunier fue detenido, pero pronto quedó en libertad: el desgraciado, para salvar su cabeza, entregó las testimoniales del sacerdocio¹⁸. En octubre de 1793, el apóstata se atrevió a presentarse de nuevo como mercader en la parroquia de la cual había sido legítimo pastor¹⁹. La humilde iglesia, donde había celebrado la misa, se había convertido en un «club» en el cual peroraban los espíritus fuertes de la comarca. También sirvió de lugar de reunión para las fies-

¹⁶ En 1791, el señor Saunier registro un matrimonio, cinco bautismos y nueve en tierras. El mismo año, hace notar que hizo servir un banquete patriótico a los niños de la Primera Comunión. Es el último acto que consta en el registro. El 13 de noviembre de 1792, de conformidad con la ley de 20 de septiembre, entrego los libros parroquiales al municipio.

¹⁷ Un recibo redactado en Trevoux, el (6 de marzo) 16 ventoso de 1794 por Juan Bautista Perrin, comisario, nos da la lista de los objetos arrebatados a la iglesia de Ars. El acta no hace mención de los vasos sagrados, puestos sin duda en lugar seguro, pero las casullas, los manteles del altar, los doseles, misales, todo cuanto podía poseer el pobre iglesia, hasta la campana, fue llevado como «despojos» a Trevoux.

¹⁸ *Tabla de los sacerdotes que, hallándose en Trevoux, han hecho entrega de las testimoniales del sacerdocio* (Archivos de Trevoux Liasse). Esta tabla, dividida en dos partes, contiene 17 nombres en la primera, y 6 en la segunda (Estos últimos son llamados «ausentes de Trevoux desde tres meses»). Entre estos se halla inscrito el cura de Ars, cuya ficha está redactada de esta manera: *Esteban Saunier — 15 nivoso año II (4 de enero de 1794)— reside en Ars desde hace tres meses, donde es mercader*. Esta fecha de 4 de enero de 1794 indica la época en que el señor Saunier pasó por Trevoux para «entregar las cartas testimoniales del sacerdocio». A la cabeza de la lista, en la parte derecha se lee: *Todos han prestado el juramento constitucional, excepto Andres Peyte y Juan Claudio Bracquer*. Tenemos en esto una prueba material de la adhesión del señor Saunier a la Constitución civil del clero.

¹⁹ Muchos sacerdotes, no juramentados, adoptaron o fingieron varias profesiones para poder escapar de los «sans culottes» y continuar ejerciendo por toda Francia el sagrado ministerio. Tal hicieron, como hemos visto, por los alrededores de Ecully y de Dardilly, los señores Groboz y Balley. Pero el caso del señor Saunier, cura de Ars, es bien diferente. Renunció al título y al ministerio sacerdotal y se estableció como *mercader* en su misma parroquia o sea, acabó por secularizarse del todo. La gente piadosa se escandalizó de semejante apostasia, tanto más cuanto que varios sacerdotes ponían en peligro su vida para procurar a los fieles los auxilios religiosos más imprescindibles.

tas de la década. «Una tradición local, todavía muy viva» refiere que un viejo macero de Trevoux, el ciudadano Rufo, se hizo misionero de la *diosa Razón*²⁰ en esta región de Dombes.

Entretanto, sacerdotes fieles circulaban disfrazados por los pueblos. Las actas de los bautismos, levantadas según los testimonios de los padrinos y de las madrinas, indican el paso por la parroquia de Ars del señor Chauas, cura de Trevoux (1793), del padre Juan Bautista, capuchino (1794), de los padres Blanc y Condamín (1795). Según todas las probabilidades, estos sacerdotes celebraron la misa y administraron los sacramentos en los dos sitios señalados por una constante tradición: en la casa de los Dutang, en la granja del Epoux²¹, y en el castillo de Garets. Pero estos confesores de la fe no visitaron Ars sino de paso, en tiempos convenidos, y ejercieron su ministerio en grupos muy poco numerosos. La masa de la población no los conoció²². En 1801, cuando la Iglesia comenzará en Francia a reparar sus ruinas, la parroquia de Ars, en fe y en costumbres, estará en plena decadencia.

A pesar de todo, las almas se iban despertando. En marzo de 1802, un sacerdote llamado Juan Lecourt, que se titula «misionero delegado por el Consejo», predica a aquellas pobres gentes, demasiado tiempo desamparadas, los ejercicios propios de una misión. Según testifican los registros parroquiales, bautiza a los niños ya crecidos y regulariza los matrimonios. Acabada la misión, el señor Lecourt se dirige a otros pueblos para evangelizarlos. En 30 de mayo de 1803, el Consejo Municipal —Ars ya no es *parroquia*, pero sigue sien-

²⁰ El ciudadano Rufo tomó por acólito a un peluquero llamado Boulet. Apostol ardiente de la *decada* Boulet, para castigar a las mujeres que continuaban santificando los domingos, en vez de descansar cada diez días, les cortaba los cabellos en la plaza pública. Parece que aquel bruto fue rociado con agua hirviendo en la granja Berlières por Francisco Vernier e Isabel Pechard (Cf. Rdo. PAGE, *Ars en Dombes*, op. cit., p. 46-47).

²¹ Esta granja está situada al sudeste de la iglesia sobre una colina y a un cuarto de hora del pueblo. Ha sido llamada *Chatonnard*, después *Pous* y finalmente el *Epoux*, sin duda para evitar toda ambigüedad o interpretación desagradable. *Pous* en el lenguaje de aquella región significa *farne jaune* (harina amarilla). Aquella granja sería el lugar donde con mayor éxito se cultivaba el maíz.

²² Es posible que no fuera todo inaprovechable en la conducta de ciertos habitantes de Ars durante la Revolución. Una mano prudente arranco 71 páginas del registro de las sesiones del Ayuntamiento. La página 72 corresponde ya al año X (1802).

do *municipio*— vota la cantidad de 1.800 libras para restaurar la iglesia, pagar el alquiler de la casa parroquial, tener un vicario residente y comprar ornamentos y campana²³.

La administración diocesana tuvo en cuenta tan buena voluntad. A principios de 1804, el Rdo. Lecourt volvió a aquel lugarejo con el título de sacerdote «encargado de la parroquia»²⁴. Reanudó sus trabajos de verdadero misionero, corriendo tras las ovejas descarriadas. Por desgracia, no estuvo mucho tiempo en aquella parroquia. Transcurrido un año fue enviado a Jassans, y hasta marzo de 1806, Ars, agregado directamente a Mizerieux, no tuvo a su servicio otro sacerdote que el señor Amado Verrier, que era a la vez cura de Mizerieux, de Ars, de Tousieux, de Santa Eufemia y de Saint-Didier-de-Formans.

Por fin, fue concedido a Mizerieux un sacerdote auxiliar, el señor Berger. Este regentó con el título de vicario la *capellanía* de Ars²⁵. El día 22 de abril de 1807, condujo hasta Trevoux, donde el cardenal Fesch administraba la confirmación, ochenta y cinco feligreses, o sea, un buen tercio de la población de Ars. El señor Berger, a quien la castellana, señorita de Garets, apreciaba mucho y quería retener en su parroquia, pidió espontáneamente el traslado. Fue enviado en calidad de vicario a Sury-le-Comtal, en octubre de 1817²⁶.

Un joven sacerdote de veintiséis años, el señor Deplace, nombrado en diciembre, no fue a Ars sino para morir. Movidos a compasión al verle llegar tan débil y en pleno invierno, «todos los habitantes, escribía la castellana, se apresuraron

²³ Archivos municipales de Ars

²⁴ Se firma *Lecourt sacerdote al servicio de Ars*, a partir del 19 de febrero de 1803, y hace constar en el registro parroquial que tiene también a su cuidado el pueblo de Savigneux «privado todavía de Pastor»

²⁵ El 5 de noviembre de 1808 y el 5 de junio de 1809 el Ayuntamiento de Ars «reunido en sesión extraordinaria», pide la erección de Ars en capellanía. Alega por razones la excesiva distancia de Mizerieux y la dificultad de acudir a aquella parroquia en invierno con el Fontblin desbordado y los caminos intransitables. Los niños no pueden frecuentar el catecismo durante la estación rigurosa, cuando precisamente los trabajos agrícolas no los retienen en los campos

²⁶ «No me explico semejante inestabilidad, y teniendo en cuenta su delicado proceder para con el señor Berger, creo que no ha de temer usted nada.» (De una carta dirigida el 17 de diciembre de 1817 a la señorita de Ars por el canónigo Mayet, secretario del arzobispado de Lion)

a darle cuatro haces de leña unos, otros quince, otros cincuenta; lo cual prueba la estima en que tienen al párroco y el deseo de que se halle bien entre ellos»²⁷.

A decir verdad, durante aquellos últimos veinticinco años, la aldea de Ars no se había distinguido mucho desde el punto de vista religioso. El paganismo práctico se había infiltrado en las almas y en muchas había debilitado, aunque no extinguido del todo, la fe. «Había una gran dejadez en la parroquia, dice un testigo bien informado, y cierto descuido e indiferencia. No creo, empero, que hubiese grandes desórdenes. Lo que en el fondo había de más deplorable era el olvido de las prácticas religiosas»²⁸.

Por razones de poca monta, no asistían a misa los días de precepto. Trabajaban sin necesidad alguna los domingos, sobre todo cuando el heno y los trigos habían madurado. Los hombres, los jóvenes y hasta los niños tenían el execrable vicio de blasfemar. «Ars poseía cuatro tabernas donde los padres de familia dilapidaban su fortuna»²⁹; sobre todo, los domingos y los lunes por la noche los borrachos turbaban la paz del pueblo. Los jóvenes tenían gran afición al baile, y las veladas, prolongadas hasta muy entrada la noche, eran una fuente de graves pecados.

Añádase a lo dicho una absoluta ignorancia. Los niños no acudían con asiduidad al catecismo y eran muy pocos los que sabían leer: no había escuela fija; aplicados desde muy de mañana al trabajo, pasaban el día en el campo durante la época del buen tiempo; llegado el invierno, un maestro improvisado abría una clase para los muchachos y muchachas, mas los pequeños no recibían ninguna instrucción y andaban vagando por las calles.

El cuadro no es muy halagüeño. Sin embargo, Ars, después de todo, se parecía a las parroquias vecinas y no era mejor ni peor que ellas. Ninguna antipatía al sacerdote y en conjunto «cierto fondo religioso, pero con muy poca

²⁷ De una *nota* inedita de la señorita de Ars. La castellana consigno en muchas hojas sueltas numerosos hechos referentes a la historia de la parroquia. Se conserva aun «su libro de cuentas» del que sacaremos muchas noticias

²⁸ Conde Prospero DES GARETS alcalde de Ars, *Proceso del Ordinario*, p. 942

²⁹ Juan PERTINAND maestro de Ars, *Proceso del Ordinario*, p. 353

piedad»³⁰. Por lo demás, para formarse cabal concepto de lo que era Ars en aquel tiempo, basta recorrer los sermones de su joven párroco: la mayor parte de los que todavía se conservan³¹ fueron compuestos en los primeros años de su ministerio pastoral. En ellos aparece retratada la mentalidad de aquellas gentes, para quienes lo principal eran las cosas de la tierra.

Gracias a Dios, con la cizaña iba mezclada la buena semilla. La cofradía del Santísimo Sacramento, fundada por el señor Hescalle, no había muerto del todo. Todavía se conservaban en Ars algunas familias de costumbres seriamente cristianas. Desde el primer momento el alcalde, Antonio Mandy, y Miguel Cinier, consejero municipal, se aliaron con el señor Vianney en una obra común de regeneración moral y religiosa. Sus familias, como también los Lassagne, los Chaffangeon, los Verchère, frecuentaban con toda exactitud los diversos oficios del domingo. Un seminarista, natural de Ars, el reverendo Renard, estudiaba en el seminario de Lión³². En el castillo, la señorita María-Ana-Colomba Garnier des Garets, más conocida por la *señorita de Ars*, distribuía el tiempo entre el cuidado de la casa, la visita a los pobres y los ejercicios de una piedad meticulosa. Cada día, según costumbre heredada de su madre, rezaba el breviario con un viejo y fiel criado a quien las gentes del lugar llamaban con cierta reverencia *señor Saint-Phal*.

La señorita de Ars tenía entonces sesenta y cuatro años³³. A pesar de su baja estatura era en extremo distinguida. De su primera educación, recibida en la casa de Saint-Cyr, había conservado los modales un poco amanerados del antiguo régimen, pero genuinamente franceses, que daban a su trato tanta jovialidad y tanta gracia. Cosa que no puede explicarse si no es por la verdadera simpatía de que gozaban los de Garets en toda la comarca, la Revolución no sacó a la señorita de Ars de sus dominios. Pudo permanecer allí tran-

³⁰ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 44.

³¹ *Sermons du vénérable serviteur de Dieu J.-B.-M. Vianney, Curé d'Ars* (publicados por los reverendos Delaroche), 4 volúmenes in-12, Lión, Vitte, 1883.

³² Ordenado sacerdote en 1820.

³³ Nació en 30 de junio de 1754.

quila, con su venerable madre³⁴. Varios sacerdotes celebraron misa a escondidas en el oratorio del castillo. No se tiene noticia de que las castellanas hubiesen sido molestadas por aquel delito antirrevolucionario. La señorita de Ars era muy estimada de los pobres; les libraba de los alquileres, pagaba vestidos y alimentos. Sus *libros de cuentas* indican con qué cuidado anotaba las más pequeñas limosnas. A pesar de su caridad, hasta la llegada del Rdo. Vianney no fue muy grande su influencia sobre la masa de la población. Vivía bastante retirada en su heredad, donde la visitaban las familias nobles de la región. Su hermano, el vizconde Francisco, al que aventajaba en tres años, vivía en París, en el boulevard de Saint-Germain y no pasaba en el castillo de Ars sino muy breves temporadas. Antiguo capitán de dragones en el regimiento de Penthièvre y caballero de San Luis, se casó con una señorita de Bondy, de la que no tuvo hijos.

Sin duda, que en el reducido campo que le había sido confiado, echó de ver el señor Vianney la buena semilla, pero la encontró tan esparcida entre la cizaña, que le causó espanto. Además, fue a través de su delicadeza de conciencia y de su horror al pecado, como el nuevo cura contempló su parroquia. Esto le hizo descubrir ciertas miserias, que hubieran escapado a otros ojos menos delicados. Sin perder el tiempo en inútiles lamentaciones, puso en seguida manos a la obra. No tenía la pretensión de convertir todo el universo, pero sí aquella reducida aldea, cuyas almas Dios acababa de confiarle. Desde este punto de vista es cómo hay que juzgar las enseñanzas y los actos del Cura de Ars en los primeros años de su vida apostólica. Hablará a los de Ars y clamará contra los abusos de Ars. Puesto en otro ambiente, no hay duda de que su celo se hubiera desplegado en otra forma. Para las faltas y abusos, siempre y en todas partes los mismos, aunque bajo formas diferentes, no buscará remedios nuevos; procurará aplicar los antiguos, según los métodos tradicionales.

Su programa, meditado ante el sagrario, será el de todo

³⁴ La señorade Garets d'Ars, nacida en Pré de Saint-Maur, murió en su castillo el 29 de junio de 1811.

pastor deseoso del bien de su rebaño: ponerse cuanto antes en contacto con sus feligreses; asegurar la cooperación de las familias más honorables; mejorar a los buenos; reducir a los indiferentes; convertir a los pecadores escandalosos y, por encima de todo, rogar a Dios, de quien dimanan todos los dones, santificarse a sí mismo para santificar a los demás y hacer penitencia por todos los culpables.

En presencia de semejante empresa, ¡se sentía tan débil, tan vacío! Mas el joven párroco rural poseía la fuerza de la gracia. Dios había escogido la humildad para abatir el poder del orgullo. Un sacerdote santo iba a realizar grandes cosas con medios al parecer bien pequeños.

Aunque el Rdo. Vianney no fue más que *vicario-capellán* de Ars, sus ovejas le dieron, como a sus predecesores, el título de *Cura*. Con este nombre tomó posesión el domingo, 13 de febrero. Toda la parroquia, a excepción de unos pocos, estaba reunida. La ceremonia, sencilla, pero elocuente, interesó vivamente al concurso. El viejo cura de Mizerieux, señor Ducreux, a quien el nuevo capellán no era desconocido³⁵, fue a buscarle a la casa parroquial, rodeado de las autoridades municipales. En el umbral de la iglesia, le puso la estola pastoral, símbolo de su misión y de su autoridad. Lo acompañó al altar donde el joven sacerdote abrió el sagrario; al confesonario, al púlpito y a la pila bautismal. Después, el nuevo pastor les dijo cuánto les amaba y cuánto deseaba su bien, y celebró por todo su rebaño su primera misa solemne. Unos cantos bastante sencillos resonaron, sin duda, en el humilde santuario. Mas para Ars fue un día de fiesta.

Durante la ceremonia, los feligreses contemplaron con curiosidad al recién llegado. Muchos le habían visto atravesar la plaza y detenerse en el cementerio. Les pareció de estatura mediocre y de porte un tanto tosco, con su sotana de paño burdo y su calzado de campesino. Mas al verle en el altar radiante, transfigurado, celebrando la misa con una ma-

³⁵ El señor Julian Maria Ducreux, antiguo superior del seminario menor de San Juan de Lion, había reemplazado, en 1808, al señor Vernier en el curato de Mizerieux. Cuando Juan Maria Vianney estudiaba en la casa parroquial de Ecully, el señor Balley lo presentó al superior de San Juan

jestad insospechada³⁶, sintieron en sus almas un movimiento de gran veneración; un murmullo favorable circuló de unos a otros. «Tenemos una iglesia muy pobre, decía el alcalde, portavoz natural de los habitantes de Ars, hombre de muy recto juicio que rigió los destinos de aquel municipio durante veinte años; tenemos una iglesia muy pobre, pero poseemos un párroco santo»³⁷.

El Rdo. Vianney no se preocupó en lo más mínimo del arreglo de la casa parroquial; confió todo el cuidado a la viuda Bibost, más entendida que él en asuntos de orden doméstico. «Se la llevó a Ars para que le sirviese de criada, pero sin que hubiese de estar allí por mucho tiempo, pues con gusto prescindía de tener cocinera»³⁸.

La casa parroquial constaba de cinco habitaciones, con sus correspondientes ventanas; en la planta baja, la cocina y el comedor; en el piso, al que conducía una escalera de piedra, una habitación para el párroco y otras dos para los huéspedes que se detuviesen allí. En conjunto la halló muy bien amueblada. En el inventario de aquel tiempo³⁹ se consignan «seis sillas de moqueta con grandes respaldos y un sillón asimismo de moqueta; otro sillón forrado de cretona verde y roja; una mesa para comer con cuatro alargaderas; dos camas con dosel azul y blanco; un cubrepiés de tafetán color aurora y blanco de piqué; dos colchones de tela nueva con los almohadones blancos. Todo ello prestado gratuitamente a la casa parroquial por los castellanos de Ars».

El Rdo. Vianney, muy rico con la cama que le había dejado el señor Balley, no quiso conservar sino lo necesario. ¿Acaso no tenía siempre presente a su maestro? Aprovechó, pues, una visita que hizo al castillo, para rogar a la señorita de Garets que tomara de nuevo aquellas cosas, de las cuales no tenía ninguna necesidad. Asimismo nada tenía que hacer de «un asador» y de otros utensilios de cocina. ¡Tan poco

³⁶ Catalina LASSAGNE *Proceso apostólico in genere*, p. 114

³⁷ Rdo. RAYMOND *Proceso del Ordinario*, p. 284

³⁸ Catalina LASSAGNE *Proceso del Ordinario*, p. 512

³⁹ *Inventarios* de 7 de agosto de 1806, firmado por el señor Berger, y de 30 de diciembre de 1817, firmado por el señor Deplace. Nada se olvidó en estos inventarios, ni «el gallinero» ni la «caja para guardar la carne, con su cuerda y sus garfios de hierro para colgarla dentro», ni la cuerda del pozo, ni la piedra para lavar, ni la bacía

complicado era el rumbo de su casa! Conservaría solamente, si en ello no tenían dificultad, una cama ordinaria, dos mesas viejas, algún armario, dos sillas de enea, una olla de hierro, una sartén y otros insignificantes enseres domésticos.

Tanta sencillez impresionó a aquellas buenas gentes. Los habitantes más acomodados, propietarios o ricos colonos, para quienes era cosa dura dar un céntimo a los pobres, quedaron estupefactos al ver que su párroco no guardaba nada para sí; ante este rasgo se vieron obligados a reconocer en él a un verdadero hombre de Dios. Los mendigos, a quienes distribuía abundantes limosnas, bien pronto pregaron sus alabanzas. «El Rdo. Vianney había venido de Ecully con una bolsa bien provista; mas no tardó mucho tiempo en quedar vacía»⁴⁰.

El Cura de Ars no fue tan cándido que creyese poder acabar con todo desorden con sola su presencia. Una vez instalado, emprendió en seguida la campaña para la conquista de las almas. Era necesario adquirir cierto ascendiente sobre unos caracteres bastos, en los que había más ignorancia que malicia, y ganar los corazones.

Visitar unos sesenta hogares no era gran cosa; lo difícil estaba en el modo. El Rdo. Vianney, con su gran sombrero bajo el brazo —casi nunca lo llevaba de otra manera—, salía hacia el mediodía de la iglesia o de la casa parroquial. Estaba seguro de que a tales horas encontraría a todo el mundo en casa. La primera acogida no fue en todas partes benévola. Sin embargo, «a los más, cuenta Guillermo Villiers, joven de Ars que entonces tenía diecinueve años⁴¹, les pareció lleno de bondad, de jovialidad y dulzura; pero nadie le hubiera creído tan profundamente virtuoso»⁴².

En estas primeras entrevistas, hablaba casi únicamente de los intereses materiales, de los trabajos, del tiempo, de las futuras cosechas... Procuraba enterarse de la situación de las familias, del número y edad de los hijos, de sus relaciones de parentesco y amistad. Una palabra de religión lan-

⁴⁰ Confidencias del santo al Hermano Atanasio, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.021.

⁴¹ Había nacido en Ars el 26 de diciembre de 1799.

⁴² *Proceso del Ordinario*, p. 634.

zada al fin de la visita, provocaba la respuesta, que le permitía juzgar del mayor o menor grado de fe de cada casa.

¡Mas ¡ay! en este punto cuántas lagunas y cuántas miserias! El Rdo. Vianney comprobó, con pena, que cierto número de sus feligreses ignoraban las nociones más elementales del catecismo, principalmente los que habían crecido durante la Revolución, o sea, los jóvenes y las muchachas, los hombres y las mujeres de veinticinco a treinta años. De éstos principalmente procedían los ejemplos corruptores. Muchos llegaban hasta vanagloriarse, diciendo sin recato que en los bailes, en la profanación de las fiestas y en otras faltas aún peores, no veían ningún mal⁴³.

¡Cómo volver al redil ovejas tan cegadas! El joven pastor sintió su impotencia, pero no se desalentó: contaba con Dios y con el tiempo.

⁴³ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 830.



Este es el exterior de la casa del Cura de Ars. Por la puerta, que en la foto se ve iluminada por el sol, salía el Santo para atravesar la callecita y entrar en la iglesia. Aquí es donde un grupo numerosísimo de peregrinos esperaban para asaltarle literalmente, para estar unos segundos tan cerca de él como les fuera posible.

II. POR LA CONVERSION DE ARS

I ORACIONES Y PENITENCIAS

La oración del cura de Ars en la iglesia.—A través de los campos.—El suelo por cama.—Disciplinas de sangre.—La primera cuaresma del Rdo. Vianney.—El pan de los pobres.—El puchero de las patatas.—El secreto de las primeras conquistas.

El Cura de Ars, con su amor a Dios y a las almas, tenía como en la sangre lo que se ha llamado «instinto de conquista»¹. Naturalmente enérgico y emprendedor, había soñado en una existencia muy ocupada y provechosa. En aquel reducido campo de acción que le fue confiado, hubiera podido disfrutar de muchos ratos de ocio, y sin embargo le veremos siempre en plena actividad y desde las primeras semanas sus jornadas serán muy llenas y fecundas.

Mucho antes de rayar el alba, cuando en Ars todo reposaba, se hubiera podido vislumbrar, a través del cementerio, un vago resplandor. El Rdo. Vianney, con una linterna en la mano, pasaba de la casa parroquial a la iglesia. El buen soldado de Cristo se dirigía al lugar de la oración. Se encaminaba en seguida al presbiterio y allí se ponía de rodillas. Entonces se expansionaba su corazón cargado de deseos, cargado ya de sufrimientos. En el silencio de la noche, pedía al Señor, en voz alta, que tuviese piedad de su rebaño y de su pastor.

¹ «El celo de las almas parece constar de tres cualidades: amor de Dios, amor de las almas y lo que yo llamaría espíritu de conquista» (Monsenor HEDLEY O S B *Lex levitarum* (traducción Lebbe), Paris, Lethielleux, 1922, p. 48)

«¡Dios mío, decía, concededme la conversión de mi parroquia; consiento en sufrir cuanto queráis durante toda mi vida... sí, durante cien años los dolores más vivos, con tal que se conviertan!»². Y regaba las gradas con sus lágrimas. Al despertar el día, el buen sacerdote todavía estaba allí. «La gente lo advertía por la luz que penetraba a través de los cristales»³.

Así hubiera pasado toda la mañana, si el ministerio pastoral no le hubiera reclamado. Los que le llamaban por algún enfermo no tenían necesidad de buscarle en la casa parroquial; sabían muy bien dónde habían de encontrarle. Algunos días, no salía de la iglesia sino hasta después del «Angelus» de la tarde⁴.

Sin embargo, casi todos los días, visitase o no las familias del lugar, hacía por la tarde una pequeña excursión por la campiña. Se aprovechaba también de ella para orar, ya levantando el corazón a Dios, ya con el rezo del breviario. Procuraba siempre decir alguna palabra a los que trabajaban en los campos, y con el rosario en la mano, metíase en los tortuosos senderos que cruzaban por entre las espesuras de tilos. Su alma mística estaba hambrienta de soledad y de paz. En medio de aquella encantadora naturaleza, su pecho, acostumbrado a los puros efluvios de las brisas, se dilataba a su gusto. ¡Ah! hacía bien en disfrutar; se acercaba el tiempo en que no tendría ni una hora de reposo, y viviría como entre paredes, sin la frescura del aire ni el calor del sol. «Su mayor satisfacción, se ha dicho de este nuevo Francisco de Asís, era rezar en el bosque. Solo allí con su Dios, contemplaba sus grandezas y se servía de todo, aun del canto de las aves, para elevarse hasta El»⁵.

Mas tan alegres pensamientos iban mezclados de otros

² Artículos del Postulador BOSCREDON, *Proceso apostólico ne pereant*, n.º 134, p. 73.

³ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 280.
«Un vecino que vivía junto a la iglesia, al verle pasar con la candela, tuvo curiosidad de ver lo que iba a hacer tan de mañana; lo vio en oración y volvióse diciendo: "¡Este hombre no es como los demás!"» (Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 45).

⁴ Según Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 469.

⁵ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 45.

más austeros. Un día, el padre Mandy, cuando atravesaba el bosque de la Papisa, encontró al señor Vianney arrodillado. El joven cura no advirtió su presencia. Lloraba a lágrima viva y repetía sin cesar: «¡Dios mío, convertid mi parroquia!» El buen hombre no osó turbar la conmovedora oración y se retiró silenciosamente⁶.

El piadoso pastor sentía singular predilección por las deliciosas alamedas del castillo de Cibeiens. Siguiendo las riberas del Fontblin, se ocultaba bajo las copudas encinas, y allí, creyéndose sin testigos, se arrodillaba repetidas veces, sin duda que a cada *Gloria Patri* del rezo de las *Horas*⁷. También «cuando, yendo de camino, rezaba el breviario, antes de comenzar y al terminar siempre se arrodillaba, fuese cual fuese la hora y el lugar donde se hallase»⁸.

* * *

A la oración juntó el Cura de Ars la penitencia, y fue, sin duda, para practicarla sin testigos, por lo que quiso vivir solo en la casa parroquial durante toda su vida. Si alguien pagaba por ellos, Dios perdonaría más fácilmente a los pobres pecadores: «Era, pues, menester a toda costa salvar las almas»⁹.

Desde el día de su llegada, el Rdo. Vianney dio su colchón a unos pobres. Otros dos todavía no distribuidos, estaban sobre unas sillas en la habitación destinada a los huéspedes. ¿Qué necesidad tenía de cama? Durante muchas semanas bajó a tendense por espacio de unas horas sobre unos sarmientos que había depositado en un rincón de la planta baja. El pavimento y las paredes estaban húmedos y el austero penitente contrajo muy pronto una neuralgia facial que le hizo sufrir durante quince años¹⁰; entonces, en lugar de irse a su cuarto, subió a dormir al granero. Un vecino de Ars que fue a buscarle a media noche, para que asistiese a un moribun-

⁶ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 4.

⁷ Señorita Cristina de CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, p. 137.

⁸ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 655.

⁹ De una carta de Bossuet al general Bellefonds, 5 de agosto de 1674.

¹⁰ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 318.

do, le oyó bajar de aquel incómodo desván¹¹. Allí, se tendía sobre el desnudo suelo, con la cabeza apoyada sobre un trozo de viga.

La viuda Renard y su hija, que vivían pared por medio junto a la casa parroquial, le oían mover aquella nueva clase de almohada¹².

Casi siempre, este acostarse tan primitivo iba precedido de una penitencia todavía más dura. Una vez en aquella cámara, el Rdo. Vianney se descubría las espaldas y armado de una disciplina con puntas de acero, azotaba sin compasión su *cadáver*, el *viejo Adán*, como llamaba a su cuerpo. Durante algunas noches una persona de Lión que se alojaba en casa de la viuda Renard, oyó los golpes por espacio de una hora; se detenía un momento y después resonaban de nuevo. «¿Cuándo acabarás?», decía la vecina compasiva¹³. El mismo se fabricaba o al menos arreglaba a su gusto y adornaba los instrumentos de penitencia. Por la mañana, al aderezar su habitación, se encontraban debajo de los muebles trozos de cadenilla, pequeños clavos, pedacitos de hierro y plomo, que habían volado de sus disciplinas. Destrozaba una cada quince días. «Movía a compasión, contaba Catalina Lassagne, ver la parte izquierda de sus camisas completamente deshecha y manchada de sangre»¹⁴.

Más de una vez hubo de desvanecerse y roció con sangre las paredes. En un rincón de su cuarto, oculto bajo la cortina que baja del pabellón de la cama, unas gotas todavía muy visibles salpican el estuco amarillo. Tres grandes manchas señalan bastante bien la impresión de la espalda y de ellas corren varios hilitos hasta el pavimento. Otras son trazas de los dedos o de las palmas de las manos; el Santo las dejó marcadas en la pared al apoyarse para levantarse del suelo.

* * *

Marzo de 1818. Nos hallamos en plena Cuaresma. Excelente ocasión para que nuestro asceta comience aquel rigu-

¹¹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 778.

¹² Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 11.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Canónigo MOREL, *Proceso apostólico in genere*, p. 456.

roso ayuno, que no cesará sino con su vida. Tenía un cuidado menos, pues pasaba sin cocinera; había reducido sus necesidades materiales al «mínimum» posible. «Nunca observó una gran regularidad en sus comidas»¹⁵, pero el primer año de su vida de párroco traspasó en la mortificación toda medida. Más tarde había de llamar a tales excesos «locuras de su juventud» —¡feliz quien no cometiera otras!— y reconocer que en cierta manera había ido más allá de los justos límites. «Cuando se es joven, decía a un sacerdote, se cometen imprudencias»¹⁶.

Quince días después de su toma de posesión, llegó su hermana Margarita en compañía de la viuda Bibost, cocinera demasiado honoraria del Cura de Ars. La acogida que les dispuso el Rdo. Vianney fue por demás cordial, pero no pasó de aquí. «Hijas mías, les dijo con franqueza, ¿qué voy a daros? No tengo nada.» Después de recapacitar un momento, pensó en algo que había reservado para sí: unas patatas, ya ligeramente enmohecidas, que él mismo había puesto a hervir. «No tuvimos aliento para comerlas, decía Margarita. En cuanto a él, tomó dos o tres y se las comió: «No están podridas; todavía me parecen buenas»; después añadió: «Me aguardan en la iglesia y es menestar que vaya; mirad de arreglarlos como podáis.»

Gothon y la señora Bibost habían, felizmente, tomado la precaución de comprar pan al pasar por Trevoux. Descubrieron al fin un poco de harina, algunos huevos y mantequilla, que una persona caritativa había dado al señor Vianney y que éste había metido en un rincón. Con ello hicieron unos pasteles¹⁷ «que solían ser muy de su agrado». Más aún: mataron dos pichones que andaban picoteando entre la hierba y los pusieron en el asador. El joven párroco llegó de la iglesia hacia el mediodía. «¡Oh! pobres animales —dijo al ver sobre la mesa el plato inesperado—; los habéis matado; yo quería deshacerme de ellos, porque perjudican a

¹⁵ Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 765.

¹⁶ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 166.

¹⁷ Estos pasteles, llamados *matefaims*, son una especie de buñuelos cuyo uso se había extendido mucho por las riberas del Saona. Consisten en unas galletas muy delgadas hechas con harina de trigo diluida en agua, que se cuecen en una sartén

los vecinos, pero no era menester cocerlos.» No quiso probarlos y se contentó con un trozo de pan¹⁸.

Su hermano mayor, Francisco, también fue a visitarle. Menos previsor que su hermana, llegó sin cosa alguna. Se vio obligado a arrancar algunas patatas del huerto y a cocerlas él mismo en un puchero de la casa parroquial¹⁹. Tiempo vendrá, sin embargo, en que veremos al Rdo. Vianney tratar con el debido esmero a los suyos.

Este período de los comienzos del ministerio parroquial fue el más austero de su vida²⁰. «Vivía entonces casi solo, dueño absoluto de sí mismo»²¹ y se aprovechó de ello. En sus ansias de penitencia llegó a dejar pasar dos o tres días sin probar bocado²². Durante una Semana Santa —tal vez la de 1818— comió solamente dos veces. Pronto comenzó a prescindir de toda provisión y «jamás se preocupó del día siguiente»²³.

La viuda Bibost, antes de regresar a Ecully, quiso dejar asegurada una sustituta en la persona de la viuda Renard. Esta, tomando al principio las cosas en serio, llevó pan fresco a la casa parroquial; de repente, se dio cuenta de que el Rdo. Vianney, sin haberlo probado, lo distribuía entre los pobres. En cambio aceptaba el comprarles los mendrugos que habían recogido en sus alforjas²⁴.

La señora Renard le preparaba *panecillos* y patatas hervidas. El se lo comía cuando tenía tiempo. Más de una vez la buena mujer «hubo de volverse, llorando de compasión, con el plato lleno». Sabiendo que había vuelto de la iglesia, llamaba a la puerta. Al principio no respondía. Ella insistía, y entonces le contestaba sin abrir: «No necesito nada... no quiero nada.» Con frecuencia le decía: «No vuelva hasta tal fecha» —y se trataba de un plazo de muchos días—. Y cuan-

mientras se van extendiendo Todos los días se comían, a guisa de pan, en las granjas de Dombes

¹⁸ Según relación de Margarita VIANNEY *Proceso del Ordinario*, p. 1 021 2

¹⁹ Fleury VERICEL *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1 262

²⁰ Cuando hablemos de las mortificaciones del Cura de Ars, distinguiremos tres fases claramente deslindadas en su régimen alimenticio

²¹ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 646

²² Guillermo VILLIER, *ibid.*, p. 650

²³ Condesa DES GARETS *ibid.*, p. 911

²⁴ Juana María CHANAY *Proceso apostólico ne pereant*, p. 489

do, a pesar de estas órdenes, la cocinera buscaba manera de burlarlas, se mantenía inflexible²⁵. Lo mismo sucedió a otras personas, una de las cuales exclamaba: «¡Ah, qué difícil es servir a un santo!»²⁶.

Algunas veces, el Rdo. Vianney cocía por sí mismo una olla —que se ha hecho célebre— de patatas para toda una semana. Las ponía en un canasto metálico que colgaba de la pared, y cuando el hambre le acosaba comía una o dos —la tercera, según él, hubiera sido ya «regalo»²⁷— frías como estaban, y aun cuando, al acabarse la provisión, estuviesen del todo mohosas.

En alguna ocasión ponía a cocer un huevo en la ceniza²⁸, o, cogiendo una larga sartén, después de amasar un poco de harina mezclada con agua y sal, hacía indigestos *panecillos*.

Este régimen duró hasta el año 1827, o sea, hasta que organizada la casa de la *Providencia*, el Rdo. Vianney comenzó a comer en ella. «¡Qué feliz era, decía, lamentándose, cuando vivía solo! Cuando tenía necesidad de alimentarme, yo mismo hacía tres tentempiés. Mientras me comía el primero, hacía el segundo, y mientras comía el segundo cocía el tercero; y éste lo comía mientras limpiaba la sartén y arreglaba la lumbre; bebía un gran vaso de agua y con ello estaba satisfecho para varios días»²⁹.

El domingo, al mediodía, descuidándose del todo, se contentaba para desayunarse con dos o tres miajas de pan bendito. Por la noche consentía en tomar una cena algo más abundante³⁰. Un día, como el hambre se hiciese sentir con más fuerza, el sublime improvisador encontró el cesto del pan

²⁵ Catalina LASSAGNE *Petit memoire*, segunda redacción, p. 41

²⁶ Catalina LASSAGNE *Proceso apostólico in genere*, p. 456

²⁷ Rdo. MONNIN *Proceso apostólico in genere*, p. 984

²⁸ Juan COTTON *Proceso del Ordinario*, p. 1 383

²⁹ C. LASSAGNE *Petit memoire* tercera redacción, p. 71 Se ha formado una leyenda según la cual el Cura de Ars no vivió sino de patatas que el mismo cuidaba de hervir, durante los cuarenta y un años de su ministerio parroquial. Nada menos exacto. Los testimonios son unánimes en este punto. Todos coinciden en que algunas veces él las cocía (Rdo. RAYMOND *Proceso del Ordinario*, p. 324, J. PERTINAND, *ibid.*, p. 378, Baronesa de Belvey, *id.*, p. 243, C. LASSAGNE *Petit memoire*, tercera redacción, p. 71.) Añádase a lo dicho que este régimen no se prolongó hasta más allá del año 1827, es decir, que duró unos diez años. Desde que el señor Vianney comenzó a comer en la *Providencia*, hubo de dejar el puchero y las patatas y comer simplemente lo que le preparaban. Como veremos, sus mortificaciones fueron allí también terribles.

³⁰ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 84

vacío. Se dirigió a casa de un vecino. Su aspecto demacrado le hizo traición. «¿Qué le pasa, señor cura?» —le preguntó el buen hombre espantado—. «Ah, amigo mío; no he comido nada en tres días.» El feligrés se apresuró a enviarle medio pan³¹. Otro día se hallaba de visita en casa de Juan Cinier. Era la hora de comer y unas patatas humeantes estaban puestas sobre la mesa. «¡Qué buenas me parecen!» —dijo el señor Vianney cogiendo una—. La contempló un instante y volvió a dejarla en el plato. «Era, dice Antonio Cinier, uno de los hijos, testigo de la escena, una mortificación que acababa de imponerse»³².

La viuda Renard había conseguido permiso para apacentar su vaca en el huerto de la casa parroquial, que estaba abandonado. En éstas, sorprendió al señor Cura en actitud de coger acederas. «¿Es que come usted hierbas? —le preguntó—. Sí, señora —contestó algún tanto contrariado de haber sido sorprendido—; he intentado no comer más que esto, pero no he podido con ello»³³.

A falta de aquella buena mujer, que sin duda alguna andaba diciendo por la aldea lo que tenía ocasión de presenciar, su figura macilenta delataba a los habitantes de Ars las penitencias que se imponía su pastor. Era un místico dotado de la verdadera intuición de las cosas: el espíritu del mal ejerce un poder tiránico sobre las almas impuras; se trata nada menos que de librarlas de esa tiranía, y el Evangelio dice que «este linaje de demonios no se lanzan sino con el ayuno y la oración»³⁴. El Cura de Ars había recogido estas enseñanzas de labios del divino Maestro. Veinte años después, el día 14 de octubre de 1839, en un confidencial coloquio, dio al reverendo Tailhades —joven sacerdote de Montpellier, llegado a Ars para formarse junto a él en el apostolado durante algunas semanas— el secreto de sus primeras conquistas.

Amigo mío, el demonio no hace mucho caso de la disciplina y de otros instrumentos de penitencia. Lo que le pone en bancarrota son

³¹ Rdo. BEAU, *Proceso del Ordinario*, p. 1 208.

³² *Proceso apostólico ne pereant*, p. 677.

³³ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 12.

³⁴ San Mateo, XVII, 20.

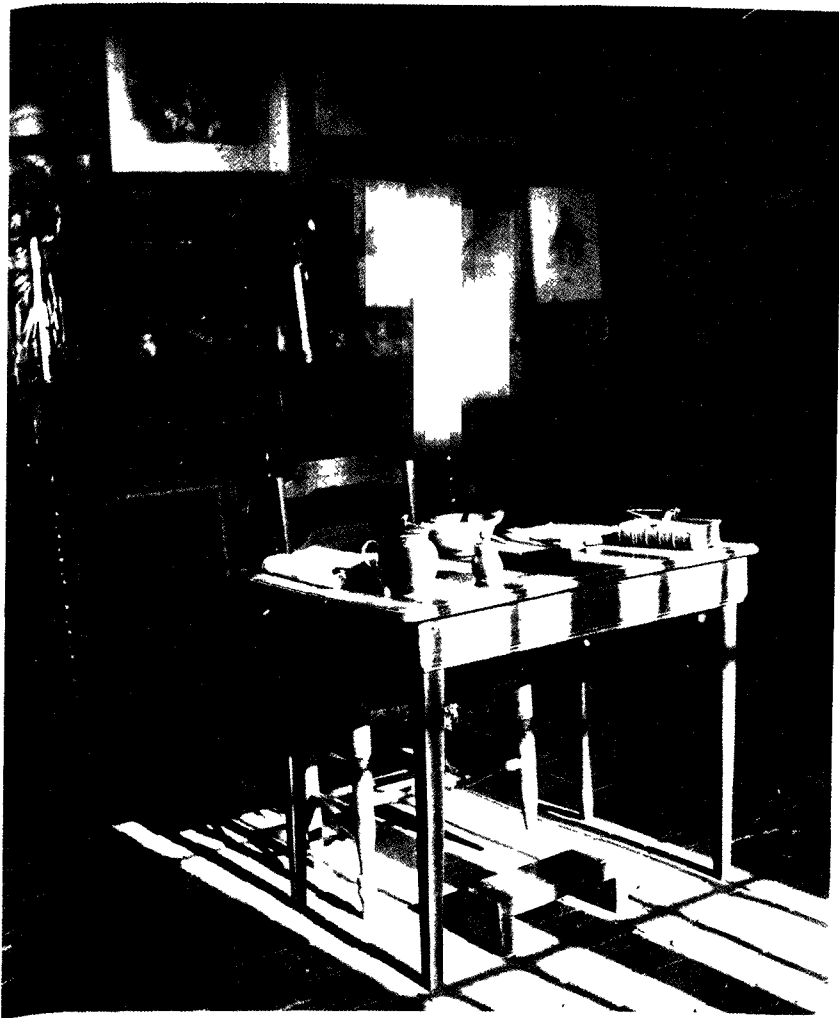
las privaciones en el comer, beber y dormir. Nada teme tanto como esto, y por lo mismo nada es tan agradable a Dios. ¡Oh! ¡Cómo he tenido ocasión de experimentarlo! Cuando estaba solo, y lo estuve por espacio de ocho o nueve años, como podía entregarme sin medida a mis aficiones, llegaba a pasar días enteros sin comer... Entonces conseguía de Dios cuanto quería para mí y para los otros.

Al decir esto, las lágrimas le saltaron de los ojos. Y al instante prosiguió:

Ahora ya no es lo mismo. No puedo pasar tanto tiempo sin comer; llego al extremo de no poder hablar. ¡Mas qué feliz era, cuando estaba solo! Compraba a los pobres los trozos de pan que les daban; pasaba gran parte de la noche en la iglesia; no tenía que oír tantas confesiones... y Dios me colmaba de gracias extraordinarias³⁵.

Vemos, pues, que para el joven párroco, el tiempo de las mayores penitencias fue la época de las mayores consolaciones.

³⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 1.516.



Esta es la mesa de trabajo que el Santo Cura tenía en su habitación. En ella pasó horas y horas preparando sus sermones y sus catequesis, hasta que la afluencia de peregrinos ya no le dejaba tiempo para ello. Pero donde más trabajó sus predicaciones el Cura de Ars fue en la sacristía, que daba al altar mayor de la iglesia, y así trabajaba a la vista del divino Maestro. Buscaba inspiración ante el Sagrario: se arrodillaba en las gradas y pedía al Maestro, que supo explicar las verdades más sublimes al alcance de los pescadores, campesinos y pastores, y le suplicaba con lágrimas que le inspirase los pensamientos y las palabras que habían de conmover y convertir a su pueblo.

III. POR LA CONVERSION DE ARS

II. LA GUERRA A LA IGNORANCIA RELIGIOSA

Para hacer más atractiva la vieja iglesia.—El «pecado de ignorancia».—El catecismo de los niños.—La instrucción de los fieles.—Un predicador heroico.—Los temas predilectos.—Hacia el altar del Sacramento.—Los apóstrofes de las grandes festividades.

El Rdo. Vianney se convenció de que a su celo se opondría un enemigo formidable: toda la inercia de aquellas gentes aferradas a sus costumbres. Ninguno de los feligreses se había negado a recibirle; los que iban a misa, seguirían acudiendo; pero que no pidiese más.

Aconteció lo contrario: el joven pastor se sintió responsable de todas las almas de Ars y resolvió no dejarlas en paz hasta el día en que hubiesen desaparecido todos los abusos. Además de la oración y de la penitencia, emplearía la palabra y la acción.

La santificación del domingo, sin la cual la vida cristiana queda reducida a la nada, fue el primer objetivo que se propuso. La casa del Señor estaba abandonada; era, pues, menester conducir a ella a los fieles, y para esto darle más atractivo. La iglesia de San Sixto de Ars era, en 1818, «pobre por dentro y por fuera; una sencilla nave cuadrada —once metros de largo por cinco de ancho— terminada en un coro en rotonda ocupado totalmente por el único altar»¹. El de-

¹ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 83

corado era algo más que modesto. Los muros blanqueados con cal estaban recubiertos, hasta la altura de un hombre, de un zócalo completamente descolorido. Un altar mayor de madera sin ninguna escultura; en lugar de bóveda un artesonado que crujía por todas partes; ornamentos pobres, gastados, insuficientes, que no podían dar el debido realce a las ceremonias del culto. «Tanta pobreza movía a compasión a los sacerdotes forasteros que a veces se detenían en el pueblo para celebrar la misa»².

El Rdo. Vianney amó en seguida aquella antigua iglesia como si fuese su casa paterna. Para embellecerla, comenzó por lo principal, o sea, por el altar, centro y razón de ser de todo el templo. Por respeto a la Sagrada Eucaristía, quiso que fuese lo mejor posible. Para esta primera adquisición no llamó a ninguna puerta. Lo pagó de su peculio y con una franca alegría ayudó a los trabajadores a levantar el nuevo altar mayor. Para enriquecerlo más hizo a pie un viaje de ida y vuelta a Lión y trajo de la ciudad dos cabecitas de ángel que colocó a ambos lados del sagrario. Finalmente, deseoso de armonizar el marco con el cuadro, él mismo repasó los zócalos y las molduras. La iglesia ganó mucho en decencia y novedad.

Después procuró aumentar el *ajuar de Dios*, como decía en su lenguaje sabroso y lleno de imágenes. Visitó en Lión los talleres de bordados y orfebrerías y compró cuanto le pareció de más precio. «En la campiña, decían aquellos comerciantes admirados, hay un cura, pobre, delgado y mal arreglado, que parece no tener un céntimo, y se lleva para su iglesia lo mejor.» Un día de 1825, la señorita de Ars fue con él a la ciudad para comprar unos ornamentos para la misa. A cada cosa que les mostraban, repetía: «¡No me parece bastante bien!... ¡Ha de ser mejor que esto!»

Estas transformaciones materiales no fueron en modo alguno inútiles. Fueron una prueba del celo del pastor y alegraron a las almas fervorosas; algunos, desconocidos en

² Los lienzos y ornamentos sagrados «se hallaban en el estado más deplorable». ¿Mas cómo podían ser bien conservados, si la fábrica del templo no rendía más de 50 francos anuales? (C. LASSAGNE, *Petit Mémoire*, tercera redacción, pp. 10 y 91).

el templo, con más curiosidad, quizás, que devoción, se dejaron ver en la iglesia los domingos³.

La ignorancia, y por consiguiente «la indiferencia en materia de religión»⁴ —no la incredulidad, pues la fe se había conservado— era el gran mal de aquellas pobres gentes. Pero en aquella ignorancia, el párroco, severo y clarividente, veía algo más que una laguna: veía un *pecado*. «Estoy seguro, decía desde el púlpito, que este pecado condenará más almas que todos los demás juntos; porque una persona ignorante no conoce ni el mal que hace ni el bien que pierde cuando peca»⁵. De aquí sus ansias de instruir a los feligreses. En otros tiempos, había regado la tierra con el sudor de su frente; mas aquel trabajo manual era un descanso comparado con la tarea inaudita que en adelante iba a imponerse.

La instrucción religiosa de los jóvenes fue su principal solicitud. A los niños de Ars se les empleaba muy pronto en los trabajos agrícolas. Desde los seis o siete años se les confiaba la guarda del ganado; a los doce, un muchacho había de ayudar a su padre en la siembra y en la siega. En la región de Dombes los jornaleros agrícolas eran escasos. Muy pocos niños sabían leer. No iban al catecismo más que los días lluviosos de invierno y no ponían interés alguno en aprenderlo. ¿Iban a misa los domingos? Tal vez, si no eran enviados a los campos u otros quehaceres no les retenían en las granjas. Muy pronto las malas compañías y la ignorancia religiosa les arrastraban al libertinaje. Materializados, sin otras miras que las cosas de la tierra, muchos de aquellos pobres vivían y crecían como si no tuviesen alma. La primera comunión no era en su vida otra cosa que un episodio cualquiera.

El joven Cura de Ars se propuso, desde Todos los Santos hasta el tiempo de la primera comunión, reunirlos todos los días a las seis de la mañana. El catecismo de los domingos se hacía antes de vísperas, hacia la una de la tarde. El Rdo.

³ Estos pormenores sobre la primera transformación de la iglesia de Ars hecha por el señor Vianney nos los da la señora de Garets, *Proceso del Ordinario*, p. 772.

⁴ La célebre obra de Lamennais publicada bajo este título apareció precisamente cuando el señor Vianney empezaba su ministerio en Ars. Su publicación, iniciada en 1817, terminó en 1823.

⁵ *Sermones del Cura de Ars*, sobre la absolución, t. III, p. 83.

Vianney se valía de piadosas estratagemas para atraer a la iglesia a la gente menuda. «Recuerdo que cuando era niño —dice Francisco Pertinand, encargado de la posada y cochero de Ars—, nos decía: “Al que llegue primero a la iglesia le daré una estampa”... Para ganarla había quien llegaba antes de las cuatro de la mañana»⁶.

El Rdo. Vianney no dejó de catequizar por sí mismo hasta el día en que tuvo un auxiliar, es decir, hasta 1845. Durante veintisiete años ejerció completamente solo las funciones del ministerio pastoral. «El mismo daba la señal para el catecismo de los niños, refiere el Rdo. Tailhades; después rezaba las oraciones, de rodillas y sin apoyarse jamás. Al principio se esforzaba en excitar la atención de los pequeños mediante fuertes reflexiones, a veces tan tiernas que les conmovían intensamente y arrancaban lágrimas de sus ojos. Después de recitada la lección, seguían las explicaciones, breves, sencillas y llenas de singular piedad»⁷. Quería que los niños estuviesen muy atentos; les vigilaba continuamente y les imponía, cuando era menester, suaves castigos; pero sobre todo sabía infundirles ánimo e inspirarles con sus modales afables aquel afecto filial del que dimana todo respeto. Exigía que cada uno tuviese su rosario, y siempre llevaba muchos en el bolsillo para dar a quien lo hubiese perdido⁸. Los buenos ancianos gustaban, pasados ya sesenta años, de referir tan agradables recuerdos.

Cuando íbamos al catecismo, contaba en marzo de 1895 el viejo Drémieux a Monseñor Convert, el Rdo. Vianney, mientras esperaba que estuviésemos todos reunidos, hacía oración, de rodillas sobre los bancos del antiguo coro, debajo de las campanas⁹. Rezaba, rezaba... y de vez en cuando levantaba sonriente los ojos al cielo... Creo que aquel santo varón veía alguna cosa¹⁰.

⁶ *Proceso apostolico ne pereant* p 814

⁷ *Proceso del Ordinario*, p 1 506

⁸ Francisco PERTINAND *Proceso apostolico ne pereant* p 814

⁹ Hasta el año 1845, época en que el coro de la antigua iglesia de Ars fue agrandado considerablemente, la sagrada Mesa estaba colocada en la nave actual, entre los dos primeros pilares del campanario. El coro de entonces se hallaba, pues, bajo las campanas»

¹⁰ *Notas de Mons CONVERT* cuaderno I, n.º 24 y 25 cuaderno II, numero 5

Preguntada a su vez sobre la manera cómo el santo cura adoctrinaba a los niños, la señora Drémieux nos lo presenta paseando entre ellos y repartiendo algunos golpecitos —no fuertes, ¡pues era tan apacible!— a los que no estaban quedos. Solía darles en el pescuezo con su catecismo, entre cuyas hojas introducía un dedo. El domingo, los demás fieles eran admitidos a engrosar el número de los catequizados. La señora Verchère, que después de comer tenía el sueño muy fácil, «fue alguna vez llamada al orden de igual manera que los niños: el señor Cura, al pasar junto a ella, la despertaba con un ligero golpe. Ella se ponía muy contenta y hasta parecía que le gustaba el procedimiento»¹¹.

Gracias a los infatigables cuidados del hombre de Dios, los niños de Ars llegaron a ser los mejores instruidos de la comarca. Monseñor Devie lo proclamó bien alto un día de confirmación. Y más tarde, los sacerdotes que sucedieron al Rdo. Vianney en la parroquia de Ars se maravillaron con frecuencia ante los conocimientos religiosos que demostraban los simples fieles al administrarles los últimos sacramentos¹². Es que desde su infancia habían recibido las lecciones de un santo.

Sin embargo —es conveniente advertirlo—, no todos sacaron igual provecho. El Cura de Ars les exigía el catecismo palabra por palabra y se encontró con memorias rebeldes a tal procedimiento. Además, por un escrúpulo de conciencia que parecía legitimado en el rigorismo de ciertos moralistas antecesores o contemporáneos suyos, el señor Vianney imponía a ciertos jóvenes algunos años suplementarios de catecismo y con ello retardaba su primera comunión de un modo increíble¹³. He aquí, acerca del particular, las confidencias del señor Drémieux:

Pedro Cinier, Esteban Perroud y Cinier des Gardes hicieron la primera comunión después de cumplidos los diez y seis años. Cinier

¹¹ *Ibidem*

¹² Rdo ROUGEMONT, antiguo vicario de Ars, *Proceso apostolico continuativo*, p 745

¹³ «Cuando al escoger los niños para la primera comunión, encontraba alguno que no estuviese bastante preparado, se mostraba inexorable y lo dejaba para el año siguiente, fuese cual fuese su edad. Los mayores, formaban en el catecismo una sección aparte» (Magdalena MANDY SCIPIOT, *Proceso apostolico in genere* p 263)

des Gardes se fue a hacerla a Amberieux. A mí me enviaron a Mize-rioux. ¡Era cosa muy pesada tener que acudir hasta tan tarde al catecismo!¹⁴.

* * *

Todavía fue más devorador el celo que desplegó el Rdo. Vianney para instruir a los fieles de su parroquia por medio de la predicación.

Para ello se instaló en la sacristía. Se abría ésta hacia el altar mayor y así podía trabajar a la vista del divino Maestro. De la cómoda donde guardaba los ornamentos sagrados hizo mesa de trabajo. Allí repasaba las *Vidas de los Santos*, el *Catecismo del concilio de Trento*, el *Diccionario de teología*, de Bergier, los tratados espirituales de Rodríguez, los sermonarios de Le Jeune, de Joly, de Bonnardel... Su descanso en tan febril labor consistía en algunas miradas al Sagrario. Después buscaba la inspiración ante el altar. Arrodillado en las gradas, meditaba lo que acababa de leer y se imaginaba presentes aquellos pobres feligreses a quienes había de dirigir la palabra. Estaba ante el divino Maestro, que supo explicar las verdades más sublimes al alcance de los pesca-

¹⁴ El Rdo Lhomond, el «buen Lhomond», a quien hizo celebre su *Gramatica latina* y que trabajo en la educacion de la juventud, publico un opusculo sobre la *confeccion de los niños*. En este librito, escrito en forma de preguntas y respuestas, Lhomond hace al principio esta pregunta (Art I, p 17, de la reedicion de Ruzand, Lion, 1818)

¿A que edad han de ser admitidos los niños a la primera comunión?

Respuesta —Hay que admitirlos lo antes posible, despues de los once años, por ejemplo, hasta los trece, sobre todo en los colegios

Con ello da a entender nuestro moralista que en las parroquias rurales puede diferirse la primera comunión hasta mas alla de los trece años. Despues, en el articulo II (p 21), habla de las disposiciones que han de exigirse y dice «es necesario «que esten ya suficientemente educados» y que hayan dado pruebas de perseverancia en la virtud

El Rdo Vianney preparaba a los niños para la primera comunión de conformidad con estas enseñanzas. Esta manera de proceder de un sacerdote tan perfecto en nada debilita la doctrina de la Iglesia, cuyos principios jamas han cambiado. a saber, que todo cristiano suficientemente instruido en las principales verdades, libre de pecados graves y deseoso de aprovecharse de la sagrada comunión, en la cual sepa que recibe a Jesucristo, tiene derecho a acercarse a la sagrada Mesa. La aplicación de estos principios ha variado segun los tiempos. La época en que nuestro Santo comenzo a ejercer el ministerio pastoral conservaba ciertos resabios de jansenismo: era una época de *rigorismo practico*. Los curas de las parroquias vecinas no obraron de otra manera en este punto y el mismo, al adelantar en edad, no cayo mas en estas exageraciones. No hay duda de que en nuestros dias hubiera sido el mas fiel observante de las normas pontificias sobre la comunión de los niños

dores, campesinos y pastores, y le suplicaba con lágrimas que le inspirase los pensamientos y las palabras que habían de conmovier y convertir a su pueblo.

Después volvía a la sacristía y comenzaba a escribir. Campeón de la verdad, permanecía en pie, como soldado que se dispone al combate. Su pluma corría sobre el papel y a veces llenaba de trazos finos, inclinados y rápidos ocho o diez grandes páginas una misma noche. En alguna ocasión llegó a trabajar siete horas seguidas hasta muy de madrugada. Apenas borra nada y las frases inacabadas revelan sus ansias y el ardor de su celo... El tiempo es precioso y hay que llegar al fin a toda costa...

Entretanto llegaba la hora de aprender lo escrito. Esta era la labor más dura. Su memoria nunca había sido muy feliz y se trataba de confiarle treinta o cuarenta páginas de un texto escrito de corrida, sin apartados ni divisiones aparentes. Durante la noche del sábado al domingo se ejercitaba en repetir en voz alta, y los que pasaban por el camino que corre a lo largo del cementerio podían de antemano oír el sermón del día siguiente¹⁵. Si el sueño le rendía, se sentaba en el suelo, y con la cabeza apoyada en la credencia de madera, dormitaba unos instantes... Aquellas horas terribles pueden muy bien ser contadas entre las más emocionantes y meritorias de su vida.

Falta presentarse ante el auditorio. Aparte del banco reservado a los castellanos, donde se sentaba la señorita de Ars, no había en la iglesia sino campesinos. Era gente curiosa, dispuesta a la chanza; algunos, los jóvenes sobre todo, hubieran preferido hallarse en otra parte... ¡Poco importaba!, eran almas que evangelizar y, por otra parte, subiendo al púlpito cumplía con uno de los principales deberes del sagrado ministerio. El Rdo. Vianney estaba más que nadie convencido de esta verdad y ello le daba alientos. Mas el pobre cura tenía quebrada la cabeza por la encarnizada batalla de la noche; iban a dar las once de la mañana y estaba todavía en ayunas —pues el domingo había de cantar la mi-

¹⁵ Hermano ATANASIO, *Proceso apostolico in genere*, p 204

sa mayor, con su sermón—; y para colmar la medida, cada uno de sus sermones duraba una hora entera.

Los pronunciaba con voz gutural, en la que dominaban las notas elevadas. Sin embargo, la entonación y los ademanes eran muy espontáneos. «¿Por qué grita usted tanto cuando predica? —le preguntaba la señorita de Ars, inquieta por el esfuerzo que hacía desde el púlpito—. Debe usted cuidarse un poco». «Señor Cura, le decía otra persona, ¿cómo es que cuando reza habla tan bajo y tan fuerte cuando predica? —Es que cuando predico, replicaba el santo varón, hablo con sordos, a gente dormida, mas cuando rezo, hablo con Dios, que no está sordo»¹⁶.

A nadie sorprenderá que, después de tal labor, le fallase a veces la memoria. «En el púlpito —dice Juan Pertinand—, se perdía y se veía obligado a bajar sin haber terminado»¹⁷.

Semejante confusión en presencia de los feligreses, a quienes quizá acababa de reprender severamente, en lugar de abatirle, no hacía sino reanimar su celo. El domingo siguiente, el Rdo. Vianney volvía a subir al púlpito. Sin embargo, teniendo en cuenta su fracaso, que hubiera podido aminorar su autoridad de párroco, oraba y encargaba oraciones a los demás. De esta manera, no sólo consiguió que mejorase su memoria, sino que llegó a poder improvisar cuatro palabras, si las circunstancias lo exigían.

¿Qué predicaba a sus ovejas, «aquel ignorante del arte del bien decir»? Sus deberes. Se dirigía al auditorio con claridad, sin rodeos, sin alabanzas inútiles. Algunos de sus temas parecían muy duros; mas el predicador, sobre todo al principio, pegaba fuerte para que el tiro penetrase. Con frecuencia, empero, el tono se apaciguaba, se suavizaba y se enternecía: el apóstol no es solamente predicador; es también pastor y padre. ¿Y acaso no hay también en los auditorios corazones afligidos y voluntades desalentadas? «A veces, refiere Guillermo Villier, que tenía diecinueve años cuando el Rdo. Vianney tomó posesión de la parroquia, nos decía palabras como éstas: Oh mis queridos feligreses; pro-

curemos ir al cielo; allí veremos a Dios; ¡qué felices seremos! Si la parroquia se convierte iréis todos en procesión y vuestro cura a la cabeza»¹⁸. Es necesario que vayamos al cielo, repetía; ¡qué tristeza si algunos de vosotros estuviesen al otro lado!»¹⁹. Se complacía en decirles que es más fácil salvarse en el campo, donde puede unirse la continua oración con el trabajo²⁰. También tenía felicitaciones muy discretas y llenas de tacto, para los jóvenes y las muchachas que renunciaban a los desórdenes y emprendían resueltamente el camino del bien²¹.

Lo primero que hay que conseguir de los fieles que asisten a la iglesia —a los ausentes y recalcitrantes ya les llegará su vez— es la debida compostura, la actitud propia de cristianos, que están presentes al más santo de los misterios. Mas ¡ay!, la «dejadez» con que estaban allí la mayor parte, demostraba bien a las claras el «poco gusto» que sentían por las cosas de Dios²²; abundaban los cuchicheos y los bostezos ruidosos y groseros de fastidio; los rezagados soltaban pesadamente la puerta; los que tenían prisa salían a la mitad de los divinos oficios; los jóvenes miraban de arriba abajo, de un rincón a otro de la iglesia... paseando la mirada para ver la belleza y el atavío de tal o cual muchacha. Los niños no se portaban mejor: «Mirad estas risas, estas señas que se hacen unos a otros nuestros pequeños impíos, estos pequeños ignorantes»²³.

Verdaderamente, aquellas almas eran rocas áridas y eran menester rudos golpes para quebrantarlas. Hablando su lenguaje, usando sus expresiones en boga, el reverendo Vianney les reprochaba su falta de fe práctica y con términos a veces tan vivos, que sólo su ardiente celo podía explicar y excusar. Con peligro de zaherir públicamente a muchos, les atacaba «sin consideración», con realismo y crudeza; sus alusiones eran «vivas, directas y personales»²⁴.

¹⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 628.

¹⁹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 842.

²⁰ Rdo. DUBOUI, *Proceso del Ordinario*, p. 1.243.

²¹ Cf. *Sermons du Curé d'Ars*, sobre la contrición, t. I, p. 416-417.

²² *Sermones*, sobre el respeto en la iglesia, t. IV, p. 216.

²³ *Sermones*, t. I, p. 199-200.

²⁴ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 39.

¹⁶ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 10.

¹⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 367.

«Repréndelos severamente, para que tengan una fe sana», escribía San Pablo a su discípulo Tito²⁵. El Cura de Ars, al principio, tomó a la letra este consejo. En algunos pasajes, su temperamento cáustico y burlón, reprimido por la virtud, asoma a la superficie; nuestro Santo no había adquirido aún la perfección de la dulzura y su experiencia tampoco había llegado a plena madurez. Severo consigo mismo hasta el heroísmo, exigía demasiado a los demás. Por otra parte, sintió el influjo de su época. El árbol del jansenismo yacía derribado en tierra, pero había echado hondas raíces; el púlpito cristiano en los alrededores de Ars, si no se vio ocupado por grandes santos, resonó también con parecidos acentos²⁶.

En el cultivo de las almas, no basta saber arrancar; es menester saber plantar. Dócil a las enseñanzas del concilio de Trento, según las cuales los pastores están obligados a explicar a sus ovejas los ritos tan llenos de sentido del santo sacrificio de la misa²⁷, el Cura de Ars se esforzaba en comunicarles la inteligencia y el amor a tales ceremonias. Les explicaba sucesivamente la necesidad, la naturaleza, el valor y los bienes de la Eucaristía. Puede afirmarse que la idea madre de su vida sacerdotal fue desasir las almas de las preocupaciones terrenas para elevarlas hacia el altar.

En la parroquia no faltaban quienes, en lugar de ir a la iglesia, «iban en busca de algún vecino para beber en su compañía»; quienes «si encontraban algún amigo en la calle, lo llevaban a su casa y dejaban la misa para otro día»; más aún: «quienes durante los divinos oficios pasaban el rato trabajando, en el juego, en la taberna o en el baile»; todos ellos «vivían como si estuvieran seguros de que no tenían un alma que salvar»²⁸.

²⁵ *Epístola a Tito*, I, 13

²⁶ El Rdo. Martin, vicario, durante algunos años, en Grand-Corent, de un anciano tío suyo, el Rdo. Tournier, el cual había sido en San Ireneo de Lion condiscípulo del Rdo. Vianney, contaba a Mons. Convert que este venerable sacerdote se mostraba también muy rígido en el púlpito y en el confesonario. Al comparar el señor Martin las pláticas de su tío con las del cura de Ars, no las hallaba diferentes ni en el fondo ni en la forma.

²⁷ Sesión XXII, canon VIII

²⁸ *Sermones*, t. II, p. 160, t. III, p. 128

El Cura de Ars les amenazaba con los castigos de la otra vida: «Pobres gentes, ¡cuán desgraciados sois! Seguid vuestro camino; ¡seguid, que no podéis esperar sino el infierno!...» Tocábales también su punto flaco: los intereses materiales: «Lo primero que salta a la vista es que casi todos mueren en la miseria... La fe abandona sus corazones, sus bienes van desapareciendo; y de esta forma son doblemente desgraciados»²⁹.

El pobre predicador harto lo sabía: se dirigía a los ausentes y «hablaba a las paredes». A pesar de todo, en ciertas solemnidades, por una tradición heredada de los antiguos, se reunía en la iglesia casi toda la parroquia. Ocasión excelente para el joven sacerdote de fustigar los vicios que perdían a tantas almas. El día de la Ascensión, los ataca a todos a la vez³⁰. El sermón del día del Corpus comienza con un tiro muy certero contra los pecadores «que arrastran por todas partes sus cadenas y su infierno». Mas de pronto, se detiene y añade: «No, hermanos míos; no vayamos demasiado lejos; este pensamiento es desesperante y este lenguaje no cuadra con el día de hoy. ¡Dejemos a estos desgraciados en sus tinieblas, ya que quieren permanecer en ellas; dejémosles que se condenen, puesto que no quieren salvarse!...» Y dicho esto exclama, dirigiéndose a la porción escogida de su rebaño: «¡Venid, hijos míos!...»³¹. El día de la fiesta del Patrono, los que pasan el día y la noche bebiendo y bailando no se atreven a faltar a la iglesia. El Rdo. Vianney aprovecha la ocasión y no les deja salir sin haberles propinado un buen varapalo y arremete de forma virulenta contra los danzarinnes. «Me diréis algunos: ¡Hablarnos del baile y del mal que allí se hace es perder el tiempo!... No importa, sigue diciendo; al obrar así, hago lo que debo hacer; no hay para qué irritarse; vuestro pastor cumple con su deber.» Y continúa flagelando a «los jóvenes y a las muchachas que beben en las fuentes del crimen... a los padres ciegos y réprobos que les han enseñado el camino»³².

²⁹ *Sermones*, t. II, p. 158-159

³⁰ *Sermones*, para el día de la Ascensión, t. II, p. 106-117

³¹ *Sermones*, t. II, p. 120

³² *Sermones*, para la fiesta del santo patrono, t. IV, p. 201-210

La lucha está comenzada y el Cura de Ars resuelto, con la ayuda de Dios, a no deponer las armas, sino después de una completa victoria.

IV. POR LA CONVERSION DE ARS

III. LA LUCHA CONTRA EL TRABAJO DE LOS DOMINGOS, LAS TABERNAS Y LA BLASFEMIA

Los profanadores del día del Señor.—Después del trabajo prohibido, la bebida y el baile.—Las resoluciones del joven pastor.—El anatema contra las tabernas.—Su desaparición.—Las hospederías de Ars.—La represión de la blasfemia.—Contra el trabajo del domingo.—Nada de dispensas.

En 1818, hasta los días en que el buen tiempo comenzó a favorecer las más duras y más importantes labores agrícolas, la iglesia de Ars se llenaba bastante los domingos y el joven pastor pudo hacerse algunas ilusiones sobre el estado religioso de su parroquia. La Pascua, en cambio, le consoló muy poco. La mayor parte de los hombres se abstuvieron de la comunión: ¡hacía diez, quince y veinte años que algunos de ellos no habían cumplido con este deber esencial!¹.

Mas cuando con el mes de junio llegaron los días largos, el Rdo. Vianney observó doblemente apenado que la pequeña nave iba quedando vacía; casi no había hombres ni jóvenes, y aun las mismas mujeres eran menos numerosas que de ordinario. ¿Dónde estaban los demás? Al rayar el alba habían salido en traje de faena, con la guadaña o la horca sobre el hombro.

¡Qué pena, aquellas mañanas tan apacibles y dedicadas al Señor, oír las caballerías marchar hacia los campos y el yun-

¹ Cf. Mons. CONVERT, *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 89.

que resonar bajo el martillo, pues la forja no podía tampoco descansar, no haciéndolo los aperos de labranza. ¡Qué respuestas más irónicas a las llamadas del pobre campanario de Ars!².

Los profanadores del domingo trabajaban durante varias horas; después, al regresar a su casa, se vestían de fiesta. Unos se iban a la taberna —el pueblo de Ars tenía cuatro para doscientos habitantes³—, donde, después de haber hablado de sus negocios, de sus compras y sus ventas, bebían hasta la embriaguez. Otros jóvenes y muchachas «que no pensaban más que en jugar y divertirse»⁴, hombres y mujeres, y aun «viejos *chochos* y con anteojos»⁵ se reunían bajo los nogales de la plaza —muy cerca del cementerio, cuya pared no llegaba a ocultar las cruces y las sepulturas— y, a los acordes de un mal violín, se ponían a bailar, y duraban hasta la noche los cantos y las bromas picarescas, acompañados de fuertes risotadas y blasfemias⁶.

El Rdo. Vianney podía verlo y oírlo todo, pues su jardín no tenía otra cerca más que un seto vivo⁷. Ante aquellos espectáculos derramaba lágrimas de amargura. Mas la desolación llegó a su colmo cuando supo que tales desórdenes se irían repitiendo hasta otoño y que se agravarían por las fiestas de San Sixto, el patrono de Ars, en que se haría la *feria* anual, con sus barracones, sus danzantes y su música. ¡Todavía peor! Ars, reputado por pueblo muy alegre, era «el punto de reunión de todos los aficionados al baile de la comarca»⁸.

¿De donde procedía en aquella región tal fiebre de regocijos?

² Según Guillermo VILLIER *Proceso del Ordinario* p 263, Andres VERCHÈRE, *ibid.*, p 1327

³ Juan PERTINAND *Proceso del Ordinario*, p 353

⁴ Catalina LASSAGNE *Petit memoire* primera redaccion, p 5

⁵ *Sermones*, t I, p 248

⁶ El cardenal Fesch, cuya jurisdicción llegaba hasta Ars, escribía en una orden de 22 de enero de 1807 en la que se lamentaba tristemente de los desórdenes de la época

«Los hijos ingratos se apartan en gran numero de la casa del Padre celestial y nuestras santas solemnidades se convierten en dias de disipacion terrena, de tráfico profano y de disolucion criminal»

⁷ Hasta 1861 no fue cercado con paredes el jardín de la vieja casa parroquial (*De liberacion del Consejo Municipal de Ars de 13 de marzo de 1861*)

⁸ Hermano ATANASIO *Proceso apostolico ne pereant*, p 1010

Ars se halla situado casi a igual distancia de las riberas del Sona y de los estanques de Dombes. En aquel paraje, el clima es muy enervante. —¿Acaso el mismo reverendo Vianney no temía condeñarse allí?— Los habitantes tienen un hablar languido, parecido al canto, revelador de una voluntad soñolienta; son ávidos de bienestar y están sedientos de placeres y, cuando no hay una buena dosis de fe, se dejan fácilmente inducir por la vida de los sentidos⁹.

Sabemos, además, cuál era la fe en aquellas tierras por el año 1818. Aun las personas de los castillos no se recataban lo bastante: los placeres refinados que se permitían eran un pésimo ejemplo para la masa de los campesinos. A la misma señorita de Ars, honesta en extremo, no le chocaba, si se bailaba en su casa, cuando recibía en ella, aparte de sus familiares, a los señores de Cibeins o a los Gillet de Valbreuse.

¡Pobre Cura de Ars! ¡Mil ocasiones de pecado se ofrecían a las almas, ante sus ojos! ¿Había de soportarlo? ¿Tenía obligación de salvar aquellas almas y de vengar el honor de Dios ultrajado? Blasfemia y trabajo del domingo, bailes y tabernas, citas en los caminos, canciones y pláticas obscenas, todo lo englobará en una común maldición y declarará guerra sin cuartel a todos estos enemigos reunidos. Durante varios años, según el consejo de San Pablo, «insistirá, reprenderá, amenazará y exhortará» «oportuna e inoportunamente»¹⁰ en el púlpito, en el confesonario, en las visitas y en las conversaciones. Nada le arredrará.

* * *

¿Podrá ser guardado el día del Señor «sirviendo a Dios devotamente» mientras la taberna haga la competencia? El Cura de Ars se convenció de que dejar vacía la una equivalía a llenar la otra. Durante el siglo pasado, la taberna era considerada como un «lugar de disolución»¹¹. Tal era el parecer del Rdo. Vianney. ¿Acaso no era allí donde se formaban los grupos para el baile, donde los hombres se olvidaban

⁹ Mons CONVERT *A l'ecole du Bienheureux Cure d'Ars*, p 195

¹⁰ *Insta opportune, importune, argue, obsecra, increpa* (II Tim, IV, 2)

¹¹ «Entre los lugares de disolucion, hay que contar particularmente la taberna la cual es muy dañosa a las gentes del campo» (Jose LAMBERT *La maniere de bien instruire les pauvres et en particulier les gens de la campagne*, Paris, Morin, 1739, p 133)

de su deber? Cargó, pues, en seguida y con mano firme contra el enemigo y, en su franca indignación, no mesuró las expresiones:

La taberna, exclamaba con San Juan Clímaco, es la tienda del demonio, la escuela donde el infierno predica y enseña su doctrina, el lugar donde se venden las almas, donde las fortunas se arruinan, donde la salud se pierde, donde las disputas comienzan y donde se cometen los asesinatos¹².

A los borrachos, como ya es de creer, no les trata mejor. Con un realismo que destila cólera y una verdadera elocuencia, el Cura de Ars les apostrofa, demostrándoles «que se colocan por debajo del *animal más inmundo*»¹³.

Mas, si así trataba a los concurrentes a la taberna, ¿qué sería del tabernero?

El Rdo. Vianney arremetía especialmente contra dos bodegones instalados en el centro mismo del pueblo. Poco le importaba que los dueños tuviesen o no influencia entre aquellas gentes rurales; esto le traía sin cuidado y los estigmatizaba sin temor ni miramientos:

Los taberneros, decía, roban el pan de las pobres mujeres y de sus hijos, dando vino a estos borrachos que gastan el domingo el jornal de la semana...¹⁴ El sacerdote no puede ni debe dar la absolución, sin condenarse, a los dueños de las tabernas que dan de beber a los borrachos por la noche o durante los divinos oficios...¹⁵. ¡Ah los taberneros! ¡El demonio no los molesta mucho; al contrario, les desprecia y les escupe!¹⁶

Tan duras expresiones conmovieron más a los fieles que se hallaban presentes, que a aquellos tenderos, que, sin duda, frecuentaban muy raramente la iglesia. Poco importaba. El predicador iba alcanzando su fin: la clientela era cada vez más rara en los bodegones de la plaza. Uno de los dueños «fue a exponer al señor cura que aquello era su ruina». El Rdo. Vianney le dio dinero y le determinó a que cerrara la casa. Aquel hombre llegó a ser un excelente feligrés¹⁷. En

¹² *Sermones*, t. III, p. 337

¹³ *Sermones*, t. III, p. 334-335.

¹⁴ *Sermones*, t. III, p. 334.

¹⁵ *Sermones*, t. III, p. 86; t. I, p. 310.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ Juan PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 860.

cuanto a su compañero, despreció por algún tiempo los anatemas del pastor, pero vencido a su vez, cerró su bodegón y cambió de oficio. De este modo, el Rdo. Vianney «había conseguido que no hubiese más tabernas alrededor de la iglesia»¹⁸.

Los otros dos, establecidos en otros puntos del pueblo, acabaron también por desaparecer. «Fue aquello, decía el buen párroco de Fareins, el señor Dubouis, una de las mayores victorias del Cura de Ars»¹⁹. Uno tras otro, siete taberneros abrieron tienda y los siete hubieron de cerrar. La maldición de un santo pesaba sobre ellos. «Ya lo veréis, había profetizado el siervo de Dios, ya lo veréis: los que abran aquí tabernas se arruinarán»²⁰.

Esta lucha sin tregua produjo resultados inesperados. La plaga del pauperismo disminuyó: «En Ars, hace notar el señor Pertinand, había pocos pobres; al suprimir los bodegones, el señor cura suprimió la causa principal de la miseria»²¹.

Cuando más tarde los forasteros afluyan a la aldea de Ars, se construirán modestas posadas para su alojamiento —en 1858²² llegarán a cinco— y el Rdo. Vianney, lejos de oponerse, llamará a Macón a uno de sus jóvenes feligreses, Francisco Pertinand, hermano menor del maestro, a quien su dueño, un confitero, hacía trabajar en domingo, el cual se pondrá al frente de una de las hospederías bien conocidas de los peregrinos²³.

* * *

Si las tabernas hubiesen sido lugar de honestas reuniones, donde la gente se hubiese divertido sin ofender a Dios, el Rdo. Vianney las hubiera dejado vivir y prosperar

¹⁸ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 290.

¹⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 1.230.

²⁰ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 832.

²¹ Juan PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 358.

²² Además del *Hotel Blanco*, del *Hotel Robert*, del *Hotel de la Cruz*, del *Hotel Pertinand* y del *Hotel del Norte*, perteneciente a la familia Mandy-Scipiot, hubo el *Hotel de Nuestra Señora de las Gracias*, que forma hoy la planta baja de la nueva casa parroquial.

²³ Francisco PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 808

en paz. Mas con la blasfemia, siempre mala y culpable, era necesario ser implacable. Para un alma respetuosa con el santo nombre de Dios, era una cosa de todo punto insoportable²⁴. En aquella reducida aldea «tenía la pena de oír las blasfemias de labios de muchos niños que ni sabían rezar el *Padrenuestro*»²⁵. Jamás pudo tratar de asunto tan doloroso sin derramar lágrimas y volvía siempre a lo mismo en sus sermones y en el catecismo. Amenazaba a los blasfemos con todos los males posibles en este mundo y en el otro:

¿No es un milagro extraordinario, decía, que una casa donde se halla un blasfemo no sea destruida por un rayo o colmada de toda suerte de desgracias? ¡Tened cuidado! Si la blasfemia reina en vuestra casa, todo irá pereciendo²⁶.

De esta manera reprimía la blasfemia con una enérgica severidad y procuraba por todos los medios posibles hacerla objeto de horror para los niños y los jóvenes.

Recuerdo, dice Mons. Convert, haber oído contar a un joven sacerdote que cuando era joven había ido a Ars acompañado de un niño de doce a catorce años. Ambos se confesaron con el santo cura.

—Mañana comulgarás en mi misa —dijo el sacerdote al niño.

—No, respondió éste, no puedo.

—¿Por qué?

—Porque el señor cura, por haber blasfemado, me ha negado por esta vez la absolución²⁷.

El Cura de Ars supo hacer tan bien la guerra a toda clase de blasfemias, juramentos e imprecaciones, y aun a las interjecciones malsonantes —que no temía señalar con sus nombres desde el púlpito—, que fueron desapareciendo poco a poco del vocabulario de Ars. En su lugar comenzaron a oírse en los labios de aquellos campesinos el *Padrenuestro*, el *Avemaría* o palabras como ¡*Qué bueno es Dios!* ¡*Bendito sea Dios!*

* * *

²⁴ Rdo. PELLETIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 395.

²⁵ *Sermones*, t. II, p. 217.

²⁶ *Sermones*, t. II, p. 217.

²⁷ A. *l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 286.

La lucha contra el trabajo de los domingos exigió del Cura de Ars ocho años de no interrumpidos esfuerzos, y aun así no llegó a abolirlo del todo²⁸. La primera vez que abordó este tema desde el púlpito, lo hizo con tantas lágrimas, con tales acentos de indignación y tan conmovido en todo su ser, que pasado medio siglo, los viejos que le habían oído se acordaban con emoción. Durante toda su vida, al hablar de la profanación de las fiestas, prorrumpió en las mismas exclamaciones de cólera:

Trabajáis, mas vuestras ganancias son las mismas de vuestra alma y de vuestro cuerpo. Si preguntásemos a los que vienen de trabajar en domingo: ¿Qué habéis hecho?, podrían responder: «Venimos de vender nuestras almas al demonio, de crucificar a Nuestro Señor... Soy del infierno.» ¡Cuando les veo guiar las carretas en domingo, se me ocurre que conducen en ellas sus almas hacia el infierno!

El domingo es un don de Dios, es su día, es *el día del Señor*. El hizo todos los días de la semana; podía haberlos reservado todos para sí: mas os ha dado seis y sólo se ha quedado con el séptimo. ¿Con qué derecho os apoderáis de lo que no os pertenece? Sabéis de sobra que los bienes robados no aprovechan. El día que robáis al Señor tampoco os aprovechará. Conozco dos caminos para llegar a ser pobre: Trabajar en domingo y quitar lo ajeno²⁹.

Estas reprensiones y maldiciones, repetidas de casa en casa, llegaron muy pronto a oídos de los violadores de la ley de Dios. Por lo demás, el señor Vianney buscaba por sí mismo la ocasión para hacerlas escuchar. Los domingos, después de vísperas, salía, contra su costumbre, y tomaba uno cualquiera de los caminos que partían de Ars. Un domingo de julio, encontró a un hombre que acarreaba la cosecha. Avergonzado al verse cogido, quiso esconderse detrás del carro. «Oh, amigo mío, le dijo el cura con acento de profunda tristeza, ¿estáis confundido de haberme encontrado?... Dios os ve todos los días; es a El a quien habéis de temer»³⁰.

Por la noche, «en lugar de la homilía, predicó con gran

²⁸ J. B. MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 597: «Llegó a suprimir casi del todo el trabajo en los domingos.»

²⁹ *Esprit du Curé d'Ars*, p. 92, 94-95.

³⁰ Cf. Mons. CONVERT, *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 22.

fuerza contra el trabajo del domingo»³¹. «Id, exclamaba con mordaz ironía; id por los campos de los que trabajan durante el santo día; siempre tienen tierras que vender»³². Así hablaba con frecuencia y con tanto ardor, que «se quedaba sin voz»³³.

Después de lo dicho, es fácil colegir que era inútil pedirle dispensa del precepto. En este punto se le encontraba siempre intransigente e irreductible. Temía que el permiso llevase consigo el abuso, aun entre los buenos cristianos. Además, ¡confiaba tanto en Aquel de quien dimana todo bien! ¿Acaso no tendría Dios cuidado de los cristianos fieles a la ley? En tales circunstancias hablaba con el tono y autoridad de un profeta.

Una mañana de julio, cuando los trigos recién segados estaban todavía en los campos, a la hora de la misa mayor, se levantó un fuerte vendaval y gruesos nubarrones aparecieron amenazadores sobre el horizonte. ¿No era caso de correr a cubrir las gavillas? El señor Cura no se decidió, por de pronto, a tal o cual medida; mas al tiempo del sermón, prometió a los buenos cristianos que tendrían muy buen tiempo, y más del necesario, para poner a salvo la cosecha en peligro. La tempestad pasó sobre Ars sin estallar, y a aquel domingo siguieron quince días de sol y de cielo azul³⁴.

Ocurrieron, empero, casos de verdadera necesidad, en los cuales el Rdo. Vianney les dejó hacer. Así, un domingo se enteró, sin protestar, de que continuaban trabajando en un pozo³⁵. Asimismo, cuando el mal tiempo persistía y las cosechas peligraban, no se oponía a que quebrantasen el descanso dominical. Lo que no hizo jamás fue autorizar directamente a nadie, ni en público ni en privado. «Haced lo que queráis, decía a los que iban a consultarle; es asunto vuestro»³⁶. Y a veces repetía: «Sí, en otras partes, los sacerdotes pueden permitirlo; yo, en Ars, no puedo»³⁷.

³¹ Rdo. RAYMOND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 532.

³² Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 832.

³³ Canónigo GARDETTE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 917.

³⁴ Baronesa de BELVEY, testigo ocular del hecho, *Proceso del Ordinario*, p. 202.

³⁵ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 768.

³⁶ Recuerdos de Pedro Cimier, des Gardes. (*Notas de Mons. CONVERT*, cuaderno I, n.º 7.)

³⁷ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 769.

Al obrar de esta manera, tenía su finalidad: quería formar una parroquia modelo. Pronto veremos cómo para la mayor parte de los habitantes de Ars, «el domingo llegó a ser verdaderamente el *día del Señor*»³⁸.

³⁸ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 226.



Esta es «La Providencia», vista desde el lado de la capilla. El Cura de Ars fundó La Providencia para acudir en ayuda de los huérfanos pobres. Compró una casa pequeña, aun sin tener dinero para pagarla, y recogió en ella a unas niñas necesitadas, después también se abrió una escuela gratuita. «Yo misma oí decir al señor Cura —escribe Catalina Lassagne, que fue la primera directora de La Providencia— que solamente el día del juicio nos enteraríamos del bien que se hizo en esta casa»

Hoy en La Providencia se alojan en un agradable ambiente familiar los peregrinos que acuden a visitar Ars.

V. POR LA CONVERSION DE ARS

IV LA LUCHA CONTRA EL BAILE

Una cuestión de principio: huir de la ocasión del pecado.—Contra el vicio impuro.—Diez años de predicación.—La acción directa.—Las primeras conversiones.—La absolución denegada a los entregados al baile.—Grandes y pequeños por el mismo raserio.—Los padres responsables.—Una victoria muy cara.—Las modas deshonestas.—El Cura de Ars, árbitro de la moda.—Escotes y miriñaques.

El modo como el Rdo. Vianney hizo desaparecer de su parroquia los bailes ha pasado a la posteridad como algo muy célebre. En esto venció en toda la línea, pero el combate fue de larga duración: el baile había arraigado hasta convertirse en una costumbre local y fueron menester veinticinco años para desterrarlo del todo. «En algunos, se ha dicho, era una especie de embriaguez y de locura»¹. Verdaderos paganos e inconscientes de su flaqueza, los aficionados al baile proclamaban en alta voz los placeres inocentes, y por consiguiente permitidos, de esta diversión². Se trataba, pues, de arrancarles la venda de los ojos.

Una joven apasionada por el baile no podrá gustar de los goces sencillos y puros; no tendrá espíritu cristiano. Su familia, si se lo aprueba, no será una familia en la que se haga el debido honor a las prácticas piadosas. Esta joven y los suyos no tendrán una religión seria sino renunciando a sus ide-

¹ Rdo. RAYMOND *Vida* manuscrita, p. 93

² Marta MIARD *Proceso apostólico continuativo*, p. 880. Véase también *Sermones*, t. IV, p. 203

as y a sus costumbres mundanas; quien quiere evitar el pecado ha de huir de la ocasión... El Cura de Ars era hombre de principios e iba recto a su objeto. El dulce San Francisco de Sales hablaba como con guantes al condenar los bailes por sus daños y perniciosas secuelas; San Juan-María Vianney, que acabó por igualarle en suavidad, no creyó necesario ponerse los. Fue inexorable y juntó bajo un mismo anatema el pecado y la ocasión.

Lo que él sabía ver y lo que atacaba al mismo tiempo que la danza era la pasión impura a la que da lugar. De aquí sus invectivas contra las veladas tal como se practicaban en Ars, y contra los regocijos que se permitía la gente moza con ocasión de los esponsales. Los campesinos de Ars, para pasar con menos aburrimiento las largas noches de invierno, se reunían, a falta de salones, en los establos, donde la temperatura es más tibia; y allí, «delante de los padres callados o cómplices, renovaban algunas prácticas que hubieran causado horror al paganismo»³. La ignorancia y la inconsciencia eran tal vez alguna excusa para aquellas pobres gentes. Sea de ello lo que fuere, tan vergonzosos desórdenes comenzaron a cesar cuando el señor Vianney los estigmatizó y los declaró infames desde el púlpito.

En este punto, la resistencia fue muy tenaz y el terreno no fue conquistado sino palmo a palmo. Durante más de diez años, el Cura de Ars hubo de volver sin cesar al mismo tema en sus prédicas.

No hay un solo mandamiento de la ley de Dios, que el baile no haga quebrantar...

Dicen con frecuencia las madres: «¡Oh!, yo velo por mis hijos.» Veláis por sus atavíos; pero no podéis velar por su corazón. Id, padres y madres réprobos; id al infierno, donde la ira de Dios os aguarda, a vosotros y a las buenas obras que habéis hecho, dejando correr a sus anchas a vuestros hijos; id, ellos no tardarán en juntarse con vosotros, puesto que tan bien les habéis mostrado el camino. Entonces veréis si vuestro pastor estaba acertado al prohibiros estos goces infernales...

³ Vid. *Sermón* sobre la santificación del cristiano, t. I, p. 136-139.

¡Dios mío!, ¿es posible que estén en esto tan cegados, que lleguen a creer que no hay peligro en el baile, siendo así que es la maroma con que el demonio arrastra más almas al infierno?⁴.

El demonio da vueltas alrededor de un baile, como un muro rodea un jardín...

Las personas que entran en un baile dejan a su ángel de la guarda en la puerta, y el demonio lo sustituye; así resulta que en la sala hay tantos demonios como danzantes.

Pero de las palabras pasaba el Cura de Ars a las obras. Un día, él mismo salió al encuentro del músico. Quien suprima el violín —dijo para sus adentros—, suprimirá también el baile. Entraba ya el hombre en el pueblo con el instrumento bajo el brazo. «¿Cuánto os dan por tocar?» —le preguntó el Rdo. Vianney—. Yo no sé —dice el Hermano Atanasio, que había oído contar este episodio—, si el músico respondió 5 ó 10 francos. El señor Cura le dio doble cantidad; él se retiró contento y no hubo baile⁵.

Lo mismo hizo un día de feria con el tabernero Bachelard.

—¿Cuánto pensáis ganar hoy?

—Tanto, señor Cura.

—¡Bien, tomad esto y no hagáis nada!

El tabernero aceptó y emprendió el regreso⁶.

En cierto domingo, iban a comenzar el baile en la plaza; o mejor dicho, preparaban el espectáculo, muy en boga en aquella región, de *correr el asno*, porque una mujer había pegado a su marido⁷. De repente, sale el señor Cura de la casa parroquial y no hace sino cruzar el espacio que la separaba de la iglesia. Todo el mundo se espanta y la plaza queda vacía.

⁴ *Sermones*, t. III, p. 206.

⁵ *Proceso apostólico in genere*, p. 202.

⁶ Juan PICARD, forjador de Ars, *Proceso del Ordinario*, p. 1.311.

⁷ En ciertas comarcas del Ródano y del Ain, cuando un marido había sido públicamente apaleado por su mujer, se organizaba una comitiva burlesca: paseaban por las calles un asno sobre el que iba montado un maniquí —el marido—, al cual una que representaba la esposa daba de bastonazos. Al mismo tiempo, se entonaba una canción alusiva al hecho. Esta costumbre, muy poco a propósito para restablecer la concordia en los hogares, ha desaparecido totalmente.

«Se escaparon como una banda de palomas» —contaba, riéndose, el reverendo Vianney—. Y así acabó la fiesta⁸.

* * *

Felizmente, no todas las muchachas de Ars estaban «locas por el baile»⁹. Había algunas en el pueblo muy bien educadas y juiciosas por temperamento, que se habían librado del contagio. El Rdo. Vianney se esforzaba en preservar del mal a esta porción escogida de su grey. Otras, enzarzadas ya en los placeres, comenzaban a sentir cierta vergüenza. Debido a las oraciones y mortificaciones de un santo, la gracia obraba ocultamente en los corazones. Por otra parte, la vida del señor Cura era para todos la predicación por excelencia; en su persona resplandecía algo de evangélico.

Nuestro cura, decían en las reuniones, hace todo lo que dice y practica lo que enseña; nunca le hemos visto tomar parte en ninguna diversión; su único placer es rogar a Dios; debe de haber en ello algún goce, puesto que él sabe encontrarlo; sigamos, pues, sus consejos; no desea sino nuestro bien¹⁰.

El Rdo. Vianney, a la vez que combatía los desórdenes, procuraba —convencido de que sería de gran utilidad para la regeneración de las almas— formar un grupo escogido de personas piadosas. El rezo de las vísperas, antes tan poco concurrido, comenzaba a animarse. Algunas mujeres y jóvenes dedicaban todos los domingos algunos minutos más a sus devociones. Durante la semana, a las ocho de la noche se puso a rezar las oraciones de la noche, con las escasas personas que en aquella hora tardía visitaban al Santísimo Sacramento. Poco a poco se les fueron juntando otras.

Un domingo, después de vísperas, un reducido grupo de muchachas se quedó en la iglesia para confesarse. Eran, sin duda, almas buenas, pero que no se trataban mutuamente. El señor Vianney se sintió inspirado a dirigirles la palabra

⁸ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 202.

⁹ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 93.

¹⁰ Rdo. RENARD, *Notas* manuscritas, p. 5.

para unir las en un sentimiento común de piedad. «Hijas mías —les dijo—, si queréis, podremos rezar juntas el rosario para que la Santísima Virgen os alcance la gracia de hacer bien lo que vais a hacer.» Entre aquellas jóvenes había una más traviesa que mala. «Se sentía feliz al saber contestar mientras iban rezando.» —Antes del Cura de Ars, sólo se rezaba públicamente el rosario el día de la Anunciación¹¹—. La palabra del santo sacerdote halló todavía eco más profundo en aquella alma pura. «Creo que fue aquel día, aseguraba ella, cuando el señor Cura cambió mi corazón.» Había sido una de las primeras en divertirse y llegó a ser un modelo de piedad. El apóstol acababa de descubrir la buena levadura que había de hacer fermentar toda la masa.

«Esto ocurría el mismo año de su llegada —refiere Catalina Lassagne, una de las almas que él más se complació en cultivar—. Un domingo, después de vísperas, invitó a sus jóvenes penitentes a comer fruta en su jardín. El, en cambio, no iba nunca. A pesar de mis pocos años —Catalina no pasaba de las doce— tuve la audacia de seguirles. El señor cura nos reunió unos instantes. Recuerdo que nos decía: ¿No os sentís más felices que las que están bailando en la plaza? Nos hizo entrar en la cocina de la casa parroquial, donde nos leyó la vida de mi santa patrona; después nos habló de cosas de Dios»¹². Aquellas jóvenes y muchas otras, a las que arrastraron con su ejemplo, habían de formar en la aldea la primera asociación piadosa bajo el título de *Cofradía del Santo Rosario*¹³.

Con las que permanecían rebeldes a sus consejos y amonestaciones, el señor Vianney se mostró excesivamente severo. Partiendo del principio de que no podían ser absueltos los pecadores si no renunciaban a la ocasión de pecar, cuando ésta existía, el Cura de Ars negaba la absolución, aun por una sola falta, hasta la conversión total. Para ello tenía sus

¹¹ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 620.

¹² Sacamos estos pormenores de la *Petit mémoire* de C. LASSAGNE (segunda redacción, p. 9; tercera redacción, p. 12-13.)

¹³ Esta cofradía fue restablecida en la iglesia de Ars el 23 de febrero de 1820. Había sido erigida en tiempo del párroco señor Hescalle juntamente con la del *Santísimo Sacramento* y la del *Escapulario*, por cartas firmadas, en Lión el 7 de febrero de 1727, por el señor Terrasson, vicario general y custodio de la Santa Cruz.

razones¹⁴. De esta manera, buen número de feligreses, sin ser escandalosos, hubieron de aguardar meses, y aun años, antes de ser admitidos a los sacramentos. Una prueba de ello es el siguiente diálogo:

«Estuve seis años sin cumplir con el precepto pascual, decía en marzo de 1895, a Mons. Convert, una venerable anciana cuyo marido iba confirmando sus dichos.

—¿Seis años!

—Sí, de los dieciséis a los veintidós. Cada año iba a casa de mis padres, a la fiesta de Miserieux y allí bailaba un poco. En todo el año, no salía sino en aquella ocasión. En Ars entonces ya no se bailaba —era del 1835 al 1841—. Pues bien; esta única salida, que se renovaba todos los años, era la causa de que no recibiese la absolución.

—¿Iba usted, sin embargo, a confesar?

—Todos los años, por las *buenas fiestas*, el señor Cura me daba solamente la bendición.

—¿Y qué le decía?

—«¡Si no te corriges en esto de ir a bailar, estás condenada!...» Era muy lacónico.

—Pero, ¿es que bailabais en otras ocasiones?

—Jamás.

—Entonces, ¿por qué iba usted a confesar?

—Pensaba yo: «Si Dios me envía la muerte antes de que reciba la absolución, espero que tendrá en cuenta mis deseos de recibirla.» Mi madre preguntó al señor Cura si podría confesarme en otra parte.

—«Como usted quiera, respondióle; pero prefiero que se quede sin cumplir con la parroquia a que se vaya a confesar a otra parte»¹⁵.

La señorita Claudina Trève cuenta de sí misma que una

¹⁴ El Rdo Vianney consideraba los bailes de Ars como *ocasiones proximas de pecado*, sobre todo por las perversas relaciones a que daban lugar. Puede decirse que en este particular seguía el principio de teología moral concebido en esta forma: quien se pone libremente en ocasión de pecado grave no puede ser absuelto, si no renuncia a dicha ocasión pues no se halla en las disposiciones debidas (V A ARREGUI S J, *Summarium theologiae moralis*, Bilbao, Elxpuru, 1919, n.º 641)

¹⁵ Mons CONVERT *Notas* manuscritas, cuaderno I, n.º 21 El reverendo Vianney decía desde el pulpito, aludiendo a casos por el estilo «*Que angustias de conciencia! ¡Si al menos su confesor no fuese tan escrupuloso! ¿Que haran? Buscaran un confesor benigno que consienta en absolverlos con tal que se esfuercen para enmendarse. Y ellos iran en seguida a crucificar a Nuestro Señor con una comunión in digna*» (Sermon sobre la tibieza, t III, *passim*)

vez bailó en unas bodas, hacia el mes de febrero. El Cura de Ars difirió absolverla hasta la fiesta de la Ascensión¹⁶.

Durante su juventud, la señora Butillon hubo de esperar, en varias ocasiones, quince días o tres semanas para ser absuelta, por haber ido a la feria de Montmerle. No había bailado, pero «había frecuentado el lugar donde bailaban»¹⁷.

Un padre de familia, que no conocía bien a su pastor, le propuso este sencillo caso de conciencia: «¿Puedo acompañar a mi hija al baile?

—No, amigo mío.

—Es que no la dejaré danzar.

Y el señor Cura de Ars concluyó con esta reflexión llena de profundísima psicología.

—¡Oh, si ella no baila, ya bailará su corazón!»¹⁸.

El Cura de Ars, en algunos puntos, se mostró menos rígido con los forasteros que con sus feligreses, pero, en cuanto a los bailes, no varió jamás. Algunas personas de mundo, al arrodillarse a sus pies, gustaban de decir que estaban seguras de sí mismas e inmunizadas contra el pecado, mas las faltas perfumadas no hallaban gracia a sus ojos. «No sólo no permitía que se tomase parte en los bailes, pero ni siquiera asistir como simple espectador»¹⁹. Poco tiempo después de su llegada a la parroquia, los señores del castillo organizaron uno o dos bailes en familia; pero muy pronto se abstuvieron de ello «por respeto a su prohibición»²⁰. «No conocía el baile —dice la señorita Cristina de Cibeins—, sino a través de los desórdenes que produce entre las gentes del campo. Sé de una persona piadosa, que obligada por su condición social a tomar parte en algunas diversiones mundanas, se creyó obligada a dejar su confesonario para no tener que contrariar más sus decisiones»²¹.

* * *

Tales fueron, en cuanto al baile, y durante toda su vida,

¹⁶ Mons CONVERT *Notas* manuscritas, cuaderno I, n.º 11

¹⁷ Mons CONVERT *Notas* manuscritas, cuaderno II, n.º 9 y 21

¹⁸ Mona CONVERT *Notas* manuscritas, cuaderno I, n.º 3

¹⁹ Rdo ROUGEMONT *Proceso apostolico continuativo*, p 744

²⁰ Señorita Marta DES GARETS *Proceso apostolico in genere*, p 290

²¹ *Proceso apostolico continuativo*, p 143

las normas del Cura de Ars. Sobre todo tuvo un cuidado extremado en formar la conciencia de los padres acerca de esta materia. Les inculcó profundamente la convicción de que debían a sus hijos un amor tierno, pero recto, el buen ejemplo, la vigilancia y la corrección. Les hacía, además, responsables de las faltas de sus hijos.

Responderéis de sus almas, como de la vuestra, les decía. No sé si hacéis cuanto está de vuestra parte; lo que puedo deciros es que si vuestros hijos se condenan en vuestras casas, es de temer que, por falta de vigilancia, os condenéis también vosotros. Sé muy bien que si no dais un paso más para cumplir con los deberes para con vuestros hijos no os inquietaréis por ello: hasta cierto punto tenéis razón, pues no os faltará tiempo para inquietaros durante toda la eternidad²².

Estas punzantes ironías eran, según es de creer, el lenguaje que más les convenía. Los padres tomaron a la letra los consejos de su pastor. Un domingo, después de vísperas, dos jóvenes hermanas se fueron sin saberlo su padre —al menos así lo pensaban— a ver el baile de la fiesta de Savigneux, que dista dos kilómetros de Ars. No tomaron parte en las danzas, pues tenían prisa para regresar. Mas en su casa su ausencia no pasó inadvertida. El padre tomó un bastón y castigó a ambas duramente²³.

Antonio, uno de los hijos de la familia Cinier, de veinte años de edad, se fue a bailar a uno de los pueblos vecinos. Al llegar a su casa, ya bastante tarde, saludó por dos veces a su madre sin obtener respuesta. Bastante advertido con aquella frialdad desusada, se metió en cama. Mas ello no fue suficiente para su madre; la cual, irritada, tomando una vara le acarició las espaldas²⁴.

Desde el año 1830, los bailes habían desaparecido completamente del centro de Ars²⁵. Una orden del alcalde, Antonio Mandy, no autorizaba los bailes públicos, sino en la parte alta de la población. Para los organizadores de la fiesta mayor fue muy grande el chasco al negárseles la plaza de la

²² *Sermones*, t. III, p. 316.

²³ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno II, n.º 9.

²⁴ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 28.

iglesia. Se acercaba el día de San Sixto. Algunos jóvenes, que todavía miraban con malos ojos al Párroco, acudieron re-sueltos al alcalde, en demanda de autorización para celebrar la fiesta en el lugar de costumbre. El viejo alcalde contestó que, habiendo dado su palabra al señor Cura, no la retiraría. Mas no acabó aquí el asunto: los jóvenes interpusieron recurso ante el subprefecto de Trevoux y éste revocó la orden del alcalde de Ars, quien tuvo que someterse a la voluntad de su superior.

Llegó el día de la fiesta. Aquel domingo, por la tarde, a los acentos de la música aparecieron los bailadores, cantando y dando saltos. ¡Qué de pullas jocosas contra el cura y el alcalde! Mas he aquí que cesan los chistes y comienzan todos a fruncir el ceño. ¿Dónde están las bailadoras? Allí, bajo los nogales, hay dos o tres criadas de las granjas vecinas y algunas forasteras. Las jóvenes de la parroquia han entrado en la iglesia para el canto de vísperas. El baile fue triste y desanimado.

Al toque de la oración de la tarde, el primer magistrado del pueblo, que se había ceñido el fajín en previsión de posibles desórdenes, no tuvo necesidad de intervenir: el pequeño grupo de alegres se dispersó. La iglesia se llenó de fieles y el señor Cura predicó, como de costumbre, la homilía. Lloró y muchos lloraron con él. Varios de aquellos jóvenes ligeros cayeron en la cuenta de su estupidez al ver cómo sus madres y hermanas volvían de la iglesia con los ojos enrojecidos por el llanto. Pidieron ser inscritos en alguna de las cofradías parroquiales y no se preocuparon más del baile²⁶.

En adelante, los domingos por la tarde la plaza de la iglesia no verá sino fieles que acudirán a vísperas, y, después de los oficios, inofensivos jugadores de bolos o de birlos. Los jóvenes que todavía se empeñan en bailar no encontrarán compañera entre las muchachas del pueblo; a lo más conseguirán reclutar algunas pobres «criadas».

Buscad, exclamará en son de triunfo, buscad a tal o cual joven

²⁵ Conde Próspero DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 964.

²⁶ Cf. Mons. CONVERT, *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, páginas 219-221.

en las danzas y con otras peores compañías. ¿Qué os responderán? «No la he visto desde hace algún tiempo; creo que, si la queréis encontrar, es necesario que vayáis a la iglesia o a casa de sus padres. Si no la encontráis en su casa, id a la iglesia, la veréis cómo da gracias a Dios por haber operado en ella un cambio tan radical: veréis la modestia reflejada en su frente»²⁷.

Irritados al ver que las jóvenes dejaban el baile por la iglesia, los libertinos de Ars y de los pueblos cercanos se vengaron del Rdo. Vianney. ¿Qué hacer sin bailadoras? Organizaron reuniones a escondidas, en los lugares más apartados. Mas, al saberlo el Santo, tronó tan fuerte desde el púlpito que, a partir de 1832 no se bailó más en todo el término de la parroquia.

¿Quién lo creyera? La victoria no era todavía completa. Algunos se daban cita en las ferias o en los bailes de los pueblos vecinos, y allí, lejos de toda vigilancia, pensaban que podían entregarse impunemente a su diversión favorita. Varias jóvenes se dejaron arrastrar. El Rdo. Vianney se enteró de todo sin inquietarse, y decidido a no dejar la segur hasta haber cortado el mal de raíz, no les dio tregua. «Dios inspira a los santos procedimientos que se salen del camino ordinario»²⁸; puesto que para hacerse oír era menester gritar más fuerte, el Cura de Ars tomó el partido de negar la absolución, hasta que prometiesen seriamente enmendarse, a quienes hubiesen bailado una sola vez. El triunfo no fue completo y definitivo hasta después de una misión que se celebró en aquella parroquia en 1847²⁹.

Si algunos pertinaces, «venidos de fuera», amenazaron una o dos veces con resucitar los bailes de San Sixto, ello no fue sino impotente fanfarronería. El conde Claudio de Garets, elegido alcalde en 1839, tomó por su cuenta aquel asunto e hizo abortar para siempre tales maquinaciones³⁰.

Mucho más tarde, hacia 1855, como los feligreses de Ars se diesen a frecuentar más de lo justo las ferias de los contornos, un joven eclesiástico tuvo ocasión de comprobar «la fuerza que el señor Vianney sabía comunicar a sus palabras

ante los desórdenes que amenazaban con reaparecer. Una tarde —cuenta el Rdo. Pelletier— le oí hablar con tal vehemencia contra la feria de Villefranche, a la que solía acudir gran multitud, atraída por las diversiones profanas, que el auditorio quedó aterrado»³¹.

Por fin, parecióle conveniente hacer a los fieles algunas severas advertencias con motivo de ciertas diversiones, aparentemente inofensivas, pero que el Santo juzgaba indignas de sus feligreses. El día 9 de febrero de 1858 —cuarenta años después, día por día, de la llegada del señor Vianney a Ars— Juan Bautista Mandy se casó con su prima Claudina Trève. Algunas semanas antes, unos hombres, y por cierto no todos jóvenes, olvidados, sin duda, de los antiguos perjuicios causados con ello en semejantes ocasiones a sus padres, intentaron restaurar el uso ya abolido de las *gallinas*, se fueron a casa de los Mandy y de los Trève, se apoderaron alegremente de las mejores piezas de los corrales, y, según la antigua costumbre, un sábado hubo gran festín en honor de la futura pareja. El banquete se prolongó hasta más allá de media noche... El Cura de Ars, entonces anciano de setenta y dos años, agotado por las fatigas y los ayunos, supo todavía hallar aquellos acentos de las épocas de lucha, para decir a su pueblo —y a los culpables ya arrepentidos—, el domingo por la mañana, cuánta pena le había causado la escandalosa chiquillada. «Pronto se celebrarán otras bodas en la parroquia —concluyó indignado—; repetirlo y veréis cómo me marchó»³². Y la broma no se repitió.

* * *

Las modas indecentes corren parejas con los placeres corruptores. A juzgar por algunos de sus sermones, cuando el Rdo. Vianney llegó a Ars, varias personas faltaban a las lecciones más elementales de la modestia. El Santo se indigna contra ellas y contra ciertos padres que idolatran a sus hijas y las precipitan por la pendiente de la coquetería. Hay que oírle cómo los ataca:

²⁷ *Sermones*, sobre la contrición, t. I, p. 416-417.

²⁸ Mons. CONVERT, *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 222.

²⁹ *Traditions locales* de Ars.

³⁰ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 290.

³¹ *Proceso apostólico in genere*, p. 390.

³² Relación de los ancianos de la parroquia.

... esta madre que no piensa más que en su hija... y que se preocupa más de mirar si lleva bien puesto el sombrero que de preguntarle si ha dado su corazón a Dios. Le dice que no ha de parecer huraña, que ha de procurar hacerse grata a todo el mundo, para poder entablar relaciones y colocarse bien. Y la hija procura en seguida atraerse las miradas de todos. Con sus atavíos rebuscados e indecentes, pronto dará a entender que es instrumento del infierno para perder las almas. Sólo en el tribunal de Dios conocerá los pecados de que habrá sido causa³³.

* * *

Generalmente, las madres de familia entendieron muy pronto cuáles eran sus deberes. Por lo demás, el señor Cura les ayudó a cumplirlos, ya negando la absolución a las personas inmodestas, ya convirtiéndose él mismo en árbitro de las modas. No dejaba de ser cosa delicada, mas en ello nuestro Santo se proponía una finalidad altísima: aspiraba para sus feligreses a un ideal de perfección, del cual les creía capaces. Por esta causa se metió en unos pormenores que, a primera vista, hubieran podido parecer pueriles.

«Las mujeres y las jóvenes usaban un tocado muy elegante», que hacía lucir su cabellera; el Rdo. Vianney les obligó a dejarlo y «a reemplazarlo por unos gorros que ocultaban mejor los cabellos»³⁴. A Marta Miard, que tenía una tienda junto a la iglesia, le aconsejó que arreglase el suyo porque no era bastante sencillo³⁵. «Parecíamos pequeñas viejas», dice Claudina Trève, que no tenía nada de coquetona³⁶. «Un día —cuenta Marta Miard— salí más adornada que de costumbre —iba con un vestido de muselina de color bastante llamativo—. En lugar de decirme, según solía: "Buenos días, hija mía", me hizo un saludo muy profundo, y añadió: "Buenos días, señorita." Yo quedé muy avergonzada»³⁷.

La pequeña Juana Lardet exhibía vanidosamente un hermoso collar. «¿Quiéres vendérmelo? —le preguntó riendo el Rdo. Vianney—. Te daré cinco sueldos.

—¿Y qué hará con él, señor Cura?

—Se lo pondré a mi gato»³⁸.

No toleró nunca en su iglesia ni los escotes ni los brazos desnudos. No lo permitía ni a los grandes ni a los humildes de este mundo. Durante una visita al castillo, vio el retrato de una señora en traje de velada. «Cualquiera creería que va a la guillotina», dijo señalando con el dedo aquel cuadro de familia. La señorita de Ars entendió la lección y lo quitó³⁹.

Hacia el fin de su vida, se burlará de los miriñaques, aun explicando el catecismo: «El Emperador ha hecho cosas muy buenas; pero ha olvidado una: mandar que se ensanchen las puertas para que puedan pasar los miriñaques.» A pesar de esto, muchas personas de Ars adoptaron tan embarazosa moda.

El Rdo. Vianney no insistió, pues tan sólo le parecía ridícula⁴⁰. Por lo demás, las escasas mujeres de Ars que lo usaban se diluían en la iglesia los domingos y días de fiesta, mezcladas con las numerosas forasteras que en mayor número y más libremente se sacrificaban a las exigencias de las modas de la época.

Durante los treinta años que los peregrinos acudieron a Ars, les fue dado admirar en la iglesia, en las calles, en los caminos y en los campos, a las mujeres y a las jóvenes de aquel pueblo, dignas y modestas como monjas.

³³ *Sermones*, t. III, p. 232.

³⁴ Señorita Cristina DE CIBIENS, *Proceso apostólico continuativo*, p. 138.

³⁵ *Proceso apostólico continuativo*, p. 835.

³⁶ *Proceso apostólico continuativo*, p. 835.

³⁷ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno II, n.º 6.

³⁸ Juana Lardet se casó con el señor Dupuis. Este divertido diálogo lo contó, en noviembre de 1908, a Mons. Convert, la señora Ballofy, hija de la señora Dupuis. (*Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 31.)

³⁹ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 310.

⁴⁰ Relación de la señorita Juana Cinier a Mons. Convert, el 3 de diciembre de 1901 (*Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 30.)



El Rvdo Vianney amo enseguida aquella antigua iglesia como si fuese su casa pater-
 na. Para embellecerla, comenzo por lo principal, o sea, por el altar, centro y razon de
 er de todo el templo. Por respeto a la Sagrada Eucaristia, quiso que fuese lo mejor
 posible. Para esta primera adquisicion no llamo a ninguna puerta. Lo pago de su pe-
 cunio y con una franca alegria ayudo a los trabajadores a levantar el nuevo altar ma-
 yor. Para enriquecerlo mas hizo a pie un viaje de ida y vuelta a Lion y trajo de la ciu-
 dad dos cabecitas de angel que coloco a ambos lados del Sagrario. Finalmente, de
 poso de armonizar el marco con el cuadro, el mismo repaso los zocalos y las moldu-
 ras. La iglesia gano mucho en decencia y novedad.

VI. RESTAURACION DE LA ANTIGUA IGLESIA DE ARS

Nuevos proyectos.—Designación inesperada para la parroquia de Salles en el Beaujolais.—La capellanía de Ars erigida en parroquia.—Reconstrucción del campanario.—Nuevos altares.—Embelllecimiento del coro y de la nave.—La generosidad del vizconde de Ars.—El cuadro de la peregrinación.

El amor de Dios y del prójimo espoleaba al Cura de Ars. Su mismo temperamento le incitaba a la acción. La ociosidad forzosa hubiera sido para él una prueba insoportable. Debilitado desde muy joven a fuerza de sobrehumanas penitencias y atormentado por fiebres intermitentes atribuidas al clima malsano de la region de Dombes¹, no consintió jamás en procurarse una hora de descanso.

El ministerio parroquial no le traía muy ocupado². El Rdo. Vianney buscó manera de dar satisfaccion a su celo y a sus ansias de actividad. Mientras dejaba que su huerto se convirtiese en un erial despues de haber mandado cortar todos los arboles porque algunos merodeadores, forzando la cerca de espino, robaban la fruta y «ofendían con ello a

¹ J B MANDY *Proceso del Ordinario* p 595

² He aqui una estadística sacada de los registros de Ars

Anos	Bautismos	Matrimonios	Entierros
1818	10	2	3
1819	12	0	5
1820	13	4	0
1821	12	1	2
1822	14	2	11
1823	15	2	6
1824	11	8	6
1825	11	8	7

Dios», mientras la casa parroquial iba quedando poco a poco desmantelada en beneficio de los pobres y no le cobijaba sino durante el breve sueño de la noche, el joven párroco empleaba en transformar la modesta iglesia los ratos libres que le dejaban el estudio y la oración. Hemos visto ya cómo restauró el altar mayor y pintó el zócalo del coro. Mas él tenía nuevos proyectos.

Un acontecimiento inesperado le obligó a diferirlo todo. A principios de abril de 1820³, el Rdo. Vianney se enteró, por carta del Arzobispado de Lión —del cual aún dependía—, de que se le nombraba para la parroquia de Salles, situada en el Beaujolais, en el decanato de Villefranche-sur-Saône⁴. Dejaba, pues, el departamento del Ain por el del Ródano.

Enterada, no se sabe por quién, del estado del joven párroco, la autoridad diocesana escogió para él el hermoso pueblecito de Salles, levantado en la ladera de unas verdes colinas, en las cuales se respiraba un aire más sano. Los habitantes de Salles no pasaban de trescientos; eran muy cortes y tenían fama de muy buenos cristianos.

El Rdo. Vianney amaba la humilde aldea de Ars pero, dócil a la voluntad de sus superiores, no opuso ningún reparo y se preparó para la marcha. Hizo poner en un carro sus muebles y sus libros. Al saberse la noticia, la emoción fue muy grande en la porción escogida de sus feligreses. Las madres de familia ya lo habían presentado: «¡Qué felicidad, repetían con frecuencia, si nuestros hijos hicieran la primera comunión dirigidos por este sacerdote! Es un santo... Mas ¡ay! no le dejarán mucho tiempo entre nosotros»⁵... En cuanto a la señorita de Ars, a quien la autoridad eclesiástica no

³ No queda rastro alguno en los archivos del Arzobispado de Lión del traslado del señor Vianney a Salles. Sabemos la fecha aproximada gracias a una carta que el interesado, muy poco aficionado a la correspondencia, escribió en seguida a su hermano mayor Francisco

Ars, 8 de abril de 1820

Mi querido hermano
Dejo la Bresse por el Beaujolais. La semana próxima tendrá lugar mi partida. Me envían a una parroquia que no dista mucho de Villefranche. Espero que pronto ire a verte.

⁴ Salles es notable por su monasterio de puro estilo románico en el que vivieron sucesivamente benedictinos procedentes de Cluny y después unas religiosas benedictinas que se erigieron en noble cabildo de canonigas condesas. El convento fue saqueado en 1793. Se conserva en parte el claustro de hermosas columnitas

⁵ Catalina LASSAGNE *Proceso apostólico ne pereanti*, p. 404

había consultado, mostró profundísimo disgusto. En una carta íntima, en la que la venerable castellana da rienda suelta a sus sentimientos, habla nada menos que de *estrangular* al vicario general⁶. Era, entiéndase bien, una manera jocosa de expresar su pena.

Con conocimiento del Rdo. Vianney, que se dejó conmovido «por el profundo pesar»⁷ de muchos, fue enviada a Lión una embajada de vecinos con el alcalde a la cabeza. «Ars reclamaba a su cura»⁸. «Puesto que así es —respondió el señor Courbon—, puede quedarse allí por cuanto tiempo guste.» Y entregó a los comisionados, llenos de contento, un pliego oficial en el que constaba el nombramiento para la parroquia de Salles. El Rdo. Vianney se quedó, por tanto, en su puesto.

Dios, por su parte, manifestó también su voluntad. El día de su marcha, el «cura nombrado» de Salles llegó con el equipaje a la orilla del Saona, que era forzoso atravesar. El río se había desbordado de tal manera y soplaban un viento tan fuerte, que el batelero no pudo trasladar a los viajeros a la ribera opuesta. —El gran puente colgante de Jassaus ya no existía—. Después de dos inútiles tentativas, el mobiliario y la biblioteca hubieron de volver a la casa parroquial de Ars⁹.

Entretanto, la situación del Cura de Ars era de las más precarias. Simple *capellán*, parecía no hallarse sino de paso en aquel rincón de la parroquia de Mizerieux. Apenas transcurridos dos años de su llegada a Ars, cuando comenzaban a apreciarlo, poco faltó para que tuviera que alejarse. Durante aquel mes de alarma (abril de 1820), los buenos cristianos de aquel lugar se preguntaban, con legítima inquietud, si el Arzobispo de Lión llegaría siquiera a nombrarle un sucesor.

⁶ El Rdo. Monnin (*Le cure d'Ars*, t. I, p. 257) habla de una «santa colera». Por su parte la señorita de Ars escribió al señor Courbon, a quien apreciaba mucho: «Hago lo imposible, respondo el, para conseguir que el Cura d'Ars cambie de régimen de vida, pero no consigo nada. Sus amigos no son más afortunados que yo. Dejad que vaya a Salles. Yo deseo que allí se encuentre mejor de salud, aunque no me atrevo a esperar» (Carta de 17 de abril de 1820)

⁷ Catalina LASSAGNE *Proceso apostólico in genere*, p. 105

⁸ J. B. MANDY *Proceso apostólico in genere*, p. 242

⁹ Rdo. TOCCANIER *Proceso apostólico in genere*, p. 150, Hermano ATANASIO *id.*, p.

Después de largo tiempo, los castellanos de Ars buscaban la manera de devolver a aquel pequeño núcleo religioso su independencia y su título de *parroquia*. Después de 1806, por contrato celebrado con Francisco Cinier, convertido bajo la Revolución en dueño de la casa parroquial, del huerto y del jardín de que habían disfrutado hasta entonces los curas de Ars, la condesa viuda de Garets lo alquiló todo con la esperanza de poderlo devolver con el tiempo a su primer destino¹⁰. Antes de transcurrir dos años —lo sabemos por una carta del vizconde a su madre (18 de marzo de 1808)— la condesa compraba la casa parroquial con sus dependencias y esta adquisición era a sus ojos «un medio de conservar en Ars la sucursal». Finalmente, el día 19 de junio de 1821, siendo párroco el Rdo. Vianney, el vizconde, dueño, por muerte de su madre, de aquellos bienes sagrados, hizo donación de los mismos a la fábrica de la iglesia. Gracias a esta generosa dádiva, la erección de la capellanía de Ars en parroquia se convirtió en cosa posible¹¹.

Los habitantes de Ars habían dirigido por su cuenta una súplica al rey Luis XVIII, en la que exponían sus legítimas quejas: la excesiva distancia de Mizerieux, su centro parroquial; la imposibilidad de que los niños acudiesen al catecismo en invierno a causa de las crecidas del arroyo y del mal estado de los caminos; sobre todo, el temor de que desapareciera la capellanía, por falta de sacerdote, si no era elevada a la categoría de parroquia independiente... Y añadían aquellas buenas gentes:

¹⁰ Anual de 168 libras de 24 de julio de 1806.

¹¹ «Hoy, escribía el vizconde a su hermana el día siguiente de aquella negociación memorable, el Consejo de Estado presentará al Rey el dictamen del ministro en el que se dice que hago la donación bajo la *condición expresa* (él mismo subraya estas palabras) de que *Ars sea erigido en sucursal*. Pongo además esta condición, a saber, que nosotros y los herederos que lleven nuestro nombre conservaremos en la iglesia un banco y la tribuna... Yo permitiré siempre al señor Cura el usufructo del campo vecino a la casa parroquial» (*Carta* de 20 de junio de 1821). Es justo hacer constar que el Ayuntamiento de Ars no se mostró indiferente por la situación religiosa del municipio, de lo que es buena prueba la sesión de 5 de noviembre de 1808, en la que se ofrece a pagar al futuro capellán: «Fijamos para los gastos del sacerdote que venga a administrar nuestra iglesia la suma de 500 francos.» En la sesión de 18 de junio de 1809 el municipio se encarga del cuidado «de la iglesia, del cementerio y de procurar una casa y un huerto al *vicario* (sic), como los vasos sagrados, los ornamentos y en general todo el mobiliario necesario para el ejercicio del culto» (*Archivos de la alcaldía de Ars*).

Los habitantes, deseosos de conservar la fe, las buenas costumbres y celosos por la religión, han querido sufragar los gastos de un sacerdote a sus expensas. Este sacerdote, hombre de altísima virtud, hace un bien inmenso en la parroquia y en sus contornos. Desgraciadamente, este bien puede ser destruido en un momento con la retirada del pastor...¹².

El vizconde, que entonces se hallaba en París, apoyó la súplica de sus paisanos. Y, aunque la aldea no alcanzaba a tener las 500 almas que exigía el decreto de 25 de agosto de 1819, Ars, por disposición real de 20 de junio de 1821, fue declarado *parroquia*¹³. De esta manera Mizerieux, sin que apreciase toda la extensión de su pérdida, se vio despojado de su mejor florón. Asimismo, el vicario general, al anular el nombramiento del Rdo. Vianney para la parroquia de Salles, no había podido prever que la de Ars, donde le dejaba de buen grado, sería muy pronto arrebatada a la archidiócesis de Lión.

* * *

Estos acontecimientos, sin importancia en la historia del mundo o de la Iglesia, pero de grandes consecuencias para una humilde aldea, tuvieron lugar cuando el Cura de Ars se consagraba al embellecimiento de la iglesia.

En 1820, la construcción de un nuevo campanario, aunque sencillo, se imponía. La pequeña *jaula de madera*, sacudida por una campana demasiado pesada, amenazaba ruina; aunque nunca la lanzaban al vuelo, la gente temblaba ante el temor de verla desplomarse en medio de las sepulcras del cementerio. En el mes de agosto, a instancias del señor Cura, el alcalde mandó que se diese comienzo a los trabajos. El Rdo. Vianney vio con satisfacción cómo se iba elevando hacia el cielo de Ars un sólido campanario de ladrillo, cuadrado y recio, con simétricos ventanales que encuadraban graciosas columnitas románicas¹⁴. Apenas estaba concluido, cuando

¹² *Súplica* de 22 de febrero de 1821. (*Archivos de la alcaldía de Ars*).

¹³ *Archivos Nacionales*, fol. 19, 662 (n.º 407).

¹⁴ Estas columnitas procedían del claustro de Salles, en el Beaujoulais. Eran «viejos materiales» adquiridos por los contratistas de obras. En la cuenta de los alba-

una segunda campana, comprada por el Rdo. Vianney, la cual se llamó *campana del Santo Rosario*, comenzó a sonar alegremente¹⁵.

Mientras los andamios se levantaban fuera, se trabajaba activamente en el interior. Al Rdo. Vianney le parecía muy pequeña aquella iglesia. Sin embargo, todavía no había surgido en su mente la idea de demolerla: ¡se ora tan bien en las iglesias antiguas! Además, la construcción de un nuevo templo hubiera acarreado considerables gastos¹⁶.

Junto al comulgatorio, que entonces estaba enclavado a la entrada misma de la sacristía y en la parte de la iglesia situada debajo del campanario, la Santísima Virgen tenía su imagen y su altar, pero la madera estaba carcomida y el pobre templete hacía muy mal efecto, adosado a la pared y con sus cuatro candeleros completamente desdorados¹⁷. El Cura de Ars quiso honrar a María según los deseos de su corazón y concibió la idea de abrir una capilla lateral que le sería dedicada. Los trabajos fueron dirigidos con gran actividad: comenzados en enero de 1820, se terminaron el día 6 de agosto, fiesta patronal de Ars. La nueva capilla, con su techo liso, sus molduras, sus dorados y su imagen policromada, obra todo ello de un yesero y de un pintor de Villefranche, era del gusto de la época. El reverendo Vianney sentirá gran

ñiles que construyeron el campanario de Ars se lee: *6 columnitas de piedra tallada, 36 francos*. No eran caras, ni aun para aquella época.

La torre costó, en total, 1106 francos. La colecta hecha en la parroquia produjo 265 francos. En la lista donde constan los nombres de los cuarenta y cuatro donantes, el Cura de Ars está inscrito por 4 francos; el alcalde Antonio Mandy, Juan Cinier y Dupont por 30. La señorita de Ars, que no figura en la lista, pagó directamente muchos materiales.

¹⁵ Las dos campanas colocadas por el señor Vianney en el nuevo campanario todavía están en él. La primera lleva esta inscripción: *Fui bendecida por el Rdo. J.-M. Vianney; llamada Coloma por F. Garnier, vizconde de Ars, antiguo capitán de dragones, caballero de la orden real y militar de San Luis y por la señorita Coloma Garnier. Ars, año 1819.*

La segunda, que es la *campana del Santo Rosario*: *He sido regalada por el Rdo. Juan-Maria Vianney. He sido bautizada por el Rdo. Pasquier, cura de Trevoux, y llamada Juana-Maria-Felicidad por Dionisio-Felicidad Garnier, conde de Garets, caballero de la Legión de Honor, y por Maria-Juana Dareste, su esposa, 1820. VOX DILECTI MEI PULSANTIS.*

¹⁶ Cierto que «las sumas gastadas en construir y decorar una tras otra las capillas de la vieja iglesia hubieran bastado para levantar de planta un nuevo edificio, pero los recursos no llegaban sino con intermitencias, y cada vez el Rdo. Vianney se apresuraba a consagrarlos al servicio de Dios». (Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 217).

¹⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 10.

atractivo por este rincón tranquilo y casi escondido de la iglesia; cada sábado, durante cuarenta años, celebrará en él la santa misa¹⁸.

En 1822, el techo de la nave amenazaba hundirse y fue reparado por cuenta del municipio «mediante un impuesto extraordinario»¹⁹. Costó 459 francos.

Durante el año 1823, para honrar de una manera digna al Santo que había escogido como patrono de su confirmación, el señor Cura hizo levantar a sus expensas una segunda capilla que dedicó a San Juan Bautista. Fue bendecida e inaugurada el día de la fiesta titular por el Rdo. Matías Loras, antiguo condiscípulo de nuestro Santo en Ecully, entonces superior del seminario menor de Meximieux. Fue una fiesta muy devota y alegre para la mayoría de los feligreses. Los que practicaban eran ya en número muy crecido. Sin embargo, los amantes de los placeres mundanos, mezclados con los demás durante la ceremonia, no pudieron leer sin despecho la inscripción, para ellos muy clara, que el cura había mandado pintar en la arcada de la capilla: *SU CABEZA FUE EL PRECIO DE UNA DANZA*²⁰.

Celebrada la fiesta, comenzó a divulgarse la fama de que durante la bendición de la capilla el Rdo. Vianney había sido favorecido por Dios con una visión del porvenir.

Yo no sé, dice Catalina Lassagne, si Dios le dio a entender aquel día lo que había de suceder más tarde; o sea, la conversión de tantas almas; mas he aquí lo que nos dijo un domingo, mientras predicaba: «Hermanos míos, si supieseis lo que pasó en aquella capilla, no osarías entrar en ella... Yo no digo más...». Y lo repitió varias veces, como si de ello estuviese lleno su espíritu²¹.

Se supuso que se le había aparecido el santo Precursor y que le había mostrado el famoso confesonario colocado en aquella capilla y la multitud de penitentes arrodillados a sus pies.

¹⁸ «El Rdo. Vianney había también concebido el proyecto de dedicar una capilla a San José.» (Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 17.)

¹⁹ *Archivos municipales.*

²⁰ Alusión al martirio de San Juan Bautista, cuya cabeza exigió la hija de Herodías, Salomé, como premio por haber complacido a Herodes con su danza.

²¹ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 100.

La erección del altar de San Juan Bautista, al par que recoció al Cura de Ars, le causó una grave inquietud. Como quiera que había tomado a sus expensas²² la construcción de toda la capilla, debía 500 francos al carpintero y no le quedaba ni un céntimo: su reducida paga de cura y la pensión anual que sobre la parte de su herencia le enviaba su hermano Francisco, habían pasado a manos del albañil. El carpintero le apremiaba y el pobre Cura de Ars «salió de su casa, muy turbado, al objeto de calmar un poco su inquietud. Por el camino, a cierta distancia de la iglesia, salióle al encuentro una mujer desconocida, que le dijo: ¿Es usted el Cura de Ars? Al responder afirmativamente, le dio 600 francos para que los emplease en sus buenas obras»²³. No se crea, empero, que de esta intervención, que le pareció extraordinaria, dedujese que en adelante su tesorero había de ser la Providencia; al contrario, prudente por naturaleza y por virtud, dijo que la lección había sido buena y que no se metería más en situaciones tan embarazosas²⁴. Se acostumbró, salvo en casos excepcionales, a pagar siempre por adelantado²⁵.

Más tarde, las paredes de la humilde iglesia volvieron a ensancharse: una tras otra fueron levantadas tres capillas: en 1837, la que dedicó a Santa Filomena, y en fechas desconocidas la del *Ecce Homo* y otra llamada de los santos Angeles²⁶.

En 1845, el pequeño presbiterio en forma de rotonda, donde apenas cabía el altar mayor, dará lugar a un coro muy prolongado y casi tan amplio como la nave del templo. Una segunda sacristía se abrirá en este nuevo coro, y el Santo instalará detrás del altar su tercer confesonario, destinado especialmente a oír las confesiones de los sacerdotes.

²² Se lee en los registros comunales: «La construcción y embellecimiento de la capilla (de San Juan Bautista) y la de la Santísima Virgen fueron sufragados por el digno cura. Se conserva de él un profundo recuerdo. MANDY, *alcalde*.»

²³ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 345; Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 425.

²⁴ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 114.

²⁵ Felipe DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 245.

²⁶ La capilla del *Ecce Homo* hubo de ser construida antes de la de Santa Filomena. De ambas se hace mención en el *informe de la visita pastoral de Mons. Belley, hecha en Ars el lunes, 11 de junio de 1838*. Por el contrario, en la enumeración de las capillas contenidas en este informe no se menciona la de los santos Angeles.

Para satisfacer su piedad y porque había experimentado hasta qué punto las imágenes impresionan e instruyen a las almas buenas y sencillas, el Rdo. Vianney multiplicó en su iglesia los cuadros y las estatuas. San José y San Pedro adornaban el presbiterio; San Sixto, patrón de la parroquia, y San Blas se levantaban a la entrada del coro. Había dos imágenes yacentes: *Cristo en el sepulcro* y Santa Filomena. Metidos en nichos o simplemente adosados a la pared, podían verse *Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa*, una Virgen con el Niño Jesús, San Juan Bautista, San Lorenzo, San Francisco de Asís, Santa Catalina de Siena, San Benito Labre; el arcángel San Miguel, el arcángel Gabriel y la Virgen de la Anunciación, el arcángel Rafael y el joven Tobías. La Santa Faz y los instrumentos de la Pasión formaban relieves en la capilla del *Ecce Homo*, donde presidía un gran *Cristo coronado de espinas*. Todo hablaba a los ojos del cristiano en aquella diminuta iglesia.

Muchas veces no se necesita sino la vista de una imagen para conmovernos; con frecuencia hieren casi tan fuertemente como las mismas cosas que representan²⁷.

«Las imágenes de gran tamaño le arrebatában» —decía la condesa de Garets.— «¡Ah!, si tuviésemos fe»— exclamaba llorando delante del *Ecce Homo*²⁸.

* * *

En la obra de la restauración y embellecimiento del templo el Rdo. Vianney se vio eficazmente ayudado por un caballero de aquella región, a quien el pueblo de Ars le debe una eterna gratitud: el vizconde Francisco, hermano de la señorita Ana-María Garnier de Garets.

Por conducto de ésta, el vizconde, que residía en París, se enteró de la llegada a la parroquia de un ex vicario de Ecully llamado Vianney. Por la primavera de 1819, fue al castillo de su familia para pasar allí algunas semanas de descanso. En

²⁷ *Sermones*, t. IV, p. 155.

²⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 772.

tonces conoció al sacerdote de apenas treinta y seis años cumplidos, demacrado por las vigiliás, los ayunos y los trabajos apostólicos. A la primera entrevista se sintió conquistado y desde entonces puso en el nuevo amigo una confianza sin límites. Nunca escribía a su hermana sin hablarle de su «celoso y respetable Cura».

Entretando la señorita de Ars tenía a su hermano al corriente de los trabajos emprendidos por el señor Vianney. Le decía que sin duda habían comenzado bien, pero que por falta de recursos sería menester detenerse. ¡Qué pena para un sacerdote tan santo! En una palabra, la castellana supo conmover y defender con tanta elocuencia la causa de su pequeña y querida parroquia, que el vizconde se resolvió a continuar la obra del joven párroco. «Jamás —decía en su estilo solemne— la iglesia de Ars será tan suntuosa y tan hermosa como es mi deseo»²⁹.

Inmediatamente, comienza a hacer encargos a las mejores casas de París. El 5 de mayo de 1823 anuncia el primer envío: tres estandartes bordados de plata, «uno del Santísimo Sacramento, otro de la Santísima Virgen y otro de nuestro patrón San Sixto... Todo lo que usted hace por la iglesia de Ars, añade dirigiéndose al señor Vianney, me inspira lo que a mi vez hago por ella; sus feligreses me han escrito que sus santas predicaciones y sus buenos ejemplos les edifican y les arrastran hacia Dios». Después envía ornamentos de seda o de paño bordado en oro para la misa, y «unos ornamentos de terciopelo negro con galones rojos, para las ceremonias del Viernes Santo».

Para el mes de mayo de 1824 le prometió un palio, cuyo tejido escogió el reverendo Vianney: «Como las mejores telas se fabrican en Lión y también para que sea según su gusto, usted mismo, mi querido amigo y respetable cura, puede encargarse de adquirirlo». El palio llegó a tiempo; pero, por no tener la puerta de la iglesia la suficiente altura, no pudo salir hasta el año 1826, época en que el vizconde mandó levantar ocho pies la entrada de la iglesia y le dio una nueva

²⁹ Carta del 18 de octubre de 1822.

fachada, que había de rematar después en una estatua de la Purísima Concepción.

Si hubo persona que se alegrase a la llegada de los regalos del generoso vizconde, ésta era el Cura de Ars. Era un placer verle y oírle al abrir las pesadas cajas que algunos feligreses de buena voluntad iban a buscar a Lión. Reía y lloraba a la vez como un niño. «Madre, decía a una buena anciana que en aquel momento acertaba a pasar, venga, venga a ver una cosa muy hermosa antes de morir»³⁰. Muy pronto un grupo de admiradores se reunía en torno de aquellos tesoros. «Ah, decía, todavía vendrán cosas mejores»³¹.

Aunque la generosidad del vizconde permitió ensanchar la entrada de la iglesia, el acceso a ella era todavía muy incómodo, pues se subía por una escalera de caracol. El caballero tomó la iniciativa de reemplazarla por una gradería precedida de unos tramos espaciosos. Con gusto hubiera hecho allí algo extraordinario.

Deseo que sea muy bella la entrada a la iglesia, escribía al alcalde señor Mandy; esto es absolutamente necesario, pues si el acceso a los palacios de los reyes se distinguen por su magnificencia, con mayor razón los de las iglesias deben de ser suntuosos... No hay que perdonar gasto en ello.

Por fin, en 1828, gracias al concurso de los habitantes de Ars, que acarrearón los materiales, se construyeron los dos tramos y la escalinata actual.

Durante la ejecución de estas obras, el vizconde no permanecía inactivo. El día 15 de marzo de 1827, al alcalde de Ars «le rogaba que dijese al señor cura y a los señores de la junta de obras que hacía donación a la iglesia parroquial: 1.º, una custodia de plata dorada³²; 2.º, de un templete cu-

³⁰ Condesa DES GARETS, (*Proceso del Ordinario*, p. 772).

³¹ Dionisia LANVIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1362; María RICOTIER, *id.*, p. 1335.— En efecto, todos los ornamentos adquiridos o recibidos en este tiempo por el Rdo. Vianney eran objetos de precio; ninguno, empero, valía gran cosa desde el punto de vista artístico; solamente el palio, muy rico, estaba bordado con verdadero gusto.

³² Este ostensorio sobredorado, que remataba en una gran cruz, fue arrebatado de la sacristía por un ladrón. El señor Vianney se lamentó más del crimen que del perjuicio material: «Es una pérdida de bienes temporales, que puede repararse.» (Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 773). Acudió a la generosidad de los fieles, que costearon un nuevo ostensorio. «El Rdo. Vianney —decía el conde de Garets— no tenía más que pedir y al instante conseguía cuanto deseaba para la iglesia.» (*Id.* p. 951).

bierto de terciopelo, con la cúpula, las columnas, el ojo y la base de cobre dorado; 3.º, de un tabernáculo asimismo de cobre dorado, proporcionado al templo», etc. El Rdo. Vianney recibió, además, de su «querido bienhechor», unos grandes relicarios que sirvieron para adorno de las capillas de la Santísima Virgen y de San Juan Bautista³³.

La principal recompensa para el vizconde fue el ver constantemente aplaudida su conducta por «su tierna hermana» —así la llama muchas veces en sus cartas— y el complacer al santo Cura de Ars.

Me hablas, escribe a la señorita de Garets, de nuestro respetable señor Vianney; de donde concluyo que *estás muy satisfecha de lo que yo hago y haré por Ars, si Dios me da vida*; pero también que te inclinas a dejarme obrar solo, ya que a ti te atraen otras buenas obras. Te ruego por favor que me escribas con franqueza lo que nuestro señor Cura piensa de todos mis envíos, pues si él está del todo contento, por mi parte el gozo será completo³⁴.

De esta manera en 1828, es decir, diez años tan sólo desde la llegada del santo Cura a la parroquia de Ars, la antigua iglesia era casi, interior y exteriormente, tal cual la vemos hoy. El humilde Cura de Ars había trabajado muy de firme. Entretanto, podían ya comenzar las famosas *peregrinaciones a Ars*, o sea, aquel desfile jamás interrumpido de gentes de todas las naciones, justos y pecadores, que acudirían a buscar la salud, la luz y la conversión de sus corazones, y que, adelantándose al juicio infalible de la Sede Apostólica, le llamarían *el Santo*.

VII. LAS GRANDES PRUEBAS DE LOS PRIMEROS AÑOS: CALUMNIAS Y TENTACIONES

La prueba inevitable al Apóstol.—«Desagradable»—Quejas y críticas.—El señor Vianney inclinado a dejar la parroquia.—Las calumnias de los libertinos.—La investigación del cura de Trevous.—La actitud del Santo, calumniado.—Una reputación intachable.—La respuesta de las personas honradas.—El fin de la tempestad.—El temor de los juicios de Dios.—El amor a la cruz.—Cansancio y deseos de un cambio.—El nombramiento para la parroquia de Fareins.

El bien no puede practicarse sin el sufrimiento; «no hay redención sin derramamiento de sangre»¹. Los santos no edificaron nada, sino sobre la base del sacrificio. El pastor de Ars conocía de sobra esta doctrina y se azotaba cruelmente y se imponía los ayunos más rigurosos para la conversión de su amada grey. Mas, por especial designio del Señor, otros dolores más acerbos había de sufrir de parte de la malicia más o menos consciente de los hombres.

Es imposible combatir desórdenes inveterados y arraigados vicios sin provocar resistencias. Estas resistencias el Rdo. Vianney las presentía y las aguardaba.

Si un pastor no quiere condenarse, decía, en cuanto se introduce un desorden en la parroquia, es necesario que ponga bajo los pies el respeto humano, el temor de ser despreciado y el odio de los feligreses; aunque esté seguro de que al bajar del púlpito será asesinado, no debe arredrarse. Un pastor que quiera cumplir con su deber siempre ha de estar espada en mano².

³³ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 772.

³⁴ *Cartas* de 21 de mayo de 1827 y de 25 de marzo de 1828.

¹ Hebreos, IX, 22.

² *Sermones*, Sobre la colera, t. III, p. 352.

San Pablo ya lo había escrito a los fieles de Corinto: «Gustosísimo me sacrificaré una o más veces por vosotros, aunque amándoos más, sea menos amado»³.

El Cura de Ars «no quería condenarse». Sus feligreses se convencieron bien pronto de ello. Durante muchos meses, los que acudieron al templo oyeron caer sobre ellos, desde el púlpito, reproches, exhortaciones y amenazas casi continuas. El predicador gustaba de repetir, al verles tan flojos y bostezando: «Cuando yo estoy entre vosotros no siento ningún fastidio»⁴. Ellos lo encontraban *ingrato* (*ingrat*), lo que en su modo de hablar equivale a desagradable y provocativo⁵.

«¿Predicaba mucho rato el señor Cura?, dijo al señor Dremieux Mons. Convert.

—Sí, mucho rato y siempre sobre el infierno... Daba frecuentes palmadas y decía: «¡Hijos míos, estáis perdidos!» También se golpeaba el pecho. ¡Qué firmeza tenía!... No falta quienes dicen que no hay infierno. ¡Ah!, él sí que creía en él»⁶.

Más tarde, cuando su parroquia había mejorado sensiblemente, prefería mostrar a sus feligreses los atractivos de la virtud que la fealdad del vicio.

Sin duda, que inconscientemente y arrebatado por el celo, se dejó llevar, al principio de su apostolado, de su carácter sensible, nervioso e impulsivo. «He de deciros, procuraba repetir con frecuencia, que hay una ira santa, que nace de mi celo por los intereses de Dios»⁷. No era partidario de las medianías. Sin embargo, siempre se dejó llevar menos por el temperamento que por el deber. Si nunca fue brusco donde convenía manifestarse conciliador y suave, tampoco jamás se detuvo cuando se imponían las resoluciones enérgicas. A

³ II Cor., XII, 15.

⁴ Juan TETE, *Proceso apostólico continuativo*, p. 80.

⁵ El primer historiador del Cura de Ars (el Rdo. Monnin) le hace decir «que jamás dirigió a sus filigreses palabras duras». Es sencillamente una candidez contra la que protestan todas las páginas de los sermones del Santo; un error que siempre ha hecho sonreír a los contemporáneos... Sería curioso que los desórdenes que devastaban la parroquia de Ars hubieran caído por sí mismos como los muros de Jericó. La verdad es que no ocurrió de esta manera... El Cura de Ars combatió los abusos «con frente de piedra y de diamante» (Jeremías, III, 19), con «la noble audacia» de que habla Tertuliano, la cual todo lo dice «y no teme a nadie» (Mons. CONVERT, *Le Curé d'Ars et les dons du Saint-Esprit*, p. 239).

⁶ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas* cuaderno 1, n.º 23.

⁷ *Sermones*, t. III, p. 352.

través del pecador, por el que sentía gran compasión, descubría el pecado, por el cual no tenía misericordia.

Su manera de actuar no era la misma de sus antecesores. Comenzaron las críticas en el seno de las familias: a tal niño no había querido absolverle; su primera comunión había sido diferida hasta el año siguiente. Y todavía peor: «Es porque se trata de *mi hijo*»⁸, decían las madres picadas en su amor propio. Además, aquel nuevo cura ¿no se mostraba demasiado riguroso con los profanadores del domingo, contra los que frecuentaban la taberna y contra los concurrentes al baile?... Naturalmente, se indispuso con todos los taberneros. Si él no quiere vivir como todo el mundo, puesto que es sacerdote, cumple con su deber, ¡pero al menos que deje en paz a los otros! Así hablaban, entre copa y copa, aquellos filósofos de secano.

Y ¡quién lo creyera! Aun a las personas verdaderamente piadosas les costó trabajo acostumbrarse al modo de ser del Rdo. Vianney. Durante casi diez años, «diez años de angustia», la excelente Catalina Lassagne, que andando el tiempo sería una de sus más fervientes admiradoras, «sentirá por él tanto temor como veneración, y pedirá a Dios que aleje de Ars a aquel sacerdote, cuya dirección se le hará insoporable»⁹. Es que la deseaba perfecta y no le dejaba pasar la menor falta.

Tal fue su manera de obrar con las personas que se le mostraron adictas. «Llevó por caminos extremadamente duros» a la abnegada señorita Pignaut, la cual, a pesar de que gozaba de cierto bienestar, había dejado su casa de Lión para vivir al lado de la pobre señora Renard. «No dejaba escapar ocasión de mortificarla y de ejercitarla en una renuncia absoluta de todas las cosas, así grandes como pequeñas, hasta el punto de prohibirle la asistencia al catecismo»¹⁰. No rehusaba, en sus obras de celo, la cooperación de las mujeres, pero quería que fuese desinteresada y sobrenatural.

⁸ *Sermones*, Deberes de los padres, t. III, p. 315; J. PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 837.

⁹ Rdo. G. RENOUD, *Catalina Lassagne*, «Anales de Ars», septiembre de 1920, p. 101.

¹⁰ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 469.

Las quejas y los chismes de las personas que había amonestado y de los penitentes a quienes había negado la absolución, llegaban a oídos del austero confesor. Y él no lo ocultaba.

Si un pastor, dijo después de proferir violentas invectivas contra los malos ejemplos de los padres, quiere que conozcan sus faltas y las de sus hijos, montan en cólera, le vituperan, hablan mal de él y le hacen objeto de mil contradicciones...¹¹.

Si un *habitante*, prosigue, tiene algo contra su pastor porque le ha dicho alguna cosa para el bien de su alma, en seguida surge la inquina: hablará mal de él; oirá con gusto que otros hablan así, y echará a mala parte cuanto se le diga... Otra vez será una persona a quien habrá negado la absolución; se revolverá contra su confesor y será a sus ojos peor que el demonio¹².

La animosidad, en ciertos hogares, duró largo tiempo. El Rdo. Vianney tuvo ocasión de experimentarlo penosamente durante la revolución de 1830. Causa extrañeza que las *jornadas de julio* hubiesen tenido repercusión en la pequeña aldea de Ars. Y, sin embargo, así fue. «Siete de sus feligreses, a quienes parecía demasiado severo, diéronle a entender que tendría que dejar aquel pueblo»...¹³. Claro está que aquellos hombres no eran los más edificantes de la parroquia. Si bien el Cura de Ars no conservó para con ellos ninguna amargura ni habló jamás de ellos sino con dulzura, y en la intimidad, con todo, la prueba fue para él muy penosa¹⁴.

* * *

Otro golpe, asimismo muy terrible, vino a herir su corazón. Hemos visto cómo todas las jóvenes de Ars, dóciles a sus enseñanzas, habían acabado por ponerse bajo el cayado de

¹¹ *Sermones*, t IV, p 56

¹² *Sermones*, t II, p 275

¹³ En 1880, el caso del Rdo. Vianney no fue único «El saqueo del arzobispado de París dio alientos a los demoleedores de las provincias, y los espíritus fuertes de los pueblos se apresuraron a valerse de la ocasión para vengarse de los sermones de sus parrocos arrojándoles de sus casas. La diócesis de Belley no se vio libre de tales persecuciones y de otras tropelias que hubo de sufrir el clero. Muchos sacerdotes fueron insultados y maltratados y algunos echados de las casas parroquiales. Las calumnias más absurdas y odiosas se propalaron entre el pueblo. Corrió la noticia de que el nuevo gobierno había mandado derribar todas las cruces. lo cual dio ocasión a algunos atentados sacrílegos» (J. COGNAT, *Mons Devie*, t II, p 2-3)

¹⁴ Rdo. RAYMOND *Proceso del Ordinario*, p 280

su pastor. «Algunos individuos perversos, ajenos a la parroquia», y aquellos de entre los jóvenes que no encontraban ya cómplices en sus desórdenes, la emprendieron contra el párroco e intentaron salpicarlo del lodo en que vivían ennegados. Tuvieron la audacia de atribuir su palidez y su flaqueza, no a las terribles maceraciones, sino a una vida ocultamente licenciosa, y mezclaron el nombre Vianney en sus canciones picarescas; le escribieron cartas anónimas repletas de infames injurias; fijaron cartelones del mismo tono en la puerta de la casa parroquial y de noche hubo pitadas y cerraduras al pie de su ventana¹⁵.

Algo peor le aguardaba. Permite a veces Dios que las almas más puras sean víctimas de las más odiosas calumnias y de ello no exceptúa a los ministros del altar. «Con motivo de un hecho escandaloso —una desgraciada joven que había perdido su honor, acababa de ser madre en una casa contigua a la del párroco—, cuatro miserables intentaron empañar la reputación del siervo de Dios... No fue sino un rumor que no hizo fortuna y que su virtud desvaneció al momento, pues nadie jamás había sorprendido en su conducta cosa alguna digna del menor reproche o que diese pie a la menor sospecha»¹⁶. A pesar de esto, cubrieron de inmundicias su puerta y no faltó quien, por espacio de dieciocho meses, le insultase por la noche desde bajo las ventanas, como si se tratase de un hombre de vida disoluta¹⁷.

Parecía que ninguna humillación o sufrimiento moral había de serle perdonado. En 1823 fue restablecida la diócesis de Belley y Ars dejó de pertenecer al arzobispado de Lión. Mons. Devie, su nuevo obispo, no le conocía. Comenzaron a llegar cartas anónimas a manos del prelado, quien creyó un deber «enviar al cura de Trevoux, deán del señor Vianney, para que hiciese una información sobre su conducta»¹⁸. Se ignora de qué manera se hizo, pero lo cierto es que las imputaciones calumniosas quedaron reducidas a la nada.

¹⁵ Guillermo VILLIER *Proceso del Ordinario*, p 652, Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p 438, Catalina LASSAGNE *Petit memoire*, tercera redacción, p 70

¹⁶ Catalina LASSAGNE *Proceso del Ordinario*, p 251, Rdo. DUBOUISS *id.*, p 1259

¹⁷ Rdo. TOCCANIER *Proceso apostolico ne pereant*, p 320, *Proceso del Ordinario*, p 176 y 224

¹⁸ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p 662

¿No era, acaso, al recordar estos penosos incidentes, cuando decía al fin de su vida: «Si al llegar a Ars hubiese sabido lo que allí había de sufrir, me hubiera muerto del susto»?¹⁹. Vivió, en efecto, horas de verdadera agonía. Hubo un momento, refiere un testigo de su vida, «que llegó a estar tan cansado de los falsos rumores que algunos se atrevieron a propalar sobre su fama, que quiso dejar la parroquia y lo hubiera hecho si una persona de su intimidad no le hubiese convencido de que su partida equivalía a una tácita confirmación de las calumnias»²⁰.

Entonces «se abandonó más en brazos de la Prodigencia»²¹, y mientras su corazón se sublevaba contra la ignominia —pues se trataba de su honor sacerdotal— perdonaba a los culpables; más aún: les trataba como amigos. «Si hubiera podido colmarles de bienes lo hubiera hecho gustoso.» Así fue cómo ayudó en un revés de fortuna a una familia que le había perseguido... «Uno de sus miembros murió en un manicomio; mas el reverendo Vianney, a pesar de que sabía de quiénes se trataba, jamás hizo mención de ello y buscó todas las ocasiones para serles útil»²². «Hay que rogar por ellos»²³, decía al alcalde, señor Mandy, indignado ante el proceder de gente tan miserable. A un sacerdote que se lamentaba de ser el blanco de las iras de los malos, le aconsejaba: «Haced como yo: les he dejado decir cuanto han querido, y de esta manera han acabado por callarse»²⁴.

Las almas santas «convierten en suavidad todas las amarguras»²⁵. «Sé —cuenta otro testigo— que el señor Vianney no solamente soporta con paciencia tan indignos tratos, sino que además encuentra en el sufrir un gozo sobrenatural. Más tarde llamaba a esta época *el mejor tiempo de su existencia*. Hubiera deseado que el señor obispo, convencido de su culpabilidad, lo hubiese alejado de su parroquia para darle tiempo de llorar en el retiro *su pobre vida*»²⁶. En febre-

ro de 1843 hacía a muchas personas atónitas estas confidencias: «Pensaba que vendría un tiempo en que me echarían de Ars a palos, o que el señor obispo me quitaría las licencias, o que acabaría mis días en una cárcel... Veo que no merezco estas gracias»²⁷. Y después de la información del deán de Trevous, al ver que Mons. Devie, lejos de retirarle de la parroquia, le conservaba gusto en ella, decía: «Me dejan aquí como un perrito en el lazo. ¡Me conocen demasiado!»²⁸.

¡He aquí al Santo! El Cura de Ars llegó al grado más heroico de humildad: no solamente a un completo desdoro de los honores, sino al desprecio de su reputación. El sufrimiento moral, lejos de abatirle, fue para él un estímulo; fue en su alma el auxiliar de Dios que le modeló, como el escultor con el cincel modela la estatua al esculpir el mármol.

El Rdo. Vianney hubiera podido defenderse públicamente, ya que públicamente le atacaban. Más de una vez le aconsejaron que así lo hiciera; pero él prefirió llorar delante de Dios y guardar silencio. Por dicha suya, su vida, ya admirable, hablaba muy alto en favor de su virtud, y la mayor parte de sus feligreses —citaremos varios testimonios— le juzgaban digno de todo respeto. El, que en su juventud se había negado por un exceso de delicadeza «a abrazar a su propia madre»²⁹, era tan modesto y recatado que ni siquiera tocaba a los niños³⁰. Cuando las jovencitas del castillo se acercaban a él en compañía de sus hermanos, acariciaba a éstos alguna que otra vez, pero jamás a aquéllas³¹. «Su miramiento en este punto era tal, que reprendió en cierta ocasión a unas niñas que se habían permitido tocar la mano de un eclesiástico forastero»³².

«Durante sus enfermedades, no quiso ser asistido sino por hombres»³³. Con las mujeres admitidas alguna vez a su servicio, «se conducía de manera que supiesen hacer única-

¹⁹ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 468.

²⁰ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 747.

²¹ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 804.

²² Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 662.

²³ J.-B. MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 581.

²⁴ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico in genere*, p. 432.

²⁵ Santa TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, cap. XII.

²⁶ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 662.

²⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, p. 16.

²⁸ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 174.

²⁹ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 442.

³⁰ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 223.

³¹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 777; señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 310.

³² Conde Félix DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 415.

³³ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 310.

mente por Dios lo que hacían por él»³⁴. «Casi no me atrevía a mirarle ni a hablarle. Cuando le presté algún servicio, lo hice, en cuanto me es dado creerlo, tan sólo por amor de Dios y sin afección natural alguna. Al llevarle alguna cosa, me disponía de antemano a ser despedida»³⁵. Así se explica el porqué jamás tuvo sirvienta³⁶. «Las piadosas mujeres que se ocupaban alguna vez en el arreglo de la casa parroquial, tenían orden de no hacerlo sino en su ausencia»³⁷. Por lo demás, «la reputación de estas devotas estaba por encima de toda sospecha»³⁸.

En presencia de las señoras que le visitaban, «a juzgar por la gravedad de sus palabras, la modestia de sus ojos y lo grave de su continente —nunca se sentaba delante de ellas—, se le hubiera tomado por un ángel en cuerpo mortal»³⁹. De él podía decir una de sus más asiduas penitentes: «Su primera mirada llegaba hasta el fondo del alma, pero después ya no os miraba más. La *individualidad* no era nada para él; no veía sino almas que guiar hacia Dios»⁴⁰. «No había, sin embargo, en el señor Vianney, nada de afectación ni lo que podría llamarse gazmoñería»⁴¹.

Finalmente, él mismo aseguraba que si no hubiese sido sacerdote, y sacerdote confesor, no hubiera conocido el mal y que si se había enterado de él, lo debía a las confesiones de sus penitentes⁴².

Nada tiene, pues, de extraordinario, después de lo dicho, «que las calumnias propaladas contra él y contra su buena fe por personas mal intencionadas, no hubiesen jamás hallado el menor crédito en la parte sana de la población»⁴³. Sus colegas en el sacerdocio, si bien no siempre tuvieron de él un

³⁴ Catalina LASSAGNE *Petit memoire* tercera redacción, p 88

³⁵ Catalina LASSAGNE *Proceso apostolico in genere*, p 121

³⁶ En el informe de la visita episcopal del 10 de octubre de 1829, solamente dos preguntas quedaron sin respuesta *Quo modo nuncupatur Ancilla Pastoris?* ¿Como se llama la criada del parroco? *Quo loco, quo anno et quo die est nata?* ¿Lugar, año y día de su nacimiento?

³⁷ Rdo TOCCANIER *Proceso del Ordinario*, p 176

³⁸ Rdo RAYMOND *Proceso del Ordinario*, p 329

³⁹ Juan TETE *Proceso apostolico continuativo*, p 95

⁴⁰ Señorita Cristina de CIBEINS *Proceso apostolico continuativo*, página 156

⁴¹ Condesa DES GARETS *Proceso del Ordinario*, p 918

⁴² Catalina LASSAGNE *Proceso del Ordinario*, p 521

⁴³ *Ibidem*, p 216

concepto justo, al menos nunca se complacieron en oír tan detestables infamias. Desde 1822, el señor Vianney comenzó a tener entre el clero reputación de santo⁴⁴. Los buenos feligreses no perdían ocasión de defenderle. «Algunas veces —cuenta Antonio Mandy, hijo del alcalde— me decían los malos: «¡Bah! ¡vuestro cura... es como los demás!» Yo les respondía: «Os equivocáis de plano; hace mucho tiempo que le observo; nuestro cura es un santo»⁴⁵. Más aún: el sacerdote tan indignamente calumniado encontró, hasta en los incrédulos, resueltos defensores. El doctor Thiébaud, médico de Trevoux, que más tarde había de convertirse, había visto al reverendo Vianney y no ignoraba las causas de su extenuación. Este señor tuvo la lealtad de defenderle públicamente en un café de Trevoux, contra unos «espíritus fuertes» que le recriminaban⁴⁶.

La tempestad cesó, para no volver más. El Cura de Ars había deseado para sí la humillación; eso era cosa suya. Mas Dios, que levanta al pobre de las afrentas inmerecidas, no quiso que la calumnia manchase por más tiempo la reputación de aquel sacerdote que había de esparcir mejor que nadie el buen olor de Cristo entre los hombres. Nunca, desde que se estableció aquella famosa corriente de peregrinos, nadie se atrevió a poner en duda su perfecta virtud; bastaba para convencerse de ello contemplar el puro candor de sus ojos azules. Por el contrario, algunos hechos bastante significativos comenzaron a llamar la atención de la multitud.

Un día de 1853, la madre de un sacerdote, cuya relación conservamos, la señora Gauthey, de Montchanin, en el Saône-et-Loire, rezaba en la iglesia de Ars, no lejos del confesonario del Santo. Entonces «vio, no sin emoción, a una mujer, que, a pesar de sus esfuerzos, no podía acercarse al Rdo. Vianney. Era, según le dijeron, una mujer de mala vida. A pesar de sus gritos y lágrimas, no podía llegar al confesonario»⁴⁷.

⁴⁴ Mons MERMOUD *Proceso apostolico ne pereant*, p 573

⁴⁵ Antonio MANDY *Proceso del Ordinario*, p 1358

⁴⁶ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p 918, señorita Marta, su hija, *Proceso apostolico in genere*, p 310

⁴⁷ *Memoria* del Rdo Marcelo GAUTHEY sacerdote retirado de Chauffailles (Saone-et-Loire), 20 de diciembre de 1901, p 7

Veinticinco años después, ocurrió otro hecho, que tuvo todas las apariencias de una maravilla y de un símbolo.

Cada año la señorita de Garets tenía la costumbre de ofrecer al señor Cura, por la fiesta de San Juan Bautista, un ramillete de flores de lis. No habiendo podido en cierta ocasión ofrecérselo la víspera como solía, se lo dio el mismo día de San Juan en la sacristía. El Rdo. Vianney tomó el ramillete, admiró su frescura y disposición y lo puso en la ventana, la cual mira al mediodía y en la que el sol ardiente de aquella estación batía a todas horas. Pasados ocho días, las flores conservaban su hermosura y su perfume⁴⁸.

Aquellas flores, que conservaron por tanto tiempo y bajo los rigores de un sol de estío la blancura de su corola y la rigidez de sus largos pistilos de oro, ¿no fueron un símbolo magnífico de una reputación inmaculada que la malicia in-noble jamás pudo empañar?

* * *

Las injurias de los hombres no fueron las únicas pruebas que el señor Vianney hubo de soportar durante los primeros años de su vida apostólica. Mientras que por de fuera le asediaba la malquerencia, en su interior sufría angustias de otra especie.

A pesar de su gran fe en la Providencia, la vista de lo que él llamaba su profunda miseria y las obligaciones de su cargo le inspiraban un gran temor de los juicios divinos... Llegó al punto de sentir como tentaciones de desesperación. «¡Dios mío! —exclamaba entre gemidos—, haced que sufra cuanto os pluguiere, pero concededme la gracia de que no caiga en el infierno!». Y pasaba del temor a la esperanza y de la esperanza al temor⁴⁹.

Vióse en aquellas terribles situaciones de espíritu «en las que el alma no recibe consolación ni de las cosas de la tierra, a las que no tiene apego, ni de las cosas del cielo, donde no vive todavía»; esas horas de cruz, en las que se cree «aban-

donada de Dios totalmente y para siempre»⁵⁰. Era entonces sobre todo cuando deseaba huir e irse a cualquier soledad «a llorar su pobre vida».

En verdad que la cruz que llevaba era muy dura. Mas después que comenzó a amarla, ¡cuán ligera le pareció!

«Sufrir amando, decía, no es sufrir... Huir de la cruz, por el contrario, es querer ser aplastado... Hemos de pedir el amor a las cruces; entonces es cuando son dulces. Yo lo he probado durante cuatro o cinco años; he sido muy calumniado y objeto de contradicción. ¡Ah! Llevaba cruces, tal vez más de las que podía. Entonces pedí el amor a la cruz y fui dichoso; ahora me digo: verdaderamente no hay felicidad sino en eso»⁵¹.

De esta manera, aunque las más furiosas tempestades hubiesen asaltado su alma, no hubieran podido llegar a aquella cumbre, morada de la confianza y de la paz.

Un día, cuenta el Rdo. Alfredo Monnin, entonces misionero, le pregunté si sus penas le habían hecho perder alguna vez la paz: «¡La cruz, dijo con celestial expresión, la cruz ha de hacernos perder la paz!... Si precisamente es ella la que ha de infundirla en nuestros corazones. Todos nuestros males provienen de que no la amamos»⁵².

A esta fe inquebrantable debió el Cura de Ars no sólo el no haber sucumbido ni el haberse desalentado, sino también el haber realizado obras que otros sacerdotes humanamente mejor dotados que él, pero menos sobrenaturales, no se hubieran atrevido a emprender. Demostrando con los hechos qué grandeza moral —y qué meritos— pueden derivarse de las humillaciones terrenas, continuó trabajando únicamente por Dios, sin esperar de los hombres recompensa alguna. «Cuando se hacen las cosas sin placer y sin gusto, decía, se trabaja mucho más por Dios. Es posible que me saquen de aquí; entretanto procedo como si hubiese de estar siempre»⁵³.

Sin embargo, en el Rdo. Vianney la espada iba desgastan-

⁵⁰ SANTA TERESA, *Vida*, Cap. XX; SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura*, lib. II, cap. VI.

⁵¹ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 206; Rdo. MONNIN, *id.*, 1098.

⁵² *Proceso del Ordinario*, p. 1124.

⁵³ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 502.

⁴⁸ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 182; Magdalena MANDY-SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 278.

⁴⁹ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 486; J. PERTINAND, *id.*, p. 361.

do la vaina. Gustaba de triunfar a fuerza de paciencia, pero estas luchas internas le minaban. Durante el verano de 1827, consintió en ir al castillo para entrevistarse con un médico. El doctor Timécourt se mostró severo y prescribió al heroico penitente «un mejor régimen a fin de prevenir las afecciones nerviosas, a las cuales era propenso y que podían hacerse crónicas».

Además de las medicinas que le he recetado, decía el meticoloso médico, el señor Cura ha de tomar guisado con manteca o leche, pollo, ternera, cerveza, fruta cruda o cocida, con pan fresco, tostadas con manteca y miel, té o leche azucarados y muchas uvas bien maduras.

Nadie, de cuantos rodeaban al Rdo. Vianney, ha sabido decir cómo cumplió las prescripciones del facultativo. Es de creer que no las tuvo muy en cuenta. Solamente consintió, después de aquella consulta gratuita, en aceptar de manos de la señorita de Ars un paquete de hojas de té⁵⁴.

No pasaba de los cuarenta años, y se sentía agotado. Todos los días tenía fiebre. Fuese por esta fatiga física o por los sufrimientos morales, a fines de 1827 o a comienzos de 1828 pidió ser trasladado a otra parte. Los señores del castillo se conmovieron vivamente y, para conservar a su cura, hicieron varias gestiones ante monseñor Devie, cuya respuesta se hizo esperar.

No creo, escribía el 1.º de abril de 1828 el señor Gillet de Valbreuse a su prima de Garets, que su Excelencia conceda el traslado al Rdo. Vianney sin antes asegurarse de los motivos de semejante proceder. Además, ¿qué será de la escuela?

La escuela en cuestión era la «casa de la *Providencia*», obra de grandes alientos, que el joven cura parecía tener grabada en su corazón. El castillo se interesaba también por ella y temían que la partida del fundador comprometiese su existencia.

A pesar de esto, Mons. Devie no desatendió la petición del Rdo. Vianney y le propuso el curato de Fareins. Por de pron-

⁵⁴ Las prescripciones del Dr. Timécourt son del día 28 de julio de 1827, la señorita de Ars añadió lo que se refiere al té

to, era un ascenso y una respuesta a los calumniadores de antaño. En aquella parroquia, vecina de Ars, pero cinco veces mayor⁵⁵, el santo varón podría ser más útil y fundar otra *Providencia* en la que podría recogerse mayor número de huérfanos. Al principio dudó, pero después creyó preferible aceptar. Mas de repente se fijó en «su pobre miseria» y cambió de parecer. «¡Cuán desgraciado soy! —dijo a las directoras de la escuela—. ¡Consentía en marchar a una parroquia mayor, yo que apenas puedo sostenerme contra el desaliento en una que es pequeña!» Y escribió al señor obispo para ponerle al corriente de su nueva determinación⁵⁶.

El obispo de Belley, que ya conocía el celo del Cura de Ars, había tenido sus razones al ofrecerle la parroquia de Fareins. En el siglo XVIII esta importante villa del Ain había pasado por pruebas poco comunes, y la fe de sus habitantes, hasta entonces buenos católicos, había sido profundamente perturbada. Poco antes de la Revolución, una secta extraña se había formado allí bajo la inspiración de dos sucesivos curas jansenistas, los hermanos Claudio y Francisco Bonjour: esta secta se llamó de los *Fareinitas*. Estos exaltados, con las mujeres a la cabeza, sobrepasaron los excesos de los antiguos *Flagelantes*. Ponían la felicidad en hacerse azotar hasta derramar sangre. Una joven, Estefanía Thomasson, cediendo a fanáticas sugerencias, consintió en dejarse crucificar en la misma iglesia...⁵⁷. Ya se ve que semejantes locuras no podían conducir sino a la inmoralidad y al escepticismo.

En 1828, la mitad de la parroquia de Fareins continuaba adherida a las doctrinas de los hermanos Bonjour⁵⁸ y preci-

⁵⁵ 1186 habitantes (Estadísticas del registro parroquial de Fareins)

⁵⁶ Catalina LASSAGNE *Petit memoire*, tercera redacción, p. 80

⁵⁷ La historia del *Fareinismo* o *Farinismo* la escribo tan completamente como le fue posible el R. P. Pablo Dudon en una serie de once artículos publicados por la *Revue Gorani* 1908 (n.º 18-20), 1909 (n.º 21), 1910 (n.º 25), 1913 (n.º 37-40), 1914 (n.º 31-42). La secta se remonta al paso por Fareins de Claudio y después de Francisco Bonjour (1775-1788). Es exacto que, el 12 de octubre de 1787, Estefanía Thomasson fue clavada en una cruz, con sus vestiduras ordinarias, contra la pared de la capilla de la Virgen. Muchas personas se hallaron presentes a esta escena monstruosa. Segun Francisco Bonjour y los testigos que firmaron el proceso verbal de la investigación hecha por el Rdo. Joly Clerc, vicario general de Lion —pues la autoridad eclesiástica practico las debidas diligencias— la joven fue desclavada en seguida y curada de sus heridas. El poder civil intervino por su parte, y los culpables fueron desterrados.

⁵⁸ La estadística parroquial de 1822 señala 600 *jansenistas* entre los 1186 habitan-

samente para volver al redil de la Iglesia a aquellos hijos tanto tiempo extraviados, Mons. Devie pensó en el Rdo. Vianney. Un vicario le hubiera ayudado y así no habría sentido tanto el peso de su ministerio. No hay, sin embargo, duda de que en Fareins hubiera seguido con sus ayunos y penitencias, y que, por lo mismo, el cambio de lugar poco habría contribuido al restablecimiento de su salud.

¿Por qué, en definitiva, se creyó obligado a rehusar el nuevo destino? Porque tembló ante la idea de no poder cumplir con su cometido. Equivocadamente, pero de buena fe, pensó que cualquier otro podría mejor que él sacar de su obstinación a los *fareinitas*, reputados como inconvertibles. Decía un día al señor Dubouis, el cual, nombrado cura de Fareins en 1834, había de permanecer allí cuarenta y ocho años: «Mons. Devie quería ponerme donde está usted, pero tuve miedo de la *secta*. Los paganos se convierten más fácilmente que los jansenistas. En cierta ocasión, cuatro pobres feligreses de Fareins vinieron a preguntarme si podían salvarse sin ir a la iglesia y quedándose a rezar en casa. Amigos míos —les respondí—, ¿qué pensaríais de un hijo que dijese: "Yo amo mucho a mi padre, pero en cuanto a mi madre, no quiero verla?"»⁵⁹.

Mons. Devie no insistió más cerca del Rdo. Vianney, y sin hacerle nuevas proposiciones le dejó en su pequeña aldea.

tes de Fareins. Los disidentes se llaman así en la parroquia, pero fuera de ella se les llama *farinistas*.

⁵⁹ Extracto de una exhortación titulada *A nos frères séparés*, escrita por el reverendo Dubouis en 1864 para intentar reducir a la religión católica a los disidentes de su parroquia.

VIII. LAS CONQUISTAS DEL BIEN Y LAS OBRAS DE APOSTOLADO

La fuerza del grupo escogido.—El «jansenismo» de la señorita de Ars.—Las adoradoras de primera hora.—El feligrés Chaffangeon.—Para conquistar a los jóvenes y a los hombres: la cofradía del Santísimo Sacramento.—Para recristianizar los hogares: la oración en común, las buenas lecturas, el examen de conciencia.—Los secretos de la vida interior enseñados a los campesinos.—Las misiones por los contornos.—En la gran misión de Trevous.—En Saint-Trivier: «¡el señor Cura ha muerto!»—El entusiasmo por el jubileo de San Bernardo.—La «broma» del cura de Limas.—El regreso a tarvés de la nieve.—Para ayudar a sustituir a sus compañeros: bautismos, entierros, visitas a enfermos de las parroquias vecinas.

Las vejaciones que el Rdo. Vianney tuvo que sufrir durante los primeros años de su apostolado no fueron sino obra de algunos espíritus ignorantes, ciegos o perversos. Hemos visto ya que no eran únicamente espinas las plantas que brotaban en el campo confiado por Dios a su celo; también se abrían allí flores —flores de inocencia y de piedad—, las cuales no carecían de belleza y de perfume. El Cura de Ars se dedicó a cultivarlas y a multiplicarlas.

Desde los comienzos había procurado reunir un grupo escogido que, formando con el sacerdote el corazón de la parroquia, le ayudase en su obra de penetración y de conquista. El humilde cura rural tuvo como la intuición, mucho antes que los de su tiempo y los de su vecindad —cuyo influjo por otra parte no dejó de sentir—, de que la devoción a la sagrada Eucaristía es y será siempre entre los pueblos el medio más eficaz de renovación cristiana.

La señorita de Ars era una cristiana muy caritativa y de gran temple; sin embargo, no podía decirse que fuese bastante fervorosa. Su piedad era austera y estrecha: hasta entonces le había faltado un director clarividente y seguro. Era, si hay que dar crédito a su primo Juan Félix des Garets, «una de aquellas almas que, bajo las influencias del siglo precedente, se endurecían y se desecaban en los rigores del jansenismo... Habituada a una vida metódica, pero alejada de los sacramentos, fue inducida poco a poco por el señor Vianney a la frecuente comunión y a la práctica de una tierna piedad»¹.

En adelante, vióselas todas las mañanas asistir a misa. Iba a pie en cualquiera época del año, aun en tiempo de nieves, pues prefería alimentar y vestir a los pobres que el lujo de un coche. Por las tardes, volvía al pueblo y sentía gran placer en visitar al Santísimo Sacramento.

A la señorita de Ars se juntaron muchas personas de más humilde condición, las cuales fueron, al lado del Rdo. Vianney, las buenas obreras de que pudo disponer al principio de su vida parroquial: tales fueron la viuda Claudina Renard, madre de un joven sacerdote; la señorita Lacand, mujer discretísima de sesenta años de edad, «de la cual —dice en su lenguaje nativo Catalina Lassagne— se decía que era *monja* porque vestía de negro o quizá porque había vivido en comunidad»²; la señorita Antonieta Pignaut, que atraída por la reputación de santidad del antiguo vicario de Ecully, había fijado su residencia en Ars para edificarse cada día más con el espectáculo de sus admirables virtudes. A estas pocas personas fervorosas se unieron otras; más tarde se les juntaron las jovencitas que el señor Vianney había agrupado en la *Cofradía del Rosario* y después las directoras de la casa de la *Providencia*, a las que pronto veremos trabajar; de suerte que desde 1825, «aun antes de las peregrinaciones, además del señor Cura, que, por decirlo así, se pasaba la vi-

¹ *Proceso apostólico in genere*, p. 413.— Se conserva toda la correspondencia dirigida a la señorita de Ars por sus maestras de Saint-Cyr. No son sino fórmulas mesuradas y de puro cumplimiento sin una palabra de ternura para aquella alma que deseaba expansionarse. Su madre le escribía en el mismo tono.

² *Petit mémoire*, primera redacción, p. 12.— Nacida en Auvernia, la señora Lacand, tenía en Ars un establecimiento de objetos piadosos.

da delante del Santísimo Sacramento, siempre hubo en la iglesia personas en oración... Recuerdo —dice el maestro Pertinand— que jamás entré en ella sin encontrar a alguien que rezase»³. Muchas de estas excelentes cristianas, a las que el Cura de Ars, según frase de la señorita Marta des Garets, había «inflamado en el fuego de su propia caridad», «murieron como unas santas»⁴.

Estas buenas almas, sin que ellas mismas lo supiesen, comenzaban a andar también por los senderos de la mística. En sus largas visitas al Santísimo decían pocas cosas al Señor, ¡pero se sentían tan felices en su presencia! «¡Ea, alma mía, parecían decir, usando las mismas palabras del asceta que estaba allí arrodillado, redoblemos el fervor!, tú eres para adorar a Dios; sus miradas reposan solamente en ti»⁵.

Sin que el Rdo. Vianney se diese al principio cuenta, un excelente agricultor de Ars había seguido el ejemplo de las piadosas mujeres. Luis Chaffangeon formaba parte de la antigua *Cofradía del Santísimo Sacramento*, mas hasta entonces no se había distinguido de los demás, «contentándose con llevar un cirio en la mano» el día de las bendiciones y procesiones⁶. Hombre de fe profunda, pero perdido algún tanto como Job y Tobías entre los gentiles, se dejó conquistar por las vivas exhortaciones de su pastor. Escuchemos cómo el Cura de Ars nos cuenta esta emocionante historia:

Había aquí, en la parroquia, un hombre que murió hace algunos años. Habiendo entrado por la mañana en la iglesia para rezar sus oraciones, antes de irse al campo, dejó sus alforjas en la puerta y se olvidó de sí delante de Dios. Un vecino que trabajaba en el mismo paraje y que solía verle, se extrañó de su ausencia. Volvióse y se le ocurrió entrar en la iglesia, pensando que quizás estaría allí. Encontrólo en efecto y le dijo: «¿Qué haces aquí tanto tiempo?» El otro le respondió: «Yo veo a Dios y Dios me ve a mí.»

A esta relación, que gustaba de repetir y que cada vez le

³ Juan PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 846; Francisco PERTINAND, *id.*, p. 1812.

⁴ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 298.

⁵ *Esprit du Curé d'Ars*, p. 129.

⁶ *Sermones*, Sobre el Corpus, t. II, p. 130.

hacia derramar lágrimas, añadía: «El miraba a Dios y Dios le miraba a él. ¡En eso consiste todo, hijos míos!»⁷.

* * *

El Rdo. Vianney juzgó muy acertadamente que la parroquia no se entregaría de una manera sería a las prácticas religiosas, hasta el día en que hubiese ganado para Dios a los jóvenes y a los hombres.

Para conquistarlos al culto de la Eucaristía, no innovó nada, sino que se contentó con infundir nueva vida a la *Cofradía del Santísimo Sacramento*, que se extinguía⁸. «Los hombres —decía— tienen como las mujeres un alma que salvar. En todo suelen ser los primeros: ¿por qué no han de serlo también en servir a Dios y en rendir homenaje a Jesucristo en el Sacramento de su amor? La devoción es mucho más influyente cuando ellos la practican...⁹. Y no os equivocáis —añadía dirigiéndose a los miembros de la asociación eucarística— cuando, como *cofrades*, os habéis obligado a llevar una vida más perfecta que el común de los cristianos»¹⁰.

Es justo confesar que con los jóvenes y los hombres de Ars, el señor Vianney no obtuvo el éxito que deseaba. Quizás llevado de su fogoso celo les exigía demasiado. Se comprende sin esfuerzo que no pudiese conseguir, según lo exigían los estatutos de la cofradía, el que visitasen diariamente al Santísimo Sacramento: los trabajos del campo los traían ocupados de la mañana a la noche. El buen Chaffangeon no encontró, al menos que se sepa, perfectos imitadores. A pesar de todo, el fin de la asociación se consiguió con creces, cuando los hombres comenzaron a acudir con regularidad y unánimemente a los oficios del domingo con aquel porte irreprochable que había de ser la admiración de los forasteros que se detenían allí de paso, y cuando llegó a verse a un

⁷ Instrucciones de once horas, manuscrito del señor de la Bastie, p. 58.

⁸ Esta cofradía, establecida en la parroquia el 7 de enero de 1727, fue de nuevo erigida canónicamente por Mons. Devie, obispo de Belley, por acta de 1.º de diciembre de 1824.

⁹ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 200.

¹⁰ *Sermones*, t. II, p. 130.

determinado número pasar, después de las vísperas, una hora entera delante del Santísimo expuesto¹¹.

La fiesta del Corpus de 1818 no tuvo nada de particular, pues le faltó tiempo para organizarla; pero en 1819 desplegó en ella «toda la pompa posible». Hizo gastos considerables para vestir de blanco a los niños de la parroquia. «Ea —deciales, mientras él mismo les ponía la túnica—, ahora pensaréis que os halláis delante de Dios y que hacéis las veces de ángeles»¹².

Los niños del lugar quedaron embelesados al desempeñar semejante papel. En cambio, los mayores parecieron menos satisfechos de representar a la Iglesia militante. Esclavos todavía del respeto humano, muchos opusieron dificultades para aceptar un cirio y llevarlo encendido detrás del palio. Prácticamente, según lo testifican los registros parroquiales de 1824 a 1839, sólo unos cincuenta *cofrades* se mostraron fieles a sus compromisos. —Cierto que el Rdo. Vianney no les obligaba en conciencia—. También la *Cofradía del Santísimo Sacramento*, destinada al principio sólo a hombres, admitió más tarde a las mujeres y a las jóvenes, que eran mucho más solícitas. Por el contrario, y no deja de ser curioso, varios hombres y jóvenes consiguieron ser inscritos en la *Cofradía del Santo Rosario*, fundada únicamente para las mujeres, porque sus obligaciones eran más llevaderas. Asimismo, cuando en 17 de diciembre de 1845, el Rdo. Vianney afilió su parroquia a la *archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias*, instituida en París para la *conversión de los pecadores*, sesenta hombres o jóvenes solícitarán ser admitidos en ella. Esta devoción no exigía más que el rezo de un *Avemaría* todos los días, y, además, es digno de ser notado, era particularmente agradable a su cura, cuya autoridad y renombre habían llegado a ser incomparables.

El Rdo. Vianney preveía que las obras llamadas parroquiales no llegarían nunca a reunir más que un grupo escogido de feligreses; pero le quedaban otros medios de ejercer su

¹¹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 756.

¹² Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1082.

bienhechora influencia. Tuvo siempre gran empeño en hacer que penetrase en cada hogar una vida verdaderamente cristiana, intensa y sólida. Aquellos labriegos que habían de ganarse el pan de cada día no oían misa entre semana, pero ¿no les era posible rezar las oraciones de la mañana y de la tarde, y aun entrar un momento en la iglesia antes del descanso de la noche?

¡Ah! En 1818, apenas si se rezaba en la parroquia. Hay que oír acerca del particular las lamentaciones del joven sacerdote¹³. En las casas se había dejado la hermosa costumbre de la oración en familia, y el señor Vianney trabajó con todas sus fuerzas para restablecer la antigua tradición. Más tarde, como por evolución natural, procurará transformar esta oración privada en ejercicio público. Habrá llegado la hora en la que, a la caída de la tarde, el campanario de Ars, todos los días del año, lanzará su postrer llamamiento y entonces veremos a la gran familia parroquial acudir de todos lados a la iglesia para rezar el rosario y la oración.

Todavía se atreverá a más. Procurará inspirar a aquellos humildes trabajadores algunas prácticas de devoción menos comunes, pero que hacen más perfecta la piedad. De esta manera les aconsejará el examen de conciencia diario y «una breve lectura edificante antes de acostarse, al menos durante el invierno, para grabar más profundamente las verdades de la salvación en sus corazones»¹⁴.

El Cura de Ars nunca pensó que las personas dedicadas a los trabajos agrícolas o a oficios manuales fuesen incapaces de vida interior. A los sencillos campesinos, siempre en presencia de la naturaleza, este libro de Dios les enseña el secreto de meditar y de hacer oración:

Hermanos míos, no son las largas ni las bellas oraciones las que Dios escucha, sino las que salen del fondo del corazón... Nada es más fácil que rogar al buen Dios, ni nada que consuele tanto.

A las almas más delicadas, que sabía distinguir muy bien de entre la multitud —los santos son santamente audaces—, les mostrará alturas insospechadas. El reverendo Vianney no tenía dos

¹³ V. *Sermones*, Sobre la oración, t. II, p. 62.

¹⁴ *Sermones*, t. I, p. 135; t. II, p. 60.

maneras de concebir la vida sobrenatural, una para sí y otra para los demás, y así derramaba sobre ciertas almas privilegiadas lo que rebosaba de su corazón:

Cuando amamos a alguno, ¿acaso tenemos necesidad de verle para pensar en él? Sin duda, que no. Así pues, si amamos a Dios, la oración nos será tan familiar como la respiración... ¡Oh! cuánto me gustan estas palabras dichas desde la mañana: Hoy quiero hacerlo todo y sufrirlo todo por Dios... Nada por el mundo o por interés; todo para agradar a mi Salvador. De esta manera el alma se une con Dios, no ve sino a El, no obra sino por El... Decimos con frecuencia— ¡Dios mío, tened piedad de mí!, como un niño dice a su madre: Dadme la mano, dadme pan... Si nos sentimos cargados de algún peso, pensemos en seguida que vamos en pos de Jesucristo que lleva su cruz; unamos nuestras penas a las del divino Salvador.

Muchas personas del pueblo siguieron a la letra estas enseñanzas y los peregrinos pudieron admirar por los caminos de Ars la serenidad de ciertos semblantes, reflejo de la paz profunda de unas almas constantemente unidas con Dios.

* * *

Muchas parroquias de los contornos se aprovecharon de tales exhortaciones. El deber y la caridad retenían al Rdo. Vianney en su iglesia; el deber y la caridad le alejaron alguna vez de ella.

En 1820, las ruinas morales acumuladas por la Revolución distaban mucho de haber sido reparadas. ¡Cuánta ignorancia, todavía, cuántos prejuicios y cuánta corrupción por todas partes! Mas la parte del Ain enclavada en la archidiócesis de Lión era un verdadero erial. Tristes símbolos de las almas abandonadas, «los campanarios derribados desde hacía tiempo por el representante Albitte en ninguna parte habían sido restaurados»¹⁵. Durante treinta años, el territorio comprendido en la antigua diócesis de Belley no había recibido más que una vez, en 1813, la visita de su jefe espiritual, el arzobispo de Lión. Por falta de sacerdotes muchas pequeñas parroquias de aquella región continuaban sin pastor, y, muy probablemente, sin el influjo bienhechor de la fa-

¹⁵ J. COGNAT, *Mons. Devie*, t. I, p. 183.

milia des Garets, la diminuta aldea de Ars hubiera corrido la misma suerte.

La mejor, la única manera de sacudir el sopor de aquellas almas, demasiado tiempo descuidadas, ¿no era el predicar frecuentes *misiones*? Con este fin, los sacerdotes de una misma comarca unieron sus esfuerzos, ya que los misioneros de los Chartreux de Lión, llamados a la vez desde todas partes, no bastaban para tal empresa. Así fue cómo el Cura de Ars hubo de ejercer en muchas parroquias de los contornos las funciones de confesor y predicador: tomó parte en las misiones o en los jubileos de Trevoux, de Saint-Trivier-sur-Moignans, de Montmerle, de Chaneis, de Limas y de Saint-Bernard. Ya fuese por invitación ya por mandato del obispo, el señor Vianney se entregaba al ministerio de las almas con toda alegría y entusiasmo. Los sacerdotes que le vieron actuar, pudieron al principio dudar de su ciencia y de su talento; pero no tardaron en tenerle en gran estimación: la austeridad de su vida, su devoción y, quién lo creyera, su misma elocuencia, libre de todo artificio, le ganaron la confianza y la admiración de todos.

En la gran misión de Trevoux, que se abrió a principios de 1823, obtuvo un éxito muy estimulante. «La capilla donde oía confesiones nunca quedaba vacía»¹⁶. Se hospedaba en casa de un antiguo condiscípulo de Verrières, llamado M. Morel¹⁷. Por la tarde, su buen amigo le aguardaba en vano para comer. Muchos días, después de media noche, tuvo que ir por él a la iglesia y lo encontraba atendiendo a los fieles. La noche que precedió a la clausura de la misión fueron tales las apreturas en torno al Cura de Ars, que poco faltó para que la multitud, atropellándose, arrastrara confesor y confesonario. Este episodio de Trevoux era el único que gustaba de recordar y se reía de ello muy de veras. «Los señores de la subprefectura y del juzgado acudieron a él»¹⁸ para las cosas de su conciencia. Por su parte, cumplió su delicado ministerio con una independencia enteramente apostólica, sin distinción de personas. En adelante el subprefecto

¹⁶ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1082.

¹⁷ J.-B. MANDY, *Proceso apostólico in genere*, p. 241.

¹⁸ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 203.

no hablaba de él sino con admiración. Y si bien se hacía lenguas de la sabiduría y la dulce firmeza de sus consejos, aseguraba con un sentimiento de tristeza sumisa y resignada «que lo había hallado implacable con respecto a las veladas y bailes de la subprefectura»¹⁹. Epoca privilegiada en la que los subprefectos recibían la dirección de un santo²⁰.

En aquellos tiempos, al terminar la misión, se celebraba delante de los fieles reunidos una ceremonia, en la que los sacerdotes renovaban las promesas de la ordenación. En Trevoux, fue el Rdo. Vianney quien presentó los Evangelios a cada uno de sus colegas y pronunció las palabras del ritual: *¿Creéis en el santo evangelio de Nuestro Señor Jesucristo?* Lo hizo con tanta unción, que su continente y el tono de su voz produjeron una profunda emoción en todos los sacerdotes»²¹.

Cuando el Rdo. Vianney se ausentó de Ars por espacio de quince días, durante la misión de Saint-Trivier, una terrible nueva conmovió a sus parroquianos. Corrió la voz de que su cura había muerto de fatiga en el confesonario. El rumor, que no carecía de fundamento, fue pronto desmentido. Provenía del hecho de que al marchar a Saint-Trivier, había partido en ayunas, se había extraviado entre las nieves y había caído en tierra, desvanecido... Para confesarse con él acudieron de todas las parroquias vecinas. Muy de mañana se iba a la iglesia y oía a los penitentes hasta el mediodía. La iglesia era glacial y le llevaron un brasero para los pies; él lo aceptó por cumplimiento, pero lo dejó a un lado, sin hacer ningún uso²².

En Montmerle, durante el jubileo de 1826, por falta de lugar en la casa parroquial se alojó en casa de la señora Montdésert, que vivía en la calle de los Mínimos, junto a la iglesia. Apenas instalado en casa de esta venerable sexagena-

¹⁹ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1082.

²⁰ «Entre las misiones en las cuales tomó parte el Rdo. Vianney y que no puedo enumerar por completo, la de Trevoux fue una de aquellas en las cuales se hizo más célebre que nadie. Ciertamente no predicó, pero el confesonario le ocupó asiduamente. Las personas más influyentes se confiaron a él.» (Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 748.)

²¹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 748.

²² Dionisia LANVIS, criada del cura de Saint-Trivier, *Proceso del Ordinario*, p. 1361.

ria, que ejercía sin ninguna retribución las funciones de sacristana, el Cura de Ars pidió en secreto a la criada que le hirviera un puchero de patatas y se lo subiera al cuarto. Acabado el jubileo, el párroco de Montmerle fue a dar las gracias a la complaciente señora y a abonarle los gastos que le hubiera ocasionado su huésped. «¡Ah!, señor cura, por un par de trapillos, no vale la pena...

—¿Pero y la alimentación? En la casa parroquial no ha comido.

—Aquí tampoco ha comido nada —replicó la señora Montdésert—. Solamente estaba aquí cinco minutos hacia el mediodía.»

Entonces intervino la criada y refirió lo que queda dicho. Subieron a su cuarto y encontraron la olla completamente vacía detrás de la campana de la chimenea. El Rdo. Vianney, durante los diez días que estuvo en Montmerle, sin dejar, por decirlo así, la iglesia, no había comido más que aquellas patatas. El cura de Montmerle hizo una investigación en su parroquia. Su santo colega no había comido ni una vez en casa de persona alguna²³.

Durante el jubileo de San Bernardo, sólo él se presentó para ayudar al cura de esta parroquia. Todo el mundo se dirigía al Cura de Ars y su compañero no se ofendía de semejante deserción. A unos colegas que fueron a visitarle le decía: «Tengo un buen obrero: trabaja bien y no come nada.» Todo el pueblo en masa acudía a oírle. Los trabajadores y las mozas de las granjas no querían perder palabra de sus sermones, dejaban los campos y corrían a la iglesia. «Si hemos de pagar el tiempo perdido —decían a sus atónitos dueños—, lo pagaremos, pero también nosotros hemos de oír al Cura de Ars»²⁴. En San Bernardo hizo un bien considerable y de larga duración.

²³ Relación de la señora Sevre, de Lión, sobrina tercera de la señora Montdésert, a Mons. Convert (cuaderno II, n.º 15). Los herederos de la señora Montdésert (muerta en 1849, a la edad de 86 años) conservan todavía la cama donde durmió el Cura de Ars durante este jubileo de 1826.

²⁴ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 407.

²⁵ «Se había reunido allí, refiere el señor Monnin, lo mejor de la sociedad de Villefranche. El Rdo. Vianney se turbó y temió que iba a faltarle la palabra.» (*Proceso del Ordinario*, p. 1082).

Por aquel tiempo, fue invitado por el cura de Limas a predicar las Cuarenta Horas. «Allí, contaba él, me prepararon una broma. Excusábame de ir, porque me sentía incapaz de hablar bien delante de un auditorio distinguido; pero el señor Cura me dijo que se trataba de una parroquia rural. Fui, pues... Al entrar en la iglesia vi el coro lleno de eclesiásticos y la iglesia repleta de personas de toda condición social²⁵. Aquello me intimidó para comenzar. Sin embargo, me lancé a predicar sobre el amor de Dios, y parece que *no fue del todo mal*: todos lloraban»²⁶.

Antes de partir para estos trabajos evangélicos, tenía cuidado de asegurar el servicio de su parroquia, y al efecto rogaba a algún cura vecino, especialmente al de Savigneux, distante dos kilómetros de Ars, que le reemplazase, si ocurría algo²⁷. El, sin embargo, todas las semanas visitaba sin falta a su querida grey, en medio de la cual pasaba el domingo. Durante la misión de Trevoux, en pleno mes de enero, el heroico pastor, terminadas las confesiones, andaba a pie y de noche por aquellos caminos las dos leguas que le separaban de su parroquia. El alcalde, señor Mandy, intranquilo por su cura, solía mandarle, los sábados, a su hijo Antonio para que le acompañara de regreso.

«Aun los días de nieve y frío, cuenta Antonio Mandy, raramente seguíamos el camino más corto y mejor trillado. El señor Cura siempre tenía que ejercer su ministerio cerca de algún enfermo. El trayecto, empero, no se me hacía largo, pues el siervo de Dios sabía hacerlo corto, amenizándolo con hechos interesantes de las vidas de los Santos. Si alguna vez hacía yo algún comentario sobre la crudeza del frío o dificultad de los caminos, su respuesta estaba siempre pronta: «Los Santos, amigo mío, sufrieron mucho más. Ofrezcamos esto a Dios.» Cuando cesaba de hablar de cosas espirituales, se ponía a rezar el rosario. Todavía tengo el regusto del edificante recuerdo de aquellas conversaciones»²⁸.

* * *

²⁶ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 204.

²⁷ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico in genere*, p. 431.

²⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 1368.— Antonio Mandy, nacido el 14 de mayo de 1799, contaba este hecho en el Proceso de canonización en 1864.

El Cura de Ars, que en toda su vida de sacerdote no hizo jamás un solo viaje por puro recreo²⁹, sabía salir de su vida ordinaria —y ello hasta en sus últimos años— para prestar ayuda a sus compañeros. Puesto que, por sobrenatural complacencia, no se negaba a nada, siempre le hallaban dispuesto a todo. Como santo que era, *se dejó explotar* para el bien. «Es cierto, como lo ha dicho una santa, que se siente menos reparo en pedir auxilio a los que siempre se manifiestan dispuestos a complacer»³⁰.

Una parroquia quedaba vacante, como ocurrió en Rancé y en Saint-Jean-de-Thurigneux: el Rdo. Vianney se encargaba de ella interinamente; algunos pobres curas, viejos o enfermos, tales como los de Villeneuve y Miserieux, no podían cumplir bien con su ministerio: espontáneamente su compañero de Ars se ponía a sus órdenes, dispuesto a acudir al primer aviso, tanto de noche como de día. «Iba de noche a visitar a los enfermos de Rancé, de Saint-Jean-de-Thurigneux, de Savigneux y de Ambérieux-en-Dombes. Si le llamaban en domingo, partía en seguida, después de la misa mayor, sin entrar en su casa, y volvía en ayunas al tiempo de vísperas»³¹.

El Rdo. Julián Ducreux, antiguo superior del seminario menor de San Juan en Lión y cura, desde 1808, de Miserieux, Toussieux, Sainte-Euphémie y Saint-Didier-de-Formans, estaba agotado de cansancio³². Según parece, el Cura de Ars tenía especial amistad con el buen anciano, su vecino. Tal vez el señor Ducreux había sido amigo del muy querido y llorado señor Balley. Sea de ello lo que fuere, consta por los registros de Miserieux que, de abril a mayo de 1820, el Cura de Ars recorrió muchas veces los tres kilómetros que separan los dos pequeños centros parroquiales para bautizar, casar o enterrar a los feligreses del señor Ducreux. Fue allí para un entierro un día que hacía un frío terrible. «Al regresar parecía que estaba helado.» Otra vez, después de haber ejer-

cido su ministerio en semejantes circunstancias, se metió de noche por unos caminos llenos de agua y de lodo. «Llegó a Ars en un estado que daba compasión, pero no se quejó; al contrario, daba muestras de contento»³³.

Un día «que se encontraba muy mal, se fue a pie a casa de un enfermo de Savigneux para oír su confesión. Estaba tan decaído que hubo de regresar en coche»³⁴. Lo mismo le acaeció, un día lluvioso de otoño, al ser solicitado su ministerio por una familia de Rancé. Calado hasta los huesos, temblando de fiebre, le fue forzoso tenderse en la misma cama del enfermo. En esta postura le confesó. «Estaba más enfermo que el enfermo» —decía al regresar³⁵.

Otro hecho que hallamos en los registros de Savigneux. El día 15 de julio de 1823, el Rdo. Vianney fue a dicho pueblo para bautizar a un niño, hijo de Pedro Lassagne y de Francisca Thomas, del caserío de Juys. Sin duda que, en esta ocasión, quiso atender a una familia emparentada con unos buenos cristianos de su parroquia: la madrina era Catalina Lassagne, que entonces tenía diecisiete años, y se preparaba para ser maestra de escuela en su pueblo natal.

Jamás se negó, sino a lo imposible, y se dio siempre a los demás sin interés alguno. La señorita Bernard, de Fareins, enferma de un cáncer, deseaba antes de morir tener el consuelo de ver por última vez al Cura de Ars, de quien oía contar maravillas. El reverendo Dubouis le escribió cuatro palabras para comunicarle los deseos de la enferma. —¡Era el día del Jueves Santo de 1837 y el siervo de Dios, según su costumbre, había de pasar toda la noche en la iglesia!—. Partió en seguida para Fareins, pero habiéndose extraviado en el camino, llegó cubierto de barro y muerto de fatiga. No quiso aceptar ni un vaso de agua. Era ya tal su reputación de santo, que el vecindario salió en tropel para verle. El humilde sacerdote, después de haber bendecido y confortado a la

²⁹ Rdo. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 954.

³⁰ Santa TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Histoire d'une âme*, cap. IX.

³¹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 57.

³² El señor Ducroux estuvo en Miserieux hasta 1828, época en que se retiró a Lión, al barrio de Fourvière. Era un anciano que pasaba de los ochenta años y no tardó en morir.

³³ Juan-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 701.

³⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 57.

³⁵ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 203; Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 701.

pobre cancerosa, se apresuró a volver a su parroquia, sin querer aceptar un coche que le ofrecieron³⁶.

En 1852, dice el Rdo. Beau, cura de Jassans y confesor ordinario del señor Vianney durante trece años, caí gravemente enfermo. Mi amigo vino a visitarme. —Era por la tarde del día del Corpus, el 11 de junio—. Hizo el viaje a pie, con un fuerte calor y después de haber presidido en Ars la procesión del Santísimo Sacramento³⁷.

¡Cuántos rasgos por el estilo han quedado olvidados! Muchos de ellos eran superiores a las fuerzas humanas y no se explican sino por un celo para el bien llevado hasta el heroísmo. «Así era —exclama Catalina Lassagne— cómo nuestro santo Cura se sacrificaba por las almas»³⁸.

IX. LA «PROVIDENCIA» DE ARS

Proyecto de una escuela para niñas.—Las jóvenes maestras.—Instalación y comienzos.—Creación de una casa de Providencia.—El Cura de Ars, limosnero y mendigo.—Las horas críticas.—El milagro del granero.—El milagro del pan.—La Providencia, obra benéfica de primer orden.—Algunas muertes admirables.—Una escuela original.—«Un modelo de educación popular».—La obra predilecta del Santo.—Los catecismos de la Providencia.—Nueva capilla y deseos de retiro.

Ars no poseía escuelas dignas de este nombre. «No había ni maestro, ni maestra; en invierno, llamaban a un preceptor forastero, y todos, niñas y niños, acudían a una misma clase. Esto disgustaba mucho al señor Cura»¹. Así fue, que muy pronto tomó la resolución: en el pueblo habría dos escuelas.

De acuerdo con el excelente alcalde Antonio Mandy, se puso a buscar un «maestro valioso y conocido»², que se instalase de modo permanente en el local que el municipio pondría a su disposición y que se ocuparía solamente de los niños. Le habría gustado encontrar en la parroquia al maestro soñado; pero esta esperanza no se realizaría hasta 1838, como veremos. Fue un forastero, un buen cristiano, llamado Gaillard, quien se encargó de los niños. Por cierto, que le costó mucho esfuerzo, durante los primeros años, recoger a to-

¹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, redacción, p. 14.

² Muy pronto se estableció en Ars un maestro, pero es probable que durante el buen tiempo se dedicase a los trabajos del campo, pues sabemos que entonces la escuela solamente se abría en invierno. (En el registro parroquial de 1827 se encuentra, con fecha 4 de julio, entre los testigos de un acta matrimonial: *Gaillard, profesor de Ars*.)

³⁶ Rdo. DUBOIS, cura de Fareins, *Proceso del Ordinario*, p. 1242; Sor SAN LÁZARO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 765.

³⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 1202.

³⁸ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 57.

dos los niños, salvo durante el mal tiempo para los trabajos del campo.

¿Pero qué iba a pasar con las niñas? De 1820 a 1823, mientras algunas buenas personas del pueblo se ofrecieron para recogerlas y enseñarles lo más elemental, el Rdo. Vianney maduró su proyecto y allegó algunos recursos. Buscó en la misma parroquia las futuras profesoras y escogió para cargo tan delicado a dos jóvenes sencillas y piadosas, Catalina Lassagne³ y Benita Lardet. Dedicadas hasta entonces a los trabajos del campo, no abundaban en ciencia ni experiencia, pero poseían un espíritu muy fino y gran sentido común, aparte de un carácter a la vez enérgico y simpático. A principios de 1823, el reverendo Vianney las envió a Fareins, a la casa de las religiosas de San José y corrieron a su cuenta los gastos de la pensión⁴. Allí, no solamente cursaron los estudios primarios, sino que se iniciaron en sus futuras ocupaciones dando clase a las alumnas más jóvenes de aquel colegio.

En marzo del mismo año, el Cura de Ars adquirió una casa nueva, llamada en los documentos *maison Givre*, y edificada junto al crucero de la iglesia. Para comprarla recurrió a la caridad de los fieles y aportó todo lo que pudo de sus bienes particulares⁵. Quería «establecer allí un colegio», como lo hace notar en el registro municipal el excelente alcalde Antonio Mandy⁶. La casa no era ni lujosa ni grande: una única sala, en la planta baja —donde se daba la clase—, y en el piso, dos pequeñas habitaciones; mas en conjunto era suficiente para contener una veintena de niñas y hospedar a sus maestras. Por otra parte, las otras escuelas de la aldea no eran de mayor capacidad. Dicha casa gustaba al señor Cura porque se hallaba situada en el centro de Ars y cerca de

³ Por una coincidencia curiosa, Catalina Lassagne, cuyo papel en la vida del Cura de Ars fue tan notable, tenía veinte años justos menos que él, pues había nacido el 8 de mayo de 1806.

⁴ Juan TETE, *Proceso apostólico continuativo*, p. 77.

⁵ Mateo Vianney, padre de nuestro santo, murió en Dardilly a la edad de sesenta y cinco años, el 8 de julio de 1819, y el Cura de Ars heredó algunos bienes.

⁶ «El Rdo. Vianney compró una casa en marzo de 1824, para tener en ella un colegio. Costó 2.400 francos.» (Registro del municipio de Ars.)

la iglesia. Al pagarla, quedóse tan falto de dinero que no tuvo «con qué hacer la escritura» ante el notario⁷.

La escuela gratuita para niñas⁸ se abrió en noviembre de 1824, bajo la dirección conjunta de Catalina Lassagne y de Benita Lardet. Juana-María Chanay, de Jassans, que tenía veintiséis años y a la que el reverendo Vianney con sus consejos había curado de ciertos resabios mundanos, fue a Ars, desde los primeros días, para ayudar a las jóvenes directoras. Menos instruida y menos delicada que sus compañeras, había nacido para los trabajos manuales. El señor Cura le hizo dar lecciones de costura. Juana-María será sucesivamente la cocinera, la panadera y la lavandera de aquel pequeño monasterio al aire libre.

A estas profesoras el Rdo. Vianney no les prescribió ninguna vestimenta especial, ni les impuso reglas escritas; ni quiso obligarlas con voto, mas sin convertirlas en religiosas, las indujo a la práctica de la virtud. Catalina Lassagne había de estar veintidós años al frente de la nueva fundación y se mostró siempre digna de la absoluta confianza que en ella puso el Cura de Ars. Alma sencilla y de fe arraigada, aprendió de él a soportar sin queja las privaciones, las angustias y un rudo trabajo. Juana-María Chanay, si bien muy abnegada, había de poner a prueba todos los días, con su carácter quisquilloso, la paciencia de Catalina. En 1830, la joven directora sufrió el inmenso dolor de ver morir a su piadosa y dulce amiga Benita Lardet. La que fue a reemplazar a Benita, María Filliat, de Miserieux, costurera de oficio, fue, sin quererlo, una cruz muy pesada para la pobre Catalina, a causa de su temperamento imperioso y propenso a contradecir. Dios lo permitía así, y esto después de haber hecho oración el Cura de Ars, antes de escogerla⁹. Era necesario que Catalina hermohease su corona; era, además, conveniente

⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 12.

⁸ La escuela para niños, cuyo local había servido antes para niños y niñas a la vez, continuó existiendo, pero independientemente de la dirección del señor Vianney. Dicha escuela era municipal y continuó, aun después de haberse establecido en Ars los Hermanos, en 1849, pero entonces, como veremos, el Cura de Ars la tomó casi del todo a su cargo.

⁹ Catalina y María Filliat vivieron juntas hasta 1882, o sea, casi medio siglo.

que al lado de esta joven indulgente hubiese otras educadoras severas, con más cabeza que corazón.

Digamos también, en honor de todas las personas que el Rdo. Vianney reclutó para su obra, que sin excepción trabajaron con el mayor desinterés: no tuvieron otro salario que los alimentos y lo necesario para los gastos ordinarios de la vida, ni otra recompensa en este mundo que la satisfacción de hacer el bien¹⁰.

El día de San Martín, de 1824, Catalina y Benita, después de haber preparado los enseres indispensables, se instalaron en la escuela. Todo era en ella extremadamente pobre. El Rdo. Vianney había prometido asegurar a las profesoras manutención y techo, pero ellas no encontraron nada con que hacer la primera comida. Limpiaron la casa y después se les ocurrió la idea de volver a sus hogares para comer. «Mas no, se dijeron; ¡quedémonos! Si quieren, ya nos enviarán algo...» Y he aquí que sus respectivas madres llegaron con provisiones para sus hijas. —Desde el primer momento, aquella casa merecía el hermoso nombre de la *Providencia*, que había de hacerla célebre.

Al día siguiente, por la mañana, las niñas de la aldea se reunieron en torno de las jóvenes maestras. «Pero bien pronto —dice Catalina—, por ser la escuela enteramente gratuita, las parroquias vecinas quisieron aprovecharse y nos enviaron niñas de Mizerieux, de Savigneux, de Villeneuve, etc. Fue necesario transformar el desván en dormitorio. El primer año (1825-1826), alojamos a dieciséis alumnas.» Así, de una manera imprevista, se fundó un pequeño pensionado. No se exigía ninguna retribución en metálico —el señor Cura no lo quería bajo ningún concepto—. Los padres procuraron las camas y las ropas y tomaron la costumbre de llevar provisiones... Poco a poco todo acabó por arreglarse¹¹.

¹⁰ Debemos rendir homenaje a otras personas que ayudaron mucho al Rdo. Vianney en la fundación y buena marcha de esta obra educativa: la señorita Berger, de Lión «que, sin que quisiese quedarse en la escuela, se encargó de los gastos del ajuar»; la señora Guillermet, «una excelente viuda de Chaleins, que fue muy útil en los comienzos a Catalina y a Benita». (*Petit mémoire* de C LASSAGNE, tercera redacción, p. 12-13); las señoritas Ricotier, que pusieron a su disposición su modesta fortuna y compraron varios inmuebles, de cuyas rentas se fueron cobrando para la *Providencia*.

¹¹ Los pormenores que acabamos de dar sobre los comienzos de la *Providencia* de

* * *

Cuando el Rdo. Vianney vio que se iba llenando de esta suerte su modesta escuela, tuvo una nueva inspiración. Este buen pastor había encontrado por el pueblo y por los campos de los contornos varias infelices criaturas, huérfanas sin hogar, hijas de padres desnaturalizados o excesivamente indigentes que las dejaban mendigar y las colocaban, siendo aún muy niñas, como criadas en casas sin religión. Nada sabían de las cosas de Dios y casi no aprendían más que el vicio. El corazón tan compasivo del Cura de Ars no pudo sufrirlo y resolvió establecer en la misma escuela un refugio que llevaría el significativo nombre de *Providencia*. Aquella casa, en efecto, no tendría otro proveedor que «el Padre que está en los cielos». Con todo, nuestro Santo temió tentar a Dios con una empresa tan temeraria y un domingo de 1827 rogó a sus feligreses que se uniesen con él en una novena a la Santísima Virgen para conocer la voluntad de lo Alto. Confirmóse en su resolución y puso manos a la obra.

Era necesario, ante todo, ensanchar la casa. A este fin, el Rdo. Vianney compró un poco de terreno. El mismo trazó los planos del nuevo edificio y después, haciéndose todo a todos, al objeto de animar a los obreros y darles prisa en los trabajos, se convirtió en peón de albañil y en carpintero, ayudó a cubrir, preparó las piedras, revolvió la argamasa y transportó materiales...

Una vez acabadas las obras, exigió que la casa no admitiese como pensionistas sino a las pobres abandonadas. Las niñas de Ars continuarían acudiendo en calidad de externas. Las niñas acomodadas de los pueblos vecinos dejaron, pues, de ser admitidas desde principios de 1827. «Para comenzar —dice Catalina Lassagne—, recogimos a dos o tres pequeñas desgraciadas; mas el número fue poco a poco en aumento hasta tal punto, que la casa fue algunas veces estrecha para cobijarlas.»

Ars los hemos sacado de los escritos y testimonios de C. Lassagne (las tres redacciones diferentes de su *Mémoire*; sus declaraciones en el *Proceso del Ordinario*, p. 465-466; 494-495), y de los testimonios de Juana-María Chanay (*Proceso del Ordinario*, p. 676 y 692) y de María Filliat (*ibid.*, p. 1.303).

Las *huérfanas* —este nombre es el que la gente se acostumbró a dar a las niñas de la *Providencia*— «no eran, de ordinario, admitidas antes de los ocho años, y no se les dejaba partir sino después de la primera comunión. Si se presentaban algunas pobres muchachas de quince, dieciocho y aun de veinte años, el señor Cura las recogía con gusto». Estas *magdalenas* necesitaban, tal vez más que las otras, una madre y un hogar. «Con frecuencia, cuenta María Chanay, llegaban medio desnudas y todas cubiertas de parásitos... Nada igualaba la tierna compasión que nuestro Santo Cura sentía por estas pobres abandonadas.»

A algunas «las encontró por los caminos». Otras, completamente desamparadas, llevaban en la cabeza repugnantes llagas¹². Jamás, mientras hubo un rinconcito disponible, se rechazó a ninguna de estas desgraciadas. Un día, el Santo acompañó a una que había encontrado perdida.

«Recibe —dijo a Catalina— a esta niña, que Dios nos la envía.

—¡Pero, señor Cura, no queda ni una cama!

—¡Siempre queda la tuya!»

La joven directora no había dudado sino un instante en la *Providencia*. Con un vivo arrepentimiento, abrió los brazos a la desgraciada y la estrechó contra su corazón.

De esta manera la compasión del Rdo. Vianney por la infancia abandonada, lejos de ser estéril y de puro lamento, era activa y fecunda.

Acontecióme, refiere Juana-María Chanay, que un día encontré en la puerta de la iglesia un niño recién nacido. El señor Cura nos mandó que lo recogiésemos y que después de haberle preparado un pequeño equipo lo entregásemos a una nodriza... Otra vez, habiéndose enterado de que en una parroquia vecina se estaba muriendo una mujer muy desgraciada, me envió a su casa con una de mis compañeras, para que nos hiciésemos cargo de su hijito, de cuya educación cuidamos nosotras¹³.

Nunca el Rdo. Vianney quiso percibir un céntimo a costa de las niñas recogidas en la *Providencia*, a pesar de que algu-

¹² Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 853.

¹³ *Proceso del Ordinario*, p. 692-693.

nas, ya crecidas, habían trabajado en las granjas y habían ganado algún dinero y de que otras tenían dentro de su parentela personas a quienes se les habría podido pedir alguna retribución. Monseñor Mermod, difunto cura de Gex, se lo hizo notar un día.

«En la *Providencia* son recibidas gratuitamente algunas jóvenes que podrían pagar.

—¡Oh! —respondió él—; esto no me importa. Toda mi ambición consiste en procurarles una buena educación y hacer de ellas buenas cristianas»¹⁴.

El orfanato costó a su fundador todo linaje de inquietudes. En primer lugar, quedaron allí sepultados todos sus bienes personales. Cuando su hermano Francisco llegó de Dardilly para entregarle el dinero heredado de su padre, el alcalde de Ars se encontraba en la casa parroquial. «Cuenta esto con el señor Mandy» —dijo Juan-María a su hermano—. Y en seguida dispuso de toda la cantidad en favor de su *Providencia*¹⁵.

Confiaba que sus feligreses le ayudarían con los productos de la tierra: a este propósito hizo una colecta que le produjo en total... un saco de patatas. Resolvió no repetirlo y prefirió desde entonces acudir a ciertas fortunas bienhechoras. «Decía riendo que poseía el *bastón de la Providencia*. Cuando la caja estaba vacía, iba a dar una vuelta para procurar dinero»¹⁶. Se armaba de valor y llamaba a la puerta de los castellanos; asimismo hizo a pie un viaje a Lión, donde conocía especialmente a las familias Laporte y Jaricot¹⁷. Muchas veces, recurría a la caridad de aquellos penitentes o penitentas cuya generosidad le era conocida.

«Mi buena señorita, escribía a la baronesa Alix de Belvey, os pido tener parte en vuestra caridad, para *mis hijos*, pues sé que vuestro corazón es muy bueno para los pobres... Os doy las gracias

¹⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 1.036.

¹⁵ J.-B. MANDY, *Proceso apostólico in genere*, p. 244.

¹⁶ María FILLIAT, *Proceso del Ordinario*, p. 1.303.

¹⁷ En el capítulo sobre el *Vicario de Ecully*, hemos conocido ya a la familia Jaricot. Se encuentran siete cartas escritas por el Rdo. Vianney al señor Laporte, *negociante de Lión*. De 1835 a 1849, el Santo solicitó de él socorros para su «casa de la *Providencia*».

por anticipado, ofreciéndoois mis humildes respetos y encomendándome a vuestras oraciones»¹⁸.

Había fijado en la pared de la iglesia, junto a la sacristía, un letrero con esta promesa del Evangelio: *Dad y se os dará*¹⁹.

Por un momento, se le ocurrió la idea de hacerse propietario. Comenzó a allegar recursos y, cuando la cantidad fue bastante crecida, «compró bosques y tierras con intento de dotar a su *Providencia*²⁰. Mas en seguida, enojado, las cedió al conde de Cibeins, quien en adelante pagaría las rentas»²¹. Esta renta «anual y perpetua» era de 500 francos. Además, el conde de Cibeins había prometido que enviaría al orfanato la cantidad de leña necesaria —quinientos haces valorados en 100 francos—. Todos los años, sin falta, el Rdo. Vianney enviaba a Catalina Lassagne para el cobro de la pequeña renta y para recordar «la buena costumbre que habían tomado en el castillo de procurar la calefacción a la *Providencia de Ars*»²².

En realidad, no fue sino después de esta venta cuando el Rdo. Vianney, viéndose algo más rico, comenzó a admitir mayor número de huérfanas. Desde 1830, o sea, durante casi veinte años, la casa no dejó nunca de estar repleta. En algunas épocas, se encontraban reunidas en ella sesenta niñas, y aún más. Las directoras, al igual que las cluecas, las cuales no se entretienen en contar sus polluelos, se preocupaban muy poco de llevar estadísticas. «Preguntadas por una persona muy digna y afecta a la obra sobre el número de las huérfanas, respondieron con la mayor candidez: «No sabemos nada.

—¡Cómo!, ¿no sabéis nada?

—No, ciertamente; Dios lo sabe y esto nos basta.

—Pero, ¿si alguna se escapara?

¹⁸ Carta sin fecha.

¹⁹ SAN LUCAS, VI, 38.

²⁰ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 1.469. Por escritura de venta otorgada en 27 de julio de 1828, en el despacho del señor Raffin, notario de Trevoux, el conde de Cibeins adquirió del Rdo. Vianney siete parcelas de tierra así en Ars como en Savigneux.

²¹ Señorita Cristina DE CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, p. 153.

²² *Ibidem*.

—¡Oh!, las conocemos demasiado y nos cuidamos demasiado de ellas, para no darnos cuenta en seguida»²³.

Con tan escasos medios, fueron menester prodigios de economía, de ingenio y de fe para que la *Providencia de Ars* subsistiese y prosperase. El Rdo. Vianney, que llevaba sobre sí toda la responsabilidad, tenía que alimentar y vestir a sesenta criaturas, cuyo trabajo no reportaba casi nada a la casa. Además, todas aquellas bocas menudas tenían gran apetito y era necesario asegurar a lo menos pan moreno para aquellos pajaritos caídos o arrojados de sus nidos. Solamente para esto, se gastaban cien fanegas de trigo cada mes²⁴. El padre adoptivo de aquellas pobres huérfanas hubiera vivido en continuas angustias, si no hubiese confiado en la bondad de Dios, «con aquella sublime imprevisión propia de los santos, que nunca sale fallida»²⁵.

No faltaron a veces momentos críticos. El Cura de Ars hubo de implorar la caridad y vender algunos muebles y enseres de su ajuar²⁶; en muchas ocasiones faltó lo más indispensable para las huérfanas. En tales horas, las directoras, menos confiadas, pasaron angustias crueles. El siervo de Dios las reprendió «severamente»²⁷ por su falta de fe.

Un día, cuenta Catalina Lassagne, con su simplicidad acostumbrada, estábamos descontentas de que nos confiase tantas niñas: nos parecía que era trabajo superior a nuestras fuerzas; fue la primera vez que se nos escaparon algunas frases de murmuración. Juana-María fue entonces a la casa parroquial a llevar una cosa al señor Cura. Lo halló contrariado y le dijo que no nos hallábamos en las mismas buenas disposiciones que al principio; que no éramos tan sumisas a la voluntad de Dios. Juana-María respondió: «En cuanto a mí, pase, pero las demás no se quejan».

—«Las tres sois iguales», replicó el párroco.

Juana-María, ya de vuelta, lo refirió todo. Ciertamente, había si-

²³ Cf. Rdo. MONNIN, *Vie*, t. I, p. 321-322; canónigo BÉREZIAT, *Notice historique sur la Providence d'Ars*, en el mismo manuscrito, p. 75.

²⁴ Juan TETE, *Proceso apostólico continuativo*, p. 82. «De ordinario el Cura de Ars pagaba al contado.» (J. TETE, *ibid.*, p. 88.) «Si compraba a crédito procuraba pagar al día siguiente.» (J.-B. MANDY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 185.)

²⁵ Manuel de BROGLIE, *Saint Vincent du Paul*, París, Lecoffre, 1903, p. 107.

²⁶ «Hice todas las ventas imaginables», decía más tarde el señor Vianney al Hermano Atanasio. (*Proceso del Ordinario*, p. 831.)

²⁷ Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 184.

do durante su ausencia cuando Benita y yo nos habíamos permitido algunas palabras de queja. Entonces resolvimos no quejarnos jamás²⁸.

Pero él, asceta de la resignación silenciosa, ¿no participaba del mismo tormento? En la iglesia, en la soledad de la casa parroquial, yendo de camino, oraba sin interrupción y, cuando tardaba en llegar la respuesta del cielo, según su expresión pintoresca, «quebraba la cabeza de sus santos»²⁹.

Fue en una de estas ocasiones, cuando Dios intervino directamente en su favor por medio del milagro. Acerca del particular, podemos también oír testigos contemporáneos del señor Vianney y dignos de toda fe.

Muy probablemente, durante el curso de 1829, la provisión de trigo, que se guardaba entonces en el granero de la casa parroquial, quedó reducida a cuatro puñados esparcidos sobre el pavimento³⁰. Nada podía esperarse de los feligreses, pues la cosecha había sido mala; la caritativa castellana estaba allí, pero sus haberes se resentían de la común escasez; por otra parte, ¡la señorita de Ars había sido ya tantas veces requerida!... En una palabra: el Rdo. Vianney pensó en reintegrar a sus hogares una parte de las huérfanas³¹.

¡Qué tristeza para su corazón tan inclinado a aquellas desgraciadas! ¡Pobres niñas! ¿Volverían a caer en la miseria y en los peligros de alma y cuerpo? No pudiendo esperar nada de los hombres, el Cura de Ars quiso hacer una prueba suprema: por intercesión de aquel Santo que de un modo tan palpable le había sacado de apuros durante sus estudios, pidió un verdadero milagro. Reunió en un solo montón en medio del granero todo el trigo disperso por el suelo, y ocultó en él una reliquia de San Francisco de Regis, el taumaturgo de la Louvex, y después de haber recomendado a las huérfanas que se uniesen a él para pedir a Dios «el pan de cada día», se puso en oración, y ya tranquilizado, esperó.

²⁸ *Petit memoire*, tercera redacción, p. 101-102

²⁹ Condesa DES GARETS *Proceso del Ordinario*, p. 916

³⁰ Este hecho debe ser referido a los primeros años de la *Providencia* María Filliat, que nos hablara como testigo ocular del milagro de la multiplicación de la pasta para pan, declara que sus compañeras le explicaron, después de su llegada en 1830, el milagro del trigo (*Proceso apostólico ne pereant*, p. 1 093)

³¹ Juan PERTINAND *Proceso del Ordinario*, p. 385

«Vete al granero a preparar el trigo que nos queda» —dijo a Juana-María Chanay—. Juana-María era la panadera de la *Providencia*, y quizás acababa de recordarle que el desván estaba vacío. —¡Agradable sorpresa! La puerta apenas se entreabre, y de la estrecha rendija sale un chorro de trigo. Juana-María desciende al piso del señor Cura. «Pero, ¿es que ha querido usted probar mi obediencia? —le dice—. El granero está lleno.

—¿Cómo, está lleno?

—Sí, rebosa; venga y verá.»

Subieron ambos y echaron de ver que el color de aquel trigo era diferente del que tenía del otro³².

Nunca el granero había estado tan lleno. Se maravillaron de que la viga maestra, algún tanto carcomida, así como el pavimento, no se vinieran abajo³³. El montón de trigo tenía la forma de un cono y cubría toda la superficie. Al visitar un día Mons. Devie aquel lugar con el Rdo. Vianney, preguntóle a quemarropa: «El trigo llegaba hasta allí, ¿no es esto?» El obispo señalaba con el dedo un punto bastante elevado de la pared.

—«No, Monseñor, más arriba... Hasta allí»³⁴.

Algo más tarde³⁵ tuvo lugar en Ars otro prodigio, que hizo célebre la amasadora de la *Providencia*. La sequía desolaba la comarca³⁶. La harina era escasa y cara y no quedaba en la casa sino para tres panes.

Nos hallábamos en un gran apuro a causa de nuestras niñas,

³² Rdo RAYMOND *Proceso del Ordinario* p. 335

³³ El granero del Rdo Vianney estaba dividido en tres partes y en la más alejada de su habitación y sobre un cuarto desamueblado se guardaba el trigo. Mucho tiempo después de la muerte del Santo, todavía se encontraban granos en las ranuras del pavimento

³⁴ Baronesa de BELVEY *Proceso del Ordinario*, p. 254 He aquí como el Cura de Ars contaba el milagro al Rdo Toccamer «Tema muchas huérfanas que alimentar y en el granero no había ni un puñado de trigo. Pense que San Francisco de Regis, que había alimentado milagrosamente a los pobres durante su vida, lo haría también después de su muerte. Conservaba una reliquia del Santo y la ocultó dentro del poco trigo que quedaba. Las niñas rezaron, y el granero se llenó» (*Proceso apostólico ne pereant*, p. 291)

³⁵ Aconteció sin lugar a duda después de la llegada, en 1830, de María Filliat. Esta dice, en efecto «No teníamos sino un poco de harina.» Estaba, pues, en Ars cuando se realizó el milagro de la *artesa*

³⁶ Los registros de la alcaldía de Ars hablan de una gran sequía en 1834. Quizás corresponde a este año el hecho que vamos a referir

cuenta Juana-María Chanay. Catalina y yo pensábamos, que si el señor Cura lo pedía a Dios, conseguiría que aquella harina alcanzase para una jornada. Fuimos a su encuentro para exponerle nuestra angustia. «Hay que amasar», nos dijo.

Puse manos a la obra, no sin cierta aprensión. Al principio eché un poco de agua y la harina en la amasadora, mas noté que era muy espesa; volví a echar agua y harina, sin agotar la pequeña provisión, y entonces se llenó de pasta como los días que vaciábamos un saco entero. Hicimos diez grandes panes, cada uno de los cuales pesaba de 20 a 22 libras, y el horno se llenó como de ordinario con gran admiración de cuantos fueron testigos³⁷.

Contamos lo ocurrido al señor Cura, el cual nos respondió: «¡Nuestro Señor es muy bueno! ¡Cómo cuida de sus pobres!»³⁸.

* * *

La creación de la *Providencia* de Ars fue un notable beneficio. «Oí decir con frecuencia al señor Cura —refiere Catalina Lassagne—, que hasta el día del juicio no se podría ver el bien que se hizo en aquella casa»³⁹. Efectivamente, la obra del Santo salvaguardó la virtud de cientos de jóvenes, que aprendieron en aquel asilo a ganarse el sustento de una manera honesta. Si algunas no perseveraron, «otras, en cambio, se aprovecharon admirablemente de los consejos del Rdo. Vianney; llegaron a ser excelentes madres de familia o buenas doncellas, y muchas abrazaron el estado religioso»⁴⁰.

Su delicadeza de conciencia se hizo proverbial. Un hombre llamado Lacôte, conocido en el pueblo por su avaricia, tenía una viña. Todos los años, por la vendimia, en las temporadas de septiembre, deseaba ser ayudado por las huérfanas, seguro de que no comerían ni un grano de uva⁴¹.

Aquellas muchachas, a las cuales el Cura de Ars «había hecho salir como de otro mundo»⁴², las asociaba a su solicitud y a sus penitencias por los pecadores.

Cuando el señor Cura, refiere Catalina, nos decía que Dios había sido ofendido por los escándalos en las fiestas y en los bailes, las

³⁷ C. LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 97.

³⁸ María FILLIAT, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.093.

³⁹ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 15.

⁴⁰ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 1.469.

⁴¹ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, p. 17.

⁴² C. LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 15.

mayores pedían permiso para pasar la noche en oración, a fin de pedir perdón para los culpables. Se ponían de acuerdo y se relevaban cada hora. Y todo esto sin el menor ruido, de suerte que las que no estaban en vela, no se daban cuenta de ello⁴³.

Cuando aquellas niñas iban de paseo, arrancaban ortigas y se frotaban con ellas el rostro. El Rdo. Vianney les había dicho que era necesario padecer por los pecadores⁴⁴.

El Santo gozaba en el orfanato de un prestigio maravilloso, y conseguía de aquellas criaturas cuanto deseaba. Una de las pequeñas *adoraba* a una muñeca, por otra parte fea y muy mal hecha, pero a la cual quería con toda su alma, hasta llevarla consigo a todas partes. El Rdo. Vianney le exigió un sacrificio y la movió... a que la echase al fuego. —La cosa pasó en la cocina del orfanato—. La pobre niña pareció de momento desconcertada. De repente, se decidió, y resueltamente echó su ídolo a las llamas. Fue sencillamente heroico⁴⁵.

Muchas jóvenes tuvieron un fin admirable, tal que podría escribirse una *Leyenda de oro*.

Unas se alegraban de morir porque iban al cielo; otras cantaban o pedían que se cantase un cántico de acción de gracias. Una, que siempre había temblado ante la idea de la muerte, exclamaba antes de morir: «¡Oh, qué contenta estoy! ¡Cuán grande es la felicidad que se encuentra en la religión!». Y mientras cantaban en torno suyo un himno que le gustaba mucho, unía con todas sus fuerzas su voz a la de sus compañeras.

Una de las profesoras —Benita Lardet, enterrada el 5 de octubre de 1830— murió también de un modo muy edificante. A su hermana, que lloraba al verla tan enferma, le decía: «Eres bien tonta. ¿Quisieras, acaso, que me quedase en este mundo? Todavía no me he acostumbrado a vivir en él.» «¡Qué gozo, exclamó, cuando supo del médico que su enfermedad era mortal, qué gozo! ¡voy a ver a mi Dios!»⁴⁶.

* * *

⁴³ *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 13-14.

⁴⁴ En los libros del Rdo. Vianney se encuentran varias hojas de ortiga. ¿No puede deducirse de esto que había usado de este original instrumento de penitencia mucho antes que sus huérfanas?

⁴⁵ Cf. Canonigo BÉRÉZIAT, *Notice historique*, etc., p. 148-149.

⁴⁶ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 17.

Al llevar las niñas de la *Providencia* la virtud a tal grado de heroísmo, el Cura de Ars podía estar bien satisfecho de ver cumplidas sus intenciones y conseguido el fin que pretendía. No se había preocupado lo más mínimo de convertir en «mujeres sabias» a aquellas huérfanas arrancadas de la miseria. ¿Podía, por lo demás, tener una idea equivocada sobre la capacidad de las profesoras? La caprichosa ortografía de Catalina de ninguna manera le escandalizaba. Más aún: a nuestro asceta, que vivía de lo que hubiera hecho morir a muchos, y cuya casa, dejada a la buena de Dios, parecía, más que otra cosa, la morada de un espíritu, las cuestiones de higiene le parecieron siempre de muy poca monta. En su excesiva bondad consintió en alojar sesenta niñas allí donde treinta no hubieran podido vivir sin incomodidad. Por otra parte, lo reducido del local obligaba a todas las alumnas —huérfanas y niñas de Ars— a estar en una misma clase. Cuando las pequeñas delectaban el abecedario, las medianas repasaban la lección y las mayores escuchaban las explicaciones, aquello era una alegre algarabía⁴⁷.

Los forasteros, después de haber visitado la *Providencia*, si iban con la impresión de que aquella casa no era como las demás.

La existencia del orfanato creado por el Rdo. Vianney, escribe un abogado de Lión que en 1841 vio de cerca aquella obra, me pareció por sí misma una cosa bastante maravillosa. Aquel establecimiento contenta cincuenta o sesenta muchachas de doce, quince y dieciocho años. Venidas de todas partes y recibidas sin dinero, permanecían allí un tiempo indeterminado y después eran colocadas en las granjas de la comarca. Durante su estancia allí aprendían a conocer, a amar y a servir a Dios más que a todas las cosas. Era una especie de familia, en la cual los mayores daban ejemplo, consejo y enseñanza. La instrucción era poco extensa, pero reinaba una fe, una devoción y una docilidad admirables. No era una institución ordinaria, sino una verdadera emanación de la santidad de su fundador. Recursos, vida, espíritu, gobierno, todo dimanaba de él. Obra de carácter sobrenatural, no podía vivir sino bajo el influjo del alma eminente que la había levantado⁴⁸.

⁴⁷ La sala principal donde entonces se hacía todo, y que se ha conservado casi tal cual era, mide 11 metros de largo, 6 de ancho y 2,5 de alto.

⁴⁸ Pablo BRAC DE LA FERRIÈRE, *Souvenirs de deux pèlerinages*, opúsculo cit., p. 6.

Como se ve, a los ojos del Cura de Ars la *educación* estuvo siempre por encima de la *instrucción*. Sin embargo, según testimonio de los contemporáneos, la mayor parte de las huérfanas adquirirían en la *Providencia* la instrucción elemental necesaria; además, se las formaba en trabajos de orden doméstico y práctico y sabían hacer calceta, coser, lavar y planchar. ¿Podía exigirse más a unas niñas destinadas en su mayor parte a vivir en algún pueblo rural? Pero ante todo, adquirirían en aquel ambiente singular la virtud y la piedad necesarias para afrontar los peligros morales y salir airoso de las pruebas de toda suerte que las aguardaban⁴⁹. Fue en este aspecto cómo Pío X, de santa memoria, consideró la *Providencia* de Ars, cuando dijo de ella que era «un modelo de educación popular»⁵⁰.

La *Providencia* de Ars fue la obra predilecta del Rdo. Vianney. «Amaba esta casa —dice la baronesa de Belvey, que fue su bienhechora— porque estaba consagrada a las niñas»⁵¹. Cuando la cosa estuvo en marcha, o sea, desde 1827, le pareció bien desembarazarse de un cuidado que se le hacía molesto: la preparación de su comida. Padre nutricio de una numerosa familia, durante veinte años, les pidió la limosna diaria de un vaso de leche. Era inútil que se la quisieran servir: tomaba en un rincón del hogar el vaso de barro vidriado que contenía su alimento para todo el día. Cinco minutos le bastaban para despachar aquel ligero desayuno y más de una vez, cuando tenía prisa, se lo llevaba y lo apuraba en el trayecto de la *Providencia* a la iglesia.

De ordinario, empero, el Cura de Ars se complacía en pasar algunos instantes, después de su comida, en el patio donde tenían el recreo sus hijas adoptivas. Leía en sus ojos el candor de sus almas, y este espectáculo de inocencia le hacía olvidar un momento la fealdad del pecado y la malicia de los

⁴⁹ Un inspector de primera enseñanza decía en su relación: «Es cierto que las jóvenes que están al frente del establecimiento no son muy instruidas, pero tienen algo que suple la ciencia y que vale más que ella: la virtud... Las niñas que se forman a su lado se les parecen. Al salir de aquella casa, forzosamente han de llegar a ser excelentes madres de familia.» (Citado por A. MONNIN, *Vida*, t. I, p. 319.)

⁵⁰ *Causa belleisiana de beatificación y canonización del venerable siervo de Dios J. M. B. Vianney, Cura de Ars*. Decreto de 21 de febrero de 1904.

⁵¹ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 241-242.

hombres. Conocíalas todas, se interesaba por todas, les hacía preguntas, las alentaba con su deliciosa sonrisa, les daba lecciones de educación y les enseñaba la manera de conducirse en la mesa.

Cuando quería conseguir alguna gracia, les hacía orar, y «en tales casos —decía— siempre había sido escuchado»⁵². Experimentaba, según su propia palabra, que las oraciones de los niños llegan al cielo embalsamadas de inocencia⁵³.

Hizo plantar en el jardín del orfanato una parra, que la erección de una estatua de María Inmaculada convirtió muy pronto en oratorio campestre. Las niñas la adornaban con flores, y, cuando hacía buen tiempo, se reunían allí todas las tardes para rezar las letanías de la Virgen y cantar un himno en su honor.

La mayor parte de las huérfanas no dejaban la *Providencia* hasta la edad de diez y nueve o veinte años. Algunas, sin embargo, iban de sirvientas a las granjas de aquella región, pero tan sólo durante los trabajos de invierno. Cuando partían, no por esto las abandonaba el Rdo. Vianney: les había buscado ya colocación conveniente; más tarde les aconsejaba para el matrimonio, les daba algún dinero y les procuraba ropas para casarse. De un modo especial seguía con sus consejos y sus oraciones la vida de las que habían entrado en religión; jamás padre alguno se mostró más padre y fue más amado.

* * *

En la *Providencia* y en la sala destinada a las clases, se inauguraron aquellos famosos catecismos conocidos por *catecismos de Ars*. Los comienzos fueron muy humildes. En esto, el Rdo. Vianney no innovó nada, pues todo pastor consciente de sus deberes ha de dar a su rebaño la leche de la doctrina.

Hemos visto cómo, desde Todos los Santos hasta el tiempo de las primeras comuniones, el santo Cura catequizaba,

⁵² *Ibidem*.

⁵³ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 780.

desde las seis, a los niños reunidos en la iglesia. Hubiera podido instruir al mismo tiempo a las niñas de la *Providencia*, pero prefirió enseñarles aparte, durante un tiempo más largo y todo el año, para mejor penetrarlas de la vida cristiana.

La clase de la mañana acababa con el rezo de las *letanías de la Providencia*. Después de unos minutos de recogimiento, se abría suavemente la puerta y entraba el señor Cura.

Al principio, asistían únicamente las profesoras y las niñas. Todavía a nadie llamaban la atención las idas y venidas del Rdo. Vianney. Pero los peregrinos, al comenzar a afluir y a buscarle en aquella hora, bajaron hacia el orfanato... Al principio se arriesgaron a estacionarse fuera, junto a la ventana; después, se atrevieron a algo más y se quedaron en el umbral, y un día, en que quedó dentro algún espacio libre, se metieron en la sala. Así se hizo hasta 1845. Por otra parte, todo se hacía en familia.

Estaban allí, cuenta el canónigo Champenois de Bourg, que fue testigo de la escena en 1842 ó 1843, las niñas de la casa, mujeres que hilaban con sus ruecas —las mismas profesoras se ocupaban en algo durante los raros momentos de descanso— y, si no recuerdo mal, unas gallinas encaramadas sobre la mesa. El señor Cura entra revestido de sobrepelliz, toma un catecismo y, apoyado en la amasadora, comienza así: «Hijos míos, nos quedamos ayer en la lección del *matrimonio*». Lee en seguida la pregunta: *¿Cuál es la causa ordinaria de los matrimonios desgraciados?* Sigue la respuesta que explica en seguida:

«¡Ah, cuando dos esposos son recién casados, no se cansan de mirarse: se encuentran tan simpáticos, tan llenos de buenas cualidades! Se admiran y se hacen mil monerías. Mas la *luna de miel* no dura siempre... Llega un momento en que se echan al olvido las buenas prendas que se habían descubierto; y he aquí que salen los defectos que no se habían visto. Entonces hay esposos que no pueden soportarse, y el marido dice a su mujer: *gandula, no sirves para nada, etc.*».

Yo, prosigue el canónigo Champenois, estaba estupefacto de esta familiaridad, de esta casi desenvoltura. Miré hacia el auditorio y todo el mundo escuchaba con religioso silencio. Ni siquiera se veía una sonrisa⁵⁴.

⁵⁴ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 46.

A partir de 1845, la afluencia cada día creciente de peregrinos obligó al Rdo. Vianney a explicar el catecismo en la iglesia. «Una señora de Bourg que había asistido cuando tenía lugar en la *Providencia*, me hablaba de ello con entusiasmo, pero se quejaba de que hubiese sido llevado a la iglesia, porque en la sala de las clases, veía mejor y más de cerca al siervo de Dios»⁵⁵. Sin embargo, el traslado fue de muy felices consecuencias. Un número mayor de peregrinos pedía oír al Rdo. Vianney, y éste, sin dejar el tono familiar, hablaba con aliento, y dejaba escapar con más frecuencia aquellas llamas de amor que abrasaban su corazón. Para hablar se ponía muy cerca del sagrario.

* * *

Muy pronto, con la aprobación de Mons. Devie, el Cura de Ars concibió el proyecto de levantar una capilla en el orfanato⁵⁶. Podría preguntarse qué finalidad había de tener un oratorio edificado a pocos metros de la iglesia. Mas el Santo tenía sus planes, y fundaba en el modesto santuario de la *Providencia* esperanzas que, felizmente, no se realizaron. Atormentado del deseo de soledad, quería dejar ya la cura de almas, y, en su mente, se veía ya retirado en la *Providencia*, donde «podría estar en *perpetua adoración*, si tal era la voluntad de Dios»⁵⁷.

El municipio cedió el terreno necesario, y la soñada capilla se construyó. Pero entonces manifestóse «la voluntad de Dios». No estaba aún terminada la capilla, cuando la *Providencia* dejó de existir en la forma que el Rdo. Vianney la había fundado. Quedóse, pues, en la casa parroquial y allí fue, hasta el fin de su vida, *Cura de Ars*.

⁵⁵ *Proceso apostólico in genere*, p. 339.

⁵⁶ El Rdo. Vianney levantó aquel sencillo monumento aconsejado por su obispo: «El señor Cura, escribía la señora Des Garets el 20 de septiembre de 1843, está muy preocupado por una idea que le ha inspirado Monseñor: a saber, la de construir una capilla en la *Providencia*, la cual, por consiguiente, podría servirle de lugar de retiro».

⁵⁷ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 1.470.

X. «¡ARS YA NO ES ARS!»

Después de cinco años de ministerio.—Una peregrinación a Fourvière.—La misión de 1827: un grito de victoria.—El trabajo santificado y las virtudes cristianas.—En las familias regeneradas.—Honradez que llega a ser proverbial.—El afecto del Rdo. Vianney a sus feligreses.—Las buenas familias de Ars.—Un domingo en la aldea.—La tregua de Dios.—Las fiestas de devoción.—La práctica de los sacramentos.—Hermosas ceremonias.—El sentido litúrgico de un Santo.—Dos vidas edificantes y dos santas muertes.—Ars protegido contra las calamidades.

El día 7 de mayo de 1820, un mes después de la designación del Rdo. Vianney para el curato de Salles en el Beaujolais, el Rdo. Renard, entonces diácono de San Ireneo de Lión, ignorando que había sido dejada sin efecto, escribía a la castellana de Ars, su bienhechora:

Me he enterado con tanta pena como tristeza de que ha perdido usted su santo Cura. La *Providencia* le había confiado esa parroquia para que floreciese en ella la piedad. Deseo con todas veras que el sacerdote que vaya a sustituirle sea capaz de conservar el fervor que reina en Ars.

Este testimonio es de gran valor: Ars podía ya ser considerado como una parroquia *fervorosa*, y el Rdo. Vianney no llevaba en ella más de dos años.

Pasados tres y medio desde aquella fecha, el 7 de noviembre de 1823, en una carta dirigida a la «señora viuda de Fayot», de Noës, el cura de Ars lanza el primer grito de triunfo:

Me encuentro, le escribía, en una parroquia muy religiosa, que sirve a Dios de todo corazón.

Claro está que al trazar estas líneas para su «buena madre», el Rdo. Vianney no intentaba darle una idea absolutamente exacta del estado de su parroquia, pues al lado de grandes virtudes, habían aún en Ars algunas miserias; y sin duda que todavía no se hubiera atrevido a emitir desde el púlpito, y en presencia de los fieles, una apreciación tan halagüeña. Mas sea de ello lo que fuere, esta frase señala ya verdaderos progresos. Ars había mudado visiblemente de aspecto; en conjunto había pasado del vicio a la virtud y de una piedad rudimentaria a un verdadero fervor¹.

A ello había contribuido no poco una reciente peregrinación a Nuestra Señora de Fourvière. Los antepasados tenían gran afición a esta clase de excursiones piadosas a algún santuario más o menos célebre. Antes de la Revolución, las gentes de Ars iban a Lión todos los años para rezar a la Virgen en su antigua capilla. El Rdo. Vianney se propuso restablecer en su antiguo rango tan santa costumbre. Oigamos cómo Guillermo Villier, excelente agricultor, que entonces tenía veinticuatro años de edad², nos cuenta el edificante viaje:

El día 6 de octubre de 1823, día de la fiesta patronal, el bueno del señor Cura nos acompañó en procesión a Nuestra Señora de Fourvière. Puedo hablar de esta romería, pues tomé parte en ella. Con este acto solemne, el Rdo. Vianney quiso manifestar a la Santísima Virgen nuestra gratitud por los magníficos ornamentos regalados por el señor vizconde de Ars.

Dos curas de las parroquias vecinas nos acompañaron: el señor Martín, cura de Lavigneux, y el señor Robert, cura de Santa Eufemia; este último tenía unos ochenta años.

Salimos de casa después de media noche. Creo que los dos tercios de los feligreses iban en la peregrinación... Anduvimos procesionalmente hasta Trevoux, precedidos de nuestras tres hermosas banderas, cantando himnos y rezando el rosario. Al hacerse de día estábamos en Trevoux, y nos metimos en las grandes barcas arrastradas por caballos³.

Desembarcamos en Lión, algo más arriba de Vaise, y de allí nos

dirigimos en procesión a Fourvière. El Cura de Ars celebró la santa Misa, que oímos con devoción, y muchos comulgaron de su mano.

Descendimos en seguida con el mismo orden que a la subida. Las gentes se apiñaban a nuestro paso y mostraban su admiración.

El Rdo. Vianney, cuando hubimos llegado a las dos barcas, fue uno de los primeros en embarcarse con un cierto número de sus feligreses; mas como los otros tardasen en llegar, los bateleros, hombres rudos y mal educados, comenzaron a blasfemar. El Rdo. Vianney desembarcó en seguida con algunos de los que iban con él y fue andando hasta Neuville. Pasadas algunas horas nos reunimos con él los que habíamos hecho el viaje por el Saona. De Neuville fuimos a Ars en procesión. Cuando pasábamos por delante de las iglesias, tocaban las campanas⁴. No estuvimos de regreso hasta cerrada ya la noche⁵.

De esta simpática relación, no queremos sacar la consecuencia de que todos los habitantes de Ars eran ya perfectos cristianos. Algunos no practicaban de un modo regular, y, cuando el trabajo apremiaba, no tenían escrúpulo en remover los forrajes o en entrar la cosecha después de las vísperas del domingo; sobre todo, el frenesí por el baile parecía estar inoculado en la sangre de aquella juventud campesina. Pero, gracias a Dios, el jubileo de 1826 conmovió muchos corazones, y la misión de 1827 fue un acontecimiento feliz en las gentes de aquella parroquia.

La gracia era tan fuerte que bien pocos podían resistir... Casi todo el mundo se empeñaba con todas sus fuerzas en salir del pecado. El respeto humano se había vuelto del revés: tenían vergüenza de no hacer el bien y de no practicar la religión. Los hombres andaban serios y pensativos y algunos de ellos, que desde mucho tiempo no se habían acercado al santo Tribunal, decían en voz alta por las calles: «¡Yo quiero confesarme!» Todos se hallaban en las más santas disposiciones. El señor Cura, en una de sus pláticas, les dijo estas palabras: «Hermanos míos, *Ars ya no es Ars*. He confesado en jubileos y en misiones, pero no he encontrado nada que se asemeje a lo de aquí.» Eso ocurría en 1827.

Sin embargo, el mal espíritu no se había dado aún por vencido en ciertas familias: prueba de ello, los siete feligreses que en 1830 dijeron brutalmente al santo Cura que tenía

¹ Cf. Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 5.

² Había nacido en Ars, el 26 de diciembre de 1799.

³ Este pormenor procede del artículo 206 del Postulador. (*Proceso del Ordinario*, p. 69.)

⁴ Este pormenor nos lo da el Hermano Jerónimo, *Proceso del Ordinario*, p. 545.

⁵ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 644.

que marcharse. Pero su afirmación no halló eco en ninguna parte, y se hizo patente que todo el pueblo reprochaba paso tan absurdo: Ars no podía resignarse a quedar sin sacerdote y quería conservar al Rdo. Vianney.

En 1832, cuando Juan Picard abrió en la aldea su taller de veterinario herrador, encontró, según expresión suya, «el aspecto de Ars del todo cambiado». Había visto otras veces «aquella parroquia que se parecía a las parroquias vecinas», y entonces, gracias a «su Cura que era tenido ya por Santo», Ars estaba desconocido⁶. «La parroquia estaba, sin comparación posible, por encima de todas las demás»⁷; era un oasis de santidad adonde tantas almas acudían en busca de la resurrección o del secreto de una vida más perfecta.

Era de ver en Ars, los días laborables, cómo andaban los hombres, con el rosario entre los dedos, al frente de sus yuntas. Por la noche, la campana tocaba a oración. Todos los que podían entraban en la iglesia y los que tenían que quedarse en casa se arrodillaban delante de las imágenes; todos los hogares eran, en aquella hora de paz, una continuación del altar.

En las afueras, pequeñas cruces formadas por dos troncos atados se elevaban a la entrada de los campos o remataban los montones de gavillas en tiempo de la siega. Los trabajadores se animaban a sus faenas lanzando al aire ecos de inocentes canciones, y ello no era en detrimento de su jovialidad. Ni una copla picaresca, ni una palabra menos oportuna, ni una blasfemia.

Solía pasear por los campos durante las recolecciones, refiere la señorita Alix de Belvey, y jamás oí una blasfemia. Lo hice notar con cierta admiración a un campesino, el cual me contestó: «¡Ah! nosotros no somos mejores que los demás; pero sentiríamos gran vergüenza de cometer tales pecados al lado de un Santo»⁸.

La primera tarde que pasé en Ars, cuenta un viajero llegado de Lión, fui testigo de una escena, que me dio alta idea del ascendiente

⁶ Juan PICARD (nacido en Montereaux el 5 de julio de 1795), *Proceso del Ordinario*, p. 1,311.

⁷ Rdo. PELLETIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 390.

⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 266.

del párroco de Ars. Tres hombres, que conducían dos caballos uncidos a un gran árbol sin raíces, llegaron junto a un arroyo (el Fontblin) al mismo tiempo que yo. Intentaron hacerles franquear el vado. Uno de los caballos se encabritó, dio un paso en falso y cayó en forma que podía haberse causado grave daño. Los hombres se lanzaron al vado y sacaron al animal de su penosa situación. Y, notable pormenor, que no pude ver sin sorpresa, los tres hombres no dieron la menor muestra de cólera, ni se reprocharon mutuamente, ni profirieron imprecaciones, ni golpearon al caballo. Tan gran dominio de sí mismo, en unos labriegos amenazados en sus intereses, era para mí algo desconocido⁹.

El cura de Ars recomendaba a sus feligreses la *bendición* y la *acción de gracias para antes y después de las comidas* y el *rezo del ángelus* tres veces al día, dondequiera que se hallasen, sin respeto humano: cuando las tres campanadas resonaban por el valle y se dejaban oír por las humildes colinas, cesaba el trabajo, los hombres se descubrían, las mujeres juntaban las manos y todos rezaban las oraciones prescritas. Lo mismo ocurría en los caminos y en las calles del pueblo. Más aún: el Rdo. Vianney mandó poner en el campanario un reloj con un cuadrante muy visible: cuando daba la hora, todos los habitantes, siguiendo el ejemplo de su cura, la *bendecían*, es decir, interrumpían sus tareas con el rezo de un *Avemaría*¹⁰.

Era costumbre, en primavera, plantar cruces benditas para obtener, por los méritos de Jesucristo, el verse preservados de los azotes a que están expuestas las cosechas. En el momento en que las espigas empezaban a caer bajo la hoz de los segadores, descubrían una de las cruces, todos los trabajadores se prosternaban, rezaban un *Padrenuestro* y un *Avemaría* o entonaban *O Crux ave*¹¹.

Esta conducta les valía bastantes mofas por parte de los vecinos aldeanos: «Si hacéis caso de vuestro cura, decían en son de burla, os convertirá en *capuchinos*». Pero estas pullas no hacían mella en el ánimo de aquellas buenas gentes, las

⁹ Pablo BRAC DE LA PERRIÈRE, *Souvenirs de deux pèlerinages à Ars*, Lión, 1863, p. 3.

¹⁰ Recuerdos de los viejos de Ars.

¹¹ Mons. CONVERT, *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 342.

cuales sabían responder: «Nuestro Cura es un Santo y le debemos obediencia»¹².

De esta manera, aun en su aspecto exterior, Ars había cambiado.

Lo que más me llamó la atención, prosigue el peregrino lionés citado antes, fue la calma y la paz de aquellos lugares. En aquella tierra se respiraba un aire más puro que en otras partes... Los moradores nos saludaban con amabilidad y nos indicaban solícitos el camino. La hospitalidad cristiana y el espíritu fraternal parecían habituales en todos. Las casas estaban adornadas con imágenes de la Virgen y de los santos¹³.

El Rdo. Vianney visitaba, de cuando en cuando, las familias, a fin de que mejor arraigasen en ellas las costumbres religiosas. Llegaba de improviso durante la comida del mediodía, y llamaba desde fuera al jefe de la casa. Venerado como un santo en vida, era recibido en todas partes con gozosa solicitud. De pie, sin otro apoyo que la pared o el filo de un mueble, dirigía la palabra ora a uno ora a otro, se interesaba por la salud de los padres y de los hijos, por sus trabajos, por las cosechas¹⁴, pero, muy pronto, sin perder el tono familiar, pronunciaba palabras piadosas, de aquellas que dan alas y comunican ideal a nuestros humildes trabajos de la tierra. De esta manera hacía discretamente un examen de conciencia de toda la familia. ¿Rezaban la oración, oían misa, guardaban el descanso los días de precepto? ¿Obedecían los hijos a sus padres? ¿Aprendían el catecismo...? Tenía particular cuidado con las pequeñas criadas, muchachas tímidas, contratadas en los pueblos vecinos, a las cuales quería que se tratase como a los hijos de la casa: por lo mismo, debían también instruir las en las cosas de religión y mandarlas los domingos a misa y a las vísperas.

En mi casa, dice Catalina Lassagne, era un placer para todos el recibirle...¹⁵. Alguna vez comió en casa de mi padre, añade Antonio Mandy, hijo del viejo alcalde, pero nunca previamente invitado.

¹² Recuerdos de los viejos de Ars.

¹³ Pablo BRAC DE LA PERRIÈRE, *Souvenirs de deux pèlerinages*, etc., p. 2.

¹⁴ «Les hablaba de sus trabajos, que le eran bien conocidos.» (Condesa DES GA-RETS, *Proceso del Ordinario*, p. 791.)

¹⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 490.

Comparecía durante la comida, y tomaba parte en ella con gran jovialidad. Comía algunas patatas, y no rehusaba tomar un poco de vino que solía brindar a la salud de toda la familia¹⁶.

Tales visitas, hechas de esta manera, reportaban grandes ventajas: después de haber hablado desde el púlpito a todos los fieles reunidos, el Cura de Ars daba, en la intimidad de cada casa, aquellos avisos y aun aquellas reprensiones que le parecían necesarias.

Cuando el cuidado de las almas absorbió todos los instantes del Rdo. Vianney, aquellas apariciones inesperadas en los hogares escasearon cada vez más y al fin cesaron por completo. «Esto fue motivo de gran sentimiento para las familias de Ars»¹⁷.

Mons. Convert, nombrado cura de la parroquia en 1889, tuvo la dicha de conocer los últimos supervivientes de aquellas familias honradas con la visita del Santo.

En su rostro, escribe, llevaban grabado un sello de santidad que raras veces hemos visto en grado tan subido; la calma, la serenidad y una especie de beatitud que se reflejaba permitían distinguirlos entre mil¹⁸.

¿Acaso un Santo no había convertido a sus padres y sus madres en modelos de virtudes domésticas? Aquellos agricultores —en su mayoría acomodados, pues sin dejar de ser caritativos con los pobres, eran laboriosos y sobrios— eran la admiración de los forasteros. Sus reflexiones rebosaban sentido común; corazones ennoblecidos por la gracia y por la fe, tenían una educación a su manera, sencilla e ingenua, pero mezclada, como en los antiguos patriarcas, de una distinción y una delicadeza poco comunes. La religión había sido su gran educadora.

Catalina Lassagne, a la edad de ochenta años, gustaba de recordar las escenas de su infancia. Siempre veía en ellas a dos figuras queridas entre todas, la de su Santo Cura y la de su madre. Claudina Lassagne era basatante buena cristiana cuando en 1818 se puso bajo la dirección del Cura de

¹⁶ Antonio MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 1.358.

¹⁷ Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 690.

¹⁸ *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 301.

Ars. Su hija mayor, nada torpe, a pesar de haber ido con más frecuencia a guardar los animales en los campos que a instruirse en los bancos de la escuela, echó de ver un cambio muy rápido en las costumbres de su madre¹⁹.

Al principio, cuenta Catalina, no acababa nunca de vestirme y de peinarme. Empleaba una infinidad de tiempo en arreglarme. Pero apenas transcurridas algunas semanas desde la llegada del Rdo. Vianney a Ars, todo cambió. En un cerrar y abrir de ojos, estaba compuesta, y nos íbamos a la iglesia.

Una vez allí, Claudina «se abismaba en la oración como el pez en el agua»²⁰. Parecía que el tiempo no existía para ella. «¡Madre, vayámonos!» —decía impaciente la menor de las hijas, mientras tiraba de las faldas—. Mas ella no se meneaba; hubiérase dicho que no oía. Durante toda la Cuaresma, nunca permitió a sus hijas comer la menor cosa, fuera de las horas de costumbre. Cuando un indulto de Roma permitió el uso de carnes los sábados, Claudina Lassagne obligó a toda la familia a que guardase la antigua observancia. «¿Pero no está permitido comer carne los sábados? —le dijo un día una de sus hijas—. ¿Acaso está *mandado*? —replicó—. No, madre. —Pues haced penitencia». Por la noche, esta cristiana admirable, que no había cesado de estar en oración mientras trabajaba, hacía que todos rezasen. Antes de acostarse, se inclinaba sobre la cabecera de Catalina, para preguntarle dulcemente: «¿Has dicho el *visitad*?» *Visitad* es la primera palabra con que terminan las últimas preces de las Completas, que es la oración litúrgica de la noche.

La honradez arraigada de los vecinos de Ars se hizo proverbial, y presidía todas sus relaciones. Antes —los sermones harto realistas del Rdo. Vianney dan fe de ello— la virtud de la justicia no les preocupaba mucho. «Según ellos mismos afirmaban, hacían como los demás.» En las ventas, disimulaban hábilmente los defectos de los animales, vendían como fresca la manteca rancia, y también huevos pasados²¹. El sastre guardaba el hilo bueno y empleaba el

¹⁹ Cf. Rdo. RENOUD, *Catalina Lassagne, Anales de Ars*, junto 1920, p. 15-16.

²⁰ *Esprit du Curé d'Ars*, p. 112.

²¹ *Sermón sobre la restitución*, t. III, págs. 379-380-382.

mediocre; la hiladora metía el cáñamo en algún rincón húmedo, con lo que aumentaba el peso»²². Se regresaba de los campos con el delantal lleno de hortalizas o de frutas robadas. Los padres recibían, riéndose, a los hijos que entraban en casa con las manos repletas. «¡Ea, esto va bien!»²³ —exclamaban—. Después, en Ars ya transfigurado, tenían escrúpulo del más leve latrocinio. Un día el pequeño Benito Treve —el cual, ya anciano, lo contaba a Monseñor Convert— cogió una pera en el puesto de un vendedor; después, sin pensar más en ello, se fue a su casa para comerla. Su madre quiso enterarse de la procedencia de la fruta. Benito confesó su falta; aquélla atóle las manos atrás y abofeteándole lo acompañó hasta la casa del vendedor. Allí lo desató y el niño devolvió la pera y pidió perdón²⁴.

* * *

Aunque el Rdo. Vianney acogía a todos con igual benignidad, amaba con amor de predilección a sus feligreses. Cuando las confesiones le retenían a todas horas en la iglesia, no podía ver tanto como antes a «sus queridos hijos»; pero mientras los peregrinos tenían que aguardar días enteros para hablarle durante unos minutos, todos los sábados reservaba algunas horas especiales a los habitantes de Ars; los demás días, en cuanto se daba cuenta de que deseaban algo, los hacía llamar junto a sí; tanto que las gentes del pueblo que querían prolongar su preparación para confesar se veían obligadas a ocultarse²⁵.

Hasta el fin de su vida, les dio pruebas de «una abnegación extraordinaria». En medio de la mayor afluencia de forasteros, «lo dejaba todo» para acudir a casa de los enfermos²⁶. Siempre estaba a su disposición. Un día, hacia las once de la noche, Magdalena Scipiot fue a buscarle porque su madre se hallaba gravemente indispueta... Llamóle

²² *Ibidem*.

²³ *Sermón sobre la restitución*, t. III, p. 381.

²⁴ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 34.

²⁵ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 834.

²⁶ Antonio MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 359.

dos o tres veces desde fuera. Despertóse el santo Cura, entreabrió la ventana y «voy al instante, hija mía», respondió. La señora Scipiot se excusó por haberle molestado. «¡Oh, no, esto no es nada, dijo, todavía no he dado mi sangre por vosotros!»²⁷. En el invierno de 1823, durante el jubileo de Trevous, regresó una noche a su parroquia, a pesar del frío y de la nieve, para visitar a una mujer enferma. Llegó agotado de cansancio, blanco de la escharcha y transido de frío²⁸. Nada le arredraba para el bien de las almas de los suyos.

Mas al propio tiempo, ¡qué gozo para su corazón al ver su docilidad y buen espíritu! En medio de Ars, el Rdo. Vianney, «amado como un padre»²⁹, era el rey. Su influencia se extendía sobre todos y en todas las cosas.

En el púlpito y en el confesonario, había proclamado el rigor y las duras de las santas leyes del matrimonio. Había sido escuchado y entendido. Sobre los hogares de Ars, había descendido la bendición de Dios. Como en los tiempos bíblicos, «la esposa crecía como viña fecunda en el interior de su casa», y «los hijos como jóvenes pimpollos de olivo en torno de la mesa»³⁰ del padre. Frente a la iglesia, vivían los Cinier, que tenían diez hijos; el señor Mandy, de Tonneau, tenía doce; doce hijos asimismo formaban la hermosa corona de los propietarios del castillo, el conde y la condesa de Garets; las familias Pertinand y Fleury Treve tenían quince. La población de Ars se dobló durante el curato del Rdo. Vianney³¹. Baste decir que de 1818 a 1824 hubo en tan reducida parroquia 98 bautizos por 40 defunciones.

Los padres y las madres tenían sobre sus hijos ya mayores una autoridad considerable, y no toleraban que en nada fuese menoscabada. Estaba prohibido así a los niños como a las niñas andar por las calles sin razón, y permanecer inactivos en casa. «Cuando las niñas volvían de la escuela, cuenta

²⁷ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 42.

²⁸ Miguel Tournassoud, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.127.

²⁹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 831.

³⁰ Salmo CXXVII, 3.

³¹ La población de Ars, que en 1818 era de 220 habitantes, llegaba a 300 en 1829. (*Proceso verbal de la visita pastoral* de 10 de octubre de 1829.) En 1855, se elevaba a 500. (*Carta* del señor de Castellane, subprefecto de Trevous, en fecha 29 de junio de 1855.) Es cierto que entre éstos había algunos forasteros; pero la población indígena formaba la mayoría de los habitantes.

Anita Scipiot, que fue educada según este sistema, en lugar de dejarlas jugar se las ocupaba en hacer calceta o en trabajos domésticos. Si habían de salir, se les preguntaba a la vuelta cómo se habían comportado y a quiénes habían encontrado...»³². El domingo, las jóvenes no salían sino con sus madres. Algunas veces Juana Cinier, que no sentía vocación para monja de clausura, decía, suspirando: «Hoy, al salir de vísperas, vayamos a dar un paseo; me fastidia estar todo el día encerrada.» Y su madre la llevaba por los campos. Un día, empero, burlando la vigilancia materna, se dejó arrastrar por una joven, juntamente con las señoritas Scipiot, hasta el bosque de la Papisa. Allí charlarían y cogerían avellanas. De repente, comenzaron a resonar gritos por los extremos de aquel soto: eran los jóvenes de Mizerieux que salían al encuentro de los de Ars, y ambos grupos daban la señal convenida. Las comedoras de avellanas escaparon a todo correr. «Como si todas las serpientes del bosque —decía Juana Cinier— las hubiesen perseguido.» No hay para qué decir que quedaron bien curadas de su desobediencia³³.

La intensidad con que entonces fueron cultivadas las almas en Ars no parece que hubiese dado lugar, de un modo notable, a que se suscitasen vocaciones religiosas y sacerdotales³⁴. El Rdo. Vianney, para encaminar a alguno hacia el altar o hacia el claustro, no se decidía sino sobre indicios muy seguros. Un día de 1824, al encontrar en la plaza a uno de los jóvenes feligreses, cuya piedad le había parecido superior a la ordinaria, le dijo: «¿Quieres ir al seminario, hijo mío? —¡Oh, señor Cura! he de ayudar necesariamente a mi padre; no es posible dejarle.» Esta respuesta detuvo al Cura de Ars acerca de un porvenir que él había creído mejor para aquel muchacho. «En este caso, respondió, bien, quédate.»³⁵. En cambio, en otras circunstancias,

³² Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno II, n.º 4.

³³ *Ibid.*, II, n. 1.

³⁴ El primer hijo de la parroquia que el Santo envió al seminario de León parece haber sido Miguel Lacote, nacido en Ars el día 2 de febrero de 1808, mencionado como estudiante eclesiástico en un *estado de almas* de 1829.

³⁵ Nos referimos a Juan Tete, quien, viejo ya, declaró en el Proceso de canonización. (*Proceso apostólico continuativo*, p. 77.) Fue agricultor toda su vida, se casó y tuvo hijos.

aconsejaba a los que dudaban que entrasen inmediatamente en un convento o en el seminario.

* * *

Muchos peregrinos se arreglaban las cosas de manera que pudiesen pasar en Ars el domingo.

Allí, refiere uno de los penitentes más afectos a nuestro Santo, gracias al celo del Rdo. Vianney, el domingo, tan profanado antes de su llegada, llegó a ser de verdad *el día del Señor*. Las comuniones eran muy numerosas. La iglesia no quedaba ni un momento vacía; la afluencia de gente a las funciones religiosas, que se sucedían a cortos intervalos, era considerable. El señor Cura explicaba el catecismo a la una de la tarde; la asistencia era casi igual que a la misa. A las vísperas seguían las completas... Después se rezaba el rosario, en el que tomaba parte todo el mundo. Al caer de la tarde, la campana llamaba por tercera vez a la iglesia y por tercera vez la parroquia respondía al llamamiento. El Rdo. Vianney salía entonces del confesonario, rezaba las oraciones de la noche y cerraba los actos del domingo con una de aquellas emocionantes homilias que tuve la dicha de escuchar... El porte de aquellos buenos cristianos me impresionaba mucho, principalmente la compostura que las madres exigían a los pequeños³⁶.

Mi estancia en Ars, dice otro testigo, se prolongó hasta el domingo. El oficio comenzó a las ocho y duró hasta las once. Antes de la misa, hubo procesión y sermón después del Evangelio. La iglesia estaba del todo llena. Reinaba en ella un recogimiento extraordinario³⁷.

Aquello era una escena de la Iglesia primitiva, una reunión de los primeros cristianos.

La única falta que el Rdo. Vianney podía echar en cara a sus feligreses era que con cierta frecuencia llegaban tarde a los divinos oficios. Este descuido era un defecto inveterado de todos los de la región de Dombes. En 1850, no había aún podido obtener en este punto una victoria completa. «Encargó al Hermano Jerónimo, su sacristán, que, antes de la aspersión de la misa mayor, diese una vuelta por los alrede-

res de la iglesia, y que practicase con toda suavidad el *compelle intrare*³⁸. El Hermano Jerónimo recorría la plaza, y rogaba a cada uno de los rezagados que entrase. Al principio, hacían el remolón, pero pronto se acostumbraron a entrar a tiempo, y el señor Cura tuvo la satisfacción de verles a todos reunidos antes de empezar»³⁹.

Mientras el Santo varón alababa a Dios, todo holgaba en las huertas y en los campos. Si, en tiempo de siega, había algunos que violaban la fiesta, eran muy escasos, y no trabajaban sino a hurtadillas y el menor tiempo posible⁴⁰. «Entre nosotros, decía un buen cristiano, el respeto humano se ha vuelto del revés»⁴¹.

Además de lo dicho, no se hacía en el pueblo ninguna compra los días festivos. El Rdo. Vianney no permitía que los establecimientos permaneciesen abiertos y se negaba a bendecir los objetos adquiridos furtivamente en tales días⁴².

Asimismo, fuera de existir una razón sería, tal como un entierro, una visita a un enfermo grave, los feligreses de Ars se abstendrían de todo viaje. Ningún estrépito discordante, ni siquiera el rodar de un coche, turbaba la paz del día del Señor.

Nunca, refiere Francisco Pertinand, posadero y recadero de Ars, nuestro santo Cura me autorizó para marchar en domingo o día de precepto, y los demás cocheros tampoco enganchaban. Después del establecimiento del ferrocarril, la Compañía, con la cual tenía yo billetes combinados, me exigió que no interrumpiese el servicio. Entonces el Rdo. Vianney no quiso que los coches entrasen en el pueblo, ni que saliesen del centro mismo en los días de fiesta. Sin embargo, sin permitírmelo directamente, consintió en que los viajeros montasen en el coche o se apeasen más allá de las primeras casas del lugar⁴³.

Un hecho extraordinario y que metió gran ruido, pareció

³⁸ *Obligales a entrar*. (San Lucas, XIV, 23.)

³⁹ Mons. CONVERT, *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 44-45.

⁴⁰ «Llegó a conseguir que cesase casi del todo el trabajo en domingo.» (J.-B. MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 597.)

⁴¹ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 203.

⁴² Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 756; B. de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 203.

⁴³ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 813.

³⁶ Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 265.

³⁷ Pablo BRAC DE LA PERRIÈRE, *Souvenirs de deux pèlerinages*, etc., p. 8.

una confirmación celestial de las prescripciones del Cura de Ars.

Recuerdo, escribe el Rdo. Monnin, que en 1856, el domingo *infra octava* de Corpus, durante la misa mayor, una diligencia avanzó hasta delante de la iglesia, cuyas puertas abiertas de par en par dejaban ver en el interior al Santísimo Sacramento expuesto. Los caballos, que corrían al galope, se detuvieron en seco y, a pesar de la obstinación del cochero en pegarlos, se mantuvieron firmes bajo el látigo como la burra de Balaán bajo el palo del profeta. Fue necesario retroceder y regresar a la posada⁴⁴.

Así era como todos los domingos la aldea de Ars parecía, a causa de su recogimiento, un monasterio; sólo el piadoso tañido de la campana interrumpía el silencio⁴⁵. No se oía el estrépito de las fiestas de otros pueblos⁴⁶, ni se veían hombres ebrios, bulliciosos o que anduviesen tambaleándose. «Un señor que detestaba las gentes de tal ralea, decía: Me encuentro muy bien en Ars: nunca encuentro allí borrachos»⁴⁷.

Los ratos de ocio que las funciones religiosas dejaban a los habitantes de Ars los empleaban en visitas de amistad y en diversiones llenas de cordialidad. Los hombres jugaban a los birlos y a los bolos. Algunos buenos ancianos permanecían en el umbral de su casa, apacibles, con la mirada puesta tranquilamente sobre los horizontes de la campiña. Así lo hizo por mucho tiempo Fleury Treve, patriarca de una familia de quince hijos. Sentado sobre la grada del portal, todos los domingos, después de vísperas, se rezaba el rosario⁴⁸.

El Rdo. Vianney estableció la costumbre de celebrar ciertas fiestas *de nueva devoción*, tales como los lunes de Pascua y de Pentecostés, el jueves del Corpus, los días de San Pedro y San Pablo, de San Juan Bautista, de San Sixto y «de su querida pequeñita, Santa Filomena...»⁴⁹. En estas fiestas, las gen-

tes de Ars llenaban el templo durante la misa, las vísperas y el sermón de la tarde. Nadie, por celebrarlas padeció daño en sus bienes. Sin embargo, el santo Cura tenía buen cuidado en no proclamarlas como obligatorias: quien tenía necesidad de trabajar lo hacía sin reparo, pero por lo general se abstendían de ello. «Me gustan mucho estas fiestas —decía el reverendo Vianney—, pues la gente acude sin ser forzada, sino movida por un sentimiento de amor más perfecto»⁵⁰.

Aun durante la semana, en los días laborables, unas cincuenta mujeres y unos cincuenta hombres iban a la misa matinal. En muchas familias, se las apañaban de manera que cada día pudiese oír misa uno de la casa. Los cofrades del Santísimo Sacramento acudían con fidelidad a llevar el cirio en las procesiones y cumplían muy bien con la hora de adoración cada domingo⁵¹. Algunos imitadores del buen Chafangeon, de santa memoria, gustaban de saludar al Señor antes o después del trabajo. Era cosa que impresionaba ver los instrumentos de labranza apoyados contra el muro de la iglesia, durante la oración de aquellos campesinos.

El Cura de Ars no pudo obtener iguales éxitos cuando, después de un largo período de severidad —quizá de veinte años—, quiso inducir a sus feligreses a una mayor frecuencia de sacramentos. No habiendo podido en este punto ver realizados plenamente sus deseos (la comunión mensual y aun dominical) pensó que un número reducido de comuniones bien recibidas bastaría no sólo para mantener, sino además para hacer progresar en la virtud a los hombres y a los jóvenes de su parroquia. «He hecho cuanto he podido —decía hacía el fin de su vida— para mover a los hombres a comulgar cuatro veces al año; los que me hayan escuchado serán santos»⁵². Para conseguir este resultado, exhortó, pre-

⁵⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 261.

⁵¹ Rdo. ROUGEMMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 756.

⁵² Rdo. TOCCANIER, *apostólico ne pereant*, p. 282. Salvo raras excepciones —según el Rdo. Dufour, misionero (*Proceso apostólico in genere*, p. 338)—. Ars contaba en 1855 siete u ocho que no cumplían con la Iglesia; todos los demás hombres y jóvenes comulgaban durante el tiempo pascual. Por Todos los Santos, no se acercaban a la sagrada mesa, sino veintitrés o veinticinco; en cambio, por Navidad, comulgaban casi todos. El Cura de Ars hubo de contentarse con estos resultados, muy inferiores a sus deseos... En cuanto a las mujeres, en su mayor parte recibían la Eucaristía al menos una vez al mes; algunas solamente en las grandes solemnidades. Un buen grupo

⁴⁴ *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 223-224.

⁴⁵ «La parroquia se había convertido en una comunidad. Nunca he visto cosa igual.» (Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 194.)

⁴⁶ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 840.

⁴⁷ Baronesa de Belvey, *Proceso del Ordinario*, p. 195.

⁴⁸ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno II, n.º 3.

⁴⁹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 756.

dicó, y su celo le sugirió ingeniosos procedimientos: sugería a los mejor dispuestos que celebrasen recibiendo al Señor alguno de los grandes aniversarios de su vida: el bautismo, la primera comunión, el matrimonio. Deseaba que comulgasen antes de ser padrinos o madrinan⁵³. La mayor felicidad del Rdo. Vianney, durante su vida, fue distribuir las sagradas hostias. Hubiera pasado todo el día en este santo ministerio, y, con frecuencia, lo ejercitaba con los ojos arrasados en lágrimas.

* * *

Para atraer con más eficacia a su pueblo hacia la Eucaristía, el Cura de Ars se esforzó en comunicarle el gusto por las cosas santas, a que él había ya llegado. Todos los domingos sacaba a las miradas de aquellas buenas gentes los estandartes más hermosos y los ornamentos más ricos⁵⁴. Durante mucho tiempo, el Santo en persona ensayó a los niños del coro y los preparó maravillosamente; y él mismo «en las sagradas ceremonias, ¿no cumplía cuidadosamente con sólo su actitud grave y digna»⁵⁵ todas las reglas prescritas por el ritual lionés, entonces vigente en la diócesis de Belley? Cuando el hermano Atanasio, a partir de 1849, se encargó de la dirección del ceremonial, la actitud de los coristas no fue menos admirable.

Su sentido litúrgico era tan fino y ensayaba a los niños con tanta precisión y buen gusto, que Mons. de Langalerie, en un retiro de párrocos, lo propuso como modelo al clero de su diócesis: «¿Queréis ver una iglesia donde se observan a la letra todas las ceremonias?

de fervorosos cristianos era admitido a la comunión frecuente y diaria. (Pormenores procedentes de la señora Butillon, de Ars, y de la señora Colombier, su hija, recogidos por Mons. Convert. *Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 38.)

⁵³ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 360.

⁵⁴ Se lee en el *Informe de la visita pastoral de Mons. el Obispo de Belley, hecha en Ars el lunes 11 de junio de 1838*: «Monseñor se ha limitado, después de la Santa Misa y de la Confirmación, a dar la bendición con el Santísimo Sacramento y a rezar el responso de difuntos; no ha juzgado necesario visitar el interior de la iglesia, las capillas, los ornamentos y los vasos sagrados, porque todo es tan hermoso y tan rico que no hay más que admirarlo».

⁵⁵ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 754.

Id a Ars; el Hermano Atanasio es una ceremonia viviente e impecable. Su ejemplo os dirá lo que podéis conseguir, si queréis»⁵⁶.

En ciertos días, la compostura de los feligreses de Ars edificaba particularmente a los peregrinos. Todos los años por la solemnidad del Jueves Santo, para conmemorar la institución de la Eucaristía en el Cenáculo, «el Rdo. Vianney —dice el canónigo Pelletier— procuraba que el monumento fuese espléndido, y disfrutaba contemplando los adornos que realzan la majestad del tabernáculo. Todo el coro —que había hecho ensanchar considerablemente en 1845— estaba tapizado de estandartes. Una iluminación muy bien distribuida resplandecía con mil luces. Todo ello se hacía para no turbar y para ayudar el recogimiento de los fieles»⁵⁷. Efectivamente, aquel día toda la parroquia estaba en perpetua adoración. Por la noche, se celebraba el ejercicio de la *hora santa*⁵⁸. El señor Cura estaba de rodillas, sin que se sentara un solo instante, la noche del jueves al viernes santo⁵⁹.

En aquel pueblo, la fiesta del Corpus Christi era la fiesta de las fiestas. Era un espectáculo verdaderamente único; en otras partes podían desplegar mayor pompa, pero en ningún lugar se hacía una mayor manifestación de fe y de amor. Esta solemnidad arrebatava al santo Cura, y le comunicaba una expansión y una cándida alegría de niño. «Ya en el modo de anunciarla, se echaba de ver que era para él una fiesta especialmente agradable»⁶⁰. Aquel día daba gusto verle. El confesonario podía al fin descansar algunas horas. ¡El Santo respiraba, se dilatava, vivía sus vacaciones!

Pasaba por la casa parroquial, donde se vestía a los monaguillos. —Nunca le parecía que estuviesen bastante bien—. «Una vez, contaba el señor Lardet (yo tenía entonces de doce a trece años), aguardaba con los demás niños en el patio de su casa. Llega el señor Cura. «¡Oh, hijos míos! —nos dice yendo de unos a otros—, ¡si tuvieseis el alma tan blanca como vuestro sobrepelliz!»⁶¹. «Animaba a las jóvenes a que

⁵⁶ Mons. CONVERT, *Le Frère Athanase*, Trevoux, Jeannin, 1912, p. 4.

⁵⁷ *Proceso apostólico in genere*, p. 395.

⁵⁸ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 840.

⁵⁹ Baronesa DE BELVEY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 194.

⁶⁰ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 726.

⁶¹ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, Cuaderno I, n.º 19.

se vistiesen de blanco, escribe Catalina Lassagne, y las de la *Providencia* no eran en ello las últimas»⁶².

Pedía que en el recorrido de la procesión se levantasen muchos altares, a fin de poder dar con el Santísimo el mayor número posible de bendiciones. Con el corazón lleno de gozo e irradiando alegría atravesaba las calles, bajaba hasta el castillo, alentaba a los trabajadores, él mismo ponía manos a la obra, y, antes de la procesión, todavía encontraba tiempo para volver a la iglesia, donde le aguardaban los peregrinos, para confesar a algunas personas⁶³.

La ceremonia se celebraba en medio del mayor concurso, pues tenía lugar el día señalado por la liturgia, o sea, el jueves después de la Santísima Trinidad, y los habitantes de las parroquias vecinas podían, por lo mismo, asistir a la procesión. Nadie faltaba a ella. El Rdo. Vianney no toleraba que los curiosos formasen filas a lo largo del recorrido, y no quedaba otro recurso que unirse al cortejo⁶⁴.

El Cura de Ars, que en todo lo demás buscaba siempre el último lugar entre sus compañeros, no cedía a nadie el honor de llevar aquel día el Santísimo Sacramento⁶⁵. Bajo el palio regalado por el vizconde de Ars, avanzaba, revestido de sus magníficos ornamentos, con una majestad que impresionaba; y los ojos fijos en la sagrada Hostia, rezaba y lloraba. Una especie de pasmo impedía todo comentario en los labios de la multitud. Detrás del palio seguía un río de gente del que no se elevaban sino cánticos o murmullos de plegarias. ¡Era de verdad la *Fiesta de Dios!**

Un testigo de aquellas espléndidas manifestaciones ha dejado una relación, en aquel estilo ampuloso puesto entonces de moda por el *Genio del Cristianismo*.

Era una hermosa tarde del mes de junio de 1847. Lo recuerdo muy bien. El sol se reclinaba sobre una nube de oro y púrpura; el aire tibio estaba impregnado de embriagadores aromas... Yo había venido a través de los campos, triste, alicaída, en busca de la sole-

⁶² Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 39-40.

⁶³ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 668.

⁶⁴ Señora Cristina DE CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, p. 118.

⁶⁵ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 118.

* Así es como se llama —*Fête-Dieu*— popularmente en Francia a la fiesta del *Corpus Christi* (N. de la E.).

dad, y sin que me diese cuenta me encontré en el valle de Ars. Habiéndome sentado en una loma, al borde de las praderas que se extendían a mis pies como un mar de verdura, dejé caer la cabeza entre mis manos, y quedé sumida en profundo sueño.

He aquí que, de repente, unos disparos de artillería retumban por el norte del valle; una triple descarga responde por el sur⁶⁶. A esta señal, las campanas son lanzadas al vuelo, y mis ojos, atraídos hacia Ars, ven de lejos una gran multitud que se agita en torno de la iglesia, demasiado pequeña para contenerla, y, por los caminos cercanos, caballos jadeantes que aceleran su marcha hacia la fiesta; contemplo asimismo unas banderas que ondean en lo alto del castillo y otras que se agitan en el campanario.

Era —por fin caí en la cuenta— la fiesta del Corpus, que se celebraba en aquellos valles después de pasados veinte años⁶⁷. Descendí al valle, y me dirigí hacia las voces que vibraban a coro. ¡Qué pompa se ofreció a mis ojos, sorprendidos! Una procesión inmensa, compuesta de peregrinos de todas las comarcas, avanzaba con diferentes estandartes y se encaminaba a la campiña.

Cada minuto, las salvas del pueblo retumban majestuosas, a las que contestan, del otro lado del valle, las detonaciones que parten del castillo. La procesión avanza; el palio, de tisú de oro⁶⁸, el viril dorado y las capas de brocado, relucen a los rayos del sol que pasaba por entre las hojas de los árboles; el anciano, el venerable Cura del lugar camina llevando en sus manos al Dios de todos.

Entretanto, en el límite entre el término municipal y las tierras del castillo, se ha levantado un gracioso templete. Los incensarios humean; el palio se detiene; dos mil personas, postradas en tierra, inclinan sus frentes hasta el suelo, y el sacerdote, con mano temblorosa, levanta despacio la custodia.

La multitud se ha puesto en pie. Nuevas descargas han respondido al nuevo *aleluya*; mas el lugar de la escena ha cambiado; estamos ya en los dominios del castillo y la campana comienza a tañer más de prisa; diez disparos de pólvora responden y la procesión avanza por la pradera.

¡Qué visión de la *Edad Media!* Un puente ha de ser atravesado;

⁶⁶ El conde des Garets, alcalde de Ars, hacía disparar durante la procesión «salvas» de pólvora. (Cf. Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 773.)

⁶⁷ La fama del Corpus de Ars se extendió rápidamente. Desde 1819, un año después de su llegada a la parroquia, el Rdo. Vianney lo celebró ya «con toda la pompa posible». (Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1.087.)

⁶⁸ En realidad, como escribía el mismo donante en 1824, «los cuatro flecos de este palio son de terciopelo carmesí», y aparecen bordadas en cada uno de ellos unas inscripciones de oro muy subido. El resplandor de estas letras hizo creer al autor de esta narración, muy excusable en su error, que todo el palio estaba cubierto de oro.

está adornado con banderas y gallardetes de vivos colores; el pendón de la casa de Ars lanza al viento sus infulas triangulares; cada árbol está ceñido por un ramillete en su tronco... En fin, la verja de hierro del castillo aparece entrelazada con flores naturales, y la avenida cubierta de arena. Los granos de ésta son menos numerosos que las hojas de rosa que una mano piadosa ha esparcido por el suelo. La torre del homenaje está adornada con tapicerías antiguas. La procesión, en medio de una hilera de limoneros, se extiende por el parque y marcha serpenteando hacia la capilla del castillo.

Un himno entusiasta, sonoro, salido de aquellos pechos robustos, se eleva en un formidable *crescendo*, y se extingue de repente al son de una argentina campana. El señor Cura de Ars, con voz temblorosa, bendice de lejos su rebaño. Apenas han sonado las últimas palabras del sacerdote, estalla un *hosanna* en la capilla; corre con la velocidad del rayo, a lo largo de aquella procesión arrodillada en el parque, y mezclándose al ruido de las salvas, va rodando de eco en eco hasta las profundidades del valle⁶⁹.

Al leer esta entusiasta narración, podría creerse que la fiesta del Corpus revestía en Ars cierto carácter guerrero. Pero ¡cuánto disfrutaban aquellos excelentes campesinos, sobre todo los ancianos, que recordaban la pobreza con que se celebraba en otros tiempos! Más que todos, empero, era el señor Párroco quien quedaba embelesado al oír aquellos «fervorosos cantos» de la multitud y el «estampido general de los disparos». Por el Corpus de 1859, el último a que asistió, pues le quedaban cuarenta días de vida, el conde des Garets hizo, sin que él lo supera, que la banda del colegio de Mongré fuese a la procesión. Cuando los metales resonaron, el Rdo. Vianney «saltaba de alegría»⁷⁰. Después de la procesión, no sabía qué hacer para dar las gracias a los Padres Jesuitas, directores del pensionado, que le habían procurado tan agradable sorpresa.

Aquel año, por estar muy fatigado, no pudo, muy a pesar suyo, llevar el Santísimo Sacramento, sino al acercarse a los templetos. Pero el año anterior sostuvo, durante un par de horas, la pesada custodia, con tener setenta y dos años cumplidos, y cuando subía las gradas de aquellos altares

⁶⁹ Extracto del *Album du pèlerinage d'Ars*, ilustrado con 14 grabados, texto de Ad. C., Lión, Brunet, p. 1.852.

⁷⁰ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 789.

campestres «parecía tener la agilidad de un joven»⁷¹. Otras veces, es cierto, «titubeaba, inclinándose a derecha e izquierda; entonces algunos temían que se cayese»⁷². Pero este temor sólo podían concebirlo los forasteros; sus feligreses tenían confianza, pues estaban acostumbrados a contemplarle siempre firme aun en medio de los trabajos más aplastantes. El mismo, con el corazón embebido, no sentía ninguna inquietud. «Un día del Corpus, cuenta el Hermano Atanasio, le preguntamos al verle llegar empapado en sudor: ¿Se habrá cansado mucho, señor Cura? —¡Oh, cómo queréis que esté cansado si Aquel a quien yo llevaba me llevaba también a mí!»⁷³.

Ars se había convertido en un verdadero hogar que irradiaba santidad por todas partes. Para sentir tan saludables influencias, muchas personas fervorosas se habían establecido o pasaban allí largas temporadas: las señoritas Pignaut, Lacand, Berger, de Belvey; las hermanas Ricotier, Marta Miard; los señores Faure de la Bastie y Pedro Oriol, Hipólito Pagès (de Beaucaire), Juan Claudio Viret (de Consance, en el Jura), Sionnet (de Nantes), Sánchez Remón (oficial carlista desterrado de España). Muchos se habían retirado a aquella humilde aldea, con la esperanza de ser consolados por el santo Cura en sus últimos momentos: en efecto, si era dulce vivir en aquella parroquia privilegiada, mucho más dulce había de ser morir en ella.

Durante el ministerio parroquial del Rdo. Vianney, hubo muertes particularmente serenas, edificantes, como aureoladas de una alegría divina.

El último día de octubre de 1825, Luis Chaffangeon, anciano de setenta y cinco años, el hombre de las adoraciones silenciosas, cantaba durante su agonía con los ojos radiantes de esperanza:

¡Yo la veré a la madre querida!

Por Navidades, la señora Ana Coloma des Garets, de setenta y ocho años, moría con señales de predestinación⁷⁴.

⁷¹ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1.088.

⁷² Mons. CONVERT, *Notas*, cuaderno I, n.º 6.

⁷³ *Proceso apostólico in genere*, p. 214.

⁷⁴ *Recuerdos* de los viejos de Ars. El registro parroquial dice: «Luis Chaffangeon,

Hemos visto de qué manera sabían morir en el orfanato de la *Providencia*. Asistidos por su amado Pastor, los buenos feligreses dejaban esta vida de manera que se decía en torno suyo: ¡Ojalá yo pudiese partir así! Es esto tan cierto, que en los alrededores de Ars todo el mundo deseaba recibir de sus manos los últimos sacramentos, y una persona se hizo conducir allí para tener esta dicha⁷⁵. Del nuevo cementerio inaugurado en 1855, a trescientos metros de la iglesia y bendecido por él, el Cura de Ars gustaba de repetir: «¡Es un relicario!»⁷⁶. Había ayudado a bien morir a cuantos en él respiraban, aun a ciertos pecadores, de los cuales, según testimonio de los ancianos del pueblo, ninguno se le escapaba en aquel terrible trance, por lo que el Santo los creía a todos en salvo.

El diablo en persona lo dio a entender a su manera. El perfume sobrenatural que exhalaba aquella reducida aldea le tenía furioso. «¡Qué asquerosa comarca ésta de Ars, gritaba un día por boca de un poseso al que agitaba espantosamente!, ¡qué mal huele todo aquí!... En Ars, todo el mundo huele mal... ¡ah, habladme de la *Rotonda* (lugar de tertulia de ciertos barrios de Lión)... ¡La *Rotonda* sí que huele bien»⁷⁷.

Aun desde el punto de vista material, Ars parecía estar bajo una singular protección.

Oí decir a mi madre, cuenta Magdalena Mandy Scipiot, que después del año 1825, época en que llegó a la parroquia, hasta la muerte del Rdo. Vianney, no había granizado jamás, lo cual atribuía a la intercesión del Santo, tanto más cuanto que él mismo pedía oraciones para apartar del pueblo el terrible azote⁷⁸.

Se ha hecho notar, dice la señorita Marta des Garets, que durante su ministerio ningún temporal asoló aquel municipio. Mi madre escribía después de cierta tempestad: «La tormenta no ha sido para nosotros sino una voz que se ha ido extinguiendo.»

enterrado el 1º de noviembre de 1825, a la edad, aproximadamente, de setenta y cinco años»

⁷⁵ Condesa DES GARETS *Proceso del Ordinario*, p 773

⁷⁶ Mons CONVERT, *Le Cure d'Ars et les dons du Saint-Esprit* Lion, Vitte, 1 923, p

284

⁷⁷ Cf Rdo MONNIN, *Le Cure d'Ars*, t I, p 440

⁷⁸ *Proceso apostolico in genere*, p 277

El señor Cura había pasado la noche en oración⁷⁹.

Nada tiene de extraño, después de esto, que tantos forasteros que no podían detenerse en Ars sino por breve tiempo quedasen tan afectos a aquella aldea bendita. Los que se habían podido compenetrar bien del espíritu que allí reinaba, y habían logrado gozar profundamente de la verdadera paz, gustaban de volver, y hubiérase dicho que su pueblo natal era para ellos un destierro.

No fue sin gran sentimiento como nos alejamos de Ars, cuenta uno de estos peregrinos. ¿Cómo nos aficionamos tan presto?... Es que, en aquella tierra sin lustre, habíamos encontrado aquella paz que convierte en patria el lugar donde se gusta. Vueltos al bullicio y a la agitación de la ciudad, no podíamos sustraernos al malestar y a la tristeza. Los hombres nos parecían groseros y enemigos; las conversaciones, los gritos y aun el aspecto del trabajo argüían desequilibrio y dolor. La atmósfera de paz y de armonía cristianas que acabábamos de perder nos había hecho más impresionables a las miserias humanas. En adelante tendremos que refugiarnos en nuestros recuerdos de Ars como en un santuario, y habremos de resucitar en nuestra alma la santa figura del Rdo. Vianney, para que nos aliente y consuele de nuevo⁸⁰.

El Rdo. Toccanier, que disfrutaba del insigne favor de ayudar a nuestro Santo, recibía de una persona de insigne piedad estas líneas bañadas en lágrimas:

¡Oh, Ars!, si yo pudiese trasladarme ahí como mi pensamiento, me veríais todos los días. Apenas he partido y mi alma desearía volver... Todavía sueño en la felicidad de aquellos días que ya han pasado, de aquellos días que estuve en vuestra bendita aldea... ¡Qué feliz es usted!⁸¹.

⁷⁹ *Proceso apostolico in genere*, p 327

⁸⁰ BRAC DE LA PERRIÈRE, *Souvenirs de deux pèlerinages a Ars*, op cit , p 10

⁸¹ Baronesa DE BELVEY, *Cartas* de 17 de diciembre de 1855 y de 19 de noviembre de 1856



dormitorio del Cura de Ars, según un grabado antiguo y tal como se conserva hoy
 a. En esta cama falleció el Santo. En la mesa que se ve en el centro de la habitación
 escribía aplicadamente sus homilias



XI. EL CURA DE ARS Y EL DEMONIO¹

La finalidad de las persecuciones diabólicas.—Los primeros ataques nocturnos.—Andrés Verchère y su fusil.—La identidad del misterioso asaltante.—«Está furioso: ¡tanto mejor!»—Las horas de insomnio y de combate.—Las tretas y las violencias del demonio.—Un viaje infernal por el camino de Saint-Trivier.—Los testigos que vieron u oyeron.—El lecho quemado.—Una noche toledana en la casa parroquial de Montmerle.—El atormentador atormentado.—El poder del Cura de Ars sobre los demonios.—Algunas liberaciones de posesos.—Una escena fantástica.—Contra el ocultismo y el espiritismo.—La aventura del conde Julio de Maubou.—En casa del capitán Montluisant.—El fin de las obsesiones diabólicas.—La derrota de Satán.

Que hay un infierno y unos ángeles caídos condenados a él es un dogma de nuestra santa fe católica. Según ella, el demonio es un ser personal y viviente, y no una ficción de ensueño. Es cierto que su acción en el mundo permanece oculta; pero a veces, por permisión del Cielo, se manifiesta exteriormente. Es que, sin duda, ve amenazada su influencia en tal o cual punto de la tierra, y como no puede habérselas directamente con Dios, se esfuerza, oscuro malhechor, en esterilizar los trabajos de los obreros evangélicos.

¹ En este capítulo como también en los demás donde se habla de hechos que trascienden el orden natural, la misión del autor se limita a reunir los testimonios contemporáneos serios y dignos de fe. Para la explicación de estos hechos remitimos al lector a las obras técnicas, tales como *Des grâces d'oraison, traite de theologie mystique* por el P. Agustín POULAIN (10^a edición revisada) Beauchêne, 1922 *L'état mystique et les faits extraordinaires de la vie spirituelle*, por el canónigo SAUDREAU Amat, 1921 *Precis de theologie ascétique et mystique*, por Ad TANQUERAY Desclee, 1922

Durante cerca de treinta y cinco años —de 1824 a 1858— el Cura de Ars fue el blanco de las persecuciones exteriores del maligno. ¡Si Satanás hubiese podido, quitándole el sueño y el reposo, hacerle desabrida la oración, las austeridades y los trabajos apostólicos y obligarle a dejar el ministerio de las almas!... Pero el enemigo de nuestra salvación fue descubierto y vencido. «Las luchas con el demonio, dice Catalina Lassagne, hicieron al Rdo. Vianney más caritativo y desinteresado»². El muy astuto no esperaba este resultado.

Las persecuciones infernales «comenzaron cuando el santo Cura meditaba el plan de la *Providencia*, para la cual acababa de adquirir una casa»³, es decir, durante el invierno de 1824 a 1825. No fueron sino la continuación de violentas tentaciones interiores. Durante el curso de una enfermedad bastante grave, debida tal vez a lo que él llamaba sus «locuras de juventud», el Rdo. Vianney, combatido por pensamientos de desesperación, se creía próximo a la muerte. Parecía oír, dentro de sí mismo y repetidamente, una voz que le decía: «Ahora caerás en el infierno»⁴. Mas el Santo halló la paz del alma avivando su confianza en Dios.

Para turbar su quietud exterior, comenzó el demonio con tretas muy insignificantes. Todas las noches, el pobre Cura de Ars oía rasgarse el pabellón de su cama. Pensó que se trataba de vulgares roedores. Colgó una horquilla en la cabeza, pero todo en vano: cuanto más sacudía las cortinas para echar los ratones, tanto mayor era el ruido de las rasgaduras, y al día siguiente, cuando pensaba ver las cortinas hechas pedazos, las encontraba intactas. Estas maniobras duraron algún tiempo⁵.

² Catalina LASSAGNE *Proceso del Ordinario*, p 490

³ Catalina LASSAGNE *Proceso apostolico ne pereant* p 424

⁴ Catalina LASSAGNE *Petit memoire*, tercera redaccion, p 81

⁵ Segun Catalina LASSAGNE *Proceso del Ordinario*, p 481 He aqui, sobre tan extrañas pruebas, algunas nociones teologicas

Las largas vejaciones que durante largo tiempo el demonio, por especial permiso de Dios infligió al Cura de Ars, han de ser colocadas entre los hechos *preternaturales extraordinarios*

Existen, dice el canonigo Saudreau, que es una autoridad en esta materia, dos clases de operaciones diabólicas las ordinarias y las extraordinarias

«El demonio nos tienta a todos y nadie escapa a estos asaltos estas son las operaciones ordinarias

»En otros casos, mucho mas raros, los demonios hacen acto de presencia median te vejaciones penosas, mas espantosas que dolorosas meten ruido, revuelven, trasla

El Cura de Ars no pensó al principio que se tratase del espíritu de las tinieblas. «No era nada crédulo y difícilmente daba fe a los hechos extraordinarios»⁶; tanto es así, que, cuando más tarde se le ofrecieron casos de posesión diabólica, se conducía siempre con la mayor prudencia. «Preguntéle un día, refiere el señor Dufour, misionero de Belley, qué pensaba de una persona que parecía presa de furor en presencia de un sacerdote o de un crucifijo. Me respondió: Hay algo de nervios, algo de locura y algo del *vellaco*»⁷ —*Vellaco** era el mote con el que habitualmente el Cura de Ars nombraba al demonio—.

En cuanto a él, al conservar un perfecto dominio de sí mismo en medio de los trabajos más enojosos, no podía ser tenido como un alucinado⁸. Demasiado serio y enemigo de la

dan, derriban y aun rompen determinados objetos esto es lo que se llama *infestacion*

»La infestacion es la primera de las operaciones diabolicas extraordinarias Es la que casi unicamente tuvo que padecer el Cura de Ars En efecto, no fue victima, sino muy raras veces de la *obsesion exterior*, durante la cual el demonio arremete contra la persona, golpea o hiere Jamas se quejo de haber sufrido la *obsesion interior*, por medio de la cual el angel maldito, influyendo sobre la imaginacion, parece que comunica a la pobre alma algo de sus infernales sentimientos, ni la *posesion* propiamente dicha, por la que Satanás se apodera del organismo humano, dispone de sus miembros, de la lengua, de todo el cuerpo, que mueve como quiere » (Cf A SAUDREAU, *L'etat mystique et les faits extraordinaires de la vie spirituelle*, p 270 271)

El Cura de Ars, durante su apostolado fue testigo de casos de actuacion diabolica en otras personas, y, en muchas ocasiones, libro las almas y los cuerpos de los ataques del maligno espiritu

⁶ Rdo TOCCANIER *Proceso del Ordinario*, p 360

⁷ *Proceso apostolico in genere*, p 360

* La palabra en frances es *grappin*, que, en realidad es intraducible para este caso, por eso, al revisar esta traduccion, hemos adoptado la palabra *vellaco* (N de la E)

⁸ El doctor J B Saunier, que durante diecisiete años fue el medico del Cura de Ars, ha dejado esta nota tecnica sobre el perfecto equilibrio psiquico y moral de su ilustre cliente

«Solamente hemos de decir una palabra acerca de las llamadas explicaciones sicologicas de los fenomenos de esta naturaleza Se hablo con el doctor sobre los ruidos nocturnos de la casa parroquial de Ars, y se habia pronunciado la palabra alucinacion Si estas explicaciones pueden ser admitidas cuando se trata de dar razon de hechos envueltos en circunstancias patologicas que revelan su naturaleza y que por lo regular nunca faltan (estupidez, convulsiones, locura), es imposible atribuirles la misma causa cuando van unidos, como en el caso del reverendo Vianney, a un equilibrio tan regular de todas las funciones del organismo, a aquella serenidad de ideas, a aquella delicadeza de percepcion, a aquella rectitud de juicio y de miras, a aquella plenitud de dominio de si mismo, a la conservacion milagrosa de una salud que no conocia el desfallecimiento en medio de la incesante serie de trabajos que absorbian su existencia » Declaracion en el *Proceso del Ordinario*, f 112)

Por su parte, el doctor Amado Michel, de Coligny (Ain), llamado a declarar en el mismo proceso el 31 de Mayo de 1864, hacia la siguiente declaracion (p 1 283)

«Todo cuanto he visto y he oido decir del señor Cura de Ars demuestra que poseia un perfecto dominio de si mismo, una gran seguridad de juicio, y nada puede inducir-

mentira para inventar sandeces, jamás habría hablado de obseciones del diablo, si no hubiesen sido reales. Tal era, por otra parte, el convencimiento de cuantos se acercaban a él⁹.

Pronto, en medio del silencio de la noche, fueron golpeadas las puertas, y se oyeron gritos en el patio de la casa parroquial. ¿Serían, acaso, ladrones, que codiciaban los preciosos regalos del vizconde de Ars, guardados en un cofre, en el granero? El Rdo. Vianney bajó precipitadamente, y no vio nada. Sin embargo, las noches siguientes temió quedarse solo.

Hacia muchos días, refiere Andrés Verchère¹⁰, carretero del pueblo, un robusto muchachote de veintiocho años, que el reverendo Vianney oía en su casa un ruido extraordinario. Una tarde vino a mi encuentro y me dijo: «No sé si son ladrones... ¿Quieres dormir en la casa parroquial?»

—Con mucho gusto, señor Cura. Voy a cargar mi fusil.»

Llegada la noche, me dirigía a la casa parroquial. Estuve hablando con el señor Cura, junto al fuego, hasta cosa de las diez. Entonces me dijo: «Vayamos a acostarnos.» Cedióme su habitación, y él se entró en la contigua. Yo no podía dormir. Hacia la una ó que sacudían con violencia la empuñadura y el picaporte de la entrada del patio. A la vez, contra la misma puerta, resonaban golpes de maza, mientras dentro, la casa se llenaba de un ruido atronador, como el rodar de varios coches.

Tomé mi fusil, y me precipité a la ventana, que abrí con violencia. Miré y no vi nada. La casa tembló durante un cuarto de hora. Mis piernas hicieron lo mismo, y me resentí de ello por espacio de ocho días. Cuando el estrépito comenzó, el señor Cura encendió una lámpara y se vino conmigo.

«—¿Has oído algo?, me dijo.

—Claro está, puesto que me he levantado, y me ve usted con el fusil.»

me a pensar que hubiese sido víctima de ilusiones o alucinaciones. He oído hablar de ataques del demonio, y si el Rdo. Vianney lo ha afirmado, creo que han tenido efecto.»

⁹ «Todo el mundo en Ars estaba convencido de que aquellos ruidos eran obra del demonio. Yo mismo jamás he dudado, y ni la edad ni la reflexión han mudado mi criterio en este punto. No puede admitirse superchería alguna. Si algún mal bromista o personas interesadas en ello hubiesen intervenido en tales hechos, pronto hubieran sido desenmascarados.» (Rdo. CHALAND, *Proceso continuativo*, p. 650.)

¹⁰ Juntamos aquí dos testimonios de Andrés Verchère, de fecha 4 de junio de 1864 (*Proceso del Ordinario*, p. 1.328) y otro de 2 de octubre de 1876 (*Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.089). Andrés Verchère nació en Savigneux el 1 de septiembre de 1798 y murió en Ars en 1879, a la edad de ochenta y un años.

La casa se conmovía como si temblase el suelo.

«—¿Tienes miedo?, preguntóme.

—No, no tengo miedo, pero siento que se me doblan las piernas. Creo que se hunde la casa.

—¿Qué piensas de esto?

—Creo que es el diablo.»

Cuando hubo cesado el ruido, nos volvimos a la cama. El señor Cura, a la noche siguiente, me rogó que volviese con él. «¡Señor Cura, le dije, ya tengo bastante!»

Después, en la *Providencia* de Ars, el Rdo. Vianney, comentando los apuros del primero de sus guardianes, «se reía muy de veras de su espanto». «Mi pobre Verchère —decía a las profesoras— temblaba de pies a cabeza con su fusil... ¡Ni siquiera se daba cuenta de que lo tuviese!»¹¹.

Ante la negativa del carretero, el señor Cura se dirigió al alcalde, quien envió a la casa parroquial a su hijo Antonio, buen muchacho de veintiséis años, al que dio por compañero de armas a Juan Cotton, jardinero del castillo de Ars, que tenía diez años menos. Después de la oración de la tarde, se iban a la casa parroquial, donde durmieron unas doce noches. «No oímos ningún ruido —dice Juan Cotton—. No así el señor Cura, que dormía en el cuarto de al lado. Más de una vez, su sueño fue perturbado y entonces nos preguntaba: «¿Muchachos, no habéis oído algo?». Nosotros le respondíamos que ningún ruido llegaba hasta nosotros. Sin embargo, por un momento, percibí un sonido semejante al que se produciría si con la hoja de un cuchillo se golpease un vaso de agua. Habíamos colgado nuestros relojes junto al espejo de su cuarto. «Estoy maravillado —nos dijo el señor Cura— de que vuestros relojes no estén hechos añicos»¹².

Muchos otros jóvenes, entre ellos Edmo Scipiot, administrador del castillo, se apostaron de centinelas en el campanario. Tampoco ellos oyeron ruido alguno que les infundiese sospechas; solamente, según dice Magdalena Scipiot, hija de Edmo, «vieron una noche como una lengua de fuego que se precipitaba sobre la casa del señor Cura»¹³.

¹¹ Juan-Maria CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 685.

¹² *Proceso del Ordinario*, p. 1.382.

¹³ Magdalena MANDY SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 269.

¿De dónde, pues, procedían los ruidos misteriosos? El Rdo. Vianney, intranquilo, pero prudente, no osaba todavía emitir su opinión. En una noche en que la nieve cubría el suelo, resonaron gritos en el patio. «Era como un ejército de austríacos o de cosacos que hablasen confusamente un lenguaje que no entendía»¹⁴. El Cura de Ars abrió la puerta. Al pálido reflejo de la nieve, que aun en las noches sin luna suele iluminar débilmente, no vio rastro de nadie. No había lugar a duda. No se trataba de voces humanas; tampoco era cosa de ángeles o divina, puesto que era horrible, infernal. Además, los escalofríos de miedo que sentía ¿no revelaban lo bastante la presencia del misterioso personaje? «Creí que era el demonio, porque tenía miedo, y Dios nunca da miedo —decía a Monseñor Devie»¹⁵. Convencido, pues, de que ni palos ni fusiles podrían nada contra el enemigo, «despidió a sus guardianes y se quedó sólo en el combate»¹⁶.

Efectivamente, fue una verdadera batalla, y, para sostenerla, el santo Cura no tenía más recursos que su paciencia y la oración. «Preguntéle una vez, refiere su confesor, cómo se las arreglaba para rechazar estos ataques. Respondióme: Me vuelvo hacia Dios; hago la señal de la cruz y digo algunas palabras de desprecio al demonio. Por lo demás, he advertido que el estruendo es mucho mayor y los saltos se multiplican cuando, al día siguiente, ha de venir algún gran pecador»¹⁷.

Esto le consolaba mucho en sus insomnios. «Al principio, tenía miedo —decía confidencialmente al señor Mermod, uno de sus mejores amigos y más afectos penitentes—; yo no sabía lo que era aquello; pero ahora estoy contento. Es muy buena señal: se prepara una buena cosecha»¹⁸. «El demonio me ha molestado mucho esta noche, añadía; mañana acudirá mucha gente...»¹⁹. El *vellaco* es muy torpe: él mismo me

¹⁴ Catalina LASSAGNE *Petit memoire*, tercera redacción, p 93

¹⁵ Condesa DES GARETS *Proceso del Ordinario*, p 783

¹⁶ Catalina LASSAGNE *Petit memoire*, tercera redacción, p 92

¹⁷ Rdo BEAU, *Proceso del Ordinario*, p 1 191

¹⁸ Mons MERMOD *ibid*, p 1 034

¹⁹ Rdo MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p 967

²⁰ Juan PERTINAND, *ibid* p 852

anuncia la llegada de grandes pecadores...»²⁰. Está rabioso; ¡tanto mejor!»²¹.

* * *

Había llegado aquel tiempo de trabajo sobrehumano, cuando el Rdo. Vianney pasaba la mayor parte del día en el confesonario. Llegada la noche, a pesar de sentirse extenuado, no se acostaba sin antes leer algunas páginas de las *Vidas de los Santos*. Entonces, interrumpidas por breves intervalos, se afligía con sangrientas disciplinas... Hecho esto, se tendía sobre su jergón, y procuraba dormir. Comenzaba ya a conciliar el sueño, cuando de súbito se sobresaltaba y era sacado de su reposo por unos gritos, lúgubres voces y golpes formidables. Hubiérase dicho que el mazo de algún herrero hacia astillas la puerta de la casa. De repente, sin que se moviese un pestillo, el Cura de Ars se daba cuenta, con horror, de que el demonio estaba junto a él «Yo no le decía que entrase —contaba medio en broma y medio en serio—, pero él entraba como si se lo hubiese dicho»²².

La zambra iba a empezar. El espíritu del mal permanecía invisible, pero su presencia se dejaba sentir. Tumbaba las sillas, sacudía los muebles de la habitación²³, y gritaba con voz horrible: *Vianney, Vianney!... ¡Comedor de trufas!...*²⁴. *¡Ah, todavía no estás muerto!... ¡Ya te cogeré!* A veces, imitando a los animales, gruñía como un oso y aullaba como un perro, y arrojándose contra las cortinas las sacudía con furor²⁵.

Otras veces, cuenta el Hermano Atanasio, según sus propios recuerdos y las relaciones de Catalina Lassagne, el demonio «imitaba el ruido que hace el martillo cuando se clavan clavos en la pared, o cuando se rodea un tonel con los

²¹ J B MANDY *Proceso del Ordinario*, p 590

²² Catalina LASSAGNE *Petit memoire*, tercera redacción, p 93

²³ «Un día dijo al Rdo Thailhades, que me lo repitió «Veis este mueble, pues no se como no se ha hecho pedazos » (Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p 783)

²⁴ En la comarca de Lion, la gente del campo llama *trufas* a las patatas. El Cura de Ars empleaba también este término (*Sermones*, t II, p 222 *carta* al conde des Garets de 2 de noviembre, sin consignar el año)

²⁵ Estos pormenores y los siguientes están sacados en su mayor parte de las declaraciones del Hermano Atanasio en el *Proceso del Ordinario* (p 807-809) Estos hechos han sido casi todos consignados por Catalina Lassagne, de día en día, desde 1841 a 1842, en la primera redacción de la *Petit memoire* (p 16-20)

aros de hierro; tocaba el tambor sobre la mesa, sobre la chimenea y sobre la palangana. A veces, cantaba con una voz muy áspera, y el señor Cura nos decía burlándose: ¡qué voz más fea tiene el *vellaco*!!».

También sentía como si le pasasen una mano por la cara, como si ratones corriesen sobre su cuerpo.

Una noche oyó el ruido de un enjambre de abejas; se levantó y encendió una vela, pero al ir a correr la cortina no vio nada.

Otra vez, el *vellaco* intentó sacarle del lecho tirando al suelo el jergón. El Rdo. Vianney, más asustado que otras veces, hizo la señal de la cruz, y le dejó tranquilo.

«Una noche, poco después de haberse acostado, le pareció que el lecho se iba reblandeciendo por momentos y que se hundía como en un diván. Al mismo tiempo, una voz ronca repetía: “¡Ea, ea!... ¡Vamos, vamos!” y “con otras palabras irónicas, le inducía a la sensualidad”²⁶. El Rdo. Vianney se santiguó y se acabó todo»²⁷.

Agudo en inventar bromas lúgubres, el espíritu de las nieblas parecía multiplicarse o correr por toda la casa. En la habitación, una bandada espantosa de murciélagos reposaba en las vigas y se aferraba a las cortinas de la cama. En el granero, durante horas enteras, parecía como si pasase un rebaño de ovejas; sobre el cuarto, en el comedor, se oía el ruido de un caballo que hubiese saltado hasta el techo para caer con sus cuatro herraduras sobre el pavimento.

Las tretas infernales cansaron al pobre Cura de Ars, pero nunca le abatieron. A pesar de sus terribles insomnios, cuando en el reloj del campanario daban las doce de la noche, el Rdo. Vianney pensaba en sus penitentes, que se renovaban sin cesar y que le estaban aguardando. Se levantaba en seguida y se dirigía a la iglesia. Pero ¡a costa de qué esfuerzo! «Solía venir a nuestros ensayos de canto para alentarnos, dice una de sus feligreses. Algunas veces llegaba completamente pálido. Le preguntábamos si estaba enfermo. No,

²⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 807-809.

²⁷ Rdo. BEAU, confesor del Santo, *Proceso del Ordinario*, p. 1.191.

respondía, pero el *vellaco* me ha hecho tantas, que esta noche no he dormido»²⁸.

A veces, el siniestro compañero hacía al Rdo. Vianney muy mala compañía. «Un día, cuenta un misionero de Pont d'Ain, el señor Cura, que me hacía ir delante de él en la escalera, me decía: Amigo mío, esto no es como ayer; era el *vellaco* quien subía delante de mí; hubiérase dicho que llevaba zuecos»²⁹.

Una mañana de 1826, antes de amanecer, el Cura de Ars marchaba a pie hacia Saint-Trivier-sur-Moignans donde había de predicar los ejercicios del jubileo. Iba «rezando el rosario. El aire en torno suyo se iluminaba con siniestra claridad; la atmósfera estaba como abrasada, y, a cada lado del camino, los matorrales le parecían de fuego. Era Satanás, que previendo el fruto que el Rdo. Vianney había de hacer en las almas, le seguía los pasos envuelto en el fluido ardiente que le consume, para infundirle espanto y desalentarle. El, sin embargo, continuaba su camino»³⁰.

* * *

El Rdo. Vianney, que callaba todas aquellas cosas naturales que podían acarrearle elogios, refería con gusto, aun en la iglesia durante el catecismo, las bromas que le jugaba el Maligno. Sabemos que era incapaz de la más leve mentira y que, a pesar de su labor aplastante, conservó siempre el más perfecto dominio de sí mismo. Sin embargo, más de uno, aun entre sus familiares, hubiera podido exigir otras pruebas que la palabra del siervo de Dios y el testimonio ya lejano del carretero Verchère. El Rdo. Raymond, que durante ocho años fue su auxiliar, y el Rdo. Toccanier, que lo fue seis, no oyeron jamás los ruidos extraordinarios. «Oíd al *vellaco*» —decía algunas veces al Rdo. Raymond—. Mas éste no notaba nada³¹. ¿Por qué sólo el Cura de Ars percibía en-

²⁸ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 843.

²⁹ Rdo. DUFOUR, *Proceso apostólico in genere*, p. 359.

³⁰ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 420. De Ars a Saint Trivier la distancia es de doce kilómetros.

³¹ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 291.

tonces los ruidos infernales? ¿Por qué las vejaciones del diablo no iban sino para él?

Con todo, en circunstancias excepcionales otras personas, dignas de todo crédito, pudieron comprobar por sí mismas estos ataques del enemigo.

Hacia 1820, el Rdo. Vianney había transportado de su iglesia a la casa parroquial un viejo lienzo que representaba la *Anunciación*. El cuadro estaba apoyado junto a la escalera. Entonces Satanás se ensañó en aquella pura imagen y la llenó de inmundicias. Tuvieron que sacarla de aquel sitio. «Muchos —afirma Monnin— fueron testigos de tan odiosas profanaciones, o al menos pudieron ver sensibles señales de ellas. El Rdo. Renard dice haber visto aquella pintura indignamente manchada; la figura de la Virgen no podía ser reconocida»³².

Margarita Vianney, la *Gothon* de los días de la infancia, iba de vez en cuando a visitar a su hermano. Durante una de las noches que pasó en la casa parroquial, oyó al Cura de Ars que salía de su cuarto antes de la una, para irse a la iglesia. «Pocos momentos después, cuenta ella misma, estalló junto a mi cama un estruendo muy violento, como si cinco o seis hombres golpearan la mesa o el armario... Yo tuve miedo; me levanté, encendí la lámpara, y vi que todo estaba en perfecto orden. Quizás soñaba, pensé. Me acosté otra vez y, apenas estaba sobre la cama, cuando el estrépito se renovó. Entonces el susto fue mucho mayor. Vestíme a toda prisa, y corrí a la iglesia. Cuando mi hermano regresó a la casa parroquial, le dije lo que me había ocurrido. «Hija mía, replicó, no hay por qué tener miedo: es el *vellaco*.

»No puede nada contigo; a mí también me atormenta algunas veces, me coge de los pies y me arrastra por el cuarto. Esto lo hace porque convierto almas a Dios»³³.

La señorita María Ricotier, de Glizé, en el Lyonnais, que había fijado su residencia en Ars, oía desde su casa ciertos

³² Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 421, y también *Notas* del Rdo. Renard, con la primera redacción de la *Petit mémoire* de Catalina Lassagne, p. 35. Un pintor se llevó este cuadro de Ars para sacar una copia (colocada actualmente en la capilla de la *Providencia*). Pero el indelicado artista no restituyó el original.

³³ *Proceso del Ordinario*, p. 1.026.

rumores que le parecían proceder de la casa parroquial. Un día, en el que la cosa le pareció más extraordinaria, fue muy de mañana a hablar con el Rdo. Vianney. «También lo he oído yo, respondió. Serían los pecadores que se dirigen a Ars»³⁴.

El señor Amiel, escultor de Montmerle, decía al famoso posadero Francisco Pertinand: «Yo no sé por qué duermen en una casa donde se oyen ruidos tan espantosos. Yo me hospedé allí varias noches, cuando hacía las imágenes a cuenta del Rdo. Vianney»³⁵.

Dionisio Chaland, de Bouligneux, joven estudiante de filosofía, un día de junio de 1838 fue a confesarse con el Cura de Ars. Fue recibido, por favor, en la misma habitación del Santo. «Arrodilléme en su reclinatorio, cuenta el mismo estudiante. Entonces, hacia la mitad de la confesión, un temblor general agitó toda la casa; mi reclinatorio se conmovía como todo lo demás. Levantéme, presa de terror, y el señor Cura me cogió por el brazo. «¡No es nada, dijo, es el demonio!» Al fin de esta confesión, el Rdo. Vianney decidió sobre mi porvenir: «Tenéis que ser sacerdote.» Mi emoción se conservó extremadamente viva, y he de manifestar que no volví a confesarme con el Cura de Ars»³⁶.

El mismo Dionisio Chaland había sido, unos diez años, «pensionista en casa del maestro de escuela de Ars». Algunas noches la curiosidad podía más que el miedo, y con algunos de sus condiscípulos iba a aplicar el oído a la puerta de la casa parroquial para escuchar el estrépito, que, según era fama, hacía el demonio. Pues bien, aquellos muchachos «oyeron más de veinte veces, por lo regular hacia media noche, una voz gutural que repetía: ¡*Vianney, Vianney!*»³⁷.

En 1842, un gendarme de Messimy, el aposentador mayor Napoly, que pasaba por grandes pruebas, quiso consultar al Cura de Ars. Llegó a la aldea muy entrada la noche. Como estuviese aguardando junto a la puerta de la casa parro-

³⁴ María RICOTIER, *Proceso del Ordinario*, p. 1.335.

³⁵ Francisco PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 816.

³⁶ Rdo. Dionisio CHALAND, cura de Marlieux, *Proceso apostólico continuativo*, p. 656.

³⁷ Rdo. CHALAND, *Proceso apostólico continuativo*, p. 655.

quial, oyó también en el silencio de la noche, el horripilante llamamiento, renovado varias veces. La habitación del Santo se iluminó débilmente, y él salió en seguida a la luz de la linterna. «Señor Cura, parece que os atacan, gritó el bueno de Napoly... Pero yo estoy aquí para defenderos.

—¡Ah, no es nada, amigo... es el *vellaco!*»

Mientras decía esto, cogió la mano de Napoly, que estaba temblando. «Ven conmigo», añadió, y condujo al defensor de ocasión a la sacristía, «donde, sin duda, como dice el Hermano Atanasio, todo acabó muy bien. Supe después que aquel hombre se había convertido en fervoroso cristiano. El señor Cura repetía después que no era muy valiente, para ser gendarme»³⁸.

En marzo de 1852, una joven religiosa de la congregación del Niño Jesús, llamada Sor Clotilde —en el mundo Juana Coiffet, de Leigneux (Loire)— quiso confesarse con el Santo sacerdote. Pasó un día, y llegada la noche, como muchos otros penitentes, hubo de cobijarse en el vestíbulo, junto al campanario. Hacia la una y media de la madrugada, el Rdo. Vianney abre la puerta. Todos se precipitan tras él. Mas, de repente, se vuelve y señalando con el dedo a la religiosa desconocida, que tímidamente se había quedado en el rincón más oscuro: «Dejad que venga aquella joven», dice. Sor Clotilde le sigue. Apenas el Santo se adelanta hacia la nave, óyense extraños rumores, como una disputa de hombres montados en cólera. «No es nada, murmura el Cura de Ars al oído de la pobre hermana temblorosa: es el demonio quien hace esto»³⁹.

Un hecho, que en rigor podría atribuirse a causas naturales⁴⁰, pero en el que el Rdo. Vianney y la multitud vieron una agresión más notable del demonio, conmovió a

³⁸ *Proceso apostólico in genere*, p. 209-210.

³⁹ *Testimonio* de Sor Clotilde recogido por M. Ball el 21 de noviembre de 1878. (Archivos de la casa parroquial.)

⁴⁰ En *Ars et son pasteur*, publicado en *Ars* —sin autorización, ciertamente, del Rdo. Vianney— el mismo año del acontecimiento. Miguel Givre cuenta que un fósforo que el Cura de Ars frotó para encender su linterna pudo haber causado el incendio que vamos a referir. En este caso el referido incendio hubiera estado incubándose sin dar señales, por espacio de más de cinco horas. Sea de ello lo que fuere, todo intento criminal ha de ser rechazado, pues la habitación estaba cerrada, y el Rdo. Vianney se había llevado la llave en el bolsillo.

los peregrinos, y les confirmó en la convicción de que el espíritu maligno atacaba exteriormente al Cura de Ars. Era el lunes o el martes de las Cuarenta Horas —el 23 o el 24 de febrero de 1857—. El Santo, aquella mañana, se había puesto a oír confesiones antes que de ordinario, pues era muy grande la multitud en la iglesia, donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento. Poco antes de las siete, las personas que pasaban por delante de la casa parroquial vieron cómo salían llamas del cuarto del Rdo. Vianney. Corrieron a avisarle en el momento en que dejaba el confesonario, para celebrar la santa Misa. «¡Parece, padre mío, que el fuego está en vuestra cámara!». El, mientras les daba la llave para que fueran a apagarlo, contentóse con responder sin inmutarse: «Este despreciable *vellaco* no ha podido coger el pájaro y ha quemado la jaula»⁴¹.

Salió, empero, de la iglesia, entró en el patio de su casa, y encontróse con unos hombres que sacaban los restos humeantes de su pobre lecho. No les preguntó nada; volvióse a la iglesia y entró en la sacristía. Como es natural, entre los penitentes que se hallaban en la nave, se produjo un cierto movimiento. El Hermano Jerónimo, el solícito sacristán, pensó que el Santo ignoraba todavía el motivo. «Señor Cura, le dijo, es vuestra cama que acaba de quemarse. —¡Ya!» replicó el interesado con tono indiferente; y tranquilo como de costumbre se fue a celebrar la Misa⁴².

El Rdo. Alfredo Monnin, joven misionero de Pont-d'Ain, sustituto del Rdo. Toccanier, que había salido de misión para Massigneux, junto a Belley, entró precipitadamente en la habitación incendiada. En seguida notó los caracteres del misterioso fuego.

La cama, refiere, el pabellón, las cortinas y cuanto había en derredor, todo estaba consumido. El fuego no se detuvo sino ante la vitrina de Santa Filomena, puesta sobre una cómoda, y, a partir exactamente de este sitio, trazó, con precisión geométrica, una línea

⁴¹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 843. Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 784.

⁴² Hermano JERÓNIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 564.

⁴³ El pequeño relicario todavía está en el mismo lugar que entonces. Las señales

recta de arriba abajo, destruyendo cuanto había de la parte de acá de la reliquia y destruyendo todo lo de la parte de allá⁴³.

Tal como se produjo este incendio, o sea sin causa aparente, así también se extinguió; y es digno de notarse, y en cierta manera prodigioso, que no se comunicase por las tupidas cortinas de sarga al techo, «muy bajo, viejo y seco»⁴⁴, que hubiera ardido como paja.

Al mediodía, cuando me visitó en la *Providencia*, hablamos de ello.

Yo le dije que la opinión general lo atribuía a una broma pesada del demonio, y le pregunté si creía que el maligno espíritu había tenido parte. «¡Ah, amigo mío, es bien manifiesto!... Está furioso; esto es buena señal; vendrán pecadores.» En efecto, durante aquellos días hubo en Ars un movimiento extraordinario⁴⁵.

Unos treinta años antes, otro hecho, sobre el cual no es posible dudar, había impresionado de un modo especial al clero de los alrededores. En 1826, durante una misión en Montmerle, se habían producido los ruidos misteriosos en la casa parroquial por haber «arrastrado el demonio, a través del cuarto, la cama del Cura de Ars»⁴⁶. Se rieron de ello, y la historia no halló sino incrédulos. Pero durante el invierno que siguió, fue ya otra cosa.

Se predicaba el jubileo en Saint-Trivier-sur-Moignans. El Rdo. Vianney fue llamado a aportar su concurso, lo que hizo de muy buena gana. Desde la primera noche, unos rumores insólitos se dejaron oír en la casa del párroco de Saint-Trivier, muy tranquila por lo regular. Los sacerdotes alojados bajo el cuarto del Cura de Ars se le quejaron; apenas se había acostado, los ruidos procedían de allí. «Es el *vellaco* —respondió el Cura de Ars— que está enojado por el bien que aquí se hace». Pero sus compañeros se negaron a creerlo: «Usted no come, ni duerme, le decían; ¡es la cabeza que le bulle y los ratones que corren por su cerebro!» Otros días los reproches de los compañeros fueron más vivos, y esta vez, el siervo de Dios no respondió nada⁴⁷.

del incendio son aún muy visibles sobre las vigas, sobre las cuales trazan un rectángulo muy regular.

⁴⁴ Nos hemos permitido añadir a la relación del Rdo. Monnin este pormenor que procede de la condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 784.

⁴⁵ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 426-428.

⁴⁶ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 807.

⁴⁷ Sacamos estas noticias de la relación de Mons. Mermod, al cual, nombrado re-

En la noche siguiente, se oyó como el ruido de un carro que hacía temblar el suelo. Hubiérase dicho que la casa se venía abajo. Todo el mundo se levantó sobresaltado, el señor Grangier, cura de Saint-Trivier, el señor Benoît, el vicario, el señor Chevalon, «antiguo soldado de la República y misionero de la diócesis» y la criada Dionisia Lanvis. Se armó entonces en el cuarto del Cura de Ars una tal algarabía que el señor Benoît gritó: «¡Asesinan al Rdo. Vianney!». Todos corrieron hacia allá. Mas ¿qué vieron? El Santo varón estaba acostado tranquilamente en su lecho, que unas manos invisibles habían arrastrado hasta el centro de la pieza. «Es el *vellaco*, dijo, que me ha arrastrado hasta aquí, y ha causado todo este desorden. No es nada... Siento no haberles prevenido. Pero es buena señal; mañana caerá un pez gordo.»

¿Quién iba a ser ese *pez gordo*? Evidentemente que por medio de esta frase, que le era familiar, quería indicar la conversión de algún gran pecador. A pesar de todo, sus compañeros dudaron todavía, «creyendo en una alucinación». Hicieron, pues, vigilar las proximidades de cierto confesionario. Hasta la noche, no ocurrió nada de extraordinario. «El reverendo Vianney había padecido, pues, una ilusión.» Mas ¿cuál no fue la alegre sorpresa del párroco y del misionero, «cuando vieron, después del sermón, al señor de Murs, noble caballero, el cual atravesaba la iglesia y se dirigía al Cura de Ars pidiéndole que le confesara! Aquel caballero tenía descuidados los deberes religiosos desde hacía mucho tiempo. Su ejemplo causó profunda impresión en los habitantes de Saint-Trivier»⁴⁸. Después de este episodio, el señor Chevalon, que había sido quizás uno de los primeros en burlarse, «miró al Cura de Ars como un gran Santo»⁴⁹.

En algunas ocasiones, emprendióla también el diablo con la obra de la *Providencia*. Las profesoras y las huérfanas fueron despertadas algunas noches por ruidos extraños. Al-

cientemente cura de Chaleins, parecieron al principio «increíbles aquellos ruidos, pero mudó de parecer al lado del Rdo. Benoit, vicario de Saint-Trivier» (*Proceso del Ordinario*, p. 1.033-1.034); del Hermano Atanasio, que «conocía los hechos por el mismo Cura de Ars» (*ibid.*, p. 807); del Rdo. Monnin (*ibid.*, p. 1.111); de Dionisia Lanvis (*ibid.*, p. 1.362); de Catalina Lassagne (*Petit mémoire*, tercera redacción, p. 66).

⁴⁸ Mons. MERMOD, *Proceso del Ordinario*, p. 1.034.

⁴⁹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 66.

gunas veces, el espíritu del mal intentó también perturbar sus espíritus.

Un día, cuenta María Filliat, después de haber fregado bien la olla, eché en ella agua para hacer la sopa. Vi que en el agua había unos pedacitos de carne. Era día de vigilia. Vacié bien la olla, la lavé de nuevo, y puse otra vez agua. Cuando la sopa estuvo ya para ser servida, vi mezclados otra vez en ella pedacitos de carne. Lo dije al Reverendo Vianney, y me respondió: «Es el demonio, quien hace todo esto. Pero tú sirve la sopa»⁵⁰.

* * *

El furor de Satanás se agotaba inútilmente. Por lo demás, el Rdo. Vianney había acabado por acostumbrarse a sus viciadas. «¿Tenéis, sin duda, miedo?, le preguntaba el Rdo. Toccanier, aludiendo a tan desagradable trato.

—Uno se habitúa a todo, amigo, replicó el amable Santo. El *vellaco* y yo somos casi *compañeros*»⁵¹.

El 4 de diciembre de 1841, decía a los directores del orfanato: «El demonio estuvo anoche en mi cuarto, mientras yo rezaba el breviario, soplabá muy fuerte y parecía vomitar no sé qué (trigo u otros granos) sobre las baldosas. Yo le dije: Voy a ir a la *Providencia* a contar lo que haces, para que te desprecien. Y se calló en seguida»⁵².

Una noche en que el Cura de Ars procuraba dormirse, el infernal enemigo hizo acto de presencia con estas voces: «¡Vianney, Vianney! ¡yo te cogeré, yo te cogeré!...». Y el pobre Santo replicaba, desde el rincón donde estaba su cama: «No te temo nada»⁵³.

Se concibe fácilmente, después de lo apuntado, que ciertas gentes utilizasen el dominio que el siervo de Dios había adquirido sobre el mal espíritu, para conseguir por su medio librar a los posesos. Mons. Devie había autorizado al Cura de Ars para valerse de su poder de exorcista, cada vez que las circunstancias lo exigiesen. Acerca del particular abundan

⁵⁰ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.094.

⁵¹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 292.

⁵² Catalina LASSAGNE, *Petit mémoires*, primera redacción, p. 20.

⁵³ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 729.

también los testimonios. Juan Picard, veterinario y herrador del pueblo, estuvo presente a varias escenas extrañas. Una desgraciada mujer había sido conducida de lejos por su marido. Estaba furiosa y lanzaba gritos inarticulados. La mandaron al señor Cura, el cual, después de haberla examinado, declaró que era necesario llevarla al obispo de su diócesis. «¡Bien, bien —respondió la mujer, que había recobrado de repente la palabra, aunque el timbre de la voz hacía temblar—, la *criatura* se volverá! ¡Ah!, si yo tuviese el poder de Jesucristo, os engulliría a todos en el infierno.

—¡Tate, tú conoces a Jesucristo! ¡Ea, bien! Llevad a esta mujer al pie del altar.»

Cuatro hombres la condujeron allí, a pesar de sus resistencias. El Rdo. Vianney puso entonces su relicario⁵⁴ sobre la cabeza de la posesa y ella permaneció como muerta. Poco después, sin embargo, se levantó por sí misma y con paso ligero ganó la puerta de la iglesia. Al cabo de una hora, volvió muy tranquila, tomó agua bendita y se puso de rodillas. Estaba completamente curada, y durante tres días fue la edificación de los peregrinos⁵⁵.

Una pobre vieja de los alrededores de Clermont-Ferrand excitó especialmente la compasión del señor Pedro Oriol, uno de los «guardias de corps» de nuestro Santo. La pobre infeliz, cuenta aquél, estuvo todo el día bailando y cantando en la plaza de la iglesia. Hiciéronle beber algunas gotas de agua bendita. De repente, presa de furor, se puso a morder las paredes. Su hijo estaba con ella, pero no sabía qué partido tomar. Un sacerdote forastero los puso entre la iglesia y la casa parroquial, por donde había de pasar el reverendo Vianney. El Santo apareció, en efecto. Bendijo sencillamente a la infeliz, cuya boca sangraba, y al momento quedó del todo tranquila. Su hijo refirió que hacía cuarenta años que se encontraba en aquel triste estado, y que nunca se había mostrado ni tan furiosa ni tan sosegada. Se la creía poseída

⁵⁴ «El Cura de Ars llevaba constantemente en el bolsillo un gran relicario de plata con muchas reliquias de la Pasión, y también, según creo, de los Santos». (Rdo. TAILHADES, *Proceso del Ordinario*, p. 1.508.)

⁵⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 1.312.

del demonio. Lo cierto es que las terribles crisis no se repitieron más⁵⁶.

Por la noche del 27 de diciembre de 1857, un vicario de San Pedro de Aviñón y la Superiora de las Franciscanas de Orange, acompañaron a Ars a una joven institutriz con todas las señales de posesión diabólica. El arzobispo de Aviñón en persona había estudiado el caso y les había dado el consejo de presentarla al reverendo Vianney. Al día siguiente, por la mañana, la llevaron a la sacristía, cuando el Santo se disponía a revestirse para celebrar el santo sacrificio. Mas, de repente, la posesa buscó la puerta para escapar. «Hay demasiada gente aquí, gritaba. ¿Hay demasiada gente?, repitió el siervo de Dios; pues bien, ahora saldrán.» A una señal que les hizo, los asistentes se eclipsaron y él se quedó solo con la pobre víctima de Satanás.

Desde la iglesia, no se oía al principio más que un murmullo confuso de palabras. De repente, fue subiendo el tono. El vicario de Aviñón, que se había quedado junto a la puerta de la sacristía, cogió una parte del diálogo: «¿Quieres, pues, salir de una vez?», preguntaba el Cura de Ars.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque estoy con un hombre a quien no amo.

E irónicamente el Rdo. Vianney prosiguió: ¿No me quieres?

Un *no* estridente fue toda la respuesta del espíritu que habitaba en aquella pobre joven.

Casi al momento, se abrió la puerta de la sacristía. El poder del Santo había triunfado. Recogida y modesta, llorando de gozo y con una expresión de agradecimiento infinito, la institutriz apareció en el umbral. Sin embargo, por unos segundos, el temor se dibujó en su rostro. Volvió al Rdo. Vianney. «Tengo miedo de que vuelva, le dijo ella. —No, no, hija mía.» De hecho, *él* no volvió, y la joven pudo reanudar sus ocupaciones de institutriz en la ciudad de Orange⁵⁷.

El 25 de julio de 1859, víspera del día en que el Santo de

⁵⁶ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 751.

⁵⁷ Archivos del despacho parroquial de Ars, año 1904.

Ars había de tenderse para no levantarse más, le llevaron con gran trabajo, hacia las ocho de la noche, «una mujer que pasaba por posesa». Su marido la acompañaba, y entró solo con ella en el patio de la casa parroquial, adonde el Rdo. Vianney les siguió. Entretanto, el señor Oriol y un gran número de forasteros estaban de pie junto a la puerta. Al instante en que esta mujer salió libre y contenta, «se oyó un ruido en el patio, semejante al de ramas de árbol violentamente quebradas. Fue tal el estrépito, que los presentes fueron presa del espanto. Además, añade el señor Oriol, cuando entré en la casa después de la oración de la noche, vi que los saúcos estaban intactos»⁵⁸.

Hubo otra desgraciada a la que no fue posible llevar hasta la iglesia, tal era su resistencia, y mostraba gran repulsión por el Cura de Ars. Llamaron al Santo, para que fuera a la casa donde se hospedaba, pero en su ausencia, esperó que llegase en una sala contigua. Naturalmente, la posesa no estaba enterada de cosa alguna. De repente, al acercarse a la casa, fue agitada de violentas convulsiones. «*El botarate* no está lejos», decía como aullando. También esta vez desempeñó el Santo su papel de libertador⁵⁹.

El día 23 de febrero de 1840, hacia el mediodía, aconteció algo fantástico en el mismo confesonario del Rdo. Vianney. Una mujer venida de las inmediaciones de Puy-en-Velay, en la cual, al principio, nada de extraño se echaba de ver, se arrodilló a los pies del Santo. En aquel momento, unas diez personas, entre ellas María Boyat y Genoveva Filliat, de Ars, estaban agrupadas junto a la capilla de San Juan Bautista, aguardando turno para confesarse: sin ver nada, lo oyeron todo. Como la mujer estaba callada, el Santo le daba prisa repetidamente para que comenzara la acusación de sus faltas. De repente, se oyó una voz agria y fuerte:

«No he cometido ningún pecado, y hago partícipes de este fruto a todos cuantos quieren... Levanta la mano y absuélveme. ¡Ah! tú la levantas muchas veces por mí; pues yo estoy con frecuencia junto a ti, en el confesonario.

⁵⁸ Pedro ORIOL, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.108.

⁵⁹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 96.

—¿*Tu quis es?* (¿Quién eres?), preguntó el Santo.

—*Magister caput* (Maestro cabeza, es decir, un jefe), respondió el demonio, y después repitió en francés la respuesta.

—¡Ah, sapo negro, cuánto me haces sufrir! Siempre dices que te quieres marchar. ¿Por qué no lo haces?... Hay otros sapos negros que me hacen sufrir menos que tú.

—Voy a escribir a Monseñor para que te haga salir.

—Sí, pero yo haré que tiemble tu mano y que no puedas escribir... ¡Ya te cogeré! He ganado a otros más fuertes que tú. Y tú, aún no has muerto. Sin ésta... (aquí, con una palabra repugnante y grosera se refería a la Virgen) que está allí arriba ya te poseeríamos; mas ella te protege, con este *gran dragón* (San Miguel) que está a la puerta de la iglesia... Di, ¿por qué te levantas tan de mañana? Desobedeces al *vestido violado* (a tu obispo). ¿Por qué predicas con tanta sencillez? Por esto eres considerado todavía como un ignorante. ¿Por qué no predicas pomposamente como se hace en las ciudades?»⁶⁰.

Las invectivas diabólicas continuaron aún por espacio de algunos minutos, refiriéndose sucesivamente al obispo de Belley, Mons. Devie, y al obispo de Puy, Mons. Bonald, que se hallaba en visperas de ser nombrado arzobispo de Lión; a diversas categorías de sacerdotes, y, finalmente, de nuevo al mismo Cura de Ars. El espíritu del mal, que hallaba algo que reprender en la conducta de todos, se vio obligado, a pesar suyo, como se dice de Cristo en el Evangelio, a proclamar la intachable virtud del siervo de Dios.

* * *

El Cura de Ars, cuya mirada penetraba el mundo de lo misterioso, demostró gran severidad con los que profesaban el espiritismo y el ocultismo. «¿Quién es el que hace hablar o dar vueltas a las mesas?», preguntaba un día a una desgraciada energúmena que injuriaba a los transeúntes en la plaza del pueblo. «¡Soy yo!, respondió la mujer, a la que atormentaba un espíritu... ¡Todo esto es obra mía!»⁶¹. El Cura de

Ars vio aquel día que el infernal engañador había dicho la verdad.

El conde julio de Maubou, que poseía unas fincas en Beaujolais, cerca de Villefranche, pero que vivía en París una gran parte del año, gustaba de tratar con el Rdo. Vianney. Era su penitente y su amigo.

Era hacia el año 1850. En aquel tiempo —la historia es un continuo comenzar— estaban muy de moda los espíritus, los médiums y las mesas giratorias. En la alta sociedad parisienne, y aun las familias creyentes y practicantes, se entregaban a estos pasatiempos reputados de buen tono. El conde de Maubou, convidado a una velada en casa de unos parientes, no creyó del caso declinar la invitación, y tomó parte en diversos experimentos; los fenómenos de costumbre se ofrecieron a sus ojos: la mesa se levantó y respondió varias veces golpeando el suelo.

Dos días después, nuestro caballero, habiendo emprendido el viaje a Beaujolais, se encaminó hacia Ars, muy contento de ver a su venerable y santo director. Precisamente al punto en que llegaba, el Rdo. Vianney aparecía en el umbral de la iglesia. Sonriendo y alargándole la mano, el señor Maubou corrió hacia él. ¡Dolorosa sorpresa! Sin casi devolverle el saludo, deteniéndole con un ademán, díjole con acento triste y severo:

«Julio, ¡deténgase usted! Anteayer tuvo usted trato con el diablo! ¡Venga a confesarse!»

Así lo hizo, dócilmente, el joven conde y prometió no tomar parte jamás en una diversión de tal manera calificada y condenada.

Algún tiempo después, de vuelta a París, se encontraba en otro salón. Le rogaron también que les ayudase a hacer girar una mesa. Sin más rodeos tomó la palabra y se mostró inflexible. Los invitados decidieron apartarse un poco, y el escrupuloso conde quedó solo en su rincón. Pero en el interior de su alma protestaba contra el juego que se hacía contra su voluntad. La resistencia de la mesa a maniobrar fue tal y tan inesperada, que el médium no pudo menos de decir: «No entiendo nada. Debe de haber aquí alguna fuerza superior que paraliza nuestra acción»⁶².

⁶⁰ Sacamos esta parte del diálogo de la relación que ha dejado Catalina LASSAGNE en la tercera redacción de su *Petit mémoire*, p. 95.

⁶¹ Cf. Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 441.

Por la misma época, el señor Carlos de Montluisant, joven capitán que había de morir siendo general de división retirado en su castillo de Marsanne (Drôme), pudo experimentar si el Rdo. Vianney conocía o no algo de los misterios del más allá. Habiendo oído hablar de las maravillas de Ars, determinóse, con otros tres oficiales, a darse cuenta exacta de lo que allí pasaba. Por el camino, sus amigos convinieron en que cada uno de ellos haría una pregunta al Rdo. Vianney. El capitán Montluisant manifestó sin ambages que, «como no tenía nada que preguntarle, nada le diría».

Llegada la hora de la entrevista, entró en la sacristía detrás de sus compañeros y bien decidido a mantenerse callado, cuando uno de ellos, presentándole al Cura de Ars, dijo: «Señor Cura, he aquí al señor Montluisant, joven capitán de porvenir, que quiere haceros una pregunta.» Cogido desprevenido, mantúvose, sin embargo, en actitud correcta y con cierto tonillo de broma, dijo: «Vamos a ver, señor Cura, a estas historias de diabluras que hacen correr acerca de usted, debemos no darles crédito, ¿no es verdad? ¿Son cosas de la imaginación?» El Rdo. Vianney miró fijamente a los ojos del oficial, y después soltó la respuesta, breve y cortante: «Ah, amigo mío, usted ya sabe algo de esto... Sin lo que hizo, no hubiera podido librarse.» El señor de Montluisant, con gran admiración de sus compañeros, guardó silencio.

Ya de regreso, fue menester explicarse. O bien el Cura de Ars había hablado al acaso bien... Pero, ¿qué era lo que había pasado? El capitán tuvo que manifestar que, estando en París cursando sus estudios, se había afiliado a un grupo, filantrópico en apariencia, pero que en realidad era una sociedad de espiritistas.

«Un día, dijo, al entrar en mi cuarto, sentí la impresión de que no me hallaba solo. Inquieto por una impresión tan extraña, miro y busco por todas partes. Nada. Al día siguiente, lo mismo. Además, parecíame como si una mano invisible me apretara la garganta... Yo tenía fe. Fui a buscar agua ben-

⁶² Esta narración se basa enteramente en unas *notas* escritas, el 16 de mayo de 1922, en la casa parroquial de Ars, por el señor Freminville de Bourg, sobrino segundo del señor Maubou. El señor Freminville ha autorizado al autor para citar su nombre y el de su tío.

edita a Saint-Germain-l'Auxerrois, que era mi parroquia. Rocié la habitación por todos los rincones, y, a partir de aquel momento, cesó toda impresión de una presencia extranatural. Después, no puse más los pies en casa de los espiritistas... No dudo de que el Cura de Ars acababa de aludir a este incidente.»

Ningún comentario siguió a esta explicación. Muy pronto los oficiales hablaron de otra cosa⁶³.

* * *

Conforme envejecía el Cura de Ars, las obsesiones diabólicas iban disminuyendo en número y en intensidad⁶⁴. El espíritu del mal, que no pudo desalentar aquella alma heroica, acabó por desalentarse él mismo; poco a poco, fue dejando la lucha; o, mejor dicho, Dios quiso que una existencia tan hermosa, tan pura, aparentemente tan tranquila, pero en el fondo tan afligida, se extinguiese en medio de una profunda paz.

Desde 1855 hasta su muerte, el Rdo. Vianney no fue apenas hostigado por el demonio. Y, sin embargo, el sueño se le había hecho casi imposible: a falta del *vellaco*, una tos persistente la tenía en vela. A pesar de esto, continuaba sus interminables sesiones en el confesonario. «Puesto que durante el día puedo dormir media hora o una hora, puedo volver a mi trabajo»⁶⁵. Esta hora o esta media hora la pasaba en su cuarto después de la comida del mediodía. Se tendía sobre el jergón, y procuraba dormirse. Este fue el tiempo en que alguna vez se aprovechó todavía el demonio para inquietarle.

La señorita María de Lamartine, de Grau-du-Roi, en el Gard, esperaba un día, en compañía del señor Pagès, que el Rdo. Vianney saliera de su casa. Había pasado como una hora desde la comida. «De repente, oímos unos gritos y gemidos. «Es el diablo, díjome el señor Pagès, que hace de las suyas; y el bueno del señor Cura está poniéndole en su sitio»⁶⁶.

⁶³ La aventura del capitán está consignada en los *archivos* parroquiales de Ars. El general Montluisant murió muy cristianamente en 1.º de mayo de 1894.

⁶⁴ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1.113.

⁶⁵ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 315.

⁶⁶ *Carta* de 18 de septiembre de 1907 (Archivos de la casa parroquial de Ars).

Finalmente, el maligno espíritu no volvió, y el Cura de Ars vio partir, sin disgusto, a un compañero de tal calaña. En su agonía, no le turbó en lo más mínimo, como se ha visto en otros santos. Aun antes de terminar su prueba terrestre, el Cura de Ars había inflingido a Satanás una derrota definitiva.

XII. LAS PEREGRINACIONES A ARS

1. LOS ORIGENES Y SANTA FILOMENA

Los humildes comienzos de una fama mundial.—Después de la misión de Trévoux.—El atractivo que mueve a las multitudes hacia Ars.—Los primeros rumores de milagros.—A la sombra de la querida Santa Filomena.—La breve historia de Filomena.—La celeste amiga.

Que un hombre en vida sea visitado en peregrinación, que las multitudes acudan a venerarle como a una reliquia, es un hecho muy raras veces presenciado, es una reproducción de lo ocurrido a los *Padres del desierto* en su lejana Tebaida. Durante treinta años, la humilde aldea de Ars fue testigo de una tal maravilla: multitudes, que sin cesar se iban renovando, se postraban de rodillas ante un Santo. Desde 1827 a 1959, la iglesia no estuvo un momento vacía.

Sin embargo, «fueron personas sencillas y devotas, y no otras, las que comenzaron a divulgar su fama. Estos rumores hallaron más tarde eco en las personas más graves por su carácter, edad y situación»¹. El Rdo. Vianney había dejado en Dardilly, su pueblo natal, y en Ecully, de donde había sido vicario por espacio de tres años, «un recuerdo de santidad»². Varias personas de estos pueblos comenzaron a acudir a Ars desde 1818, y fueron llegando otros de Noës, que anduvieron cien kilómetros para ver otra vez al señor *Jerónimo* convertido en sacerdote y en párroco. La mayor parte hicieron bajo

¹ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 757.

² *Proceso apostólico ne pereant*, p. 573; *Proceso del Ordinario*, página 1032.

su dirección los ejercicios espirituales; tres o cuatro acabaron por residir definitivamente en Ars. Desde entonces, la reputación del párroco Vianney se extendió cada día más.

En 1822, cuenta Mons. Mermod, estaba yo de profesor en el seminario menor de Meximieux. El párroco Vianney vino un día para hacer una visita al Rdo. Loras, su antiguo condiscípulo, y entonces superior de la casa. Atravesó nuestro patio de recreo y se dirigió ante todo a la capilla para adorar al Santísimo Sacramento; después visitó al superior. En cuanto apareció en el patio, un alumno que le conocía, Antonio Raymond, su futuro auxiliar, exclamó: «*¡Es el santo Cura de Ars!*» Como por ensalmo, cesaron los juegos y todas las miradas se fijaron en él.

Antonio Raymond, que era de Fareins, tenía entonces dieciséis años³. Había oído hablar del Cura de Ars en su pueblo natal. Los ataques pérfidos y violentos de ciertos habitantes de Ars y los elogios de otros no habían podido menos de hallar eco en los lugares vecinos. Todos deseaban conocer a un cura de quien tan bien, o tan mal, hablaban sus feligreses. Quien no estuviese corrompido hasta los tuétanos, fácilmente adivinaba de qué lado estaban la verdad y la buena fe.

Trevoux, capital de la región de Dombes, no tardó en formar sobre el Cura de Ars el más favorable concepto. Hemos visto ya cómo, durante la misión general de 1823, las tres cuartas partes de los penitentes asediaron su confesonario. Lo mismo ocurrió en 1826, con ocasión del jubileo universal concedido por el papa León XII. Los sacerdotes de Savigneux, de Montmerle, de Saint-Trivier, de Chaleins, de Saint-Bernard, y otros, a quienes el Cura de Ars ayudó en el ministerio de la confesión y predicación, sorprendidos del éxito, no podían menos de proclamar su gran virtud. Pero todavía no les era dado prever que en las vísperas de los festivos, y aun con más frecuencia, personas de sus parroquias y de las más calificadas, harían viajes a Ars, para pedir al párroco Vianney que continuara dirigiéndolas.

Llegó un momento (en 1827) en que ya comenzaron a

³ Este joven, que tan gran papel había de desempeñar en la vida del Rdo. Vianney, nació el 29 de julio de 1805.

acudir gentes desde lejos en busca de las luces del santo varón. «Este año —dice Mons. Mermod— fui nombrado cura de Chaleins. En todas partes se hablaba de la santidad del Rdo. Vianney. Muchas personas de mi parroquia iban a confesarse con el siervo de Dios. Debo decir que edificaban a todos»⁴. En 1827, según refiere Juan Pertinad, Ars veía llegar todos los días unos veinte forasteros⁵. Durante la octava del Corpus, la joven condesa Laura des Garets pasaba su primera temporada en aquel viejo castillo que había de ocupar definitivamente en 1834. Cada tarde, asistía a la «bendición». La pequeña iglesia de Ars, escribía al señor de Colombier su padre, «estaba llena de fieles, entre los cuales eran muchos los forasteros... Las paredes recubiertas de colgaduras y banderas, el altar con sus dorados resplandecientes, la custodia radiante de pedrería, una multitud de velas y un sacerdote demacrado por los ayunos y vigiliias, que repetía con voz apagada una oración que exhalaba amor: tal era el interesante cuadro, concluía la piadosa dama, que diariamente se presentaba a mi vista por la tarde».

Sabemos, por testimonio de los ancianos, que «el concurso era muy numeroso en 1828»⁶. Al año siguiente, el santo Cura era ya el prisionero de las almas; sólo la muerte había de librarle de tan santa esclavitud. El Rdo. Mermod, cura de Chaleins⁷, iba a visitarle de vez en cuando. «Vuestro ángel, le dijo un día el Rdo. Vianney, os inspira bien al hacer que venzáis a verme. El otro le respondió: Parece que el vuestro jamás os inspira que me devolváis las visitas. —No puedo, estoy todo el día ocupado»⁸.

No todos iban a Ars para confesarse. La curiosidad tenía su parte en este movimiento. ¿No se decía, acaso, que el Cura de Ars leía en las conciencias, y que obraba milagros? Así, pues, en un rincón de Francia había un *Santo* de verdad... Para contemplarle, las turbas se removieron. Se ha dicho «que aun los hombres incrédulos, sienten una necesidad de santi-

⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 1032.

⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 368.

⁶ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso continuativo*, p. 750.

⁷ Lo fue de 1827 a 1835.

⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 1035.

dad tal, que corren allí donde la advierten»⁹. Mas la gracia de Dios tiene sus caminos para insinuarse en las almas. Muchos fueron los curiosos en los primeros tiempos; pero no pocos se volvieron confesados y convertidos. Por lo demás, si había pecadores que se sentían arrastrados hacia Ars por un atractivo que ellos mismos no sabían explicar, había otros que acudían con la esperanza de encontrar a los pies del Santo el valor para confesar sus miserias, y el remedio para sanarlas.

«Señor Cura, le decía ingenuamente Catalina Lassagne, los demás misioneros corren tras los pecadores aun por tierras lejanas, pero aquí los pecadores corren detrás de usted.» Y sobrenaturalmente gozoso de esta afirmación, contestó en el mismo tono: «Casi es verdad»¹⁰. Muy pronto, tuvo de ello evidentes pruebas. Una tarde de 1828 ó 1829, después de la oración de la tarde, el Cura de Ars acababa de subir a su habitación. De repente, un recio puñetazo conmueve la puerta del patio. Después de dos o tres sacudidas a cuál más violenta, el Cura se decide a bajar y abrir. Un carretero le está aguardando. Ha dejado las caballerías delante de la iglesia. «Venid, le dice, es un asunto delicado; quiero confesar-me y enseguida»¹¹.

¿En qué época comenzó a atribuirse un poder milagroso a las oraciones del párroco Vianney? Sin duda alguna, los dos primeros prodigios de Ars —la multiplicación del trigo y de la harina—, que tuvieron lugar hacia el año 1830, fueron muy pronto conocidos de los habitantes y también de los peregrinos que acudían ya en gran número. El ruido que metieron estos dos hechos extraordinarios molestó al joven párroco: temía que atribuyesen a él la gloria.

Pronto se vieron entre multitudes gentes delicadas y enfermas. Muchos, después de haberse encomendado a las oraciones del Cura de Ars, obtuvieron algún alivio en sus dolencias, en realidad la curación. Naturalmente, se hablaba de ello. «Pero, según dice el profesor Pertinand, el Rdo. Vianney recomendaba el silencio y la gente temía darle pena si publicaba

⁹ René BAZIN, *Pèlerinage à Ars*, «Anales de Ars», abril de 1908, pág. 322.

¹⁰ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 56.

¹¹ Cf. Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, págs. 13-14.

las gracias alcanzadas. No fue así, empero, cuando se inauguró en la parroquia el culto de santa Filomena. El siervo de Dios comenzó a atribuir a la Santa toda la gloria de las maravillas que allí se realizaban y le gustaba proclamarlas. Cargó a su cuenta todos los prodigios que hicieron célebres las peregrinaciones a Ars. Gracias a él, el culto de la joven Santa se extendió rápidamente, no sólo en las comarcas vecinas, sino en todo el resto de Francia»¹².

Es, en efecto, muy probable, que si el Cura de Ars no hubiese proclamado por espacio de treinta años sus alabanzas, no habría alcanzado el renombre que alcanzó en el siglo XIX¹³. Antes de 1830, bien poco se hablaba de ella. Tan sólo en 1803, el 24 de mayo, un obrero ocupado en quitar los escombros de una galería, en la catacumba romana de Santa Priscila, descubrió su sepultura: un *loculus* excavado en la pared de tierra y cerrado con tres ladrillos, en el que se leía la siguiente inscripción pintada en minio:

PAX TECUM, FILUMENA¹⁴

Los huesos eran los de una muchacha de catorce a quince años. Junto a la cabeza, se encontró, roto en varios fragmentos, un frasquito de barro que sin duda había contenido algunas gotas de sangre y que la Iglesia considera como una de las pruebas del martirio. Los restos de *Filumena* fueron trasladados a la *Custodia de las santas reliquias*. Allí habían de permanecer como olvidadas, hasta el mes de junio de 1805, fecha en que las recibió un misionero de Mugnano, Francisco de Lucia. En Mugnano, pequeña aldea del reino de Nápoles, *Filumena*, cuya llegada había sido objeto de grandes festejos por parte de todo el pueblo, dio enseguida pruebas de su valimiento por medio de estupendos prodigios.

Sin embargo, no fue sino hacia 1815, cuando en Francia co-

¹² Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 357.— Así lo testifican en términos casi idénticos el Rdo. TOCCANIER (*id.*, p. 159); la baronesa de BELVEY (*id.*, p. 236).

¹³ Sobre la extraordinaria devoción del Cura de Ars a esta Santa. véase nuestro libro *Sainte Philomène*, cap. VI.

¹⁴ *La paz sea contigo, Filomena*.

menzaron a contarse estas mavarillas. Los *Benfratelli* o hermanos de San Juan de Dios, expulsados por la tormenta revolucionaria, recorrieron de pueblo en pueblo el territorio francés. Para atender a las necesidades de sus obras se habían convertido en verdaderos mendigos y mientras pedían limosna cantaban los *gozos de santa Filomena*. Su superior, el Padre Mongallón, pasó por Lión, donde recibió hospitalidad en casa de la familia Jaricot.

El eminente religioso, cediendo a los deseos de Paulina, que entonces tenía diecisiete años, le dio una reliquia que había traído de Mugnano. De esta reliquia, el Rdo. Vianney pudo obtener una partecita¹⁵. Así fue cómo la joven Filomena entró humildemente en Ars.

Allí había de desempeñar doble papel: uno público y otro privado. No solamente sería ella, a los ojos de la multitud, la celeste taumaturga cuya intercesión conseguiría cualquier milagro, sino que entre ella y el Santo se establecería un casto y misterioso amor: ella sería «su Beatriz, su ideal, su dulce estrella, su guía, su consoladora, su luz pura»¹⁶. Y esta intimidad mística llegaría a ser tan viva y tan profunda, que pudo ser descrita con estas palabras que causan admiración:

Desde el principio la querida Santa respondió a la afición del siervo de Dios; pero sus corazones fueron uniéndose cada vez más, hasta el punto de crearse entre ellos, en los últimos años, no ya una relación distanciada, sino un trato inmediato y directo; desde entonces, aquel Santo en vida tuvo con la Bienaventurada la familiaridad más dulce y más íntima. De una parte, consistía en una continuada invocación, y de otra, en un socorro sensible y en una especie de presencia real¹⁷.

Este amor «ardiente y casi caballeresco»¹⁸ no podrá quedar oculto en el fondo del corazón. La turba de peregrinos tendrá noticia de ello y recogerá los beneficios. Muchas

¹⁵ Recuerdan algunos que hacia el año 1816, bajo las frondas del pueblo de Tassin, durante el vicariato en Ecully del Rdo. Vianney, aprendió éste a conocer a santa Filomena por medio de la señorita Jaricot.

¹⁶ Canónigo POLIN, *Les Parfums d'Ars*, «Anales de Ars», agosto de 1922, p. 78.

¹⁷ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. II, p. 594.

¹⁸ *Ibidem*.

veces al día, en el púlpito, en el confesonario, en la plaza de la iglesia, el Rdo. Vianney aconsejará que se invoque a la *querida santita*, su *cónsul*, su *responsable*, su *encargada de los asuntos delante de Dios*.

Y mientras le afligirán la incomprensión y las contradicciones de los hombres, mientras le atormentarán las obsesiones del infierno, veremos al Cura de Ars visitado y confortado por su inmortal amiga, conservar, hasta bajo el peso de la edad, aquella alegría, aquel vigor moral, aquella juventud de corazón que es presagio de la inmutable juventud de los elegidos.



Así se conserva actualmente la parte antigua de la Iglesia de Ars. Tanto el campanario de ladrillo como las capillas interiores fueron mandadas construir por el mismo Cura de Ars. Mas tarde, después de la muerte del Santo, se construyó la basilica que esta adosada a esta iglesia.

XIII. LAS PEREGRINACIONES A ARS

II. LAS CONTRADICCIONES DEL CLERO

Porte descuidado y críticas.—Consultas a un ignorante.—¿Era ignorante el Cura de Ars?—La ciencia del sacerdote.—«Avispas» entre los peregrinos.—«No soy yo quien les digo que vengan».—Los contrarios convertidos en admiradores.—Una carta punzante y la respuesta del Santo.—Las denuncias al obispado.—La investigación del vicario general y las conclusiones del Prelado.—Los sentimientos unánimes para con el Cura de Ars.

En el gran movimiento que arrastraba a las multitudes hacia la aldea de Ars, el clero tuvo bien poca parte. ¡Tan anormal parecía a los sacerdotes, aun a los más celosos, el que fueran a consultar al cura de una parroquia de doscientas almas! «No es un hombre como los demás», repetía la voz popular. ¡Ah! demasiado lo sabían. ¿Su porte exterior no revelaba acaso lo que era en realidad: un excéntrico, a quien hubiera sido mejor conducirse llanamente como el común de los hombres?

Efectivamente, ya desde el principio, sus colegas juzgaron con severidad su conducta y no quisieron ver en ciertas maneras de actuar más que el fruto de una originalidad afectada y con complacencia sostenida; calificaron de extravagancia, lo que, en realidad, habida cuenta de la intención, no era más que perfección y virtud.

«El señor Cura, dice Juana-María Chanay, la lavandera del orfanato y de la casa parroquial, gustaba, naturalmente, del orden y del aseo»; la prueba de ello está en que «se

cambiaba frecuentemente la ropa interior»¹. Sólo que este pormenor tan íntimo era ignorado del público, y «si el Rdo. Vianney amaba la limpieza, su desaliño exterior la favorecía poco»². Voluntariamente, por espíritu de mortificación y de humildad, llevaba una sotana vieja, un sombrero muy usado y unos zapatos remendados que jamás habían conocido el lujo del betún. «Aun a las conferencias de eclesiásticos, las únicas reuniones a que asistía, iba pobre y miserable»³.

Se concibe fácilmente que un exterior tan dejado, cuya causa verdadera y profunda no era aún conocida, desagradase a todos los miembros del clero. Los sacerdotes de Lión se han distinguido siempre por la dignidad de su porte. Los contemporáneos del Cura de Ars juzgaron reprehensible un descuido que calificaban de inconveniente. Algunos le tacharon de avaro: ¿no podía, acaso, aunque fuesen pocos sus haberes, procurarse una ropa más decente? Otros creyeron descubrir en ello una falta de sentido común; otros lo achacaron a hipocresía y a un secreto deseo de llamar la atención⁴. De aquí, la displicencia y las antipatías que se pusieron de manifiesto en más de una ocasión de palabra y aun de obra. En la conferencia mensual, un párroco vecino no quería sentarse junto a él, por causa de su sombrero poco limpio⁵.

Le tiraban también pullitas más o menos bien intencionadas, que él aceptaba con la mayor jovialidad del mundo. «Le va bien esto al Cura de Ars... Cuando se ha dicho *Cura de Ars*, ya se ha dicho todo»⁶. Pero, con frecuencia, a estas bromas aceptadas de tan buen grado, se mezclaba algo de acritud. Mons. Devie en persona tuvo ocasión, al menos una vez, de notarlo claramente.

El obispo de Belley presidía una comida de fin de misión en la casa parroquial de Trevoux, y había querido que el párroco Vianney estuviese sentado a su lado. —Sin duda,

que en aquella reunión había pretendido manifestar su estima por el humilde sacerdote, en quien ya comenzaba a cebarse la calumnia; había visto en aquel pobre cura rural un atractivo que nada tenía de humano, y que era resultado del ejercicio heroico de la virtud—. Desde el principio de la comida, uno de los convidados se permitió murmurar lo bastante alto, empero, para poder ser oído: «El Cura de Ars, que está tan cerca de Monseñor, no lleva un solo ceñidor». (Es de creer que, por tolerancia, el ceñidor no era considerado en aquella época como parte esencial del hábito eclesiástico). El Prelado escuchaba sin decir nada, y el Cura de Ars callaba también. La respuesta la dio un clérigo anciano, el cual cortó bruscamente la conversación: «—El Cura de Ars sin ceñidor vale más que otros con él. —¡Muy bien dicho!— exclamó el obispo. —Y dejaron tranquilo al Santo»⁷.

El Cura de Ars pareció siempre insensible a las recriminaciones que se referían a su porte exterior: se había desposado con la Pobreza y, como San Francisco de Asís y San Benito Labre, llevaba las insignias de esta virtud. Pero otros ataques, que fueron para él pesada cruz, hubo de sufrir de parte de sus hermanos en el sacerdocio. ¿No había tenido que pasar horas amargas cuando, en Ars y los pueblos vecinos, la malevolencia se encarnizaba en su reputación de ministro del Señor austero y casto? Ahora intentaban frenar a las almas que acudían a él.

Habría tenido excusa su negligencia en el vestir si hubiese sido un sacerdote sabio, desterrado por amor al estudio en aquel rincón desconocido de la tierra. Mas sus colegas tenían muy buena memoria: el Cura de Ars era un hombre excelente, dulce, servicial, celoso... Pero ¿qué teología había cursado? Cinco meses a duras penas en San Ireneo de Lión; un conocimiento casi nulo de la lengua latina; un despido a mitad de curso; unas lecciones sin importancia en la casa parroquial de Ecully, y, como término, la última parroquia de la diócesis. ¡Pobre Cura de Ars! Y a él iban a consultar tantos inocentes. ¿Qué había de extraordinario en su dirección? Los mismos consejos —y fundados en una mayor expe-

¹ *Proceso del Ordinario* p 708

² Baronesa DE BELVEY *Proceso del Ordinario*, p 224

³ Catalina LASSAGNE *Petit memoire*, tercera redaccion, p 85

⁴ Guillermo VILLIER *Proceso del Ordinario*, p 621

⁵ Catalina LASSAGNE *Petit memoire* primera redaccion, p 14

⁶ *Ibidem*

⁷ Catalina LASSAGNE *Petit memoire*, tercera redaccion, p 65

riencia en el gobierno de las almas— ¿no los tenían a su alcance, en sus respectivas parroquias? «No es más listo que nosotros», se permitía decir un día, en presencia de la señora de Cibeins, un eclesiástico hablando del Rdo. Vianney⁸. Verdaderamente, el continuo movimiento hacia a Ars, que tomaba ya el sesgo de una no interrumpida peregrinación, se convertía en piedra de escándalo. Era ya hora de ilustrar a aquellos pobres de espíritu. Era menester de todo punto recurrir a la autoridad superior.

Y así fue, en efecto. Muchos sacerdotes prohibieron a sus penitentes, so pena de serles negada la absolución, el dirigirse a Ars. Otros fulminaron esta prohibición desde el púlpito. Algunos tomaron la pluma para hacer ver al Prelado el nuevo peligro que corrían las almas⁹. Y los acusadores, como ha dicho Catalina Lassagne, «creían sin duda tener razones fundadas para ello»¹⁰.

Todas estas razones, en definitiva, quedaban reducidas a una: la incapacidad del Rdo. Vianney. Nos parece indispensable, en el punto en que ya hemos llegado de esta historia, dar de una vez un poco de luz para siempre, sobre la pretendida ignorancia del Cura de Ars. Aquí, en efecto, queda una leyenda por destruir.

Concedemos sin ambages que nuestro Santo nunca se sintió inclinado a lo que suele llamarse simple *curiosidad literaria*: durante su vida sacerdotal, no leyó nada por puro pasatiempo, ni siquiera el diario¹¹. Los *Anales de la propagación de la Fe* fueron su único periódico. La manera como cursó sus estudios en la infancia y en la juventud, agitados, interrumpidos, turbados tantas veces, reanudados con tan heroica constancia, tuvo repercusión en toda su vida. ¡Fue víctima de tan adversas circunstancias! Es imposible permanecer sin perjuicio en un estado de estancamiento intelectual hasta los veinte años. Conoció sin duda de nombre los grandes poetas, los grandes dramaturgos y los grandes ora-

⁸ Señora Cristina de CIBEINS *Proceso apostolico continuativo*, pagina 166

⁹ Catalina LASSAGNE *Petit memoire*, primera redaccion, p 85, Rdo MONNIN *Proceso del Ordinario*, p 1060

¹⁰ *Ibidem*

¹¹ Catalina LASSAGNE *Petit memoire*, tercera redaccion, p 104

dores; si en casa del señor Balley, en Ecully, recorrió algunas de sus obras, no le quedó, al menos en apariencia, ningún recuerdo preciso: en todos sus sermones no se encuentra una sola cita profana.

Concedido esto, hemos de confesar que la insuficiencia intelectual del Cura de Ars fue una cosa que se exageró mucho. En este punto, además, ¿no dio tal vez, llevado de una humildad exagerada, armas a sus adversarios? «Se creía muy ignorante»¹², escribe Catalina Lassagne. «¡Qué queréis que os diga, solía repetir, yo no tengo estudio!; el señor Balley bien se esforzó durante cinco o seis años en enseñarme alguna cosa: él perdió su latín y no logró meter nada en mi dura cabeza»¹³. Y, exagerando de lo lindo, añadía: «Cuando estoy con los demás sacerdotes, soy el *Bordin* (era éste un idiota de aquella comarca). En todas las familias, hay un hijo más torpe que sus hermanos y hermanas; pues bien, entre nosotros yo soy este hijo». En su vejez, al ver un día un retrato suyo, más o menos exacto, y que habían trazado algo a la buena de Dios, exclamaba, sonriendo: «Soy yo mismo. Mirad qué pinta de bruto»¹⁴.

Esta desconfianza excesiva en sus propias luces le hubieran paralizado, y quizá anulado del todo, si el amor de Dios y del prójimo no le hubiesen obligado, en su acción, a mostrarse tal cual era. Así y todo, algunas veces, en sus ministerios con los prójimos, buscó manera de aparentar lo contrario, temeroso de que no se tuviese de su persona una opinión demasiado favorable. «En el confesonario, dice la baronesa de Belvey, hablaba correctamente el francés (yo tuve ocasión de experimentarlo); mientras que en las explicaciones del Catecismo, dejaba escapar algunas faltas, sobre todo cuando entre el auditorio había personas de consideración»¹⁵.

En realidad, si se considera su tenacidad en el trabajo, su espíritu observador, la frescura de su imaginación, lo fino y atinado de sus observaciones, el párroco Vianney, puesto en circunstancias normales, hubiera sido un buen humanista.

¹² *Petit memoire* tercera redaccion, p 104

¹³ Rdo RAYMOND *Vida* manuscrita p 62

¹⁴ Catalina LASSAGNE *Proceso apostolico in genere*, p 119

¹⁵ *Proceso apostolico ne pereant*, p 174 — *Proceso del Ordinario*, pagina 245

Aquella dama del gran mundo que acabamos de mencionar, mujer de delicado espíritu, y que conocía al Cura de Ars, decía además de él: «No poseía lo que en lenguaje vulgar se llama genio, pero había en su inteligencia mucha distinción y claridad.» «Le oí decir cosas, refiere con admiración Catalina Lassagne, que jamás las he escuchado en otra parte, ni leído en ningún libro»¹⁶.

La preparación tan ardua y tan personal de sus sermones producía sus frutos: todo el mundo admiraba la exactitud de su doctrina. A los sacerdotes a quienes invitaba a predicar, les exigía el mismo proceder. En cierta ocasión, no tuvo reparo en advertir discretamente a un predicador por una pintura demasiado fantástica del purgatorio¹⁷.

Hasta el fin de su vida, se hizo un deber riguroso de repasar sus autores. Sin duda, que cuando la afluencia de peregrinos le tenía aprisionado en el confesonario, dejaba los libros, mas cuando el mal tiempo le permitía tener algunos ratos de ocio, todas las noches se entregaba al estudio. «Yo mismo le procuré, refiere el Rdo. Raymond, su primer auxiliar, los *Examens*, de Valentin, y la *Théologie morale*, de Goussset. Todos los inviernos los repasaba»¹⁸.

Lentamente y con el sudor de su rostro, fue asimilándose la sustancia de la teología. Sobre la Eucaristía, sobre la utilidad y la grandeza del sacerdocio católico, tiene ideas profundas, luminosas y dignas de un Padre de la Iglesia... ¿Puede pedirse más? Posee la ciencia propia del sacerdote, la que exige su deber profesional. Y justamente las almas iban a él en busca de algo superior, de un orden más elevado que la ciencia humana.

Aparte de los conocimientos adquiridos con el estudio, la inteligencia de los santos posee luces que sólo se explican por la intervención del Cielo. «En el Cura de Ars hay santidad, decían delante de un docto profesor de filosofía; hay santidad y nada más.» El otro respondió: «Hay en él grandes lu-

ces; en sus conversaciones esclarece toda clase de materias. ¡Oh, qué bien y hermosamente se ve, cuando se ve por el Espíritu Santo! ¡A qué altura de sentido y de juicio nos levanta la fe!»¹⁹.

El mismo pensamiento lo expresa de un modo muy feliz, un alma cándida que no hacía profesión de filosofía. Catalina Lassagne: «El señor Cura, ha escrito, era tan pequeño, tan anonadado a sus ojos, que el Espíritu Santo se complacía en llenar aquel vacío de sí mismo con una abundancia de luces admirables»²⁰.

«Un sacerdote instruido, amigo mío —contaba el Padre Cirilo Faivre, misionero de San Claudio—, me aseguró, que habiendo acudido al Rdo. Vianney para resolver un caso de teología de los más embrollados, no podía salir de su pasmo ante la facilidad con que el siervo de Dios le había dado una solución maravillosa»²¹.

La clave de este enigma nos la da el mismo Cura de Ars cuando nos dice en sus catecismos: «Los que son conducidos por el Espíritu Santo tienen ideas exactas. Ved por qué hay tantos ignorantes que ven más lejos que los sabios»²².

Esta es la verdad. Pero el Espíritu de Dios obra en lo más íntimo del alma, sin brillo exterior, sin prisas, sin violencias; por ello, el Rdo. Vianney conservó durante mucho tiempo, para muchos de sus colegas, la reputación de incapacidad debida a sus notables fracasos en el pasado. Mientras algunos sacerdotes más clarividentes se complacían en repetir lo que la humildad del Santo no podía sino callar, otros, en cambio, no quisieron ver en él más que un ignorante y un audaz. Decidía de ciertas vocaciones contra toda verosimilitud; zanjaba, como jugando, los casos más espinosos de la casuística; trataba a unos penitentes con una indulgencia excesiva, y a otros, en cambio, con extremada severidad. ¡No había por dónde entenderlo!... Todas estas cosas, que se murmuraban en las casas parroquiales, no tenían otro fundamento que algunos *se dice*, pues es de creer que los censo-

¹⁶ *Petit memoire* tercera redaccion p 104

¹⁷ Hermano ATANASIO *Proceso del Ordinario*, p 845

¹⁸ *Proceso del Ordinario*, p 291

¹⁹ Rdo MONNIN *Proceso del Ordinario* p 1102

²⁰ *Petit memoire*, tercera redaccion, p 81

²¹ *Proceso del Ordinario*, p 1495

²² *Esprit du Cure d'Ars*, p 77

res del párroco Vianney no tenían la candidez de consultarle o de confesarse con él. Pero sucedía que «personas poco instruidas interpretaban mal sus respuestas, y ponían en su boca cosas que nunca había pensado»²³.

¿Cuáles eran estas personas? «Cabezas exaltadas»²⁴, o simplemente cabezas débiles, escrupulosas, penitentes siempre descontentos de la dirección que reciben, porque no cuadra con sus propios ensueños. Estas mujeres se deslizaban por entre los peregrinos de Ars, como las avispas se mezclan con las abejas. Jamás el Santo rechazó con dureza a persona alguna; a pesar de esto, no pudo contentar a todos. Con ciertas pobres cabezas, siempre fue breve, y las despidió con las advertencias que eran del caso. Todavía fue más allá su prudencia. Previendo las importunidades chocantes o ridículas, llegó a negar audiencia a algunas. «Libradme de esta persona, decía con voz sosegada a la que cuidaba del orden; que la manden retirar: es digna de compasión»²⁵.

¿Cuál no fue la dolorosa sorpresa del Santo director, cuando llegó a sus oídos el eco de las quejas y de las murmu-

raciones! «¡Pobre curita de Ars, gemía, cuántas cosas le hacen decir y hacer!... ¡Parece que sobre él se predica actualmente y no sobre el Evangelio!»²⁶. Y comenzaron a llover cartas, en su mayoría anónimas, «en las que se reprendía su celo intempestivo, y el atraer hacia su iglesia mujeres sin juicio que harían muy bien en quedarse en sus parroquias».

También éste era el parecer del Rdo. Vianney, pero «¡acaso soy yo, replicaba, quien les ruega que vengan!»²⁷.

Dicen que sois un Santo, le escribía, en nombre de muchos de sus compañeros, un sacerdote que prudentemente se había muy bien guardado de firmar, y sin embargo, no todos los que acuden a vos vuelven convertidos. Haríais muy bien en moderar vuestro celo mal entendido; de lo contrario nos veremos forzados, aunque a pesar nuestro, a advertir a Monseñor.

El inculcado contestó directamente al autor de la carta a quien reconoció por la letra:

Señor Cura, os doy sinceramente las gracias por los caritativos avisos que os habéis dignado darme. Reconozco mi ignorancia y mi incapacidad. Si las personas de las parroquias vecinas no se han convertido después de haber recibido de mí los sacramentos, tengo de ello muchísima pena. Si os parece bien podéis escribir a Monseñor, quien según espero, tendrá la bondad de reprenderme... Pedid a Dios, si os place, señor Cura, que haga el menor mal y el mayor bien.

Tal respuesta tuvo el resultado que había de tener. «El autor de la carta anónima se apresuró a escribir al Rdo. Vianney para excusarse, y esta vez no omitió la firma»²⁸.

Así fueron cayendo todas las prevenciones suscitadas contra el Cura de Ars. Bastaba tratarle o simplemente conocerle para rendirse enseguida. «Un religioso que había llegado al pueblo, tratando de *fanático* al que otros llamaban ya

²⁶ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 208 — Tan solo el lector inexperto podrá maravillarse de esta guerra solapada dirigida contra el Cura de Ars por algunos de sus colegas. Es uno de los precios de la santidad «¿Cual es el apostol, el fundador de una Orden, el revelador o el iniciador de una devoción destinada a ser universal, el reformador que no haya tenido que sufrir, no digo ya de sus enemigos, sino de sus amigos, de sus hermanos y de sus hermanas en la fe? Es que todo lo grande, ya sea por el genio, ya por la santidad, comienza por espantar, por escandalizar a todo lo que vive en la mediocridad y en la rutina» (Henry JOLY, *Psychologie des saints*, ob. cit., p. 36)

²⁷ Rdo DUFOR *Proceso apostólico in genere*, p. 341

²⁸ Rdo TAILHADES *Proceso del Ordinario*, p. 1514

²³ Rdo TOCCANIER *Proceso apostólico ne pereant*, p. 333

²⁴ Canonigo MOREL *Proceso apostólico in genere* p. 452 — Como es fácil de adivinar hubo también visionarios y aventureros que abusaron del nombre y de la santidad del siervo de Dios, y esto hasta el fin de su vida. Acerca del particular poseemos documentos muy interesantes

«Una tal señora Carlat, cuenta el Rdo Faivre, misionero de San Claudio (*Proceso del Ordinario* p. 1495), produjo cierta sensación en los alrededores de Lons-le-Saulnier por sus pretendidas revelaciones y por la confianza que lograba hablando de sus relaciones de dirección con el Cura de Ars. Las cosas llegaron a tal punto que me creí en el deber de escribir al Rdo Vianney. El me contestó con la siguiente carta

Ars, 24 de septiembre (1844?)

Mi respetable Monseñor

Decid a la señora Carlat que lo que dice del Cura de Ars es completamente falso. Ja mas la he aprobado, sino siempre la he condenado. He aquí la primera noticia de que ella me haya hecho depositario de las revelaciones de su ángel de la guarda. ¿Como es posible que un sacerdote se pare en todos estos delirios?

Mis mas humildes respetos

El Rdo Toccanier, poco después de la muerte del siervo de Dios, recibió el siguiente billete anónimo

Paris, 16 de noviembre de 1859

Se advierte al Rdo Toccanier que la llamada Maria Bogre todavía se hace pasar por sobrina del venerado Cura de Ars, y daña su memoria con su mala conducta y los absurdos que divulga. Si el Rdo Toccanier desea mas noticias, puede escribir al Padre Richard, franciscano, que vive en la calle de Vaugirard, 150

Maria Bogre ha prometido a los padres la bendición de su tío todos los viernes, y continua sus colectas engañosas para misas, so pretexto de enviar el dinero a Ars. Debeis de acordaros de ella (sic)»

²⁵ Rdo RAYMOND, *Vida manuscrita*, p. 177

Santo, se marchó lleno de admiración por sus luces recibidas de lo alto y por sus virtudes»²⁹.

Conoció, cuenta la baronesa de Belvey, al Rdo. Tournier, que murió siendo párroco de Ceyzeriat. Bromeaba con frecuencia del siervo de Dios, pero no le había visto nunca. Un día fue a Ars. Apenas le oyó predicar, cuando se derritió en lágrimas. A partir de aquel momento, nunca se permitió ni toleró que nadie en su presencia dijese una palabra contra el Rdo. Vianney... Indujo una vez, prosigue la baronesa de Belvey, a uno de los contradictores del Santo, que después de dieciséis años todavía le era desafecto, a que viniese a juzgarle por sí mismo. Como estuviese en Ars de paso, asisitó al catecismo. Quedó tan impresionado, que no sabía cómo expresar su admiración, y no quedó menos maravillado del gran concurso de gente en aquel pueblo³⁰.

Una hospedera de Ars me contó, refiere Catalina Lassagne, que un sacerdote alojado en su casa había venido para sondear al párroco Vianney; que había ido a verle a la sacristía, decidido a enredarle con sus preguntas, pero que turbado ante su presencia, no había sabido qué decirle: «He predicado delante de obispos, confesaba este eclesiástico, pero nunca me he sentido tan intimidado»³¹.

En realidad, los ataques vivos y directos que hubo de sufrir el Rdo. Vianney fueron hechos aislados y tuvieron lugar, haciéndose cada vez más raros, entre los años 1827 y 1840³². El último, en cuanto a la fecha, cuyo eco ha llegado hasta nosotros, tuvo un desenlace por demás feliz. Merece la pena de ser contado. El culpable, fallecido en 1872, no podrá ofenderse de que le designemos por su nombre; por otra parte, se arrepintió generosamente, obtuvo el perdón y la amistad del Santo y fue uno de sus más fervientes admiradores³³.

El sacerdote Juan Luis Borjon, nacido en 1809 y por consiguiente menor de veintitrés años que el reverendo Vian-

²⁹ Marta MIARD *Proceso apostólico continuativo*, p. 850

³⁰ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 174-175

³¹ *Proceso del Ordinario*, p. 486

³² Hay, pues, exageración en las siguientes líneas «Durante treinta años no encuentro en torno suyo y sobre sí más que contrariedades, críticas y desprecios» (*Annales d'Ars*, enero 1906, p. 312) La actitud de Mons Devie en aquellas circunstancias no dio ningún motivo, como pronto veremos, a una apreciación tan severa

³³ El mismo Hermano Atanasio le nombra en el *Proceso apostólico in genere*, p. 208

ney, había sido nombrado, el 17 de mayo de 1837 cura de Saint-Trivier, tenía «unas maneras bruscas, desenvueltas, y un exceso de franqueza». Cuando llegó a su parroquia, eran continuos los viajes a Ars —Ars dista de Amberieux apenas ocho kilómetros—. Este éxodo casi no interrumpido hacia un *santo*, a quien no conocía, no fue del agrado del joven cura. El reverendo Borjon, a su vez, se olvidó del Evangelio para *predicar sobre el Cura de Ars...* En éstas, sobrevino una complicación que puso fuego a la polémica.

Si hay que dar crédito al Rdo. Nicolás, de Saint-Trivier, «algunas personas de Amberieux habían pensado en organizar, bajo los auspicios del Cura de Ars, una piadosa cofradía, y en recoger, para este fin, ciertas cuotas sin permiso de su propio párroco. Este se había ya amoscado contra aquellas buenas devotas, porque, sin que él conociese su intención, le habían hecho celebrar una misa, para alcanzar que fuese retirado de Amberieux y sustituido por el Cura de Ars. Así fue cómo un domingo tronó contra ellas desde el púlpito: los reproches fueron amargos; mezcláronse en el asunto personalidades...»³⁴. No hay que decir que todo el mundo entendió contra quién iba dirigida la filípica.

El señor Cura de Ars no tardó mucho en tener noticia de ello. El pobre señor Borjon, exagerándolo todo, la emprendió contra el santo Cura, y se permitió escribir una carta tan dura como injusta, en la cual se leía esta frase:

Señor Cura, cuando se sabe tan poca teología como usted, no se debe uno sentar en el confesonario³⁵.

Esta carta no la leyeron ojos insensibles. El pobre Cura de Ars, tal vez para desahogarse un poco, fue a confiar su pena a un feligrés que le era particularmente querido, el viejo señor Mandy. «Esta carta, dijo el antiguo alcalde de Ars, viene sin

³⁴ Carta del señor Nicolas a Mons Devie, de 16 de diciembre de 1841 — El Rdo. Nicolas no parece que se haga portavoz del señor Borjon. Dice, efectivamente, que sí «las cabezas calientes se han enfriado, es porque esperan que el mismo señor cura pedira su traslado, pues tiene numerosos adversarios. Mas el tiempo arreglará quizá este asunto». Así sucedió en efecto

³⁵ Esta frase, la única que conservaron los contemporáneos —el Santo destruyó sin duda el original—, la cita en su memoria el Rdo. Monnin (*Le Cure d'Ars*, t. I, p. 455) y diversos testigos en el Proceso de canonización

duda de una persona grosera. No hay, pues, que darle importancia.

—¡Ah, no, es de una persona instruida!» Y acabó por confesar que la había escrito un sacerdote. «Mas no me daría ninguna pena, si no creyese que Dios ha sido ofendido»³⁶.

Después se dirigió a su habitación, tomó su pluma, él que casi nunca escribía, y halló en su corazón, para el joven sacerdote, esta sencilla y sublime respuesta:

Mi querido y venerado compañero: ¡Cuántos motivos tengo para amaros! Vos sólo me habéis conocido bien. Puesto que sois tan bueno que os dignáis interesaros por mi pobre alma, ayudadme a conseguir la gracia que pido desde hace tiempo, a fin de que sea relevado de mi cargo, del que no soy digno a causa de mi ignorancia, y pueda retirarme a un rincón para llorar allí mi pobre vida. ¡Cuánta penitencia he de hacer, cuántas cosas he de expiar, cuántas lágrimas he de derramar!...

La falsa humildad no habla de esta manera. Una virtud adulterada, o simplemente común, no encuentra tales acentos. Para expresarse así, es menester haber besado largamente, apasionadamente, el crucifijo. Los misterios dolorosos de la vida de Cristo eran la meditación habitual del párroco Vianney; eso se echa de ver en el tono de esta carta. El señor Borjon se emocionó tan profundamente, que, así que le fue posible, corrió a echarse a los pies del ofendido. El Cura de Ars, que ya lo había olvidado todo, tendióle los brazos y lo estrechó contra su corazón³⁷.

En adelante, el Cura de Amberieux se mostró digno de tal perdón. Estuvo muchas veces en Ars para edificarse con los ejemplos del santo Cura y recibir sus consejos. «Vile después actuar, declaraba el reverendo Borjon a Mons. Mermod, y mudé de parecer»³⁸. Todos los años acompañó a los niños de primera comunión al Cura de Ars para que los bendijera³⁹. Nombrado en junio de 1852, cura de Saint-André-d'Huriat, el Rdo. Borjon se honrará en aportar a la

Causa del siervo de Dios su testimonio, y jurará solemnemente «haber tenido con él una gran amistad y haberle profesado una gran estima y una gran veneración»⁴⁰.

* * *

El Cura de Ars no ignoraba las denuncias formuladas contra él ante su prelado. Más de una vez, algunos colegas amigos le rogaban que hablase en su defensa. Pero él siempre optaba por callarse y, para dar razón de su silencio, refería una anécdota sacada de su libro favorito, la *Vida de los Santos*.

Un santo dijo un día a uno de sus religiosos: «Ve al cementerio e injuria a los muertos.» El religioso obedeció, y al volver preguntóle el santo: «¿Qué han contestado?» —Nada. —Pues bien, vuelve y haz de ellos grandes elogios».

El religioso obedeció de nuevo. «¿Qué han dicho esta vez? —Nada tampoco. —¡Ea!, replicó el santo, tanto si te injurian, como si te alaban, pórtate como los muertos»⁴¹.

«Hoy he recibido dos cartas, contaba en una explicación de catecismo: en la una me dicen que soy un santo, en la otra que soy un charlatán. La primera nada me ha añadido, la segunda nada me ha quitado»⁴². Después de la lectura de una misiva por el estilo, decía «casi contento»: «¡He aquí uno que me conoce bien! Si estuviese tentado de orgullo, tendría con qué curarme»⁴³.

Pero el Cura de Ars hizo algo más que recibir las injurias con esta sobrenatural filosofía. Las persecuciones de ciertos colegas le dieron ocasión de subir a un nuevo grado de humanidad. El mismo firmó y envió al obispado una carta de denuncia, que por casualidad había caído en sus manos: «Ahora, dijo, tienen mi firma; no faltarán pruebas de convicción»⁴⁴.

³⁶ J. B. MANDY, *Proceso Apostólico in genere*, p. 243. Su padre murió a los 74 años, el 27 de enero de 1846.

³⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 84.

³⁸ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 598.

³⁹ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 208.

⁴⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 1269.

⁴¹ Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 701.

⁴² P. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 768.

⁴³ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 768.

⁴⁴ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 157.

Mons. Devie, que fue de verdad «un santo y un gran obispo»⁴⁵, era también «el hombre menos a propósito para dejarse coger por falsas delaciones»⁴⁶. No queriendo resolver sin perfecto conocimiento de causa, envió a aquellos lugares al canónigo Ruivet, su vicario general. Este, «rígido celador de la disciplina, enérgico a veces hasta parecer duro, ocultaba bajo su palabra y sus apariencias austeras un corazón bueno y compasivo, que no deseaba otra cosa sino encontrar pretextos para ser indulgente»⁴⁷. Con respecto al Cura de Ars, bastóle con ser justo. El Rdo. Vianney le expuso que las gentes acudían a él, sin que llamase a nadie; que una vez delante de los penitentes, resolvía según los dictados de su conciencia; que el cargo de pastor de almas, a causa de su ignorancia y miseria, pesaba muy duramente sobre sus espaldas, por lo que ya tenía solicitado del obispo que le librase de él.

Sólo un santo puede concebir tales esperanzas. El Cura de Ars creyó sinceramente que la investigación hecha a propósito de su persona, determinaría al prelado a permitirle que se retirara. Pero fue «muy grande su decepción, cuando oyó que el señor Ruivet, que no se daba cuenta de su presencia, decía a uno de los que allí estaban: Si las denuncias fuesen verdaderas, no se verían aquí tantos peregrinos y entre ellos religiosos y sacerdotes»⁴⁸. Después de esto, el vicario general «no pudo informar sino favorablemente a monseñor Devie»⁴⁹.

Más tarde, para estar mejor informado, el prelado «ordenó al Cura de Ars que sometiese al consejo del obispado los casos difíciles de conciencia que se le ofreciesen en el ejercicio de su apostolado y la solución que juzgase habersele de dar. El buen Cura se sometió de buen gusto a esta prueba y, durante algunos años, envió más de doscientos casos de conciencia»⁵⁰. De un examen minucioso resultó para Mons.

⁴⁵ Cardenal RICHARD *Carta pastoral* de 11 de febrero de 1872

⁴⁶ Rdo MONNIN, *Le Cure d'Ars*, t I, p 459

⁴⁷ J COGNAT *Mons Devie* t I, p 239

⁴⁸ Rdo TOCCANIER *Proceso apostolico in genere*, p 156

⁴⁹ J COGNAT *Mons Devie* t II p 280

⁵⁰ De las cartas en las cuales el Cura de Ars exponía sus dificultades a Mons. Devie solamente se ha encontrado una sobre un caso de restitución. Existe otra dirigida a Mons. Chalandon, coadjutor y después sucesor de Mons. Devie, en la cual el cura de

Devie que las decisiones del Cura de Ars siempre eran exactas y su manera de actuar irreprochable⁵¹. Un día, refiere la señora des Garets, me permití decir delante del obispo de Belley que el Cura de Ars era generalmente tenido por hombre poco instruido. «Yo no sé si es instruido, replicó el prelado; lo que sé muy bien es que el Espíritu Santo cuida de iluminarle»⁵². Habiendo muchos eclesiásticos puesto en ridículo el régimen de vida poco común del párroco Vianney, y habiendo pronunciando a este propósito la palabra locura, Mons. Devie se enteró de ello con pena. «Señores, decía a los sacerdotes reunidos durante el retiro anual, yo desearía para todo mi clero un granito de locura»⁵³.

Mons. Devie no necesitó de diez años para poner su confianza en el Cura de Ars. El 15 de septiembre de 1832, sin duda durante el retiro pastoral, el Cura de Ars solicitó licencia para poder confesar en la parroquia de Chaleins, donde tenía que celebrarse una misión, y también para absolver de casos reservados. No solamente el prudente obispo accedió a la demanda del humilde sacerdote, sino que añadió de su puño y letra en la hoja de poderes: *Item pro tota diocesi* (asimismo para toda la diócesis).

La actitud que tomó el prelado con respecto al Cura de Ars fue una revelación y una lección para sus contradictores. Llegó un momento en que, dejando aparte algunas quejas sobre cuestiones de pormenor, el nombre de nuestro Santo levantó entre sus colegas un clamor unánime de alabanzas. Todos los que se habían impresionado por las falsas delaciones vieron desvanecer sus prejuicios en cuanto comenzaron a tratarle: «El clero de los contornos, que conocía muy bien al Cura de Ars, dice el conde des Garets, le tenía

Ars le pregunta «si pueden ser admitidos a los sacramentos los porteros de los comediantes»

⁵¹ J COGNAT *Mons Devie* t II, p 280 «El (Mons Devie) no quería que se inclinase los sacerdotes a las opiniones severas, ya en la práctica, ya en la enseñanza, y tendía a creer que el rigorismo teológico del último siglo había contribuido a alejar muchas almas de la práctica de la religión» (*Id.*, t I, 221) —Si pues, el obispo aprobó las decisiones del santo Cura, fue porque estas decisiones se inclinaban a la indulgencia

⁵² *Proceso del Ordinario*, p 903

⁵³ Hermano ATANASIO *Proceso apostolico in genere*, p 208

gran afecto y estima»⁵⁴. Los curas de las parroquias más lejanas, «que habían dudado de su capacidad, acabaron por cambiar de modo de sentir y tuvieron gran confianza en sus luces»⁵⁵.

Un solo hecho, de carácter general, sería suficiente para demostrar que los contrarios al Santo quedaron muy pronto reducidos a una insignificante minoría. La última vez que asistió al retiro eclesiástico —era en 1834, en el seminario mayor de Bourg—, el Cura de Ars fue inscrito por Mons. Devie en la lista oficial de los confesores. Pues bien, fueron tantos los sacerdotes que acudieron a él, que no encontró un momento de ocio, ni para sus oraciones y meditaciones particulares, ni para seguir las pláticas del que daba los ejercicios, «lo que prueba, concluye Catalina Lassagne, que se le consideraba ya como un siervo de Dios»⁵⁶.

⁵⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 949.

⁵⁵ Mons. MERMOD, tercera redacción, p. 68.

⁵⁶ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 68.

XIV. LAS PEREGRINACIONES A ARS

III. EL CURA DE ARS, CONFESOR

De camino hacia Ars.—Cómo se hospedan allí.—A la puerta de la iglesia.—La interminable espera.—Los turnos de favor.—Los pecadores cogidos «al vuelo».—Palabras que mueven.—Lágrimas que convierten.—En el confesonario de hombres.—El gran milagro del Cura de Ars: la conversión de los pecadores.—Lo que el Santo exige antes de absolver.—Penitencias breves.—Penitencias medicinales.—Relato de algunas conversiones.

Durante treinta años, un reguero de peregrinos, sin cesar renovado, desfiló hacia la vieja iglesia de Ars, cuyas baldosas, bajo las plantas de los visitantes, se fueron gastando y pulimentando, como las piedras que las aguas del mar rozan en su continuo oleaje.

Nadie se imagine que durante el invierno, cuando el frío se deja sentir muy crudamente en la región de Dombes, fuese en la aldea mucho menor el número de forasteros que durante el buen tiempo¹, pues de noviembre a marzo no se pasaba el párroco Vianney todos los días menos de once a doce horas en el confesonario². «Nunca sale de la iglesia, escribe Catalina Lassagne, habiendo podido a duras penas contentar a todo el mundo; así es que conserva puesto el roquete cuando sale, pues, si entrase en la sacristía para quitárselo, tendría que quedarse allí; de tal manera le rodea-

¹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 836.

² Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 300.

rían aún los penitentes». Y en el margen del manuscrito de Catalina, el Rdo. Renard ha añadido estas palabras: «La narración de la directora es muy conforme a la verdad; yo estuve con frecuencia en Ars en verano, en primavera, en otoño y aun en invierno y fui testigo de todo esto»³. La primera vez que entré en la iglesia de Ars, refiere el señor Dufour,, misionero de Pont-d'Ain —era en 1851—, había dos filas de penitentes que llegaban desde la capilla de la Virgen hasta la de San Juan Bautista; y estas dos filas no las vi nunca interrumpidas⁴.

La alfluencia de peregrinos, dice a su vez Juan Félix des Garets, hermano del alcalde de Ars, fue siempre en aumento desde 1830 hasta 1845, en que alcanzó su apogeo. En esta época llegaban diariamente a Ars de trescientos a cuatrocientos peregrinos. En la estación de Parroche, la más importante de Lión, se abrió una taquilla especial con carácter permanente para despachar billetes con destino a Ars, con la cláusula de que eran valederos para ocho días: era ya del dominio público que se necesitaba este lapso de tiempo para poderse acercar, guardando turno, al párroco Vianney y obtener de él una palabra o una absolución⁵.

El incrédulo, que no sabe que «la verdadera historia del mundo es la historia de la gracia de Dios en este mismo mundo»⁶, no entendía tal empeño. Toda aquella multitud era de almas que caminaban hacia el perdón, hacia una región más clara, hacia una abnegación más profunda.

La inmensa mayoría de los visitantes, prosigue Juan Félix des Garets, acudían movidos por la fe, la piedad o el arrepentimiento, y si algunos curiosos venían mezclados entre ellos, con frecuencia el indiferente era ganado para Dios con un ademán, una lágrima, una mirada del venerable Cura. Esta multitud la formaban personas de toda edad y condición: «obispos, sacerdotes, religiosos (gran número de jesuitas y maristas, capuchinos, recoletos, dominicos)⁷, nobles y plebeyos, ignorantes y sabios, unos habituados a la discusión de los más graves problemas, otros movidos únicamente por

³ *Petit memoire*, primera redaccion, p 8

⁴ *Proceso apostolico in genere*, p 340

⁵ *Ibid.*, p 413

⁶ Luis PERROY *L'humble Vierge Marie*, Paris, Lethielleux, 1915, pagina 78

⁷ Este inciso que añade aqui el autor esta sacado de una declaracion del Rdo Dufour, *Proceso apostolico in genere*, p 355 y 362

la simplicidad de su fe. Entre los últimos, vi familias enteras de campesinos que llegaban en sus carretas desde provincias muy lejanas y aun desde las montañas de Auvernia, para visitar al siervo de Dios, y hacer sus devociones en la iglesia de Ars. De las comarcas vecinas todos acudían allí, a pie, en coche, por los caminos y las vías de navegación»⁸.

Al decir de un hombre del lugar, Francisco Pertinand, hotelero y cochero de Ars, en 1836 se organizó un servicio trimestral de coches entre Ars y Trevoux; otro, diario, entre Ars y Lión en 1840... Finalmente, según una revelación del señor de Castellane, subprefecto de Trevoux, de fecha 28 de junio de 1855, aquel año «dos coches ómnibus hacían cada día el viaje de Lión a Ars; otros dos combinaron dos veces al día con el ferrocarril de París a Lión en la estación de Villefranche; otro coche, que iba de Villars a Villefranche, pasaba y se detenía en el lugar de peregrinaciones». Durante el último año que vivió el Santo (1858-1859), «el número de peregrinos, dice Francisco Pertinand, llegó a ochenta mil, contando solamente los que utilizaban los coches de servicio. En cuanto al número total, creo que fue de ciento a ciento veinte mil»⁹.

Naturalmente, que no habiendo crecido el pueblo de Ars de una manera proporcional a su fama, la gente se alojaba como podía. Había cinco casas disfrazadas con el pomposo nombre de *hoteles*; pero, ¿podían hospedar con comodidad a más de ciento cincuenta personas? Las demás buscaban albergue en las casas particulares, que no solían ser muy lujosas. «Cuando llegué a Ars, el 8 de mayo de 1845, cuenta el canónigo Camilo Lenfant, todos los hoteles estaban llenos. Cada uno se arregló como pudo. Por lo que a mí toca, la Providencia me condujo a casa de la señorita Ricotier, persona llena de fe y de sencillez. Por 2 francos 50 por día, me dio hospedaje y comida»¹⁰.

En mayo de 1854, el obispo de Birmingham oyó contar «que los penitentes, en número de más de cincuenta, pasaban las noches tendidos en los prados, ya para poder llegar

⁸ *Proceso apostolico in genere*, p 414

⁹ *Proceso apostolico ne pereant*, p 808

¹⁰ *Un pelerinage a Ars en 1858*. «Anales de Ars», febrero de 1906, pagina 342

antes al confesonario, ya por falta de lugar en las hospederías»¹¹.

Las multitudes que acudían a Ars no eran alborotadas ni pendencieras. Se iba allí para ver a un Santo, para confesarse con él, para cumplir algún voto hecho a Santa Filomena. Un recogimiento, mezcla de expectación y de confianza, parecía cernerse sobre aquella aldea única. Algunos entraban en el lugarejo, como si todo él hubiese sido un templo. Cuando veían de lejos el campanario de ladrillo, muchos peregrinos se descubrían y se santiguaban. La iglesia, a pesar de no estar cerrada sino de nueve a doce de la noche, era inaccesible. En marzo de 1859, Jorge Seigneur, director de *El Cruzado*, tuvo que armarse de paciencia y trepar lentamente por la gradería que sube hacia la puerta principal. «Los forasteros permanecían de pie en el cementerio y en las callejuelas vecinas aguardando su turno... Compraban medallas y rosarios para hacerlos bendecir y cirios destinados a arder en el altar de Santa Filomena. Muchos, para consolarse en su espera, se paraban a contemplar los retratos del santo sacerdote y conversaban acerca de él, sin haberle visto todavía, como los niños hablan de su padre»¹².

Retratos del Cura de Ars los había expuestos en todas partes: en los escaparates de las tiendas, en la pared baja del cementerio, en los cestos de los vendedores ambulantes que circulaban entre los peregrinos. Los había también de todas clases y medidas, desde el pequeño grabado, para ser puesto entre las hojas del devocionario, hasta el cuadro de Epinal de vivos colores, en el que aparecían pintadas, con más o menos imaginación, diversas escenas de la vida del Santo. Como es de suponer, la semejanza no era sino aproximada, pues el Cura de Ars siempre se había negado a ponerse ante la máquina fotográfica¹³. ¡Poco importaba!, cada visitante de Ars quería llevarse «el retrato de un Santo» como precioso recuerdo de la peregrinación.

* * *

¹¹ Maria DES BRULAIS *Suite de l'Echo de la sainte Montagne*, Nantes Charpentier, 1855, p. 175

¹² *El cruzado* 20 de agosto de 1859, año 1º, n. 3

¹³ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 917

Por larga que fuese la espera para encontrar sitio en la iglesia, los forasteros, salvo rarísimas excepciones, no se desalentaban. Querían a toda costa oír al Santo, y, para la mayor parte, el objeto principal, si no el único, de su viaje, era hablarle íntimamente en el confesonario.

Entonces comenzaba una nueva espera. Hay que tener en cuenta que «el Cura de Ars no empleaba en cada confesión sino el tiempo estrictamente necesario»¹⁴, que confesaba durante dieciséis y hasta dieciocho horas en los días largos y que, a pesar de esto, la generalidad de los peregrinos, sobre todo los diez últimos años de su vida, tenían que aguardar por espacio de treinta, cincuenta y sesenta horas, antes de poder llegar al feliz tribunal. «Acontecía que algunos se hacían reservar el turno por los pobres»¹⁵. Pero no todos tenían medios para hacerlo y permanecían en la iglesia que era una estufa en verano y una nevera en invierno. Las personas que deseaban salir sin perder el sitio se arreglaban con los vecinos o con los guardianes del templo. Cuando llegaba la noche, era menester salir, pues se cerraba la iglesia. Entonces se contaban para no perder el turno, y salían fuera o pasaban en el vestíbulo, junto al campanario, las horas que mediaban entre el acostarse y el levantarse del Cura de Ars¹⁶.

La señorita Sofía Gros, de Besanzón, recordaba, siendo de edad muy avanzada, que su sirvienta, Clementina Viney, en julio de 1855, había tenido que esperar dos días, con el cesto de la compra bajo el brazo, antes de poder llegar al confesonario¹⁷. En 1855, una señorita llamada Luisa Dortan, de l'Hôpital (Puy-de-Dôme), que después fue religiosa con el nombre de Sor María de Jesús, había ido a Ars para consultar su vocación con el señor Cura. Esperó tres días consecutivos. Al fin, desesperanzada de poder acercarse al confesonario, ya se disponía, con los ojos llenos de lágrimas, a partir, cuando el Cura de Ars, que salía de la capilla de San

¹⁴ Rdo TOCCANIER *Proceso apostolico ne pereant*, p. 266

¹⁵ Guillermo VILLIER *Proceso del Ordinario*, p. 636

¹⁶ Cf. señora Cristina DE CIBEINS *Proceso apostolico continuativo*, p. 144 «Vieronse mas de 80 personas pasar la noche bajo los porticos o en los alrededores de la iglesia, a fin de conservar el turno para el dia siguiente» (Rdo. DUFOUR, *Proceso apostolico in genere*, p. 340)

¹⁷ *Annales d'Ars*, mayo de 1904, p. 402

Juan Bautista, le dijo: «Tienes muy poca paciencia, hija mía: ¿hace sólo tres días que estás aquí y ya quieres marcharte? Quince días has de aguardar. Ve a rezar a Santa Filomena para que ella te diga tu vocación, y después vendrás a encontrarme». La joven siguió este consejo y se tranquilizó¹⁸.

Por la mañana, a eso de las nueve, reservaba algún tiempo a los sacerdotes y religiosos. Les oía ordinariamente en un confesonario colocado detrás del altar mayor. «Se vio a un santo obispo, y era el de la diócesis, aguardar su turno como los demás»¹⁹.

En algunas ocasiones, parecía que el Cura tocaba al término de su trabajo; pero era una esperanza vana creer que iba a poder descansar un solo día. Una tarde mayo de 1853, tres religiosas y una señora que acababa de perder a su marido bajaban del coche de Francisco Pertinand, y escalaban precipitadamente las gradas de la iglesia. Entonces, el Cura de Ars salía del confesonario, después de haber absuelto al último penitente. La nave estaba vacía. La señora enlutada se presentó al Santo, quien consintió en oírla. «¿Quieren ustedes hablar también con el señor Cura mientras está libre?, preguntó alguien a las tres religiosas.

—No; mañana —respondieron ellas—, pues ahora hemos de buscar alojamiento.

—¡Oh! mañana —les contestó—, mañana tal vez no se parece a hoy.»

«En efecto, cuenta una de las religiosas, Sor Dositea de la *Providencia* de Vitteaux, hubo al día siguiente tal afluencia de peregrinos, que llevada por la gente avanzaba hacia el confesonario. Por fin, pude hablar con el señor Cura, pues viéndome enferma —«estaba enferma del pecho y escupía sangre»— me hizo pasar delante de todos»²⁰.

Si el Cura de Ars, una vez sentado en su tribunal de misericordia, «no mostraba preferencia por nadie, hacía, empero, excepciones cuando se trataba de sus feligreses, de los enfermos, de los delicados de salud o de otros penitentes que

no podían esperar»²¹. En este punto el don de intuición, que Dios tan largamente le había concedido, guiaba su mirada. «Oí decir a un gran número de viejos peregrinos de Ars, refiere el reverendo Claudio Rougemont, vicario de aquella parroquia en 1871, que el Cura de Ars les había distinguido entre la multitud y llamado después al confesonario o a la sacristía, porque, sin que pudiera saberlo de otra manera, había visto con luz interior, que tenían necesidad de hablarle sin demora»²². Y era tal el ascendiente del Santo, que estos turnos de favor raras veces suscitaban murmuraciones²³. «Sea, decía al hermano Atanasio cuando le repetía las quejas; me acusan de ser algo fácil para con ciertos peregrinos. Hay que tener en cuenta el trabajo que se toman para venir hasta aquí y los gastos que el viaje ocasiona. Hay también algunos que vienen de incógnito y que apenas quieren ser vistos; éstos, como es natural, tienen ansias de partir»²⁴.

Una madre de dieciséis hijos había logrado colocarse en el centro de la nave. De repente, el Santo sale del confesonario y le dice: «Usted, señora, tiene prisa. Venga enseguida»²⁵.

Hacia el año 1833, Margarita Humbert, de Ecully, casada con el señor Fayolle, hizo una visita, después de quince años de separación, a su primo Juan-María Vianney. Este «había recomendado a las hijas de la *Providencia* que la trataran bien, pues ella le había prodigado muchos cuidados durante sus estudios». «Antes de marchar, cuenta Margarita, entré en la iglesia y preguntéme si había de confesarme o no con mi primo. En aquel mismo momento vino uno a avisarme de su parte que me estaba esperando. Yo me quedé muy maravillada, pues no era posible que me hubiese visto en el sitio donde estaba... Partí de Ars, llena de un gran gozo interior»²⁶.

«Un día, dice el señor Oriol, el siervo de Dios confesaba en la sacristía. De súbito, aparece en la puerta y dirigiéndose

¹⁸ *Annales d'Ars*, marzo de 1906, p. 363.

¹⁹ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 111.

²⁰ Según una *relacion* del Rdo. Billoud, capellán de la *Providencia* de Vitteaux (Côte-d'Or). Archivos de la casa parroquial de Ars.

²¹ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 292.

²² *Proceso apostólico continuativo*, p. 789.

²³ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 759.

²⁴ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 1013.

²⁵ *Annales d'Ars*, julio de 1905, p. 91.

²⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 1325.

a mí: «Amigo mío, haga usted venir a una señora que está en el fondo de la iglesia». Y me indicó cómo la encontraría. Yo no encontré a nadie en el sitio señalado. Voy a decírselo, y «daos prisa, replica, ahora está delante de tal casa...» Voy corriendo y doy alcance a la señora que se alejaba, desolada por no haber podido aguardar más»²⁷.

Una pobre mujer, que sin duda por tímida había perdido dos o tres veces su turno, llevaba ya ocho días en Ars sin poder acercarse al Rdo. Vianney. Al fin, el mismo Santo la llamó; o mejor dicho, fue a buscarla y la condujo a través de la multitud hasta la capilla de San Juan Bautista. «Sintiéndose feliz, le cogía de la sotana, deslizándose por el paso que le iban abriendo»²⁸.

El siervo de Dios sabía por experiencia que la gracia tiene sus momentos; que puede pasar para no volver. Así, pues, cuando llegaba la ocasión cogía, como vulgarmente se dice, las almas al vuelo.

Hacia el año 1853, un alegre grupo de lioneses se dirigía a Ars. Todos eran buenos cristianos, excepto uno; un viejo, que se había puesto en camino, para complacer «a la juventud». Llegan al pueblo a las tres de la tarde. «Id a la iglesia, si queréis, dice nuestro incrédulo, al bajar del coche; yo voy a encargar la comida». Se aleja un poco, se detiene, y «¡Bah!, se dice, después de reflexionar un momento, iré con vosotros; no será cosa larga». Todos entran en la iglesia. En aquel momento, el Cura de Ars sale de la sacristía y pasa por el coro. Se arrodilla, se levanta, se vuelve hacia atrás; dirige su mirada a la pila del agua bendita, como si buscara a alguno, y llama con un ademán. «Es a usted a quien llama», dicen al incrédulo, atónito. Este, cuenta la religiosa a quien debemos este relato, se dirige hacia él lleno de embarazo y todos nos reímos interiormente, convencidos de que el ave ha caído en la trampa. El señor Cura le aprieta la mano y le dice: «¿Hace mucho tiempo que usted no se ha confesado?»

—Señor Cura, hace cosa de unos treinta años.

—¡Treinta años, amigo mío! Reflexione usted bien... ¡Hace treinta y tres!

—Tiene usted razón, señor Cura.

—Entonces, confesémonos enseguida, ¿no es verdad?»

El viejo, nuestro compañero, manifestó que se había sentido tan cortado ante esta invitación, que no había osado replicar; pero añadió: «Noté enseguida en mí un bienestar indecible. La confesión duró veinte minutos y me dejó trocado»²⁹.

Fue muy curiosa la manera cómo conquistó a otro pecador. Hacia 1840, un individuo llamado Rochette, que tenía un niño enfermo, lo llevó al taumaturgo de Ars. Su mujer le acompañaba. Ella confesó y comulgó, mas Rochette no pretendía sino la curación de su hijo. Hizo varias visitas a la iglesia, pero no entró más allá de la pila del agua bendita. Estaba allí parado, cuando el Santo, asomando por detrás del altar, donde confesaba a los sacerdotes, comenzó a llamarle. El no se meneó. Su mujer y su hijo estaban junto al comulgatorio. «¿Tan incrédulo es?», preguntó el Cura de Ars a la madre. Finalmente, a una tercera señal, el hombre se decidió a subir. «Después de todo, pensaba, el Cura de Ars no me comerá». Y pasó con él a la parte posterior del altar. El Rdo. Vianney creyó que no era del caso perder tiempo. «Estamos aquí los dos solos, señor Rochette», dijo, y mostrándole el confesonario añadió: Métase usted allá.

—¡Oh —replicó el otro—, no tengo muchas ganas!

—¡Vamos a ver!»

Impotente para resistir a un ataque tan inesperado, Rochette cayó de rodillas.

«Padre mío —comenzó balbuceando—, hace ya bastante tiempo que... unos diez años...

—Ponga usted algo más.

—Doce años...

—Algo más todavía.

—Sí, desde el *jubileo* de 1826.

—¡Esto es! A fuerza de buscar se encuentra»³⁰.

²⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 759.

²⁸ *Annales d'Ars*, febrero de 1910, p. 292.

²⁹ *Carta de una Ursulina de Cracovia a Mons. CONVERT*, 1.º de julio de 1902.

³⁰ *Annales d'Ars*, enero de 1915, p. 254-255.

Rochette se confesó como un niño. Al día siguiente, comulgaba al lado de su mujer. En cuanto al hijo, dice una narración fiel, dejó en la iglesia de Ars dos muletas ya inútiles.

De esta manera, para muchas almas, el camino de Ars era el camino de Damasco, y el Santo, además de las oraciones y penitencias personales, se valía de medios extraordinarios para convertirlas. Las conmovía, primero con sus ardientes sermones, y después, cuando les hablaba de corazón a corazón en el confesonario, le bastaban pocas palabras para darles el golpe que fulmina, pero que eleva. Por lo demás, fuera de casos excepcionales, como, por ejemplo, el de una confesión general, era muy expeditivo y exigía que lo fuesen. «En cinco minutos, decía el señor Combalot, metí toda mi alma dentro de la suya»³¹. No andaba con cumplidos: colocado por su fe muy por encima de todo respeto humano y esperándolo todo de Dios, sabía, cuando era del caso, decir a los hombres, fuese cual fuere su condición: «¡Tal cosa no está permitida!» ¡Cuántas conciencias, heridas con la espada de su palabra, dejaron escapar todo el virus oculto que las envenenaba!... «Conocía el punto donde había que asestar el golpe y raras veces dejaba de dar en el blanco.»

«Si Dios no fuese tan bueno, decía entre gemidos; ¡pero lo es tanto!» O bien: «¡Salva tu pobre alma!... ¡Qué desgracia perder un alma que ha costado tanto a Nuestro Señor!... ¿Qué mal ha hecho para tratarla de esta suerte?»³².

«¡Ah!, decía el santo confesor al señor Valpinson, comerciante de Ferté-Macé, tiene usted un vicio que le condenará: el orgullo.» Reconociólo el penitente y reflexionó... Aquella palabra transformó su alma: su vida fue en adelante la de un cristiano humilde y suave. Jamás evocaba los recuerdos de Ars sin derramar lágrimas³³.

³¹ Rdo ROUGEMONT *Proceso apostolico in genere*, p 432

³² Rdo MONNIN *Proceso del Ordinario*, p 1122

³³ Annales d'Ars, enero de 1901, p 251 — Algunos hechos que referimos, podrian hacer sospechar a los lectores que el Cura de Ars violó, de un modo mas o menos directo, el secreto de la confesion, lo cual seria monstruoso. Tengase en cuenta que son los mismos interesados quienes mas o menos tiempo despues de haber acudido a el, han hecho estas confidencias con toda libertad y permitieron su divulgacion para gloria del siervo de Dios

Para conmovier a los grandes pecadores, el Cura de Ars les decía, a guisa de exhortación, una palabra sencilla, pero terrible al salir de labios de un santo que leía en el porvenir: «¡Amigo mío, está usted condenado!» Frase corta, pero de gran alcance. Evidentemente, que el Santo quería hablar en condicional y decir: «Si usted no evita tal ocasión; si conserva tal costumbre; si no sigue tal consejo, se condenará»³⁴. Pero así y todo, ¡qué efecto no produciría!... «¡Yo condenado!... ¡maldito de Dios!... ¡para siempre!», repetía al salir del confesonario Francisco Bourdin, de Villebois, en el Ain. En 1856, a raíz de unos malos negocios, este hombre, todavía joven —tenía treinta y cinco años—, se había acogido desesperado en casa de su suegro, que residía en Ambutrix.

Providencialmente, se predicaba allí una misión. Bourdin, a pesar de las instancias de su familia, habíase negado a asistir a los piadosos ejercicios. Su fe distaba mucho de estar apagada; pero tenía pensamientos de desesperación que le alejaban de Dios. «Quiero confesarme, dijo, pero con un gran confesor; con el Cura de Ars.» Y por todo consuelo, después de la relación de sus miserias y pecados, acababa de recibir esta aterradora respuesta: «Hijo mío, estás condenado.» Esta amenaza fue para él un fulgurante rayo de luz. Francisco Bourdin, convertido a Dios, se portó hasta la muerte como un verdadero cristiano³⁵.

En general, la dirección de las almas piadosas no costaba muchas palabras al Cura de Ars. Mas éstas eran también flechas ardientes que penetraban para siempre hasta lo más hondo del corazón. «¡Amad mucho a vuestros sacerdotes!», decía por toda exhortación a Monseñor Langalerie, su prelado, arrodillado sus pies³⁶.

«He sido algo negligente en tal cosa, le declaraba en con-

³⁴ Rdo DUFOUR *Proceso apostolico in genere*, p 347, Rdo PELLETIER P 391 «Un día, refiere el Rdo Raymond, le lleve a una persona que estaba convencida de que se iba a condenar. El Santo la tranquilizó sin dificultad» (*Proceso del Ordinario*, p 306)

³⁵ Estos pormenores nos los da el señor Joly, cura de Benonces (Ain), quien los recibió directamente de Francisco Bourdin, (*Relations* en los archivos de la casa parroquial de Ars)

³⁶ Mons LANGALERIE mas tarde arzobispo de Auch, contaba este hecho a varios sacerdotes reunidos durante los ejercicios anuales (*Notas* de Mons Convert, cuader no I, n ° 27)

fesión el Hermano Atanasio, pero en el fondo tengo buena voluntad. —¡Ah, amigo mío; buena voluntad!... El infierno está lleno de buenas voluntades». Y no dijo más.

El Hermano Amadeo, futuro superior general de los Hermanos de la Sagrada Familia, acababa de confesarse con él. «¡Oh, amad, amad mucho a Dios!», exclamó juntando las manos. Y le dio la bendición sin añadir palabra³⁷.

«Me confesé con él dos veces, refiere el Rdo. Monnin. Cada una de mis acusaciones provocaba en él un grito de fe, de conmiseración y de horror por las menores faltas: «*¡Qué desgracia!*» Su palabra me hería sobre todo por el acento de ternura de que estaba impregnada. Esta simple expresión: *¡Qué desgracia!*, revelaba con su brevedad la pena que sentía su alma»³⁸.

El Rdo. Denis, sacerdote retirado en Neuville-sur-Saône, se había dirigido varias veces al santo confesor. «Era muy breve, nos cuenta él mismo: una palabra de exhortación y asunto concluido.»

La santidad del Cura de Ars era la que comunicaba aquella fuerza y aquella eficacia a sus palabras; en otros labios hubieran podido parecer ridículas, pero él ¡con qué acento las pronunciaba! Por otra parte, había en el Cura de Ars algo más irresistible que las palabras: eran las lágrimas. Le bastaba a veces, para ablandar un corazón endurecido, mostrarle llorando un crucifijo colocado en la pared. «De su confesonario salían suspiros que se le escapaban a pesar suyo y que herían al penitente con sentimientos de pesar o de amor»³⁹. Un día, refiere el Rdo. Dubouis, cura de Fareins, ciertos eclesiásticos de una diócesis vecina criticaban algunas normas directivas del Cura de Ars. Un juez de paz, antiguo penitente del siervo de Dios, estaba presente a la conversación. «Lo que yo puedo asegurarles, dijo, es que el Cura de Ars llora y uno llora con él; y esto no ocurre en todas partes»⁴⁰.

«¿Por qué llora usted tanto, padre mío?, preguntaba al Santo un pecador arrodillado delante de él.

—¡Ah, amigo mío; lloro porque usted no llora bastante!»⁴¹.

«Varios convertidos por el Cura de Ars me han manifestado, dice el R. P. Cirilo Faivre, también gran confesor, que el ver llorar al hombre de Dios sobre sus pecados era lo que más les había impresionado»⁴².

No es, pues, de maravillar, después de lo dicho, que algunos «penitentes y penitentas se retirasen del confesonario con los ojos llenos de lágrimas y aun sollozando y lanzando gemidos»⁴³.

En un ángulo de la sacristía todavía se venera un basto sitial de elevados brazos en el que el Santo oía las confesiones de los hombres. Aquel rincón oscuro fue testigo de escenas muy emocionantes, pues fue allí quizás donde más almas se convirtieron, ya que «el buen Cura había recibido de Dios, como afirma monseñor Devie, un don particular para convertir hombres»⁴⁴.

Estos, para obtener del Santo audiencia, se ponían lo más cerca posible de la sacristía y hasta en el presbiterio, donde se les reservaban bancos. No eran tan numerosos como las mujeres, por lo que no tenían que esperar tanto tiempo a que les tocara el turno; sin embargo, habían de permanecer muchas horas en la iglesia. «El Hermano Jerónimo, sacristán, refiere el Hermano Atanasio, llegó a contar hasta setenta y dos de una vez, y yo les vi aguardar su turno, desde las cinco de la mañana hasta las cinco de la tarde»⁴⁵.

Varias guardianas abnegadas estaban entre las filas de las mujeres. Asimismo, para los hombres se pudo establecer un servicio de orden, gracias a las buenas voluntades que nunca faltaron. Unos buenos cristianos de aquel tiempo — los señores Thebre, Oriol, Pagès, Viret y otros— se iban relevando desde las siete de la mañana hasta la noche. Uno de

³⁷ Documentos BALL (Archivos de la casa parroquial).

³⁸ Proceso del Ordinario, p. 1089.

³⁹ Catalina LASSAGNE, Proceso apostólico in genere, p. 123.

⁴⁰ Proceso del Ordinario, p. 1238.

⁴¹ Hermano ATANASIO, Proceso apostólico in genere, p. 224.

⁴² Proceso apostólico ne pereant, p. 1226.

⁴³ Rdo. TAILHADES, Proceso del Ordinario, p. 1508.

⁴⁴ Rdo. RAYMOND, Vida manuscrita, p. 163.

⁴⁵ Proceso apostólico in genere, p. 207.

ellos se colocaba junto a uno de los dos reclinatorios puestos a ambos lados de la puerta, para que se arrodillasen los penitentes. Una barra de hierro cerraba el paso; cada vez que salía un penitente el guardia en funciones introducía otro.

Sobre las bóvedas de la actual basílica, un fresco de colores subidos evoca el recuerdo de aquellos días ya lejanos en los que en aquel rincón sin luz obró la divina gracia tantas maravillas. Hombres de todas las categorías están allí, llegados de todas partes de Francia, llevando todavía en sus capas el polvo del camino. Unos, movidos por la gracia, están dispuestos a todas las confidencias, a todas las reparaciones; otros se encuentran en aquel lugar impulsados por los remordimientos, a ruegos de una esposa, de una hija tiernamente querida; algunos dudan, retroceden, parecen dispuestos a emprender de nuevo el camino del pecado... ¿No pertenece al número de éstos el libertino que, habiendo ido a Ars contra su voluntad, desea encontrar muerto al venerable Cura?...⁴⁶ De súbito, en el marco de la terrible puerta se dibuja una blanca figura. Un anciano macilento, gastado por las penitencias, pasea sobre los que esperan una mirada en la que parece concentrarse toda su vida. Ha visto al alma sobre la cual va a descender el perdón como el águila sobre su presa. El hombre se levanta. Tras él y tras el Cura de Ars se cierra la puerta... ¿Es el mismo pecador el que aparecerá? No, sino un convertido, cuyos sollozos levantarán su pecho y que, vuelto a Dios, correrá a los pies de Nuestra Señora de Ars, que le tenderá los brazos.

* * *

«Se ha dicho que el gran milagro del Cura de Ars era su confesonario, asediado día y noche»⁴⁷. Con igual exactitud podría asegurarse que su milagro por excelencia fue la conversión de los pecadores. «Yo mismo fui testigo de muchas y muy brillantes, aseguraba el Rdo. Raymond; y he aquí, a mi

juicio, el mejor capítulo de la vida del Cura de Ars. «Oh, amigo mío, me decía con frecuencia, sólo el día del Juicio se sabrá cuántas almas han encontrado aquí su salvación»⁴⁸. «En el fondo, refiere Juana-María Chanay, le impresionaban poco las curaciones milagrosas. «¡El cuerpo es tan poca cosa!», repetía. Lo que de verdad le llenaba de gozo era la vuelta de las almas a Dios»⁴⁹. Y en esto, ¡cuántas ocasiones tuvo para alegrarse! «Preguntéle un día, cuenta el señor Próspero des Garets, por el número de los pecadores que había convertido durante un año. Más de setecientos, me respondió»⁵⁰. Así se explican los deseos de un cura que había ido a Ars como peregrino: «Mis feligreses que van a confesarse con el Cura de Ars son unos modelos; quisiera poderle llevar toda mi parroquia»⁵¹.

«El Cura de Ars, ha dicho el Rdo. Toccanier, tenía un atractivo particular para convertir a los pecadores»⁵². Podría decirse que les amaba con todo el odio que sentía por el pecado. Lo detestaba y «hablaba de él con horror e indignación»⁵³; pero tenía para con los culpables una compasión inmensa, y sus gemidos por la pérdida de las almas partían el corazón: «Dios mío, exclamaba en su habitación, un día de Cuaresma de 1841, Dios mío, ¡que vos hayáis sufrido tantos tormentos para salvarlos y que ellos se hayan condenado!...»⁵⁴. Y en los catecismos decía: «¡Qué dolor más amargo al pensar que hay hombres que mueren sin amar a Dios!...»⁵⁵. Cada noche, durante la oración, apenas podía rezar, tal era su llanto, la frase: «*Dios mío, no permitáis que el pecador perezca...*»⁵⁶. «¡Ah, los pobres pecadores! —Y había que oír con qué tono pronunciaba estas palabras —si yo pudiese confesarme por ellos!»⁵⁷. La señorita Marta des Garets le oyó, toda temblorosa, conjurar un día, desde el púlpito, a

⁴⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 337.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 709.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 988.

⁵¹ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 369.

⁵² Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 137.

⁵³ Rdo. BEAU, su confesor, *Proceso del Ordinario*, p. 1190.

⁵⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 7.

⁵⁵ Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 720.

⁵⁶ Señorita MARTA DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 297.

⁵⁷ Juana María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 584.

⁴⁶ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 989.

⁴⁷ Discurso de Mons. Martin, de 4 de agosto de 1865, en la bendición de la basílica de Ars.

los oyentes que quisieran condenarse, que al menos cometieran el menor número posible de pecados mortales, para no aumentar los eternos castigos... Hasta el fin de mi vida, recordaré aquel sermón sobre el Juicio universal, durante el que repetía muchas veces: «¡Maldito de Dios!... ¡maldito de Dios!... ¡qué desgracia! ¡qué desgracia...!» Aquello no eran palabras; eran gemidos que arrancaban lágrimas a cuantos se hallaban presentes»⁵⁸.

¡Los pobres pecadores! Cuando uno de ellos se obstinaba en no rendirse a la gracia, el Santo redoblaba sus oraciones y penitencias⁵⁹. «No me hallo bien, decía humorísticamente, sino cuando ruego por los pecadores»⁶⁰. Cuando se acercaba alguna gran festividad, y sobre todo durante el tiempo pascual, se imponía penitencias extraordinarias⁶¹. Fue su celo por la salvación de las almas culpables «lo que le indujo a abrazarse, por espacio de una larga vida, con un ministerio aplastante, sin interrupción, sin miramiento, sin alivio de ninguna clase; lo que le hacía levantarse a media noche o a la una de la madrugada y salir de la iglesia muy tarde; lo que le condenó a una privación casi total del sueño, y que, sin embargo, le mantuvo en una paciencia inalterable, en medio de las importunidades más enervantes». De esta manera se expresa el conde des Garets, alcalde de Ars⁶².

La dulzura con que el Cura de Ars acogía a los pecadores no degeneraba nunca en debilidad. No les daba la absolución sin estar bien seguro de la sinceridad de su arrepentimiento. Cierta que hasta el año 1840 fue *rigorista*, como lo eran entonces la mayor parte de los confesores de Francia. Seguía aún los principios que en 1815 se enseñaban en el seminario mayor de Lión. A partir de 1840, gracias al trato con el señor Tailhades, sacerdote piadoso e inclinado a la indulgencia; a los consejos del P. Camélet, Superior de los misioneros diocesanos, que en el ejer-

⁵⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 780-781.

⁵⁹ Rdo. DUBOUIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1244.

⁶⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 301.

⁶¹ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 367.

⁶² *Proceso del Ordinario*, p. 958.

cicio de su ministerio había adquirido una profunda experiencia en la dirección de las almas; gracias sobre todo al estudio de la teología de San Alfonso de Liguorio, que acababa de publicar en francés el cardenal Gousset, el Cura de Ars se mostró visiblemente menos severo⁶³. Salvo casos muy excepcionales, no se le vio más, según testimonio de los ancianos, obligar al pecador a que volviera al confesonario hasta seis y siete veces. Además, tantas confesiones le hicieron conocer «la miseria del hombre»; sintió una profunda compasión y se convenció de que ante tal miseria es menester ser bueno. «Cuando se adelanta en el camino de la vida, decía el santo cardenal Richard, no se tiene la misma idea de la virtud que cuando se es joven»⁶⁴.

Sin embargo, hasta el fin de sus días, antes de absolver a un pecador inveterado, el Cura de Ars exigía indicios suficientes de conversión. «Los que no querían salir del estado de condenación —comentaba un sacerdote—, lo encontraban inflexible. Imponía rigurosamente los sacrificios necesarios. Así, obligó a una señora de París a quemar todos los malos libros de su biblioteca antes de recibir la absolución»⁶⁵.

Otra parisiense, una veraneante en el «Midi», pasó por Ars, de regreso a la capital. Un eclesiástico, que conocía su vida de desorden, le había aconsejado aquella parada. «Verá usted allí, señora, algo extraordinario: un cura rural que está llenando el mundo con su fama... No le sabrá a usted mal este pequeño rodeo en su viaje.» La predicción se cumplió de una manera singular. Por la tarde, se paseaba la señora por la plaza con una desconocida encontrada al acaso. El Cura de Ars cruzóse con ellas al volver de visitar a un enfermo. «Señora, dijo a la parisiense, sígame usted.» Y a la otra: «Usted puede retirarse: usted no tiene necesidad de mi ministerio.» Y tomando aparte a la pecadora, fue descubriendo a aquella Samaritana el velo de todas sus torpezas. Espantada

⁶³ O bien le fueron comunicadas de palabra las interpretaciones de San Alfonso María de Liguorio, o le fueron prestadas las obras de dicho santo. La edición Gousset (*Théologie morale à l'usage des curés et des confesseurs*, 2 tomos en 8.º, Paris, Le-coffré), que el Cura de Ars tenía en su biblioteca, es de 1845.

⁶⁴ Mons. ODELIN, *Le cardinal Richard*, Paris, Gigord, 1922, p. 25.

⁶⁵ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 749.

por tales revelaciones, guardaba silencio. Al fin, dijo: «Señor Cura, ¿quiere usted oír mi confesión?»

—¿Su confesión?, replicó el Santo; sería bien inútil. Yo leo en su alma y la veo encadenada por dos demonios: el demonio del orgullo y el de la impureza. Yo no la puedo absolver sino en el caso de que no vuelva a París, y, como conozco sus disposiciones, sé que volverá usted.»

Después, con intuición profética, el hombre de Dios le hizo ver que descendería hasta los últimos límites del mal.

«—¡Pero, señor Cura, yo soy incapaz de cometer tales abominaciones!... ¡Entonces estoy condenada!»

—No digo esto; pero en adelante, ¡cuán duro le será poderse salvar!

—Venga mañana, por la mañana; se lo dire.»

Durante la noche, para conjurar la pérdida de un alma que Dios había criado para las alturas y que se iba hundiendo en el fango, el Cura de Ars oró largamente y tomó una sangrienta disciplina.

Por la mañana concedió a aquella penitente tan frívola una audiencia de favor, y le dio la respuesta:

«—Pues bien: a pesar suyo, dejará usted París y volverá a aquella casa de allá abajo de donde viene usted. Allí, si quiere usted salvar su pobre alma, hará tales y tales mortificaciones.»

La señora salió de Ars, no absuelta todavía. París la recordó un instante, pero ella vio, aterrada, cómo se iba abriendo a sus pies el abismo del pecado. Se apoderó de su alma un gran hastío; llamó a Dios y huyó de la capital... Oculta en su casa, en la región mediterránea, a pesar de los embates de una naturaleza dañada por las pasiones, demasiado tiempo satisfechas, resolvió emprender el camino del bien. Acordóse de los consejos del Santo de Ars. Una gracia interior muy poderosa la empujó y la ayudó a seguirlos. «En el camino de la abnegación, decía el Cura de Ars, sólo cuesta el primer paso; cuando se ha entrado en él, todo se anda por sí mismo...»⁶⁶. Nuestra arrepentida lo experimentó así muy felizmente. «Pasados tres meses, escribe el canónigo Ball, que

recogió las notas para esta historia, su conversión era completa, sus disposiciones de espíritu y de corazón se hallaban tan trocadas, que ella misma no concebía cómo antes había podido amar lo que entonces le causaba tanto horror»⁶⁷.

Una vez el Cura de Ars había conseguido de sus penitentes las señales indispensables de enmienda, se mostraba muy benigno en la aplicación de la penitencia sacramental. «Me critican por esto, decía al Hermano Atanasio. Pero ¿puedo ser más severo con unas gentes que vienen de tan lejos y que se imponen tan grandes sacrificios?»⁶⁸. «Les desalentaría con penitencias demasiado fuertes», solía añadir aún⁶⁹. «Mas, ¿cómo mantenerse en el justo medio?, le preguntaba uno de sus colegas. —Amigo mío, respondió el Santo, he aquí mi receta: les impongo una pequeña penitencia y lo que falta lo hago yo por ellos»⁷⁰. Ya se adivina lo que con esto quería decir.

No olvidaba, sin embargo, el Cura de Ars que la penitencia ha de ser medicinal. De aquí, la gran habilidad de nuestro Santo en poner el dedo en la llaga: había que expiar tal falta o corregirse de tal defecto; pues bien, la penitencia sería apropiada.

Para las personas jóvenes, capaces de elevadas virtudes, la vanidad y un orgullo inconsciente pueden ser obstáculo en la vía de la perfección. El santo director trabajaba en hacerles romper con las últimas aficiones del amor propio. Un alma escogida, pero de una sensibilidad exagerada, la señorita Carolina Lioger, de Lión, futura fundadora, bajo el nombre de Madre María Verónica, de las Hermanas Víctimas del Sagrado Corazón, pasó durante algunos años seguidos, juntamente con su madre, una temporada en Ars. El Cura de Ars, que quería formar a aquella joven para el cumplimiento de los grandes designios a que estaba llamada, se complació en ejercitar su humildad, y lo hizo sin miramiento alguno. En cierta ocasión, le impuso que se pusiera de rodi-

⁶⁷ Archivos de la casa parroquial de Ars.

⁶⁸ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 832.

⁶⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 307.

⁷⁰ Rdo. MONNIN, *Proceso de Ordinario*, p. 1140.

⁶⁶ *Esprit du Curé d'Ars*, op. cit., p. 351.

llas y brazos en cruz en el umbral de la puerta, mientras los fieles salían de misa⁷¹.

En general, los hombres pecan mucho por respeto humano. El Cura de Ars les enviaba, después de la confesión, a rezar públicamente en la iglesia.

¡Cuán conmovedor era, escribe el Rdo. Raymond, ver aquellos hombres de cabellos blancos, que habían desertado de la iglesia, descuidando la oración y la devoción a la Santísima Virgen, apretar fuertemente entre sus manos el rosario y rezarlo con fervor! Ninguno de ellos podía resistir la imposición del santo sacerdote de que todos llevasen consigo unos rosarios y que se sirviesen de ellos. En vano le objetaban que no conocían su uso... «Amigo mío, respondía el Cura de Ars, un buen cristiano va siempre armado de su rosario; el mío jamás me deja; compre usted uno; yo le aplicaré las indulgencias de las que tiene usted tanta necesidad para suplir una penitencia tan ligera». Además, la mayor parte de las veces que confesaba hombres, les regalaba un rosario, y todos lo aceptaban como un precioso recuerdo⁷².

«—¿Vive usted en su pueblo natal?, preguntó el Cura de Ars al señor Jorge L..., joven mundano de veintisiete años, cuando hubo terminado su confesión.

—Sí, padre.

—¿Cuál es su población?

—Veinticinco mil habitantes.

—¿Es usted conocido?

—Perfectamente, y casi de todo el mundo.

—Muy bien, hijo mío. En penitencia rezará usted antes de salir de esta iglesia los actos de fe, esperanza y caridad. Pero falta algo. Uno de los domingos de la fiesta del Corpus asistirá usted, en su pueblo, a la procesión, teniendo cuidado de colocarse inmediatamente después del palio. Váyase, hijo mío.»

El joven no osó replicar: la sorpresa y la emoción le cerraron la boca... El respeto humano le roía. Pero era creyente... y era su penitencia. El primer domingo lo dejó para el segundo. Llegado este día, no quiso llover como había de-

seado. «Viviré cien años, decía, y jamás me olvidaré de aquellas dos horas pasadas detrás del palio. Mi frente estaba bañada en un sudor frío; mis piernas temblaban debajo de mí; de cuando en cuando recurría a la fe y probaba de rezar. Sólo maquinalmente pronunciaba las palabras litúrgicas...» Este acto de valor llamó la atención de sus conciudadanos católicos. Dos años más tarde, convertido ya en cristiano sin miedo, se hallaba al frente de una conferencia de San Vicente de Paúl, compuesta de treinta jóvenes que habían sido arrastrados por su ejemplo⁷³.

Afirmar que todos los penitentes del Cura de Ars perseveraron, como este joven, sería decir demasiado, vista la flaqueza humana. Es de presumir, empero, que en la mayor parte la impresión fue tan viva y el golpe de la gracia tan fuerte, que permanecieron fieles en el cumplimiento de su deber. Lo cierto es que el Santo triunfó en cosas muy difíciles y obtuvo la perseverancia de muchas de aquellas personas en las cuales no se suele confiar.

El director del seminario mayor de Brou, Rdo. Niermont, me rogó un día, dice el Rdo. Toccanier, que preguntase al Cura de Ars si había llegado a convertir algún *borracho*. Se lo pregunté en la sacristía delante de muchos testigos. He aquí la respuesta que recibí: «Sí, amigo mío, todavía no ha mucho que una mujer vino a darme las gracias, diciendo: Hasta el presente, era muy desgraciada con mi pobre marido: recibía de él más palos que pedazos de pan. Pues bien, desde que le conoció a usted, es más manso que un cordero.» Un vicario, que estaba con nosotros, refirió a su vez que conocía un caso semejante: un hombre de su parroquia, dado de mucho tiempo a la embriaguez, empleaba, desde su viaje a Ars, un remedio heroico para enmendarse: iba a misa dando un largo rodeo, para no pasar por delante de la taberna, cuya vista era para él una tentación⁷⁴.

A un bebedor incorregible de Chaleins, mi antigua parroquia, declara en el *Proceso* Mons. Mermod, entonces cura de Gex, lo convirtió el Cura de Ars. Durante los tres años que después vivió, no probó un sorbo de vino y llevó una vida ejemplar. Cosa notable: aquel buen cristiano fue un día a encontrarme a la casa parroquial:

⁷¹ *Le Cure d'Ars et la mere Marie Veronique* «Anales de Ars», Julio de 1904, p. 62

⁷² *Vida* manuscrita, p. 168

⁷³ *Documentos* BALL, archivos de la casa parroquial de Ars

⁷⁴ Rdo. TOCCANIER *Proceso apostolico in genere*, p. 153

tenía muy buen aspecto y, sin embargo, quería confesarse, porque según decía, había de morir. Movido por sus ruegos, le di la absolución y la comunión. Una hora más tarde, había muerto⁷⁵.

Además, gracias al Cura de Ars, familias desunidas recobraron la paz, orgullosos escépticos se convirtieron en humildes creyentes y muchos libertinos murieron con claras señales de predestinación o buscaron la pura soledad del claustro.

Un arquitecto de Lión recibía con frecuencia de su esposa muy justos reproches... Una mañana, después de una violenta disputa, el marido culpable grita: «¡No me verás más!» Cierra la puerta tras sí, sale a la calle y ve una diligencia con esta inscripción: *Correspondencia de Ars*. «¿Qué tierra es ésta?, pregunta a uno que pasaba. Ars, le contesta, es un pueblo del Ain, a donde van para visitar a un cura extraordinario...» Por necesidad de un cambio para calmar sus nervios y, más aún, por curiosidad, nuestro lionés toma asiento en el coche, que marcha en seguida. La hora de la partida estaba fijada de manera que pudiesen apearse en Ars antes del *catecismo* de las once.

El arquitecto logró penetrar en la iglesia de Ars. Vio al Santo, le oyó, y salió muy conmovido de lo que había visto y oído. «Señor, dijo al Rdo. Toccanier, a quien encontró en seguida, este sacerdote está verdaderamente *hundido* en el amor de Dios; sus palabras son tan ardientes, que, si le oigo otra vez, *bajaré la cabeza* como los demás.» Y el buen misionero le contestó que no veía en ello ningún inconveniente, sino todo lo contrario... Por la tarde, aquel hombre ocupó su lugar entre los penitentes del Cura de Ars... Salió de la sacristía todo transformado en el más feliz de los mortales «y regresó a Lión para echarse en brazos de aquella que no había “de verle más”»⁷⁶. En efecto, no era el mismo.

Hacia unos doce o quince años —pues era mucho antes de la llegada del Rdo. Toccanier a Ars—, otra conversión metió gran ruido en la ciudad de Lión. El señor Maissiat, profesor de dibujo en la Escuela de Artes y Oficios, era también

un geólogo de fama, que gustaba de llamarse *filósofo*, para dar a entender que sólo creía en la razón. Después de haber hecho piadosamente su primera comunión, en pleno Terror, había dejado el catolicismo para ser sucesivamente mahometano, judío, protestante, espiritista, sansimoniano y por último comunista... Su vida era una verdadera novela.

Un día de junio de 1841, salía de Lión para dar un paseo de un mes por los montes del Beaujolais. Encontróse en el coche de Villefranche-sur-Saône con un viejo amigo que desde allí se dirigía a Ars. «Venga usted conmigo, le dice; verá usted un cura que hace milagros.

—¡Milagros! —responde irónicamente el geólogo—; yo no creo en ellos.

—Venga usted; lo verá y se convencerá.

—¡Pues bien, voy! ¡Total por una parada en Ars!

Y jugando con las palabras añade: *Ars* es una palabra que me gusta, pues yo soy artista.»

Al día siguiente por la mañana, el señor Maissiat asistía curioso a la misa del Cura de Ars. El Santo se fijó en el escéptico, al pasar de la sacristía al altar. Celebrada la misa, se fue derechamente a él, le puso la mano sobre la espalda y le dijo que le siguiera. Al entrar en la sacristía, vio nuestro *filósofo* el confesonario, y al hacerle señal para que se arrodillara: «¡Ah, replicó, esto no!...» Entretanto el varón de Dios no le quitaba la vista de encima. Al fin el señor Maissiat se arrodilló... Total, ¡qué importa! A solas con el sacerdote, contóle fríamente, en calidad de simple narrador, toda la miserable historia de su alma. El santo confesor le escuchaba, pero sin engañarse sobre los sentimientos reales de aquel singular pendiente. «Amigo mío, venga a hablarme mañana. Entretanto, vaya al altar de Santa Filomena y pídale su conversión a Nuestro Señor.»

El señor Maissiat hace caso y se pone de pie en el lugar indicado. Mas, ¡qué misterio! Las lágrimas le saltan de los ojos. ¿Por qué? No lo sabe. Abriéndose paso entre la multitud, sale llorando de la iglesia. «¡Oh, había de confesar más tarde, cuanta felicidad se encuentra en estas lágrimas!»

De su excursión por los montes del Beaujolais, ya no se hablaba. Al día siguiente, el geólogo estaba ya a los pies del

⁷⁵ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 951.

⁷⁶ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 152.

Cura de Ars. «Padre mío, le decía, vencido por la gracia, no creo en nada... ¡Ayúdeme!» El Santo le ayudó tan bien, que pasados nueve días junto a él, el señor Maissiat regresó a Lión lleno de fe. «De retorno entre sus amigos, que no participaban de sus creencias, despreció todo respeto humano — cuenta el Rdo. Raymond— y fue uno de los más fervientes y celosos católicos de la ciudad.» «Murió, dice otro de sus amigos, el señor Gaillard, cura de Montagnant, en medio de los más hermosos sentimientos que puede inspirar la piedad cristiana»⁷⁷.

A mediados de noviembre de 1855, se instalaron en el hotel de Francisco Pertinand, un joven de Clermont-l'Hérault, llamado Silvano Dutheil, y su madre. «Habiendo sentado plaza en el Ejército a la edad de dieciséis años, contrajo, como consecuencia de sus excesos, una enfermedad de pecho, que le obligó a volver al seno de su familia.» Extraños acontecimientos le movieron a hacer un viaje tan largo y penoso para poder entrevistarse con el siervo de Dios.

«Pasando un día por una calle de Montpellier, cuenta el Hermano Atanasio, vio un retrato del Cura de Ars e hizo burla de él.» Su hermana, que iba con él, díjole después de reprenderle: «¿No podrías, tal vez, obtener tu curación si tuvieras confianza en este Santo?» El joven rióse de ello muy de veras... Por la noche, el santo Cura se le apareció en sueños, sosteniendo en la mano una manzana podrida en más de su mitad. Movido por esta visión, Silvano pidió ser conducido a Ars.

«Su madre le acompañó: Todos los días el Cura de Ars le visitaba en el hotel. Por la mañana del sábado, día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, Silvano, convertido ya y absuelto de sus pecados, fue conducido a las gradas del altar. La temperatura era glacial y después de haber comulgado fue llevado a la sacristía, junto a la estufa. «¡Ah, qué feliz soy, exclamaba; nunca, durante mi vida, gocé de mayor felicidad!»

⁷⁷ Hemos ligado en esta relación las noticias del señor Gaillard, testigo de las conversaciones del señor Maissiat (*Proceso del Ordinario*, páginas 1327-9), y la del Rdo. Raymond, *Vida* manuscrita, p. 158.

«De vuelta al hotel, se echó en brazos de su madre y le dijo llorando: «El gozo de esta comunión me hace olvidar todos los sufrimientos... No quiero dejar a este varón; quiero morir aquí.» En efecto, murió a la noche siguiente»⁷⁸.

En 1859, un viejo batelero del Saona, pecador empedernido, fue llevado de sorpresa a la aldea de Ars. Vio la iglesia llena de peregrinos y el confesonario asediado por los penitentes. Adivinó la broma, se desató en blasfemias y quiso marcharse en seguida. Le objetaron que era demasiado tarde y que, quieras que no, era menester pasar la noche en aquel pueblo odiado. Entretanto, alguien prevenía al Cura de Ars de la llegada de aquel «pez gordo».

Llegada la noche, el Cura de Ars se presentó en la habitación donde se alojaba el batelero. «No he venido aquí para hacer el devoto, gritó furioso... ¡Déjeme usted en paz! El tiempo se me hace largo para marchar...

—Amigo mío —respondió dulcemente el Cura de Ars, cogiéndole la mano—, ¿no quiere usted tener compasión de su alma?»

Y le dejó sin decirle más. ¿Qué sucedió aquella noche? No se sabe. Por la mañana, el Santo encontró a su *pecador* bañado en lágrimas y con un crucifijo entre las manos. «La conversión fue completa, rotunda.» El Cura de Ars le predijo —al menos corrió la fama— que confesor y penitente se seguirían de cerca en la sepultura. Sea de ello lo que fuere, «poco después de la muerte del siervo de Dios, encontraron al viejo batelero exánime, arrodillado en su lecho»⁷⁹.

Un día de otoño de 1852, Francisco Dorel, yesero en Villefranche-sur-Saône, iba con sus amigos camino de Ars. Dorel tenía treinta y dos años⁸⁰, y era muy apuesto. Nadie le hubiera tomado por un peregrino, según iba equipado. Con polainas y fusil en bandolera, silbaba, de vez en cuando, a un soberbio perro de caza. Era que nuestro hombre no quería pasar por un *beato* en busca de confesor. El día anterior, su amigo le había dicho:

⁷⁸ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 871.

⁷⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 153.

⁸⁰ Había nacido en Villefranche el 24 de julio de 1820.

«—¿Vienes mañana a Ars? Hay allí un cura que hace milagros y que confiesa día y noche. Vale la pena de ser visto.

—¿Entonces tú tienes intención de...?

—¿Y por qué no?

—¡Haz lo que quieras! Oye. Yo iré contigo, pero llevaré mi escopeta y mi perro... Y, después de haber visto al *maravilloso* cura, me iré a cazar patos a los estanques de Dombes. Tú, si te place, podrás confesarte.»

Los dos viajeros entraron en el pueblo, en el preciso momento en que el Cura de Ars atravesaba lentamente, con su ademán habitual de quien bendice. Francisco Dorel, curioso ante aquel espectáculo, se mezcló con la multitud. ¡Oh sorpresa! Al pasar por delante de él, el santo anciano se para y mira alternativamente al perro y al cazador. «¡Señor, dice con seriedad al desconocido, sería de desear que su alma fuese tan hermosa como su perro!»

El hombre enrojeció y bajó la cabeza... Su perro era tal cual Dios lo había hecho: fiel, ágil; mas él, el cristiano, había arruinado en su alma la obra divina... Reflexionó largo tiempo, aterrado por aquella revelación inesperada. Finalmente, dio a guardar a la gente del pueblo la escopeta y el perro, entró en la iglesia y se confesó con el Cura de Ars. Estaba tan contrito, que se derretía en lágrimas. Había sido ilustrado sobre el valor de su alma, sobre la vanidad del mundo y la seriedad de la vida: quería ser religioso.

«¡Vaya usted a la Trapa!», le dijo con seguridad el Cura de Ars.

Francisco Dorel se presentó, en efecto, en Nuestra Señora de Aignebelle el 18 de diciembre de 1852, donde tomó el hábito al año siguiente. Dieciséis años más tarde, hizo la profesión solemne con el nombre de Hermano Arsenio... Murió santamente, bajo el sayal, el 18 de diciembre de 1888⁸¹.

⁸¹ Según una *memoria* sobre ocho vocaciones a la Trapa inspiradas por el Cura de Ars, dirigida a Mons. Convert por el R. P. Abad del monasterio de Aiguebelle, el 21 de mayo de 1901.

XV. LAS PEREGRINACIONES A ARS

IV. EL CURA DE ARS, DIRECTOR DE CONCIENCIAS

A cada alma los minutos necesarios.—La prudencia en las decisiones.—Las almas que el Cura de Ars alienta a avanzar.—Las que frena en sus ímpetus.—Las devociones que aconseja.—La obligación ante todo.—Los deberes de los esposos.—La dirección de los sacerdotes.—Con las conciencias escrupulosas.—La práctica de los sacramentos.—La preparación que exige.—Frecuente comunión y ciencia suficiente.—«¡Comulgad con más frecuencia!».—El influjo radiante de un Santo.

Podrían escribirse páginas muy curiosas sobre la manera como el Cura de Ars trataba a las almas simplemente piadosas o ya adelantadas en la perfección. Se citan casos en que se negó a oír a personas que sabía que estaban en gracia de Dios.

Una de mis tías, religiosa marista, refiere el Rdo. Rougemont, vi-no con su Superiora para aconsejarse sobre un asunto que interesaba a su comunidad. Antes de que le hubiesen hablado, les indicó el partido que habían de tomar. Después, cuando le pidieron que las confesase, respondió: «Ustedes no tienen necesidad; dejen el tiempo para los demás». Y se retiraron muy consoladas¹.

A la señorita Clara Deschamps, que fue a consultarle en enero de 1853, en compañía de su tío el cardenal arzobispo de Malinas, el Cura de Ars solamente le dejó hacer la señal de la cruz. «Sí, hija mía, le dijo en seguida, eres a propósito

¹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 750.

para la comunidad del Sagrado Corazón. Vete a comulgar sin absolución.» Y ella se retiró del todo dichosa².

Hechos de esta clase fueron excepciones, y el Cura de Ars tenía motivos cuando obraba así. A todos los demás penitentes, les daba los minutos necesarios, aun a los niños, con quienes se mostraba siempre indulgente y paternal³: los dos sacerdotes Lemann, convertidos del judaísmo, se confesaron con él en su juventud. «Entonces, cuentan ellos, dejaba que hundiésemos nuestra cabeza en sus largos cabellos blancos y nosotros gustábamos el placer de *impregnarnos de un santo*»⁴. A pesar de que le asediaban, «jamás encontraba un ignorante sin que le instruyese, ni un alma justa a la que no diese alientos y empujase hacia la perfección»⁵.

La santidad de su vida y la prudencia sobrenatural de sus decisiones inspiraban a las almas justas una confianza sin límites. «He encontrado durante mi ministerio como vicario de Ars, declara el Rdo. Rougemont, numerosas personas que consideraban al Cura de Ars como un director incomparable y divinamente inspirado»⁶. «Así en el confesonario como en el púlpito, dice la señora Cristina de Cibeins, era para mí la ley y los profetas»⁷.

En general, sus respuestas eran claras y prontas: «Levantaba los ojos al cielo y después decía sin dudar y con gran seguridad»⁸. Pero le preguntaban sobre tantos asuntos que a veces pedía tiempo para reflexionar y para consultar a algún compañero. Aunque yo era muy joven, refiere el Rdo. Dufour, misionero de Pont-d'Ain, un día tuvo la humildad de consultarme sobre un caso de restitución⁹.

Más de un penitente del Cura de Ars se fue decepcionado, por pensar que oíría de él cosas extraordinarias. Sus decisiones no tenían nada de exaltadas ni de exageradas, sino

² Memoria del reverendo Francisco, capellan de los Redentoristas de Grenoble *continuativo*, p. 155

³ Señorita Marta DES GARETS *Proceso apostólico in genere*, p. 293

⁴ Carta a Mons. Convert, 11 de agosto de 1908

⁵ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 847

⁶ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 789

⁷ Señora Cristina de CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, p. 155.

⁸ *Ibidem*

⁹ *Proceso apostólico in genere*, p. 347

que eran circunspectas y justas. Sabía distinguir los motivos secretos, conscientes o no, de ciertos deseos y de ciertos ensueños, y ponía a las almas en el verdadero camino. Tal joven suspiraba por el claustro, y él le aconsejaba que buscara una colocación en el mundo; a otra que se creía llamada al matrimonio le descubría otros horizontes. Según el caso, empujaba hacia adelante o detenía.

Por lo demás, absteníase de aconsejar, cuando le parecía que otros podían hacerlo con mejor conocimiento de causa. Así, a una señora de Grenoble que le preguntó si podía abrir un café para subvenir mejor a la educación de sus hijos, la remitió al cura de su parroquia¹⁰.

La señorita Luisa Martín, de Saint-Rambert en el Ain, de natural festivo y travieso, pero dotada de muy buen corazón, sentíase atraída, a la edad de dieciocho años, hacia la vida religiosa. Su padre la trataba de loquilla. Un día fue a visitar a una prima en el locutorio, vio la reja de la clausura. «¡Oh, exclamó, no seré yo quien quiera vivir allí dentro!» Poco tiempo después de aquel viaje, sintió inquietud y se preguntó a sí misma: «¿Si, a pesar de todo, Dios te llamase a un monasterio de contemplativas?...» Con su abuela, a quien había comunicado confidencialmente sus luchas interiores, partió para Ars, sin que lo supiesen sus padres. Después de una larga espera en la iglesia, le llegó su turno para postrarse en el confesonario, cuando en aquel mismo momento salió el Rdo. Vianney y se dirigió a la sacristía para presidir una procesión —era la mañana del día de San Marcos, 25 de abril de 1843—. Luisa Martín corre a su encuentro: «Pero señor Cura, yo quería comulgar en su misa, y no me he confesado.» En aquel momento la multitud que llenaba la iglesia corría desbordada hacia la sacristía, cuya puerta era difícil de cerrar.

«—¿Tiene usted amor propio?, preguntó sonriente el santo Cura a la joven.

—Oh, no, padre.

—Pues bien, arrodílese y confiésese.»

Se confesó, refirióle sus angustias y el Santo le respon-

¹⁰ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 854

dió: «Su vocación viene del cielo, hija mía. Entre en seguida en la Visitación.»

Los padres de Luisa no opusieron resistencia, y Sor María Anastasia se entregó al Señor con toda su naturaleza ardiente¹¹.

Hacia el año 1836, el señor y la señora Millet, de Macon, resolvieron pasar algunos días en Ars, para poder tratar a su placer, como creían, con el santo Cura. Pudieron, en efecto, hablarle. Pero su hija Luisa Coloma, que había ido con ellos, no quería a ningún precio dirigirse al siervo de Dios. Sin embargo, era muy buena y piadosa. Los peregrinos estaban a punto de salir de Ars después de una semana de permanencia en aquel pueblo. Entraron, por última vez, en la iglesia, cuando el Rdo. Vianney pasaba a la sacristía. Guiado por una intuición sobrenatural, lanzó sobre la multitud una mirada penetrante e hizo señas con el breviario en dirección a Luisa Coloma. Esta le entendió en seguida: había que rendirse. La multitud le abrió paso y, con un ademán, el Santo le indicó el confesonario. La joven cayó de rodillas y, después de una breve entrevista, oyó las palabras que habían de orientar toda su vida: «Hija mía, usted será religiosa de la Visitación... ¡Dios lo quiere... Dios lo quiere!» La penitente resistió, pero el cura de Ars repitió por tercera vez: «¡Hija mía, Dios lo quiere!» Las dificultades que había que vencer eran insuperables. Todas se allanaron por sí mismas, y Luisa Coloma, libre de todos los lazos, emprendió el vuelo hacia el arca santa¹².

Una joven, que había de ser Sor María Matilde, en las Ursulinas de Avignon, era pensionista en Troyes, cuando, en julio de 1856, una parienta fue a buscarla para conducirla a Ars.

En el momento de partir, contaba ella misma en 1916, encontré una amiga que me hizo esta confidencia: «Estoy muy contenta de

¹¹ Extracto de las *circulares* de la Visitación de Montluel, *Annales d'Ars*, agosto de 1909, p. 94.

¹² Cf. *Circular de la Vistación de Mâcon*, de 21 de noviembre de 1910. Sor Luisa Coloma murió en el monasterio el 20 de agosto de 1908, llena de méritos, a la edad de 89 años y 64 de profesión religiosa.

que vaya usted a Ars; el santo Cura le dirá su vocación, como me la dijo a mí...»

«Padre mío, os he traído una sabia pequeñita». Así fui presentada al Cura de Ars. Respondió él: «¡Tanto peor! Todo esto no vale un acto de amor de Dios... —Pero, padre mío, replicó mi pariente, ¿qué será de esta niña?» Entonces el Santo fijó en mí su mirada; parecía que veía mi alma en mis ojos. «Una religiosa», dijo al fin.

En seguida, viendo que tendría que dejar a mi madre, a mis hermanos y mis queridos estudios, le dije con viveza: «¡No, jamás!... ¡No, no, no!» Y él, sonriendo a cada uno de estos *no* repetidos, exclamaba a su vez: «¡Sí, sí, sí!...» Entonces, le seguí al confesonario..... Yo pensaba conseguir diplomas; él cambió mi espíritu y mi corazón.

Tres años más tarde, en 1859, el año de su feliz muerte, hice la profesión. Y he aquí que llevo cincuenta y ocho de vida religiosa¹³.

De esta manera, el Cura de Ars dirigía hacia las cumbres muchas almas buenas, débiles o turbadas, que sin él no hubieran sido todas de Dios. Por otra parte, hábil en discernir los designios providenciales, disipaba en ciertas almas generosas los sueños de una perfección ilusoria.

Vi a un coronel, cuenta el Rdo. Dufour, misionero de Pont-d'Ain, que le ayudaba a misa vestido de uniforme, y que le acompañaba, cirio en mano, mientras distribuía la sagrada comunión. Este oficial, de graduación superior, le preguntó si, libre como estaba de los lazos matrimoniales, debería entrar en alguna orden religiosa. «Guárdese usted de ello, le respondió el siervo de Dios; el ejército tiene demasiada necesidad de buenos ejemplos como los suyos»¹⁴.

«Padre mío, decíale un sacerdote arrodillado a sus pies, ¿he de alimentar en mí los deseos de la vida religiosa que tan vivamente siento desde el segundo curso que estuve en el seminario mayor, o sea, hace ya veinte años?» Respondióle sin rodeos: «Sí, amigo mío, este pensamiento viene de Dios, es menester fomentarlo.

—Entonces, padre, me permitirá que deje el cargo que

¹³ *Carta* dirigida en 1916 a Mons. Convert por Sor María Matilde, en el convento de las Ursulinas en la Via Nomentana, en Roma.

¹⁴ *Proceso apostólico in genere*, p. 341.

desempeño (este sacerdote era profesor en un seminario) y que entre religioso... En tal comunidad si le parece.

—¡Calma, amigo mío! Quédese donde está. Tenga en cuenta que Dios envía a veces buenos deseos, pero cuya realización en esta vida no nos exigirá nunca.»

Con estas palabras hizo entender al sacerdote educador que sus aspiraciones a la vida monástica eran de aquellas que, fomentadas cuidadosamente en el corazón, serían para él una salvaguarda contra los peligros del mundo y un estímulo para la práctica de las virtudes sacerdotales. Tres años después, el mismo eclesiástico, inquieto, a pesar de todo, por la persistencia de sus deseos, volvía a la carga. Había sido trasladado del seminario menor a un colegio católico. «Ahora que estoy allí, ¿qué me aconseja usted, padre?» El Santo le contestó, sonriente: «Lo mismo.» Y con un tono de mayor gravedad, añadió: «La mejor obra que podemos hacer en el siglo en que vivimos es educar cristianamente a la juventud»¹⁵.

* * *

Muchas personas pedían al Cura de Ars que las ayudase en las devociones. Enemigo de las *devocioncitas* que embarazan ciertas vidas y las hacen estériles, descubría en ellas un egoísmo disfrazado. El rezo del rosario, el *Angelus*, las jaculatorias, y por encima de todo, la asistencia al santo sacrificio de la misa y a los divinos oficios, prácticas aprobadas y recomendadas por la Iglesia, he aquí las devociones que proclamaba. Prefería la oración pública a las oraciones particulares. «La oración particular, decía, se asemeja a las pajas esparcidas en el campo: si se les prende fuego arden con poca llama; pero reunidas en un montón, y entonces la llama es grande y se eleva hacia el cielo: tal es la oración en común»¹⁶. También se esforzaba en inculcar a

¹⁵ Según una carta dirigida el 1º de septiembre de 1864 al R. P. Faivre, misionero de San Claudio, por el Rdo. Cornu, entonces superior del seminario de Nozeroy (Jura). Documento trasladado al *Proceso del Ordinario*

¹⁶ Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario* — Para facilitar su venta, algunos editores publicaron varias obras de piedad con el nombre del Cura de Ars, espe-

las almas deseosas de perfección la costumbre de la oración mental cotidiana, y les explicaba la manera de hacerla. A los que no podían aplicarse a meditaciones metódicas, les recomendaba simplemente que pensasen muchas veces en Dios. «Hacíame notar, cuenta la humilde tendera Marta Miard, que eran tantas las imágenes de la Virgen y tantos los objetos de piedad que tenía en mi casa, que bastaba mirarlos para saber orar»¹⁷. Si le preguntaban qué lecturas eran útiles para adelantar en la virtud, aconsejaba el *Evangélio*, la *Imitación de Cristo* y las *Vidas de los Santos*¹⁸.

Es muy digno de notarse que a todas las almas, fuesen las que fueren, el recto y prudente director prescribía siempre, y ante todo, el cumplimiento de la obligación. «Imposible decir, refiere la señorita de Belvey, con qué admirable tacto sabía discernir, para cada uno, lo que era obligatorio o simplemente de consejo, y rechazaba lo que era efecto del amor propio o inspiración de su celo indiscreto»¹⁹. Lo que enseñaba en la explicación del catecismo lo repetía en el confesonario:

Se entiende mal la religión. Supongamos, hijos míos, una persona que ha de ir a su trabajo cotidiano. Esta persona siente deseos de hacer grandes penitencias y de pasar la mitad de la noche en oración. Si está bien instruida, dirá: «No, no hay que hacer esto, porque mañana no podré cumplir con mis debres: tendré sueño y la menor cosa me impacientará; estaré durante todo el día de mal humor; no haré la mitad del trabajo que haría si hubiese descansado toda la noche...» Una persona instruida tiene siempre dos guías: el consejo y la obediencia²⁰.

cialmente la titulada «*Considerations sur la necessite de connaitre Jesus Christ et d'imiter ses vertus*» (Lyon, Guyot, 1815) El impresor, engañado tal vez sobre la identidad del autor, se atrevió a escribir en su breve prólogo «La acogida favorable que ha alcanzado recientemente la *Guide des âmes pieuses* del señor Cura de Ars, y la venta considerable, son garantía suficiente del éxito que obtendrá esta nueva obra cuya edición nos han encomendado»

El autor de esta obra era el Rdo. Peyronnet, canonigo de Fourviere

En realidad, «el Rdo. Vianney permitió que se insertasen en la *Guide des âmes pieuses* tres o cuatro oraciones dictadas por él a Catalina Lassagne. Asimismo, como puso una oración para los sacerdotes que toman posesión de su parroquia» (Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 258 y 202)

¹⁷ *Proceso apostólico continuativo*, p. 845

¹⁸ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 738

¹⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 228

²⁰ *Esprit du Cure d'Ars*, p. 103-104, p. 177

«El señor Cura, dice Catalina Lassagne, no quería que una madre de familia dejase el cuidado de su casa para ir a la iglesia cuando no era de obligación... Un día, al comenzar la cuaresma, me dijo que no ayunase. Pero, señor Cura, le repliqué, ¿cómo es que ayuna usted? —Es verdad, me respondió; pero yo, a pesar de los ayunos, puedo cumplir con mi deber: tú, en cambio, no podrías»²¹.

A las personas unidas en matrimonio les hacía ver la grandeza de su vocación y las exhortaba a cumplir santamente con las obligaciones de su estado. La señora Ruet, de Uroux (Ródano), que ya tenía numerosa descendencia, iba a ser madre otra vez. Fuese al Cura de Ars en busca de consuelo. No hubo de aguardar mucho, pues el Santo la hizo salir de entre la multitud. «Está usted muy triste, hija mía, le dijo cuando estaba arrodillada en el confesonario. —¡Ah, si ya soy de edad avanzada, padre mío! —Tenga usted buen ánimo, hija... ¡Si usted supiera cuántas mujeres están en el infierno por no haber dado al mundo los hijos que tenían obligación de darle!»²².

«¡Animo!, decía con paternal afecto a una señora que le confiaba sus cuitas a causa de su numerosa prole, no le espante a usted la carga: cuando Dios concede a una madre muchos hijos, es señal de que la juzga digna de educarlos. Es, por parte de Dios, una prueba de confianza»²³.

A sus colegas en el sacerdocio les conjuraba a que tendiesen sin reservas de ninguna clase a la perfección contenida en los consejos evangélicos. A veces exigía, a los que creía capaces, sacrificios pequeños en apariencia, pero muy grandes delante de Dios y de su siervo. Un sacerdote, que más tarde fue religioso del Sagrado Corazón de Issoudum, hizo unos ejercicios espirituales bajo su dirección. Cuando terminaba de confesarse, se dijo a sí mismo, refiriéndose a los ratos de ocio que pasaba jugando a los naipes con sus compañeros: «¿Me acusaré de esto?» Para estar tranquilo lo dijo tal cual era. «Esto no lo ha de hacer», respondió el confesor.

²¹ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 498.

²² *Annales d'Ars*, agosto de 1907, p. 91.

²³ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. II, p. 552.

—Pero, padre, el juego es quizás un mal menor. A veces, en las reuniones...

—¡Oh, entonces no hay para qué reunirse!

—Es que a uno le llaman para ayudar a un compañero; y después...

—Después, prestado ya el servicio, se retira uno.»

Las réplicas del Santo eran breves, claras y sin comentarios. Del otro lado de la rejilla, el penitente dudaba en proseguir ante aquella austeridad tan fuera de lo común y tan por encima de sus fuerzas, cuando al levantar la cabeza se fijó en un Santo Cristo. Entonces lo entendió todo.

«—Bien, padre mío, prometo no jugar más, pero ayúdeme con sus oraciones.

—¡Esto basta!», respondió el Cura de Ars, y le dio la absolución.

Al salir del confesonario, el penitente se dirigió a la capilla de Santa Filomena y allí escribió su propósito apoyando el papel sobre el altar... Cuando algo después sus amigos le instaron a tomar las cartas, les dijo: «Miraré unos momentos cómo jugáis, pero yo no tomaré parte en el juego: vengo de Ars y he prometido al señor Cura no jugar más en adelante.» Nadie se atrevió a replicar²⁴.

Es fácil concebir que en otras circunstancias recomendaba a los sacerdotes sacrificios más heroicos. A un párroco que se lamentaba en su presencia de la frialdad de sus feligreses y de la esterilidad de su celo, le contestó con estas frases que parecen fuertes, pero que habían de ser bien recibidas por aquel a quien iban dirigidas: «¿Ha predicado usted? ¿Ha orado? ¿Ha ayunado? ¿Ha tomado disciplinas? ¿Ha dormido sobre duro? Mientras no se resuelva usted a esto no tiene derecho a quejarse»²⁵.

A las almas escrupulosas, el Santo procuraba fundarlas en la confianza en Dios y en la obediencia al confesor. «Por otra parte, una sola palabra suya bastaba para sosegar a un alma inquieta y turbada»²⁶. A los pusilánimes y a los timoratos les empujaba a la acción. A una señorita de Mor-

²⁴ *Annales d'Ars*, febrero de 1901, p. 269.

²⁵ Rdo. TOCCANIER, *Notas manuscritas*, p. 31.

²⁶ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 211.

moyron (Vaucluse), llamada Adela Conil, le ofrecieron el honor de ser madrina. La responsabilidad de tan modesto título la espantó —es cierto, sin embargo, que entonces se tomaba más en serio— y no quiso aceptar. Poco después fue en peregrinación a Ars y se confesó con el santo Cura. «Usted no obró bien cuando se negó a ser madrina, le dijo el Rdo. Vianney, sin que se hubiese dicho palabra del bautismo; no hay que tener nunca miedo de hacer el bien, aunque nos cueste algo. Ea, otra vez sea más juiciosa»²⁷.

* * *

Pero lo que más procuraba el Cura de Ars era inducir a las almas piadosas a la práctica frecuente de los sacramentos. «No todos los que se acercan son santos, pero los santos serán siempre escogidos entre aquellos que los reciben con frecuencia»²⁸. De esta manera, «cuando en Francia casi no existía la comunión frecuente, fue uno de los primeros introductores de esta saludable práctica»²⁹. Pero en este punto obró también siempre con gran discreción: quería una preparación seria y deseos de sacar de la comunión todo el fruto posible; y «puesto que no hay absolución ni comunión que puedan suplir el esfuerzo personal contra nosotros mismos»³⁰, se mostró siempre «bastante severo con los *pecadores habituales*»³¹. No podía sufrir en su alma cristiana los signos de la tibieza. «Entonces, hija mía, decía a una señora de Lión, ¿no quiere usted convertirse? Comulga usted y no reforma su conducta. Es usted siempre la misma, violenta, impulsiva...». «Mi padre madre, decía la hija de esta señora, que refería esto, temblaba de pies a cabeza al ver que el Cura de Ars leía tan claramente en su alma, y cuando se atrevió a levantar los ojos bañados en lágrimas, le pareció ver el rostro del Cura de Ars como encendido en fuego»³².

Una mañana de 1854, la señorita Estefanía Poignard, de Marcy, junto a Villefranche-sur-Saône, tomó asiento con otras alegres compañeras en un coche que partía en dirección a Ars. Se bromeó durante todo el camino... Estefanía, que era piadosa, se fue directamente a la iglesia, donde el Cura de Ars comenzaba la misa, y, en el momento de la comunión, se arrodilló a la sagrada mesa. El celebrante dio la sagrada hostia a todos los presentes, pero al llegar delante de la joven viajera, la sostuvo levantada en alto, comenzó a recitar la fórmula *Corpus Domini Nostri...* y sin acabarla, se quedó inmóvil.

La angustia interior de la pobre muchacha, a quien el siervo de Dios quería dar para toda la vida una lección, no es para ser ponderada. No sabiendo qué pensar, se puso a rezar mentalmente los actos de fe, esperanza y caridad. Cuando hubo acabado, el Cura de Ars puso la hostia en sus labios. «Hija mía, le dijo después al verla de nuevo, cuando no se han rezado las oraciones de la mañana y se ha pasado un largo viaje en disipación, no se halla uno muy bien preparado para comulgar»³³.

Para admitir a la comunión frecuente, el Cura de Ars, además de cierto grado de devoción, exigía cierto conocimiento. La señora Maduel, de Lurcy, persona piadosa, pero no muy ilustrada, le pidió un día que la autorizase para comulgar algunas veces por semana. «Sí, buena mujer, le respondió el Santo, pero en penitencia irá usted a buscar a su cura párroco —y pesó estas palabras— y le pedirá que le enseñe lo que dice el catecismo sobre la comunión y las disposiciones necesarias para ella.»

Para no hacerse catequizar por su propio párroco, la pobre señora renunció a la frecuente comunión. Pero esto era para ella *mayor penitencia*. Quieras que no, otro recurso no tuvo que ir a ver al cura de Lurcy, Bernard. Este, para no herir el amor propio de su feligresa, se limitó a prestarle dos libros espirituales y le indicó los capítulos que había de leer. Ella los leyó y los estudió. «¡Ah, decía después al señor

²⁷ *Annales d'Ars*, septiembre de 1919, p. 111.

²⁸ Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 686.

²⁹ Rdo. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 282.

³⁰ F. BRUNETIERE, *Trois provinciales de Pascal*, París, Hachette, 1905. *Introduct.*

p. XXXI.

³¹ Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 771.

³² *Documentos BALL*. (Archivos de la casa parroquial.)

³³ Según relación oral de la señorita María Brizard, de Ars, íntima amiga de Estefanía Poignard.

Bernard al devolverle los libros, qué contenta estoy de esta penitencia! He aprendido muchas cosas que no sospechaba y que me serán muy útiles.»

El señor Bernard contaba más tarde este rasgo, como respuesta a los que censuraban al Cura de Ars por no entender nada en la dirección de las almas y favorecer todas las ilusiones de las falsas devotas³⁴.

Por el contrario, cuando veía verdadera devoción, multiplicaba los alientos. Se complacía en excitar el apetito sobrenatural de las almas bien dispuestas. Sus *catecismos sobre la frecuente comunión* están llenos de ardorosos llamamientos y clamores admirables:

Hijos míos, todos los seres de la creación tienen necesidad de alimentos para vivir: a este fin, Dios hace crecer los árboles y las plantas; es una mesa muy bien servida a la cual acuden todos los animales a buscar su alimento apropiado. Mas es necesario que el alma también se nutra. ¿Dónde está su alimento?... Hijos míos, cuando Dios quiso dar alimento a nuestra alma para sostenerla en su peregrinación por este mundo, paseó su mirada sobre todas las cosas criadas y no encontró nada digno de ella. Entonces se concentró en sí mismo y resolvió entregarse...

¡Oh alma mía, cuán grande eres! Sólo Dios puede contentarte. El alimento del alma es el cuerpo y la sangre de Dios. ¡Oh hermoso alimento! El alma no puede alimentarse sino de Dios. Sólo Dios puede bastarle. Sólo Dios puede llenarla. Fuera de Dios nada hay que pueda saciar su hambre. Necesita absolutamente de Dios... ¡Qué dichosas son las almas puras que se unen a Dios por la comunión! En el cielo resplandecerán como hermosos diamantes porque la imagen de Dios reverberará en ellas... ¡Oh vida dichosa! Alimentarse de Dios... ¡Oh hombre, qué grande eres! Nutrido y abrevado con el cuerpo y sangre de un Dios... Id, pues, a comulgar, hijos míos³⁵.

En el confesonario no hablaba de otra manera. Una mañana de 1846 llamó de entre la multitud de penitentes a la Rda. Madre Elisabet Giraud, fundadora de las Hermanas del Santo Rosario, en Pont de Beauvoisin d'Îrère. Le dijo algunas palabras sobre la pesada carga que había de asumir y

³⁴ Según una carta (sin fecha) del Rdo. Augusto Rougemont a Monseñor Convert.

³⁵ *Instrucciones de las once*, manuscrito de la Bastie, p. 52 a 55, *passim*.

después añadió: «Usted no comulga bastante; hágalo con más frecuencia. Ahora voy a decir misa: quiero que tenga el gozo de recibir hoy a Nuestro Señor». «He sido muy descuidada, decía confidencialmente a sus amigas la humilde Madre Elisabet: en aquel tiempo comulgaba cada ocho días y me parecía que era demasiado»³⁶.

Una persona piadosa del Beaujolais no comulgaba sino muy raras veces. «Después de muchas entrevistas», el párroco Vianney la convenció de que recibiese la Sagrada Eucaristía cada quince días. Hizo varios viajes a Ars y cada vez recibía la orden de comulgar más. Esta persona, a pesar de su obediencia, objetaba que las prácticas de devoción no se estilaban mucho en su parroquia, y que le molestaba el verse sola en la iglesia.

«Usted tiene, sin duda, amigas, replicó el santo Cura. Elija las más virtuosas y lléveselas consigo. De esta manera no se encontrará usted sola.»

Un día fue a Ars con dos compañeras. «En adelante vendrán cada seis meses les dijo el hombre de Dios, pero no solas, sino acompañadas; es necesario que cada una conquiste dos o tres más.»

Al cabo de seis meses, doce jóvenes del Beaujolais emprendían juntas el camino de Ars. A todas enseñó el Santo los secretos de la comunión frecuente... Su propio párroco, admirado del cambio de su parroquia, quiso saber la causa. Le contaron la historia y se apresuró a hacer un viaje a Ars para dar al Cura las gracias por su celo y entrevistarse con él³⁷.

¡Cuántas almas y cuántas parroquias tuvieron que agradecer al santo Cura el haberse transformado! Lo que se sabe de su influencia como confesor y director de almas se reduce, en suma, a bien poca cosa; lo demás, ignorado por nosotros, Dios se reserva el revelarlo. «El Rdo. Vianney, dice la condesa des Garets, se vio forzado a confesar que solamente el día del Juicio final se verá el bien que se produjo gracias a su ministerio»³⁸. Y es fácil de concebir que el de-

³⁶ *Documentos BALL*. (Archivos de la casa parroquial de Ars.)

³⁷ *Documentos BALL y notas manuscritas* de Mons. Convert, cuaderno I, n. 5.

³⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 791.

monio, empeñado en la pérdida de las almas, gritase por boca de una posesa: «¡Cuánto me haces sufrir!... Si hubiese tres como tú, mi reino sería destruido»³⁹

³⁹ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 439.

XVI. LAS PEREGRINACIONES A ARS

V. LA JORNADA DEL CURA DE ARS Y SU VIDA INTERIOR

Las confesiones al salir de las tertulias nocturnas.—El levantarse a media noche.—Las confesiones de las mujeres.—La misa del Cura de Ars.—La acción de gracias.—La audiencia a los peregrinos en la sacristía.—El rezo de las horas menores del breviario.—La famosa catequesis de las once.—Después del catecismo, el paso de la iglesia a la casa parroquial.—Una comida rápida.—La visita a los enfermos.—La visita a la casa de la Providencia.—Reanúdanse las confesiones de la tarde.—Las primeras horas de la noche.—La vida interior durante la jornada de un párroco.—La oración de simplicidad.—El goce de la presencia de Dios.

Salvo los cinco días de ejercicios que, cada año hasta el de 1835, pasó en Meximieux o en Bourg-en-Bresse, salvo una semana de descanso muy relativo que se tomó en el seno de su familia en 1843, a partir de 1830 el Cura de Ars no dejó su pueblo adoptivo. Aparte de algunos hechos de mayor relieve, cuyo recuerdo ha sido conservado por testigos fieles, su existencia llegó a ser de una monotonía sublime. Estaba levantado en toda época veinte horas al día, o más, y consagraba al confesonario de once a trece en el rigor del invierno y de quince a diez y seis durante el resto del año¹.

¹ Juan PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 866.—El horario y la distribución del día Cura de Ars no eran absolutamente uniformes; en este capítulo, hablaremos de cómo solía pasarlo, sobre todo desde que el Rdo. Raymond comenzó a ser su auxiliar.—Para saber cómo el Cura de Ars pasaba el día hemos coordinado varios testimonios: el Rdo. BEAU, su confesor, *Proceso del Ordinario*, p. 1198; Catalina LASAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 7; tercera, p. 22; Pedro ORIOL, *Proceso*

Desde que era vicario de Ecully, el Cura de Ars tenía la costumbre de ir a la iglesia a las cuatro de la madrugada. Una vez cura de Ars, iba todavía antes, y únicamente por devoción, porque el sagrario le atraía de una manera irresistible. Después, cuando la parroquia fue mejorando, no tenían los fieles reparo en acudir a él antes del alba, para confesarse. La costumbre de las tertulias nocturnas no había desaparecido, pero entonces todo se había bien: comenzaban y se acababan con la oración. Al regresar a sus casas, a media noche o a la una de la madrugada, las mujeres iban a buscar al señor Cura al tribunal de la penitencia: gustaban mucho de estas confesiones a media noche; el señor Cura no estaba todavía fatigado ni asediado por la multitud. Las acogía con una bondad conmovedora, les dedicaba el tiempo que deseaban y después las despedía con algunas palabras impregnadas de la más ardiente caridad. «Vamos, hija mía, vaya usted a descansar, pues tiene mucho sueño...» Aquellas buenas mujeres conservaron siempre de aquellas confesiones un recuerdo tierno y lleno de gratitud, y veinte años después de la muerte del Santo, todavía exclamaban a veces: «¡Oh, cuán agradable era confesarse en aquellas horas.»²

Después comenzaron a llegar a Ars los peregrinos. Entonces, el Rdo. Vianney tocaba por sí mismo el *Angelus* hacia la una de la madrugada, para dar a entender que la iglesia estaba abierta y el sacerdote a disposición de los penitentes. Mientras les esperaba, se ponía en oración, de rodillas ante el altar, o bien rezaba el oficio divino. «¡Qué hermoso y edificante era, ha escrito Catalina Lassagne, ver, a la débil luz de una vela, aquella figura enflaquecida por la penitencia! ¡Oraba con tanto recogimiento, dirigiendo de cuando en cuando la mirada hacia el sagrario, y con una sonrisa tan dulce, que parecía Nuestro Señor!»³

Cuando la afluencia de peregrinos llegó a ser tal que el Cura de Ars no tenía bastante tiempo con confesar día y

del *Ordinario*, p. 734; Rdo. TOCCANIER, *id.*, p. 139-140; reverendo TAILHADES, *id.*, p. 1505-1506; Hermano ATANASIO, *id.*, p. 824.

² Mons. CONVERT, *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, Lyon, Vitte, 1921, p. 256.

³ *Petit memoire*, segunda redacción, p. 35.

noche, se levantaba a veces antes de las doce, y esto en los días más calurosos del verano. Una de las directoras de la *Providencia*, Juana-María Chanay, le decía riendo: «Señor Cura, hoy no ha rezado usted la oración de la mañana.» La misma testigo nos cuenta que en tales ocasiones «animaba a su cuerpo prometiéndole algunos instantes de reposo» durante el día; pero después no lo cumplía. El pobre *cadáver* tenía que aguardar la noche siguiente para tenderse un poco. «¡Ya lo he cogido!»⁴, decía el incorregible asceta, que trataba a su flaca envoltura mortal como a un forastero y más aún, como a un enemigo.

A pesar de ser el Cura de Ars tan madrugador, sus penitentes se le adelantaban. Durante mucho tiempo no hubo ningún refugio para los peregrinos. Tenían que aguardar en el pequeño cementerio o en la plaza, lo cual era ya una buena penitencia. Al fin, en 1845, se construyó a la izquierda, junto, al campanario, una especie de vestíbulo. En él se cobijaban las mujeres: en efecto, desde casi los comienzos, sólo las mujeres eran admitidas a confesión durante las horas de la noche.

El Cura de Ars llegaba iluminando el camino con una linterna de cristales resquebrajados. Revestido de sobrepelliz y estola violada, cruzaba el vestíbulo; en seguida los penitentes se precipitaban hacia el confesonario. Durante algunos minutos había alguna confusión; pero unas señoras de buena voluntad —eran unas diez que se turnaban de una noche a otra— se encargaban del orden. Encendían las lámparas, tocaban el *Angelus*, con lo que el Rdo. Vianney quedaba libre de este cuidado, y señalaban el lugar a los que iban llegando.

Entretanto, el Cura de Ars permanecía arrodillado en las gradas del altar. Con rápido vuelo, elevaba su alma a Dios, y le ofrecía todas las penas de aquel día todavía tan lejos de su aurora; le pedía que tuviese misericordia de los pobres pecadores⁵. Después se metía en el confesonario⁶.

* * *

⁴ Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 690-691.

⁵ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 291.

⁶ En los dos capítulos precedentes hemos hablado del *Cura de Ars en el confeso-*

A las seis en verano y a las siete en invierno, salía para celebrar la santa misa⁷. El, tan irregular cuando se trataba de su comida o de su sueño, no permitía que le entretuviesen en aquel momento, el más santo de todo el día. «Una de las personas más honorables de su parroquia» le pidió una tarde que al día siguiente retrasase un poco la celebración, por su causa. «Respóndale, dijo el Santo, que es imposible. ¡Que se levante! No puedo en beneficio suyo hacer que falte la misa a ninguno de mis feligreses»⁸.

En aquellos momentos parecía que se olvidaba de la tierra: ninguna sombra de tristeza se veía en su rostro. En una ocasión había dicho: «No quisiera ser párroco, pero estoy contento de ser sacerdote para poder celebrar la misa»⁹. Según hace notar su confesor, «todo lo que había hecho después de haberse levantado podía ser considerado como una excelente preparación»; sin embargo, se recogía por espacio de algunos minutos antes del santo Sacrificio. Entonces, «de rodillas sobre las baldosas del coro, estaba inmóvil, con las manos juntas y con los ojos fijos en el sagrario. Nadie era capaz de distraerle»¹⁰. Una vez en la sacristía toleraba que le dijese lo absolutamente necesario: los peregrinos que querían encomendarse a sus oraciones procuraban hablarle mientras se revestía los ornamentos, pero él no contestaba sino con un movimiento de cabeza. El sacristán no se movía de su lado para evitar que le envolviesen. A veces se suscitaban discusiones allí mismo entre algunos seglares y aun sacerdotes, porque todos querían ayudarle a misa.

Nunca los ornamentos le parecían demasiado buenos. Hubiera deseado un cáliz de oro macizo, pues el mejor que tenía no le parecía bastante digno de contener la sangre de

nario Por esta razón, no aportamos aquí ningún pormenor sobre sus ocupaciones como director de conciencias

⁷ Si hay que dar crédito a una carta del señor Sionet de Nantes dirigida al Rdo Toccanier el 4 de mayo de 1861 se formó con la aprobación del Cura de Ars, una asociación de personas piadosas que todas las mañanas, a las 7, se unían en espíritu desde lejos a su misa

⁸ Magdalena MANDY SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 266

⁹ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 474

¹⁰ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 814 — Emiliano Cabuchet presenta al Cura de Ars en esta actitud en una estatua justamente celebrada

Jesucristo¹¹. Le gustaba mucho el altar mayor, con su base de mármol, donde están esculpidos el Cordero, San Juan Bautista, su patrón y el de Ars, San Sixto; con su sagrario de cobre dorado y cincelado, su alto dosel adornado de blancos penachos... Mas para él el principal adorno de la iglesia era la perfecta actitud de los fieles¹².

Por regla general, el Cura de Ars no empleaba más tiempo que otros sacerdotes en la celebración de la misa: no solía pasar de media hora¹³. Durante toda su vida siguió el rito especial de la iglesia de Lión¹⁴. Según este rito, después de la elevación, el celebrante permanece algunos momentos con los brazos en cruz. El Cura de Ars prolongaba esta ceremonia. Causaba gran impresión al verle. En 1827, un pequeño escolar, que con el tiempo había de llegar al sacerdocio, le ayudaba en calidad de monaguillo. «Estaba admirado de verle, después de la consagración, permanecer durante cinco minutos con las manos y los ojos levantados, en una especie de éxtasis. Con mis compañeros decíamos que veía a Dios»¹⁵. Antes de la comunión, «se paraba unos momentos, parecía que conversaba con Dios y después consumía las sagradas especies»¹⁶.

«¡Qué hermoso era verle celebrar!, dice el Hermano Atanasio. Me parecía ver otro San Francisco de Sales»¹⁷. «Vi al siervo de Dios mientras celebraba misa, refiere el Rdo. Luis Beau, su confesor; cada vez creía ver un ángel en el altar»¹⁸.

Muchos iban a la iglesia ex profeso para contemplarle y edificarse. Los huéspedes del castillo de Ars, aunque no tuviesen intención de asistir a la misa mayor, iban, con todo, «para tener ocasión de admirarle»¹⁹. «Una persona de la parroquia, cuenta la baronesa de Belvey, me dijo un día:

¹¹ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 317

¹² *Ibidem*

¹³ Condesa DES GARETS *Proceso del Ordinario*, p. 789

¹⁴ La diócesis de Belley adoptó el rito romano universal en 1867

¹⁵ Dionisio CHALLAND nacido en Villeneuve en 1817, cura de Marheux, *Proceso apostólico continuativo*, p. 654 — «En los momentos más solemnes, se detenía como sumido en amorosa contemplación» (Señora Cristina de CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, p. 115)

¹⁶ Juan Bautista MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 587

¹⁷ Hermano ATANASIO *Proceso del Ordinario*, p. 814

¹⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 1186

¹⁹ Srta. Marta DES GARETS *Proceso apostólico in genere*, p. 311

«Si quiere usted aprender a oír bien la misa, colóquese de manera que pueda ver a nuestro Cura en el altar». Me puse en un rincón, desde donde podía observarle sin dificultad. Eché de ver en sus rasgos algo de celestial y derramaba lágrimas durante casi toda la misa. Lo mismo me sucedió cada vez que estuve en Ars»²⁰. Un artista declaraba indescriptible la expresión de su rostro²¹.

De distracciones, ni la apariencia. Su exterior reproducía lo que pasaba en lo más íntimo de su alma. «Enemigo de toda afectación», no hacía ningún ademán exagerado ni inútil; sus ojos oraban o contemplaban, ora elevados, ora bajos; sus manos suplicaban juntas o extendidas. Era una predicación muda de una elocuencia soberana. «La sola vista del Cura de Ars mientras celebraba la misa convirtió a más de un pecador»²². Un francmasón que consintió en entrar en la iglesia «apenas le vio en el altar, sintió mudada su alma»²³. Todo en él respiraba adoración. Sentíase de una manera palpable que no estaba solo en el altar; que estaban allí Jesucristo y su sacerdote. Sus ademanes, sus miradas, su actitud, iban expresando sucesivamente el anonadamiento de sí mismo, el deseo, la esperanza, el amor.

Mientras celebraba, estos sentimientos conmovían su alma; y, cosa rara, iban mezclados a veces de temores y tentaciones de desesperación. Una mañana, le atormentaba tanto el pensamiento del infierno y el miedo de perder a Dios para siempre, que exclamó interiormente: «¡Al menos, dejadme la Santísima Virgen!»²⁴. Durante una misa de Navidad, a media noche, se cantó después de la elevación un himno bastante largo. Según el rito lionés, el celebrante debía, a partir de cierto momento, sostener la sagrada hostia sobre el cáliz hasta el canto del *Pater Noster*. Entonces, dice el Hermano Atanasio, «le vi cómo miraba aquella hostia unas veces con lágrimas y otras sonriendo. Parecía que le hablaba; después venían las lágrimas y en seguida las

sonrisas». Después de la misa, en la sacristía, le pedimos perdón por haberle hecho esperar tanto. «¡Oh!, el tiempo ha pasado sin que me diese cuenta, nos contestó.

—Pero, señor Cura, ¿qué hacía usted cuando tenía la sagrada hostia en sus manos? Parecía estar conmovido.

—En efecto. Se me ha ocurrido una idea. Le decía a Nuestro Señor: ¡si supiese que he de tener la desgracia de no veros en la eternidad, puesto que ahora os tengo en mis manos, no os soltaría!»²⁵.

Después de la misa, se revestía de nuevo el roquete y la estola y de rodillas ante el altar daba gracias. Acaeció con frecuencia que los peregrinos no tuvieron reparo en acercársele mucho, y en mirarle y hacer algún comentario sobre su persona. El parecía no ver ni oír nada de acá abajo, todo sumido en su audiencia con Dios. «Cuando se ha recibido la sagrada comunión, decía en uno de los *catecismos*, el alma se impregna del bálsamo del amor como la abeja en las flores.»

Acabada la acción de gracias —si es que en aquel corazón de fuego se acababan nunca— el cura de Ars volvía a la sacristía. El sacristán tenía ya dispuestos sobre la cómoda de los ornamentos los objetos que había de bendecir, y las imágenes que había de marcar con sus iniciales. Las letras J. M. B. V. quedaban pronto trazadas y la bendición no exigía mucho tiempo: pero todos los días había allí algunas almas afligidas en busca de consuelo. El Santo nunca se negaba a recibirlas, pero aliviaba o curaba sus penas con muy pocas palabras; pues los hombres, cuyo turno comenzaba entonces, estaban ya colocados, cada día más numerosos, en la nave de la iglesia o alrededor del coro.

A partir de 1827, el Cura de Ars, por obediencia al médico y al señor Obispo, tomaba un poco de leche hacia las ocho, aunque se privaba de ella los días de ayuno²⁶. Para esto empleaba el tiempo necesario para ir y volver de la *Providencia*, y de nuevo se sentaba en el confesonario, pero en el de la sacristía.

²⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 203.

²¹ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 773 y 789.

²² Rdo. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 971.

²³ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 870.

²⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 31.

²⁵ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 213.

²⁶ Juan PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 863.

* * *

Hacia las diez, el Cura de Ars acechaba el momento favorable para poder rezar la parte matutina del breviario, desde *Prima* hasta *Nona*. Si se acercaba un nuevo penitente; el Santo le señalaba el reclinatorio y le rogaba que continuase su preparación. Entonces, de rodillas en el suelo de la sacristía, rezaba el oficio.

«¡Qué felicidad, decía, poder descansar un poco de esta manera!»²⁷. Por otra parte, gustaba mucho de la belleza de los salmos y, aunque no entendía el latín sino medianamente, por una gracia especial, penetraba su profundo sentido. «Cuando pienso en estas bellas oraciones, solía repetir, me siento tentado de exclamar: ¡*Dichosa falta!*, pues si David no hubiese tenido pecados que llorar, no las poseeríamos.» Su afecto a los Salmos le arrastraba a amar al libro que los contiene. Amaba tanto al breviario, cuenta el Rdo. Tailhades, que siempre lo llevaba bajo el brazo. Como le preguntase la razón, respondióme: «El breviario es *mi fiel compañía*: no podría ir a ninguna parte sin él».

Un día, cierto abogado de Lión le estuvo mirando durante largo rato, mientras rezaba las horas. «Su fisonomía, escribía, reflejaba los grandes sentimientos de su alma; su boca parecía saborear lo que embargaba al espíritu; sus ojos estaban iluminados y resplandecían. Hubiérase dicho que respiraba un aire más puro que el de la tierra, y que, libre del estrépito del mundo, no entendía otras palabras que las del Espíritu Santo»²⁸.

Permanecía allí, «inmóvil como una estatua, sin apariencia alguna de distracción, de la que también estaba libre en el interior de su alma». Hablando de las personas que se distraen en la oración, decía en uno de sus catecismos: «Las moscas se apartan del agua hirviendo; no caen sino en el agua fría o tibia»²⁹

* * *

²⁷ La mayor parte de los pormenores referentes al breviario del Cura de Ars nos los da el Rdo. Alejo TAILHADES, *Proceso del Ordinario*, páginas 1507-1508.

²⁸ BRAC, DE LA PERRIERE, *Souvenirs de deux pèlerinages à Ars*, op. cit., p. 6.

²⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 170.

Terminado el rezo, el Cura de Ars volvía a las confesiones hasta las once. Entonces salía de la sacristía y se dirigía al *sillón de las confesiones*. Se llamaba así una especie de cátedra compuesta de un asiento de tablas, de un respaldo y un apoyo para los pies. Lo rodeaba una pequeña cerca. Allí, durante quince años, de 1845 a 1859, todos los días de la semana, el Cura de Ars se sentaba para explicar sencillamente el catecismo a los peregrinos.

Sus aplastantes ocupaciones no le consentían preparar la *instrucción* de las once, mejor que las homilias de cada domingo. «Desde el día, dice el maestro Pertinand, en que la afluencia de los peregrinos no le dejó el tiempo necesario, hizo una novena al Espíritu Santo para conseguir la gracia de saber hablar sin pararse. Al fin de esta novena se fue directamente al púlpito, se entregó a su inspiración y así lo hizo en adelante»³⁰.

A la iglesia acudían toda suerte de personas: buenos y fervorosos cristianos, pero también espíritus fuertes que saben de todo, menos de su religión. Entre los fieles, se mezclaban sacerdotes, y, a veces, obispos. El Cura de Ars se preocupaba tan sólo por las almas —aunque hubiesen estado allí el Papa y los cardenales no habría cambiado de método— y se dirigía a ellas con sencillez encantadora. No le escuchaban como a un predicador cualquiera, sino como a un enviado de Dios, como un nuevo San Juan Bautista, iniciado en los secretos de lo alto. Comenzaba leyendo en el libro del catecismo una o dos preguntas con sus correspondientes respuestas y después dejaba el libro a su lado. —¡Cuántas veces el pequeño volumen desapareció, cogido por una mano piadosamente indiscreta y llevado como una reliquia!—. Después comenzaba la explicación del texto, pero bien pronto se olvidaba del tema de la lección: el Cura de Ars se subía en seguida a las «ideas madres», como decía un sacerdote³¹, en las cuales vivía su alma y que meditaba largamente en la presencia de Dios. Su palabra estaba llena de eternidad, su mirada de fuego se fijaba ora en uno, ora

³⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 367.

³¹ El párroco de una gran parroquia de Lión. (Rdo. DUBOIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1284).

en otro de sus oyentes, como si hubiese querido hundir en su corazón la espada de su verbo. Azotaba el vicio, maldecía el pecado o, lo cual era más frecuente, cantaba las bellezas y los goces del amor de Dios.

Su voz delgada no llegaba a todos, pero sus exclamaciones, sus suspiros eran lo bastante para remover hasta lo más hondo los espíritus. En septiembre de 1845, una religiosa de la congregación de San José, Sor María Gonzaga, acababa de llegar a Ars, algo a pesar suyo, pues «sentía cierta aversión por el reverendo Vianney, y estaba lejos de creer todo cuanto a su propósito se decía».

Cuando bajamos del coche, cuenta ella misma, tocaban a catecismo. Mi superiora quiso ir en seguida y hube de seguirla. Al llegar a la iglesia, el señor Cura subía a su pequeña cátedra. Mis ojos se encontraban con los suyos. Presa no sé de qué vértigo, caí de rodillas, toda perturbada. Un momento después me cogió de la mano una mujer, que según creo era Catalina Lassagne, y me dijo que me acercara, pues de lo contrario no oiría nada. Me obligó a que me sentara delante de la tarima. Oí algunas palabras sobre la conformidad con la voluntad de Dios y el precio del sufrimiento. Estuve llorando todo el rato; mis sentimientos para con el *Santo* se habían trocado³².

Hacia la misma época, un médico de Lión fue al pueblo de Ars en caravana con varios de sus parientes y amigos. «No era un hombre incrédulo, pues había tenido buenos principios, pero no tenía la menor idea de lo que era un santo, ni del espectáculo que le aguardaba.» Comenzó la explicación del catecismo, y, a las primeras palabras, el nuevo oyente fue acometido de una fuerte pasión de risa. ¿Qué hacer? Todo el mundo le miraba y se escandalizaba; él escondió la cabeza entre las manos. Entretanto, el Cura de Ars seguía hablando. La risa se fue extinguiendo y, a los cinco minutos, lágrimas abundantes, que no procuraba disimular como su risa, le llenaron los ojos y comenzaron a regar las mejillas del doctor»³³.

³² Según una carta dirigida, el 2 de octubre de 1824, al Rdo. Toccanier, por sor María Gonzaga — en el mundo, señorita Richard-Heydt—retirada, entonces en Ver-naison (Ródano).

³³ Cf. Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. II, p. 241-242.

El señor Pedro Oriol, propietario acomodado de Pelussin, en el Loira, que con el tiempo había de fijar su residencia en Ars y ser uno de los «guardianes» del Rdo. Vianney, le conoció en una explicación de catecismo. «La primera palabra que le oí, cuenta este excelente cristiano, voló derecha a mi corazón y fue un reproche para toda mi vida»³⁴.

El auditorio se conmovía, lloraba, pero menos que el orador. «Un día, que se lamentaba de la desgracia de los pecadores, se echó a llorar según solía. A una señora que se hallaba entre la concurrencia se le escapó involuntariamente esta exclamación: Oh, Dios mío, dadme estas lágrimas»³⁵.

En honor de la verdad, no todos se sentían movidos con tanta fuerza; las impresiones varían siempre según las disposiciones de cada uno. «¡Ah! este catecismo con el cual ya me deleitaba de antemano; he de confesar que no he entendido gran cosa. A cada momento, me sorprendía a mí mismo preguntándome ansiosamente: ¿Qué me va a enseñar?...» Así se expresaba el Rdo. Teodoro Wibaux, de Roubaix, que llegó a ser superior del seminario de Saigon y protonotario apostólico. Pero esta disposición de ánimo se explica, al saber que cuando el señor Wibaux visitó a Ars en 1857, tenía penosas dudas sobre su porvenir, y estaba preocupado, mientras el Santo explicaba el catecismo, sobre lo que le diría en una entrevista que le había señalado para después de la explicación³⁶.

Por el contrario, había peregrinos, y no de los de menor calidad, que no podían dejar de oír las instrucciones familiares del Santo. Mons. Allou, obispo de Meaux, que pasó ocho días en el castillo de Ars, no faltó un solo día al catecismo y se «marchó maravillado»³⁷. Los misioneros, que iban a ayudar al Cura de Ars durante el apogeo del concurso de peregrinos, se mezclaban con la multitud de los oyentes, fuera de los casos de absoluto impedimento³⁸. Y aun-

³⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 727.

³⁵ Rdo. DUFOUR, misionero de Pont-d'Ain, *Proceso apostólico in genere*, p. 339.

³⁶ De una carta dirigida el 4 de enero de 1914 a Mons. Convert por Mons. Edmundo Jaspard, director de Nuestra Señora de Haut-Mont, en Mouveaux (Nord).

³⁷ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 205.

³⁸ Rdo. DUFOUR, *Proceso apostólico in genere*, p. 339.

que a veces el Rdo. Vianney repitiese lo mismo, siempre les parecía nuevo.

El momento de salir de la iglesia para ir a comer era tal vez el más extraordinario, el más patético del día. Acababa de rezar, arrodillado delante del altar, el *Angelus* del mediodía. Después se dirigía a la casa parroquial y era menester cruzar un espacio de apenas diez metros. En ello, empleaba cada día a lo menos un cuarto de hora. Los peregrinos formaban como una valla en el vestíbulo de debajo del campanario y en el estrecho pasadizo que conducía a la casa. Las personas que no habían ido a Ars para confesarse, sino para decirle una palabra, hacerle una súplica, se amontonaban allí, para ser las primeras en verle.

Los enfermos o impedidos, que no habían podido ser llevados a la iglesia, aguardaban apoyados en sus muletas, tendidos en las camillas, acompañados hasta allí por sus parientes o amigos. También allí estaban los niños, que, por su tierna edad, no eran capaces de estar mucho tiempo en el templo.

El Santo aparecía, abarcaba con una sola y dulce mirada a todos los forasteros, la mayor parte de los cuales aún no le habían visto, y en el acto, espontáneamente, caían de rodillas. Después de algunos segundos de pasmo y de silencio, comenzaban los clamores:

«¡Buen padre!... ¡santo Padre!... ¡Benedicidme!... ¡Rogad por nuestro enfermo!... ¡Curad mi pobre niño!... ¡Convertid a mi padre... a mi esposo!...» A muchas de estas súplicas no podía responder sino con una mirada, una sonrisa o con lágrimas. Mientras iba pasando, les decía una palabra o les mostraba el cielo.

Acariciaba a los niños, ponía las manos venerables sobre sus rubios cabellos. A los setenta y cinco años, el señor Monnet, sacerdote retirado de Ars, se acordaba con placer de aquellas manos temblorosas del santo anciano puestas sobre sus cabellos de niño, y de su bendición, a lo cual atribuía la vocación sacerdotal...

Varias veces, para poder franquear la puerta de la casa y penetrar solo en ella —pues en aquel momento del día no dejaba que nadie le acompañase—, usó de una inocente

estratagema, muy del agrado de los peregrinos: sacaba de su bolsillo un puñado de medallas, y las arrojaba a la multitud. Y, mientras las cogían del suelo, entraba en el patio, y cerraba la puerta echando tras sí la aldaba.

* * *

En su cuarto, encontraba la comida preparada en la *Providencia*.—Ya dimos una idea de su régimen de vida, y a ello volveremos más adelante—.El Cura de Ars comía de pie, mientras se iba enterando de su correspondencia, puesta de antemano junto a la escudilla de loza en la que le servían la sopa y las legumbres. «Esta comida era tan rápida, refiere el Hermano Atanasio, que un día el señor cura nos dijo: He podido alguna vez, de doce a una, comer, barrer mi habitación, afeitarme, dormir y visitar a los enfermos»³⁹.

La visita a los enfermos era especialmente querida del Cura de Ars. A partir de 1845, había dejado a su coadjutor todos los actos externos del ministerio parroquial, menos éste. Y por *enfermos* no hay que entender solamente los de Ars, sino también los forasteros que, acostados en las hospederías o en casas particulares, deseaban ver y oír al Santo. Entre ellos los había a veces muy graves «que se habían hecho conducir allí para morir asistidos y consolados por su Santo»⁴⁰.

A eso de las doce y media, cuando el Cura de Ars salía de la casa parroquial, era de nuevo rodeado por la multitud que le esperaba. No podía dejar la escalinata de la iglesia, atravesar la plaza y andar por las calles sino muy lentamente y protegido por dos o tres señores de buena voluntad, sus «guardias de corps». Estos «iban delante con los brazos extendidos para evitar que el Santo fuese víctima de una veneración indiscreta»⁴¹. A pesar de esto, mientras besaban sus ropas, cortaban pedacitos de la sotana o de la sobre-

³⁹ *Proceso apostólico in genere*, p. 222.

⁴⁰ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 773.

⁴¹ *Carta* de Mons. Jaspar a Mons. Convert. 4 de enero de 1914.

pelliz y mechones de sus cabellos⁴², y llegaba la audacia hasta el punto de arrebatarse el breviario, si bien para devolvérselo, después de haber sacado alguna estampa⁴³; alguna vez, empero, no se lo devolvían íntegro. El Rdo. Vianney soportaba estos latrocinios de la multitud sin quejarse: estaba ya habituado a tales indiscreciones. Algunas veces ocurrieron divertidas equivocaciones.

El empeño de la gente para apoderarse de objetos pertenecientes al siervo de Dios —cuenta el Rdo. Dufour, encargado con frecuencia de mantener el orden— dio lugar, al menos dos veces, a que, creyendo habérselas con el señor Cura, me despojaron a mí: un día me cogieron el breviario, que en seguida me enviaron por correo desde Saint-Etienne. Me quejé de ello al Rdo. Vianney, quien me respondió riendo: «Esto me ha sucedido ya muchas veces». Otro día cortaron un trozo de mi sotana. Era por la noche, y la oscuridad favoreció este divertido error⁴⁴.

Por lo dicho, se ve que era imposible al cura de Ars aparecer en público sin verse envuelto y estrujado. «No salía nadie de la iglesia o de los contornos del lugar santo sino para seguirle los pasos, dice el Hermano Atanasio, y le seguían a las casas de los enfermos.» Los sacerdotes le rogaban que les permitiese acompañarle hasta la cabecera de los moribundos, para aprender y edificarse. «Dos veces, dice el reverendo Tailhades, tuve la dicha de ver cómo administraba los últimos sacramentos. Nunca he oído hablar de la otra vida con tal fe y mayor convicción. Hubiérase dicho que veía con sus propios ojos las cosas de las cuales hablaba. El Rdo. Vianney consolaba a los pobres enfermos y alentaba su confianza. Todos hubieran querido morir en sus brazos»⁴⁵.

Cuando salía de visitarles, todavía estaba aguardando la multitud. ¿Acaso no sabían que llevaba los bolsillos llenos de rosarios, de cruces y de medallas? ¡Qué alegría obtener de su mano un recuerdo! Así los más listos se arrodillaban varias veces a su paso, sin duda para ser nuevamente

⁴² Rdo. BEAU, *Proceso del Ordinario*, p. 1220.

⁴³ Magdalena MANDY-SCIPIOT *Proceso apostólico in genere*, p. 273.

⁴⁴ *Proceso apostólico in genere*, p. 362.

⁴⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 1507.

bendecidos, pero también para tener su parte en sucesivas distribuciones. Gracias a esta estratagema, que el Santo no dejaba de advertir, una niña de Lión pudo reunir todo un tesoro de recuerdos. Estuvo en Ars unos tres días y no perdió ocasión de tender su mano al pasar el señor cura. «Al tercer día, según cuenta ella misma, ya religiosa, me dio una cruz y después unas medallas, diciéndome a la vez: «Niña, ya van *diecisiete*.» Hice la cuenta y en tres días me había dado diecisiete medallas»⁴⁶.

Las provisiones del Santo, según se concibe, pronto se agotaban. No se preocupaba por ello, pues generosos peregrinos cuidaban de proveerle. Los dos hermanos Lemann, los jóvenes judíos convertidos, a quienes, como ya vimos, el Rdo. Vianney acogió tan tiernamente, iban a partir de Ars.

A la salida del pueblo, dicen ellos mismos, vemos un grupo que camina en sentido inverso: es el señor Cura que viene de visitar a un enfermo; y, como en tiempo de Nuestro Señor, la gente le rodea y se aprieta en torno suyo. Al parecer, nos ha reconocido. Cuando se es joven, se atreve uno a todo. «Señor Cura, le decimos, nos ha dado usted ya medallas, pero quisiéramos más». Sonrió y llamando a una vendedora que estaba en el umbral de su reducida tienda: «Déme usted, si quiere hacer el favor, una gruesa de medallas.» Las trae, él las bendice, nos da un puñado de ellas, y, después, volviéndose a la tendera le dice: «Las cobrará usted de quien le plazca.» Dichosa de tener por «parroquiano» a su pastor, hace una señal de asentimiento y da a entender que está segura de no perder nada y que ha hecho otras «ventas» como aquella⁴⁷.

Con mucha frecuencia, a no ser que se tratase de casos urgentes, la visita a los enfermos iba precedida de otra visita que gustaba de hacer todos los días: las niñas de la *Providencia* tenían también ansias de verle. Hemos visto ya que para ambas partes era aquello una delicia. Cuando, después del mes de septiembre de 1853, la parte de la casa que está junto a la capilla alojó al Rdo. Toccanier y a sus compañeros que estaban allí de paso, el Cura de Ars se guardó

⁴⁶ *Carta* de una ursulina de Cracovia a Mons. Convert, 1.º de junio de 1902.

⁴⁷ *Carta* a Mons. Convert de 11 de agosto de 1908.

muy bien de olvidar a sus queridos misioneros, a sus «colegas» como él les llamaba familiarmente. Llegaba cuando acababan el desayuno y, mientras les veía saborear aquellas frutas que a él le gustaban tanto, pero que nunca comía por espíritu de penitencia, estaba allí de pie, apoyado contra la puerta, y hablaba todo el rato para evitar en los demás toda palabra de lisonja. Se mostraba siempre amable, jovial y a veces suavemente terco: la única cosa que aceptaba era un poco de café; lo tomaba sin azúcar y le sabía muy amargo⁴⁸.

* * *

Por la tarde, volvía a la iglesia en seguida que le era posible. De rodillas sobre el pavimento, delante del altar mayor, rezaba, como un ángel, las vísperas y las completas. Inmediatamente después, se ponía a disposición de los *pobres pecadores*.

Confesaba a las mujeres hasta las cinco, y volvía a la casa parroquial, donde permanecía unos cinco minutos, según refiere Pedro Oriol; después se encerraba en la sacristía y allí oía las confesiones de los hombres hasta las siete o siete y media. Entonces subía al púlpito para rezar el rosario de la Inmaculada Concepción y la oración de la noche. Terminada ésta, entraba de nuevo en la casa parroquial y recibía en ella a algunas personas —misioneros, religiosos, sacerdotes o laicos forasteros— con las que hablaba amablemente. Hecho esto, se encerraba en seguida en su cuarto. ¿Qué hacía en él durante la noche? No se sabe, pero creo que en gran parte la pasaba en oración⁴⁹.

Con estos mismos términos nos describe la segunda parte de cada una de sus jornadas uno de los familiares de nuestro Santo, admitido con frecuencia a estas íntimas conversaciones nocturnas. Pero nada nos ha dicho de cómo el Rdo. Vianney rezaba la oración vespertina. Otro testigo se encargará de ello.

Casi nunca pude verle ni oírle, escribe el señor Brac de la Perrière. La nave estaba poco iluminada. La voz débil del santo Sacerdo-

te llegaba difícilmente a los que estaban lejos. Sin embargo, a los pocos momentos, a causa de aquel silencio, el oído se acostumbraba al débil rumor de la oración, como la vista a la mística oscuridad del lugar santo, donde se oía un dulce murmullo, ora interrumpido, ora continuado en períodos de igual duración. No tardaba uno mucho tiempo en sentirse sobrecogido por aquel coloquio indefinible y sin notarlo se llegaba a un grado de profundo recogimiento que dilataba el alma y la impelía a orar con la ayuda de los demás.⁵⁰

El señor Oriol nos refiere en qué se ocupaba el párroco Vianney al encontrarse solo en su cuarto. A pesar de sentirse agotado, rezaba los *maitines* y *laudes* del día siguiente⁵¹ y después leía algunas páginas de la *Vida de los Santos*, su libro de cabecera. ¡Qué heroísmo necesitaba todas las noches para terminar la lectura! «Con frecuencia, refiere el Hermano Atanasio, estaba tan fatigado al llegar a casa, que le costaba mucho subir la escalera. Le vi alguna vez chocar contra la pared. Bromeaba sobre su debilidad, y decía, aludiendo a unas palabras dichas con mala intención a este propósito: «¡Ea, el viejo hechicero ha hecho andar bien su negocio hoy!»⁵².

Se presume que no estaba más de tres horas en cama. «¿Cuándo duerme?, se preguntaba un hombre de Ars. Se le ve siempre levantado»⁵³. «Casi constantemente se veía luz a través de su ventana» —decía otro⁵⁴. Es que, durante las rudas flagelaciones, y después, una vez acostado, cuando no podía dormir o el diablo le molestaba, dejaba encendida la vela, para poder contemplar las imágenes de los santos colgados de la pared. «Cuando no duermo, decía, me gusta mirar los cuadros»⁵⁵. Si llegaba a adormecerse, en cuanto abría los ojos, los miraba en seguida. «Estoy en compañía de los santos, decía a la señora de Garets. Por la noche, cuando me despierto, me parece que me miran y que me di-

⁵⁰ *Souvenirs de deux pèlerinages a Ars*, op cit, p 4

⁵¹ Catalina LASSAGNE, *Petit memoir*, primera redacción p 9

⁵² *Proceso del Ordinario*, p 824

⁵³ Rdo ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p 778

⁵⁴ Rdo MONNIN, *Proceso apostólico ne pereanti*, p 984

⁵⁵ Catalina LASSAGNE, *Petit memoir*, segunda redacción

⁴⁸ Rdo TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p 163

⁴⁹ *Proceso del Ordinario*, p 734

cen: ¡Qué perezoso eres, tú duermes y nosotros pasamos el tiempo en vela y rogando a Dios!»⁵⁶.

De lo que no hablaba era de sus sufrimientos nocturnos: de su excitación nerviosa a causa del aplastante trabajo del día, de «la fiebre que le agitaba sobre el pobre camastro, de la tos que le obligaba a levantarse varias veces en una misma hora»⁵⁷. A pesar de esto, cuando llegaba el momento que se había señalado para bajar a la iglesia, dejaba el duro jergón y volvía a comenzar, por donde la había dejado, su interminable labor.

* * *

Una de las maravillas de aquella existencia tan sacrificada al servicio de los demás fue el que hubiese transcurrido en medio de aquel continuo movimiento de multitudes, y a la vez en el más profundo recogimiento. «Importunaban al santo Cura de mil maneras, y nada turbaba su paz interior»⁵⁸. ¿De dónde sacaba aquella calma y aquel entero dominio de sí mismo? Un autorizado testigo nos lo dirá.

El párroco Vianney, refiere el piadoso canónigo Gardette, capellán del Carmelo de Chalon-sur-Saône, se expresaba de esta manera delante de mí: «¡Oh, cuánto quisiera perderme en Dios y jamás hallarme sino en él!» Pues bien, al verle actuar, se veía realizado su deseo. Sabía, en efecto, entregarse de tal manera a Dios, que en sus múltiples y trabajosos ministerios, se mostraba tan recogido como en los ejercicios de piedad: hubiérase dicho que no tenía que hacer sino una cosa: la del momento presente. Siempre el ardor del celo, pero nunca la actividad de la naturaleza. Por la mañana, al mediodía y a la noche, se echaba de ver en su persona la misma libertad de espíritu, la misma dulzura de carácter, el mismo reflejo de la paz interior. Aquello era, a mi parecer, la práctica ideal de la unión con Dios, la manifestación más completa posible del amor perfecto»⁵⁹.

Un alma que no está unida con Dios como con su centro podrá moverse en un círculo de acciones más o menos san-

tas, pero ella no lo será. Para huir de este peligro, el Cura de Ars levantaba sin cesar su corazón, en el púlpito, en el confesonario, en medio de las conversaciones y ocupaciones más variadas. «Había adquirido el hábito de los santos de salir de Dios para la acción cuando era necesario y de volver a Dios por la oración en cuanto era posible»⁶⁰. La oración era, en efecto, el gran consuelo de su alma y su habitual refugio. «Es, decía, una cosa perfumada... Cuanto más se ora, más deseos se sienten de orar... El tiempo no corre en la oración»⁶¹. «Si durante toda su vida deseó la soledad, fue precisamente para poder entregarse del todo a la oración y a la contemplación de las cosas de Dios»⁶². Más ¡ay! ni siquiera tenía el placer de entregarse, como todos sus compañeros de sacerdocio, a los dulces ejercicios de un retiro anual. La última vez que quiso templar en ellos su alma —era en 1835, en el seminario de Brou—, Mons. Devie le envió a su parroquia antes de comenzar: «Usted no tiene necesidad de retiro, le dijo el prelado, y en cambio los pecadores tienen necesidad de usted». Y el pobre Cura se marchó sin oponer el menor reparo»⁶³.

Alguna vez, sin embargo, se le oyó lamentarse, ante el recuerdo de tiempos lejanos en que vivía en la soledad de los campos. «¡Oh, qué feliz era! No tenía la cabeza quebrada como hoy; oraba a mi gusto...» Y añadía sonriendo: «Creo que mi vocación era la de ser pastor toda mi vida»⁶⁴.

Pastor, pero de almas, había podido al principio, durante los primeros años, satisfacer sus ansias de orar. En aquella época, había llegado ciertamente al grado superior de oración llamado *oración de simplicidad*, «en el cual la intuición sustituye en gran parte a los razonamientos y los afectos y resoluciones son poco variados, y se traducen en pocas palabras»⁶⁵. «Antes de que comenzase el rudo trabajo de las peregrinaciones, dice el Rdo. Claudio Rougemont,

⁶⁰ Hipolito PAGES, *Proceso del Ordinario*, p 409

⁶¹ Rdo MONNIN, *id.*, p 1098

⁶² Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p 237

⁶³ Cf Rdo COGNAT, *Mons Devie, op cit, t II, p 281*

⁶⁴ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p 666.

⁶⁵ R P POULIN, *Des grâces d'oraison*, 10ª edición Paris, Beauchesne, 1922, cap. II num 3.

⁵⁶ Condesa DES GARETS *Proceso del Ordinario*, p 895

⁵⁷ *Ibid.*, *Proceso del Ordinario*, p 797

⁵⁸ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p 820

⁵⁹ *Proceso apostolico ne pereant*, p 923

vicario de Ars, de conformidad con el testimonio de viejos feligreses, se veía constantemente a nuestro párroco en la iglesia, de rodillas, y orando sin servirse de libro alguno»⁶⁶. Y, en efecto, «su oración, como hace notar la baronesa de Belvey, era *afectiva*, más que reflexiva o razonada»⁶⁷. Miraba fijo al sagrario, y contemplaba a Cristo, su amor. No seguía otro método que el del buen Chaffangeon: *Yo miro a Dios y Dios me mira a mí*.

«Cuando la afluencia de forasteros, dice el Hermano Jerónimo, no le permitió ya entregarse a largas oraciones, el señor Cura tomó la costumbre de escoger por la mañana un tema de meditación y de referir a él todas las acciones del día»⁶⁸. «Una vez, cuenta el Rdo. Dufour, le pedí consejo sobre la manera de orar». «No tengo ya tiempo de hacer una oración bien regular, me respondió, pero desde el comienzo del día, me esfuerzo en unirme a Dios muy fuertemente y después voy haciendo mis obras pensando en dicha unión». De donde concluyo, añade el Rdo. Dufour, que la vida del párroco Vianney era una oración continuada»⁶⁹.

Iba siguiendo, durante todo el día, con una mirada del corazón, algunos de los actos de la vida de Cristo, de la Virgen o de sus santos predilectos. Sus preferencias eran para los misterios dolorosos, y casi siempre acompañaba a Cristo en sus diversos pasos hacia el Calvario. Para mejor acordarse, rogó a Catalina Lassagne que los anotase al margen de su breviario⁷⁰; y conforme iba rezando las horas, contemplaba una a una, con una compasión bañada en lágrimas, las escenas de la redención.

A veces, al pasar por entre la multitud, «parecía estar sólo; así de absorto andaba en piadosos pensamientos»⁷¹. En

⁶⁶ *Proceso apostólico continuativo*, p. 765.

⁶⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 237.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 547.

⁶⁹ *Proceso apostólico in genere*, p. 362.

⁷⁰ He aquí estos piadosos *mementos*, tal como los hemos transcrito del breviario del santo Cura. *En los maitines*, Jesucristo orando en el Huerto de los Olivos.—*En las laudes*, Jesucristo en la agonía suda sangre y agua.—*En prima*, Jesucristo coronado de espinas, azotado, hollado bajo los pies.—*En tercia*, Jesucristo condenado a muerte, llevando su cruz camino del calvario.—*En sexta*, Jesucristo crucificado.—*En vísperas*, Jesucristo es bajado de la cruz y puesto en brazos de su madre.—*En completas*, Jesucristo es sepultado. Dolor de María al alejarse.

⁷¹ Rdo. TOC ANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 295.

plena acción, continuaba siendo el contemplativo que hubiera deseado ser siempre. «La fe, decía, existe de verdad cuando uno habla a Dios de la misma manera que hablaría a un hombre». El realizaba plenamente esta idea tan profunda.

Poco a poco, los años y más aún las heroicas fatigas, arrugaron su rostro; pero su corazón no había envejecido. Este no conoció más que un tiempo; una perpetua primavera. El Cura de Ars lo dijo en frase poética y cadenciosa como un hermoso verso: «Siempre florece la primavera en el alma unida a Dios»⁷².

El sentimiento de la presencia divina provocaba en su espíritu verdaderos transportes de júbilo. «Cuando le veía con aquel aspecto de felicidad extraordinaria, cuenta ingenuamente Catalina Lassagne, le decía al Hermano Jerónimo: El señor cura tiene hoy mucho amor a Dios»⁷³. Tales suavidades no las deseaba por sí mismas: «Cuando no se siente consolación, decía, se sirve a Dios por Dios; cuando se siente hay peligro de servirle por uno mismo»⁷⁴. Sin embargo, estas íntimas dulzuras le ayudaban a vivir. Eran para él prendas de la amistad de su Dios y de sus adorables condescendencias. Sentía que una vez admitido a la familiaridad de su Maestro, podría conseguir de él más cosas. «Dios, decía, estaba tan unido a los santos que parecía hacer más la voluntad de éstos que la propia». Y cuando le hacían notar que Santa Filomena se lo alcanzaba todo y parecía obedecerle: «¡Qué tiene de particular, replicaba, si el mismo Dios me obedece en la misa!»⁷⁵.

No se crea que durante estas horas de santa alegría, el Cura de Ars perdiese un punto de su deliciosa sencillez. Nada de actitudes afectadas, nada de exclamaciones, nada de suspiros ni ímpetus de ninguna clase⁷⁶, sino una sonrisa inexplicable, celestial, que no olvidaron jamás los que la vieron resplandecer sus labios.

⁷² *Esprit du Cure d'Ars*, p. 48.

⁷³ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 121.

⁷⁴ *Ibid.*, *Proceso del Ordinario*, p. 237.

⁷⁵ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 765.

⁷⁶ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 839; Señorita DE BELVEY *Proceso del Ordinario*, p. 237.



Por este pasillo del patio de su casa el Cura de Ars se dirigía a la iglesia a la 1 de la madrugada, para comenzar su jornada confesando a los peregrinos hasta las 6,30 horas, momento en que se preparaba para celebrar la Misa a las 7. Una vez atravesada la puerta que se ve al fondo, tardaba no menos de un cuarto de hora en cruzar la estrecha calle que la separa de la iglesia, porque los peregrinos lo rodeaban apretujadamente

XVII. LAS ANSIAS DE SOLEDAD. GRAVE ENFERMEDAD Y «FUGA» DE 1843

La aprensión de «morir párroco».—Una dimisión siempre presentada y nunca admitida.—Una tentación sutil.—Soledad y apostolado, dos deseos en una misma alma.—Primera tentativa de huida.—Solo bajo un trabajo abrumador.—La grave enfermedad de mayo de 1843.—Desolación en la parroquia.—Entre la vida y la muerte.—La curación atribuida a Santa Filomena.—Necesidad de reposo y mayores deseos de soledad.—La huida del 12 de septiembre.—Ars sin peregrinos.—El éxodo hacia Dardilly.—El mensaje del Rdo. Raymond.—Regreso triunfal.

Al ver al Cura de Ars sonriente y solícito entre la turba de peregrinos, nadie, fuera de sus familiares, hubiera sospechado que «le perseguía sin cesar el deseo de la soledad»¹; y de momento, parecería del todo inverosímil esta afirmación de Catalina Lassagne: «Estuvo en la parroquia de Ars por espacio de cuarenta y un años, *siempre contra su voluntad*»². «Desde la edad de once años, decía él mismo confidencialmente un día (en 1843) al conde des Garets, alcalde de Ars, pido a Dios la gracia de poder vivir en la soledad, pero mis súplicas nunca han sido oídas»³.

Este deseo se lo había inspirado desde la infancia su gusto por la oración: había conocido desde joven que el silencio y el recogimiento favorecen los impulsos del alma

¹ Rdo BEAU, su confesor, *Proceso del Ordinario*, p 1191

² *Petit memoire*, tercera redaccion, p 80

³ *Carta* de la condesa des Garets a su padre el señor de Colombier, de 6 de junio de 1843

hacia Dios. Cuando llegó al sacerdocio, un nuevo motivo se añadió al antes citado. «Ignorante e incapaz como él se creía»⁴, ¿no había tentado al cielo con aceptar la cura de almas? «¡Ah, decía entre gemidos, no es el trabajo lo que cuesta; es la cuenta que hay que dar de la vida de párroco»⁵. Y, realmente, esta perspectiva le tuvo inquieto hasta los últimos momentos. En 1858 (tenía entonces setenta y dos años), durante una misión que el Rdo. Descôtes predicaba en su parroquia, se acercó con cierto aire de regocijo al predicador, cuando éste iba a salir de la sacristía para subir al púlpito. «¡Oh, le dijo, esta vez sí que nos convertirá! —En cuanto a usted, señor Cura, replicó el misionero, no hay que temer nada. Yo respondo de ello. —Ah, amigo mío, suspiró el Santo, tomando de repente una expresión grave, casi angustiada, usted no sabe lo que es pasar de una parroquia al tribunal de Dios»⁶.

El deseo de retiro, en «un pequeño pueblo donde pudiese llorar su pobre vida», le atormentó desde los primeros años de su vida de párroco, Catalina Lassagne recordaba haberle oído hablar de ello «dos años apenas después de su llegada a Ars»⁷. En 1827, le vimos ya hacer gestiones ante el prelado para solicitar un cambio. Sin duda que pasó muy malos ratos, y sufrió mucho a causa de las calumnias propaladas sobre su persona. Mas en el fondo, era otro el pensamiento que le asediaba. Quizá será admitido a revelar y a explicar a su obispo un secreto que le ahoga. Su excelencia le ofrece la parroquia de Fareins; él duda: su oculto deseo no ha sido atendido, y preferirá permanecer en su humilde aldea; tal vez quedándose en ella, tendrá mayores facilidades para conseguir su salida para la Trapa o la Cartuja.

En 1830, cuando las multitudes le envolvían, sus sentimientos eran los mismos, pero sus deseos eran mucho más intensos. Su vecino de Chaleins, el reverendo Mermod, acude a él para recibir consejos de vida perfecta. «Conviene no ser párroco durante toda la vida, le dice el Rdo. Vianney,

⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 80.

⁵ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 753.

⁶ Rdo. DESCOTES, *Proceso del Ordinario*, p. 1344.

⁷ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 19.

pues es necesario reservarse algún tiempo para prepararse a morir»⁸.

Veinticinco años después, el canónigo Camelet, superior de los misioneros de Pont-d'Ain, recibirá semejantes confidencias: «Yo no quisiera morir párroco, porque no conozco ningún santo que haya muerto en este cargo. Desearía poder disponer de dos años para llorar mi pobre vida... ¡Oh, me parece que entonces amaría de veras al buen Dios!»⁹.

De estos deseos y de estos gemidos llegaron alguna vez los ecos al obispo de Belley. Mons. Devie se hacía el sordo. Pero la persistencia del Cura de Ars en solicitar su *exeat* demuestra que no perdió la esperanza de ser escuchado. «Esta esperanza era para él una necesidad», dice la señora des Garets. Era cosa rara que se dirigiese a su obispo para exponerle un caso de conciencia sin que le dijese a la vez algo sobre su gran negocio. Es notable el siguiente pasaje de una carta escrita en 1851. En esta época Mons. Devie, a quien Roma acababa de dar por auxiliar a monseñor Chalandon, soñaba también con su propio retiro.

...Monseñor, puesto que sois tan dichoso que trabajáis para retiraros y no pensar más que en el cielo, os ruego me concedáis el favor de procurarme la misma dicha... Si os vais sin concedérmelo, me moriré de tristeza.

Que vuestro corazón, Monseñor, me perdone todas las molestias que os he causado... Tengo gran confianza en que Vuestra Excelencia me concederá esta gracia que le pido. Bien sabéis que no soy sino un pobre ignorante. Este es el parecer de todo el mundo.

Y firma humildemente: *Juan-María Vianney, pobre Cura de Ars*¹⁰. La carta no tuvo éxito. Monseñor Chalandon, ya obispo de Belley, recibirá más tarde esta petición apremiante.

Monseñor, voy debilitándome de día en día. He de pasar parte de la noche en una silla y he de levantarme tres o cuatro veces en

⁸ Mons. MERMOD, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 581.

⁹ Canónigo CAMELET, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1375.

¹⁰ Esta carta, la que vamos a citar y la mayor parte de las del reverendo Vianney, no llevan fecha en el original. Pero el contexto indica claramente la época aproximada.

una misma hora. Me desvanezco en el confesonario y me pierdo por espacio de dos o tres minutos...

A causa de mis achaques y de mis años, quiero decir adiós a Ars para siempre, Monseñor...

Esta vez firma: Vianney, *pobre y desgraciado sacerdote*.

Las mismas instancias se renovaban de viva voz en cada visita pastoral. Los días que la precedían «redoblaba sus mortificaciones»¹¹; oraba, «lloraba, gemía y ayunaba antes de formular su petición»¹². En cuanto aparecía el prelado revivía su esperanza tantas veces decepcionada. Un día, el señor Oriol le vio entrar en la sacristía rebosando de gozo. «Monseñor va a venir, le dijo al oído, Monseñor va a venir. Y voy a pedirle ¿usted sabe qué?...»¹³.

Monseñor iba, en efecto, a Ars y visitaba con frecuencia a su santo amigo¹⁴; pero el Rdo. Vianney continuaba de cura de Ars. Mons. Devie como Monseñor Chalandon, su sucesor inmediato, «se opusieron siempre enérgicamente a que se retirara». En cuanto a monseñor Langalerie, elevado a la sede de Belley en 1857, hubo de recibir más de una vez las mismas súplicas. Nunca, y es cosa que no deja de sorprender, el santo Cura se resignó del todo a morir en la brecha. Durante el último mes de su vida, todavía habla de retirarse. Oigamos a este propósito a Mons. Langalerie en la oración fúnebre del Cura de Ars pronunciada el mismo día de sus exequias:

¡Oh, Monseñor!, me decía apenas hace quince días, quisiera pedirnos que me dejárais partir algún tiempo para llorar los pecados de mi vida. —Pero, señor Cura, replicábale yo, las lágrimas de los pecadores que Dios le envía, valen tanto como las suyas. No me hable más así; de lo contrario, no volveré a visitarle. Y todas mis palabras de afecto y de aliento no parecían convencerle.

Un deseo tan vehemente de soledad no puede causar admiración en un hombre que pasó gustosamente toda su vida delante del sagrario. Sin embargo, si bien se examina la cosa, una tentación sutil, que el Santo acabó por adivinar,

se ocultaba bajo un deseo en apariencia muy legítimo. Así lo testifican la mayor parte de sus familiares.

El cura de Ars, declara el Rdo. Monnin, reconocía que había algo de intemperancia en este deseo y que el demonio se servía del mismo para tentarle. Procuró mortificarse y resistir, pero toda la vida tuvo que luchar contra estos impulsos...¹⁵.

El testimonio del señor des Garets, alcalde de Ars, es todavía más claro y más explícito:

Siempre vi al Rdo. Vianney deseoso de retirarse a la soledad. Este pensamiento me parece fundado en tres motivos: quería 1.º, declinar la responsabilidad de una parroquia; 2.º, buscar manera de llorar lo que él llamaba su *pobre vida*; 3.º, huir de tan continuas ocupaciones y procurarse algunos ratos de ocio para entregarse, según sus deseos, a la oración. He aquí los motivos que se representaba a sí mismo el bueno del señor párroco.

Pero más que otra cosa, estoy plenamente convencido de que en ello se ocultaba una verdadera tentación del demonio, de la cual, a pesar de caminar con tanta luz por las vías del Señor, no tenía completa conciencia. El demonio sabía, en efecto, todo el bien que el Cura de Ars hacía entre los peregrinos y el que podía hacer en adelante; tenía, pues, gran interés en apartar, bajo santos pretextos, al siervo de Dios¹⁶.

El Rdo. Vianney, añade por su parte el Hermano Atanasio, uno de sus principales confidentes, tuvo muchas penas interiores. Atormentóle con frecuencia el deseo de la soledad. Hablaba con frecuencia de ello. Era como una tentación que le asediaba durante el día y aún más por la noche. «Cuando no puedo dormir, me decía, mi espíritu viaja: estoy en la Trapa, en la Cartuja; busco un rincón donde llorar mi pobre vida y hacer penitencia por mis pecados»¹⁷.

De la propia manera, gemía en otros tiempos Catalina de Siena, la sembradora de milagros aclamada de las multitudes. «¿Por qué, Señor, decía suspirando, me convertís en juguete de todo el mundo? Todos vuestros siervos viven en paz entre los hombres, excepto yo»¹⁸. No mejor acontecía al

¹⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 1115.

¹⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 947-948.

¹⁷ *Ibid.*, p. 813.

¹⁸ B. Raimundo DE CAPUA, *Sainte Catherine de Sienne* (trad. Hugueny), Lethielleux 1903, p. 344.

¹¹ María FILLIAT, *Proceso del Ordinario*, p. 1304.

¹² Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 767.

¹³ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 723.

¹⁴ J. COGNAT, *Mons. Devie*, op. cit., t. II, p. 279.

pobre Cura; Dios no quería escucharle en este punto y él se daba perfecta cuenta.

Oíle decir en particular, cuenta Catalina Lasagne, estas palabras: «Dios me concede muy pronto lo que le pido, salvo cuando pido algo para mí. —Es que usted pide a Dios que le saque de Ars, le respondí, y esto Dios no lo quiere.» No me contestó nada¹⁹.

No era, en efecto, tan sólo tentación del demonio esta hambre, jamás saciada, de soledad y recogimiento; era también una prueba de Dios. Muy bien lo entendió el Rdo. Monnin cuando dijo: «Paréceme que hubo en ello un secreto designio de la Providencia: al sacrificar su gusto a la obediencia y su placer al deber, el Cura y de Ars tuvo ocasión de vencerse continuamente y de hollar bajo sus pies la propia voluntad»²⁰.

Por lo demás, el deseo de soledad era fuertemente combatido por el deseo de apostolado, y, por una permisión especial de Dios, su corazón anduvo siempre agitado por estos dos atractivos. Cierto que la responsabilidad de la cura de almas le aterraba. Un día que un seminarista de Lión se confesaba con él, le preguntó si había recibido ya las sagradas órdenes. «Sí, ya soy diácono, y no he de aguardar sino tres meses para ser sacerdote. —¡Oh, hijo mío, exclamó, no hables así!, ¡siempre es demasiado pronto cuando llega el sacerdocio!»²¹. Y, sin embargo, estaba convencido de que el sacerdocio es necesario a las almas y que «apacentar el rebaño de Cristo es obra de amor»²² por excelencia. Suspiraba por una tranquila soledad y, por otra parte, nunca estaba más contento que cuando las multitudes le rodeaban por todas partes. «Se hubiera habido de persuadir de una vez para siempre, dice la señora des Garets, de que estaba hecho para este ministerio: cuando no había tanta afluencia, parecía estar triste y hacía novenas para que viniesen las multitudes»²³. Y una vez llegaban, cuando se le aconse-

¹⁹ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 103.

²⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 1115.

²¹ *Annales d'Ars*, marzo de 1906, p. 362.

²² SAN AGUSTIN, *Tractatus CXXIII*, in *Joannem*; Sit amoris officium pascere Domini gregem.

²³ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 792.

jaba que se tomase algún descanso, replicaba: «¡Cuán mal estaría hacer aguardar a estas pobres gentes que vienen de tan lejos, y pasan las noches esperando turno para confesarse! Sería necesario que Dios me concediese la facultad que otorgó a ciertos santos de poder estar a la vez en muchas partes... Si ya tuviese un pie en el Cielo y me dijese que volviese a la tierra para trabajar en la conversión de un pecador, con gusto volvería. Y si para esto fuere menester estar aquí hasta el fin del mundo, levantarme a media noche y sufrir lo que ahora sufro, aceptaría de todo corazón»²⁴.

Un día, mientras explicaba el catecismo en la iglesia, exclamó: «¡Oh, si yo hubiese sabido lo que era ser sacerdote, muy presto me hubiera refugiado en la Trapa!» A lo que una voz salida de la multitud replicó: «¡Dios mío, qué desgracia hubiera sido esto!»²⁵. Este grito salido del corazón le sirvió a nuestro Santo de lección y de aliento.

* * *

Lo dicho no impidió que el Cura de Ars intentase en tres ocasiones dejar la parroquia. Hasta tal punto le punzaba su hambre de soledad. Creía ver en ello, aunque muy oscuramente, una voluntad imperativa de Dios opuesta a la de su prelado, cuyo consentimiento, a pesar de todo, siempre esperó conseguir.

Debe de colocarse hacia el año 1840 una primera fuga que pasó inadvertida, y sobre la cual el Cura de Ars hizo más tarde algunas confidencias. Salió de la casa parroquial en una noche muy oscura —tal vez a las dos de la madrugada—, y emprendió solo el camino de Villefranche ¿A dónde iba y qué pensaba en concreto? Nada dijo de ello. Anduvo poco trecho. Al llegar a la cruz de *Combes*, no lejos de la aldea de Ars, se puso a reflexionar: «¿Es la voluntad de Dios la que cumplo en estos momentos?... ¿La conversión de una sola alma no vale más que todas las oraciones que podría hacer en la soledad?» Y retrocedió lo andado.

²⁴ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 883.

²⁵ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1115.

Las almas que le aguardaban pudieron recuperarle en seguida. «La tentación de huir, añade el Rdo. Toccanier, de quien es esta relación, le había acometido de repente»²⁶.

* * *

El tentador —a quien sin duda podemos ver en este episodio— no se dio por vencido. Los achaques y enfermedades del santo varón le ofrecieron magníficas oportunidades de desquite.

En 1835, el Cura de Ars se resentía aún de sus «imprudencias de joven»; neuralgias faciales, atroces dolores de muelas, violentos dolores de vientre le recordaban, con harta frecuencia, que no se pasan impunemente las noches en una habitación de la planta baja y sobre las húmedas baldosas. Las cartas enviadas por el Cura de Ars a su médico lo testifican de sobra. Indudablemente, necesitaba de un auxiliar; de esta manera, hubiera podido algunas veces tomarse algún descanso. Pero, aparte del Rdo. Alejo Tailhades, de Montpellier, a quien tuvo como huésped y discípulo desde el invierno de 1839 hasta 1843, no le fue concedido ningún sacerdote²⁷. Mons. Devie, por carecer de personas disponibles, no podía hacer otra cosa más que exhortar a los curas del contorno a que socorriesen a su colega sobrecargado de trabajo. Así fue cómo, con gran desinterés, el Rdo. Degrognat, cura de Rancé, y el Rdo. Raymond, cura de Savigneux, le ayudaron en las diferentes funciones de su ministerio.

En 1843, el Cura de Ars creyó llegado su fin. —Ya muy fatigado, había escrito, hacía a lo más dos años, su primer testamento, en el cual «daba su cuerpo de pecado a la tierra y su pobre alma a las tres Personas de la Santísima Trini-

dad»²⁸. —Se había dado comienzo al *mes de María*. Hacía dieciséis años que el Santo predicaba en el devoto ejercicio. Solía empezar con una lectura, que en seguida comentaba, y «una vez lanzado, como dice Catalina Lassagne, hablaba bastante tiempo»²⁹. Por la noche del día 3 de mayo, comienza la lectura; una especie de ahogo le impide proseguir... Se arrodilla para rezar la oración y apenas puede articular palabra³⁰. Una fiebre violenta se ha apoderado de él. Corren todos a su lado y se lo llevan a una habitación vecina, donde es más fácil atenderle. El armazón de la cama donde había muerto el señor Balley era guardado allí como una reliquia. Lo arreglaron con el jergón del Rdo. Vianney, y acostaron al enfermo, que acababa de desmayarse.

El doctor Saunier, llamado a toda prisa, diagnosticó una pleuroneumonía. El conde des Garets, por su parte, corrió a la casa parroquial y, al ver a su pobre pastor tendido sobre aquel jergón duro como el puño, le ofreció un buen colchón. Después de mucha insistencia, el Santo les dejó hacer³¹. Era tiempo de estar en guardia: desde el día 6 de mayo —aquel día entraba el Cura de Ars en el año cincuenta y ocho de su edad— el doctor juzgaba la situación desesperada. Tal era la simpatía de que gozaba el Cura de Ars, que otros tres médicos acudieron al llamamiento del doctor Saunier. Tuvo lugar una consulta, en la cual se decidió que se evitase el hacer hablar al venerable enfermo. Convenía, ante todo, ahorrarle toda emoción, pues el corazón latía con extremada dificultad.

El Cura de Ars no había perdido su presencia de ánimo. De ello dio pruebas en aquellas horas. Al ver a toda la Facultad junto a su cama, dijo, riendo: «Sostengo en este momento un gran combate.

—¿Contra quién, señor Cura?

—Contra cuatro médicos. ¡Si llega otro, me doy por muerto!»³².

²⁶ Notas manuscritas, p. 39

²⁷ El 10 de enero de 1834, la Municipalidad envió esta suplica a Mons. Devie *Considerando que el municipio de Ars es visitado diariamente por numerosos peregrinos que se dirigen al parroco de este municipio y le absorben todo su tiempo, que la salud de este respetable cura es agotada por un trabajo continuo para el cual no se basta, suplica que sea nombrado un vicario para el municipio de Ars y se compromete, caso que los recursos de fabrica no basten, a completar lo que sea menester para el sostenimiento de un vicario*

²⁸ Testamento de 2 de diciembre de 1841

²⁹ *Petit memoire*, tercera redacción p. 45

³⁰ *Ibid* segunda redacción, p. 28

³¹ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 382

³² Carta de la señora DES GARETS a la familia Colombier, 14 de mayo de 1843

Esta ocurrencia chistosa no ha de hacernos olvidar que, durante toda esta enfermedad, el Cura de Ars tembló al pensar en los juicios de Dios. «Quisiera vivir más, decía al señor des Garets, el cual, mientras su pastor estuvo en peligro, pasó los días y durmió en la casa parroquial, quisiera vivir para llorar mis pecados y hacer algún bien»³³. Tuvo noches muy agitadas, y con horribles pesadillas. «Parecíame oír, decía una mañana, los gritos de triunfo lanzados por los demonios: Ya lo tenemos, ya lo tenemos, clamaban; ¡ya es nuestro!»³⁴.

La tentación, empero, no llegó a tal punto que le hiciese perder la paciencia y la confianza en Dios. «No se quejaba nunca, dice Juan Pertinand, el maestro, que se había constituido en su enfermero; aceptó por obediencia todos los medicamentos³⁵, y endulzó sus penas con la sumisión más rendida a la divina voluntad, que él sabía ver en todas partes»³⁶.

Durante aquellos días hubiérase dicho que en Ars «había un muerto en cada casa»³⁷. Los forasteros andaban errantes por los alrededores de la iglesia como un rebaño sin pastor; había allí más de dos o trescientos que no se habían podido confesar y se negaban a hacerlo con el bueno del señor Lacôte, cura de Saint-Jean-Vieux, encargado interinamente de la parroquia de Ars³⁸. «Es necesario, les decían, que se confiesen con el sacerdote que ha venido a suplir al señor Cura. —No tengo valor para volver a empezar desde el principio, respondía una señora a quien el señor Renard daba este consejo. Permítame usted que vaya a ponerme de rodillas sobre los ladrillos de su cuarto, para que me vea y me dé su bendición; esto comunicará un poco de paz a mi alma»³⁹. A falta de otras cosas, hacían llevar a la cabecera

³³ Conde Prospero DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 952

³⁴ Rdo CARRIER cura de Mizerieux, *Proceso del Ordinario*, p. 1405

³⁵ El 13 de mayo, el medico le prescribió caldo de pollo. Fue menester la intervención del señor Dubouis, para que aceptara. El señor Dubouis «tuvo que ponerse serio y el tomo la sopa sin replicar» (Condesa DES GARETS, *carta* de 14 de mayo de 1843)

³⁶ *Proceso apostolico ne pereant*, p. 867

³⁷ De una *carta* del Rdo Renard, Ars, 1843

³⁸ El Rdo Lacôte, nacido en Ars el 2 de febrero de 1808 y de quien se habla en un cuestionario de 1829, estaba muy delicado de salud. Murio en el seno de su familia, el 19 de marzo de 1848, a los cuarenta años de edad

³⁹ *Carta* sin fecha del Rdo Juan-Francisco Renard, entonces cura de Corlier

del moribundo — todos estaban persuadidos de su próximo fin— cestos llenos de medallas, de rosarios, cruces y estampas. El Cura de Ars levantaba su mano, en actitud de bendecir, sobre todos aquellos amados recuerdos. «Yo no sé, escribía la condesa des Garets, si todos los obispos de Francia juntos echan tantas bendiciones»⁴⁰.

No quedaba otro recurso que una intervención extraordinaria del Cielo; por esto, la multitud, que había desaparecido del confesonario, se postraba ante el altar de Santa Filomena, donde ardían numerosos cirios. Los sacerdotes comenzaron una novena de misas... A pesar de todo, «la iglesia sin él parecía desierta!»⁴¹.

En el 11 de mayo por la tarde pareció inminente la agonía. Siete sacerdotes se habían reunido en la habitación del enfermo. No había lugar a duda; se decidió administrar al Cura de Ars los últimos sacramentos. Sólo que su confesor, el señor Valentín, cura de Jassans, creyó mejor dejar que los feligreses y los peregrinos no se enterasen de la ceremonia que se preparaba. «Sí, sí!, que toquen, dijo el moribundo; un cura tiene mucha necesidad de que rueguen por él»⁴². La campana sonó, e inmediatamente la escalera de la casa parroquial y el pequeño patio quedaron inundados...

«¿Creéis en todas las verdades que la Iglesia nos enseña?», le preguntó con voz temblorosa su compañero el cura de Jassans. «Jamás he dudado», respondió el Santo⁴³. Y recibió los últimos sacramentos con una expresión de fe que impresionó vivamente a cuantos lo presenciaron⁴⁴. Una vez salidos los asistentes al acto, y a solas con el Rdo. Dubouis, cura de Fareins, «se consagró a Santa Filomena, prometió hacer celebrar cien misas en su honor y mandó que hiciesen arder una gran vela ante su imagen»⁴⁵.

Después, casi de repente, pareció entrar en período comatoso. Todos se arrodillaron en torno de su cama. El doctor Saunier estaba de pie junto a él, convencido de que

⁴⁰ *Carta* de 14 de mayo de 1843

⁴¹ *Carta* de la señora des Garets, de 10 de mayo de 1843

⁴² Juana-Maria CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 683

⁴³ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostolico in genere*, p. 112

⁴⁴ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 950

⁴⁵ Rdo RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 290

aquello se acababa. El, sin embargo, con los ojos ya cerrados, oía la sentencia del médico: «Mi pobre prima —contaba algunos meses más tarde a Margarita Humbert, de Dardilly—, cuando estaba ya en lo más extremo y acababan de administrarme la Extremaunción, el médico me decía tomándome el pulso: «No tiene sino treinta o cuarenta minutos de vida.» Y yo pensaba: «¡Dios mío, será menester que me presente a vos con las manos vacías!» Me dirigía a la Santísima Virgen y a Santa Filomena, y les decía: «¡Ah, si todavía puedo ser útil para la salvación de algunas almas! «Mi buena prima, añadía, cuando te encuentres al lado de un moribundo, lee en voz alta, pues los enfermos oyen, aun cuando parezca que hayan perdido el conocimiento»⁴⁶.

Apenas el Cura de Ars había pronunciado en el fondo de su corazón las invocaciones a María y a su «querida santita», cuando se sintió mejor. Abrió los ojos y recobró la palabra. «Disfrutó entonces de sosiego por espacio de tres horas, durante las cuales viósele inmóvil, con las manos juntas y orando con angelical fervor. Desgraciadamente, la fiebre le volvió a acometer con violencia»⁴⁷. El médico no se atrevió a pronunciarse en sentido favorable y creyó tan solo que duraría algunas horas más. Se decidió, sin embargo, que si el moribundo pasaba la noche, el Rdo. Dubouis celebraría en el altar de Santa Filomena la primera de las misas prometidas por el Cura de Ars.

El día 12 de mayo, al rayar el alba, el enfermo todavía respiraba. Ante esta noticia, la iglesia se llenó hasta rebotar, y comenzó la misa prometida. Nunca se elevaron hacia el cielo en Ars oraciones más fervientes. Durante aquella hora el maestro de escuela velaba a la cabecera del enfermo. El Cura de Ars, agitado por una fiebre terrible, parecía presa de una gran ansiedad. Pertinand se disponía a recibir su último suspiro, cuando de súbito se tranquilizó, serenado, según se dijo, por una visión que contemplaba y que le

tenía arrobado. Y apenas había terminado la misa, cuando exclamó: «Amigo mío, acaba de producirse en mí un gran cambio... ¡Estoy curado!» «Durante el tiempo en que me pareció estar en éxtasis, pronunciaba muchas veces el nombre de Filomena...» «Fue creencia común que su «querida santita» se le había aparecido»⁴⁸. Al menos él le atribuyó su curación inesperada. En efecto, recobró las fuerzas «con una prontitud que los médicos calificaron de maravillosa. —Decid *milagrosa*, replicaba él»⁴⁹.

Finalmente, pasados dieciséis días, que se hicieron interminables, volvió a contemplar la iglesia y el sagrario. Apoyado en el brazo de su fiel Pertinand, pudo, el sábado día 20 de mayo, celebrar otra vez misa. Hubo de hacerlo a las dos de la madrugada, pues estaba demasiado débil para pasar mucho tiempo sin tomar nada. «A pesar de ser tan de mañana, refiere la señora des Garets, toda la parroquia se reunió en la iglesia. Eligió para celebrar el altar de la Santísima Virgen, según era su costumbre todos los sábados. Hubiera querido ver en aquella capilla a todos cuantos amo. El rostro del santo Cura había tomado una expresión indecible... ¡Qué inolvidables recuerdos! Parecíame asistir a una misa de las catacumbas»⁵⁰.

El Cura de Ars creía avanzar muy de prisa en la convalecencia. A pesar de ello, el médico le prohibió reanudar sus trabajos antes de que estuviese del todo restablecido. Obedeció, pero ¡a costa de qué sacrificio! «Cada vez que iba a la iglesia lanzaba hacia el confesonario una mirada ansiosa... y su más vivo deseo era el de recobrar pronto sus energías»⁵¹.

* * *

Entretanto, una cierta ansiedad comenzaba a dejarse sentir en Ars. Con fecha 17 de mayo, la condesa des Garets escribía a su madre:

⁴⁶ Margarita HUMBERT, *Proceso del Ordinario*, p. 1325.

⁴⁷ Carta del Conde des Garets al señor Guillemín, vicario general de Belley. Este había escrito al alcalde de parte de Mons. Devie, pidiendo reliquias, en «caso de muerte».

⁴⁸ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1159.

⁴⁹ Condesa DES GARETS, carta del 17 de mayo de 1843.

⁵⁰ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 900.

⁵¹ Condesa DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 297; *Proceso del Ordinario*, p. 792; carta de 17 de mayo de 1843.

Pero, ¿qué quiere hacer de esta vida cuya prolongación ha implorado?, ¿qué quiere hacer de estas fuerzas cuya recuperación ha deseado con tanto ardor? Esto es lo que unos a otros nos preguntamos... Tememos perder por el alejamiento aquel a quien el cielo ha conservado en la tierra, y sentimos turbado el gozo de su curación por tan penosas aprensiones.

Diez días más tarde no había ya lugar a duda. El señor des Garets fue a visitar al Santo, convaleciente. Lo encontró en su cuarto, apoyado sobre la cama y derramando copiosas lágrimas. «Pero, ¿qué le pasa a usted?, le preguntó el señor alcalde. ¡Oh!, respondió el Cura de Ars, nadie sabe las lágrimas que han caído sobre este lecho, después de once años que voy en pos de la soledad...» Y acabó diciendo entre sollozos: «¡Siempre me ha sido negada!»⁵².

Tememos mucho, muchísimo, escribía la castellana después del relato de esta visita, que nuestro santo Cura se nos escape y que tengamos que llorarlo vivo, después de haber saludado con tanto júbilo su resurrección. No nos podemos engañar, el santo varón cree que ha llegado el término de su trabajo. Había dicho: «Iré adelante hasta que sucumba.» Y ha sucumbido... Si ha pedido más vida ha sido para prepararse para la muerte en el silencio y en la soledad. La vida le ha sido otorgada y le parece que, con su curación, el cielo le ha devuelto la libertad; he aquí lo que piensa, he aquí a lo que aspira.. Nos decía que estábamos demasiado envanecidos de nuestro Cura, y que Dios castigaría nuestra arrogancia. De verdad que tenían razón...⁵³.

Las semanas pasaban. La amenaza estaba suspendida, pues el Cura de Ars no hacía ningún preparativo de marcha. Decidido a irse algún día, procuraba recogerse y recuperar las fuerzas. Naturalmente, había quitado de su cama el colchón, que en adelante ya juzgaba innecesario; en cuanto el médico se lo permitió, volvió al confesonario a la una de la madrugada. El bueno de Pertinand creyó necesario salirle al paso. «Amigo Juan, le replicó, cuando yo estaba enfermo, hacía la voluntad de Dios y obedecía; ahora es usted quien ha de obedecer: ¡vaya presto a

⁵² Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p 894

⁵³ *Ibid*, carta del 27 de mayo de 1843

acostarse!»⁵⁴. El doctor creyó ser deber suyo cerrar los ojos ante tales imprudencias, pero los penitentes del Santo se lo agradecieron infinito. Sin embargo, el señor Saunier se mostró inexorable en un punto: en la cuestión del régimen de vida. Hasta su completo restablecimiento, el Cura de Ars había de hacer dos comidas al día: comer un poco de carne en la primera y beber —¡oh escándalo!— «cada vez, la cuarta parte de un vaso de vino de Burdeos»⁵⁵. El Santo tenía remordimientos, pero a la autoridad del médico juntose la de monseñor Devie y, quieras que no, hubo de pasar por ello. Lamentábase de forma que los que le rodeaban no podían menos de sonreír: «¡Me he convertido en un glotón!...»⁵⁶ Alcanzo menos gracias que antes...⁵⁷. No me hallo tan tranquilo cuando voy a confesarme!...»⁵⁸.

El pobre Santo seguía estando tan macilento y tan flaco como antes. Tenía cincuenta y cuatro años, y su aspecto era el de un verdadero anciano. En 27 de agosto de este mismo año, el Rdo. Faivre, de la diócesis de Saint-Claude, tuvo ocasión de visitar a nuestro asceta. «Su vida mortificada y penitente, dice, me pareció tal, que sabiendo, como misionero que soy, lo que es pasar los días confesando, predicando y explicando el catecismo, no le di, humanamente hablando, tres meses de vida»⁵⁹.

Los médicos no eran menos pesimistas. Consideraban urgente que el Cura de Ars cambiase de aires⁶⁰ y —cosa que no se atrevían a decirle— que dejase del todo el confesonario. Mons. Devie, por su parte, le escribió autorizándole para tomar algún descanso⁶¹: además, ¿no tenía facultad para ausentarse quince días cada año, sin necesidad del permiso especial del obispo, con tal que se procurase un sustituto? El Rdo. Raymond, su colega de Savigneux, pasaba entonces más tiempo en Ars que en su parroquia: era, pues, el susti-

⁵⁴ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p 377

⁵⁵ Rdo RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p 325, *Vida* manuscrita, pagina 89

⁵⁶ Rdo TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p 162

⁵⁷ Hipolito PAGES, *Proceso del Ordinario*, p 438

⁵⁸ Rdo DUBOUIS, *Proceso del Ordinario* p 1254

⁵⁹ *Proceso del Ordinario*, p 1495

⁶⁰ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostolico ne pereant*, p 407

⁶¹ Rdo MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p 1059

tuto más indicado... El Cura de Ars, siempre fluctuante e indeciso en este punto, a pesar de ser tan decidido y resuelto en los demás, deseaba vivamente sustraerse durante unas semanas a las multitudes de peregrinos que le asediaban⁶²; pero bajo este deseo, tan legítimo, se ocultaba la tentación: una vez fuera, se iría a una soledad para no volver más. Por lo que pudiera ser, el Cura de Ars escribió a su hermano Francisco que le preparara una habitación en su querida casa solariega de Dardilly⁶³.

Finalmente, el 2 de septiembre confió sus proyectos al Rdo. Raymond. El cura de Savigneux no opuso grandes reparos: ¿no aspiraba tal vez en su interior a ser cura de Ars? Prometió llevar al señor obispo, cuando le fuese posible, una carta que escribió el Párroco. En ella pedía a su prelado que concediese al «pobre Cura de Ars» un cargo que «le iría bien»: el cuidado de la capilla de los *Mínimos* de Montmerle, donde solamente tendría que decir misa⁶⁴. Y la noche del 11 al 12 de septiembre se fue⁶⁵.

Pero sucedió que no pudo prescindir de dar su adiós a su querida y llorada *Providencia*. Esto lo echó todo a perder. Antes de las diez de la noche —por supuesto que Catalina y las demás habían prometido guardar secreto—, toda la parroquia, enterada de lo que iba a ocurrir, estaba alerta y había gente apostada junto a la casa parroquial... Poco después de la una, se oye el ruido de alguien que se cuela a través de la cerca del huerto. Es el señor Cura. Lleva el bre-

⁶² Rdo RAYMOND, *Proceso apostolico ne pereant*, p 519

⁶³ Catalina LASSAGNE, *Petit memoire*, tercera redaccion, p 18

⁶⁴ Montmerle es un pueblo de 1 500 almas situado en la ribera izquierda del Saona, a doce kilometros al noroeste de Ars. Era un pequeño centro celebre por la llamada feria de la *Nauvidad*, que duraba del 15 de agosto al 30 de septiembre. Vendíase de todo, y acudían de toda la region. Desde 1870, esta feria ha ido perdiendo importancia y ha llegado a ser como todas las demas. Pero cuando era floreciente, se celebraba una misa cada dia con gran asistencia de fieles en la capilla de la Virgen de los Mínimos. últimos vestigios de una peregrinacion muy concurrida en otros tiempos. ¿Deseaba el cura de Ars resucitar aquella romeria? No es probable. Su deseo era el de encontrar en Montmerle mas soledad y mas recogimiento que en Ars.

⁶⁵ En esta relacion seguimos los testimonios de Juan PERTINAND, que acompaño al Cura de Ars en su huida (*Proceso apostolico ne pereant*, p 840-841; *Proceso del Ordinario*, 376) del señor DES GARETS, alcalde (*Proceso del Ordinario*, p 947-949) y del hotelero Francisco PERTINAND, (*Proceso apostolico ne pereant*, p 808-809), que hicieron, para ver al santo Cura, un viaje a Dardilly, del Rdo RAYMOND, que fue a buscarle para conducirlo de nuevo a su parroquia (*Proceso del Ordinario*, p 1432-1436), de Catalina LASSAGNE, que cuenta el regreso del Cura de Ars a su aldea (*Petit memoire*, tercera redaccion, p 20-21)

viario bajo el brazo y un pequeño hatillo en la mano. Algunas personas intentan detenerle y le presentan algunos objetos para que los bendiga. Todo inútil. El Cura de Ars acelera el paso. Baja hacia la pasarela de Fontblin, y desaparece en la oscuridad de la noche. Lllaman a Juan Pertinand, el maestro, para que corra a juntársele y, en efecto, logra darle alcance a cierta distancia del pueblo «donde se había extraviado por entre los campos».

«Señor Cura, le dijo, ¿por qué nos deja de esta manera?

—Ea, no perdamos tiempo, replicó el fugitivo. He escrito al señor obispo pidiéndole permiso para retirarme; esperaré la respuesta en Dardilly... Iré a celebrar misa a Fourvière para mejor conocer la voluntad de Dios... Si Monseñor consiente en ello, mis deseos se verán cumplidos; si quiere que vuelva, volveré... Por lo demás, la parroquia no recibe ningún daño, pues he provisto a todo.»

El Cura de Ars y Juan Pertinand se alejaron en dirección a Dardilly. De repente, el fugitivo se detiene. Durante su larga reclusión en el confesonario, los caminos habían sido rectificadas y ya no los conocía. «¡Amigo Juan, dijo con cierta viveza, usted me engaña!» El joven fácilmente le convenció de que no era cierto. Los dos viajeros siguieron su camino orando y conversando. «Durante las siete horas que duró el camino, rezamos diez veces el rosario», contaba Juan Pertinand.

Al llegar a Trevoux, todavía muy de madrugada, el Cura de Ars, por caridad, no quiso despertar al guardián del puente, que dormía⁶⁶. En Neuville, donde nuestros peatones, ya fatigados, atravesaron el Saona, el Santo, que había partido sin dinero, ofreció a su compañero, tan bien provisto como él, pagarle el desayuno. Para ello, hablaba de empuñar su reloj; el maestro se negó rotundamente a aceptar. Igual propuesta hizo al pontonero de Neuville, que le respondió: «Ya pagará usted otra vez.»

Finalmente, el Cura de Ars franqueó el umbral de su casa solariega. Pero estaba tan rendido, que, en cuanto llegó, tuvo que echarse en la cama. Cuando Juan Pertinand hubo

⁶⁶ Este acto de delicadeza, el cual demuestra el buen corazón del Santo, le obligó a bordear la ribera izquierda del Saona y a dar un rodeo de varios kilometros

asimismo descansado: «Vuélvase usted, le dijo el Cura de Ars, y el viernes de la semana próxima venga a buscarme; el sábado, subiremos juntos a Fourvière; ¡después, ya veremos!»

Las previsiones del santo varón no se realizaron...

Por la mañana del día 12 de septiembre no se veían en Ars sino rostros consternados. Se daba como cierto que el señor Cura había entrado en la Cartuja, y para siempre... Y con él, toda la vida, toda la alegría, todo el aliento había desaparecido del pueblo. Dos días después de su partida, escribía la señora des Garets:

La escuela de niñas (la *Providencia*) resonaba de suspiros y sollozos: la mitad por lo menos se han dispersado con desolación. La multitud de peregrinos se ha deshecho. La iglesia está casi desierta. De tarde en tarde, algunos pobres muchachos acuden a rezar delante de un cirio encendido. No puedo expresar la tristeza que oprime el corazón ante un cambio tan completo. Es un verdadero paso de la vida a la muerte...

Teníamos un capítulo de la *Vida de los Santos* ante nuestros ojos cada día. Ahora, ya ha pasado página...

Y el Rdo. Raymond, aunque conservaba el título de párroco de Savigneux, seguía en Ars. El, que había soñado en dirigir las peregrinaciones, tuvo que aprender bien la lección: la presencia del Rdo. Vianney en Ars era la única causa de aquel movimiento. Efectivamente, desde que los peregrinos tuvieron noticia del lugar donde se había retirado el Santo, «Ars dejó de ser Ars».

El jueves, día 14, Juan Pertinand estaba de vuelta, y el conde des Garets, enterado por él de cuanto había ocurrido, se apresuró a marchar a Dardilly. Francisco Vianney, recurriendo a un subterfugio, manifestó que su hermano se había ido sin decirle a dónde. El alcalde de Ars hubo de contentarse con escribirle unas palabras:

No decida usted nada todavía. Tiene usted necesidad de reposo; yo lo sé mejor que nadie. Quédese en casa de su hermano todo el tiempo que sea necesario; pero no se olvide de su pobre parroquia de Ars... Piense en todas las almas santas que usted guía por el camino del cielo, en todas aquellas que viven apartadas de él, y que usted las reducirá. Piense en la *Providencia*, de la cual es alma y

sostén, y que sin usted no puede vivir. Piense, en fin, en el bien de la religión, y en que Dios le ha llamado para sostenerla y glorificarla.

Mientras el señor de Garets trazaba estas emocionantes líneas, el Cura de Ars, ignorante de su llegada, estaba en oración en un cuarto situado encima de la sala donde aquél escribía. Avisado después de la partida del alcalde, leyó y releyó su carta, que le impresionó. Entretanto, iban llegando otras misivas: una de Catalina Lassagne, portadora de malas noticias: no quedaban en la *Providencia* sino quince niñas; el Rdo. Raymond había visto a Monseñor, quien había asegurado que jamás permitiría que el Cura de Ars saliese de la diócesis de Belley. Otra era de un tabernero establecido en Ars contra la voluntad del Rdo. Vianney:

Monseñor, le escribía este hombre, herido en lo vivo, pues sus negocios ya no marchaban bien, me apresuro a rogarle que no nos abandone. Usted sabe que siempre he dicho, y lo repito ahora desde el fondo de mi corazón: si algo hay en mi casa que no sea conveniente, me someto enteramente a su voluntad.

Pero, ¡cuál no fue su estupor y su embarazo, cuando durante el viernes vio llegar a Dardilly los peregrinos de Ars! El reguero de hormigas había encontrado su camino. ¿Qué hacer? ¿Despedirles? No pensó en ello ni un momento: habiendo recibido facultades del Arzobispo de Lión, se metió en el confesonario de su iglesia natal. La sopa le aguardaba inútilmente en un rincón de la cocina. A cada momento, los forasteros llamaban a la puerta de su hermano. «Si continúa aquí, decía Francisco, me veré obligado a pedir socorro; ya no soy dueño de mi casa.»

Por la tarde del sábado 16 de septiembre, el hostelero de Ars, Francisco Pertinand, hermano del maestro, arrastraba en pos de sí hacia Dardilly a veintitrés jóvenes de la parroquia. Se presentaron muy de mañana ante la granja de los Vianney, pero los parientes del Santo se negaron a abrirles. De pronto, resonó una voz suave, que conocían muy bien. El querido pastor se había asomado a la ventana y los llamaba. Levantado ya desde las dos, les hizo entrar en su habitación, rezó con ellos el rosario y después los llevó consi-

go a la iglesia, donde oyeron misa. El Rdo. Vianney les instó mucho para que tomaran con él el desayuno, pero ellos no aceptaron por discreción. Por la noche del domingo al lunes, emprendieron el regreso. «El martes, les dijo el Rdo. Vianney, oiréis todos misa en vuestra iglesia; yo la diré en Fourvière la misma mañana, para conocer la voluntad de Dios: rogad por mí.»

La voluntad de Dios se manifestó de muy diversa manera. Por la tarde del mismo sábado, Dardilly recibió a un viajero que llevaba un encargo oficial de parte del obispo de Belley. Era el Rdo. Raymond quien, para no suscitar sospecha alguna, se presentó a las ocho en la casa parroquial. Fue recibido con mucha frialdad: no había duda que aquel sacerdote, que se decía enviado de su obispo, no tenía otra misión que llevarse al Rdo. Vianney. Después que le fueron hechas algunas preguntas, el Rdo. Raymond, con la esperanza de sosegar al párroco, se le ofreció para officiar en la misa mayor del día siguiente. El cura de Dardilly no puso dificultad, y se convino en que el mensajero del prelado hablaría con el Rdo. Vianney después de la misa.

Así, en efecto, acaecieron las cosas. El Santo asistió a la misa mayor y después llevó al Rdo. Raymond a casa de su hermano Francisco, que estaba muy cerca de la iglesia. ¡La respuesta de Mons. Devie!... Estaba impaciente por conocerla. Leyó la carta que había sido entregada al Rdo. Raymond, y la decepción se pintó por un momento en su rostro, si bien no hizo ningún comentario en pro ni en contra⁶⁷.

⁶⁷ No ha sido posible encontrar la carta enviada directamente al Cura de Ars por su obispo. Mas he aquí la que Mons. Devie escribió al alcalde de Ars, conde des Garets

Bourg 13 de septiembre de 1843

Señor

Cuando recibí la carta de su santo Cura, llevo asimismo a mis manos la que usted se digno dirigirme. Entrego al señor cura de Savigneux las respuestas para ambos.

Digo al bueno del señor Cura que mi deseo es que se quede en Ars a pesar de los motivos que pueda tener para irse a otra parte, espero que se rendirá a mis razones.

Sin embargo para no contrariarle demasiado, le he indicado otros dos destinos en que podría colocarle. Hace algunos años que, con ocasión de manifestarme iguales deseos, le aparte de su propósito de marcharse de Ars. Confío que obtendrá el mismo resultado. Los ruegos de usted, los de los feligreses y los de los curas vecinos contribuirán a que permanezca entre ustedes. Pero en todo caso, esta ya persuadido de que no he de permitirle nunca salir de la diócesis de Belley. Pareceríame que pierdo un tesoro.

Suyo humilde servidor,

Alejandro Ramon, obispo de Belley

Una vez que hubo salido el Rdo. Raymond, bajó de su habitación para calmar a su hermano Francisco: éste, rodeado de feligreses de Ars que iban llegando sin cesar, «se quejaba amargamente de su importunidad para con el Cura».

El Rdo. Raymond desayunó en la casa parroquial. «Le ruego, dijo el párroco, que se marche usted de Dardilly cuanto antes: se sabe ya el motivo de su venida; deje usted tranquilo al Rdo. Vianney; de lo contrario, le jugarán una mala pasada.» Pero el delegado episcopal se mantuvo firme: estaba resuelto entonces a llevar de nuevo al cura de Ars hasta el lugar de sus ovejas, pues el conde des Garets le había dado a entender de sobra, en una entrevista celebrada antes del viaje, que en vano ambicionaba la sucesión del Cura de Ars. El Rdo. Raymond asistió a las vísperas presididas por el Santo. Después de la bendición con el Santísimo Sacramento, el cura de Dardilly la emprendió otra vez con el pobre cura de Savigneux: «Muchas personas de Dardilly, dijo al Cura de Ars, le miran con malos ojos.» El Santo contestó: «No tenga usted pena por el Rdo. Raymond: es un buen caballo de combate y no teme el ruido.»

La decisión del Cura de Ars estaba ya tomada: el prelado le ofrecía la capellanía de Nuestra Señora de Beaumont, rogándole empero que siguiese reflexionando... Iría, pues, a Beaumont y la Virgen que allí se venera le inspiraría la resolución definitiva. Mas, ¿cómo burlar la vigilancia de las gentes de Dardilly, que habían ya montado guardia alrededor de la casa de los Vianney?

Precisamente por la tarde de aquel domingo, cuando el Rdo. Vianney se disponía a descansar por última vez bajo el techo de la casa solariega, una delegación de notables del pueblo apareció en el patio. El Santo hubo de bajar para oír sus ruegos. «Descanse usted aquí, le dijeron aquellas buenas gentes; nosotros nos encargaremos de obtener las autorizaciones necesarias.» Su ilustre compatriota se limitó a contestarles amablemente: «Amigos míos, si ustedes logran conseguirlo, yo no deseo cosa mejor.» Y se volvieron contentos.

¡Pobres habitantes de Dardilly! Hasta el alba hubieran permanecido allí, si hubiesen sabido lo que se estaba tra-

mando. Un plan de fuga se había concertado entre el Cura de Ars y el Rdo. Raymond. Antes de la noche, el Rdo. Raymond salió de Dardilly, so pretexto de llevar al obispo la respuesta del Cura de Ars, pero en realidad para detenerse en Albigny, cuyo párroco, el Rdo. Martín, era uno de sus más íntimos amigos. El cura de Ars acudiría presto a juntarse. Francisco Vianney estaba en el secreto. Tantas eran las visitas que desde hacía dos o tres días le asediaban que, con gusto, favorecía aquellos planes de «evasión».

El lunes, día 18 de septiembre, después de haberse levantado muy de madrugada, los dos hermanos emprendieron, por entre las tinieblas, el camino de Albigny. El Santo iba a la grupa sobre el caballo de la granja, que Francisco conducía; mas, al acercarse a Albigny, dijo Juan-María: «Ya continuaré el viaje a pie.» Dejó la cabalgadura, se despidió de su hermano y entró solo en el lugar. Su primera impresión fue muy penosa. El día anterior se había celebrado una fiesta, y al rayar el alba del lunes todavía bailaban... El Cura de Ars encontró al Rdo. Raymond, celebró misa, y mostró grandes ansias de continuar el viaje.

Beaumont, perdido entre los estanques de Dombes, a unos cincuenta kilómetros de Dardilly, no era de fácil acceso. El Rdo. Raymond confiaba que, después de haber atravesado el Saona en Neuville, encontraría un coche. No había nada disponible. Nuestros dos viajeros hubieron de andar a pie cinco leguas⁶⁸, hasta Saint-Marcel, cuyo alcalde, al verles, reconoció al Cura de Ars. Quieras que no, fue necesario detenerse para descansar un poco... Mas, he aquí que al tenerse noticia de la llegada del Santo, la iglesia de Saint-Marcel se llenó de fieles. El Cura de Ars subió al púlpito. «Predicóles sobre el desasimiento de las cosas de este mundo, sobre la brevedad de la vida y la felicidad del cielo...» Al fin, se les ofreció un cochero, y al caer de la tarde llegaban a Marlieux, de cuya parroquia dependía la capilla de Beaumont.

Nuestra Señora de Beaumont —rústico santuario cuyos

⁶⁸ Los dos viajeros no iban desprovistos de víveres. En Neuville-sur-Saône, María Ricotier, de Ars, les encontró y cuidó de proveerles.

dilatados horizontes se abrían sobre una inmensidad de marismas— era lugar de peregrinaciones. Según las tradiciones locales, la Virgen que allí se veneraba, al ser invocada por los padres desolados, había resucitado a muchos niños muertos antes del bautismo, y les había conservado la vida el tiempo necesario para poder recibir el sacramento que es llave del paraíso. El martes por la mañana, el cura de Marlieux acompañaba hasta la antigua capilla a sus dos huéspedes de la noche. «El Cura de Ars, cuenta el Rdo. Raymond, fue el primero en celebrar misa, a fin de implorar, según decía, las luces del Espíritu Santo. «¿Qué ha decidido usted?, le pregunté, cuando hubo terminado. —Todavía nada; continuaré mi oración mientras ayude la misa de usted.» Cuando volví a la sacristía, antes de que yo me quitase los ornamentos, me dijo: «Dios no me quiere aquí. —¿A dónde, pues, quiere ir? —Volvamos a Ars.»

Sin demora, el Rdo. Raymond organizó el regreso. Un coche condujo a los viajeros a través de la melancólica región de los estanques, hasta Amberieux-en-Dombes. El Cura de Ars lloraba cada vez más y no cesaba de rezar. «El coche me fatiga demasiado, dijo al llegar a Amberieux; haré el resto del camino a pie.» Tan sólo siete kilómetros le separaban de su aldea, siempre amada de él, de la cual había huido para mejor encontrar a Dios, y a la que Dios le obligaba a volver de manera irresistible. En Savigneux, por consejo del compañero de viaje, entró en la iglesia para venerar al Santísimo Sacramento y descansar un poco. Enseguida, fue enviado un correo hacia Ars con este mensaje del Rdo. Raymond: «El señor Cura vuelve; dentro de una hora estará entre vosotros.»

Apenas fue conocida la alegre nueva, todas las campanas de Ars tocaron a fiesta. «La alegría fue general, cuenta Catalina Lassagne. Todos se apresuraron a salir al encuentro del que habían perdido desde hacía ocho días, que parecían interminables; los que trabajaban en las eras corrieron con sus trajes de labor.»

Por fin, a eso de las cinco, al son de las campanas lanzadas al vuelo, apareció el Cura de Ars. Apoyado en su bastón, subió hasta la plaza, donde le aguardaba el pueblo reunido.

«¿Todo estaba perdido?, les dijo; pues bien, todo ha sido recuperado. ¡Ya no os dejaré más, hijos míos... ya no os dejaré más!» No pudo pronunciar más palabras, pues la emoción le ahogaba; pero sus ojos levantados al cielo, y los ademanes temblorosos de sus brazos, harto indicaban su felicidad. «Apoyado en el Rdo. Raymond, dio varias veces la vuelta a la plaza, bendiciendo a sus feligreses; no podían hacer sino llorar, balbucir algunas palabras y dejarse caer de rodillas.»

El Santo entró un momento en la casa de la *Providencia*, donde el júbilo no tuvo límites: ¡habían encontrado a su padre!... Pero se caía de cansancio. Adelantaron la hora de la oración de la noche y el Santo la rezó ante toda la parroquia reunida.

He aquí, dice Catalina Lassagne en su *Petit mémoire*, he aquí, nuestro santo Cura rendido a nuestros deseos. Pudo disfrutar de algunos días de descanso, pues los peregrinos se habían dispersado durante su ausencia. Reanudó entre nosotros sus ministerios ordinarios, y, en cuanto se tuvo noticia de ello, las gentes volvieron a afluir de todas partes, y comenzó la vida acostumbrada.

«¿Qué hubiera sido de tantos pobres pecadores?», decía él mismo ingenuamente. Y concluye el conde des Garets: «Entendió mejor desde entonces que Dios le quería entre nosotros.»

XVIII. ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ÚLTIMOS AÑOS

I. SUPRESIÓN DEL ORFANATO. FUNDACIÓN DE LA ESCUELA Y DEL PENSIONADO DE LOS HERMANOS. LAS MISIONES DECENALES

Una conspiración que no es conspiración.—Quejas y aprensiones con motivo del orfanato de niñas.—Los arreglos del Cura de Ars con la Madre San Claudio.—Una «liquidación» previa.—Pena y resignación del Cura santo.—Las Hermanas de San José y las antiguas directoras de la Providencia.—Actitud del Cura de Ars.—La escuela municipal de niños confiada a los Hermanos de la Sagrada Familia.—Celo del Cura de Ars por la educación de la infancia.—La obra de las misiones decenales.—¿De dónde proceden los recursos?—Un avaro «de nuevo cuño».—Las fundaciones perpetuas de misas.

Las esperanzas que el Cura de Ars había fundado en la «casa de la *Providencia*» se vieron en parte decepcionadas. Comía en ella desde el año 1827, y la había escogido para que fuese su retiro con intento de conficar muy pronto a otros el cuidado de la parroquia... El hombre propone, pero Dios dispone, y muchas veces contra la voluntad del hombre, por más santo que éste sea. Algunos acontecimientos imprevistos impidieron al Rdo. Vianney realizar su dulce ensueño. Ni siquiera tuvo el consuelo de ver subsistir su obra tal como la había concebido. La *Providencia* era a la vez escuela parroquial y orfanato: como orfanato iba a desaparecer.

Algunos han querido ver en esta supresión una negra intriga del obispo de Belley y de una congregación de religiosos. Monnin intitula el capítulo en el cual se imagina re-

ferir este episodio de la siguiente manera: *Cómo se conspira contra el establecimiento de la Providencia y circunstancias que motivaron su caída*¹. Si de alguna suerte hubo caída, no hubo conspiración. La realidad es mucho menos sombría.

La *Providencia*, tal como la había ideado y organizado el Rdo. Vianney, era una obra de un carácter singular, que parecía que no había de poder sobrevivir al Santo². Después de la doble alarma de 1843 —la grave enfermedad y la «huida» del señor Cura—, preguntábase todos a este propósito si Ars la conservaría por mucho tiempo. ¿Habría de caer una obra que había sido hasta entonces un inmenso beneficio para la comarca? El Cura de Ars sabía bien que ni Catalina Lassagne, ni María Filliat, ni Juana-María Chanay, las abnegadas directoras, eran inmortales, y al lado de las mismas había puesto tres jóvenes de Ars destinadas a ayudarlas primero, y a reemplazarlas después... Pero el Santo, en su humildad, no sospechaba que sería del todo inútil, una vez él fallecido, haber formado nuevas directoras, si, al mismo tiempo, un hombre de su temple no sobreviniera para hacer subsistir la *Providencia*. Lo más prudente y sencillo era, al parecer, confiar la obra a una comunidad religiosa, que asegurase su perpetuidad: tal era el parecer de muchos de los que rodeaban al Cura de Ars. «Yo, dice el Rdo. Raymond, su primer auxiliar, pertenecía al número de los que

¹ Desde que Monnin lanzó al público su libro (1861), le hicieron notar lo chocante de este título. Lo modifico en las ediciones siguientes, pero solamente en el índice de materias «*Circunstancias que motivaron la caída de la Providencia*». Transformo asimismo el texto de su capítulo con numerosas supresiones.

En este capítulo (el VII del libro tercero de la edición de 1861), Mons Devie apenas es nombrado, pero el lector saca la impresión de que fue el instigador de esta *conspiración*, y el señor Guillemín, vicario general, y la Madre San Claudio, los primeros actores. Monnin dice en el capítulo IV, p. 462—y la frase no ha sido suprimida en ninguna edición— «Mons Devie por una disposición especial de la Providencia, no hizo nada para alentar las obras de su celo (del Cura de Ars), por el contrario, hizo, sin quererlo, muchas cosas para ponerle trabas». ¿Muchas cosas? ¿Cuales? ¿En que época? Monnin acusa, pero no prueba. El señor Cognat está más cerca de la verdad cuando escribe «Mons Devie no se limitó a defender al Cura de Ars contra las prevenciones de que era objeto. Le ayudó, cuanto pudo, en las obras de su celo. Le ayudó con sus consejos y con su apoyo moral en todas las funciones» (Mons Devie, op. cit., t. II, p. 280-281).

² Durante la estancia del Cura de Ars en Dardilly, en 1843, el conde de Garets, para moverle a volver a Ars, le escribía el día 15 de septiembre «Piense en su *Providencia* de la cual es alma y sosten, y que no puede existir sino por usted».

le hacían presión para que mandase llamar a las Hermanas»³.

Por otra parte, sin pretender negar los méritos de Catalina y de sus compañeras, ciertas madres de familia que enviaban sus hijas a la escuela no se recataban de decir que, dirigida por religiosas, tendría aquella casa un carácter más apropiado, y las niñas saldrían mejor instruidas. Algunas iban todavía más lejos: se quejaban de ver a sus hijas mezcladas con aquellas pobres desgraciadas venidas de todas partes...

Tales habladurías llegaron a oídos del Rdo. Vianney y no dejaron de impresionarle: tuvo de ello gran pena. Puesto que la *Providencia* conseguía el fin que se había propuesto al crearla, no entendía qué era más de desear. Si la Academia quería para sus escuelas profesoras tituladas, allá ella; pero, ¿las buenas gentes de Ars tenían acaso necesidad de una ulterior sabiduría para unas niñas que, a los doce años, habían de ser dedicadas a los trabajos del campo o de la granja?... Por otra parte, si eran preferibles religiosas, allí estaban Catalina, Juana y María: «no les faltaba sino el hábito»⁴.

El gobierno de la diócesis, que sentía por el buen Cura de Ars una veneración profunda, no ignoraba los acontecimientos de Ars. A Mons. Devie le preocupaba el porvenir de la *Providencia*. Por medio del superior del seminario mayor, procuró sondear el ánimo del santo Cura. «El señor Perrodin⁵ había fundado en Bourg, con el concurso de las Hermanas de San José, una *Providencia* que había alcanzado gran éxito. Manifestó al siervo de Dios, en repetidas visitas, que sería muy ventajoso confiar a dichas Hermanas el establecimiento de Ars. El Cura de Ars cedió, pero a fuerza de reiteradas instancias»⁶.

En mayo de 1847, la Rda. Madre San Claudio superiora general de las Hermanas de San José, visitaba una escuela de su congregación en Villeneuve, parroquia limítrofe de

³ *Proceso del Ordinario*, p. 304.

⁴ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 843.

⁵ El Rdo. Perrodin, «después de Mons. Devie, ha de ser considerado como uno de los restauradores de la diócesis de Belley» (J. COGNAT, *Mons. Devie*, t. I p. 217).

⁶ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 242.

Ars. Mandó decir al Santo que pasaría por su aldea con intento de pedirle una entrevista. Esta visita, que parecía casual, había sido concertada de antemano entre el obispo y la casa-madre de las Hermanas de Bourg. Mientras la Superiora estaba en Villeneuve, el señor Guillemín, vicario general de Mons. Devie y «antiguo amigo del Rdo. Vianney», se había por su parte puesto en camino, para encontrarse en Ars al mismo tiempo que la Madre San Claudio⁷.

El Cura de Ars, que no había sido previamente avisado de la visita del vicario general, se mostró sorprendido; comprendió que en último término querían precipitar las cosas. Tuvo la primera conversación, el primer cambio de impresiones con el señor Guillemín y la Rda. Madre, y aceptó, en principio, una posible transformación de su orfanato.

Mas cuando Catalina Lassagne y sus colaboradoras se enteraron de ello, ¡cuál no fue su tristeza! ¿Y qué? ¿Acaso no sería posible acabar sus días entre sus hijas adoptivas, en una mansión tan querida? Todavía eran relativamente jóvenes —Catalina tenía cuarenta y un años, Juana-María Chanay cuarenta y ocho y María Filliat treinta y nueve⁸— y ¿qué porvenir les aguardaba fuera de una obra que era su vida y a la cual lo habían sacrificado todo, su tiempo, sus penas, su salud, su bienestar?... El pobre fundador vio cómo saltaban las lágrimas de sus ojos, oyó sus lamentos y, acometido de una tristeza tan honda y tan fuerte cual quizá nunca la había sentido, procuró, él que en todo se mostraba hombre sobrenatural, consolar con pensamientos de fe a sus excelentes hijas.

Las negociaciones entre nuestro Santo y la casa-madre de Bourg todavía duraron seis meses. Finalmente, el 5 de noviembre de 1847 se firmó un acta privada «entre el Cura de Ars, por una parte, y la señora Luisa Monnet, en religión Sor San Claudio, Superiora general de la Congregación de San José, cuyo noviciado está en Bourg». Por esta escritura, el reverendo Vianney hacía una donación global de

⁷ Salvo indicaciones contrarias, todos los pormenores referentes a la transformación de la *Providencia* de Ars (1847-1848) están sacados de los archivos de la Congregación de las Hermanas de San José, de Bourg.

⁸ Juana-María Chanay había nacido en Jassans en 1799 y María Filliat en Savigneux en 1808.

53.000 francos a la Congregación de San José⁹, y ésta, a su vez, tomaba a su cargo la dirección pura y simple de la obra completa de la *Providencia*, a saber, de la escuela parroquial y del orfanato; ambas obras a título absolutamente gratuito.

El 13 de diciembre de 1847, el Consejo de administración de San José confirmaba el compromiso, en nombre, y con la aprobación del obispo de Belley. El 5 de noviembre de 1848, un año, día por día, después de la firma del contrato, las Hermanas se hacían cargo de la obra de Ars¹⁰.

Cuando llegaron, el orfanato no era ni sombra de lo que había sido: solamente quedaban en él dos niñas que no tardaron en salir. ¿Qué había pasado allí? Tocamos ahora un punto oscuro de esta historia, y no existe ningún documento preciso que pueda dar acerca de él algo de luz.

Durante el pánico de que fueron presa los peregrinos y los feligreses de Ars al huir el Rdo. Vianney a Dardilly en septiembre de 1843, el orfanato había comenzado a vaciarse, prueba evidente de que estaba en la conciencia de todos que la obra de la *Providencia* no podía continuar sin el Cura de Ars. —Catalina le escribió entonces, para enterarle de que solamente quedaban en la casa *quince niñas*. —Por el contrario, no parece que ninguna de las *mayores* se moviera. Naturalmente que, una vez pasada la alarma, las niñas que habían sido retiradas por sus padres o tutores volvieron a la *Providencia*. ¿Cuál era el número de las mismas, cuando se preparaba el cambio total de la dirección? Acerca del particular no existe ninguna noticia exacta en las memorias de Catalina. Consigna vagamente la cifra de *sesenta*, y sabemos que no se preocupaba mucho por saber más; no dice en ninguna parte que las huérfanas fueran disminuyendo, cuando he aquí que de repente escribe que en 1848 «fueron colocadas las *mayores* y *devueltas* las pe-

⁹ Exactamente 22.300 en inmuebles (de los cuales, en su mayor parte, las Hermanas no tenían más que la nuda propiedad), y 22.000 en dinero colocados al 5 por 100; finalmente, los objetos del culto afectos al servicio de la capilla de la *Providencia*, valorados en unos 9.000. La toma de posesión fue señalada para el 19 de mayo de 1848.

¹⁰ El establecimiento fundado en Ars por las Hermanas de San José no fue autorizado legalmente sino después de repetidas instancias, por decreto imperial de 10 de septiembre de 1856.

queñas que quedaban, excepto una o dos». Ya, pues, la mayor parte de aquellas pobrecitas habían sido reintegradas al seno de sus familias o colocadas en casa de personas caritativas.

Desde fines de 1847, hasta el mismo personal de la *Providencia* había sido reducido. Las tres jóvenes que el cura de Ars destinaba para que continuasen la obra habían entrado, a petición propia, en el noviciado de San José de Bourg. —Dos de ellas, algunas semanas más tarde, tuvieron que volver a sus familias: las jornadas de febrero de 1848 repercutieron también en la capital de la región del Ain; se produjeron algunos alborotos y la mayor parte de las novicias salieron de la casa-madre; una vez restablecida la paz, las dos postulantes de Ars continuaron en sus casas. —Salidas las huérfanas y reducido el personal escogido por el Cura de Ars, inevitablemente iba liquidándose la situación.

¿Cómo conciliar estos hechos con el compromiso contraído por las Hermanas de continuar pura y simplemente la obra de la *Providencia*? La pesada carga que asumían hubo de aterrarlas. Claro que no querían la muerte del orfanato, pero deseaban ante todo la buena marcha de la escuela de niñas, a la cual, pensaban, podría agregarse un sencillito pensionado. Es muy verosímil que expusiesen verbalmente al Rdo. Vianney —ningún documento existe acerca de este punto— la conveniencia de prescindir por algún tiempo de la obra propiamente dicha de la *Providencia*, con miras a emprenderla de nuevo sobre nuevas bases y condiciones más favorables. Sin duda, que hubo de serle sugerido que tal era también el parecer del obispo de Belley.

Deseoso tan sólo del bien de las almas, el Cura de Ars no sabía qué partido tomar. Oraba sin interrupción, y le parecía que una voz interior le aconsejaba que no cediese en este punto, suprimido el orfanato, su obra le parecía reducida a la nada¹¹. «El señor obispo, decía entre gemi-

¹¹ «Esforzóse mucho en conservar en la *Providencia* la organización primitiva.» (B. DE BELVEY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 208.)

dos, ve en esto la voluntad de Dios, pero yo no la veo»¹². Por fin, se avino a todo; se resignó plenamente, alegremente. El 24 de octubre, doce días antes de la llegada de las religiosas, escribía a Mons. Devie: «Abrigo continuamente la dulce esperanza de que tendréis la bondad de bendecir nuestra capilla, y de dar posesión a nuestras buenas Hermanas, a las que toda la parroquia y yo aguardamos con impaciencia.» Más aún: él mismo comunicó el cese a sus abnegadas colaboradoras. El mismo día 24 de octubre, Catalina Lassagne formulaba este deseo con respecto a las futuras directoras: «Quisiéramos que ellas tuviesen tantas ansias de venir cuales son las que nosotros tenemos de recibirlas»¹³.

Durante esta espera, el Cura de Ars activó la conclusión de la capilla. En el alba del domingo día 5 de noviembre, la halló recientemente adornada con sus imágenes, cuadros y sus relicarios. A pesar de sus ochenta años bien cumplidos, Mons. Devie, todavía muy fuerte, quiso instalar personalmente a la nueva Superiora de la escuela, Sor María Serapia, y a sus compañeras. El obispo bendijo la nueva capilla, que fue puesta bajo la advocación de la Sagrada Familia, y erigió en ella un *Viacrucis*. Fue una verdadera fiesta parroquial: el alcalde, señor Próspero des Garets, estaba sentado en el coro, junto al Rdo. Vianney, y los habitantes de Ars llenaban la pequeña nave. Como se ve, la acogida que se dispensó a las religiosas fue de las más simpáticas.

Una nueva era comenzaba para la *Providencia*. Era muy difícil que, privada de sus huérfanas, recobrase aquella casa la vida exuberante de otros tiempos. Se había estipulado, en el contrato de cesión de 5 de noviembre de 1847, que Catalina Lassagne y las demás podrían vivir con las Hermanas hasta su muerte y prestarles el apoyo de su abnegación; pero, como ya era de prever, las cosas no pasaron de esta manera.

Ningún incidente digno de mención señala la llegada de las religiosas. Cuando llegaron al mediodía del sábado, día

¹² Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 19.

¹³ *Carta* a la Rda. Madre de San Claudio.

de Dardilly. La niña era de un natural travieso. Quejábanse un día a su tío de sus continuas ligerezas. «¡Qué queréis, respondió sonriendo, en nuestra familia no hay nadie que valga gran cosa!»²¹. Sin embargo, a esta alumna atolondrada le tocó en suerte el honor de ofrecerle el ramo el día de San Juan Bautista. «¡Hija mía!, dijo el Santo, aceptando las flores, un Avemaría vale más que todo esto»²².

Cuando abrí mi establecimiento en Ars, refiere Marta Miard —era hacia el año 1850—, el cuidado de las Hermanas por el aseo y embellecimiento de la *Providencia* iba quitando a ésta el carácter de su primitiva pobreza. No dudo de que el señor Cura sufría, pero jamás se mostró amargado²³. En otros tiempos, había organizado la existencia de aquella casa a imagen de su propia vida; los milagros le habían enseñado que el cielo se complacía en las oraciones que se elevaban de una tal pobreza, de un tal abandono. Pero los santos, que en su mayor parte suelen tener originalidades sublimes, conciben a su manera las cosas. Las religiosas al procurar la limpieza y el buen aspecto de la escuela cumplían con su deber.

Otro hecho demuestra la estima que el Cura de Ars sentía por la Congregación de San José. En 1857, una de sus sobrinas entró en ella como postulante, gracias a las gestiones personales del Rdo. Vianney.

Todos los años, el día 2 de julio, fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, aceptaba gustoso la presidencia de la ceremonia de la renovación de los votos que se celebraba en la capilla. «La fiesta de hoy, escribe en su diario privado el Rdo. Toccanier, por la tarde del 2 de julio de 1855, merece muy especial mención. El señor Cura ha celebrado la misa revestido de la espléndida casulla de la Inmaculada Concepción. Veintidós religiosas de San José han renovado sus votos en manos del hombre de Dios. Ha sido tan crecido el número de feligreses y peregrinos que han comulgado que

parroquias vecinas. Dejó de existir cuando, habiendo el número de huérfanas igualado al de las pensionistas, fue menester alojar convenientemente aquellas pobres criaturas.

²¹ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 753.

²² Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 852.

²³ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 853.

se ha vaciado todo el copón»²⁴. Aquella mañana, al salir de la capilla, no podía el Santo contener las lágrimas. ¡Qué hermosa es la religión!, exclamaba. Imaginábame que entre Nuestro Señor y sus místicas esposas se estaba librando un combate de generosidad. Pero, por más que ellas hagan, es siempre Nuestro Señor quien se lleva la victoria... Las Hermanas decían: «Renuevo mis votos de pobreza, castidad y obediencia». Pero ellas recibían lo más, pues yo a mi vez decía: «El Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde vuestras almas hasta la vida eterna»²⁵.

* * *

Durante su larga vida de párroco, el Cura de Ars no se interesó menos por la educación de los niños que por la de las niñas. Hacia el año 1835, había insistido cerca del alcalde, que era Miguel Sève, a fin de que escogiese por maestro a un joven de Ars, Juan Pertinand, sobrino del Rdo. Renard. En 1838, a los veinte años de edad y provisto de nombramiento, acababa de convertirse en maestro de escuela en su pueblo natal. Había de desempeñar este cargo por espacio de once años. «El señor Cura, dice, visitaba con frecuencia la clase, y cada una de sus visitas producía excelente efecto en los niños, a quienes una sola palabra salida de sus labios les volvía juiciosos y dóciles para muchos días. Satisfacía la pensión por aquellos niños de quienes le decían que estaban en la miseria.»

Pero su ilusión era ver la escuela dirigida por religiosos y absolutamente gratuita. El 10 de marzo de 1849, era ya un hecho. Habiéndose encargado el Rdo. Vianney del mantenimiento de los futuros profesores²⁶, tres Hermanos de la

²⁴ *Notas manuscritas*, p. 38.

²⁵ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1.094.—El orfanato de la *Providencia* fue suprimido, mas para ser otra vez restablecido. Empero, el Cura de Ars no vio su resurrección sino desde el cielo. En efecto, en octubre de 1863, las religiosas comenzaron a admitir huérfanas. Fueron las primeras, tres niñas abandonadas, una de ellas de cinco años y dos de tres. El número de niñas recogidas de esta manera llegó muy pronto a quince «¡Que Dios bendiga la restauración de la obra del santo Cura: amaba tanto a su *Providencia*!», escribía al Rdo. Toccanier, el 13 de abril de 1864, Mons. Langalerie, obispo de Belley.

²⁶ Al principio se estipuló tan solo un contrato verbal. Seis años más tarde, el 13 de febrero de 1855, por acta notarial autorizada en el despacho del señor Raffin, nota-

Sagrada Familia de Belley reemplazaron a Juan Pertinand. El director era un religioso de veinticuatro años, llamado Hermano Atanasio²⁷. Este religioso iba a jugar un papel muy importante en la historia de nuestro Santo. Bien pronto, este celoso director acarició la idea de unir a la humilde escuela, que no admitía más que niños de la parroquia, un pensionado del que pudiesen aprovecharse los niños de las familias acomodadas de la comarca. Tímidamente, confió su proyecto a su santo Cura. «Sí, hijo mío, sí, le respondió sin titubear el Cura de Ars, funde usted un pensionado, y tendrá muy buen éxito; verá usted cuántas almas jóvenes arrebatará al demonio»²⁸. En efecto, acudieron los pensionistas en gran número, y hubo que pensar en nuevas construcciones. El 28 de marzo de 1856, el Cura de Ars, feliz y radiante de alegría, bendijo la primera piedra del futuro pensionado²⁹.

El Cura de Ars, también antiguo maestro durante el tiempo que vivió oculto en la lejana aldea de Robins, hubiera deseado extender por doquiera los beneficios de la instrucción; y nadie podrá tachar de *obscurantismo* al cura

rio de Trevoux, el Cura de Ars dotó en debida forma la escuela de niños. Entrego inmediatamente al Hermano Gabriel superior general de la Sagrada Familia de Belley, una suma de 10 000 francos (que pronto elevó espontáneamente a 20 000). Esta es escuela, municipal o particular, a libre elección del Hermano Gabriel, había de ser confiada perpetuamente a los Hermanos de dicha congregación, con derecho a admitir en ella alumnos internos. El municipio de Ars procuraría a los Hermanos alojamiento gratuito, correrían de su cuenta las reparaciones de alguna monta, y abonaría anualmente a cada profesor la suma de cien francos.

²⁷ Jacobo Planche, en religión Hermano Atanasio, nació en Châlon-sur Saône (Saône et Loire) el 2 de enero de 1825. Dirigió la escuela de Ars por espacio de cuarenta y un años, y mostrose, por su ciencia, su autoridad y su virtud a la altura de su cometido. Durante diez años, fue el «compañero» y uno de los consejeros del Cura de Ars, fue, pues, un excelente testigo de los diez años más notables de aquella maravillosa existencia. Tocaba el órgano, cantaba en el coro, enseñaba el canto llano, dirigía los niños en los oficios y les suplía cuando había necesidad de ello. Fue secretario de la alcaldía de Ars de 1849 a 1910, época en que su edad avanzada le obligó a dejar esta ocupación. Fue muy popular en Ars, y los peregrinos gustaban de visitarle. Una vez muerto el Cura de Ars, fue su crónica viviente. Hablaba del Santo con entusiasta admiración. Murio el 17 de junio de 1912, a la edad de ochenta y ocho años. Mientras le administraban los últimos sacramentos, halló todavía ocasión de referir a los asistentes tres o cuatro episodios de la vida del Cura de Ars.

²⁸ J. H. OLIVIER, *Le tombeau glorieux du venerable Vianney*, Paris, Watelher, 1872, p. 112.

²⁹ En 1872, siendo parroco el Rdo. Toccanier, el número de internos se multiplicó y el Hermano Atanasio continuó agrandando la casa y le dio la forma actual. En días prosperos, el pensionado llegó a cobijar ochenta niños. Tal fue la obra de un Santo, que en 1903 cayó bajo los golpes del gobierno de Waldeck-Rousseau.

ignorante de las ciencias humanas. Pudiendo disponer, gracias a las cotidianas limosnas que recibía para sus obras, de recursos considerables, «contribuyó a la fundación de muchas escuelas en otras parroquias, en Jassans, en Bauregard, patria del Rdo. Raymond, en Santa Eufemia de la diócesis de Valence»³⁰. Alentó y ayudó la fundación de San Sorlin (Ródano) para niños abandonados³¹ y dio mil francos para la escuela de Dardilly, su pueblo natal. «Estas escuelas prosperarán y harán mucho bien», había asegurado al cura de su parroquia, poco tranquilo sobre su porvenir... «Y esta predicción, dice el Rdo. Vignon, párroco de Dardilly, se cumplió de una manera providencial, cuando en 1880 todo parecía dispuesto para que fuesen transformadas en escuela de reforma y pensionado»³².

El Cura de Ars estaba convencido de que una buena educación es merecedora de todos los sacrificios. Una madre de familia le decía: «He gastado todos mis haberes en la educación de mis hijos; no me queda nada en casa. —Véndala usted, le replicó el siervo de Dios, y lleve a término su obra.» La casa fue vendida, pero, por circunstancias inesperadas, el comprador hizo testamento en favor de la madre de familia, y murió pronto dejándola heredera de todo cuanto había sacrificado con tanta generosidad³³.

* * *

Además de las escuelas de niños, el mismo año de 1849, el Cura de Ars se interesó por otra de un carácter más general, y que aún había de producir más fruto. Sabía muy bien, por haberlo experimentado, cuán útiles son para las parroquias más pobres los ejercicios de una misión. ¿Acaso no había pensado él mismo, ya en 1819, al año siguiente de su llegada a Ars, en hacer dar una misión a sus feligreses por dos padres de la Cartuja de Lión?»³⁴.

³⁰ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 289, Rdo. RAYMOND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 554.

³¹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 847.

³² *Proceso apostólico in genere*, p. 326.

³³ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 114.

³⁴ La carta del Rdo. Vianney en la que pide al señor Miolland de la Cartuja que le

Mas entonces, Belley tenía sus misioneros diocesanos. En 1833, por iniciativa de Mons. Devie, los reverendos Mury y Convert habían fundado en Bourg una pequeña sociedad de misioneros. Gastados rápidamente, los dos fundadores murieron, trabajando, siete años después, con seis meses de intervalo; el canónigo Camalet, que fue puesto entonces al frente de la obra, trasladó el centro de la misma a Pont-d'Ain... Cuando el Cura de Ars, después de haber cedido el cuidado de la *Providencia* a las Hermanas de San José, no tuvo que ocuparse más en la buena marcha de aquella casa, Mons. Devie le rogó que pensase en los misioneros. «Lo consultaré con Dios», le respondió el Santo, y, algunos días después, envió al Rdo. Raymond seis mil francos, cuyos réditos habían de ser empleados en dar cada diez años una misión en dos diferentes parroquias³⁵. Esto complaciale mucho: ¿acaso no se trataba de la salvación de los pecadores? Al morir dejaba fundadas más de cien misiones decenales. De esta manera, «una vez fuera de este mundo, continuaba llevando las almas hacia Dios»³⁶.

«¡Oh, cuánto lamento, decía a veces, haber pensado tan tarde en obra tan hermosa!»³⁷. Se apasionó por ella; «hablaba incesantemente de la misma y recogía céntimo por céntimo las cantidades necesarias para ir fundando otras misiones»³⁸. «Soy avaro para Dios»³⁹, decía sonriendo. Y cuando había reunido lo bastante para una nueva misión, sentía el gozo de un propietario que acaba de completar su finca... «Amo tanto las misiones, decía desde el púlpito, que si pudiera vender mi cuerpo para fundar una sola, lo vendería»⁴⁰.

Un mediodía de julio de 1855, entró muy alegre en la sala donde estaban comiendo los misioneros de Pont-d'Ain.

envie dos predicadores por dos o tres semanas después de Todos los Santos, es de 24 de septiembre de 1819.

³⁵ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 151.

³⁶ Rdo. PELLETIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 393. — Naturalmente, no se olvidó de Ars: la misión decenal que allí fundó el Cura de Ars fue dada por primera vez en 1851. (*Registros parroquiales*.)

³⁷ Rdo. DUFOUR, *Proceso apostólico in genere*, p. 345.

³⁸ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 227.

³⁹ R.P. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 987.

⁴⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 290.

«Señor Cura, díjole el Rdo. Alfredo Monnin, ¡qué satisfecho está usted!

—¡Ya lo creo! Esta mañana me he levantado muy rico; con doscientos mil francos... Y este capital está colocado en la banca más sólida del mundo: lo he confiado a tres personas riquísimas...

—¿Y quienes son esas tres personas?

—Las tres Personas de la Santísima Trinidad»⁴¹.

Después del año 1849, el Cura de Ars había conseguido doscientos mil francos para la obra de las misiones decenales. ¿De dónde sacaba recursos tan considerables? En primer lugar, de la caridad de otras personas.

Una mañana, cuenta el Hermano Atanasio, me dijo en la sacristía: «Amigo, ¿se ha levantado usted hoy temprano?

—Como de costumbre, le respondí.

—¡Tanto peor!, replicó él vivamente; si me hubiese usted imitado hubiera hecho un excelente negocio: me han dado dinero para una fundación de misiones y queda un excedente... Al salir esta noche de la casa parroquial, he encontrado un joven que me aguardaba, y me ha entregado mil francos para esta obra; después, otra persona me ha dado otro tanto en la capilla de San Juan Bautista y, finalmente, ha llegado otra que ha completado con creces la suma.»

¡Y aún no eran las siete de la mañana cuando el señor Cura me refería esta historia!⁴².

Un día, refiere el Rdo. Raymond, se le presenta en la sacristía una señora piadosa. «Padre, le dice, ¿recibió la carta en la que le anuncié el envío de 50 francos para ayudar a hacer el bien?

—Sí, señora; la recibí; pero en aquel momento vino a mi encuentro un hombre caritativo que me ofreció 5.000 para una obra que me es muy querida, pues puede contribuir mucho a la salvación de las almas. Esta gruesa cantidad me ha hecho olvidar un poco la suya: éste es el motivo de no habérsela reclamado.

—Pero, Padre, ¿cuál es esta obra a la cual usted da tanta importancia?

—¡Ah, señora! es la obra de las misiones.

—¿Y no podría yo tener en ella alguna parte? ¿Cuánto cuesta una misión?

⁴¹ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1130; Rdo. TOCCANIER, *Notas manuscritas*, p. 39.

⁴² *Proceso del Ordinario*, p. 828.

—3.000 francos, señora.»

Y el Cura de Ars recibió de esta persona, que era una viuda de Lión, que tenía 10.000 francos de renta, el dinero para la fundación, no de una misión, sino de *dos*⁴³.

A decir verdad, tras esta su obra predilecta el Cura de Ars se iba convirtiendo en un «avaro». Hemos visto antes cómo era su alegría enriquecer de ornamentos sacerdotales, vasos sagrados, imágenes y estandartes muchas parroquias vecinas menos provistas que la suya: Beauregard, Sainte-Euphémie d'Ain, Saint-Jean-de-Thurigneux, Tous-sieux, Frans, Amberieu-en-Dombes, Saint-Didier-de-Formans, Sainte-Euphémie dans la Drôme, y otras. El cura de Dardilly, su pueblo natal, había recibido un copón y un cáliz, ambos muy valiosos. A partir de 1849 empezó a economizar.

Un cura de una parroquia necesitada, cuenta el Rdo. Esteban Dubois, me rogó que pidiera el Cura de Ars 80 francos para la adquisición de una imagen y una bandera: «¡Oh, no!, me respondió, no puedo. Todos los recursos los destino a la obra de las misiones»⁴⁴.

En 14 de junio de 1855, enviaba a Bourg, por medio del Rdo. Toccanier, la cantidad necesaria para tres fundaciones; pero, a fin de poder completar la última, hubo de pedir prestado. «He acudido al préstamo, decía aquel mismo día por la noche a los Hermanos Atanasio y Jerónimo, porque no quería dejar a medias esta fundación. Si nadie me ayuda a restituir, venderé mis *trapos* y, si esto no es bastante, me mandarán a la mazmorra de Tolón», decía bromeando⁴⁵.

Un día, dice María Ricotier, el señor Cura vino a verme llevando un paquete en la mano. «He de enviar el dinero para una misión y me faltan 200 francos. ¿Quisiera usted dárme los a cambio de esta alba que me pertenece?» ¡Negocio concluido! Tengo, por dicha mía, en mi poder una multitud de objetos que le compraba para contribuir a sus buenas obras⁴⁶.

⁴³ *Vida* manuscrita, p. 154-155.

⁴⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 1243.

⁴⁵ Rdo. TOCCANIER, *Notas* manuscritas, p. 24.

⁴⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 1.338.

Además de las misiones, el Cura de Ars fundó a perpetuidad un gran número de misas, cuyos estipendios estaban asegurados por cantidades colocadas en valores del Estado. En 1855 había destinado a ello cerca de cuarenta mil francos, y sólo la iglesia de Ars gozaba de la fundación de doscientas ochenta misas anuales. Como quiera que tenía metida en su corazón la obra de *Propagación de la Fe* —a ella pertenecían en su parroquia un centenar de asociados—⁴⁷, había destinado setenta de estas misas a implorar para los misioneros la protección de la Santísima Virgen. La mayor parte de las restantes habían de ser celebradas para la conversión de los pecadores⁴⁸.

⁴⁷ Conservamos la lista y en ella parecen estar nombradas todas las familias de Ars.

⁴⁸ Según los registros parroquiales de Ars. — Estas fundaciones del Cura de Ars fueron confiscadas por el Estado en virtud de la ley de Separación y de la ley de 13 de abril de 1908. Desde entonces, las misas no han podido ser celebradas.

XIX. ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ÚLTIMOS AÑOS:

II. EL INCIDENTE DE LA SALETTE

La llegada de Maximino Giraud.—Fe del Cura de Ars en la Aparición de la Salette.—Los compañeros de Maximino y el verdadero fin de su viaje.—La acogida y los propósitos del Rdo. Raymond.—Entrevista de Maximino y el Cura de Ars.—Nueva actitud del Rdo. Vianney con respecto a la Salette.—Las angustias de un alma santa.—El fin de la prueba.—El acto de fe que devuelve la paz.

Por la tarde del martes 24 de septiembre de 1850, el cochero de Ars, Francisco Pertinand, conducía a sus viajeros hasta las gradas de la iglesia. Un grupo de cinco personas bajó de la diligencia —tres hombres, los señores Brayer, Verrier y Thibault, una joven, Angélica Giraud, y un muchacho de quince años, Maximino, hermano de Angélica—. Excepto el señor Thibault, algo indispuerto, que siguió a Pertinand hasta la hospedería, aquellos forasteros procuraron entrar en seguida en el templo en busca del señor Cura.

«Tierno, delicado, de cara redonda y de aspecto sano, de ojos grandes, hermosos y llenos de expresión»¹, Maximino Giraud aparentaba menos edad. Este niño era uno de los *vi-dentes* de la Salette. Hacia cuatro años, el 19 de septiembre de 1846, sobre aquella cima de los Alpes delfinicos, guardaba en compañía de Melania Mathieu, pastorcita de catorce

¹ Señor DES BRULAIS, *L'Echo de la sainte Montagne*, Nantes, Charpentier, 1852, p. 17.

años, las vacas de una granja, en la que se había empleado la víspera. Hacia las tres de la tarde, una *hermosa señora*, según contaron los jóvenes pastores, se les apareció en medio de una claridad maravillosa. Sentada sobre una roca, junto al torrente de la Sezia, esta señora, con el rostro entre las manos, derramaba lágrimas. Sin embargo, una voz dulce decía a los niños que se acercaran sin temor. La Visión se levantó y dirigióles la palabra. La cólera de Dios contra los blasfemadores y profanadores del domingo, amenazas de castigos, la necesidad de la oración y de la penitencia: tal fue el tema de su conversación. Finalmente, pasada media hora, la *hermosa señora* se elevó, y su figura fue desvaneciéndose en el azul del cielo.

Después de cuatro años, durante los cuales, mil y mil veces fueron asediados a preguntas por personas prudentes e indiscretas, nunca ni Melania Mathieu ni Maximino Giraud variaron en su relato ni fueron hallados en contradicción. En ambos se echaba de ver aquella buena fe propia de los corazones sencillos; así que sus manifestaciones sobre la Aparición hallaban pocos incrédulos. Por otra parte, el obispo de Grenoble había ordenado un escrupuloso examen de sus dichos. Sin embargo, en septiembre de 1850, cuando Maximino se dirigía a Ars, el *mandamiento doctrinal* de Mons. Bruillard sobre el *hecho de la Salette* estaba solamente en preparación: no apareció sino más tarde, en 19 de septiembre de 1851. —Tengamos presente este pormenor—. Por tanto, en 1850, ninguna voz autorizada se había pronunciado aún sobre la autenticidad de la Aparición.

Al comenzar a derretirse las nieves, por la primavera de 1847, la Salette tenía ya sus peregrinos. Muchos de entre ellos, al regresar, pasaban por la aldea de Ars. Por su medio, se enteró muy pronto el Rdo. Vianney de aquella maravilla. «Desde el principio, aseguraba el señor conde des Garetz, creyó en la aparición de la Santísima Virgen; con cierta reserva, empero, pues siempre en esta clase de cosas remitía a la autoridad de los prelados»². Su propio obispo.

² *Proceso del Ordinario*, p 964 — El Cura de Ars, ocupado como estaba en el ministerio de oír confesiones, no pudo estudiar con detención este hecho «De lo que me

Mons. Devie, a quien seguramente consultó sobre un hecho de tal índole, se mostró hasta 1851 «partidario de cierta expectativa»³. El Cura de Ars reguló su actitud de conformidad con la del obispo.

En la práctica, a las personas deseosas de ir a la Salette les aconsejaba que lo hicieran; hablaba de la Aparición en los catecismos⁴, bendecía las medallas; tenía un grabado en la pared de su cuarto, poseía agua del manantial milagroso y la distribuía entre sus amigos⁵. Y todo esto, a pesar de los reparos que oponía su vicario. Efectivamente, el Rdo. Raymond no creía en la Salette. Hizo una ascensión a aquella montaña un día en que Maximino Giraud había también subido. El niño se negó a responder a sus preguntas y el Rdo. Raymond, de temperamento bilioso, guardó contra él cierta animosidad: este simple hecho bastó para indisponerle con todo lo demás.

¿Con qué derecho y con qué fin, por la noche del 24 de septiembre de 1850, los señores Brayer y Verrier conducían hasta el Cura de Ars al joven Maximino Giraud? El prudente Mons. Bruillard, obispo de Grenoble, había recomendado al Rdo. señor Melin, párroco de Corps (pueblo natal de Maximino), que mantuviese a toda costa al niño dentro de los límites de la parroquia: la indagación sobre el hecho de la Salette no estaba aún conclusa, y la presencia de los testigos de la Aparición era de todo punto necesaria; además, no era en modo alguno conveniente que Maximino y Melania fuesen paseados como objeto de curiosidad: por celebres que se hubiesen hecho, habían de permanecer todavía en la sombra. Esto, los señores Brayer, Verrier y Thibault no lo entendían. «Personas muy honorables pero poco prudentes en aquel asunto», estos señores sacaron a Maximino de su aldea, «a pesar de la oposición del señor Melin y la prohibición de Mons. Bruillard»⁶. El niño había

dijo el siervo de Dios refiere el reverendo Toccanier, deduje que creía en la Aparición por ser muy devoto de la Santísima Virgen. Además, acepto el hecho, porque oía decir que personas muy graves tenían fe en el » (*Proceso apostólico ne pereant*, página 309)

³ Mons GIRAY *Les miracles de la Salette*, Grenoble, Eymond, 1921 t I p 164

⁴ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p 123

⁵ Juan Claudio VIRET tercer cuaderno manuscrito, p 35

⁶ Mons GIRAYT, *Les miracles de la Salette* op cit, t II, p 273 — Mons Giray no

de consultar sobre su vocación con un sacerdote que era un santo, y que leía en los corazones; mas, en realidad, el viaje tenía una finalidad muy diferente: el señor Brayer y sus amigos iban a Ars «más con miras políticas que con intenciones religiosas»⁷.

En cuanto llegaron, fueron en busca del Rdo. Vianney. Como éste se hallase en el confesonario, se presentó su vicario, menos ocupado. Los visitantes se dieron a conocer. «Después de haberles pedido, dice el reverendo Raymond, que fueran a la *Providencia* a pasar unos instantes conmigo, les pregunté por el objeto de su viaje. Respondieron que Maximino deseaba consultar con el Rdo. Vianney acerca de su vocación.

—Pero mucho mejor, les dije, podría ilustrarle sobre este punto el señor cura de Corps, que le conoce y ha cuidado de instruirle.

Aquellos señores insistieron, añadiendo, en presencia de Maximino, que se trataba de un niño muy ligero, que el señor cura de Corps estaba desanimado y que, precisamente por esta causa, deseaban saber el parecer del Rdo. Vianney. «Pues, les respondí, mañana tendrán la satisfacción de verle.»

Dicho esto, uno de los viajeros, me preguntó: «Usted, señor Cura, ¿qué piensa sobre la Salette?» Díjele que no tenía un criterio formado acerca del particular e hice notar que en algunos puntos no se había guardado toda la reserva ni

cree conveniente explicar en su hermoso libro cuales eran estas «miras políticas» Mons Ginouliac, sucesor de Mons de Bruillard en la sede de Grenoble y futuro arzobispo de Lyon, no teme decirlo en un documento dirigido al público de toda su diócesis, *Mandamiento* de 4 de noviembre de 1854, p 18

Los partidarios más decididos del barón de Richemont, esperando encontrar en el hecho de la Salette y en el testimonio de los dos niños un apoyo para su causa, fueron a Corps en 1847 para conquistarles y penetrar su secreto, que creían se refería al pretendido Luis XVII

Su desconcierto fue grande cuando, después de haber preguntado a Maximino, con el cual podían hablar con mayor facilidad, se vieron obligados a reconocer que el niño ni siquiera sabía si habían existido Luis XVI, Luis XVII y Luis XVIII. En vano uno de ellos intentó, en 1849 y en 1850, instruirle sobre la vida de Luis XVII. Era muy poco razonable, después de lo dicho, que los partidarios del barón de Richemont persistiese en la creencia de que este caballero fuese el objeto de la misión secreta de los dos pastores. La ignorancia y la obstinación de Maximino lo echaron todo por tierra, pero pronto vieron en ello un misterio y recurrieron a otra tentativa de llevar el niño a Ars

⁷ *Ibidem*

toda la prudencia que exige la Iglesia. «¿Cómo no creer, me replicaron, a unos niños que no han podido inventar lo que refieren?»⁸.

Entonces la conversación tomó un tono de acritud. El Rdo. Raymond contestó refiriendo un hecho del que había tenido noticia hacía muy pocos días. Había ocurrido cuarenta años antes: tres niños se habían puesto de acuerdo para inducir a sus familias y al público a la creencia en una aparición de la Santísima Virgen... Y no fue sino a la edad de cincuenta años cuando una de las pretendidas videntes había confesado su mentira. «Y a su vez añadió el vicario del Rdo. Vianney, encarándose con el pequeño Maximino, yo te recibo aquí y tú allí no quisiste hablarme... pero ahora has de habértelas con un Santo, y a los santos no se les engaña!»⁹. Maximino, cansado del viaje y halagado por los propósitos de aquellos desconocidos, dio al Rdo. Raymond «la respuesta que le era habitual cuando alguien hablaba con aire de poner en duda su veracidad». «¡Ah!, contaba al año siguiente a una persona de Nantes, a la señorita de Brulais, el señor vicario de Ars decía que yo había *inventado* una historia y que no había visto a la Santísima Virgen; entonces yo, que no estaba de muy buen humor, le repliqué: ¡Diga, si le place, que yo miento y que no he visto nada!... Y después me marché»¹⁰.

* * *

«Por mi parte, dice el Rdo. Raymond, previne al Cura de Ars sobre lo que acababa de ocurrirme. El Santo me lo agradeció muy de veras.

Vio a solas a Maximino en la sacristía a las ocho de la mañana siguiente. ¿Qué tal fue esta entrevista? El señor Cura no dijo una palabra. Solamente observamos, el Hermano Jerónimo y yo, que en adelante no quiso poner su firma detrás de las estampas de la Salette ni bendecir las medallas.»

⁸ *Proceso del Ordinario*, p 1 439

⁹ Rdo TOCCANIER *Proceso apostólico ne pereant* p 980

¹⁰ Señor DES BRULAIS, *L'Echo de la sainte Montagne*, op cit, página 269

¿Cuál era la causa de este cambio? Lo más sencillo es oír al mismo Maximino. Lo que él dice no está en pugna con las declaraciones de otros testigos menos autorizados que él, y su relato tiene todo el encanto de la sinceridad. El 27 de septiembre de 1851, aquella persona de Nantes, de la cual ya hemos hablado, se encontró con él en la cumbre del monte de la Salette. Le habló «como la otra vez, expansivo y afectuoso, contando con simplicidad sus *pequeñas calaveradas*, sin doblez y sin excusas. Así fue como me confesó que su cabeza le había arrastrado, el año anterior, a seguir a tres señores que, según se creyó después, habían querido explotar su secreto en provecho de una causa política. He aquí nuestra conversación:

Pregunta.—¿Por qué, hijo mío, te pusiste de esta manera en sus manos?

Respuesta.—¿Por qué?, para viajar.

P.—¿En qué senderos te metiste, imprudente! ¿En qué pensabas entonces?

R.—¡Ah! hice una tontería; es cierto...

P.—Y ¿qué te sucedió con el Cura de Ars?, ¿quieres decirme algo?

R.—Aquellos tres señores me condujeron al Cura de Ars, para que le consultase, como ellos decían, sobre mi vocación. El señor Cura me aconsejó que volviese a mi diócesis. Aquellos señores montaron en cólera. Me dijeron que lo había entendido mal y de nuevo me enviaron al reverendo Vianney.

Maximino en esta primera entrevista, que fue en extremo corta, vio al santo Cura detrás del altar, junto al confesonario donde solía oír de ordinario a los eclesiásticos.

Esta vez —continúa el niño— fui a su confesonario de la sacristía. Al Cura de Ars no se le entiende bien, pues le faltan muchos dientes. Me preguntó *si había visto a la Santísima Virgen*. Le respondí: Yo no sé si era la Santísima Virgen; pero yo vi algo... *una señora*. Si usted, señor Cura, sabe que era la Santísima Virgen, ha de decirlo a los peregrinos, para que crean en la Salette.

P.—Aseguran, querido niño, que te acusaste de haber dicho mentiras. ¿Es verdad?

R.—Yo dije que alguna vez había mentido al señor Cura de Corps. —Has de retractarte, me dijo el Rdo. Vianney. —No puedo retractarme de esto; no vale la pena. —Replicó que debía de ha-

cerlo y yo le contesté: —Puesto que ha pasado mucho tiempo y es cosa muy antigua, no puedo.

P.—¿A qué mentiras te referías?

R.—A las pequeñas mentiras que decía al señor cura de Corps, cuando no quería que supiese adónde iba, o cuando no quería estudiar la lección.

P.—¿Entonces veo que el Cura de Ars entendió que estas mentiras se referían a la Aparición?

R.—Ni más ni menos; así lo entendió él; así se ha escrito en los periódicos.

P.—¿Pero tú no le engañaste?

R.—No. Estaba en el confesonario; pero no había dicho ni el *confiteor*, y no había ido a Ars para confesarme¹¹.

La conversación duró cerca de veinte minutos. Los cinco viajeros partieron el mismo día, sin llamar la atención y no parece que su breve estancia en la aldea fuese advertida por los peregrinos. Si, en adelante, el reverendo Raymond hubiese sido tan circunspecto como el santo Cura, es de creer que lo que se ha llamado *incidente de la Salette* no hubiera tenido lugar.

Por la mañana del día 26 de septiembre, no solamente el Rdo. Raymond hacía notar que el Cura de Ars se negaba a bendecir las medallas de Nuestra Señora de la Salette, sino que habiendo visto, sobre la cómoda de la sacristía, un sobre en el cual el Cura de Ars había escrito la dirección de Mons. Bruillard, le preguntó el vicario con su habitual *delicadeza*: «¿Qué es esto?».

—Quería, respondió el Santo, dar una carta a Maximino para que la entregase al obispo de Grenoble. El niño se negó a ello. Y añadió el Cura de Ars algo enojado: «Yo he quedado descontento de él, y él lo ha quedado de mí.»

Desde este momento, refiere el Rdo. Raymond, toda tentativa para obtener de él algunos pormenores de su entrevista con Maximino fue inútil. En vano, el señor Cura de Voiron primero, y después el señor Gerin, párroco de la catedral de Grenoble, sacerdote de los más respetables y unido por una amistad muy íntima con el siervo de Dios, fueron a Ars para aclarar dudas. Tan sólo cuando el reverendo Rousselot, vicario general, y el señor cura de Corps

¹¹ Señor DES BRULAIS, *L'Écho de la sainte Montagne*, op. cit., páginas 267-269.

—enviados por el obispo de Grenoble y portadores de una carta de Maximino en la que le autorizaba para hablar abiertamente de cuanto le había confiado— llegaron a Ars, el santo Cura consintió en explicar algo sobre el *incidente de la Salette*.

Y todo cuanto dijo entonces se resume en estas palabras, dictadas por la actitud ambigua de Maximino: «Si lo que me dijo el niño es verdad, no ha visto a la Santísima Virgen»¹². Conocemos la respuesta que Maximino dio al Rdo. Raymond: «Diga que miento y que no he visto nada». ¿Es temerario creer que estas palabras fueron repetidas al Cura de Ars tomándolas en el sentido menos favorable? Por otra parte, el Rdo. Vianney se acordaba de que el niño, después de hablarle de la *hermosa Señora* sin nombrar precisamente a la Santísima Virgen¹³, había pronunciado la palabra *mentiras*. El Cura de Ars, a quien no asistía siempre el don de intuición, pensó que el niño se retractaba de sus dichos pasados referentes a la Aparición misma¹⁴. Y una duda angustiada penetró en su espíritu...

Por ello, hubo de sufrir por espacio de ocho años una doble prueba: dudaba él; y los peregrinos, que nada hubieran tenido que saber, no ignoraban estas dudas. «La conmoción fue muy grande en torno suyo; los hechos, como ocurre en tales ocasiones, fueron amplificados y desnaturalizados»¹⁵. Los enemigos de la Salette «abusaron del nombre y de la autoridad del Cura de Ars»¹⁶. Las mismas almas piadosas se sintieron muy turbadas, cuando oyeron decir que la Aparición no había tenido efecto, pues un Santo como el Cura de Ars no creía en ella. El Rdo. Raymond, con su celo indiscreto, recomendó a unas religiosas de

¹² Rdo RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, pags 302 y 1 439 1 440

¹³ «Se, dice la señora Cristina de Cibems, que despues de la visita de Maximino al señor Cura este manifestó que el niño había dicho que no había visto a la Santísima Virgen, sino a una *hermosa senora* » (*Proceso apostolico continuativo* p 155)

¹⁴ «El Cura de Ars me dijo que Maximino le había manifestado, fuera de confesion, que era mentiroso. Se ha querido explicar esta frase diciendo que Maximino se refería a otras mentiras dichas en otras ocasiones, pero no en aquellas circunstancias. El Cura de Ars, que tuvo fe unos momentos en el milagro de la Salette, no creyo mas en el despues de haber visto a Maximino. Esto no puede ponerse en duda » (*Carta de Mons Chalandon, obispo de Belley, al cardenal Billiet, arzobispo de Chambery, el 26 de agosto de 1854*)

¹⁵ Condesa DES GARETS, *Proceso apostolico ne pereant* p 887

¹⁶ *Ibidem*

Pont-d'Ain por donde había pasado, que quitasen de su casa un cuadro de la Salette. Y como las religiosas se admirasen: «El Cura de Ars, les dijo, ha visto a Maximino y después no ha creído más en la Salette»¹⁷.

El Cura de Ars «tuvo gran pena de la publicidad que a causa de las indiscreciones del Rdo. Raymond se dio a este asunto»¹⁸. Es indudable que, como cualquiera otra persona, tenía perfecto derecho de juzgar según su criterio un hecho por otra parte reciente, y acerca del cual se habían suscitado ruidosas polémicas. La Iglesia no había convertido en dogma la visión de los dos niños... Pero el Cura de Ars, a quien los mismos obispos consultaban, no podía desconocer su influencia personal sobre las almas. Si de verdad, como algunos decían, había llí un mal entendido, ¡qué daño no se seguiría de que se divulgase una injusta desconfianza alrededor de un hecho real, que interesaba a la gloria de Dios!... «Tengo remordimientos, decía el Cura de Ars a las antiguas directoras de la *Providencia*: temo haber hecho algo contra la Santísima Virgen. Quisiera que Dios me iluminase sobre este punto. He orado mucho para conseguirlo. Si la cosa fuese verdadera, ¡oh!, entonces hablaría de ella, y si no lo fuese, todo habría acabado»¹⁹.

Mientras el obispo de Grenoble no se hubo pronunciado por la afirmativa, el Cura de Ars, al ser preguntado sobre la Salette, eludía fácilmente la respuesta rogando a los indiscretos que esperasen la decisión de la autoridad eclesiástica. Pero una vez que apareció, en septiembre de 1851, el *mandamiento doctrinal* de Mons. Bruillard, el Cura de Ars sintió mayores angustias. El prelado, de quien dependía la Salette, y a quien incumbía la obligación de resolver, acababa de afirmar que los dos pastores no habían sido engañados ni se habían engañado. El Rdo. Vianney hubiera querido inclinarse sin reservas ante este juicio... Pero ¡ay!, en sus oídos resonaban obstinadamente ciertas pa-

¹⁷ Sor SAN LAZARO, *Proceso apostolico ne pereant*, p 761

¹⁸ «Se que muchas personas supusieron que el Rdo Vianney había sido inducido a error por Maximino, pero se tambien que muchas otras, al enterarse de que el siervo de Dios no creía en la Salette, dejaron tambien de creer», dijo el Rdo Toccanter (*Proceso apostolico ne pereant*, p 310)

¹⁹ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostolico in genere*, p 123

labras de Maximino. El Cura de Ars no negaba nada, pero no podía recobrar la primitiva fe en la Aparición.

Además, cada día con mayor frecuencia, cuando el obispo se había ya pronunciado, el Santo, al atravesar por entre las multitudes de peregrinos, veíase rodeado de caballeros, señoras y aun sacerdotes que le preguntaban a quemarropa: «Padre, ¿hay que creer en la Salette?» El se sentía agobiado²⁰. Decidió responder con evasivas «a no ser que la calidad de las personas le obligase a exponer íntegramente su parecer. Fuera de estos casos, dejaba a los demás en su creencia, sin revelar a nadie su propio sentir»²¹. Un día, cuenta el señor Dubouis, cura de Fareins, estando yo presente, el primer vicario de San Sulpicio de París quiso saber su opinión sobre la Salette. El Cura de Ars se limitó a decirle que era menester amar mucho a la Santísima Virgen. Por tres veces insistió el vicario, y siempre recibió la misma respuesta²².

Finalmente, cesó la prueba. En octubre de 1858, unos diez meses antes de morir, el Cura de Ars volvió a su primer sentir acerca de la Salette. He aquí, dice el Rdo. Toccanier, cómo me refirió la historia de esta mudanza:

Hacia unos quince días que padecía una gran turbación interior, y mi alma se encontraba como arrastrada sobre la arena. Hice entonces un acto de fe sobre la Aparición y en seguida se restableció la calma en mi espíritu... Deseé entonces ver a un sacerdote de Grenoble para manifestarle lo que había pasado en mí. Al día siguiente, llegó de aquella ciudad un eclesiástico distinguido²³. Entró en la sacristía, y me preguntó qué había de pensar de la Salette. Yo le contesté: «Puede creerse».

Necesitaba, continúa el señor Cura, la cantidad necesaria para completar la fundación de una misión. Me encomendé a la *Virgen de la Salette* y encontré justo el dinero que necesitaba. Consideré este hecho como milagroso²⁴.

Desde entonces el Cura de Ars, «a pesar de que guarda-

²⁰ Rdo. DUFOUR, *Proceso apostólico in genere*, p. 354.

²¹ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 1.440.

²² *Proceso apostólico ne pereant*, p. 310.

²³ El canónigo Gerin, párroco de la catedral de Grenoble. Su entrevista con el Rdo. Vianney tuvo lugar el 11 de octubre. (*Carta del señor Gerin a Mons. Ginoulhiac*, de 13 de octubre de 1858.)

²⁴ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 310.

ba una gran reserva»²⁵ en las discusiones que todavía se suscitaban, favoreció las peregrinaciones a la Salette y alentó a los penitentes que le manifestaron sus deseos de subir a la *santa montaña*. Nuevamente bendijo y distribuyó estampas de la *Virgen llorosa*. No se sabe si volvió a hablar de ello en los catecismos: en esta época difícilmente se podía oír bien al Cura de Ars, y, por otra parte, su predicación no era ya otra cosa que un himno a Dios y a la presencia real de Jesucristo. Sea de ello lo que fuere, no dejó, siempre que se le ofreció coyuntura, de pronunciarse en favor de la Aparición.

El canónigo Rdo. Oronte Seignemartin, párroco de la catedral de Belley y antiguo cura de Saint-Trivier-sur-Moidegnans contaba en 1876 lo siguiente:

Me hallaba en una reunión de sacerdotes, cuando llegó el Cura de Ars. Le pregunté qué pensaba de la Salette, y me respondió en tono algo grave: «Creo en ella firmemente»²⁶.

A fines de 1858, cuenta Magdalena Mandy Scipiot, mi madre estaba enferma. Pedí permiso al señor Cura para hacer un voto a la Virgen de la Salette. Me contestó que no era necesario; que lo hiciese a Nuestra Señora de Fourvière. «Pero en cuanto a la Salette, añadió, puedes creer en ello; yo lo creo de todo corazón»²⁷.

²⁵ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.039.

²⁶ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 638. El Rdo. Seignemartin fue nombrado cura de Saint-Trivier en 1853.

²⁷ *Proceso apostólico in genere*, p. 271.

XX. ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ÚLTIMOS AÑOS

III. EL CURA DE ARS, CANÓNIGO DE BELLEY Y CABALLERO DE LA LEGIÓN DE HONOR. LA FIESTA DEL 8 DE DICIEMBRE DE 1854

Un canonicato impuesto por sorpresa.—La venta de la muceta.—El Cura de Ars propuesto para la Legión de Honor.—Comentarios del nuevo caballero.—El envío de la cruz.—El Cura de Ars y la Santísima Virgen.—En la aldea de Ars el 8 de diciembre de 1854.

Puede asegurarse sin peligro de error que, hacia el año 1850, el Rdo. Juan-María Vianney, Cura de Ars, era el sacerdote más célebre de toda Francia. Ya hacía unos diez años que en París lo escogido de la sociedad se congregaba en torno de la catedral de Notre-Dame. Pero ya el humilde cura, cuya iglesia nunca se vaciaba, era más conocido que el elocuente Lacordaire. Sin embargo, una celebridad de tan buena ley no le había valido ninguna distinción. «¡He aquí el Santo!», exclamaba la multitud a su paso. Toda otra gloria parecía perderse en ésta. Por esta razón, Mons. Devie, que le tenía en gran estima, juzgó ocioso nombrarle canónigo de la catedral. Además, la costumbre se oponía a que un simple cura recibiera este honor.

Mons. Chalandon, que sucedió a Mons. Devie (25 de junio de 1852), no abundó en el mismo parecer que su venerado antecesor. Obispo auxiliar desde hacía dos años, había tenido ocasión de conocer al Rdo. Vianney. Una de sus primeras resoluciones fue dar la muceta, contra toda costumbre, al sacerdote más digno de su diócesis.

Tres meses, día por día, después de su elevación a la se-

de de Belley —el lunes 25 de octubre— el joven prelado, acompañado de su vicario general, señor Poncet, y del conde Próspero des Garets, apareció en el umbral de la iglesia de Ars. El Rdo. Raymond, advertido de la visita, les estaba aguardando. El Cura de Ars confesaba en la sacristía.

Anúnciale la llegada de su Ilustrísima. Revestido con la sobrepelliz de manga estrecha, se apresura, a través de la multitud de penitentes, para ofrecer agua bendita al prelado, según lo dispone el ritual. Al mismo tiempo, puesto que es la primera vez que le saluda como obispo¹, cree ser deber suyo dirigirle una breve discurso... Pero Monseñor oculta algo bajo su muceta. Con un movimiento rápido el prelado sacó el objeto misterioso: los pliegues de seda negra y roja adornados de blanco armiño muestran sus reflejos de tornasol. El Cura de Ars lo ha entendido. «No, Monseñor, dice rehusando; dad esto a mi vicario; lo llevará mejor que yo.» Protesta inútil. Ayudado de los Rdos. Poncet y Raymond, el obispo impone al Cura de Ars la muceta de canónigo honorario; la muceta queda atravesada y, como el interesado se esfuerza en desasirse de ella, a duras penas puede el prelado abrocharle hasta la altura de los hombros. Entretanto, han entonado ya el *Veni Creator*. Las últimas palabras de protesta del canónigo Vianney quedan ahogadas por las voces de los cantores, y el prelado entra en la iglesia.

Nuestro pobre cura, refiere la señora del castillo, parecía un condenado a muerte con la cuerda atada al cuello y camino del caldoso. Se refugió en la sacristía. El señor des Garets fue tras él y le encontró cuando se arrancaba su desdichada muceta. El alcalde no pudo determinarle a que la conservase puesta sino haciéndole presente que de lo contrario haría injuria al obispo².

Entonces, dice el Hermano Atanasio, en lugar de ponerse en el sitio de costumbre, se retiró detrás de la puerta de la sacristía como pretendiendo ocultarse. Le dije al oído: «Señor Cura, no se quede

¹ Aquel día, Mons Chalandon no hacía en Ars la *vista pastoral* propiamente dicha. Hizola al año siguiente, después de la llegada del Rdo. Toccanier como auxiliar del santo Cura (septiembre de 1853), según lo testifican los registros parroquiales

² Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 918

usted aquí: está en la corriente de aire. —Estoy muy bien aquí; déjeme usted», me respondió³.

Se celebró en la iglesia una breve ceremonia, durante la cual el obispo de Belley dirigió la palabra al pueblo. Naturalmente, el tema fue la promoción del santo Cura al canonicato de honor. El nuevo canónigo estaba tan desconcertado, que no cuidaba de arreglar su muceta, cada vez más atravesada⁴. «Hubiérase dicho, refiere Juan Bautista Mandy, hijo del antiguo alcalde, que el señor Cura tenía espinas en la espalda»⁵. Cuando se dirigió en aquella guisa a la casa parroquial al lado de Monseñor, una de sus parientes, que sin duda no estaba al corriente de lo que pasaba (Magdalena Mandy Scipiot), «no lo reconoció»; si hay que dar crédito a sus palabras, «tenía el aspecto de un condenado a muerte»⁶. «Aquello fue, dice la condesa des Garets, la escena más divertida que imaginarse pueda»⁷.

El prelado partió y, una vez pasada la emoción, el canónigo Vianney consideró que le había hecho un buen regalo. En seguida procuró sacar de él recursos para sus obras, y buscó... un comprador.

Acababa de llegar de Villefranche, refiere la señorita María Ricotier, y fui a dar cuenta al señor Cura de un encargo que me había hecho. «Llega usted en muy buena ocasión, me dijo; quiero venderle mi muceta. La he ofrecido al señor cura de Amberieux (el Rdo. Borjou) y se ha negado a darme por ella 12 francos; usted me dará por lo menos 15...

—Es de más precio.

—¿Le parece bien 20?»

Puse 25 francos en sus manos, y añadí: «No es todavía su verdadero valor; pero ya me enteraré». Supe que la muceta había sido confeccionada en el noviciado de las Hermanas de San José de Bourg, y que había costado 50 francos. Dile 25 francos más y le dije: «Su muceta de canónigo es mía, pero el usufructo de la misma es suyo.» Se puso el señor Cura tan contento que exclamó: «¡Oh, que Monseñor me dé otra, y sacaré dinero!»

³ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 859

⁴ *Ibid.*, *Proceso apostólico in genere*, p. 248

⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 610

⁶ *Proceso apostólico in genere*, p. 270

⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 918

Quiso empero que me la llevase. «Si en alguna ocasión, replicó, el señor obispo exige que me la ponga, siempre la encontraré en su casa»⁸.

Y con la conciencia tranquila, escribía diez días después al prelado para hacerle partícipe de su dicha:

Monseñor, la *muceta* que tuvisteis la caridad de darme, me ha causado un gran placer; pues no tenía bastante dinero para completar una fundación, y la he vendido por 50 francos. Con este precio he quedado muy contento⁹.

En adelante, no quiso jamás, a pesar de reiteradas instancias, aparecer vestido de canónigo ni en presencia de su obispo¹⁰. El Rdo. Toccanier le dijo un día: «Pero, señor Cura, ¿por qué no lleva usted la *muceta*? —¡Ah! amigo mío, respondió, sonriendo, vea usted; soy más listo de lo que se imaginan: se disponían a burlarse de mí, al verla sobre mis hombros, y yo los he cogido a todos.

—Sin embargo, por atención hacia Monseñor, debía usted llevarla. Usted es el único a quien el nuevo obispo ha querido honrar: después de usted, no ha nombrado más canónigos.

—¡Oh!, replicó el humilde sacerdote, «es que el señor obispo lo ha hecho con tan poca fortuna la primera vez, que no ha querido repetirlo»¹¹.

* * *

El movimiento que arrastraba las multitudes hacia Ars llegó a interesar a los poderes públicos. El gobierno civil de Ars consideraba al Rdo. Vianney como hombre tan popular

⁸ *Proceso del Ordinario*, p 1 337

⁹ Esta carta es de 4 de noviembre de 1852

¹⁰ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p 860

¹¹ Rdo TOCCANIER, *Notas manuscritas*, 27 — El dialogo tenia lugar antes del 19 de mayo de 1856, pues, este día, Mons Chalandon nombro canonigo al ilustre sacerdote señor Gorini, cura al servicio de Saint Denis y autor de la *Defense de l'Eglise* «Para honrar la piedad, le escribia el prelado en 19 de mayo, he nombrado canonigo honorario al señor Cura de Ars, para honrar la ciencia eclesiastica concedo a usted la misma distincion » (MARTIN, *Vie de M Gorini, cure de la Tranchere et de Saint Denis*, Paris, Tolra, 1863, p 238) Estos fueron los dos unicos nombramientos de canonigos que hizo Mons Chalandon durante los seis años que ocupó la silla de Belley, antes de ser arzobispo de Aix (1857) Pocas veces, un obispo habra recompensado mayores meritos, y habra honrado cargos mas humildes El señor Gorini murio el 25 de octubre de 1859, tres meses despues del Cura de Ars

como bienhechor. El 30 de junio de 1855, el subprefecto de Trevoux, marqués de Castellane, escribía al obispo de Belley:

Monseñor:

Tengo el honor de remitiros una copia de la relación que acabo de enviar al señor Prefecto, con el intento de que se conceda al Cura de Ars una distinción honorífica.

No dudo de que el Gobierno del Emperador, deseoso de recompensar el verdadero mérito, tendrá en cuenta los eminentes servicios que presta cada día el reverendo párroco Vianney.

La relación del marqués de Castellane comenzaba así:

Señor Prefecto:

En un reducido municipio de mi jurisdicción, cuya población es de 510 habitantes, hay un cura a quien una santidad evangélica y una eminente piedad han acarreado una celebridad europea.

El nombre del Rdo. Vianney, Cura de Ars, se adivina en las precedentes líneas, por generales que sean.

El municipio de Ars, que era antes el más ignorado entre todos los de mi distrito, ve hoy cómo afluyen a él multitudes prodigiosas de peregrinos.

Ha sido menester organizar servicios de transportes, y desde hace mucho tiempo funcionan con regularidad...

Este concurso de gentes que dura desde hace años, y que se debe únicamente a la reputación de santidad de un modesto sacerdote, constituye un hecho verdaderamente milagroso en un siglo que ha heredado doctrinas antirreligiosas y hostiles a la fe cristiana.

La confianza de las gentes en el Cura de Ars es ilimitada; es aquella fe evangélica que transporta las montañas.

Meciónanse infinidad de hechos que sería difícil explicar por causas puramente naturales.

Lo limitado de esta relación no me permite consignarlos. Baste hacer constar que no hay nada de charlatanismo en la manera de obrar del venerable Cura de Ars.

El párroco Vianney es un segundo San Vicente de Paúl cuya caridad obra milagros...

Finalmente, el subprefecto de Trevoux, después de haber enumerado las obras debidas a la iniciativa del Santo, concluye con estas palabras:

Aun desde el solo punto de vista material, es un hombre eminentemente útil.

Por consiguiente, tengo el honor, señor Prefecto, de rogar a usted tenga a bien proponer, con motivo de la próxima fiesta de Su Majestad, que el Rdo. Vianney, Cura de Ars, sea nombrado caballero de la Orden Imperial de la Legión de Honor.

Al recibir esta exposición, el prefecto de Ars, conde de Coëtlogon, hizo las gestiones necesarias cerca del señor Fortoul, ministro de Instrucción Pública y de Cultos; y el día 11 de agosto el señor ministro tenía el gusto de comunicar al obispo de Belley que, por decreto especial del mismo día, la cruz de caballero era otorgada al Cura de Ars.

El nombramiento apareció en los periódicos, y el nombre del párroco Vianney obtuvo un éxito de piadosa y simpática curiosidad. El alcalde, señor des Garets, comunicó la noticia. «¿Tiene asignada alguna renta esta cruz?... ¿Me proporcionará dinero para mis pobres? —preguntó el Santo sin manifestar contento ni sorpresa.

—No. Es solamente una distinción honorífica.

—Pues bien, si en ello nada ganan los pobres, diga usted al Emperador que no la quiero»¹².

Naturalmente, el conde des Garets no se encargó de una comisión tan original. Mas he aquí que un pintor, pensando que así sería bien recibido, ofreció sus servicios al *Señor Canónigo Vianney, caballero de la Legión de Honor*. El pobre artista quedó bien decepcionado. «Quieren de todas maneras, escribía el 8 de agosto la condesa des Garets, hacer el retrato del señor Cura. El se niega y dice riéndose: Le aconsejo a usted que me pinte con la muceta y la cruz de la Legión de Honor, y que abajo escriba: ¡nada, orgullo!».

Un sacerdote, aludiendo a estas insignias, le decía bromeando: «Señor Cura, todas las potestades de la tierra os condecoran. No dejará Dios de condecoraros en el cielo.

—Esto es lo que me da miedo, dijo el Santo con cierta seriedad: que cuando venga la muerte y me presente a Dios con estas bagaetas, me diga: Vete, ya has recibido tu recompensa»¹³.

Mons. Chalandon, en su calidad de oficial de la Legión

¹² Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 830.

¹³ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 176.

de Honor, recibió el encargo de imponer la cruz al Cura de Ars. No sabemos por qué causas fue aplazada la ceremonia hasta noviembre. En este intervalo el Rdo. Vianney recibió de la Gran Cancillería un pliego en el cual se le pedían doce francos por el envío del título y de la cruz. ¡Doce francos!... dijo sobresaltado. «Pero, ¿acaso no he rehusado?... ¡No, de ninguna manera! Prefiero emplear este dinero en alimentar a doce pobres»¹⁴. La nota fue entregada al reverendo Toccanier, quien sin saberlo el Rdo. Vianney satisfizo su importe¹⁵. «Yo no envié el dinero, decía más tarde y, sin embargo, ellos me enviaron la cruz»¹⁶.

En octubre, el prefecto, católico practicante, fue en persona a felicitar al nuevo legionario. El encuentro tuvo lugar en la plaza del pueblo. Después de los primeros saludos, dijole el Santo: «Señor Prefecto, le ruego que dé esta cruz a personas más dignas. En lugar de esto, preferiría algo para mis pobres.

—Pero si el Emperador le ha concedido la cruz más para honrar a la Legión que para honrarle a usted...»

Iba a continuar, cuando el párroco Vianney le interrumpió con esta frase que pronunció con amable sonrisa: «Señor Prefecto, yo ruego a Dios que le conserve mucho tiempo en el departamento del Ain, para que pueda hacer mucho bien con sus buenos consejos y, sobre todo, con sus buenos ejemplos». Y dicho esto, entregó al conde de Coëtlogon una medalla de la Santísima Virgen, le saludó y se metió en el confesonario.

Llegó el mes de noviembre. Mons. Chalandon, delegado oficial para la entrega de la cruz, se acordó de la suerte que había corrido hacía unos tres años la hermosa y nueva muceta del canónigo Vianney. Pensó, sin juzgar temerariamente, que la cruz de la Legión de Honor iría a parar también «al cepillo de los pobres». Y ¿valía la pena que el primer pastor de la diócesis se tomase la molestia de ir a entregar al incorregible Cura de Ars una alhaja que sería trocada en moneda quizá por la noche del mismo día? El prelado creyó

¹⁴ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 830.

¹⁵ Rdo. PELLETIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 399.

¹⁶ Catalina LASSAGNE, *id.*, p. 120.

* * *

del caso subdelegar al sucesor del Rdo. Raymond, al excelente Padre Toccanier.

Este, pues, recibió del obispo de Belley el pequeño estuche sellado con un gran precinto rojo que encerraba la estrella dorada. A eso del mediodía, el reverendo Toccanier aprovechó un momento en que el párroco Vianney estaba solo en su cuarto para presentarle el cofrecito con el sello imperial. El Hermano sacristán, los Hermanos profesores, Catalina Lassagne y Juana-María Chanay, que estaban advertidos, se ocultaban en el rellano de la escalera. Cuando el Rdo. Toccanier comenzó a hablar, los curiosos aparecieron.

«Señor Cura, dijo el joven misionero, tal vez sean reliquias que os envían.»

El siervo de Dios no supo entender la broma, y deseoso de venerar las reliquias, rompió el precinto de cera.

—«No es más que eso!, dijo, al ver la honrosa joya.

—Advierta, señor Cura, que esta condecoración remata en una cruz, bendígala usted. Y cuando con amplio ademán la hubo bendecido, díjole el Rdo. Toccanier: Ahora permítame que la ponga por unos momentos sobre su pecho.

—¡Oh, amigo mío!, ya me guardaré bien de ello. Podrían decirme lo que San Benito dijo al escudero del rey Totila que le salió al encuentro con la púrpura real: Quítate estas insignias de una dignidad que no te pertenece».

Y poniendo la cruz de la Legión de Honor en la mano del «subdelegado» episcopal: «Tome, amigo, le dijo; sea tan grande su placer al recibirla como lo es el mío en dársela»¹⁷.

De esta manera fue condecorado «el pobre Cura de Ars». No habiendo permitido que le pinchasen la sotana, sólo una vez había de ostentar la cruz de caballero: ¡sobre su ataúd!¹⁸.

¹⁷ Todos estos pormenores están tomados de las declaraciones del Rdo. Toccanier: *Proceso del Ordinario*, p. 175, y *Proceso apostólico in genere*, p. 168. — Para que no hubiese dudas sobre la propiedad de esta cruz después de su muerte, el Cura de Ars la dejó al Rdo. Toccanier por testamento ológrafo depositado en la notaría del señor Camilo Monnin, de Villefranche. (Señor Camilo Monnin, *Proceso apostólico continuativo*, p. 262).

¹⁸ Rdo. DUBOUIS, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 901.

¿Cómo explicar, en nuestro Santo, este desprecio de los honores y de los intereses de la tierra? Se ha dicho de él: «Todo cuanto se refería al orden sobrenatural y al reino de Dios le apasionaba el corazón»¹⁹. No podía, por lo tanto, hallar alegría y descanso fuera de los pensamientos y de las cosas religiosas. Únicamente amaba las fiestas de la Iglesia.

Hasta el fin de su vida, los ancianos de Ars han conservado el recuerdo de una fiesta única, en la cual el párroco Vianney manifestó una alegría extraordinaria, entusiasta. En noviembre de 1854, mientras Roma se disponía a celebrar magníficamente la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, el Cura de Ars preparaba su humilde parroquia para tan solemne acontecimiento. Algunos días antes de la proclamación de esta verdad de fe, cuenta la baronesa de Belvey, oí cómo el siervo de Dios predicaba un sermón de circunstancias, en el cual recordaba, con transportes de alegría, todo lo que había hecho por María Inmaculada... Un escalofrío pasó por todo el auditorio cuando al terminar, exclamó: «¡Si para dar algo a la Santísima Virgen pudiese venderme, me vendería!»²⁰.

La solemnidad que se acercaba ¿no era para nuestro Santo una ocasión excepcional para testimoniar a Nuestra Señora un afecto de más de sesenta años? Había amado a María desde niño. Una vez sacerdote, había trabajado con todas sus fuerzas para propagar su culto. Para convencerse de ello, les bastaba a los peregrinos el ver imágenes de la Virgen en todas las fachadas del pueblo. En cada casa había una imagen en colores de la Madre de Dios, ofrecida por el señor Cura y en la parte inferior de la cual había puesto su firma²¹. En 1814, el párroco Vianney había colocado una gran estatua de la Inmaculada en el frontispicio de la iglesia. Ocho años antes, el 1.º de mayo de 1836,

¹⁹ MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1.123.

²⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 235.

²¹ Estas litografías, editadas en León y pintadas con mal gusto, se conservan todavía en muchas casas de Ars.

«había consagrado su parroquia a María concebida sin pecado. El cuadro destinado a perpetuar esta consagración, dice Catalina Lassagne, fue puesto en la entrada de la capilla de la Santísima Virgen²². Algún tiempo después, mandó hacer un corazón dorado, que todavía hoy pende del cuello de la *Virgen milagrosa*²³; los nombres de todos los feligreses de Ars, escritos sobre una cinta de seda blanca, están encerrados en este corazón»²⁴.

En las festividades de María, «las comuniones eran cada vez más numerosas y la iglesia no quedaba ni un momento vacía»²⁵; por la tarde, la nave y las capillas laterales apenas podían contener la concurrencia: es que nadie quería perder la homilía del párroco Vianney en honor de la Santísima Virgen; «verdaderamente, era emocionante el entusiasmo con que hablaba de su santidad, de su poder y de su amor»²⁶.

Pero cuando se superó fue el día inolvidable del 8 de diciembre de 1854, cuando el papa Pío IX definió, «en virtud de la autoridad de los santos apóstoles Pedro y Pablo y de la suya propia», que «la bienaventurada Virgen María fue preservada de toda mancha de pecado original desde el primer instante de su concepción». A pesar de su cansancio, quiso cantar la misa mayor, y usó por primera vez y con gran alegría una magnífica casulla de terciopelo azul bordado en oro, cuyas figuras y finas labores había diseñado el arquitecto Bossan²⁷. El coro y la nave lucían sus mejores adornos.

²² Este gran cuadro de fondo azul lleva esta inscripción en letras de oro *Consagración de la parroquia de Ars a María, concebida sin pecado, hecha el 1º de mayo de 1836, por el Rdo Juan María Vianney, Cura de Ars*. En Lion, se encuentra una reproducción en la vieja capilla de Fourviere. Y, justamente, parece que el párroco Vianney, al consagrar su parroquia a la Virgen, pensaba en Nuestra Señora de Fourviere (Desde antiguo, tenía el proyecto de conducir cada año a sus feligreses a aquel centro de peregrinaciones, solo una vez, el 6 de agosto de 1823, pudo realizar este en sueño de su piedad.)

²³ La señorita Lassagne llama *milagrosa* la imagen de Nuestra Señora de Ars, ya por razón de las conversaciones maravillosas que tuvieron lugar delante de su altar, ya porque es una reproducción de la Virgen de la *medalla milagrosa*. El primer motivo parece ser el más aceptable.

²⁴ *Petit memoire* tercera redacción, p. 46

²⁵ MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 965

²⁶ Canonigo GARDETTE *Proceso apostólico ne pereant*, p. 921

²⁷ Costo 1 400 francos y fue un regalo de los feligreses a su pastor. Todos

Por la tarde, después de vísperas, «toda la parroquia fue en procesión a la escuela de los Hermanos, donde el señor cura bendijo una imagen de la Inmaculada, regalo suyo, levantada en el jardín»²⁸. Por la noche, aparecieron iluminados el campanario, las paredes de la iglesia y las fachadas de las casas. Se cerró la fiesta con una función religiosa, en la cual el párroco Vianney tomó la palabra: «¡Qué felicidad!, ¡qué felicidad!, exclamaba al comenzar la homilía. Siempre lo había pensado que en medio del resplandor de las verdades católicas faltaba este rayo de luz. Era un vacío que no podía faltar en nuestra religión»²⁹.

¡Una iluminación! Era una novedad para los feligreses y para el mismo Cura. Antes de salir a contemplar aquella maravilla, el Santo en persona echó las campanas al vuelo; duró tanto el repique, dice Catalina, «que acudieron de las parroquias vecinas, pensando que se trataba de un incendio». «El señor Cura paseaba gozoso entre los sacerdotes presentes y los Hermanos, a la luz de los blandones»³⁰. Aquella fiesta fue uno de los días más felices de su vida. Casi septuagenario, parecía haber vuelto a los veinte años. Jamás un hijo se ha mostrado más dichoso, al presenciar el triunfo de su madre. Tan «grande manifestación de júbilo» él mismo la había inspirado y organizado³¹.

quisieron contribuir «Su adquisición, escribe Catalina Lassagne, fue verdaderamente una ofrenda de los pobres» (*Petit memoire*, primera redacción, p. 33) «Puede extrañar que el párroco Vianney hiciese confeccionar este ornamento de fondo azul para las solemnidades de la Virgen. Pero el obispo de Belley, que lo examinó, halló tan sobrecargado de bordados, que autorizó su uso como si el fondo hubiese sido de oro»

²⁸ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1 064

²⁹ Rdo TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 158

³⁰ *Petit memoire*, tercera redacción, p. 49

³¹ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 900



Breviario y gafas de Juan Maria Vianney

Uno de los principales testigos en el proceso de canonización del Cura de Ars, Catalina Lassagne, declaró «Tenía una gran devoción a la Santísima Trinidad. Poseía una estampa que representaba a las Tres Divinas Personas y le servía para señalar las páginas del Breviario, cuando cambiaba de tomo del Breviario, nunca se olvidaba de coger la estampa»

XXI. ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ÚLTIMOS AÑOS:

IV. HACIA LA «TRAPA DE LA NEYLIÈRE»

El párroco Vianney terciario de San Francisco.—El párroco Vianney y el Rdo. P. Colin.—La «Trapa» de Nuestra Señora de Neylière.—Un nuevo obispo de Belley.—El Rdo. Toccanier, misionero de Pont-d'Ain, nombrado auxiliar del párroco Vianney.—Proyecto de retiro.—Un secreto bien guardado.—A las orillas del Fontblint.—La vuelta a la casa parroquial.—La imprevisión de un Santo.—Un plan mal combinado.—Prueba y tentación.—Las tentativas de los habitantes de Dardilly.—Enfermedad y muerte de Francisco, el mayor.

Los habitantes de Ars, a pesar de la promesa que les había hecho su Cura de no dejarles nunca, no se olvidaban de los apuros en que les dejó en septiembre de 1845. Cinco años después, un venerable capuchino, el Padre Leonard del convento de Brotteaux de Lión, recibió al párroco Vianney en la tercera orden de San Francisco, y los feligreses manifestaron por ello gran inquietud: «Han creído, decía la señora des Garets, que iba a entrar capuchino»¹. El rumor no carecía de fundamento. El párroco Vianney había manifestado sin ambages al Padre Leonard, con quien se confesaba muchas veces, el deseo de ser recibido en su Orden; pero el buen religioso, a quien nunca cegó la ilusión de una tan magnífica conquista, «le hizo ver que podía hacer mucho más bien quedándose en su parroquia que entrando en un monasterio; como insistiese de nuevo, el Padre Leo-

¹ Proceso del Ordinario, p. 897

nard le explicó en qué consistía la Orden Tercera, y cuál era su regla; poco después, el párroco Vianney pedía el hábito terciario... Y los mejores de entre sus feligreses se apresuraron a seguirle por este camino»².

Dos años después, el 8 de diciembre de 1846, el Padre Eymard, religioso marista y futuro fundador de la Congregación del Santísimo Sacramento, había agregado al Rdo. Vianney a la tercera orden de María³. Era ésta una institución reciente del R. P. Juan Claudio Colin, antiguo discípulo del Cura de Ars, en Verrières y en San Ireneo de Lión. Los que temblaban al sólo pensamiento de que el Santo podía aún dejarles, no sospechaban que aquí precisamente se ocultaba el peligro.

Juan Claudio Colin, incitado por Dios para establecer en Francia y después en todo el mundo la Sociedad de María, había sido siempre hondamente simpático a Juan-María Vianney. Ambos sentían un gusto innato por la oscuridad y la sencillez y ambos tenían una tierna devoción a María Santísima; sus relaciones de amistad se habían conservado fidelísimas. El Padre Colin enviaba con frecuencia sus religiosos para que consultasen al amigo de Ars, y el santo Cura aplaudía, con toda su alma, las iniciativas del fundador de los Maristas. Cuando los primeros misioneros partieron para Oceanía, el párroco Vianney les ayudó con sus oraciones, y trabajó en procurarles recursos.

Sin embargo, en medio de sus ministerios apostólicos, el pensamiento de la soledad, del destierro, donde podría tratar íntimamente con Dios, su único contento, le aguijoneaba y le hacía sufrir. Pero ¿adónde iría para poder encontrar este desierto? ¿No había dicho Mons. Devie que, mientras viviese, jamás el párroco Vianney saldría de su diócesis?... Un rayo de luz, empero, brilló en el horizonte.

² Alfonso GERMAIN *Les bienheureux J B Vianney, Tertaire de Saint François*, Paris Poussielgue, 1905, p. 59 — Una declaración del R. P. Leonard, en la que certifica el ingreso del parroco Vianney en la Tercera Orden de San Francisco, en Ars, en 1848, ha sido reproducida en los *Analecta Ordinis Minorum Capuccinorum*, n.º de junio de 1904

³ Entonces, la Iglesia no prohibía afiliarse a varias terceras ordenes — Una nota manuscrita, hallada entre los papeles del Padre Eymard, afirma claramente la recepción del Rdo. Vianney, Cura de Ars, el 8 de diciembre de 1846 (*Escritos del venerable Padre Eymard*, legajo de su causa de beatificación p. 87) Cf. *Annales de la Societe de Marie*, 15 de febrero de 1923, p. 344

Desde 1842 el venerable Padre Colin había pensado en una nueva fundación: una casa de Adoración perpetua, cuyos miembros habían de dedicarse a la oración y a la penitencia. No habiendo tenido resultado un primer ensayo hecho en Marcellange, en el Alier, la Sociedad de María adquirió en 1850 una propiedad llamada la Neylière, situada cerca de Saint-Symphorien-sur-Coise, a 45 kilómetros de Lión. Situada entre graciosas colinas, lejos de todo bullicio, era un retiro ideal para los contemplativos.

Alentado por muchos prelados y especialmente por Mons. Devie, obispo de Belley, el Padre Colin hizo los preparativos necesarios para instalar sobre aquel Tabor una docena de religiosos, a los cuales irían a juntarse «muchos eclesiásticos de Francia y aun de Inglaterra, ajenos a la Sociedad de María, que habían pedido formar parte de la nueva obra»⁴. El domingo, 16 de mayo de 1852, siete padres y cinco hermanos coadjutores se encerrarían en *Notre Dame de la Neylière*, y comenzarían a guardar perpetuo silencio, uno de los puntos fundamentales de su regla.

Todas estas cosas fueron explicadas al párroco Vianney, que comenzó a soñar en ello.

Un acontecimiento, no del todo inesperado, alentó sus esperanzas. En 1850, Mons. Devie, gastado por los años —había cumplido los ochenta y cuatro—⁵ y por tres decenas de un laborioso episcopado, había pedido a la Santa Sede un coadjutor. Le fue concedido en la persona de un sacerdote lionés, Mons. Jorge Chalandon, vicario general de Metz, cuya consagración tuvo lugar en la misma ciudad de Belley el 12 de enero de 1851. «Ante esta noticia, dice la baronesa de Beley, el Cura de Ars mostró gran alegría»: «Confío, decía, que este nuevo obispo me autorizará para destrarme»⁶. El 25 de julio de 1852, dos meses después de la inauguración de la *Trapa mitigada* de la Neylière, Mons. Devie era llamado por Dios, y Mons. Chalandon, hasta entonces obispo *in partibus de Thaymacum*, ascendía a la silla de Belley. El Cura de Ars creyó que habían desaparecido ya

⁴ *Le tres Reverend Pere Colin Lyon Vitte*, 1900 p. 935

⁵ Había nacido en Montelimar el 22 de enero de 1767

⁶ *Proceso apostolico ne pereant*, p. 480

todos los obstáculos, y pensó en seguida en una nueva fuga: se refugiaría en la casa de la Neylière para llorar su pobre vida, y acabar sus días en la oración y la penitencia. El padre Colin, enterado de estas intenciones, le aconsejó que no se precipitase. Ambos aguardaron la ocasión favorable.

* * *

Esta pareció presentarse en septiembre de 1853.

El párroco Vianney presentía, desde hacía algunos meses, que no tendría mucho tiempo a su lado a su auxiliar: el pueblo de Ars deseaba la salida de aquel sacerdote de carácter poco asequible; y el mismo Rdo. Raymond, convencido de que nunca llegaría a poseer la parroquia de Ars, había pedido el traslado. Monseñor puso los ojos, para que le reemplazase, en un joven de la sociedad de misioneros establecida en Pont-d'Ain, y cuyo superior era el canónigo Camelet. El P. Camelet era muy apreciado del párroco Vianney, quien, durante el jubileo de 1847⁷, había tenido ocasión de conocer sus talentos y su celo. El obispo de Belley juzgó con razón que al Cura de Ars, hacia quien las multitudes afluían de día en día, le convenía un ayudante capacitado para aquel ministerio y que, cuando el excesivo concurso lo demandase pudiera llamar en su auxilio a compañeros siempre prestos a acudir. Mons. Chalandon escogió al Rdo. Toccanier, señalado por el P. Camelet como el de mejores dotes para cargo tan delicado. De 31 años de edad⁸, el Rdo. Toccanier era de aspecto robusto, y su buen porte contrastaba con la extenuación del santo Cura; pero su elocuencia viva, penetrante, personal, oportuna y sencilla, recordaba la del Cura de Ars, además, por ser muy piadoso, bueno y amable, parecía el más indicado para estar junto a nuestro Santo⁹.

El retiro parroquial se abrió, aquel año, en el seminario mayor de Boron el lunes, 29 de agosto. Los Rdos. Toccanier

⁷ En el pedestal de la cruz que se levanta en la plaza de Ars se lee todavía esta inscripción *Jubileo predicado por el P. Camelet, superior de los misioneros de Pont d'Ain, julio de 1847*

⁸ Nacido el 3 de noviembre de 1822, en Seyssel (Ain)

⁹ En 1909 los misioneros de Pont-d'Ain escogieron por centro el pueblo de Ars

y Raymond se encontraron allí. El vicario general señor Poncet comunicó al señor Raymond que había sido nombrado cura de Polliat; y el P. Camelet, por su parte, dio orden al Rdo. Toccanier de trasladarse a Ars en calidad de *auxiliar residente*.

Si hay que dar crédito a Catalina Lassagne, el párroco Vianney ignoraba «estas combinaciones», cuando, el jueves, 1.º de septiembre le dijo, mientras ella le servía en su habitación la comida del mediodía: «Esta vez sí que he de partir. Mi cuñado Melin, que vive en la parroquia de San Ireneo (de Lión), me aguarda. Me marcharé el lunes por la noche. Guarda secreto.

—¡Oh, señor Cura!, usted no nos ha de dejar, replicó la pobre Catalina. Y entonces le recordó una vieja historia de diez años atrás: su estancia en Dardilly; las multitudes que iban en su busca, su emocionante regreso a Ars... Nada consiguió. —Lo dicho, dicho: Monseñor no me necesita; tiene bastantes sacerdotes»¹⁰.

El sábado por la tarde, llegó el señor Poncet, vicario general, acompañado de los Rdos. Raymond y Toccanier. «El bueno del señor Cura, cuenta este último, nos recibió muy amablemente, pero se le veía inquieto.» Por la noche, el vicario general le manifestó los deseos del prelado con respecto al porvenir: el Cura de Ars tendría en adelante cuantos auxiliares fuesen posibles. A esto, el Santo no opuso ningún reparo. Le habló después por su cuenta el Rdo. Raymond para decirle en qué términos, al día siguiente, durante la Misa mayor, presentaría a su sucesor el Rdo. Toccanier.

Este ofició el domingo por la mañana y el Rdo. Ray-

¹⁰ Para referir esta tercera tentativa de fuga hemos acudido a varias fuentes: la *Petit memoire*, de Catalina LASSAGNE, tercera redacción, p. 26-30, y las otras declaraciones de la misma en el *Proceso del Ordinario*, p. 1 466, *ne pereant*, p. 413 y 425, las del Rdo. RAYMOND *Vida* manuscrita, p. 178, *Proceso del Ordinario*, p. 1 437, *ne pereant*, p. 531 del Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 272, *in genere*, página 161, mas una *memoria* manuscrita del Hermano ATANASIO, *Proceso ne pereant*, página 1 018 *in genere*, página 218, del conde Prospero DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, página 944, de Miguel TOURNASSAND, *Proceso apostólico ne pereant*, página 1 123 Para la última parte de este relato utilizaremos las *cartas* y las *memorias* procedentes de la Sociedad de Maria, y especialmente los *Annales de residences, de seminaires des colleges et autres oeuvres en Europe et en Amerique*, 1815-1902 Tournai, Castermann, 1904, p. 157 y 270

mond echó el discurso previsto. Después de comer, el vicario general marchó a Trevoux, donde había de presidir la clausura de un retiro de religiosas, y el antiguo coadjutor del Santo partió para Beauregard, su pueblo natal muy cercano a Ars. «Aquel día, escribe Catalina Lassagne en su *Petit mémoire*, todo el mundo en la parroquia sintió gran contento, al saber que un misionero venía a ayudar a nuestro santo Cura, ¡pero yo, cuán triste estaba!...»

Lo mismo que diez años atrás, se le hacía muy pesado a la buena mujer guardar el secreto. Hacia las ocho de la noche, pidió permiso al párroco Vianney para confiarlo a la discreta María Filliat. «Como quieras», le respondió. Y pronto las dos compañeras volvieron a él derramando lágrimas. «¡No se marche usted, le decían, no se marche!» El Santo se limitó a responderles que su resolución era definitiva, y entregó a Catalina una carta dirigida a Mons. Chalandon. Aun con su nuevo obispo, creía el Cura de Ars que había de precipitar las cosas. Pero sus primeras ilusiones viniéronse al suelo; sí, Mons. Chalandon eran tan intransigente como Mons. Devie; el joven prelado había respondido al santo varón, que había ido a visitarle: «¡Yo dejarle partir, señor Cura!... Esto sería un pecado tan grande que navie querría absolverlo».

Después de su inútil tentativa, María y Catalina se habían quedado hablando junto a la puerta que cerraba el jardín de la casa parroquial. «Qué hacer, decía una de ellas, débil como está y a su edad —el párroco Vianney tenía sesenta y siete años cumplidos— no podrá llegar hasta Lión. Tú, María, llevarás el cesto de las provisiones. Pero ¿y si se encuentra mal por el camino? Será menester un coche que le conduzca.

—Mas aquí no hay ningún hombre que pueda ayudarnos en el camino.»

En aquel momento, pasó el sacristán, Hermano Jerónimo. Le causó extrañeza el ver fuera, a aquellas horas, a Catalina y a María... Un minuto después lo sabía todo. El Hermano Jerónimo fue a avisar al Hermano Atanasio y ambos corrieron a llamar a la puerta del Rdo. Toccanier, que estaba alojado en una habitación anexa a la *Providencia*. El jo-

ven vicario creyó que le llamaban para asistir a algún enfermo grave.

Juzgad mi sorpresa, dice, al oír a los buenos Hermanos: no podía resolverme a creerlo. «Vigilad delante de la casa parroquial, y si realmente intenta huir, avisadme.» A media noche, tres golpes seguidos resonaron en mi puerta. Estaba tendido en mi cama, pero completamente vestido. Vedme ya en la plaza, con los dos Hermanos, espiondo los movimientos de nuestro santo Cura a quien veíamos, gracias a la luz que tenía en la habitación, cómo cogía su sombrero, el breviario y el paraguas. «Dejémosle bajar, dije a los Hermanos.» Baja en efecto, y se dirige a casa de María Filliat y Catalina Lassagne, que habían de acompañarle. Aguzamos el oído. «¿Estáis dispuestas?, les preguntó mientras entraba... ¡Pues bien, marchemos!»

Sale, seguido de María que lleva las provisiones y de Catalina que alumbraba el camino con una linterna. De repente, nos plantamos delante de él. Mira severamente a Catalina, que comienza a llorar. «¡Me habéis vendido!», les dice. El Hermano Atanasio toma la palabra: «¿A dónde va usted, señor Cura?... ¿Qué, quiere usted dejarnos? Pues bien, tocaremos a rebato.

—Y nosotros, añade el Hermano Jerónimo, seguiremos en procesión.

—Haced lo que os plazca, responde el párroco Vianney, seca y resueltamente, pero dejadme pasar!»

«Apartémonos para seguirle», dice muy quedo el Rdo. Toccanier a sus dos acólitos. Entretanto, el Hermano Jerónimo ha tomado la linterna de manos de Catalina y, fingiendo querer guiar al párroco Vianney por entre las tinieblas, le conduce, no hacia la pasarela del Fontblin, sino hacia el camino de Villeneuve. El reverendo Toccanier había pensado que dando el Santo la vuelta al pueblo, volvería al punto de partida. A pesar de la gran oscuridad, el Cura de Ars se dio cuenta de que le engañaban. Delante de él se había formado ya una comitiva. Los peregrinos, que según costumbre pasaban la noche en el vestíbulo del campanario, y los feligreses, que, despertados a sus clamores, comenzaban a afluir, iban caminando los unos por su confesor, los otros por su cura. En medio de un verdadero tumulto, el Rdo. Toccanier se esforzaba para hacer entrar en razón al

fugitivo. Siguiendo sus pasos, llegaron al frágil puente de tablas tendido sobre el riachuelo.

El Rdo. Toccanier pensó que, una vez atravesado el Fontblin, y hallándose ya en la carretera de Lión, sería más difícil retenerle. Resueltamente, el misionero se puso delante de él, cuando iba a poner el pie en el puente: «¡Déjeme pasar, déjeme pasar», decía el Santo en tono de súplica y con voz entrecortada. Tenía el breviario bajo el brazo. El Rdo. Toccanier se lo arrebató con ademán brusco, y lo entregó a la persona que estaba más próxima a Catalina Lassagne, diciéndole al oído: «Aléjese y no vuelva».

«¡Déme usted el breviario!», gritó el Cura de Ars. Después, volviendo sobre sí, hizo seña de avanzar a María Filliat: «¡Sigue adelante!... Ya rezaré en Lión.

—¡Muy bien, señor Cura! Dejará pasar el día sin rezar el oficio. ¡Buen ejemplo!»

Un escrúpulo germinó en el alma del Santo. Hubo un momento de silencio. «Tengo otro breviario en mi cuarto, el de Mons. Devie, dijo al fin. —Vayamos a buscarlo», replicó el Rdo. Toccanier, que sin darse cumplida cuenta, iba ganando la partida. El párroco Vianney se volvió y, seguido de una multitud que iba engrosando, se dirigió a su casa.

No había andado tres metros, cuando en la iglesia tocaron a rebato. ¡Qué lúgubre era por la noche!... «¡Señor Cura, el *Angelus!*» Y el bueno del Santo, siempre ingenuo y confiado, cayó de rodillas y rezó el *Ave María* con angelical fervor. «Señor Cura, añadió el astuto vicario, podríamos rezar una decena de rosario para que tenga usted un feliz viaje». Pensaba con ello ganar tiempo. Pero esta vez el párroco Vianney husmeó la celada. «No, replicó, ya rezaré el rosario por el camino».

Habiéndose levantado, prosigue el Rdo. Toccanier, comenzó a andar a grandes pasos, entró precipitadamente en el patio, y subió a su cuarto, donde entró solo con él. Por el camino, el Hermano Atanasio me dijo, en dos palabras, que el señor alcalde estaba avisado y a punto de llegar. Para dar tiempo al conde des Garets, esparcí en desorden sobre los estantes de la librería los ocho tomos del gran breviario *in octavo*, precioso recuerdo del obispo recientemente fallecido. Al ir a coger el volumen correspondiente a la es-

tación, sus ojos se posaron en un retrato de Monseñor Devie, colgado en la pared. Acordéme de que el prelado había impedido otras huidas. Me sentí entonces inspirado. «Señor cura, le dije con tono decidido, vea cómo Mons. Devie le mira enojado desde el cielo. Hay que respetar la voluntad del propio obispo durante su vida y con mayor razón después de su muerte... ¡Acuérdese de lo que le dijo hace diez años!»

Conmovido por tal expresión, el párroco Vianney me respondió con la ingenuidad de un niño amenazado por las reprensiones de su padre: «No me reñirá Monseñor: ¡ya sabe él la necesidad que tengo de llorar mi pobre vida!» Y sin querer escuchar más, tomó el breviario encuadernado en tafilete verde oscuro y se fue hacia la escalera. Entonces, tuvo que detenerse ante el señor des Garets. «Le encontré, dice el alcalde, descompuesto y casi sombrío.» Efectivamente, nuestro Cura, de ordinario tan amable con aquel su antiguo y fiel amigo, apenas quiso escucharle, hasta tal punto que el conde, viniendo a mi encuentro, me dijo: «¡Sin duda que presiente un próximo fin!»

Entretanto, mientras las mujeres rezaban en la iglesia, «para que Dios, como dice Catalina Lassagne, mudase las intenciones de su siervo», los hombres se habían reunido en el patio de la casa parroquial. Despertados por el toque de rebato, habían pensado algunos que se trataba de un incendio o de algún asalto de ladrones y llevaban aún en la mano en cubo, una horca o un garrote. Todo el mundo corría agitado, a la tenue luz de las linternas. Cuando el párroco Vianney apareció, le cerraron el paso, suplicándole que no les dejase. Pero él, con la idea fija de encontrar una manera de escabullirse, iba de una puerta a otra, repitiendo: «¡Dejadme pasar, dejadme pasar!...» «¡Qué escena aquella más emocionante!, exclama la piadosa Catalina. Parecía el prendimiento de Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos». «Estaba yo apostado en una de las salidas, cuenta Miguel Tournassaud, el zapatero del pueblo. El señor cura me cogió de un brazo y, riendo y llorando a la vez, me apartó hacia un lado. No pudo, sin embargo, abrir la puerta».

A fuerza de insistir, consiguió franquear el umbral. Al pasar por entre la iglesia y la casa parroquial, parecía medir el camino con la mirada. «Sin duda, hace notar el Rdo.

Toccanier, que estaba todavía dispuesto a intentar la fuga definitiva». Pero una nueva complicación cambió el curso de los acontecimientos.

Las mujeres salían de la iglesia y, mezclándose con los hombres, se arrodillaron a los pies del Santo. En su mayor parte, eran forasteras venidas de lejos para confesarse. Todas ellas clamaban derramando lágrimas: «¡Padre mío, antes de partir, acuérdesese de mí!... ¡Acabe de oírme!... ¡Oh, buen padre, no nos deje!...»

Entonces, escribe el Rdo. Toccanier, haciendo un supremo esfuerzo le dirigí estas palabras, que no se me hubieran ocurrido a sangre fría: «¡Pero cómo!, usted, señor Cura, que sabe de memoria las *Vidas de los Santos*, se olvida del celo de San Martín, que, teniendo en sus manos la corona, exclamaba: *No rehúso los trabajos...* ¡Y quisiera usted dejar el campo de batalla!... ¿Y el ejemplo de San Felipe Neri?... Este Santo decía que si se hallase ya en el umbral del paraíso, y un pecador reclamase su ministerio, dejaría con gusto la corte celestial para atenderle. Y usted, señor Cura, ¿tendría valor para dejar en suspenso tantas confesiones de hombres y de mujeres venidos de tan lejos?» Mientras yo acababa estas palabras, los peregrinos redoblaban las súplicas.

El párroco Vianney se convenció de que la voluntad de Dios se manifestaba por tan ardientes deseos. «Vaya usted a la sacristía, le dijo al oído el conde des Garets; he de decirle una cosa. —Voy en seguida», le respondió, y dirigiéndose a la multitud añadió: «¡Vayamos a la iglesia!»

El fue el primero en entrar; oró durante largo rato y entró después en la sacristía. Allí el conde des Garets, a solas con él, quiso repetir los argumentos del Rdo. Toccanier. Pero no tuvo tiempo. «Sin contestarme y volviéndose bruscamente, refiere el conde, el párroco Vianney tomó el sobrepelliz y se dirigió al confesonario». Según era su costumbre todas las mañanas al llegar a la iglesia, se arrodilló sobre las gradas del altar, rezó cinco *Padrenuestros* y cinco *Avemarias* con la multitud, y se puso a oír confesiones.

Celebró la primera misa, a las siete de la mañana del lunes. —«¿Está aquí el señor Poncet? —preguntó al Rdo. Toccanier cuando volvió a la sacristía. —Sí, ha querido verle a usted otra vez. —¡Ah, está bien!» Y, después de dar gracias,

tranquilo como si nada de anormal hubiese pasado pocas horas antes, fue a saludar al vicario general. Este, a quien por la noche había ido a buscar un cochero a la casa parroquial de Trevoux, le notificó de nuevo la voluntad del prelado de conservarle en su diócesis. Llegaron también, asimismo mandados llamar, el Rdo. Beau, cura de Jassans, confesor del párroco Vianney, y el Rdo. Raymond. Ambos se entrevistaron a la vez con el siervo de Dios.

* * *

Nos habían ya explicado los acontecimientos de la noche, escribe el Rdo. Raymond. Al verse como sitiado en el patio, dio algunas muestras de impaciencia, pero era tal su excitación, que bien se le podía dispensar; sin duda que no era dueño de sí mismo. Fue ésta una de las más duras pruebas de su vida: la Providencia se la había enviado para perfeccionar su virtud. Cuando nosotros le vimos, aquella mañana del 5 de septiembre, había recobrado su perfecta calma y su resignación a la voluntad de Dios, que veía en la de su prelado. Le recordamos los incidentes de la noche pasada, a lo que respondió con solas estas palabras: Fue una chiquillada.

Lo más curioso, en todo este episodio, fue la indecisión e imprevisión del Cura de Ars. Durante aquella noche trágica del 4 al 5 de septiembre de 1853, duda, titubea; confía el secreto a dos personas que, habiéndole ya vendido una vez, apenas hacía diez años, no podían hacer otra cosa que comprometerle de nuevo. ¡Cuán fácil le hubiera sido pedir a Francisco Pertinand que le llevara en coche hasta Lión! Ni siquiera pensó en ello.

Si se hubiera salido con la suya en su proyecto de huir, ¿qué hubiera ocurrido aquel lunes, 5 de septiembre? He aquí lo que lógicamente se desprende de los documentos que poseemos. El Rdo. Vianney, fiando más en su energía de carácter que en sus fuerzas físicas, pensaba llegar a Lión hacia las nueve o las diez de la mañana. Poco después, un coche iría a buscarle a casa de su cuñado Melin, y le conduciría a Nuestra Señora de Neylière.

Una cosa parece cierta, y es que allí el Rdo. P. Colin tenía preparada una habitación para el Cura de Ars, y que

le aguardaba en persona¹¹. A la hora en que presumía que había de llegar, el venerable fundador esperó mucho tiempo en el umbral de la puerta, y manifestó a uno de sus religiosos, el P. Jobert, su extrañeza por la tardanza. Ya sabemos por qué el párroco Vianney no llegó hasta Neylière.

Según graves testimonios, «el prudente y juicioso P. Colin había aconsejado antes al párroco Vianney que permaneciese donde estaba porque hacía allí mucho bien». Por esta misma razón, el P. Leonard le había disuadido de entrar en los capuchinos de Lión... También esta tercera «fuga» del Cura de Ars fue una cosa triste, misteriosa y desconcertante. «Creía, dice Catalina Lassange, cumplir la voluntad de Dios». Pero habiendo recibido de un eclesiástico una carta en la cual le demostraba que sus ansias por la soledad eran tentaciones del demonio, se impresionó mucho¹².

«Su última tentativa para escapar, dice el conde Próspero des Garets, fue para él un verdadero rayo de luz. Desde entonces, no pensó en cosa semejante o, al menos, no habló más de ello. Se entregó de lleno y sin reservas a su habitual ministerio: frecuentó todavía más la iglesia y pasó mayor número de horas en el confesonario»¹³.

* * *

Pero si él no pensó más en dejar la parroquia de Ars, otros intentaron arrancarle de ella. Una noche de 1854, hacia las once y media, un coche de dos caballos se detuvo en la plaza, delante de la iglesia. Bajaron unos hombres y se apostaron a la entrada de la casa parroquial. Cuando, a media noche, apareció el párroco Vianney, uno de ellos cogióle del brazo y le dijo: «Si quiere usted partir está preparado un coche.

¹¹ El P. Colin no quedó definitivamente en la *Trapa* de Neylière hasta el año siguiente, o sea el 1854. Dos años más tarde, «por razones que parecieron de mucho peso» al Santo fundador, la rama contemplativa de la Sociedad de María dejó de existir (Cf. *Le tres Reverend Pere Colin*, op. cit., p. 395)

¹² Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 793

¹³ *Proceso del Ordinario*, p. 948

—No tengo permiso del señor obispo, dijo el Santo desentendiéndose. Y entró precipitadamente en la iglesia¹⁴.

Por Navidad del mismo año comenzaron a llegar noticias alarmantes de Dardilly: Francisco, el hermano mayor, estaba muy enfermo. El Santo había siempre querido mucho a este hermano, compañero suyo de trabajo, el cual, desde la muerte del padre, en 1819, vivía en la casa solariega. Francisco, además, era muy buen cristiano: nunca, ni aun en tiempo de recolección, trabajaba en domingo. «Aquel que ha permitido que la lluvia mojase la tierra, sabrá también secarla.» Quizás había aprendido estas palabras de labios de Juan-María. Muy afectado al saber la enfermedad de su hermano, le escribió de esta manera:

«He sabido noticias tuyas. Me ocultaban esto, lo que me ha molestado mucho. Te ruego muy encarecidamente que me mandes noticias de cómo te hallas. Ya hubiera partido, si no nos hallásemos en la octava de Navidad.

Te pido que me contesten en seguida para sacarme de dudas... Adiós, mi querido hermano, espero que iré a verte muy pronto. Recuerdos a mi hermana, que debe de estar muy apenada.»

Entretanto los días iban transcurriendo y Francisco esperaba a Juan-María. El 25 de enero pidió a su hijo Antonio que fuera a Ars a buscar a su tan deseado hermano. Así fue cómo se supo entre los habitantes de Dardilly que el Rdo. Vianney iba a llegar. «Si lográsemos retenerle esta vez?», se decían los unos a los otros. Pero dejemos que hable el testigo mejor informado. Tres días después de la aventura, el 29 de enero, el Rdo. Toccanier escribía desde Ars al obispo de Belley.

Monseñor:

Tengo el honor de informar a Vuestra Excelencia que la vigilancia de mi santo Cura no me inspirará en adelante ninguna inquietud: la Providencia vela de un modo visible para conservarlo entre nosotros.

He aquí la prueba. El 26 de este mes, el párroco Vianney, a ins-

¹⁴ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 219, Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 504

tancias de su sobrino, que le daba prisa para que fuera a Dardilly a ver a su hermano enfermo, me lo avisó él mismo, y añadió: «Lástima que no haya tomado mis medidas: ya no volveré».

No pudiendo oponerme a este acto de fraternal caridad, me ofrecí para acompañarle. Montamos en el coche; venía con nosotros su sobrino, el cochero y el Hermano sacristán (el Hermano Jerónimo), a quien el Rdo. Vianney quería al principio dejar. Algunos habitantes de Ars y los peregrinos se apresuraban a arrodillarse a nuestro paso para recibir la bendición del santo Cura, y después entraban en la iglesia para pedir a Dios un buen viaje y un pronto regreso. Sus oraciones, en cuanto a este último punto, fueron escuchadas hasta más allá de toda esperanza.

Poco habituado a andar en coche, y debilitado por la indisposición que sabéis, y que tanto han exagerado los periodistas¹⁵, no pudo soportar por mucho tiempo los vaivenes de la carretera. Al llegar a Parcieux, mucho antes del puente del Saona¹⁶: «No puedo seguir adelante, dijo, me siento desfallecer». Los caminos estaban cubiertos de nieve y de hielo. Ya en la subida de *Grandes Balmes*, el dolor de estómago se apoderó de él. Bajó del coche, y emprendió la cuesta a pie. Después se puso a temblar. Quisimos cortar una estaca de una cerca, pero se opuso porque «hubiera sido un robo». Pasó un hombre que llevaba rodrigones; le compró uno por cuarenta céntimos. Así anduvo de tres a cuatro kilómetros, muy despacio, ora en coche, ora a pie, alternativamente.

Llegados a Parcieux, emprendió el regreso a Ars con el cochero y el bueno del sacristán. En cuanto a mí, como sabía que le era agradable que se adelantasen a los deseos de su corazón, continué el viaje con su sobrino, hasta Neuville, donde encontramos un coche. Los caminos estaban tan resbaladizos, que llegamos a Dardilly ya de noche. ¡Pero cuál no fue la decepción de su pobre hermano al no ver al único a quien esperaba! Sin embargo, mi presencia le complació. Hacia las diez de la noche, el señor cura de Dardilly, que le había llevado el santo Viático, juzgó oportuno administrarle la extremaunción.

Sentía ansias por ver nuevamente a mi santo Cura. Así que, al día siguiente por la mañana, partí en seguida para Ars. Pregunté al Hermano Jerónimo si les había ocurrido algo durante el regreso. ¡Oh, prodigio! Sabéis, Monseñor, cuán débil estaba el párroco Vianney. Pues al volver hacia Ars, no parecía el mismo:

había recobrado todo su vigor, y no bajó del coche hasta delante de la puerta de la casa parroquial. En cuanto llegó, se sentó en el confesonario y, por la noche, rezó la oración como solía.

Un episodio de este viaje: en la subida de Trevoux, el coche que conducía al Rdo. Vianney se cruzó con la diligencia que hacía el servicio de Ars a Lión. Iba llena de peregrinos, los cuales, al no encontrar al que buscaban, se volvían muy afligidos. Por suerte, conocieron al santo Sacerdote. En seguida bajaron del coche, dejaron que éste se marchara vacío y escoltaron al Rdo. Vianney hasta Ars, donde entraron con él en la iglesia. «¿Entre estos peregrinos, le pregunté, había sin duda grandes pecadores? —Oh, sí, amigo mío, había algunos que llevaban cuarenta años sin confesarse. —Ve usted, señor Cura, le dije, cómo el mismo Dios le ha impedido avanzar, para volverle sin demora a la obra que le es agradable sobre todas, la salvación de las almas». No me respondió palabra.

Por lo que a mí toca, Monseñor, previendo que los habitantes de Dardilly se aprovecharían de la enfermedad de su hermano para hacer otra vez presión al cura de Ars, por prudencia, pregunté al enfermo si tenía algo de particular que decirle. «No, respondióme Francisco Vianney; tan sólo deseaba verle». A mi regreso, referí estas palabras a mi santo Cura. Venían muy a propósito, pues dos horas más tarde llegaba el vicario de Dardilly. «Su hermano desea absolutamente verle, le dijo este sacerdote... Si no puede usted venir en coche, puede hacer el viaje en ferrocarril. —No es posible trasladarme a Dardilly; he tenido ya que dejar el camino. —Sin embargo, señor Cura, su hermano quiere decirle algo muy importante. De lo contrario, yo no hubiese venido. —No, amigo mío; ya sé a qué atenerme; el señor misionero me ha repetido las palabras de mi hermano».

La enfermedad de Francisco era mortal. Vivió aún muchos días, sin tener el consuelo, muy legítimo, de verse asistido en sus últimos momentos por su querido Juan-María. Ocho días antes de morir, decía a su hija que lloraba a su cabecera. «Consuélate; viviré hasta el Viernes Santo.» Efectivamente, en el día del Viernes Santo (6 de abril de 1855), murió Francisco Vianney. El Sábado Santo, su hermano no pensó siquiera en ir a sus exequias; lloró en silencio en su retiro del confesonario, donde, por ser Pascua el día siguiente, hubo de permanecer por espacio de dieciocho horas.

«Aun a esto se resignó, escribe en su preciosa *Memoria*

¹⁵ Es la única alusión que se encuentra en los documentos que se conservan sobre esta indisposición. No hemos podido encontrar ningún diario que hable de ella.

¹⁶ Nuestros viajeros estaban a 16 o 17 kilómetros de Ars.

Catalina Lassagne¹⁷. Estaba convencido que esta vez los habitantes de Dardilly renovarían las tentativas para retenerle entre ellos... Se acordó de que, en enero, Dios había permitido aquel cansancio excesivo para evitar que cayera en el lazo... Así fue cómo Dios hizo lo que le plugo, a pesar de los planes y combinaciones de los hombres.»

XXII. RETRATO FISICO Y MORAL

La primera impresión.—La fisonomía, la mirada.—Bajo el peso de la edad.—Sencillez y cortesía.—Rasgos dignos de San Francisco de Sales.—Dulzura y energía.—Un corazón naturalmente bueno.—El atractivo de las almas puras.—Un corazón tierno.—Todas las delicadezas del agradecimiento.—El Cura de Ars y los afligidos.—Algunas personas de entre las que consoló.—Las madres apenadas.—El correo de almas.—Algunas cartas.—Un tacto y una prudencia exquisita.—Ni sombra de amor propio.—El horror a los pecados de la lengua.

«El Cura de Ars, dice un testigo de su vida, no tenía en su exterior nada de extraordinario, aparte del ejercicio de su ministerio»¹. ¡Le gustaba tanto ocultarse, desaparecer! Los que le veían al encontrarse con él por casualidad, sobre todo si era en la plaza del pueblo, en el momento en que volvía del orfanato, con el bote de leche en la mano, como un pòbre que viniese de buscar su comida, se sentían a veces decepcionados. «¡No es más *que esto* el Cura de Ars!, dijo una parisiense al verle tan poco semejante a la imagen que ella se había forjado.

—Sí, señora, replicó el humilde sacerdote con una graciosa sonrisa. No le ha sucedido a usted lo que a la reina de Saba cuando fue a ver a Salomón: ella quedó maravillada por exceso, y usted por defecto»².

Pero los forasteros, a quienes guiaba la fe y el deseo de

¹⁷ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 31-32.

¹ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 791.

² Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 270.

ver a su santo, es decir, los verdaderos *peregrinos*, no se dejaban engañar por las apariencias. Su primera impresión era un pasmo admirativo. De tal manera la hermosura del alma se reflejaba en su exterior que, sin ella, hubiera sido bastante vulgar.

El Cura de Ars era algo menos que de talla mediana. Hacía el fin de su vida, como llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho, sus espaldas encorvadas le hacían parecer más pequeño.

«Su rostro era muy enjuto y estaba desfigurado»³. «De mejillas estrechas y chupadas hasta la barbilla, escribía un periodista, tenía la forma de corazón»⁴. Su tez, ligeramente pálida, se había después vuelto morena al sol y al aire libre, hasta quedar más tarde descolorida a causa de su continuado encierro en el confesonario. Muy pronto, profundas arrugas, sagradas cicatrices de sus vigiliias y heroicas fatigas, surcaron su faz. Sus cabellos espesos y rígidos, que llevaba rapados por la parte superior de la cabeza y bastante largos por detrás, nunca llegaron a ser del todo blancos.

Una frente alta, ancha y despejada; las cejas prominentes; las órbitas oscuras, en las que brillaban unos ojos azules, de una vivacidad extraña, sobrenatural y penetrante. «Parecía leer en mi interior, dice el reverendo Dionisio Chaland; cuando sus miradas se encontraban con las mías, penetraban hasta lo más hondo de mi alma. Conocí una persona que confesaba sentir espanto»⁵. A veces, sus ojos «resplandecían como un diamante»⁶. «Aun en la conversación, impresionaba su mirada, pues parecía ver las cosas del otro mundo»⁷. Pero, con muchísima frecuencia, su vista aparecía como velada por una melancolía dulce y resignada: era que entonces su pensamiento iba, de Dios ofendido, a los hombres que le ofenden.

De aquí, quizá, la gran movilidad de su fisonomía. No

³ *L'Ouvre Saint Lous de Gonzague de Lyon*, ch XVI, «Pelerinage a Ars» (julio de 1852), Lion, Pitrat, s. d., p. 196

⁴ Georges SEIGNEUR, *Le Croise*, n. de 20 de agosto de 1859

⁵ *Ibid*

⁶ *Proceso apostolico continuativo*, p. 654

⁷ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostolico in genere*, p. 311

que fuese inquieta o tuviese movimientos desordenados y ridículos, sino que su expresión pasaba, en un minuto, de la alegría a la tristeza, según que pensase en el amor y la bondad de Dios, o en las miserias de los «pobres pecadores». Así ocurrió que, muchas veces, resultaron vanas todas las tentativas para delinear sus rasgos. Hay que advertir, sin embargo, que jamás se prestó gustosamente a ello. «Sé que alguien quería tomarme mi *careta*, decía bromenado; pero me he meneado de veras para impedir que se saliese con la suya»⁸. Para poder hacer un retrato verdadero, era menester la mirada rápida, el talento y la pertinacia de Emiliano Cabuchet.

El Cura de Ars, en su juventud, era de aspecto vigoroso; a fuerza de ayunos, sus miembros se habían adelgazado tanto que, hacia el fin de su vida, solamente su energía parecía sostenerle sobre las piernas. Sus manos descarnadas, con las venas salientes, daban por sí solas una idea de la delgadez de aquel pobre cuerpo minado por las privaciones y el trabajo.

Sin embargo, «naturaleza eminentemente nerviosa, la edad y las fatigas no habían privado a sus miembros de la flexibilidad y elasticidad... Por un raro privilegio, conservó hasta el último momento el pleno ejercicio de los órganos y de las facultades de que tenía necesidad para el cumplimiento de su misión. Así que su oído conservaba toda la agudeza, la vista toda la claridad y la memoria toda la frescura...»⁹. Su andar, aunque pausado, era rápido como el del hombre que cuenta las horas y que, agotado, ansia, empero, reanudar el servicio de Dios»¹⁰.

Es de creer que el cielo le ayudaba aun físicamente, y de una manera extraordinaria. «Tenía bastante fuerza para sacar de la iglesia el gran estandarte, que es muy pesado y que otros a duras penas hubieran levantado solos en el aire»¹¹.

⁸ Rdo DUFOUR, *Proceso apostolico in genere*, p. 350

⁹ Rdo TOCCANIER, *Proceso apostolico ne pereant*, p. 255, «Durante los últimos años de su vida se advertía en él una memoria prodigiosa»

¹⁰ Rdo MONNIN, *Le Cure de Ars*, t. II, p. 501

¹¹ Señorita Cristina DE CIBEINS, *Proceso apostolico continuativo*, página 157. Pareciase el Cura de Ars físicamente a Voltaire? Parece que el primero en hablar

En el Cura de Ars, a través de la envoltura de su cuerpo adelgazado, y como transparente, se adivinaba, se veía el alma. Resplandecía en su frente, en su mirada. El verdadero fondo de esta alma era la sencillez, la delicadeza y la bondad.

En sus maneras, nada de afectado ni de convencional; nada de aquella afabilidad, únicamente mundana, de la que tantas personas se disfrazan, como si fuera un vestido hecho para lucir. Con los altos personajes, trataba sencillamente, con perfecto desembarazo. Cuando el cardenal Bonald, arzobispo de Lión, fue a visitarle, el Rdo. Vianney se adelantó a recibirle, y fue el primero en alargarle la mano. «No me sentí más cohibido que ante un simple sacerdote»¹², decía el buen anciano, hablando de aquella memorable entrevista.

Un prelado inglés, Mons. Ullathorne, obispo de Birmin-

de esta pretendida semejanza fue el Rdo Monnin «*Todo el mundo*, escribe enfáticamente, ha echado de ver la *prodigiosa conformidad* que la máscara del Cura de Ars ofrecía con la de Voltaire » (T II, p 503) Y Barbey d'Aureville, sin inventar nada, pero exagerando la cosa, escribía poco tiempo después «¿Sabe usted a quien se parece este Cura de Ars, del cual el Rdo Monnin ha publicado un estupendo retrato en la portada de su libro? — ¡Fíjese usted bien! Se parece a Voltaire Si, el Cura de Ars se parece a Voltaire como San Vicente de Paul se parece a un satiro, etc » «*L'internelle consolation*, Paris Blond, 1909, p 66 »

Los *Annales d'Ars* publicaron esas líneas de Barbey d'Aureville en julio de 1918 acompañadas de un comentario de Mons Convert «¿Es verdad? El Cura de Ars, para quienes lo conocen, no tiene el corte de Voltaire y el rostro de San Vicente de Paul no se parece, ni de lejos, al de un fauno o al de un satiro» (pag 42) Emilio Baumann, recordando «el retrato del Cura de Ars difunto, tal como la fotografía lo ha perpetuado» (lo reproducimos en la presente obra), escribe en sus *Trois villes saintes* (pag 14) «Nada de la semejanza con Voltaire traída por los retóricos en provecho de sus antitesís» Es esta frase un tiro certero contra Barbey d'Aureville

En definitiva, nada demuestra la pretendida semejanza fisonómica entre Voltaire y Juan Maria Vianney ¿Donde vio el Rdo Monnin que *todo el mundo* notaba un prodigioso parecido entre estos dos hombres? Esto es amplificar al por mayor Si se comparan las dos obras maestras —la estatua del Cura de Ars, por Cabuchet, y la de Voltaire, por Houdon— no se ve ninguna coincidencia ni en la mirada, ni en la sonrisa ni el perfil

Por lo demás, con la ayuda de la imaginación, y bajo la impresión del momento, puede uno entregarse a cuantas variaciones quiera en este terreno de las semejanzas Jorge Seigneur, jefe de redacción de *Le Croise*, citado en el decurso de este capítulo, habla largamente del Cura de Ars un día de marzo de 1859 Además, decía en un artículo de 20 de agosto del mismo año

«Todavía estoy impresionado de la gran semejanza que el (el reverendo Vianney) tenía con una estampa de Nuestro Señor azotado, que pendía en la pared, a la fuerza de imitar a su maestro, el Cura de Ars se le parecía»

¹² Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p 892

gham, escribía, el 14 de mayo de 1854, después de una conversación con el Cura de Ars: «Nos dispensó una acogida encantadora por lo sencilla, humilde y caritativa, sin asomo de aquellos cumplidos que no son sino reflejo de una falsa humildad. La suya era una humildad pura, consistente en una naturalidad perfecta unida a la delicadeza cordial de un santo.»

Un joven de alta alcurnia llegó de Marsella para confesarse con el Cura de Ars. Se encontró primero con el Hermano Atanasio, director de la escuela, y le hizo varias preguntas: «¿Quiere usted decirme, Hermano, a qué familia pertenece el Rdo. Vianney, dónde ha hecho sus estudios, en qué medio social ha vivido, qué cargos desempeñó antes de ser destinado a Ars?» El Hermano le explicó que su cura era hijo de labriegos; que casi no tenía estudios, etc... A cada una de estas respuestas, el joven caballero se maravillaba.

«¿Por qué me pregunta usted eso?, le dijo el Hermano Atanasio. —Porque me ha encantado la exquisita finura con que me ha recibido. Al entrar en la sacristía, me saludó muy amablemente; me colocó en el reclinatorio, y no se sentó sino después. Terminada la confesión, fue el primero en levantarse, me abrió la puerta, me saludó, y, siempre con aquella finísima cortesía, introdujo al penitente que seguía.»

El Hermano Atanasio le replicó que el Cura de Ars trataba igualmente a todo el mundo. «Ya entiendo, dijo el otro. Es un Santo. Posee la verdadera caridad, que es la fuente de la verdadera educación»¹³.

Ya recibiese en su cuarto, ya en la *Providencia*, nunca se sentaba, pero exigía que los demás se sentasen delante de él. Su saludo solía ser éste: «Le presento mis respetos»¹⁴. Sin embargo, sabía matizar diversamente esta fórmula, según la calidad de las personas o el grado de amistad.

Aunque con su sotana raída ha sido, en cuanto al exterior, desacertadamente comparado con San Francisco de

¹³ Notas de Mons CONVERT, 1ª colección, n 9, Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p 836

¹⁴ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p 888

Sales; algunos testigos han aportado hermosos pormenores dignos de ilustrar la vida del suave obispo de Ginebra.

El 23 de junio de 1855, una persona de Ars le regaló, con motivo de su fiesta onomástica, un pastel adornado con unas figuritas que representaban un buey, un león, una jirafa y unas tórtolas. Al recibir este dulce, con el cual había de alegrar a otros, echó un breve discurso: «El buey, dijo, representa la fuerza, el león el valor, la jirafa el alma que corre a grandes pasos hacia Dios, y las tórtolas el espíritu que se eleva sobre las cosas de la tierra»¹⁵.

«Las gentes, dice la señorita Marta des Garets, se estrujaban para verle más de cerca y hablarle. Era un espectáculo sin igual y delicioso, cuando al ir a la sacristía, él se volvía con aquel continente tan apacible para decirnos algunas palabras piadosas»¹⁶. La señorita Marta des Garets, lo mismo que sus hermanos y hermanas, gustaban de verle pasar. Acariciaba paternalmente a los niños. En cuanto a las niñas, habían de contentarse con una sonrisa. Al pasar, les decía: «¡Hijos míos, hijas mías, amad mucho a Dios!»¹⁷.

Un rico labrador natural de Ars, Andrés Benito Trève, que observó mucho a su Cura, le juzgaba de esta manera: «A pesar de la viveza de su carácter, que se manifestaba en sus ojos penetrantes, causaba una impresión muy agradable. Si no se le hubiese venerado como a Santo, se le hubiera querido como al más dulce de los hombres»¹⁸.

Sin embargo, su dulzura no andaba mezclada de debilidad. Si guardaba especiales atenciones para con aquellas personas a quienes eran debidas, nunca las entretenía más de lo que era razón. Consideraba el tiempo como cosa preciosa, y cuando creía concluido un asunto, era enemigo de insistir. «¡Estoy muy ocupado... Tengo prisa!»¹⁹, no temía decir a los importunos. Si un pobre o un afligido necesitaba de un cuarto de hora de audiencia o más, se lo concedía sin

¹⁵ Rdo TOCCANIER, *Notas ineditas*, p 33

¹⁶ Señorita MARTA DES GARETS, *Proceso apostolico in genere*, p 327

¹⁷ *Ibid*, p 297

¹⁸ *Proceso apostolico continuativo*, p 820

¹⁹ Carta al R. P. Maria Jose, capuchino, de 19 de junio de 1914 (Archivos de la casa parroquial de Ars) Este religioso recibió esta respuesta en septiembre de 1657 porque discutía más de lo necesario sobre una decisión que acababa de darle el Rdo Vianney

dificultad. Personas de elevada categoría deseaban tan sólo saludarle; él, por su parte, no se paraba con ellos más de lo necesario. La señora Mandy Scipiot vio llegar a la aldea «en un coche tirado por cuatro caballos, a una familia muy noble que, por especial privilegio, fue recibida en una reducida sala de visitas que el Santo había mandado arreglar a la entrada del patio. La visita duró cinco minutos, al fin de los cuales, la familia, muy satisfecha al principio del honor que le dispensaba el siervo de Dios, quedó consternada al verle desaparecer»²⁰.

Cuando la ocasión lo reclamaba, sabía dejar a cada uno en su lugar. Un día, de en medio de la multitud, un hombre se permitió llamarle con palabras poco cultas. «¿Quién es usted, amigo mío?, le preguntó el Santo.» El otro respondió que era protestante. «¡Oh, mi pobre amigo!, replicó el Cura de Ars recalcando las palabras... Sí, es usted pobre, muy pobre: ustedes, los protestantes, ni siquiera tienen un santo cuyo nombre puedan dar a sus hijos. Se ven obligados a pedir nombres prestados a la Iglesia Católica.» Y dicho esto, no hizo más caso²¹.

«En ninguna parte, ni aun en el Vaticano, me hacen esperar tanto, decía una gran señora, que pensando deslumbrarle con sus títulos verdaderos o falsos, se empeñaba en acercarse al confesonario antes de que le llegase el turno.

—¡Oh!, respondió con dulce malicia el siervo de Dios, en el tribunal del pobre Cura de Ars tendrá usted que aguardar»²².

En agosto de 1854, llegó un joven petulante. «Señor Cura, dijo al santo varón, que atravesaba por entre un grupo de peregrinos para ir de la iglesia a la casa, señor Cura, quisiera discutir con usted sobre cosas de religión.

—¿Usted, amigo mío, hablar de religión?... Pero si sabe usted menos catecismo que un pequeñuelo... Es usted un ignorante, amigo mío, ¡un ignorante!»²³.

²⁰ Magdalena MANDY SCIPIOT, *Proceso apostolico in genere*, p 272

²¹ Miguel TOURNASSAND *Proceso apostolico ne pereant*, p 1 135

²² Camilo MONNIN, *Proceso apostolico continuativo*, p 249

²³ Rdo TOCCANIER, *Notas manuscritas*, p 33

«Hija mía, ¿cuál es el mes del año en que habla usted menos?», preguntó a una persona que se hacía importuna con su insulsa charla. Y como la cotorra respondiese que no lo sabía: «Debe ser en febrero, replicó el Santo, atenuando con una amable sonrisa lo punzante del chiste, pues es un mes que tiene tres días menos que los demás»²⁴.

* * *

«El Cura de Ars poseía un corazón naturalmente bueno»²⁵, dice el Rdo. Toccanier, dotado asimismo de un corazón magnánimo. Al solo encuentro de un enfermo, de niños huérfanos, de alguna madre o esposa de luto, su emoción se manifestaba espontáneamente con lágrimas, que, por otra parte, no pretendía disimular. «Tenía, según dice la condesa des Garets, una gran sensibilidad, o mejor, una efusión de sensibilidad»²⁶.

Pero no era una sensibilidad morbosa. Otros, si se hubiesen sentido fatigados, inquietados y atropellados como él, hubieran llegado a un extremo de desasosiego indecible. El feliz equilibrio de su temperamento y, sobre todo, su admirable virtud le procuraban, a cada momento, la moderación necesaria. Así que se le vio «siempre igual a sí mismo, siempre correcto, fuese cual fuese el proceder de los demás para con él»²⁷. «Jamás entró en su corazón el menor sentimiento de venganza»²⁸, escribe el Rdo. Raymond, su primer auxiliar, que conocía algo lo que era. No sabía sino perdonar, amar y agradecer.

Sentía una gran inclinación hacia las almas puras. De aquí, el afecto que demostraba a los niños, a causa de su inocencia. Se detenía en el camino para decirles una palabra, y fijaba en ellos una mirada extraordinariamente dulce. Poníase en medio de ellos, y uno de sus mayores goces era ver jugar en tiempo de recreo a las huérfanas de la *Providencia*. Usaba con los niños de gran condescendencia.

²⁴ Rdo. MONNIN, *Le Cure d'Ars*, t. II, p. 357.

²⁵ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 300.

²⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 893.

²⁷ Conde Próspero DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 975.

²⁸ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 545.

Los pequeñuelos, que no recelan de nadie, podían con él atreverse a todo.

Un día de 1852, al terminar el catecismo de las once, una niña, estirándose sobre sus diminutos pies, se permitió cogerle un cabello más largo que los demás. «Niña, ama mucho a Dios», se contentó con decirle sonriendo²⁹.

En 1858, una señora de Lión condujo a Ars a sus dos hijos. El mayor, de once años, deseaba conocer su vocación. Asistió a la misa del Santo. Al volver a la sacristía, el Rdo. Vianney, sumido todavía en un recogimiento que rayaba en éxtasis, se quitó lentamente los ornamentos sagrados. Varios sacerdotes y seglares estaban de pie algo más atrás, dispuestos a hablarle sucesivamente. Nuestro pequeño lionés se había deslizado entre ellos. Fue él el primero en recibir la primera mirada y la primera sonrisa del Cura de Ars.

«¿Qué quieres, hijo mío?, le preguntó con aquella su voz algo cascada, pero tan dulce que, una vez oída, no se olvidaba jamás.

—Señor Cura, yo quisiera saber...

—Tú serás un buen sacerdote», le contestó el Cura de Ars sin asomo de duda.

Su hermanito, que apenas tenía seis años, se enteró de ello. Después de algunas semanas, le enviaron un *abecedario*, y sentía una creciente antipatía por aquel libro para él lleno de misterio. «Quiero preguntar al señor cura, dijo a su mamá, si he de aprender a leer.»

Al día siguiente, cuando el Rdo. Vianney iba de la iglesia a la casa parroquial, vio en medio de la multitud a aquel hombrecito que deseaba hablarle.

«Señor Cura, le dijo el estudiante en ciernes, ¿he de aprender o he de jugar?»

—Juega, hijo mío, que ésa es tu edad.»

Jamás decisión alguna de santo fue acogida con mayor alegría. «Mamá, gritó el niño en son de triunfo, el señor Cura me ha dicho que *he de jugar*»³⁰.

²⁹ Carta de una religiosa ursulina del monasterio de Cracovia, 1.º de junio de 1902. (Archivos de la carra parroquial.)

³⁰ El Rdo. A. Salomón, cura sucesivamente de Maximieux y de Trevoux, que fue,

Muy sensible a la verdadera amistad, el Cura de Ars «la apreciaba en mucho y correspondía con efusión»³¹. Es que la santidad, lejos de secar y de estrechar el corazón, lo dilata y lo *liquida*. «Los santos tenían un corazón *líquido*», decía el Cura de Ars. «Cuando el corazón es puro, decía también, no puede dejar de amar, pues ha encontrado la fuente del amor, que es Dios»³².

Durante la epidemia de cólera, en 1854, el querido Rdo. Toccanier pasó en Seyssel, su pueblo natal, una temporada de tres semanas. Al regresar, deseoso el joven misionero de ver a su santo Cura, se puso delante del confesonario donde estaba encerrado desde media noche. El Cura de Ars se levantó en seguida y le abrazó tiernamente. «Usted aquí, mi buen amigo, le dijo a media voz; ¡oh, tanto mejor! El tiempo se me hacía largo. Se me ocurría que los condenados deben de ser muy infelices en el infierno, separados eternamente de Dios: ¡se sufre tanto aun en la tierra lejos de las personas queridas!»³³.

Del agradecimiento, tenía todas las delicadezas. Con qué emoción hablaba siempre de los que le habían hecho algún bien: su madre, el señor Balley de Ecully, a quienes no podía nombrar sino llorando, la señorita de Ars, la familia des Garets... Sus cartas al conde Próspero des Garets contienen casi todas estas palabras: *Mi muy respetable bienhechor*³⁴.

«Tenga usted la bondad de decir a cuantos tuve la dicha de conocer en Noes —escribía en 7 de noviembre de 1823 a la señora Fayot, de Robins— que les envíe recuerdos y los sentimientos de mi gratitud; que todas sus bondades para conmigo jamás se borrarán de mi memoria.»

En verdad, no sabía cómo demostrar el agradecimiento a su «querida bienhechora» de Robins. Cuando, más tarde, una de sus hijas fue a visitarle a Ars, le compró un para-

sin duda, el heroe de la primera parte de este episodio, lo cuenta en una carta de 28 de abril de 1905 (Archivos del santuario de Ars) En ella califica este relato de «verdadero en todos sus pormenores»

³¹ ANDRÉS TREVE, *Proceso apostolico continuativo*, p 819

³² *Esprit du Cure d'Ars*, p 71

³³ Rdo TOCCANIER, *Proceso apostolico in genere*, p 163

³⁴ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostolico in genere*, p 299

guas de seda, como recuerdo de los buenos cuidados que había recibido de su madre³⁵.

El señor Camelet, Superior de los misioneros de Pont d'Ain, envió, para ayudar al Rdo. Toccanier, un joven predicador, todavía en sus comienzos. «¿Dónde está, preguntó el Cura de Ars, el joven misionero?, pues quiero darle un bonito rosario»³⁶.

En 1849, los Hermanos de la Sagrada Familia de Belley ocuparon en la escuela de niños el lugar de Juan Pertinand, que la dirigía desde hacía once años. Pero el Cura de Ars no consintió en el cambio hasta que estuvo bien seguro de que no sería para tan buen amigo «ocasión de pena o de sacrificio», y buscó para él una colocación digna³⁷.

En todo tiempo, el Cura de Ars sabía manifestar su gratitud; una estampa, una simple medalla que le ofreciesen, la apreciaba como cosa de gran valor³⁸.

* * *

El Rdo. Alfredo Monnin ha hablado «del poder consolador» del Cura de Ars. La frase es de una exactitud admirable. Todas las miserias imaginables acudieron a él: padres, madres y esposas enlutadas; afligidos de alma y de cuerpo; Mónicas llenas de angustia buscando sus Agustines; fracasados de la vida; corazones partidos, desalentados, desesperados... No pensaba sino en los dolores ajenos, sin hacer caso de los suyos... Escuchaba las confidencias y los lamentos con muestras de compasión, levantando hacia el cielo sus viejas manos temblorosas. «Los consolaba, según se ha dicho, con una ternura del todo sacerdotal y era para él un deber enjugar sus lágrimas»³⁹. Después de haberse desahogado en su gran corazón, se volvían más resig-

³⁵ Catalina LASSAGNE *Proceso del Ordinario*, p 503

³⁶ Rdo Claudio ROUGEMONT, *Proceso apostolico continuativo*, p 782

³⁷ JUAN PERTINAND *Proceso del Ordinario*, p 350 Juan Pertinand, miembro de una familia de quince hijos, tenía tan solo treinta y dos años cuando se fue de Ars En 1863 lo encontramos propietario de una modesta finca en Amblagnieux (Isere) y administrador de unas minas de hierro en Serrieres

³⁸ Conde Prospero DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p 967

³⁹ Condesa DES GARETS *Proceso apostolico ne pereant*, p 377

nados, más tranquilos, más valientes ante el deber, la prueba y el porvenir.

«Jamás, declara el Rdo. Borjon, para quien el Santo había tenido tan afectuosos perdones, jamás me separé de él sino con el corazón confortado»⁴⁰.

«Puedo decir, afirmaba el Rdo. Dubouis, el desolado cura de Fareins, parroquia dividida aún por la herejía jansenista, que todos salían de su lado con la mente más serena y más alentados para las luchas de la vida.»

Un gendarme, muy probado en cuanto a su salud, daba al párroco Vianney, en una carta, este sugestivo título, subrayado además con grueso trazo de pluma: *Gran consolador de los afligidos*⁴¹.

En efecto, «¡qué prodigioso obrador de felicidad divina y humana, qué fuerza de consolación y resurrección pasó por aquella aldea!»⁴². Para cada pena, el Cura de Ars tenía una frase oportuna, y «lo que otros no hubieran podido conseguir con largos razonamientos, él lo lograba con una sola palabra»⁴³. Pero, prescindiendo de las consolaciones humanas, que casi siempre juzgaba ineficaces, se inspiraba a menudo en pensamientos de fe, y no temía levantar sobre sí mismas a las almas afligidas. «Que se cumpla la voluntad de Dios, decía... Hay que querer lo que Dios quiere... Hay que contentarse con lo que Dios nos envía...»⁴⁴.

A una humilde tendera de Ars, Marta Miard, que había tenido pérdidas en el negocio, le decía: «¡Oh, vale más esto que el pecado!»⁴⁵.

El Cura de mi parroquia natal (San Juan de Bourgneuf en el Isère), cuenta la misma, no creía al principio en las maravillas que yo le refería. Sin embargo, como sufriese una gran turbación, vino a Ars. Después de haber visto al párroco Vianney, pareció del todo cambiado: aceptó su cruz con plena resignación. El señor Cura le había dicho

simplemente: «Amigo mío, profundice en la paciencia de Nuestro Señor»⁴⁶.

En mayo de 1885, una señora fue a Ars, desde muy lejos, con la esperanza de conseguir algún alivio en una enfermedad que la hacía sufrir mucho. «Al ver que no se curaba después de una fervorosa novena, rogó al sacerdote coadyutor que preguntase al varón de Dios si sanaría. He aquí la respuesta que fue comunicada a la enferma: Esta persona es piadosa; la cruz está muy en su sitio. Será para esta señora la escalera que la conducirá al cielo»⁴⁷.

Su prima Margarita Humbert fue a verle desde Ecully para recomendarle una de sus nietas, gravemente enferma. «Es un fruto maduro para el cielo, le respondió el Santo sin titubear. En cuanto a ti, prima mía, necesitas algunas cruces para pensar en Dios»⁴⁸.

Claudina Fayot, a quien Juan-María Vianney había conocido tan pequeña cuando estaba oculto en Robins, se moría allí de debilidad. Su madre hizo que refiriese su tristeza y sus temores al sacerdote a quien había amado como a su hijo. «¡La tierra no es nada!», le envió por toda respuesta el Cura de Ars. Y Claudina murió poco después, santamente⁴⁹.

La señora Chamonard, de Saint-Roman-les-Iles (Saona y Loira) era una excelente cristiana, casada con el más increíble de los hombres. En el verano de 1815, sugirió a su esposo, enfermo y achacoso, que hiciese una visita al Cura de Ars. Resistió al principio a una proposición tan rara: ¡él, espíritu fuerte, hacer tal honor a un sacerdote! Pero ¡de-seaba tanto la salud!... Se decidió al fin. Sin embargo, hubo de ser muy instado para que se resolviese a entrar en la iglesia de Ars. El Párroco, que estaba explicando el catecismo, fijó en él sus ojos penetrantes. El señor Chamonard salió bruscamente de la iglesia, jurando que no volvería y decidido a marcharse en seguida. Cuando su esposa apenas pudo hablar con el Santo, se limitó a pedirle la curación de su

⁴⁰ *Proceso del Ordinario*, p 1270

⁴¹ Carta del gendarme Saget, de Fours (Nievre), 21 de julio de 1859

⁴² Rene BAZIN, *Pelerinage a Ars*, «Annales d'Ars», abril de 1900, pagina 327

⁴³ Rdo DUBOIS, *Proceso del Ordinario*, p 1235

⁴⁴ Marta MIARD, *Proceso apostolico continuativo* p 845

⁴⁵ *Ibid*, p 844

⁴⁶ Marta MIARD, *Proceso apostolico continuativo* p 851

⁴⁷ *Notas* manuscritas del señor Toccanier, p 27

⁴⁸ Margarita HUMBERT *Proceso del Ordinario*, p 1325

⁴⁹ Hecho referido por la señora Sofía Cote-Forge, de Lion, bizneta de la señora Fayot, de Robins

marido. «No son lo peor los dolores, le dijo el Cura de Ars; hay que sanar el alma; ha emprendido usted una tarea que tan sólo está en sus comienzos.» La señora Chamonard salió de Ars «llena de admiración y singularmente fortalecida». Se llevaba la más inquebrantable esperanza. Cuatro años más tarde, su marido moría con señales de predestinación⁵⁰.

Francisca Lebean, pobre joven de Saint-Martin-de-Commune (Saona y Loira), se había quedado completamente ciega. Juntamente con su madre, emprendió el viaje a Ars. Durante el camino, mendigaron el pan de cada día, y durmieron en los establos. El Cura de Ars no temió descubrir a la pobre enferma, cuyo temple valeroso de alma había sondeado la mirada inspirada del Rdo. Vianney, algo del misterio divino que se esconde en el sufrimiento. «Hija mía, le dijo, podrías curarte, pero si Dios te devolviese la vista tu salvación no sería tan segura; si, por el contrario, te conformas con tu enfermedad, irás al cielo y te garantizo que tendrás allí muy buen lugar.» La ciega lo entendió todo; no pidió ser curada, y se marchó llena de resignación⁵¹.

El cura de Ars no sabía compadecer a las madres cuyos hijos morían siendo pequeños. «Tuve la desgracia, cuenta la señora des Garets, de perder un hijo de cinco años. He aquí que el Rdo. Vianney contestó a mi cuñado que le comunicó la triste nueva: ¡Dichosa madre, dicholo hijo! ¡Qué gracia para ambos! ¿Cómo ha podido merecer este niño que se le abreviase el tiempo de la lucha, y que fuera a gozar tan presto de la felicidad eterna?»

Sin embargo, en otras circunstancias, no tuvo reparo en llorar con aquella noble cristiana. Había conseguido con un tacto exquisito que el mayor de los Garets, Eugenio, de

veinticuatro años, aceptase la muerte, acaecida en 1.º de febrero de 1855. Su fin edificante había sido un gran consuelo para su madre, y el reverendo Vianney no tuvo necesidad esta vez de sostener su valor. Pero cuando, cinco meses después, perdía a su segundo hijo, Joanny, herido mortalmente en el primer asalto de Sebastopol, fue un caso de desesperación. El Santo corrió al castillo. «Tenga ánimo, sea usted fuerte, exclamaba derramando lágrimas delante de aquella madre dolorida y postrada al pie de una cruz. No se deje usted abatir; sepa aceptar la prueba...» Y la llamaba, con un tono de compasión infinita, «la madre de dolores». Evocando el recuerdo de aquella hora cruel, durante la cual la había sostenido en su calvario, la señora des Garets decía: «Al salir de su presencia, sentíame renacer; sentíame capaz de aceptar y llevar la cruz»⁵².

* * *

Los afligidos que no podían ir a Ars escribían al santo Cura o hacían que otros le escribiesen en su nombre. De aquí, la voluminosa correspondencia que cada mediodía el párroco encontraba en su habitación sobre su pequeña mesa de encina⁵³. La leía de corrida y muchas veces no podía dar abasto. La mayor parte de las cartas contenían peticiones de consejo o de oraciones, confidencias dolorosas, clamores de angustia. Agotado como estaba por el ministerio de las confesiones, no podía contestar personalmente, sino muy raras veces. Confió este cuidado a las personas que le rodeaban, tales como Catalina Lassagne, y después, sucesivamente, a los Rdos. Raymond y Toccanier, y al Hermano Atanasio. A éstos, sus secretarios de ocasión, les indicaba en qué sentido habían de responder y firmaba algunas de sus cartas con su propia mano.

De las cartas consoladoras que escribió de su puño y letra, quedan dos, dirigidas a uno de sus primos, el Hermano Chavolet, religioso de obediencia en el Hospital de Lión, quien atravesaba una gran crisis de tentaciones.

⁵⁰ Encuestas del señor Ball, 25 de abril de 1878 (Archivos parroquiales de Ars)
⁵¹ Según una carta del Rdo. Chopin, cura de Saint-Clement-les-Macon y sobrino segundo de Francisca Lebean, dirigida a Mons. Convert el 6 de febrero de 1911. La ciega, continúa diciendo, pregunto al Reverendo Vianney «¿No se carga para mis hermanos y hermanas?» (eran ocho entre todos) — Tranquilízate, hija mía, tus hermanos y hermanas llegarán a ser muy viejos y tendrán cuidado de ti. Cuando muera el primero los otros seguirán, muriendo uno casi cada dos años.» El primero que murió fue Francisca (o sea la ciega), según los intervalos anunciados por el párroco Vianney, todos de edad de 80 a 90 años, fueron muriendo los demás

⁵² Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 780-781, 892-893

⁵³ Hasta 1840, Ars no tuvo correo diario. Las cartas hasta la expresada fecha, eran repartidas cada dos días

Mi buen amigo, trazo estas líneas a vuela pluma, para decirte que no te vayas, a pesar de todas las tentaciones que Dios permita que padezcas. ¡Ten valor! El cielo es sobradamente rico para ser tu galardón.

Considera que todos los males de este mundo constituyen la herencia de los buenos cristianos. Tú sufres como un martirio. Mas ¡qué dicha ser mártir de la caridad! No desperdicies tan hermosa corona.

«Bienaventurados los que sufren persecución por mi amor», nos dice Jesucristo, nuestro modelo. Adiós, mi queridísimo amigo. Persevera en este camino que tan felizmente has comenzado; y nos volveremos a ver en el cielo... (Carta del 25 de julio...)

...¡Animo, mi querido primo! ¡Pronto veremos este hermoso cielo, y ya no habrá más cruces para nosotros! ¡Qué divina felicidad! ¡Ver al buen Jesús que tanto nos ha amado y que nos hará dichosos!... (17 de mayo...).

Muchas de las cartas recibidas por el Cura de Ars son muy emocionantes. Con un Santo que tenía fama de leer en los corazones, los corazones todos se atrevían a expansionarse y exponían sin falsa vergüenza, ni respetos humanos, sus grandes o pequeñas miserias.

He aquí algunos fragmentos de esta «correspondencia de las almas», de la cual, por desgracia, tan poca cosa se ha podido salvar⁵⁴.

El cura de una parroquia poco cristiana envía a su santo colega, que había pasado por la misma prueba, estas líneas de dolor:

Mi querido padre:

Soy su penitente, soy su hijo. Le escribo para implorar de un modo especial el socorro de sus oraciones para que me protejan contra una calamidad que me amenaza.

Un gran escándalo se prepara en mi parroquia, y recurro a usted por si es posible impedirlo o neutralizarlo. Durante dos o tres

⁵⁴ El Rdo. Monnin (*Vida*, t. II, p. 58) escribe que el Cura de Ars «no acababa la lectura de las cartas que comenzaban con frases laudatorias», que «las rasgaba con indignación y las echaba al fuego». Asimismo, el señor José Vianney (*Les Bienheureux Curé d'Ars*, p. 163) dice: «quemaba, sin leerlas, las cartas que comenzaban con cumplidos». Este hecho es innegable. Pero no es menos cierto que algunas cartas de este género escaparon a la destrucción: hay unas pocas, de entre las que se conservan, en las que se encuentran fórmulas de alabanza. Lo más seguro es que el Rdo. Vianney no conservaba ninguna carta, a no ser que hubiese en ellas peticiones de misas o de novenas, y entonces las entregaba a alguno de sus auxiliares. Debido a esto, ha llegado a nosotros una muy reducida parte de su correspondencia.

días, un grupo de viñadores y otros, con ocasión de la fiesta de San Nicolás, que es el lunes próximo, quieren entregarse a diversiones las más profanas (bailes y desórdenes de todas clases), y arrastrar al mal a muchas personas, y aun a los niños, por los que tengo gran pena. Y esto, durante el Adviento; y estando próxima la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, nuestra buena y tierna Madre. Hacemos una novena a la Santísima Virgen, para que nos libre de estos escándalos. Le ruego una sus oraciones a las nuestras...

Reverendo FERRET

Las cartas que se refieren a vocaciones religiosas, cartas muchas veces llenas de congoja y regadas con lágrimas, son a buen seguro las más numerosas de cuantas recibió el Cura de Ars. Una joven de Bourgoin le escribió el 2 de febrero de 1859:

...¿Cuándo, pues, romperá Dios las cadenas que me tienen atada a este mundo corruptor? ¡Oh! ¡qué de pasiones se ven, qué de malos ejemplos!...

Yo quisiera pertenecer a Dios, y he aquí quien me impide seguir los impulsos de mi corazón: la Superiora general de las Hermanas del Santísimo Sacramento no quiere recibirme. Al morir mamá, mi pobre padre nos abandonó: se marchó muy lejos en busca de refugio y de trabajo. Y la Superiora me dice que esto es una mancha y que en la congregación no pueden admitir a nadie que venga de padres...

¡Oh, Padre mío, si he de quedarme en el mundo, cuántas gracias necesitaré para santificarme! ¡Ah! yo soy muy ligera: usted me ha dicho en la confesión que soy demasiado exterior. Esto es mucha verdad. Siempre me parece que me miran. Sin embargo, tengo buena voluntad.

¡Oh! ruegue por mí, Padre mío, y estoy convencida de que cambiaré.

Otra joven le escribía desde París:

Mi buen Padre, he oído hablar de usted y de sus milagros. Si Dios quisiera que conociese su voluntad por voz del Cura de Ars, me digo a mí misma, sería más sencillo que alcanzar esta gracia a fuerza de largas oraciones...

A pesar de mi edad, soy muy criatura; pero Nuestro Señor no rechazaba a los niños; solamente que estoy muy lejos de tener la simplicidad que les hacía amables a los ojos del buen Jesús. Tengo

dieciséis años y todavía no he pensado seriamente en mi vocación; pero quiero salvarme...

Puesto que Dios le ha comunicado el don de discreción de espíritus, vea lo que pasa en mi alma...

Estoy indecisa y tengo necesidad de luz, le decía una niña de la misma edad que la anterior. Muchos obstáculos se oponen a mi vocación. Mi madre es muy piadosa, pero mi padre es militar, y estoy segura de que será muy difícil obtener su consentimiento.

He aquí a un padre de familia, que —lleno de tristeza y sublevado en su interior contra los deseos de su hija de entrar en una orden religiosa muy austera— conjura al Cura de Ars para que combata esta vocación.

No sabemos qué pudo responder el Santo a este grito de la naturaleza.

Nimes, 25 junio 1855

Señor Cura:

La fama de sus virtudes y de los dones con que Dios se ha complacido en adornarle ha llegado hasta nosotros, y una de mis hijas, joven de veinte años, se propone ir, dentro de pocos días, a pedirle consejo sobre un asunto de alta trascendencia, puesto que se trata de tomar una determinación de la cual depende todo su porvenir.

Aunque dotada de todas las cualidades que le abrirían amplio paso en la vida del mundo, hace algunos años que manifiesta una marcada inclinación a la vida religiosa. Nosotros no vemos en esta disposición de ánimo otra cosa que el resultado pasajero de una piedad ferviente y de la inexperiencia propia de su edad. Ella empero persiste en su tema.

Nuestra ternura para esta hija tan querida no tiene nada de egoísta; por encima de todo deseamos su felicidad; y si nos llegamos a convencer de que no puede encontrarla en este mundo si no es bajo el hábito religioso, sabremos hacer este sacrificio por penoso que sea. Pero se nos haría muy duro verla escoger una orden tan austera como la del Carmelo, en la cual quiere entrar; orden en la cual nada hay que suavice el rigor de la clausura, del régimen de vida y de la soledad. Por esto no pasaremos nunca, y quisieramos suplicarle tuviera a bien apartar a nuestra hija de tales pensamientos. Esta nuestra querida hija, aunque no tiene el gusto de conocerle, tiene en sus luces y en sus santas inspiraciones una

confianza sin límites: le parece que es Dios quien va a hablarle por boca de usted, y ha de dictarle el partido que ha de seguir. Con tal fin, irá con su madre a visitarle.

Señor Cura, en un momento tan solemne, ya que se trata de adoptar una resolución decisiva y hasta cierto punto irrevocable, es de gran monta precaverla contra un entusiasmo irreflexivo. Si ella quiere de todas veras ser religiosa; si, como asegura, Dios la llama a este estado, ¿por qué no ha de entrar en el Sagrado Corazón, que ella conoce y es bien conocida, por haber cursado todos sus estudios en el internado de Montpellier, y sería recibida con gran contento? ¿Por qué ha de sepultarse en vida en el Carmelo?...

Mi hija, pues, se presentará a usted dentro de dos o tres días; ignorándolo ella, me tomo la libertad de escribirle, para enterarle de las disposiciones de esta niña, y para rogarle que la aparte de una determinación tan extremada, que nos sumirá en la consternación y hará nuestra infelicidad. Estoy convencido de que si usted la encamina hacia el Sagrado Corazón, donde en definitiva podrá tan bien como en el Carmelo servir a Dios y asegurar su salvación, no dudará en seguir este consejo. Está decidida a escucharle y a no hacer caso sino de usted. Es usted en estos momentos el único árbitro de su suerte...

Podemos estar seguros de que si el Cura de Ars vio en estos deseos el llamamiento de Dios, la señorita Bony (éste era el nombre de la joven) entró en el Carmelo.

Los corazones afligidos, los corazones desgarrados por la muerte de personas queridas, hallaban amable acogida en el seno «del Buen Padre».

Señor Cura, le escribía desde París la baronesa de Breda, el día 3 de diciembre de 1858, con frecuencia los llantos de las madres desoladas llegan hasta el corazón de usted en demanda del auxilio de sus oraciones. Yo vengo a aumentar el número...

Y le suplica que salve a su hija, joven viuda a la que una enfermedad misteriosa ha convertido en «una verdadera mártir».

Es un alma desolada que va a implorar socorro, le dicen desde Grenoble el 12 de enero de 1853. Un esposo, un padre súbitamente arrebatado a toda la ternura de una familia: unos niños abandonados a la inexperiencia de una madre desgraciada... ¡Qué motivo de inmensa compasión!... Esta pobre mujer quería ir a Ars, a buscar, no consuelo —pues no puede haberlo para tales dolores—, sino al-

gún alivio para su cruel añoranza, la resignación en su horrible desdicha, la conformidad con la voluntad de Dios.

En medio de los sufrimientos de una larga enfermedad, le escribe desde la cama una persona de Lión; quisiera recibir el consuelo que usted sabe dar a los que se le acercan. Paréceme que tendré más paciencia para sufrir, si a lo menos me ayuda con sus oraciones. Para pedirle este favor, para mí muypreciado, me he tomado la libertad de escribirle, mi bueno y respetable señor cura.

El Cura de Ars nunca despreció ninguna recomendación. Como la era imposible presentarlas una a una al Señor, formaba con todas ellas un ramillete que ofrecía a Dios en el *memento* de su misa. Por otra parte, muchas veces, con los ojos bañados en lágrimas de compasión, abogaba ante el cielo por causas bien emocionantes.

* * *

Después de haber dicho lo que era su corazón, hemos de hablar del espíritu del Cura de Ars, de su tacto y de su exquisita prudencia.

«Una jovialidad dulce y franca y una amable confianza regulaban todas sus relaciones de amistad»⁵⁵. Sin embargo, se mostraba en extremo reservado con las personas que le servían. Conocía su abnegación y su probada virtud, pero una sobrenatural prudencia le dictaba este proceder. La fina y discreta Catalina Lasagne lo echó bien de ver:

Las que acudían a él con más frecuencia, para prestarle algún servicio, se sentían en su presencia como sobrecogidas de un santo respeto, y, a veces, temían hablarle aun de cosas muy urgentes. Dios lo permitía así, para que cuantos procuraban aliviar a su bueno y fiel servidor lo hicieran pensando únicamente en su gloria⁵⁶.

Pero con sus compañeros, sus coadjutores y otros amigos, se expansionaba muy a gusto —era una necesidad de su corazón delicado y sensible—, sobre todo por la noche, después de las aplastantes horas de confesonario. Uno de

⁵⁵ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 150.

⁵⁶ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 91.

los Hermanos le acompañaba a su cuarto, y, con frecuencia, se juntaban los misioneros, el alcalde, señor des Garets y otras personas. En efecto, los peregrinos, sacerdotes y seglares, solicitaban el favor de pasar con él los últimos momentos del día. El párroco los acogía de buen grado.

Dejaba que le explicasen los acontecimientos del día que fuesen de interés para Francia y la Iglesia. La política, empero, le interesaba muy poco, y solamente en cuanto tenía relación con la cuestión religiosa⁵⁷.

Por lo demás, «cuando le hablaban de cosas del mundo, no parecía hallarse en su elemento»⁵⁸. Sentía ansias por volver a sus temas favoritos.

«Todo su placer, cuenta su confesor, el Rdo. Luis Beau, estaba en hablar de cosas espirituales. Si por educación escuchaba cuando hablaban de asuntos temporales, se advertía que no mostraba otro interés que el que exigía la benevolencia... Fui testigo del gozo que experimentaba cuando le daban alguna noticia referente a la Iglesia o a la salvación de las almas, por ejemplo, cuando se enteraba del éxito de una misión; por el contrario, ¡cuál no era su pesar al tener noticia de algún escándalo!...»⁵⁹.

«Su corazón, dice el conde des Garets, estaba tan lleno de amor de Dios que hablaba de él en todas sus conversaciones, las cuales solía interrumpir con frecuencia con estas frases, que pronunciaba juntando las manos y levantando los ojos al cielo: ¡Dios mío, qué bueno sois!»⁶⁰.

Era su único pensamiento. «Un día, refiere el reverendo Toccanier, le dije al cruzarme con él: Hace muy mal tiempo hoy, señor Cura. —El mal tiempo es para los pobres pecadores»⁶¹.

El Cura de Ars desconocía los sutiles rodeos del amor

⁵⁷ Quizá de tarde en tarde leía algunos números del *Ami de la Religion et du Roi* (fundado en 1814) y del *Memorial catholique* (fundado en 1823) que le enviaban los castellanos de Ars o sus colegas. Ningún testigo contemporáneo nos dice lo que pensaba sobre el *Avenir*, de Lammenais, y los acontecimientos que ocasionaron la defecación de aquel desdichado sacerdote... Con todo, ciertos hechos de intuición demostraron que el Cura de Ars no ignoraba todo lo que ocurría en su época y que tenía sus maneras de ver sobre un buen número de cosas.

⁵⁸ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 630.

⁵⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 1.193.

⁶⁰ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 375.

⁶¹ *Ibid.*, p. 295.

propio. De ordinario, «no hablaba de sí ni en bien ni el mal»⁶². Cuando sus más íntimos amigos querían enterarse de algunos pormenores referentes a su persona, y que redundaban en elogio suyo, se valían de ciertas estrategemas para llevarle a su propósito. Pero cuando se daba cuenta del lazo, les interrumpía bruscamente. Si insistían: «¡Basta, replicaba, he dicho ya demasiado!». Sin embargo, se entregaba con placer a sus recuerdos. Solamente, como hace notar el Hermano Atanasio, «era entonces manifiesto que contaba aquellas cosas, y aun otras que podían decir algo en su favor, de una manera abstracta, como si se refiriesen a personas extrañas». Una de las industrias de los misioneros para poder gozar algo más de su presencia, consistía en pronunciar, como quien no dice nada, el nombre del señor Balley, acerca del cual era inagotable⁶³. Con todo, era necesario acabar. «Después que el Cura de Ars, refiere el conde des Garets, había conversado con nosotros con una familiaridad llena de confianza, de pie y apoyado en su pobre mesa, de súbito, nos despedía diciéndonos: «Tengo el honor de desear a ustedes muy buenas noches». Nosotros nos retirábamos encantados⁶⁴.

El Cura de Ars era hombre sin doblez, pero agudo. «¡Qué finura era la suya!»⁶⁵. Muy observador, hubiera podido lanzar disparos muy certeros, y a veces vengativos, pero siempre se abstuvo por virtud. Se contentaba con soltar, «como de paso, en la conversación, palabras de una jovialidad simpática y algo picantes»⁶⁶, «observaciones que no carecían de cierta delicada malicia»⁶⁷. Sus réplicas no zaherían a nadie, pues la agudeza de las mismas iba siempre templada por un tono lleno de amabilidad y por la agradable expresión de su semblante⁶⁸.

«Una de mis hermanas, dice la señorita Marta des Garets, le pidió unas reliquias. «Conviértase usted en tal», le

respondió el señor Cura, insinuando con esto que había de procurar ser una santa»⁶⁹.

«Una religiosa se atrevió a decirle con ingenua simplicidad: Por lo general, Padre mío, lo consideran a usted como un ignorante. —Y no se equivocan, hija, pero lo mismo da: podría decirle a usted bastante más de lo que puede hacer»⁷⁰.

Uno de sus compañeros de diócesis, el Rdo. Blanchon, cura de Bublance, que era muy corpulento, hablaba un día con él en tono muy familiar. «Señor Cura, le dijo bromeando, cuento con usted para poder llegar al cielo... Cuando vaya allí me cogeré de su sotana». La respuesta, acompañada de amable y graciosa sonrisa, no se hizo esperar: «Amigo mío, se guardará bien de ello. La entrada del cielo es estrecha; los dos nos quedaríamos en la puerta»⁷¹.

«¿Qué he de hacer, Padre, para ir al cielo?, le preguntaba una persona, también de regulares proporciones. —¡Hija mía, tres cuaresmas!».

«El Emperador ha hecho cosas muy buenas, decía en cierta ocasión el Rdo. Vianney durante la explicación del catecismo de las once, mientras unas señoras, vestidas según la usanza de aquel tiempo, entraban con dificultad en la iglesia; pero se ha olvidado de una: hubiera tenido que mandar que se ensanchasen las puertas para que pudiesen pasar los miriñaques»⁷².

Durante una fuerte lluvia, el santo Cura pasaba de largo por delante de la casa de los Hermanos, sin paraguas ni sombrero. Iba a toda prisa a visitar a un enfermo. El Hermano Atanasio salió precipitadamente, y a duras penas pudo darle alcance. «¿Adónde va usted, compañero?, le preguntó el Rdo. Vianney. —A traerle este paraguas. —Vaya, vaya, que no soy de azúcar.» Y riéndose continuó su camino⁷³.

Era muy agudo en juzgar a los predicadores. El reverendo

⁶² *Proceso del Ordinario*, p. 651 y 855

⁶³ *Proceso apostólico in genere*, p. 327

⁶⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 957

⁶⁵ Rene BAZIN, *Pelerinage a Ars* «Annales d'Ars», abril de 1908, p. 324

⁶⁶ Señora Cristina DE CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, página 155

⁶⁷ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 957

⁶⁸ Guillermo VILLIERS, *Proceso del Ordinario*, p. 651

⁶⁹ *Proceso apostólico in genere*, p. 247

⁷⁰ Cf. MONNIN, *Vida*, t. II, p. 524

⁷¹ *Ibid.*, p. 525

⁷² Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, n. 80.

⁷³ *Ibid.* n. 45

Collet, que murió siendo Cura de Trevoux, gustaba de predicar verdades eternas; había predicado en Ars antes del Rdo. Monnin, que elegía con preferencia temas consoladores, y los trataba según su imaginación sensible y poética. «Estos buenos señores, decía después el Rdo. Vianney, nos llevan al cielo por diferentes caminos: el primero por un puente de piedra, y el segundo sobre un puente de flores»⁷⁴.

Nunca se oyó que el Cura de Ars faltase de palabra a la caridad. Una sola vez, bajo este respecto, creyó el Hermano Jerónimo haberle cogido en falta; pero el Hermano no había entendido de momento que el Cura de Ars protestaba contra las intrigas de un caballero, demasiado conocido en la comarca. «El señor Cura, añade, pedía continuamente a Dios que aquel personaje no llegase nunca al sacerdocio, al cual aspiraba»⁷⁵.

En cuanto al empleo de la lengua, nuestro Santo se manifestó siempre excesivamente reservado. Tenemos buena prueba en una de sus cartas, escrita en 1828. Va dirigida al conde de Cibeins y parece no tener otra finalidad que la reparación de una falta ligerísima. Después de un preámbulo, el Rdo. Vianney pasa a tratar con manifiesto embarazo de una falta que le causa gran tormento:

Una cosa que me da mucha pena: cuando iba a su casa, caí, aunque sin pensar, en una murmuración cuando le dije que me engañaban un poco; aunque sin darme cuenta, hice mal. Ruego a usted que no hable nunca de ello. Tengo de ello gran sentimiento, pues por los bienes de la tierra no hay que perder nunca los del cielo.

Una contrición tan perfecta por una sombra de falta demuestra a qué altura llegaba, en el Cura de Ars, la delicadeza de la caridad.

XXIII. EN LA CUMBRE DE LA SANTIDAD

I. LOS TESTIMONIOS

La subida hacia la perfección.—La fama de santidad en el entorno inmediato del Cura de Ars.—Testimonios de su confesor, de Catalina Lassagne, de Mons. Devie y de varios sacerdotes amigos del Cura de Ars.—Juicio de otras personas: el doctor Saunier, los peregrinos y los habitantes de Ars.—Juicio de las multitudes.—Unanimidad en los elogios.—Lo que la inmensa mayoría ve en el santo Cura.

La santidad, es decir, el desasimiento completo de sí mismo y de las cosas que pasan, el deseo continuo de Dios y de las realidades de lo alto; la santidad tal como la admiramos en el cura de Ars, la santidad «canonizable» supone de parte de Dios dones gratuitos eminentes; pero, a su vez, exige una correspondencia por parte de la criatura privilegiada, un esfuerzo constante, arduo y heroico; por lo que, en cierto sentido, la santidad podría ser llamada, como el genio, «una prolongada paciencia». Es algo que se da, pero que ha de ganarse; es el efecto de una benevolencia divina, y es el resultado de una vida humana, el acabamiento feliz de una obra de grandes alientos¹.

El Cura de Ars se sintió inclinado ya desde su infancia hacia Dios, pero no por esto pudo sustraerse a la ley del es-

¹ «La Iglesia ha hallado la expresión exacta, al atribuir a los santos, además de las virtudes que practican de ordinario las almas piadosas, un grado especial de *heroísmo*. El santo es un héroe... Todo el mundo puede y debe ser santo (en el sentido de que todos pueden y deben poseer la gracia santificante), pero no todo el mundo puede ser *un santo*. La santidad es como el genio. Ambos suponen cierta predestinación que nada puede suplir.» (Dom Pablo CHAUVIN, *Qu'est-ce qu'un saint?* Paris, Bloud, 1910, p. 4).

⁷⁴ Mons. CONVERT, *Le Curé d'Ars et les dons du Saint Esprit*, p. 423.

⁷⁵ Hermano JERONIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 540.

fuerzo y de la constancia en el mismo esfuerzo. No siempre navegó a velas desplegadas; también tuvo que echar mano de los remos. Tuvo necesidad, como todo hombre venido a este mundo, de reformar su carácter imperfecto, de poner coto a ciertas inclinaciones demasiado humanas, de vencer amargas repugnancias. Experimentó las excitaciones nerviosas, las sequedades y tedios del espíritu y, a veces, un estado de abatimiento que rayaba en desesperación. «¡Ah, es muy hermoso ser santo, decía una de sus penitentes; pero cuánto le ha costado al Cura de Ars!»².

Puso en esta tarea grandes esfuerzos, y durante muchos años; pues «no es ningún juego de niñez el renunciar del todo a sí mismo»³. Llegó a la santidad, porque si sus sentidos, si su corazón se le rebelaron, jamás su voluntad dijo: no puedo. Por el contrario, dijo siempre: «todo lo puedo en Aquel que me conforta»⁴. Aquí está el secreto de su encumbrada santidad: un heroico querer, un tesón indomable.

Juan-María Vianney fue primeramente un niño piadoso, un joven, un seminarista, un sacerdote ejemplar. Finalmente, llegó un día conocido sólo por Dios, en que «fue un Santo y gran Santo»⁵. Si se nos permite sondear con todo respeto este misterio, quizá hay que colocar este día en aquella época en que comenzó a poseer aquella «inefable dulzura»⁶ que encantaba a los peregrinos; en la época en que prescindió de todo deseo por poco egoísta que le pareciese, en que arrojó de sí las ansias, por otra parte muy legítimas, de descansar algunos días entre los mayores en su país natal; en la época en que, guiado por las luces de lo alto más continuas y más claras, abrió sus brazos a los pecadores con una compasión y mansedumbre inmensas. Fue hacia el año 1844, cuando, según pensamos, el Cura de Ars llegó a la cumbre de la santidad.

² Baronesa Alix DE BELVEY *Proceso del Ordinario*, p 287 — El mismo Cura de Ars solía decir «Los santos no fueron santos sino despues de muchos sacrificios y muchas violencias» (*Sermones*, Sobre la santidad, t IV, p 145)

³ *Imitacion de Cristo*, lib III cap XXXII

⁴ San Pablo, *Philipp*, IV, 13

⁵ Rdo DUFOUR, misionero de Ars, *Proceso apostolico in genere*, pagina 422

⁶ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p 774

Entonces pareció convertirse en un ser sobrenaturalizado «que no tenía de humano más que el sufrimiento»⁷; «alcanzó aquel grado heroico que es el supremo esfuerzo de la naturaleza sostenida por la gracia»⁸. La virtud era en él como «una segunda naturaleza». Su voluntad activa, perseverante, inclinada únicamente al bien, siempre con miras a lo mejor, iba, de la perfección adquirida la víspera, a la perfección más elevada que le brindaba el nuevo día al despuntar la aurora. Nada de sopor, ni de rutina; una atención continua de su espíritu y de su corazón a cada uno de sus graves deberes.

Varios testigos de su existencia han expresado, cada uno en su lenguaje, este estado de santidad adquirida, y muchos con palabras de profunda simpatía y de vibrante emoción.

«Fueron las personas sencillas y devotas, ha dicho su fiel amigo Pedro Oriol, las que comenzaron a difundir su fama de santidad; pero las personas más graves por su carácter, su edad y su posición se hicieron eco más tarde de aquellos rumores salidos de Ars y de las parroquias vecinas. Fui muchas veces testigo de la emoción causada por el espectáculo de las virtudes del Cura de Ars. Y esta reputación fue siempre en aumento»⁹. Ningún hombre parece grande a su ayuda de cámara. El Rdo. Vianney vivió como en una casa de cristal, y permitió que todos le martirizasen, le espiasen y le discutiesen como les viniese en talante. Los que le trataron más de cerca y fueron sus más íntimos, proclamaron su santidad antes que nadie¹⁰. Según escribe

⁷ De una carta de la condesa des Garets a su hija Marta, *Proceso apostolico in genere* p 306

⁸ Andres Treve, propietario agricultor de Ars, *Proceso apostolico continuativo*, p 820-821

⁹ *Proceso del Ordinario*, p 757

¹⁰ «Los grandes hombres, grandes para las multitudes y para todos aquellos que no ven sino los resultados exteriores de sus trabajos, aparecen con frecuencia muy pequeños a los que les tratan de cerca y conocen todas las debilidades de su caracter. Por el contrario, el santo parece mas santo a aquellos que viven junto a el, estos son los que, habiendo sido testigos de virtudes ocultas, de su ternura ignorada de su valimiento ante Dios y de su invisible accion sobre las almas, estan destinados a esclarecer la ignorancia y disipar los prejuicios de los que le desconocen.» H JOLY *Psychologie des saints*, Paris, Lecoffre, 1902, p 28) Pero como lo hace notar Dom Chauvin (*Qu'est ce qu'un saint?*, p 19), «¿si la santidad se impone de esta manera, nadie, segun parece, podria ofrecerle resistencia?» No siempre ocurre así en la practica. Testigo el Rdo Raymond, que fue durante ocho años el auxiliar «muy queri-

un sacerdote de Ars, no pudieron «observar en su conducta ni un solo pecado venial deliberado»¹¹.

Abundan los testigos contemporáneos. Raras veces se ha visto una más hermosa y más unánime conformidad en los elogios. Jamás los elocuentes sermones que todos los años resuenan en la basílica o en la plaza de Ars tendrán un acento de verdad tan convincente y penetrante.

Oigamos en primer lugar al Rdo. Luis Beau, cura de Jassans, el confidente por excelencia, puesto que confesó al Santo durante los últimos trece años de su vida.

Que yo sepa, no aflojó ni un solo momento... Cumplía todos sus deberes con una delicadeza de conciencia admirable... Me fijé muchas veces en la manera de hacer la señal de la cruz, de rezar el *Benedicite* antes de las comidas y el *Avemaría* al dar la hora. El recuerdo de lo que entonces veía todavía me impresiona. ¡Con qué angelical piedad rezaba el breviario!... Fáltanme palabras para expresarlo. Creo que no es posible ir más lejos en la práctica de las virtudes heroicas. Leo las vidas de los Santos, y no encuentro nada que supere lo que vi en el Cura de Ars... Vivía envuelto en una aureola de santidad. No sé expresar hasta qué punto me inspiraba veneración y respeto... Según mi parecer, conservó la gracia bautismal, y esta gracia fue constantemente aumentando por la santidad eminente de su vida¹².

Después de su confesor, citemos a una persona que fue su brazo derecho en todas sus obras y el testigo mejor informado de su vida; tal, que Mons. Langalerie, antiguo obispo de Belley, le llamaba «reliquia viviente del Cura de Ars». Catalina Lassagne, en el capítulo de su *Petit mémoire sur M. Vianney* en que enumera «sus beneficios a la parroquia», sale repentinamente de su acostumbrada reserva y exclama:

¡Qué bueno es Dios por habernos dado este Santo que hemos poseído por dicha nuestra por espacio de cuarenta años! Puede decirse que los pasó haciendo el bien. Solamente en el día del Juicio podremos apreciar los méritos con que ha de estar enriquecido¹³.

do» del Cura de Ars y que con mucha frecuencia, como veremos, no tuvo con él los miramientos debidos a su virtud.

¹¹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 765.

¹² *Proceso del Ordinario*, p. 1189-1190, 1214, 1221.

¹³ Tercera redacción, p. 81.

Pasemos ahora al que fue su prelado por espacio de diecinueve años. En 1839, el Rdo. Tailhades, de Montpellier, después de haber pasado dos meses con el Cura de Ars, fue a encontrar a Mons. Devie. El reverendo Tailhades había tomado algunos apuntes sobre el Cura de Ars, y había pensado un momento en imprimirlos y para esto necesitaba el consentimiento del obispo de Belley. «Entonces, cuenta el referido sacerdote, Monseñor, aprovechando la ocasión para conocer mi juicio sobre el párroco Vianney, me preguntó: «¿Qué piensa usted del Cura de Ars? —Creo que es un Santo», le respondí. Monseñor añadió: «Yo pienso como usted»¹⁴.

Pero, según advierte el Rdo. Raymond, ¿qué mejores jueces puede haber que los sacerdotes, que conocen las obligaciones de su ministerio y la virtud que deben poseer los que están revestidos de esta dignidad; que saben las penas, las fatigas, las solicitudes inherentes al cargo de párroco y de confesor; que pueden medir, por lo que a ellos les ocurre, el grado de heroísmo en la virtud, de inmolación de sí mismo y de sacrificio a que llegó el Cura de Ars?¹⁵

El Rdo. Toccanier, su auxiliar durante seis años, dice de nuestro Santo:

Se acercaban a él como a una reliquia. Nunca he visto tanta energía y tanta fuerza de voluntad. Nada le abatía, ni las contradicciones, ni las enfermedades, ni las tentaciones. Siempre dio muestras del mismo tesón en la práctica de la virtud y en la abnegación por el prójimo. Su virtud era tan admirable que causaba maravilla a cuantos le veían. Era una fuerza tranquila, como venida de Dios, a la par que invencible. Los peregrinos, aun los religiosos pertenecientes a las Ordenes más austeras, decían que no tenían necesidad de más milagros que el de su energía para quedar convencidos de su santidad¹⁶.

Y el Rdo. Alfredo Monnin, su primer biógrafo, que, siendo joven misionero de Pont-d'Ain, pasó con él en Ars algunas temporadas de varios meses, dice:

¹⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 1525.

¹⁵ Vida manuscrita, p. 172-175.

¹⁶ *Proceso apostólico in genere*, p. 178; *Proceso del Ordinario*, p. 160.

No le vi ni un momento sin la marca de la perfección... Nunca he visto la santidad en forma más sensible, más amable y más esplendente. ¡No decía nada, no hacía nada que se pudiese decir o hacer mejor!¹⁷.

Mons. Luis Mermod¹⁸, capellán de la Visitación de Gex, sacerdote profundamente virtuoso, el cual, siendo joven seglar, acudía con frecuencia al confesonario de Ars, aporta esta declaración:

Después de haber salido de Chaleins, dice, estuve veinticinco años sin ver al siervo de Dios. Cuando tuve esta dicha, irradiaba su rostro tal resplandor de santidad, que tuve vergüenza de presentarme a él¹⁹.

El señor Juan Luis de Borjou, antiguo cura de Amberieux-en-Dombes, que dio algo que sufrir al Santo y a quien éste perdonó de todo corazón, nos dice:

Eché de ver las virtudes que forman los grandes santos.

De otros sacerdotes que también tuvieron ocasión de conocerle, son las siguientes expresiones:

El Rdo. Vianney era la imagen viviente de la vida sobrenatural²⁰... La perfección que predicaba a los demás era la regla austera de su conducta. El móvil de todas sus acciones, de toda su vida, fue la fe...²¹. Noté siempre en él la perfección de las virtudes...²². Jamás he visto copia más verdadera del divino Maestro...²³. La felicidad de haberle conocido es una gracia especial de Dios²⁴.

El ilustre sacerdote Rdo. Combalot, que en su juventud se había hecho discípulo de Lamennais, y había sido uno de sus más grandes admiradores, fue un día, muy de mañana,

¹⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 1058 y 1167, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 970

¹⁸ La Vida de Mons. Mermod la escribió el Rdo. Chatelard, capellán de la Visitación de Bourg (Lyon, Nouvellet, 1901)

¹⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 1036, 1269

²⁰ Canonigo Juan GARDETTE, capellán de las Carmelitas de Chalons, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 921

²¹ Rdo. RAYMOND *Proceso del Ordinario*, p. 306 y 290.

²² Rdo. J-B DESCOTES, misionero diocesano de Belley, *Proceso del Ordinario*, p. 1343

²³ Rdo. Esteban DUBOUIS, cura de Fareins, *id.*, p. 1246

²⁴ R. P. FAIVRE *Proceso del Ordinario*, p. 1493

a confesarse con el Cura de Ars. Al salir, se arrojó, deshecho en llanto, en brazos del reverendo Toccanier. «¡Dios mío, qué hombre tienen ustedes! ¿Es posible que yo haya dejado que mi cabeza encaneciese sin antes venir a visitarle?»²⁵.

Cuenta el Rdo. Raymond que dos eclesiásticos —uno de ellos postulador de la causa del venerable de la Salle (Mons. Estrade) y el otro religioso, ambos pertenecientes al clero romano— fueron a Ars cuando él estaba allí. Al oírles decir que en Roma había dos sacerdotes que gozaban de una fama de gran santidad, preguntó a los visitantes si los conocían.

—Sí, respondieron ellos.

—¿Qué diferencia notan entre estos santos en vida y mi buen Cura?

—El Rdo. Vianney, respondieron, causa una impresión más viva; su fisonomía respira mayor santidad²⁶.

Los seglares no fueron menos entusiastas ni menos categóricos en la admiración y en los elogios.

Dejaremos hablar a algunos de ellos, pertenecientes a todas las clases de la sociedad.

El doctor Juan Bautista Saunier, que visitó en su calidad de médico al Cura de Ars durante los diecisiete últimos años de su vida, se expresa en estos términos:

Mis relaciones con el siervo de Dios fueron de las más íntimas; pues bien, siempre vi en él un acabado modelo de todas las virtudes.

He aquí otros juicios emitidos en su mayor parte por los habitantes de Ars, labriegos, obreros o moradores del castillo:

Fue siempre y en todas partes, en el más amplio sentido de la palabra, el sacerdote perfecto, el cura modelo y el hombre de Dios...²⁷. Eclesiásticos distinguidos, hombres de mundo, artistas, nos han asegurado que no han visto nunca cosa alguna que se asemeje al espectáculo de este corazón que arde, que adora, que

²⁵ Cf. MONNIN *Le Cure d'Ars*, t. II, p. 332

²⁶ Rdo. RAYMOND *Proceso del Ordinario*, p. 390, Vida manuscrita, p. 173, *ne pereant*, p. 559

²⁷ Vizconde Juan Félix DES GARETSS *Proceso apostólico in genere*, página 422

gime...²⁸. No fue heroico en una sola virtud, sino en toda su vida²⁹. La lectura de las vidas de los santos no me han hecho concebir una idea tan elevada de la santidad como el conjunto de su conducta...³⁰. Le considero como uno de los más grandes santos que Dios ha dado a su Iglesia...³¹. Si él no es un santo, no debe de haberlos...³².

La multitud anónima, el gran testigo, cuya voz, según se ha dicho, es la misma voz de Dios, no se equivocó en su juicio sobre el Cura de Ars. «¿Dónde está el Santo?», preguntaban los recién llegados. «¡El Santo, pasa el Santo!», se gritaba en las filas de los forasteros, cuando aparecía el humilde sacerdote. Y, dirigiéndose a los feligreses, después de ver cómo lo aclamaban de esta manera, decían algunos; «No tenemos necesidad de otras maravillas para creer que nuestro cura es un Santo»³³. Efectivamente, según frase del antiguo obispo de Belley y después cardenal arzobispo de Reims, Mons. Luçon, «si jamás ha habido hombre canonizado por la voz popular, éste ha sido nuestro santo Cura: la sentencia de la Iglesia no hará más que confirmar el juicio del pueblo»³⁴.

Preguntaban a un viñador del Mâconnais qué había visto en la aldea de Ars. «He visto a Dios en un hombre», respondió. Un joven peregrino decía: «Cuando se ha tenido la dicha de ver a este sacerdote, no concibo que sea uno capaz de ofender a Dios»³⁵. Un señor de Marsella tenía una idea tan elevada de la santidad del Cura de Ars, que no se atrevía a presentarse delante de él sin antes haber purificado su conciencia y haber recibido la comunión en la capilla de Fourvière³⁶.

Habiendo llegado hasta Lión, en 1851, el rumor de que el Cura de Ars había predicho «que el Príncipe-Presidente

²⁸ De una carta de la señora DES GARETS citada por su hija Marta, *Proceso apostolico in genere*, p 319

²⁹ Señora Cristina DE CIBEINS *Proceso apostolico continuativo*, p 158

³⁰ Baronesa DE BELVEY *Proceso del Ordinario*, p 250

³¹ Hipolito PAGÉS *id.*, p 406

³² Andres VERCHERE carretero de Ars, *id.*, p 1827

³³ Rdo TOCCANIER *Proceso apostolico ne pereant*, p 325

³⁴ *Carta Pastoral* de 28 de octubre de 1904

³⁵ R P FAIVRE, *Proceso del Ordinario*, p 1494

³⁶ Rdo TOCCANIER, *Proceso apostolico ne pereant*, p 270

sería asesinado durante una revista que había de pasar», un desconocido de aspecto no muy tranquilizador fue a encontrar al alcalde de Ars, señor des Garets. Era un comisario de policía encargado de investigar acerca de la pretendida profecía. El señor des Garets, alarmado, fue a avisar al Rdo. Vianney, que estaba en el confesonario. «Esté usted tranquilo, le respondió, no hay nada que temer.» Mandó entrar al comisario en la sacristía, y cerró la puerta. La conversación duró diez minutos. «Se abrió la puerta, cuenta el alcalde, y vi salir al señor Cura con aquel hombre que derramaba abundantes lágrimas. Les di alcance y, al dejar la iglesia, me dijo con profunda emoción: ¡Pero el cura de ustedes es admirable: es un Santo!»³⁷.

Este comisario de policía había sido enviado para una diligencia muy desagradable ante un hombre a quien gustosamente hubiera tomado por un iluminado y perturbador. Se apartaba de él «lleno de admiración por su virtud». Muchos eran los que iban a Ars sin creer en su Párroco. ¡Un santo..., qué cosa más anticuada y más prehistórica!

Durante el verano de 1841, cuenta un joven lionés, uno de mis amigos, gravemente enfermo, oyó hablar de un cura de aldea emnente por su santidad. Las personas piadosas que le habían hablado de él no dudaban ni de los milagros que ya había hecho ni de que pudiese hacer más en adelante. Mi amigo quiso verle y me pidió que fuera con él a Ars.

Me sentí al principio, fuerza es confesarlo, poco dispuesto a seguirle. Mi fe en la santidad cristiana era completa; tenía gran respeto a las admirables figuras de santidad que surgen de tarde en tarde, y que parecen apariciones concedidas al mundo para su consuelo y enseñanza. Pero en nuestra época materialista, y a causa de la influencia de mis estudios clásicos, no podía verme libre de cierto orgullo intelectual... Me preguntaba cómo era posible reconocer un santo en una persona que no estaba separada de mí ni por los siglos ni por las generaciones, cuyos méritos mi pobre inteligencia de veinticinco años era incapaz de apreciar. Por estas razones, me negaba a emprender el viaje. Mi amigo insistió, pero sin éxito. Hacia fines de agosto, me dijo que se marchaba solo. Entonces, el temor de verle alejarse sin familia, en un momento

³⁷ Conde Prospero DES GARETS *Proceso apostolico ne pereant*, paginas 371-372

en que su salud parecía comprometida, me decidió a acompañarle...

Pues bien, el joven viajero escéptico, como lo demuestra lo restante de su relato, regresó a Lión entusiasmado por cuanto había visto y oído. Y aludiendo a sus tribulaciones y a las de su amigo, concluye con estas palabras:

Nos bastaba en adelante refugiarnos en nuestros recuerdos de Ars y suscitar en nuestra alma la santa figura de su párroco, para sentirnos alentados y consolados de nuevo³⁸.

En suma, durante veinte años, resuena un concierto unánime de elogios, sin una nota discordante. «No recuerdo, dice la señorita Marta des Garets, que jamás se haya dicho cosa alguna contra su reputación de santidad. Me admira también el silencio de los periódicos impíos acerca de nuestro Santo, a pesar de que no dejaron de ir a Ars correspondientes suyos para escudriñar lo que allí ocurría»³⁹.

Si, a pesar de todo, hubo alguno que otro burlón, le honraban sin saberlo: eran el vicio y la impiedad combatiendo la virtud. Un habitante de Villefranche, uno de esos espíritus aviesos, cuya especie nunca se acaba del todo, soltaba un día este comentario digno de M. Homais: «¡Es desagradable que el Cura de Ars haya venido a perturbar el siglo XIX!»⁴⁰. ¡Quiera Dios que no hubiese otros perturbadores que los de este linaje!

Fácilmente se echa de ver que todos estos testigos tan diversos en cuanto a su origen, educación y fortuna, pero dotados ellos de una feliz clarividencia, no confunden la santidad con lo que es accesorio. Penetran, por instinto, hasta el fondo de las cosas. Según su manera de ver, el Cura de Ars es un Santo por haberles edificado con sus heroicas virtudes, y no por haber hecho milagros, tenido éxtasis, haber leído en los corazones y anunciado lo futuro; cosas todas ellas que no son parte esencial de la santidad verdadera⁴¹.

³⁸ BRAC DE LA PERRIERE *Souvenirs de deux pèlerinages a Ars*, op cit , p 1 y 8

³⁹ *Proceso apostolico in genere*, p 327

⁴⁰ Pedro ORIOL *Proceso del Ordinario*, p 758

⁴¹ «A decir verdad, si bien es imposible establecer una jerarquía de superioridad

Estos dones gratuitos de Dios, San Juan-Bautista-María Vianney ni los deseó ni los pidió; lo que buscó únicamente fue a Dios, Dios amado y adorado por sí mismo. Dios servido por sus criaturas. Lo que llegó a poseer en grado eminente, fue lo más perfecto en el orden sobrenatural: la caridad. Pues, como se ha dicho, «la santidad es el amor»⁴².

entre la vía ordinaria y la extraordinaria, puede asegurarse, empero, que la vida común requiere más renuncia de sí mismo, más trabajo, más dolor. Por otra parte, la práctica de las virtudes en grado heroico es el único criterio de valor. Un santo es aquel que practica las virtudes en grado heroico, no aquel que tiene éxtasis o revelaciones» (Dom CHAUVIN *Qu'est ce qu'un saint?*, p. 42)

⁴² Dom CHAUVIN *Qu'est-ce qu'un saint?*, p. 36

XXIV. EN LA CUMBRE DE LA SANTIDAD

II. LAS VIRTUDES HEROICAS: HUMILDAD, AMOR A LA POBREZA Y A LOS POBRES

Virtudes heroicas en que se distinguió el Cura de Ars.—La Humildad.—Entre las ovaciones de la multitud.—El porqué de tanta humildad.—Huida de las alabanzas.—Una «devoción mal entendida».—El Cura de Ars y su carnaval.—La historia de un busto de cera.—El Cura de Ars y Lacordaire.—Algunos pensamientos del Santo sobre la humildad.—El amor a la pobreza y a los pobres.—El vestuario del Cura de Ars.—La casa parroquial.—Desprecio de los bienes terrenales.—El Cura de Ars y los desgraciados.—Ars, punto de cita de los pobres.—Amor del Santo a los pobres.

Cuando la Iglesia católica entrevé como posible la beatificación de una persona muerta en olor de santidad, estudia larga y minuciosamente sus hechos y sus obras para ver si encuentra o no en ellas la perfección de las virtudes cristianas¹. Este examen es precisamente lo que ha elevado al Cura de Ars al honor de los altares. El historiador de su vida no ha de hacer más que rehacer su *proceso*. Le basta con decir en qué virtudes se *especializó* el personaje a quien evoca. ¿Por qué, pues, entre los héroes que honra la Iglesia, San Juan-María-Bautista Vianney es *él* y no otro? Nos parece que esto es debido a la práctica especial y en grado heroico de estas cuatro virtudes: la humildad, el amor a la pobreza y a los pobres, la paciencia y la mortificación —cuatro flores exquisitas, cuyo perfume hemos respirado

¹ Cf. *Codex juris canonici*, Romae, Imprenta Vaticana, 1918, canon 2102.

ya en cada página de este libro. Ha llegado el momento de recrearnos con él más largamente.

Y comencemos por hacer notar que hablamos de *virtudes heroicas*, es decir, de *hábitos* casi sobrehumanos, en los cuales el heroísmo se ha convertido en *disposición ordinaria* del alma, y no de *actos heroicos* espontáneos, transitorios, fruto de circunstancias fortuitas.

Obsérvese, además, que de tan altas virtudes solamente podemos admirar el brillo exterior; puesto que se nos oculta casi del todo la acción no interrumpida de la gracia divina que sublimó al Cura de Ars a una tan alta perfección.

La humildad, la reina de las virtudes morales, sin la cual toda otra virtud no es más que una ilusión, fue para el Cura de Ars la maestra de su vida. Irradiaba de toda su persona. Mons. Ségur, que fue a visitarle en 1858², estaba convencido de que esta sola virtud bastaría para canonizarle. El prelado ciego, de vuelta al castillo donde había recibido hospitalidad, no acababa de hablar nunca de la humildad del Cura de Ars. «Le parecía, refiere la condesa des Garets, un verdadero prodigio en medio de aquella extraordinaria afluencia de gente que había de ser para el buen Cura una perpetua tentación de amor propio»³.

El Rdo. Raymond, que fue uno de los testigos de su vida, y por cierto algo severo, hubo de rendirse ante aquella maravilla. «Una de las cosas, dice, que más me impresionaron en el Cura de Ars, fue el que hubiese podido resistir de un modo tan admirable aquella verdadera embriaguez de continuas alabanzas. Entendía muy bien las cosas, veía claramente que era a él a quien buscaban en Ars. Sin embargo, jamás sorprendí un sentimiento de orgullo en su corazón, ni una palabra de vanidad en sus labios»⁴. Un petulante o un presuntuoso, por más hábil que hubiese sido, hubiera perdido la cabeza, aturdido por una tal gloria; una virtud común no hubiese resistido tanto tiempo; sólo un Santo pudo conservarse humilde en medio de tales triunfos.

Un penitente del Rdo. Vianney, persona de juicio exacto

² Marques DE SEGUR *Monseigneur de Segur*, Paris, Retaux Bray, 1890, p 255

³ *Proceso del Ordinario*, p 916

⁴ *Proceso del Ordinario*, p 326

y penetrante, estima que su confesor ni llegó a sentir los asaltos de la soberbia. «Parecía indiferente a toda alabanza, dice la baronesa de Belbey, y no pensaba sino en cumplir con los diferentes ministerios propios de su cargo»⁵. Iba por entre las multitudes que le ovacionaban, como uno de estos niños cuya graciosa candidez admiramos, sin que ellos se den cuenta. El Cura de Ars anduvo a la letra por aquel camino «de niñez» que una santa jovencita, Santa Teresa del Niño Jesús, había de enseñar y practicar de un modo tan perfecto⁶. «Un día, cuenta el Rdo. Dufour, misionero de Pont-d'Ain, un sacerdote le dirigió en mi presencia algunas palabras en extremo halagadoras. El le miró como maravilloso y exclamó: Pero, ¡Dios mío!, ¿qué dice usted?»⁷.

Existe una humildad ordinaria, obligatoria o común a todos los mortales, la cual consiste en que nadie se estime en más de lo que vale. Para poseer esta humildad, basta tener sentido común. Este grado elemental fue rebasado con creces por el Cura de Ars; mas para ello, necesitó un auxilio especial de lo alto: la humildad llegó en el Rdo. Vianney «a un grado heroico que es en los santos el fruto de gracias especiales»⁸, un don gratuito de Dios más que el resultado de los esfuerzos del hombre.

Por otra parte, él mismo lo dio a entender en momentos de intimidad: «Hija mía, decía a una de sus penitentes, no pida usted a Dios el conocimiento total de su miseria. Yo lo pedí una vez, y lo alcancé. Si Dios no me hubiese sostenido hubiera caído al instante en la desesperación»⁹. Semejante confidencia hizo al Hermano Atanasio. «Quedé tan espantado al conocer mi miseria, añadía, que en seguida pedí la gracia de olvidarme de ella. Dios me escuchó, pero me dejó la suficiente luz sobre mi nada, para que entienda que no soy capaz de cosa alguna»¹⁰.

⁵ *Ibid*, p 246

⁶ *Histoire d'un âme*, cap XI

⁷ *Proceso apostolico in genere*, p 549

⁸ J DE GIBERT *Humilite et verite*, «Revue d'ascetique et de mystique», julio de 1924

⁹ Baronesa DE BELVEY *Proceso del Ordinario*, p 246

¹⁰ *Proceso del Ordinario*, p 804

El Cura de Ars no ignoraba el bien que hacía con su ministerio, pero, considerándose como simple instrumento, refería toda la gloria a quien de derecho pertenecía: «Soy como un cepillo en manos de Dios, decía al Hermano Atanasio... ¡Oh, amigo mío! si hubiese encontrado un sacerdote más indigno y más ignorante que yo, lo hubiera puesto en mi lugar, para dar a conocer la grandeza de su misericordia para con los pobres pecadores»¹¹.

Como quiera que era muy perfecto el conocimiento de sí mismo, el Cura de Ars no tenía dificultad en reconocer que cuanto bueno poseía o producía era cosa de Dios. Sabía también a qué abismos hubiera podido caer si Dios no le hubiese apartado del peligro. «Soy el último de los hombres, decía entre gemidos. Si Dios no hubiese tenido misericordia, ¿qué sería de mí?»¹².

Hay personas que se las dan de humildes para ser alabadas. «Nadie estuvo más lejos que el Rdo. Vianney de lo que él mismo solía llamar humildad de *garabato*. Si hablaba de su ignorancia, de su miseria, de su indignidad, era naturalmente, sin ninguna afectación»¹³.

Era, si se nos permite hablar así, la humildad viviente. El señor Seignemartin, antiguo cura de Saint-Trivier-sur-Moignans, que había tenido ocasión de conocerle muy bien, reproducía así sus recuerdos: «La vista, el lenguaje, los ejemplos del venerable Cura de Ars, me han hecho entender la humildad mejor que todos los libros. Si hablaba de sí como de un pobre pecador que tenía necesidad de llorar su pobre vida, lo hacía con simplicidad y con acento tan sincero, que no daba lugar a la menor duda sobre sus verdaderos sentimientos»¹⁴.

No lo fue posible sofocar el concierto unánime de alabanzas, que no hizo sino aumentarse en torno suyo; por el contrario, «su reputación de santidad nació espontáneamente y se acrecentó, a pesar de los esfuerzos perseverantes de su profunda humildad»¹⁵. Sin embargo, no era de

¹¹ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 223.

¹² Magdalena MANDY SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 270.

¹³ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 856.

¹⁴ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 643.

¹⁵ Félix DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 421.

aquellos que buscan la humillación por sí misma. «Cuando al hablar con él le hacían cumplimientos, no los rechazaba directamente; se contentaba con desviarlos con alguna salida llena de oportunidad»¹⁶. El poeta Gascón Jasnin, autor de los *Papillotos*, quiso conocer al Cura de Ars. «Señor Cura, le dijo al despedirse, nunca había visto a Dios tan de cerca. — En efecto, respondió el Santo, Dios no está lejos.» Y le señaló hacia el sagrario¹⁷.

No hay que pensar que para hacerse más humilde, buscase el cura de Ars el ridículo. «La humildad, según la señora des Garets, tenía en él un cierto aire de unción y de dignidad»¹⁸. Solamente en la intimidad bromeaba acerca de su propia persona, y si le aconteció alguna vez parecer en público algún tanto singular, fue contra toda su intención: los peregrinos que le vieron muchas veces atravesar la plaza con su pequeño frasco de leche en la mano, pudieron tal vez reírse, pero ¡cuánto no se edificaron al saber que el héroe de la caridad hacía aquello para ganar tiempo y poder volver lo más pronto posible a su sublime labor!

En algunas ocasiones, el Cura de Ars sufría visiblemente al ser alabado. Con harta frecuencia, los predicadores forasteros, al hablar delante de él, le dedicaban frases de encomio. Aparecía entonces en sus ojos un chispazo de contrariedad, y, según dice la condesa des Garets, «se hundía en su sitial con tal aire de aflicción, que todos padecíamos por él»... En el último sermón de una Cuaresma, un predicador hizo toda una peroración en su alabanza. «¡Oh amigo mío, le dijo el reverendo Vianney, al verle después en la sacristía, ha predicado usted muy bien durante toda la temporada, pero al acabar lo ha echado todo a perder!»¹⁹.

Un día Mons. Devie, por inadvertencia, dijo para sí, pero en voz alta, delante de él: «¡Mi *santo* Cura!...». Le causó esto una verdadera desolación. «¡Hasta Monseñor se equivoca acerca de mí!, exclamó. ¡Si seré hipócrita!»²⁰.

¹⁶ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 917.

¹⁷ Jorge SEIGNEUR, *Le Croisé*, 20 de agosto de 1859, núm. 3.

¹⁸ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 917.

¹⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 896; Condesa DES GARETS, *id.*, p. 981.

²⁰ MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1156.

El Hermano Gabriel, superior de los Hermanos de la Sagrada Familia, compuso un folleto titulado *El ángel conductor de peregrinos a Ars*, y le dio seis ejemplares. El santo Cura los aceptó con gozo, y le dijo que sería de gran provecho.

En el prólogo, refiere el mismo autor, tuve la mala fortuna de trazar a grandes rasgos el cuadro de su vida y de presentarle como un modelo de virtud y de santidad. Al día siguiente, por la mañana, me vio en la iglesia y me hizo seña de que le siguiera; su fisonomía revelaba una aflicción y una severidad extraordinarias. Entré con él en la sacristía. Cerró la puerta, y con decisión y derramando abundantes lágrimas, me dijo: «Amigo mío, no le creía capaz de escribir un libro malo.

—¡Oh, señor Cura!...

—¡Es un libro malo... un libro malo!... ¿Cuánto le ha costado a usted? Quiero pagarle en seguida su valor y después iremos a quemarlo.»

Estupefacto, preguntábale yo dónde estaba la maldad del libro.

«—Sí, sí... ¡Es un libro malo..., es un libro malo!...

—¡Pero, dígame, si quiere, por qué!...

—Pues bien, por esto, ya que usted se empeña: porque habla de mí como de un hombre virtuoso, como de un santo, siendo así que soy el último de los sacerdotes.

—Sin embargo, señor Cura, he mostrado el libro a hombres ilustrados; el señor obispo ha revisado las pruebas; lo ha aprobado. No puede en modo alguno ser malo.»

Las lágrimas del Cura de Ars iban aumentando.

«—Quite usted, me dijo, todo lo que a mí se refiere y será un buen libro.»

Al regresar a Belley conté este incidente a Mons. Devie. «¡Qué lección de humildad nos da este santo sacerdote!, me respondió Su Excelencia... No, no quite nada de este opúsculo: yo se lo prohibo.» Seguí su consejo, pero el Cura de Ars no puso jamás su firma en ninguno de mis libros, siendo así que era condescendiente en ponerla al pie de las obras y objetos de piedad que le presentaban²¹.

En 1845, un nuevo párroco, el Rdo. Luis Blau, iba destinado a Jassans. En cuanto le fue posible, quiso entablar amistad con su colega de Ars. Fue recibido por el coadjutor

²¹ *Proceso del Ordinario*, p. 1491.

Rdo. Raymond, quien le invitó a desayunar. El Cura de Ars, que llegó cuando terminaban, manifestó gran alegría al encontrarle allí: le dio un abrazo y le estrechó efusivamente la mano. Después, habiéndole conducido a su habitación: «Compañero mío, le dijo con dulce familiaridad, su predecesor tenía la caridad de oírme en confesión. Usted me prestará el mismo servicio, ¿no es verdad?» El Cura de Ars tenía cincuenta y nueve años y el Rdo. Blau, que no pasaba de los treinta y siete²², se veía como por ensalmo convertido en director espiritual de un Santo. Iba a negarse, pero el Cura de Ars cortó toda resistencia: con ademán que no admitía réplica, indicó al joven sacerdote el lugar destinado al confesor, se arrodilló en el suelo y comenzó a confesarse²³.

El 24 de junio de 1848, el Padre Negre, director de un patronato de Lión, acompañó en peregrinación a Ars a un cierto número de jóvenes. Por ser la fiesta del Rdo. Vianney, habían aprendido algunas coplas de circunstancias. Estaba en construcción la capilla de la *Providencia*. Aprovecharon el momento en que el Santo visitaba las obras para dirigirle el poético saludo. La acogida fue de las más amables... Mas ¡ay! el fin no fue como el principio. Apenas el Padre Negre le había presentado los jóvenes, cuando empezó la felicitación. Con esto, hubo ya bastante: sin aguardar la segunda estrofa, el Rdo. Vianney «bajó del andamio y desapareció»²⁴.

Siempre el interés de la multitud por su persona le fue muy pesado. «Sentía verdadera tristeza, cuenta la señora des Garets, al ver que buscaban los objetos de su uso para convertirlos en reliquias»²⁵. Un día, al notar que le cortaban un trozo de sotana, dijo entre gemidos: «¡Qué devoción más mal entendida!» Cada vez que se hacía cortar los cabellos, tenía gran cuidado de recogerlos y de quemarlos en la chimenea de su cuarto²⁶. Es cierto, sus peluqueros no

²² Luis Blau nació en Ambronay (Ain) el 30 de diciembre de 1808.

²³ Según las *notas* manuscritas de monseñor Convert.

²⁴ Magdalena MANDY SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 277.

²⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 917.

²⁶ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 410.

eran muy escrupulosos, y se dejaban corromper muy fácilmente. El maestro Juan Pertinand conquistó muchos amigos gracias a los piadosos latrocinios que se permitía siempre que se le ofrecía ocasión propicia²⁷.

El Cura de Ars, que era el menos suspicaz de los hombres, no acertaba a adivinar la causa de estos hurtos, de que con frecuencia era víctima. «Al finalizar una misión, desapareció su palmatoria.» Es curioso, dijo; yo creía convertido a todo el mundo... y he aquí que me han robado»²⁸.

Cuando, en sus últimos años, el doctor Saunier le sangró varias veces para descongestionarle la cabeza, el Rdo. Vianney mandó llevar su sangre al cementerio, «porque era sangre de un cristiano», pero nunca permitió que la enterrasen sino en su presencia²⁹. Lo que no impidió a los buenos Hermanos de Ars sustraer una poca y distribuirla como preciosas reliquias³⁰.

El humilde sacerdote pasó por una de las mayores pruebas, cuando se dio cuenta de que su retrato pendía por todas partes en el pueblo. Hacia el año 1845, las estampas de Epinal, en las que se narraban varios episodios de su vida, comenzaron a difundirse. «Muy afligido» por esta exhibición, «quiso, al principio, hacerlas desaparecer». Los vendedores suplicaron que no lo hiciera, pues era, según decían, un medio de ganarse la vida. El buen Cura se dejó convencer. «¿Cuánto cuesta este grabado?, les preguntaba. —Dos sueldos, señor Cura. —Dos sueldos. ¡Ah! mucho es por este miserable *carnaval*»³¹.

Al pasar un día por delante de un escaparate en el que había un retrato suyo, preguntó el precio. «Cinco francos, le respondieron. —Cinco francos. ¡Oh! no lo venderá usted nunca. El Cura de Ars no vale tanto»³².

²⁷ Juan PERTINAND *Proceso del Ordinario*, p 391

²⁸ Condesa DES GARETS *Proceso del Ordinario*, p 917

²⁹ Marta MIARD *Proceso apostólico continuativo*, p 858, canonigo MOREL *Proceso apostólico in genere* p 456

³⁰ Todavía se conservan algunas botellitas de cristal con sangre que se ha conservado líquida. Hay una en el tesoro de Ars, otra en Nantes, en la capilla de los Padres Capuchinos. Esta última perteneció, sin duda, al señor Simonet, gran amigo del santo Cura

³¹ Guillermo VILLIER *Proceso del Ordinario*, p 651

³² Hermano ATANASIO *Proceso apostólico ne pereant*, p 1048

«En fin, decía algunas veces, si este pobre *carnaval* sirve para recordar los consejos que he dado, no será del todo inútil»³³. Sin embargo, para demostrar el desprecio que sentía por ellos, se negó siempre a firmar y a bendecir tales retratos. Si entre las estampas que le presentaban encontraba alguno, lo separaba con un ademán brusco. Hacía comentarios como éste: «Eso no sirve sino tres días al año», refiriéndose a los tres días destinados a las máscaras³⁴.

Como se ve, acabó por tomarlo a broma. «Un día que hablaba con mi marido junto a la iglesia, refiere la señora des Garets, lo acompañó a los escaparates de las tiendas para mostrarle lo que él llamaba su *carnaval*. A este propósito, tuvo las ocurrencias más felices que pueden imaginarse»³⁵. «¡Pues qué, me cuelgas y me vendes!», decía riendo a un joven vendedor, que había establecido su puesto junto al cementerio.» «Han hecho de mí un nuevo retrato. Esta vez sí que soy yo, ¡tengo aspecto de bruto y cara de ganso!»³⁶. Al ver una de tantas caricaturas, más grotesca y más colorada que las demás, decía, con mucha gracia: «Miren ustedes, ¿no dirían que salgo de la taberna?»³⁷.

Sin embargo, en un punto estuvo inexorable: jamás consintió en ponerse ante la cámara oscura. —No se le pudo fotografiar sino en el lecho de muerte. —En 1858, el Rdo. Toccanier, de acuerdo con el escultor Emiliano Cabuchet, resolvió obtener, a toda costa, una imagen lo más exacta posible de su santo Cura. Hasta entonces, no había sino retratos sin ninguna semejanza, hechos al vuelo o dibujados de memoria. Se trataba, por lo tanto, de sacar una copia del natural y moldear, en cera, un busto.

Monseñor de Langalerie, que había reemplazado en 1 de mayo de 1587 a Mons. Chalandon, nombrado obispo de Aix, envió a Cabuchet una carta de recomendación. Este escogió el confesonario como lugar en donde encontrar más propicio a *su cliente*. Se arrodilló, y entregó al señor Vianney, cu-

³³ Hermano JERONIMO *Proceso del Ordinario* p 565

³⁴ Hermano JERONIMO *Proceso del Ordinario*, p 565

Proceso del Ordinario, p 917

³⁶ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p 520

³⁷ Cf. MONNIN *Le Cure d'Ars*, t. II, p 339

ya mano ya estaba en alto para bendecirle, la carta del prelado, que había de vencer todos los obstáculos. El Santo la recorrió, se levantó, abrió la puerta y despidió al fingido penitente con esta respuesta perentoria: «¡No, no!... ¡ni por usted ni por un obispo!»

Hubo, pues, que echar mano de astucias. El reverendo Toccanier reservó para el artista, en un rincón de la iglesia, un lugar desde el cual pudiese ver a su modelo. Cabuchet acudió al catecismo del Santo. Cabuchet había ocultado la provisión de cera y pensaba poder trabajar sin ser visto... Todo iba a pedir de boca, cuando, pasados ocho días desde el comienzo de aquella maniobra, el Cura de Ars le reprendió bruscamente: «¿Usted allí? ¿Cuándo acabará de distraerme a mí y a los demás?» Pero Cabuchet había tenido tiempo de modelar la cera, lo bastante para apoderarse de aquella fisonomía, tan móvil, tan viva, tan expresiva, en la cual se reflejaban a la vez todas las emociones de un alma profundamente sensible... Cuando el busto estuvo terminado, el escultor lo llevó al comedor de los misioneros. El Cura de Ars se encontró en presencia de su propia imagen. La miró... y «¡ah!, dijo, confuso y sonriendo a la vez, ¡esto no es un *carnaval!*»³⁸. «¿Quién ha hecho esto?», prosiguió. Emilianio Cabuchet se adelantó. «Usted no me ha obedecido, señor, dijo en tono algo severo. ¿Puedo acaso perdonarle?». El Rdo. Toccanier y los Hermanos, que se hallaban presentes a esta escena, imploraban gracia para el artista... y para la obra de arte. El Rdo. Vianney consintió en que no fuese destruido el busto que tan bien le representaba, «pero exigió de Cabuchet la promesa de no ofrecerlo al público antes de su muerte»³⁹.

De esta manera, el Cura de Ars fue humilde hasta el fin de su vida. Nunca quiso hacer valer su trabajo sobrehumano para recabar privilegios. Si se le dispensó del rezo del breviario en sus últimos años, fue debido a una gestión de su sacerdote coadjutor. Parece que su fama de santidad y

³⁸ Según las declaraciones de Los Rdos. Toccanier y Dufou, *Proceso apostólico in genere*, p. 169 y 350, y el relato de E. Cabuchet, 4 de agosto de 1894 (Mons. CONVERT *cuaderno I*, num. 14)

³⁹ Hermano ATANASIO *Proceso del Ordinario*, p. 858

su experiencia de las almas había de hacerle creer que estaba exento de la obligación de renovar cada año, según lo exigían las reglas del antiguo *Ritual de Lión*, las licencias para oír confesiones. Pues bien, todos los años, hasta 1858, hizo prorrogar las *cartas de poderes*, sea por el obispo, sea por el vicario general. Hemos visto con qué humildad se dejaba reprender por compañeros mucho más jóvenes y menos reputados que él. Aun después de haber ganado la veneración de todos los sacerdotes, no dejó de considerarse inferior, «y los recibía siempre con el mayor miramiento, les trataba con el mayor respeto y se encomendaba a sus oraciones»⁴⁰.

Vio sentarse debajo del púlpito y arrodillarse a sus pies en el confesonario a obispos, predicadores de fama y seglares eminentes. «Prefiero, decía, a estas visitas de grandes personajes, la de una pobre que me pida limosna»⁴¹. Bérenger de la Drôme fue a consultarle, en 1850, «sobre dificultades que le parecían insolubles»⁴². El Santo le dio la solución inmediatamente. El magistrado se fue lleno de pasmo. El Rdo. Vianney ni se preocupó de preguntarle quién era. Después de una entrevista que tuvo, en octubre de 1855, con el prefecto de Ars y el comandante general de las tropas del departamento, que fueron a felicitarle por haber sido promovido a la Legión de Honor, le dijo el conde Próspero des Garets: «Señor Cura, he aquí nuestro Ars recibiendo a los poderosos de la tierra. —Son cuerpos y almas»⁴³, respondió sencillamente el humilde sacerdote.

El Padre Pététot, superior del Oratorio, y el Padre Combalot, misionero apostólico de palabra ardiente, fueron a Ars para oír lecciones de celo y de elocuencia. Se volvieron encantados. Mons. Allou, obispo de Meaux, apareció en los catequismos, durante ocho días, confundido entre los demás. Mons. Dupanloup y el Cardenal de Bonald hicieron un viaje a Ars para recibir sus consejos. «El, empero, parecía no darse cuenta de que era objeto de tan piadosa veneración. La

⁴⁰ Canonigo SEIGNEMARTIN *Proceso apostólico ne pereant*, p. 643

⁴¹ Juana-Maria CHANAY *Proceso del Ordinario*, p. 698

⁴² Rdo. RAYMOND *Proceso del Ordinario*, p. 339. *Vida* manuscrita, página 169

⁴³ Hermano ATANASIO *Proceso del Ordinario*, p. 859

recibía absolutamente como si fuese toda para un extraño»⁴⁴.

Por la tarde del sábado, día 7 de mayo de 1845, el Padre Lacordaire, que desde hacía muchos años deseaba conocer al Cura de Ars, se fue de incógnito, de Lión a la santa aldea. Fue recibido en el castillo. A las cinco de la mañana del día siguiente, se dirigió a la iglesia. El Cura de Ars dio muestras de gran alegría al verle, «le abrazó con efusión, le apretó varias veces las manos, y le dio las gracias con una indecible sonrisa de gozo». Después, preparó para su misa el cáliz más hermoso y los ornamentos más ricos. A las diez, el ilustre dominico, sentado en la tribuna de los Garets, oyó la Misa mayor. El señor Cura, que celebraba, hizo la plática sobre la *recepción del Espíritu Santo*. Lacordaire asistió también al catecismo que cada domingo explicaba a la una. El párroco le pidió que cantase las vísperas y predicase. Fue ello una decepción para los peregrinos recién llegados, que hubieran preferido oír al Santo. Por lo demás, «su humildad le hizo tomar el partido de quitar brillo a su palabra». Mientras hablaba el gran predicador, dice uno de los testigos de esta escena, el Cura de Ars le escuchaba con una atención que no temería llamar devoradora y tierna⁴⁵.

El lunes, los sacerdotes de los alrededores reunidos para la conferencia eclesiástica desayunaron juntos en el castillo. Presidió el Padre Lacordaire. «El Cura de Ars le habrá parecido a usted poco elocuente, se permitió decir uno de los convidados. —Ha predicado, respondió fríamente el orador, como debe de hacerlo un buen cura»⁴⁶. La víspera, el gran predicador había dicho al maestro Pertinand: «Este santo sacerdote ha expuesto de una manera pasmosa, al hablar del Espíritu Santo, una idea en pos de la cual iba yo hacía mucho tiempo»⁴⁷.

El Cura de Ars se aprovechó de tan honrosa visita para humillarse más. «Al día siguiente, refiere el reverendo Ray-

⁴⁴ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 651.

⁴⁵ Todos estos pormenores según el folleto: *Souvenirs de deux pèlerinages à Ars*, por Brac de la Perrière, que fue uno de los compañeros del Padre Lacordaire en este viaje.

⁴⁶ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 175.

⁴⁷ Juan PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 873.

mond, me dijo: Sabe usted aquel refrán: *los dos extremos se tocan*; pues bien, ayer se cumplió en el púlpito de Ars, al que subieron la extrema ciencia y la suma ignorancia»⁴⁸.

La humildad fue la virtud querida de nuestro Santo. «La tenía en tan grande estima, cuenta el Hermano Atanasio, que hablaba de ella constantemente, sobre todo en las instrucciones...» «Sed humildes, sed sencillos, no cesaba de repetir a los Hermanos de la Sagrada Familia; cuanto más humildes, mayor será el bien que haréis»⁴⁹.

Gustaba mucho de referir esta historia:

El diablo se apareció un día a San Mauricio. «Todo lo que tú haces, lo hago también yo, dijo Satanás al solitario de la Tebaida. Tú ayunas, y yo no como nunca; tú velas, y yo jamás duermo.

—Una cosa hago yo que tú no puedes hacer.

—¿Y cuál es?

—¡Humillarme!»⁵⁰.

Solía decir con frecuencia, según cuenta el reverendo Toccanier: «La humildad es en las virtudes lo que la cadena en los rosarios: quitad la cadena, y todos los granos caen; quitad la humildad, y todas las virtudes desaparecen»⁵¹.

* * *

Un alma humilde es amante de la pobreza y de los pobres.

«Del Cura de Ars puede decirse con verdad lo que de sí mismo decía San Francisco de Asís: que se había desposado con su señora la Pobreza. La habitación del Rdo. Vianney era pobre, su mobiliario pobre, sus vestidos eran pobres y su alimentación pobre»⁵². «Si alguien hubiese querido pintar la misma pobreza, no hubiera hallado un modelo más apropiado»⁵³.

Hemos oído los reproches de que era objeto por parte de

⁴⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 328.

⁴⁹ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 858.

⁵⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 173.

⁵¹ *Ibid.*, p. 174.

⁵² Rdo. DUBOUIS, *Proceso ne pereant*, p. 901.

⁵³ Cardenal LUN, *Panegírico del Cura de Ars*, «Annales d'Ars», agosto de 1908, p. 74.

algunos de sus colegas a causa de su porte exterior. Esto ocurrió durante los primeros años de su vida parroquial. Mientras el tiempo se lo permitió, es decir, hasta 1827, él mismo cuidó de remendar su ropa, y como manejaba muy mal la aguja, fácil es adivinar qué tal saldría la labor. «En sus medias, dice Juana Chanay, había tantos zurcidos, que por necesidad le habían de llagar los pies»⁵⁴. Un día, Catalina Lassagne le sorprendió mientras remendaba su pantalón. La buena muchacha se quedó parada en el umbral de la puerta. «Catalina, dijo el Santo en son de broma, pensabas encontrar al cura y te encuentras con un sastre»⁵⁵.

Hasta que comenzó la afluencia de peregrinos, no tuvo sino una sotana, cuyos remiendos y zurcidos no podían contarse. Esta pobreza voluntaria le puso un día en gran aprieto. Era un invierno, y regresaba de una parroquia vecina situada en la región de las marismas. La lluvia le había calado hasta los tuétanos, y había resbalado varias veces sobre el lodo del camino. Sabía muy bien que llegar de aquella manera a su casa, donde no tenía ropa para cambiarse, era una imprudencia mortal. Se refugió en casa de uno de sus buenos feligreses, a quien confesó el aprieto en que se hallaba. El otro, emocionado hasta derramar lágrimas, se apresuró a ayudarle, le prestó uno de sus vestidos y puso a secar la sotana, que chorreaba, junto a un gran fuego de leña⁵⁶.

Cuando los forasteros fueron en aumento, se le pudo convencer de que no era correcto presentarse de aquella forma tan miserable. Aceptó, pues, el regalo que le hicieron de dos sotanas, y guardó la mejor para las grandes festividades. Pero la más pobre era la preferida. La llevó mucho tiempo y no se recataba de exhibirla durante las ceremonias: «Una sotana vieja, decía, está en su lugar debajo de una hermosa casulla»⁵⁷. Durante una de las visitas episcopales se olvidó de ponerse la sotana más nueva. «No me di cuenta sino después, dijo al Hermano Atanasio, y lo sentí

⁵⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 702.

⁵⁵ Rdo. G. RENOUD, *Catalina Lassagne*, «Annales d'Ars», diciembre de 1820, p. 185.

⁵⁶ Recuerdos de los ancianos de Ars.

de veras»⁵⁸. Nunca quiso tener más de dos sotanas a la vez. Algunas personas le ofrecieron una nueva a cambio de la usada —era una manera de adquirir una preciosa reliquia—, pero no quiso admitirla. Algunas veces las dejaban en su habitación, sin avisarle. Entonces las daba a los Hermanos. De esta manera, el Hermano Atanasio heredó tres sotanas.

Durante los diez últimos años de su vida, según testimonio del Rdo. señor Beau, su confesor, se le vio «siempre sencilla pero decentemente vestido con el hábito eclesiástico completo»⁵⁹. Nunca llevó manteo. «En Trevoux, durante el jubileo de 1826, compraronle uno, pero lo dio a un pobre». La misma sotana llevaba en diciembre que en julio. En invierno se ingenió para forrarla sin que nadie lo advirtiese⁶⁰.

La casa parroquial guardaba proporción con el que la ocupaba. El estrecho patio que hay delante de la misma estaba cubierto de hierba a manera de prado. Tres saúcos habían crecido al azar. El Cura de Ars les llamaba con gracia su *Bosque de Bolonia*. Pero cabe preguntar si llegó a disfrutar de su sombra y a respirar el perfume de sus flores. Las paredes comenzaron a perder su revoco y a ajarse. A fuerza de ruegos, el señor de Garets consiguió permiso para repararlas y blanquearlas con cal. Pero el Santo prohibió que tocasen el interior. «Estoy muy bien allí, decía; cuando venga un nuevo cura, que arregle la habitación y lo demás como le plazca»⁶¹.

Su cuarto estaba en parte sin embaldosar. Fue necesario que el alcalde, aprovechando una ausencia, mandase reparar lo más urgente⁶². Como quiera que en las demás habitaciones no había mueble alguno, toda la casa estaba abandonada. Los marcos de las ventanas aparecían descoyunta-

⁵⁷ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 545; *Proceso apostólico in genere*, p. 218; *Proceso del Ordinario*, p. 854.

⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁹ Rdo. DUBOUIS, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 900.

⁶⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 164.

⁶¹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 25.

⁶² Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 854; Mons. CONVERT, cuaderno I, núm. 26.

dos, los vidrios rotos; unas cambronerías invadieron la cocina en la planta baja, y un renuevo que echó raíces se encaramó por la chimenea⁶³. Fuera de la habitación del Santo, «era completo el desbarajuste»⁶⁴.

Los objetos de su uso quedaban reducidos a lo estrictamente necesario. Para sus comidas, le bastaba una escudilla y una cuchara. «Le regalaron, dice Catalina Lassagne, tres o cuatro tazas bastante bonitas. Un día, andaba yo buscándolas por su cuarto y no las podía encontrar. Acusaba, para mis adentros, a los ladrones o a las personas piadosas que iban en busca de reliquias, cuando me di cuenta de que en un rincón había algunos fragmentos. Juana-María Chanay, que me acompañaba, abordó al siervo de Dios: «¡Señor Cura, qué manera de romper la vajilla!». Se sonrió él de momento, pero después, en tono más grave añadió: «¿Es que nunca he de ver la pobreza en mi ajuar?»⁶⁵.

Nunca dio un céntimo a las directoras de la *Providencia* para que le comprasen cosa alguna; las personas caritativas le procuraban la necesaria alimentación⁶⁶. Ni una sola vez se le vio solícito por el día de mañana⁶⁷. Y, sin embargo, ¡cuánto dinero no pasó por sus manos! «Recibió sumas muy respetables; pero todas las invirtió en obras buenas»⁶⁸. «El dinero parecía quemarle los dedos»⁶⁹. Destinó gran parte del mismo al socorro de los pobres. Se reía y compadecía a la vez a los que allegaban por allegar: «Se parecen a quien quisiera llenar un saco con neblina, o mejor, a quien amontonase calabazas para crear un tesoro y, al llegar el invierno, las encontrase podridas»⁷⁰. «Señor Cura, le decía Catalina Lassagne, tiene usted billetes del Banco sobre la mesa; cuide de no echarlos al fuego. —Bien poco perderíamos», le respondió fríamente. La noche anterior había encendido la vela con una carta a la que estaban pe-

⁶³ Baronesa DE BELVEY *Proceso del Ordinario*, p 244

⁶⁴ Conde DES GARETS *Proceso del Ordinario*, p 979

⁶⁵ Catalina LASSAGNE *Proceso apostólico in genere*, p 135

⁶⁶ Rdo BEAU *Proceso del Ordinario*, p 1212

⁶⁷ Guillermo VILLIER *Proceso del Ordinario*, p 650

⁶⁸ Rdo TOCCANIER *Proceso del Ordinario*, p 168

⁶⁹ J-B MANDY *Proceso del Ordinario*, p 606

⁷⁰ Baronesa DE BELVEY *Proceso apostólico ne pereant*, p 201.

gados quinientos francos en billetes⁷¹. Habiendo encontrado al reverendo Dubouis, cura de Fareins, le dijo: «Ayer, amigo mío, fabriqué unas cenizas de precio...» Y, referido el hecho, añadió: «Peor hubiera sido cometer un pecado venial»⁷².

«Su corazón, ha dicho el señor des Garets, se compadecía de todas las miserias... Amaba tiernamente a los desgraciados. Por ellos se despojaba de todo: daba, y daba sin cesar. A fin de poderles hacer limosna, vendía cuanto le era posible: sus muebles, su ropa, el más insignificante objeto que le perteneciese»⁷³.

Su caridad era inagotable. «Me confesó, refiere el Hermano Atanasio, que muchas veces, antes que fuese de día, había distribuido ya más de cien francos en limosnas. Al bolsillo de su sotana, donde ponía el dinero para los pobres, lo llamaba riendo *el bolsillo de la naveta*, porque las monedas entraban y salían de él continuamente. Por la noche, contaba lo que había dado en llamar sus *beneficios*, o sea, el dinero que le podía quedar. Si no tenía nada, pedía algo prestado, pues no quería dejar partir un pobre sin limosna»⁷⁴. Sin embargo, no soltaba el dinero al azar. Si consentía en dejarse explotar —pues esto es patrimonio de cuantos practican el bien—, no obraba sin discernimiento al dar limosna. Para esto, le servía también el don de intuición, pues, de ordinario, se mostraba más generoso con los que eran víctimas de necesidad más apremiante.

Hacia el fin de su vida, pagaba el alquiler a más de treinta familias, ya de Ars, ya de los alrededores. Todos los años, al acercarse la fiesta de San Martín, procuraba economizar y se volvía «avaro». «Es menester que pague mis *arrendamientos*», decía⁷⁵. Algunas familias más necesitadas recibían también de él leña y harina. Cada semana, durante mucho tiempo, una pobre mujer de Villefranche-sur Saône, iba a pedirle el pan para sus hijos.

⁷¹ Catalina LASSAGNE *Proceso del Ordinario*, p 515

⁷² Rdo DUBOUIS *Proceso del Ordinario*, p 1235

⁷³ *Proceso del Ordinario*, p 959

⁷⁴ Hermano ATANASIO *Proceso del Ordinario*, p 829, p 555, *Proceso apostólico in genere*, p 215

⁷⁵ MONNIN *Proceso del Ordinario*, p 1132

Con una delicadeza extrema, sabía evitar que la susceptibilidad de los pobres se sintiese herida. A algunas personas que abrieron en Ars modestas tiendas les adelantó el dinero necesario, y cuando le hablaron de restituirselo: «Yo no presto, dijo, yo doy. ¿Acaso Dios no me da antes a mí?» En su armario le ponían muy pocas camisas; sin esta precaución, las hubiera dado todas de una vez. «¡Pon más!»⁷⁶, decía a Catalina, que en este punto se mostraba inexorable. Esto daba lugar a que los pobres harapientos subiesen a su cuarto, donde cambiaban de camisa. En invierno, les encendía un buen fuego. «Y mientras calentaban sus cuerpos, dice deliciosamente Catalina Lassagne, se esforzaba en enardecer sus almas con el fuego del amor divino». Algunos de sus íntimos se le ofrecieron varias veces para distribuir los socorros en su nombre; pero los indigentes le deseaban a él. «Los llamaba *amigos míos* con una voz tan dulce, que se retiraban muy consolados»⁷⁷. «¡Qué felices somos, decía, de que vengan los pobres a nosotros!; si no viniesen, tendríamos que ir a buscarlos. Y no siempre hay tiempo para ello»⁷⁸.

Toda ocasión le era propicia para consolar a los desgraciados. Un día, cuando se encaminaba al orfanato para explicar el catecismo, encontró un pobre con el calzado deshecho. Le dio sus propios zapatos, y se fue a la *Providencia*, procurando ocultar las medias debajo de la sotana. «Le envié una mañana, cuenta Juana-María Chanay, un par de zapatos forrados, enteramente nuevos. ¡Cuál no fue mi admiración al verle, por la tarde, con unos zapatos viejos, del todo inservibles! Me había olvidado de quitárselos de su cuarto. —¿Ha dado usted los otros?, le pregunté. —Tal vez sí, me respondió tranquilamente»⁷⁹.

En enero de 1823, durante la gran misión de Trevoux, en la que el Rdo. Vianney confesó de día y de noche, sus compañeros de vecindad reunieron dinero para comprarle... un

pantalón. Esta pieza de ropa era de muy recia pana, que hubiera resistido por mucho tiempo. Un sábado por la noche, regresaba a su parroquia, a pie, según su costumbre, cuando, en la cuesta de *Bruyères*, se cruzó con un pobre casi desnudo que temblaba de frío. «Aguarde, amigo», le dijo el reverendo Vianney. Se ocultó detrás de una cerca, y volvió a aparecer bien pronto, con el nuevo pantalón en la mano. El pobre se apresuró a vestírselo. Pocos días después, en la casa parroquial de Trevoux, preguntaron al Cura de Ars si estaba satisfecho de su regalo. «¡Ah, sí!, respondió en son de broma, he hecho de él muy buen uso: un pobre me lo ha pedido prestado a fondo perdido»⁸⁰.

Tenía como una debilidad por la pobre Bichet, desgraciada ciega de Ars que vivía al lado de la iglesia. La prefería a los demás pobres, «porque podía darle limosna, sin que ella reconociese a su bienhechor»⁸¹. Se acercaba a ella suavemente, depositaba víveres o dinero en su platillo, y se retiraba sin decir nada. La pobre ciega creía algunas veces que se trataba de alguna vecina y le decía: «Gracias, amiga mía, muchas gracias». El señor Cura se iba riéndose de corazón⁸².

Sus beneficios alcanzaban muy lejos, y para ello tenía sus mensajeros. «Fui una vez hasta Lión, dice María Filliart, para entregar cien francos a una familia necesitada... Un día, enojado consigo mismo, porque le parecía no haber dado lo bastante a una pobre de Saint-Didier, me hizo el encargo de llevarle quince francos. Más de una vez me envió a las parroquias vecinas con encargos parecidos»⁸³.

Los pobres trashumantes, casi siempre exigentes y desabridos, hallaban en él favorable acogida. «Hay pobres fingidos, le decía el Rdo. Toccanier: forzosamente se ha de engañar usted dando a quienquiera que se presente. —Dando a Dios, nadie se engaña, le respondió el Santo»⁸⁴.

⁷⁶ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 495; *Petit Mémoire*, primera redacción, p. 13.

⁷⁷ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 368.

⁷⁸ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 495.

⁷⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 691.

⁸⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 142; Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 278-279.

⁸¹ MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 975.

⁸² Juan-Bautista MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 596.

⁸³ *Proceso del Ordinario*, p. 1304.

⁸⁴ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 141.

Una antigua interna de la *Providencia* hurtó algunas ropas en el orfanato y cierta cantidad de dinero en la sacristía. Se la detuvo, y se la condenó a cárcel. El Rdo. Vianney dio, en vano, cuantos pasos pudo para librarla de esta pena infamante. Al ser puesta en libertad, fue a pedir limosna al Cura de Ars. Este se preocupó de su situación, y la envió bien provista de vestidos y dinero⁸⁵.

Por lo dicho, se adivina cuál fuera la fama del párroco Vianney en el mundo de la miseria. «No podía salir del pueblo sin verse en seguida escoltado por una turba de pobres»⁸⁶. Ars se había convertido para los indigentes en punto de reunión general. Algunos feligreses, a quienes molestaba la presencia de tantos infelices, no todos igualmente recomendables, se quejaron al alcalde. «Es culpa del señor Cura», decían. El conde des Garets transmitióle estas quejas. «¿Acaso no dijo Nuestro Señor, respondió el Santo: Siempre tendréis pobres entre vosotros?» E insistió para que ninguno de ellos fuese alejado del pueblo⁸⁷.

Es que tenía de los pobres una estima enteramente sobrenatural, inspirada en el Evangelio. Veía en ellos a Nuestro Señor, el divino pobre que santificó la pobreza. Por esta razón, gustaba de referir, en las explicaciones del catecismo, algunos casos en los que Jesús se apareció en forma de pobre. Aquella anéctoda de la vida de San Juan de Dios, que al darse cuenta de que un pobre a quien socorría, tenía los pies llagados, exclamó: «¡Sois vos, Señor!», cada vez que la contaba le hacía derramar lágrimas⁸⁸. He aquí una última anéctoda que demuestra la veneración con que el Cura de Ars miraba la pobreza.

Un día de verano, antes de mediodía, el Cura de Ars, sentado en su pequeña cátedra, catequizaba a una multitud de peregrinos. La gente estaba apretujada hasta el umbral de la iglesia, cuando llegó un pobre, cargado con sus alforjas y apoyado en dos muletas. Quería entrar, pero ¡imposible!...

⁸⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 463; reverendo RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 323.

⁸⁶ Andrés TREVE, *Proceso apostólico continuativo*, p. 816.

⁸⁷ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 159.

⁸⁸ Cf. *Esprit du Curé d'Ars*, p. 322.

El señor Cura advirtió sus inútiles tentativas. De repente, se levanta, pasa por entre la multitud y, atravesando las apretadas filas, lleva de la mano al mendigo. En toda la iglesia no queda libre ni un asiento. ¿Dónde descansarán los miembros fatigados del pobre de Jesucristo? El Santo no se arredra por poca cosa: el Cura de Ars hace subir al desgraciado a la tarima y le sienta en su sitial, desde el que se domina toda la asistencia, y le dice: «¡Ea!» Y continúa hablando de pie⁸⁹.

Esta escena ¿no parece sacada de la vida del *Poverello* de Asís?

⁸⁹ De las *Notas* de Mons. CONVERT, cuaderno II, núm. 16.



El Cura de Ars no quería que le hicieran fotos ni que se difundiera su imagen. El escultor Cabuchet consiguió con grandes dificultades modelar en cera un busto del Santo, mientras asistía a los catecismos, ocultando sus manos con su sombrero. Después esculpó esta conocida imagen, en la que el Cura está en actitud de adorar a la Sagrada Eucaristía.

XXV. EN LA CUMBRE DE LA SANTIDAD:

III LAS VIRTUDES HEROICAS PACIENCIA Y MORTIFICACION

Paciencia.—La virtud «más admirable» del Cura de Ars.—Bajo el insulto.—En medio de las importunidades de la muchedumbre.—El Cura de Ars y el Rdo. Raymond.—La paciencia en las enfermedades corporales.—Mortificación.—«Más admirable que imitable».—El instrumento de penitencia más duro: el confesonario del Santo.—La inmolación de todo el hombre.—Las disciplinas, el cinturón de hierro, el cilicio.—Los ayunos del Cura de Ars.—Su manera de tratar a los huéspedes.—Homenaje de un cartujo.

El amor a la pobreza y a los pobres tenía sus raíces en el mismo temperamento del Cura de Ars, pues era de un natural bueno. Pero hay otra virtud, la paciencia, con la cual no parece hubiese nacido. Si no hubiese adquirido esta virtud a fuerza de heroicos y perseverantes actos, hubiera sido brusco y violento. Y, sin embargo, llegó en este punto hasta tal grado de dominio, «que la dulzura de su carácter obligaba a creer que carecía de pasiones y que era incapaz de irritarse»¹. Las personas, empero, que le trataban de cerca y a menudo, se daban cuenta en seguida de que tenía «la imaginación viva y el carácter fuerte»².

Decía desde el púlpito: «Hijos míos, os quejáis de no poder practicar la paciencia. ¡Dios mío!, todo el mundo está bien despachado de viveza»³.

¹ Marta MIARD *Proceso apostólico continuativo* p. 859

² Hermano ATANASIO *Proceso del Ordinario*, p. 219

³ J-B MANDY *Proceso del Ordinario*, p. 604

«Señor Cura, le preguntaba el Rdo. Raymond, ¿cómo puede estar usted tan sosegado con la impetuosidad de su carácter?

—¡Ah, amigo mío!, la virtud requiere esfuerzo, continua violencia y, sobre todo, auxilio de lo alto»⁴.

Tuvo, en efecto, que sufrir y trabajar mucho para adquirir la paciencia que admirábamos en él; «por esta causa, dice el conde des Garets, ésta fue la virtud que más me admiró y más me impresionó. No creo que sea posible practicarla en grado superior... Siempre le vi igual a sí mismo, agradable con todos, fuesen cuales fueren las maneras usadas con él»⁵.

Creo, añade el Hermano Atanasio, que si la virtud no le hubiese dominado, hubiera fácilmente montado en cólera. Por lo mismo, se veía obligado, para contenerse, a violentarse con gran energía. En algunas ocasiones, cuando personas fastidiosas le importunaban, retorció el pañueño que acostumbraba llevar en la mano, y yo echaba de ver qué esfuerzo se imponía para dominar la impaciencia. Por lo demás, era menester ser muy familiar suyo para darse cuenta de estas cosas⁶.

«Sentía muy vivamente»⁷; experimentó antipatías involuntarias que cubrió con el velo de la caridad. «Estábamos convencidos, dice Marta Miard, de que tenía que violentarse en presencia de ciertas personas, pero nunca lo dio a entender»⁸. Lo único que se notaba en él, cuando alguna tempestad agitaba su alma, era cierta alteración en la mirada, «una especie de relámpago que brillaba en sus ojos»⁹. En este estado le vimos, por unos segundos, el día que fue nombrado canónigo, cuando el Hermano Jerónimo le rogó que se sentara en su cátedra con la muceta¹⁰.

De su paciencia el Cura de Ars dio pruebas estupendas.

Un día, cuenta el maestro Juan Pertinand, sorprendimos, sin saberlo el Rdo. Vianney, a un niño de la parroquia cuando intenta-

⁴ Vida manuscrita, p. 178.

⁵ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 969 y 975.

⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 848.

⁷ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 957.

⁸ *Proceso apostólico continuativo*, p. 851.

⁹ Camilo MONNIN, *Proceso apostólico continuativo*, p. 260.

¹⁰ Rdo. DUBOUIS, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 901.

ba apoderarse de las limosnas de las misas. El alcalde fue conmigo a avisar a sus padres. La madre del ladrón en ciernes, pensando que era el señor Cura quien había denunciado al culpable, fue al día siguiente a la sacristía y le reprochó duramente. Estaba yo de pie junto a la puerta, en la iglesia, oyendo aquella lluvia de improperios. «Tiene usted razón, se contentaba con responder el bueno del señor cura párroco, ruegue para que me convierta»¹¹.

Oí decir, refiere Catalina Lassagne en su *Petit mémoire*, que, al principio de estar en la parroquia, fue a su casa un hombre y le llenó de insultos. El escuchó sin hablar palabra; después, por desgracia, quiso acompañarle y darle un abrazo antes de despedirse... El sacrificio le causó tan viva impresión que a duras penas pudo subir a su cuarto y tuvo que echarse en la cama. En un momento se llenó de ronchas...

Vimosle varias veces, cuando alguien le hablaba con dureza, conservar la calma, pero su cuerpo era en seguida presa de cierto temblor. «Cuando se ha vencido una pasión, decía, hay que dejar que los miembros tiemblen»¹².

Una vez, cuenta Juana-María Chanay, ocurrió algo en la *Providencia* que le contrarió fuertemente. «Si no fuese porque quiero convertirme, nos dijo, me enfadaría de veras.» Y al pronunciar estas palabras, conservaba toda su serenidad¹³.

Recuerdo, cuenta Andrés Treve, pero no puedo precisar la época ni el lugar, que un día le dieron un bofetón y que dijo por toda respuesta: «¡Amigo, la otra mejilla tendrá celos!»¹⁴.

Esta admirable paciencia se manifestó de un modo especial entre la multitud. En efecto, era allí donde encontraba ocasión siempre nueva de perpetuo renunciamento. Los que querían acercársele tenían ansia de verle y los que ya le habían visto querían verle otra vez. De aquí «que en torno a su persona, ha dicho el canónigo Gardette, se formaban como unas corrientes que lo agitaban en todos sentidos. Casi estrujado, parecía siempre un ángel de caridad y de dulzura. En sus facciones se leía cansancio, pero nunca las impresiones de la baja naturaleza. Y, sin embargo, a causa precisamente de su temperamento tan enérgico y sensible a la vez, sintió vivamente las contrariedades. Conocía lo fu-

¹¹ *Proceso del Ordinario*, p. 383.

¹² *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 46.

¹³ *Proceso del Ordinario*, p. 701.

¹⁴ *Proceso apostólico continuativo*, p. 816.

gaz del tiempo y las miserias reales de tantas almas, y tal persona le entretenía con sus eternas repeticiones; tal otra le contaba cosas insignificantes... Pero con todos se mostraba tan caritativo y paciente que se retiraban llenos de contento»¹⁵.

Acontecía alguna vez, cuando más de cincuenta personas rodeaban su confesonario, que le llamaban a la sacristía. El Santo se dirigía allí y «escuchaba sin señales de contrariedad, a pesar de que le habían distraído de sus ocupaciones para decirle nonadas»¹⁶. Se le vio, mientras mayor era el número de penitentes, salir tres veces del confesonario para dar la comunión a tres personas diferentes que hubieran podido muy bien presentarse juntas; y esto sin queja, sin murmuración, sin advertencia alguna. Pareció esto tan duro a un testigo de esta escena, que salió de la iglesia fuera de sí, dispuesto a estallar y diciendo a cuantos querían escucharle: «Estoy encolerizado por causa del señor Cura que no se enfada nunca»¹⁷. «Decíale yo, cuenta el reverendo Toccanier, al verle siempre tan sosegado: ¡Pero señor Cura, si los ángeles puestos en su lugar se enfadarían!... Me verá obligado a hacerlo por usted»¹⁸.

Un día de 1854, al salir del catecismo, mientras iba de la iglesia a la casa parroquial, hubo de soportar tales importunidades (unos querían cortarle trozos de sobrepelliz, otros arrancarle cabellos), que algunas personas, llenas de indignación, le dijeron: «Señor Cura, tendría usted que mandar a todos éstos a paseo... En su lugar, me enfadaría hasta enrojecer..., etc. —Ah, Dios mío, respondió el Santo, hace treinta y seis años que estoy en Ars y todavía no me he enfadado; soy ya demasiado viejo para empezar»¹⁹.

Me puse a observarle muy de cerca, refiere el canónigo Tailhades, para ver si podía sorprender en él algún movimiento de impaciencia, pero jamás lo conseguí... En medio de las más enojosas importunidades, lo encontré siempre dulce, siempre risueño,

¹⁵ Canónigo GARDETTE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 932.

¹⁶ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 973.

¹⁷ Artículos del *Postulador*, *Proceso del Ordinario*, p. 221.

¹⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 102.

¹⁹ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 848.

siempre inalterable. Al hacérselo notar, me contestó: «¿Qué ganaría con enfadarme? ¡Oh, hace muy bien el sacerdote que se ofrece a Dios en sacrificio todas las mañanas!»²⁰.

Muchos sacerdotes se admiraron profundamente ante el espectáculo de esta paciencia. El Rdo. Gerin, párroco de la catedral de Grenoble, a quien el Cura de Ars llamaba «su primo», pasó horas enteras contemplándole dulce y paciente mientras se hallaba oprimido y agobiado por la multitud²¹.

Lo más difícil, para una virtud como la paciencia, es mantenerse igual y perfecta, no ya en medio de las multitudes, sino entre aquellas personas cuyo contacto cotidiano es irritante y molesto. Pues bien, nuestro Santo tuvo que sufrir durante ocho años (de 1845 a 1853) el modo de ser de un sacerdote a quien la ingenua y sutil Catalina Lassagne consideraba como «enviado de Dios para ejercitar la paciencia de su buen siervo»²². Nombrado auxiliar del párroco Vianney, «se consideró muy pronto como su tutor»²³. Y, sin embargo, «era un buen sacerdote, consagrado del todo a sus obligaciones»²⁴. Hacía lo menos veinte años que el Cura de Ars le pagaba la pensión en el seminario. Pero el Rdo. Raymond «carecía de cierto tacto y de criterio justo»²⁵. Esto se echó de ver en seguida, desde que fue enviado al lado del Cura de Ars. Se instaló con toda frescura en el cuarto del señor párroco, mientras el santo varón se conformaba con ocupar una habitación sombría y húmeda en la planta baja. Habiendo advertido algunos feligreses «que daría lugar a escándalo el que el bueno del señor Cura se viese obligado a salirse de su tren de vida ordinario»²⁶, recuperó su cuarto y el Rdo. Raymond se marchó de huésped a una casa particular del pueblo.

El recién llegado, a quien el párroco Vianney había pe-

²⁰ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 378.— El señor Guerin murió en olor de santidad el 13 de febrero de 1863. Todavía hoy le llaman en Grenoble «el cura santo».

²¹ *Proceso del Ordinario*, p. 1510.

²² Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 69.

²³ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 972.

²⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 69.

²⁵ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 972.

dido por auxiliar, no soñaba sino en suplantarle, en encargarse de la dirección de las peregrinaciones y llegar a ser a su vez *Cura de Ars*²⁷. No había considerado que la salida del Santo reduciría al pueblo a la oscuridad de antes de 1818. Brusco, terco en sus decisiones, alardeando de agudo y de elocuente, trató al que había sido su bienhechor, y era su superior jerárquico, «con dureza, sin ninguna atención, sin el miramiento debido a sus años y a su santidad»²⁸. Puede decirse en descargo del Rdo. Raymond, que no se daba cuenta de lo que le hacía sufrir²⁹. Se permitió bastantes veces regañar a siervo de Dios, reprochándole que no le contaba las cosas y que no organizaba a su conveniencia la peregrinación de gentes. «Llegó al extremo de contradecirle públicamente desde el púlpito»³⁰.

Se concibe fácilmente que tal proceder había de ser muy penoso para el alma sensible y delicada del Cura de Ars. «Los primeros días, refiere Catalina Lassagne, al ver a su coadjutor tan joven, a cuya instrucción tanto había contribuido, intentó ofrecer resistencia ante un temperamento tan opuesto al suyo; pero vio que con ello le irritaba más, y tenerle informado de todo, consultándole en muchas ocasiones, y acomodándose en lo posible a su voluntad»³¹. Más aún, ¡milagro de la gracia y de la virtud a la vez!, el Cura de Ars acabó por querer entrañablemente a su vica-

rio. «Una pena tengo y es el no haberme aprovechado lo bastante de sus ejemplos; pero cuento con el paternal y tierno afecto que me manifestó»³². Así hablaba años después el Rdo. Raymond.

El Cura de Ars no podía sufrir que censurasen a su auxiliar, y le defendía en toda ocasión. «Los feligreses se daban cuenta a veces del proceder del reverendo Raymond, y tomaban la defensa de su cura. Este, por el contrario, siempre hablaba bien del otro y añadía: Si le molestáis, nos marcharemos los dos»³³. Al reverendo Dubouis, enviado a propósito por Monseñor Devie, para enterarse de la conducta del reverendo Raymond, decía el Cura de Ars: «¡Oh, déjele usted conmigo; me dice las verdades!»³⁴. «¡Cuánto tengo que agradecerle!, decía confidencialmente a sus íntimos; sin él me hubiera costado trabajo saber que amo un poco a Dios»³⁵. «Usted no me dice nada, había de decir más tarde al bueno y conciliador señor Camelet, Superior de los misioneros; usted no me reprende... Sin esto no me hallo tan bien como antes»³⁶. El 24 de octubre de 1848, escribiendo a Mons. Camelet para invitarle a bendecir la capilla de la *Providencia*, aprovechaba la ocasión para hacer la apología de su coadjutor:

Nada he de decir acerca del Rdo. Raymond, sino que es un sacerdote que merece un buen lugar en su corazón, por todas las bondades que tiene conmigo. No crea a las malas lenguas que son *refinada malicia*.

Pero ¿no era demasiado que un miembro del clero de Ars diese materia a críticas fundadas? Varias personas piadosas hicieron ver al Cura de Ars que aquello colmaba la medida³⁷. El Santo rogó al Hermano Atanasio que escribiese en su nombre a Mons. Devie. «El mismo redactó la mi-

²⁶ Catalina LASSAGNE *Petit memoire*, segunda redaccion, p 47

²⁷ Rdo BLAU, *Proceso del Ordinario*, p 1206 — Esta pretension del Rdo Raymond al curato de Ars no era ningun misterio para nadie, y el mismo Santo sabia muy bien a que atenerse. Al recorrer los registros parroquiales de Ars se podria creer que aquello era ya cosa hecha, pues el Rdo Raymond se hacia a si mismo la ilusion de estos poderes. Vease, si no. De septiembre de 1845 a septiembre de 1858, el reverendo Raymond registra todas las actas de su ministerio como *cura suscrito* y firma *Raymond, cura*, con la circunstancia agravante, en 1846 y 1847, de escribir que bautiza en la iglesia parroquial de Ars, como *cura de dicha parroquia* (De 1848 a 1853, esta firma no aparece mas que una vez) Durante los cinco ultimos años, se contenta con insertar invariablemente en el cuerpo del acta *cura suscrito*, y de firmar *Raymond, cura*. El Rdo Toccaner, en cambio, que sustituirá al Rdo Raymond en 1853, se intitulara modestamente *cura auxiliar* o *vicario*. Lo que nunca hizo el Rdo Raymond ¿Fue acaso debido a que el Santo Cura hubiere abdicado en sus manos? No. El Cura de Ars confirió personalmente un bautismo en 15 de agosto de 1847 y otro en 12 de septiembre de 1848. En las partidas, escribe *cura de dicha parroquia de Ars* y firma *Juan Maria Vianney, Cura de Ars*.

²⁸ Baronesa DE BELVEY, *Proceso apostolico ne pereant*, p 213

²⁹ Canonigo SEIGNERMARTIN, *Proceso apostolico ne pereant*, p 642

³⁰ Rdo BLAU, *Proceso del Ordinario*, p 1207

³¹ *Petit memoire*, segunda redaccion, p 47

³² *Proceso del Ordinario*, p 340 (sesion de 24 de enero de 1863)

³³ Catalina LASSAGNE *Proceso del Ordinario*, p 486

³⁴ Rdo DUBOUIE *Proceso apostolico ne pereant*, p 901

³⁵ Catalina LASSAGNE *Proceso del Ordinario*, p 511

³⁶ Canonigo CAMELET *Proceso del Ordinario*, p 1374

³⁷ Hubiera complacido a los feligreses de Ars que el Cura de Ars se hubiese mostrado mas severo con el Rdo Raymond. «Me parecia al principio, confiesa el Hermano Jeronimo, que el Cura de Ars habia dejado demasiado a sus anchas a su coadjutor. Pero examinadas bien las cosas, vi que era por caridad, por prudencia y por humildad que obraba de esta manera» (*Proceso del Ordinario*, p 566)

nuta, dice el abnegado secretario, y tuvo cuidado en hacer valer los títulos que hacían al Rdo. Raymond merecedor de un buen cargo. Estábamos en Semana Santa. Llevé el borrador de la carta al siervo de Dios, cuando pasaba por detrás del altar. Lo leyó, se recogió un instante y lo rasgó en cuatro pedazos. He pensado, me dijo, que Dios Nuestro Señor llevó su cruz durante estos santos días y que yo puedo muy bien hacer como El»³⁸.

Algo más tarde, consintió en que el alcalde, señor des Garets, hablase del vicario a Mons. Devie. La entrevista tuvo lugar en Bourg. Pero, entretanto, el Cura de Ars mudó de parecer. Cuando el alcalde habló del asunto con el prelado, éste le mostró una carta que acababa de recibir, en la cual el Santo le rogaba que le dejase todavía un poco «a su querido Rdo. Raymond»³⁹.

Gracias a Dios, el imposible coadjutor tomó la iniciativa de solicitar otro cargo: al fin, se había convencido de que nunca llegaría a suplantar a aquel sacerdote aclamado por las multitudes. Mons. Chalandon, como ya hemos visto, le nombró cura de Polliat. Hasta el fin, le trató el Cura de Ars con una delicadeza extremada. «Después de mi partida, dice el mismo reverendo Raymond, me escribía: Me ha sido usted tan útil, me ha prestado tantos servicios, que ha encadenado mi corazón». «Tuve la dicha de verle ocho días antes de su muerte... Jamás olvidaré con qué bondad me recibió, con qué generosidad me regaló una capa. En cuanto me enteré de su gravedad, corrí hacia Ars, donde tuve el consuelo de abrazarle por última vez»⁴⁰. El mismo día de las exequias, los misioneros rogaron al Rdo. Raymond que consignase sus propios recuerdos. En efecto, comenzó a escribir una *Vida del Cura de Ars*, pero no la acabó. Los fragmentos manuscritos que se conservan, así como sus declaraciones en el Proceso de canonización, no respiran sino admiración y simpatía.

³⁸ Hermano ATANASIO *Proceso apostolico in genere*, p 216

³⁹ Conde DES GARETS, *Proceso apostolico ne pereant*, p 385

⁴⁰ Rdo RAYMOND *id.*, p 540, *Proceso del Ordinario*, p 338 — El Rdo Raymond ignora siempre que el Cura de Ars hubiese procurado para el un cambio de ocupacion Cuatro años despues de la muerte del Cura de Ars, el 20 de enero de 1863, comentando «el intento de fuga» de 1853, dijo muy convencido «Creo que se perturbo a

Los sufrimientos del cuerpo no encontraron al Cura de Ars menos paciente que los del espíritu. Fue probado por las enfermedades y por algunas dolencias. ¿Nos será permitido dar a conocer, de conformidad con el testimonio de sus íntimos, algunas de estas miserias?

Tenía debajo del brazo izquierdo «una llaguita». Algunas veces los peregrinos le rodeaban y estrujaban de manera que le hacían sufrir horriblemente. Alguna vez se le escapó decirles: «¡Con más cuidado... me hacéis daño!», pero sin manifestar ningún enfado⁴¹.

Por espacio de unos quince años, dice el Rdo. Raymond, estuvo aquejado de un reuma que contrajo durmiendo en una habitación húmeda y fría de la casa parroquial, y ello le ocasionaba violentos dolores de cabeza. «¡Oh, cuánto sufro!», me decía con frecuencia llevándose la mano a la frente... La falta de ejercicio le ocasionó entorpecimientos en la circulación que obligaron a sangrarle todos los años. Contrajo, predicando, una doble hernia que no cuidó sino muy tarde. No sabia la gente explicarse por qué, al salir del confesonario, se quedaba como encorvado. Tuvo que intervenir un médico, y entonces nos enteramos de la causa de sus sufrimientos»⁴².

«Nunca se sentaba en las visitas, dice el señor Camilo Monnin. Sin duda que era por deferencia a las personas que recibía, pero también a causa de las hernias que sufría y que había contraído permaneciendo tantas horas sentado en el confesonario»⁴³.

Padeció horribles dolores de muelas. «Me pidió, dice el maestro Juan Pertinand, que le arrancase algunas con las tenazas...»⁴⁴.

Por lo demás, aun en el tiempo en que su pobre *cadáver*, como él le llamaba, sentía los más vivos dolores, su espíritu permanecía siempre libre; nada en su conversación ni en su humor reflejaba el interno sufrimiento. «Un día, dice el señor des Garets, en que fue a nuestra casa para bendecir unas edificaciones, sufría espantosamente. Le pregunté si

la llegada del misionero (Rdo Toccanier) Este habia de reemplazarme, y el señor Cura me tenia en gran estima » (*Proceso del Ordinario*, p 912)

⁴¹ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p 912

⁴² *Proceso del Ordinario*, p 318

⁴³ *Proceso apostolico continuativo*, p 265

quería tomar algo. «¡Ah, señor, respondió sonriendo, sería cosa muy enojosa si siempre que uno sufre hubiese de tomar algo!» Más de una vez, después de la oración de la tarde, se le vio, como vencido por el dolor, ocultarse y desaparecer en el púlpito; pero en seguida se levantaba con energía, y predicaba con el mismo fuego, como si nada sintiese»⁴⁵.

* * *

La paciencia de San Juan-María Vianney se nos manifiesta como un maravilloso ejemplo.

Pero en cuanto a su mortificación, ¿no hemos de reconocer que fue más admirable que imitable? Efectivamente, el atleta del Señor llegó «hasta los últimos límites de las fuerzas humanas, si no los sobrepaso»⁴⁶.

«El Rdo. Vianney, dice el conde des Garets, es un hombre que ha muerto enteramente en sí mismo al viejo Adán, y que no ha concedido ninguna satisfacción a la naturaleza»⁴⁷. Y la condesa añade: «Su mortificación fue extrema, constante, universal y abrazó toda su vida... La existencia de un trapense no puede compararse con la suya. No creo que la penitencia cristiana pueda llevarse más lejos. El Cura de Ars ha hecho creíbles las cosas más extraordinarias que se cuentan de los Padres del desierto»⁴⁸. «La prudencia humana, dice el Rdo. Dufour, misionero de Pont-d'Ain, tal vez se maraville de tales maceraciones y las encuentre excesivas; pero el hombre que se había rendido voluntariamente a Dios sentía la inspiración y la asistencia divinas»⁴⁹. «En el camino de la penitencia, sólo cuesta el primer paso»⁵⁰, decía el mismo Santo. Pero acaso, para darlo y llegar a la cumbre de una virtud tan difícil, ¿no es menester el heroísmo ayudado de la gracia?

En la antigua casa parroquial de Ars se conservan, como trofeos de victoria, las disciplinas y el cilicio del Cura de Ars. Mas su principal instrumento de penitencia no está allí; lo han dejado en la iglesia; es el *confesonario*.

Puede decirse que el siervo de Dios se crucificó allí libremente. Fue «un mártir de la confesión», según frase de un testigo de su vida⁵¹. Hubiera podido huir de los pecadores, retirarse al claustro o al desierto; pero por amor a las almas, se quedó en su puesto. El que pasó la juventud en medio de los campos, respirando el puro aire de las colinas de su tierra natal, en los días en que el tiempo bonancible convida a pasear, permanecía clavado en aquel asiento, prisionero de los pecadores. Corazón delicado y sensible, amigo de las bellezas naturales, había recorrido en otros tiempos el risueño valle del Fontblin donde susurran los álamos; no le separaban de él sino las paredes de la iglesia y algunas casas de la aldea; sin embargo, durante treinta años, se privará voluntariamente del encanto, de la frescura y de la tranquilidad de aquellas alamedas.

«Algunas horas de confesonario bastan para quebrantar al sacerdote más robusto; se sale de él con los miembros entumecidos, la cabeza congestionada, impotente para fijar la atención; se pierde el sueño y el apetito y a quien quisiera renovar todos los días tan largas sesiones, su energía le haría traición»⁵². Pues bien, como dice la condesa des Garets, el Cura de Ars «se tomó un trabajo que hubiera extenuado a seis confesores»⁵³. «He aquí, dice el Rdo. Raymond, que le vio cuando ejercía este ministerio, he aquí lo que siempre me pareció milagroso y superior a las fuerzas humanas: que un sacerdote, tan achacoso y tan austero, pudiese pasar en cierta manera la vida en el confesonario. Reconozco que mi salud es excelente; sin embargo, me hubiera sido imposible soportar este género de vida durante una semana, y lo mismo he oído decir a sacerdotes habituados a confesar en las peregrinaciones»⁵⁴.

⁴⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 377.

⁴⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 904.

⁴⁶ Mons. RUMEAU, obispo de Angers, *Panégyrique du Curé d'Ars*, Angers, Germanin-Grassin, 1905, p. 8.

⁴⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 912.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 977.

⁴⁹ *Proceso apostólico in genere*, p. 347.

⁵⁰ MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1152.

⁵¹ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 174.

⁵² Mons. CONVERT, *Le Curé d'Ars et les dons du Saint-Sprit*, op. cit., pág. 351.

⁵³ Marta DES GARTES, *Proceso apostólico in genere*, p. 293.

Sí, fue allí, entre aquellas tablas, en aquel ataúd anticipado, donde más tuvo que sufrir el Cura de Ars. En verano, «estábamos en la iglesia como en una estufa»⁵⁵; «el calor en el confesonario, como él mismo decía, le daba una idea del infierno»⁵⁶. Algunas veces tenía que confesar con una venda apretada en la frente. Hasta tal punto le torturaba la jaqueca, y por esta causa llevaba muy corto el pelo de la parte anterior de la cabeza. En los días de tempestad o de fuerte calor, el aire estaba tan viciado en la estrecha nave del templo, que el heroico confesor sentía náuseas, y no podía evitarlas sino a trueque de respirar un frasco de vinagre o de agua de colonia⁵⁷. Por el contrario, en invierno, en aquella parte de la región de Dombes, sobre todo cuando sopla el cierzo de los Alpes, hiela hasta hendir las piedras. Muchas veces, refiere el Rdo. Dubouis, el siervo de Dios se desmayó en el confesonario a causa del frío y de su debilidad. Le pregunté una vez: «¿Cómo puede usted estar tantas horas así, y en un tiempo tan crudo, sin nada para calentarse los pies?»

—¡Ah, amigo mío!, es por una razón muy sencilla: desde Todos los Santos hasta Pascua, no siento que tenga pies»⁵⁸.

El canónigo Alejo Tailhades, de Montpellier, que pasó con él parte del invierno de 1839, refiere que los pies del pobre cura se hallaban tan lastimados que la piel del talón quedaba pegada a las medias cuando se las quitaba por la noche⁵⁹.

Para atenuar un poco la dureza del asiento de su confesonario, intentaron algunas veces poner almohadillas llenas de paja; pero él las rechazó⁶⁰. Hacia el fin de su vida, durante el invierno de 1857 a 1858, fue menester echar mano de ciertas astucias para evitar que estuviera tan frío: escondían todas las noches debajo del confesonario un bra-

serillo que iban renovando durante el día. «Pasó mucho tiempo, sin que se diera cuenta de ello; mas cuando se enteró, dejó que lo hicieran, porque echaba de ver que su salud iba perdiendo de día en día»⁶¹. En la sacristía, donde confesaba a los hombres, hubo de quemar a veces papeles para desentumecerse las manos. El Rdo. Toccanier no pudo conseguir permiso para encender una estufa sino haciéndole observar que los ornamentos se enmohecían en un lugar tan frío y húmedo. Durante mucho tiempo, pasó sin fuego en su cuarto. Los quince últimos años de su vida, en cada noche de invierno, el maestro Pertinand o alguno de los Hermanos procuraban adelantársele, y encendían un buen fuego en su chimenea⁶². Desgraciadamente, refiere el maestro, «una vez llegado a su habitación no podía, a pesar de ello, calentarse y su dueño debía resentirse... Así, al llegar la primavera, se deducía por algunas de sus expresiones, que era para él, como para toda la naturaleza, una época de reviviscencia y de solaz»⁶³.

La asiduidad del Rdo. Vianney al confesonario y los sufrimientos que en él soportaba hubieran bastado para hacerle alcanzar un grado muy elevado de santidad. Pero, buscando las mortificaciones con el mismo afán con que otros buscan los placeres, nunca estaba saciado de penitencia. Se imponía el sacrificio de no oler jamás una flor, de no comer fruta, de no beber gota de agua en días de fuertes calores. Nunca espantó las moscas que se posaban sobre su frente. Arrodillado, permanecía sin apoyo. Se había impuesto la ley de no manifestar disgusto por causa alguna, y de tener ocultas todas las repugnancias de la naturaleza. Dominaba la curiosidad que pudiese sentir por las cosas más legítimas: ni siquiera manifestó deseos de ver un ferrocarril que pasaba a algunos kilómetros de Ars, y que cada día conducía para él gran número de forasteros⁶⁴.

Su corazón carecía de mácula, y con todo, por espacio

⁵⁴ *Proceso apostolico ne pereant* p 559

⁵⁵ Juan-Maria CHANAY *Proceso del Ordinario*, p 690

⁵⁶ Catalina LASSAGNE *id*, p 511

⁵⁷ Conde DES GARETS *Proceso del Ordinario*, p 912

⁵⁸ *Proceso apostolico ne pereant*, p 900

⁵⁹ *Proceso del Ordinario*, p 1515

⁶⁰ Juan Bautista MANDY *Proceso del Ordinario*, p 605

⁶¹ Rdo TOCCANIER *Proceso apostolico in genere*, p 167

⁶² Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p 605

⁶³ *Proceso del Ordinario* p 377

⁶⁴ Conde DES GARETS *Proceso del Ordinario*, p 986, Rdo MONNIN *id*, p 1152, Rdo TOCCANIER *id* p 169

de cuarenta años, ayunó y se flageló por los pecadores. Vímosle, al principio de su apostolado, cómo tomaba sangrientas disciplinas para obtener de Dios la conversión de sus feligreses. Cuando vio a éstos convertidos, no dejó, empero, que sus instrumentos de penitencia se oxidasen. Sin embargo, el agotamiento de sus fuerzas le obligó a servirse menos de ellos, y a tratar con menos crueldad a su pobre *cadáver*: tuvo algunas veces que establecer algún intervalo entre sus flagelaciones, y aguardar que las llagas se cerrasen para volverse a azotar. En 1839, gracias a la complicidad de Catalina Lassagne, el Rdo. Tailhades pudo «visitar escrupulosamente su cuarto». «Acabé, dice, por descubrir, escondida debajo de la cortina, en la cabecera de la cama, unas disciplinas de alambre muy fuerte»⁶⁵. El Hermano Atanasio, que hizo después un descubrimiento semejante, declara que «dicha disciplina aparecía visiblemente usada. Alguien se apoderó de ella, pero el Rdo. Vianney no se dio punto de reposo hasta haberse procurado otra». Y añade el Hermano: «Tuve ocasión de ver una que él mismo se había fabricado; estaba hecha de eslabones muy bastos. Cada golpe debía de lastimar la carne»⁶⁶.

Había encargado a varias personas que le comprasen cadenillas sin decirles para qué, aunque de sobra lo adivinaban. María Filliat, profesora de la *Providencia*, al partir un día para Trevoux, se negó a aceptar semejante encargo. Tuvo que recurrir a un pobre joven inocente a medias, que le decía algunas veces: «¡Oh, señor Cura, verdaderamente esto es demasiado!»⁶⁷. Creyendo sin duda que Juan Picard, el veterinario y herrador de Ars, nada sospecharía, encargóle «una cadena de hierro, de cuatro a cinco centímetros de ancho, y lo bastante larga para poder ceñir el cuerpo... Nunca hubiera imaginado, dice el referido herrero, que la destinase a tales usos. Pensé que se trataba del reloj del campanario, entonces en reparación. Pero un día de Pascua, el señor Cura se sintió mal en la iglesia, y ayudé a

trasladarlo a su casa. Al desnudarse para meterle en cama, vi mi cadena alrededor de su cintura»⁶⁸.

Llevaba en cada muñeca un brazaete de hierro erizado de puntas agudas. «Por la rigidez de sus movimientos y por la manera como se meneaba, todo de una pieza, en el púlpito y en el altar, era fácil de ver, dice la señora des Garets, que iba cubierto de cilicios y de otros instrumentos de penitencia»⁶⁹. En una ocasión, su cilicio le produjo una llaga que causó inquietud por el peligro de la gangrena.

Tales mortificaciones no hacían sino debilitarle. ¿Cómo podía sostenerse en pie este sacerdote «que vivía de lo que otro hubiera muerto»?⁷⁰. Después de las «locuras de su juventud», de aquellos ayunos completos de dos o tres días que se imponía al principio, ¿se resignaría, en vista de su debilidad y de su trabajo, a tomar el alimento necesario? Así lo creyeron Catalina Lassagne y sus compañeras, cuando, hacia el año 1827, les dijo que en adelante comería en la *Providencia*. ¡Pura ilusión! Si bien consintió en comer todos los días, fue bien poca cosa. El ayuno, hasta entonces jamás interrumpido, continuó de la misma manera. De ordinario, hacia el mediodía, entraba en la cocina del orfanato, y allí, en un rincón del hogar, le esperaba un cuenco lleno de leche o de sopa. Con frecuencia, ni siquiera llegaba a sorber todo el contenido. Por el contrario, algunas veces comía, además de la sopa, algunos gramos de pan seco. Durante mucho tiempo, no tomó nada por las mañanas. En 1824, estando muy acabado, hubo de obedecer a Mons. Devie que le mandó tomar desayuno⁷¹. Desde entonces, después de la misa, bebió un poco de leche, pero se privaba de ello los días de ayuno obligatorio⁷². «Durante las Cuaresmas de 1849, 1850 y 1851, dice el Hermano Atanasio, observé que sólo tomaba una comida al día»⁷³. Viósele aceptar algunas veces un poco de postre, o sea, una pequeña por-

⁶⁵ *Proceso del Ordinario*, p 1515

⁶⁶ *Proceso apostolico in genere*, p 222

⁶⁷ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p 912

⁶⁸ Juan PICARD *Proceso del Ordinario*, p 1312, baronesa DE BELVEY *Proceso apostolico ne pereant*, p 226

⁶⁹ *Proceso del Ordinario*, p 912

⁷⁰ Andres TREVE *Proceso apostolico continuativo*, p 819

⁷¹ Rdo DUBOUIS *Proceso del Ordinario*, p 1254

⁷² Juan PERTINAND *Proceso apostolico ne pereant*, p 863

⁷³ *Proceso del Ordinario*, p 849

ción de dulce; pero se privó totalmente de ello los últimos años de su vida⁷⁴. Hasta su grave enfermedad de 1834, nunca comió nada por la noche⁷⁵.

De 1854 a 1859, por disposición del doctor Saunier, hubo de someterse a ciertos alivios, absolutamente necesarios. «Ahora que me obligan a comer más, decía, no me encuentro tan bien cuando me confieso»⁷⁶. Se acusaba de glotonería. Pero, ¿cuáles eran sus suculentas comidas? Su mismo confesor nos lo decía:

Asistí algunas veces a sus comidas, cuenta el Rdo. Beau. Desde que las Hermanas se encargaron de la *Providencia*, comía en sus habitaciones; sobre una mesa sin manteles, había un plato de loza con algunas legumbres, y algunas veces, si estaba muy fatigado, dos huevos y un poco de carne (no comía carne sin antes haber pedido permiso), un vaso de agua, una botella de vino y un pedazo de pan. En menos de diez minutos, la comida había terminado. El reverendo Vianney comía de manera que no sintiese el gusto de los alimentos; siempre quedaba en el plato una gran parte de lo que le habían servido; durante la comida no bebía sino un poco de agua teñida en vino, y no comía sino unos pocos bocados de pan... Yo me quedaba admirado al ver tan excesiva sobriedad⁷⁷.

Una libra de pan le duraba toda una semana⁷⁸. «Vi un día en su aposento, refiere el señor Camilo Monnin, un panecillo con aparentes señales de haber sido mordido por un ratón; en realidad era un trocito de pan que el siervo de Dios había tomado para sustentarse durante una gran parte del día»⁷⁹.

Llegó un tiempo, en el que, por encogimiento de estómago, le fue imposible tomar más alimento que el de costumbre. Durante los primeros años, en la comida de las conferencias sacerdotales, de las que se encargaban con gusto los señores del castillo, «tomaba, dice la condesa des Garets, regular alimento»⁸⁰. Pero pronto consiguió que le

dispensasen de asistir al ágape, y lo consideró como «muy grande favor»⁸¹. Dio por excusa al pedirlo «que le esperaban en el confesonario y que quería contentar a *su gente*»⁸².

La condesa viuda des Garets contaba que, en una comida ofrecida a Mons. Devie por los castellanos de Ars, quiso el prelado tener junto a él «a su querido Cura» y le obligó a comer como los demás invitados. El Cura de Ars se sometió, pero tuvo una terrible indigestión y estuvo a punto de morir. «Su estómago, dice Juan Bautista Mandy, no estaba acostumbrado más que a la abstinencia.» En adelante, Mons. Devie le permitió seguir libremente su régimen ordinario⁸³.

Téngase en cuenta que el Rdo. Vianney nunca impuso este régimen a las personas que recibía en su casa. Sin embargo, al principio, las comidas que les servía en la casa parroquial eran más modestas, y era conveniente que los asistentes, antes de sentarse a su mesa, se procurasen algunas provisiones⁸⁴. Después de la fundación de la *Providencia*, confió a las jóvenes directoras el cuidado de los huéspedes. «Cuando mi nieta quiso casarse, refiere Margarita Vianney, que había llegado a ser abuela, fue a visitar a mi hermano algunos días antes de la boda. Encargó entonces a Catalina que preparara una sencilla comida; él mismo se sentó a la mesa con sus parientes, y, aquel día, saliendo de su habitual austeridad, comió un poco de cada cosa»⁸⁵.

Cuando llevábamos leña, trigo u otras provisiones para la *Providencia*, refiere Guillermo Viller, nos recibía y nos trataba muy bien; nos servía la comida y nos llenaba los vasos: insistía mucho en hacernos aceptar sus obsequios. Brindaba gustosamente con nosotros, pero nunca bebía. Jamás pudimos decidirle a ello⁸⁶.

A partir de 1854, la comida que se celebraba los días de conferencia para sacerdotes se dio en la casa de los misioneros y no en el castillo.

⁷⁴ Hermano JERÓNIMO, *id.*, p. 560.

⁷⁵ María FILLIAT, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1092.

⁷⁶ Rdo. DUBOIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1254.

⁷⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 1208.

⁷⁸ Hermano JERÓNIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 561.

⁷⁹ *Proceso apostólico in genere*, p. 258.

⁸⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 911.

⁸¹ Magdalena MANDY SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 269.

⁸² Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 14.

⁸³ MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 984; J. B. MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 605.

⁸⁴ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 910.

⁸⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 1026.

⁸⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 642. J. B. MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 606.

Cuando tuvo lugar la última reunión en vida del Cura de Ars, dice el Hermano Atanasio, muchos sacerdotes me dijeron: «Nos han dado una espléndida comida.» Por la tarde, el Rdo. Toccanier manifestó al Cura de Ars, que personalmente había encargado la comida, la satisfacción de los señores curas. «¡Mejor!, respondió el siervo de Dios; es así como hay que portarse siempre; cuando se reciben compañeros, hay que hacerlo dignamente. El señor Balley, en otros tiempos, así lo hacía. En Ecully, cuando estábamos los dos solos, vivíamos de lo que había; todo nos sabía bien; pero si llegaba algún forastero, podía estar seguro de una excelente acogida... ¡Ah! el señor Balley era tan buenos...»⁸⁷.

Por lo demás, durante aquella comida de la que hablaba con tanto agrado, el Cura de Ars despachó sin duda en cinco minutos la suya sobre la mesita de su habitación...

«Para llegar a grado tan excesivo de sobriedad, hubo de padecer horriblemente.» Así se expresa el conde des Garets, testigo emocionado de una existencia tan absolutamente mortificada⁸⁸.

Y si, para apreciar al Cura de Ars penitente, es menester oír a un *especialista* de la penitencia, he aquí el testimonio de un Padre de la Gran Cartuja: «Nos vemos obligados a reconocer, nosotros solitarios, eremitas, monjes y penitentes de toda especie, que no nos atrevemos a seguir al santo Cura de Ars sino con la mirada de nuestra afectuosa admiración, y que no somos dignos de besar las huellas de sus pasos ni el polvo de sus zapatos»⁸⁹.

⁸⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 849.

⁸⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 911.

⁸⁹ De una carta dirigida el 15 de septiembre de 1865 al Rdo. Toccanier por el R. P. Mauricio Borel, religioso de la Gran Cartuja (Isère).

XXVI. LAS INTUICIONES Y LAS PREDICCIONES DEL CURA DE ARS

Los ojos de un vidente.—El don sobrenatural de la intuición.—Cómo el Cura de Ars veía y sabía las cosas.—Intuiciones y predicciones diversas: sobre las vocaciones al matrimonio o a la vida religiosa; sobre los acontecimientos futuros, felices o desgraciados.—Hechos de visión a distancia.—Penetración de las conciencias.—El Cura de Ars y el destino de las comunidades y obras religiosas.—¿Profetizó el Cura de Ars grandes acontecimientos?—¿Anunció las persecuciones?—¿La guerra?—Sus predicciones sobre Pío IX, Napoleón III y el Príncipe Imperial.—El porvenir de la Compañía de Jesús y la conversión de Inglaterra.—¿Existe alguna profecía sobre el porvenir de Ars?

El 3 de septiembre de 1856, el conde de Tourdonnet, que tenía su castillo en Corrèze, fue a Ars con una de sus criadas enferma de sordera. Aunque no tenía fe, como muchos de su generación, quiso el viajero solicitar del sacerdote taumaturgo la curación de la pobre muchacha. Entró en la iglesia, pero, deseando hablar a solas con el Cura de Ars, hizo señas a María —este era el nombre de la pobre sirvienta— de que se quedase junto a la puerta principal. Después de una larga espera, consiguió ver al siervo de Dios, que a la sazón confesaba en la sacristía. «Señor Cura, le preguntó, ¿podría usted curar a mi criada? —¡Ah, sí, a María! Justamente; la veo en el coro. —Perdone, señor Cura, pero está allá junto a la puerta...»

¿Cuál de los dos se engañaba, el humilde cura rural que veía a aquella joven en el coro, o el caballero, su dueño, que sabía que estaba en el fondo de la nave?... —En primer lu-

gar, el Rdo. Vianney había designado por su nombre a la pobre sorda sin que el señor de Tourdonnet la hubiese nombrado. Mas ello podía ser una casualidad: ¡hay tantas criadas que se llaman *María!*... Sin más tardar, el conde quiere asegurarse. Se dirige a la pila del agua bendita: María no está allí. Sale: María no se encuentra entre los peregrinos que van y vienen. El señor de Tourdonnet la busca de nuevo en el fondo y en medio de la nave... ¿Dónde está, pues? Se decide al fin a entrar en el coro, donde, media hora antes, la ha visto el Cura de Ars. Y en efecto, la ve en actitud de orar «detrás del altar mayor, junto a un confesonario y en un sitio donde el reverendo Vianney no la podía ver ni siquiera desde el umbral de la sacristía». El caballero incrédulo se queda estupefacto. Cuenta el hecho a muchas personas de Ars, especialmente al Rvdo. Toccanier, que, mientras el otro habla, transcribe sus palabras.

«Dígame usted, señor conde, pregunta el joven misionero, ¿consentiría usted en suscribir estas líneas?

—¿Por qué no, puesto que es la verdad?

—¿Y cómo explica usted esto?

—No lo entiendo... En todo caso, se ve claro que *el Cura de Ars no tiene los ojos como las demás personas*»¹.

Hemos ya oído decir a un buen feligrés de Ars: «Creo absolutamente que *aquel hombre veía alguna cosa*»².

El Rdo. Vianney no suponía ni adivinaba lo que está oculto al común de los hombres; el Cura de Ars *veía*, y esto por una gracia especial de Dios. En algunas personas singularmente bien dotadas, se han podido observar fenómenos de lucidez extraordinaria, de doble visión, de visión a distancia; a estos fenómenos, considerados como naturales, los sabios han dado también explicaciones de orden natural. Aquí hay que remontarse más arriba y hablar de una clarividencia sobrenatural³. El Cura de Ars poseyó aquel

¹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso de Ordinario*, p. 178; Hermano ATANASIO, *Proceso Apostólico in genere*, p. 188.

² Frase del señor Dremieux.

³ No hemos de explicar aquí las diferencias que existen entre la santidad y la simple neurosis, ni refutar a quienes intenten explicar los hechos de intuición propios de los santos por la sugestión o los fenómenos telepáticos. Remitimos al lector al interesante libro de M. Joly *Psicología de los Santos*, cap. III: Los hechos extraordinarios de la vida santa.

don llamado intuición en teología mística. La multitud, que le rodeaba sin cesar, juzgó muy acertadamente cuando supo ver en este hecho asombroso algo sobrenatural y como un sello de santidad.

Oí decir a muchas personas, refiere el P. Faivre, que hizo a Ars frecuentes visitas, que habían consultado al Cura de Ars sobre su vocación, pleitos, dificultades de familia, enfermedades, resoluciones que habían de tomar, y que siempre había contestado con un acierto admirable. Predijo muchos acontecimientos que después sobrevinieron. Conoció de tal manera la conciencia y las disposiciones de alma de gran número de personas, que las dejó profundamente admiradas. La pública creencia que le atribuía dones sobrenaturales era tan firme, que todos sin dudar hacían caso de su palabra»⁴.

Hay que reconocer que en él la intuición no fue continua, y que lo más frecuente era que aconsejase los medios dictados por la prudencia humana. Pero muchas veces también, «antes de que uno hablase palabra, le revelaba ya lo que quería decirle y lo que quería ocultarle»⁵. «Hubo personas venidas a Ars ex profeso para consultarle que, al enterarse de su poder de intuición, no se atrevieron a presentarse a él por medio de que no descorriese el velo de su alma»⁶.

Muchas veces, los que le trataban de cerca quisieron conocer el secreto de su sobrenatural ciencia. Para desorientar a los curiosos, y sobre todo, por humildad, respondía: «¡Oh! es una idea que ha pasado por mi cabeza»⁷. O bien «Hago como los almanaques: cuando lo acierto, lo adivino»⁸. Un día, una joven saboyana se presentó en su confesonario. Sin que hubiese abierto la boca, inmediatamente el Rdo. Vianney «le habló de sus hermanas y de su inclinación a la vida religiosa». La penitente no podía salir de su pasmo. Habiendo encontrado al Rdo. Toccanier al salir de la iglesia, le manifestó su admiración. «¿Cómo ha po-

⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 1496.

⁵ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 821.

⁶ Rdo. CARIER, cura de Miserieux, *Proceso apostólico ne pereant*, página 1275.

⁷ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 866.

⁸ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 862.

dido usted, sin conocer a esta persona, revelarle tales cosas?», preguntó a nuestro Santo el misionero. —¡Ah! es que he hecho como Caifás: he profetizado sin darme cuenta»⁹.

¶ Pero no siempre podía tomarlo a broma. Alguna pregunta brusca del interlocutor le impedía a veces reflexionar a tiempo, y entonces se descubría sin quererlo. En cierta ocasión, dice el Rdo. Toccannier, hécèle a quemarropa esta pregunta: «Señor Cura, ¿cuando se ve algo sobrenaturalmente, debe de ser sin duda como un recuerdo? —Sí, amigo mío, me respondió. Así, por ejemplo, una vez dije a una mujer: «¿Es usted quien ha abandonado a su marido en el hospital, y se niega a volver a juntarse con él? —¿Cómo sabe usted esto?, replicó, ¡yo no he hablado con nadie!» Me sentí más sorprendido que ella: pensaba que antes me lo había contado todo»¹⁰.

Asimismo, aconteció algunas veces en el confesonario, que no sólo hizo uso el Cura de Ars de sus luces sobrenaturales, sino que dio la razón de las mismas.

Una criadita, colocada en casa de la familia Cinier, que vivía delante de la iglesia, iba a empezar la confesión. Tenía ya en los labios una acusación grave, pero se calló y la dejó para después. «¿Y aquello?, le dijo el Santo —y precisó lo que quería ocultar—, no lo dices, y lo has cometido.» Estupefacta ante tal revelación, la penitente pensó: ¿Y cómo lo sabe? Y el Santo, respondiendo a esta idea, que por otra parte la muchacha no manifestó, le dijo: «Tu ángel de la guarda me lo ha contado»¹¹.

Más de una vez, las intuiciones proféticas del Cura de Ars parecían chocar con las más elementales reglas de la prudencia humana, y contradecir el parecer de otras personas reputadas de muy juiciosas. «Creo que el bueno del señor Cura *chochea*», decía riendo a su madre una joven de León, a quien acababa de anunciar que sería superiora de una casa de beneficencia. Los hechos demostraron que el varón de Dios había visto claro en el porvenir...¹². «En últi-

mo término, se sentía uno obligado a rendir homenaje a su visión segura y a exclamar: Sí, hay en él un Dios escondido que lo ilumina»¹³.

* * *

Para referir todos los casos de intuición atribuidos al Cura de Ars sería menester un libro. Fuerza será, pues, escoger algunas espigas de tan gruesa gavilla¹⁴.

La cuestión del porvenir es, principalmente para la juventud, una preocupación, y, con frecuencia, un verdadero tormento. Así fue que en cuanto el reverendo Vianney adquirió fama de hombre que leía en los corazones y ante quien parecían descorrerse los velos de lo futuro, viéronse afluir a Ars innumerables almas ansiosas de conocer su destino.

La señorita Rosalía Berlioux, de Saint-Etienne, que había de llegar a ser Asistenta general de las Religiosas Maristas de Belley con el nombre de Madre María San Atanasio, tenía una hermana menor «muy inclinada al mundo», y temía por su porvenir. Había entrado en el noviciado de Belley, y salió por falta, según aseguraron, de vocación. Proyectó entonces casarse. Empero, quiso saber antes el parecer del *Santo de Ars*. «¿Quiere usted casarse?, le dijo el siervo de Dios. Cree usted que sólo encontrará rosas; pues no encontrará sino espinas.» Se marchó decepcionada. Nuevo viaje a Ars, y esta vez escucha este consejo imprevisto: «Entre usted en las Hermanas de Santa Clara.» «¿Te ha dicho que te recibirían?», objetó la madre al regresar su hija. Tercer viaje a Ars y sale de allí con esta segura respuesta: «Sí, hija mía, será usted recibida en el convento de Santa Clara, perseverará, morirá en él y se irá al cielo.» La señorita Berlioux entró en el convento que le dijo el Santo, vivió austeramente veinticuatro años y acabó sus días «edifican-

¹³ Mons CONVERT, *Le cure d'Ars et les dons du Saint Esprit*, op cit, p 314

¹⁴ Todos los hechos que vamos a narrar tienen un serio carácter de autenticidad y fueron recogidos con motivo del Proceso de canonización o después (si cortamos o suprimimos alguno es por expresa voluntad de los declarantes) Estos diversos testimonios fueron comprobados por los informadores de la Causa, y los documentos se han conservado en el santuario de Ars, donde hemos podido consultarlos con toda libertad

⁹ Rdo TOCCANNIER, *Proceso del Ordinario*, p 145

¹⁰ *Ibid.*, p 330

¹¹ Documentos BALL (Archivos de la casa parroquial de Ars)

¹² *Annales d'Ars*, mayo de 1911, p 380

do a la comunidad». «¡Qué muerte más envidiable!», exclamaba la madre Priora¹⁵.

Un día de 1855, la señorita Bossan, hermana del arquitecto de Fourvière, decía confidencialmente al Cura de Ars: «Padre mío, me casaré pronto; tenga la bondad de bendecirme.» Y, en lugar de bendecirla, el Santo se echó a llorar. «¡Oh, hija mía!, qué desgraciada será usted. —Mas entonces, ¿qué hacer, padre mío? —Entre en la Visitación... Entre, hija mía, y dese prisa; no llegará a los cincuenta años para tejer su corona.» La señorita Bossan, con el nombre de Sor María Amada, murió, siendo maestra de novicias de la Visitación de Fourvière, el 13 de agosto de 1880. Había cumplido los cuarenta y nueve años el día 8 de julio¹⁶.

La señorita Edwige Moizin, de Bourg, parecía tener marcada vocación para la vida del claustro. Pero su familia se oponía tenazmente. Al comenzar el año, la pobre joven fue a confiar su tristeza al Cura de Ars. «Consuélese usted, le dijo el Santo, pues todas sus penas desaparecerán en un año.» En efecto, antes de terminar el año, había muerto¹⁷.

La señorita Bernard, de Fareins, quería hacerse religiosa. «No, no es usted quien lo será, sino su hermana casada.» Efectivamente, esta señora enviudó poco después, se hastió del mundo, y tomó el velo de las Ursulinas de Villefranche, donde murió. En cuanto a la señorita Bernard, se quedó con sus padres, cayó gravemente enferma, y mandó llamar al Cura de Ars. Acudió éste. «¿Me moriré?, preguntole (Era el mes de junio.) —No tan de prisa, hija mía; llegará hasta la Asunción.» Y murió en este día¹⁸.

Augusto Faure, profesor en un colegio de Saint-Etienne, deseaba hacerse jesuita. «No, querido amigo, no, le respondió el Cura de Ars; quédese donde está: ¡es tan corta la vida!» Poco antes de un año, el señor Faure contrajo una afección de pecho mientras preparaba abnegadamente a los soldados para el cumplimiento pascual. Murió a los

veintisiete años, con el *Magnificat* en los labios. En Saint-Etienne le veneraban como a un santo¹⁹.

La señorita Luisa Lebón, lionesa del barrio de Fourvière, salió en 1848 del pensionado de las Damas benedictinas de Pradines. Salía del convento como alumna, y soñaba en volver a él como religiosa. La Madre Abadesa se negó a recibirla en el noviciado. Entretanto, sus amigas la llevaron a Ars. Desesperada de no poder hablar con el santo Cura con el confesonario, Luisa escribió una carta de cuatro páginas en la que exponía sus deseos tal como lo hubiera querido hacer de viva voz. Tuvo la gran dicha de poner la carta en manos del Rvdo. Vianney, cuando éste, hacia el mediodía, regresaba a la casa parroquial.

Por la tarde, la joven se encontraba en la iglesia perdida en medio del gran concurso. El Cura de Ars se esfuerza para poder atravesar la nave y llegar al confesonario de la sacristía. De repente, se detiene, se vuelve, fija en Luisa Lebón su mirada penetrante, y le hace seña de que le siga. Un minuto después, se arrodillaba, temblorosa, a los pies del hombre de Dios. «¿Eres tú quien me ha escrito? —Sí, padre mío—. Pues bien, no tengas pena, pronto irás a tu convento. Dentro de algunos días, la Madre te escribirá que te admite.»

Conviene hacer notar que la señorita Lebón acababa de recibir una nueva y rotunda negativa de la Abadesa. Y he aquí que diez días después de su entrevista con el Cura de Ars, tuvo la alegre sorpresa de leer este simple billete enviado del convento de Pradines: «Mi querida Luisa, es la perseverancia en tus deseos lo que me obliga a decirte un *gran sí*. Ven cuando gustes.» El 2 de julio de 1849, la entrada de la señorita Lebón en las benedictinas era cosa hecha²⁰.

Una joven novicia, Sor María Jesús, a quien, a causa de su poca edad, habían diferido los votos hasta pasados tres años, estaba desolada. Permitiéronle ir a Ars, donde hizo una confesión general. «¡Oh, hija mía, qué feliz eres!, le dijo

¹⁵ Madre MARÍA-SAN-ATANASIO, *Proceso apostólico continuativo*, página 875.

¹⁶ Archivos de la casa parroquial de Ars.

¹⁷ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 258.

¹⁸ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 786.

¹⁹ Documentos BALL.

²⁰ Según relato de la señorita Lebón, después Madre Santa Beatriz, benedictina de Pradines, al canónigo Ball, en 1881.

el Santo, cuando ella hubo terminado. —Es verdad, padre, soy feliz a pesar de todo, pero ofendí mucho a Dios antes de entrar en la religión. —Hija mía, en el mundo hubieras cometido tantos pecados que te hubieran perdido. Sé fiel a tu vocación.» Quiso verla otra vez antes de que se marchase. «¡Oh, hermanita mía!, le dijo, tu alma es blanca, muy blanca... Ahora vete a hacer la profesión. —Padre mío, sabe usted ya que me encuentran demasiado joven... —Todo está arreglado, hija; tu cruz está hecha. ¡Vete!»

En el momento en que Sor María de Jesús franqueaba la puerta del Hospicio de Lión, donde por encargo de su Superiora había de hacer una visita, el conserje le entregó un paquete: «Es para usted, hermana. —¿Puedo abrirlo? —Sin duda.» Y Sor María de Jesús descubrió con profunda emoción una cruz, en cuyo reverso aparecía grabado su nombre y una fecha: era el crucifijo de su profesión. La Superiora, movida no se sabe por qué razón, había cambiado repentinamente de parecer y decidió admitir a los primeros votos a la novicia condenada de antemano a tres años de espera. Y a esta joven, el Cura de Ars acababa de decir: «*Tu cruz está hecha. ¡Vete!*»²¹.

«Sí, hija, usted será Hermanita de los Pobres, dijo el Rdo. Vianney a la señorita Ernestina Durand, joven lionesa de dieciocho años; sí, sí, lo será usted... Pero una vez entrada en la comunidad, tendrá que salir. —¡Oh!, entonces, Padre, preferiría... —¡No, nada de eso, vaya usted! Tres días después de su salida, su propia madre la acompañará al convento.» Ernestina obedeció a ciegas al Santo de Ars; habiendo conseguido, bien que a duras penas, el consentimiento de sus padres, pudo entrar en las Hermanitas de los Pobres de Lión para hacer allí su postulado. Entregose de todo corazón a su nueva vida... Mas he aquí que comenzaron a llegar de la familia cartas de disgusto y después de amenaza: la joven no era mayor de edad; había forzado la voluntad de su madre; intervendría la justicia si fuese menester... Y de hecho el hermano de Ernestina se presentó en el convento con un agente de la autoridad. La postulante

hubo de volver al hogar paterno. Pero con la tristeza, perdió el apetito, no podía dormir... Pasados tres días, la señora Durand dijo a su hija: «No quiero ser la causa de tu muerte... Voy a llevarte a tus compañeras.» Y conformada, aunque no del todo, la acompañó, según había predicho el Cura de Ars, hasta las Hermanitas de los Pobres²².

La señora Sermet-Decroce, de Ambigneux, en el Ain, tenía tres hijas. Deseaba mucho que una de ellas fuese religiosa, y la pequeña Josefina, piadosa y muy modesta, le parecía destinada al claustro. En cuanto a la mayor, Antelmina —era el tiempo de las evocaciones románticas—, tenía, a los ojos de su madre, todas las trazas de una mundana en ciernes: gustaba mucho de parecer bien. Se casaría, pues, y, naturalmente, antes que todas. En 1856, la señora Sermet-Decorce tuvo ocasión de pasar por Ars, y comunicó al reverendo Vianney sus ensueños maternos. «No, señora, le dijo el Santo. Su Josefina no será religiosa: otra lo será en su casa, y antes de lo que usted se imagina.»

La buena señora no quiso dar crédito a sus propios oídos. Volvióse a Ambigneux y, de paso por Lión, compró un magnífico vestido para su hija mayor. «¡Oh, madre!, exclamó Antelmina al ver el regalo tentador, no me servirá de nada; quiero ser religiosa.» Poco tiempo después, entraba en el noviciado de las Hermanas Maristas de Belley. Josefina, empero, que en realidad no había pensado nunca en el convento, se casó el 16 de febrero de 1857, a la edad de diecisiete años²³.

He aquí un rasgo magnífico, que revela a maravilla el don sobrenatural del Cura de Ars. La misma heroína de esta historia, la baronesa de Lacomble, nos lo referirá.

Yo era viuda con dos hijos. Supe un día que el menor se había enamorado de una jovencita de quince años, cuando él apenas contaba dieciocho. Muy pronto, recibí una carta en la que me pedía el consentimiento con delicado afecto, y, a la vez, me decía que esta-

²² Según una carta dirigida a Mons. Convert, el 3 de febrero de 1905, por el señor capellán de las Hermanitas de los Pobres de Poitiers. La señorita Durand, en religión Sor María de San Celestino, murió en Poitiers el 20 de noviembre de 1903.

²³ Carta del Rdo. Dionisio Martinaud, cuara de Ambigneux, al reverendo Bertrand, vicario de Belley (11 septiembre 1863).

²¹ Documentos BALL. (Archivos de la casa parroquial de Ars.)

ba resuelto a llevar adelante su idea. Cambiamos frecuente correspondencia, pero nada pudo hacerle apartar de su decisión.

Yo estaba sola, y no sabía a quién pedir consejo.

Entonces se hablaba mucho de la santidad del reverendo Vianney. Después de fervorosas oraciones, resolví emprender el camino de Ars.

Pero aquella pobre y pequeña parroquia ¡estaba tan lejos!... ¡Ah!, ciertamente no sería un viaje de recreo; pero nada me amedrentó.

Después de tres días de diligencia, llegué al fin. Desgraciadamente, no podía detenerme allí sino muy pocas horas, y supe que, para hablar con el Cura de Ars, tendría que aguardar indefinidamente que me llegase el turno.

Entré en la iglesia... Desde el portal mayor hasta el campanario, no había un lugar desocupado. Sentada en la última fila, más allá de la pila del agua bendita, estaba desolada y pensaba ya en partir.

A pesar de todo, mis ojos estaban fijos en el altar de San Juan Bautista, donde confesaba el Cura de Ars. Y ¡cuán de corazón rezaba!

Entonces, ¡cuál no fue mi asombro, mi emoción, cuando vi que un sacerdote de cabellos blancos salía de la capilla y parecía dirigirse hacia mí por medio de la nave!... Avanza, en efecto, y sin detenerse en parte alguna... me mira... no hay duda, es a mí a quien viene... Yo estaba más muerta que viva. Se detiene, se inclina y murmura a mi oído: «*Cáselos usted; serán muy felices.*»

Y se vuelve al confesonario.

Todo el mundo ignoraba mi viaje, nadie podía haber anunciado mi visita al Rdo. Vianney, quien nunca me había visto.

Dios le había concedido una vez más, y en mi favor, madre inquieta y perturbada, aquel don maravilloso de intuición, por el cual leía en las conciencias para iluminarlas o confortarlas en sus dudas y desfallecimientos²⁴.

¡Cuántos acontecimientos felices o desgraciados no vio y previó el Cura de Ars!

En marzo de 1856, al ver al Rdo. señor Babey, Superior del colegio de San Juan de Angely, preguntóle con cordial familiaridad: «¿Usted viene por el joven X que está enfer-

mo? —Y nombró sin dudar al alumno que estaba atacado de tifoidea, por quien el Superior había ido a Ars. —Pues bien, escriba usted de mi parte a sus padres que no morirá de esta enfermedad...». De hecho, el colegial recobró muy pronto la salud²⁵.

Sebastián Germain, nació en Miserieux, era sobrino de María Filliat, profesora de la *Providencia* de Ars. Por esta razón, durante su infancia, ayudó varias veces la misa al Rdo. Vianney. Se casó, y tuvo tres hijos, pero estaba desolado por no tener ninguna niña. Fue a visitar al Cura de Ars —en julio de 1859— y lo encontró en la plaza con los rosarios en la mano. Sin esperar que le explicase el motivo de su visita: «Toma, le dijo el Santo, dándole uno por uno cuatro rosarios», serán para tus hijos.

—Pero, señor Cura, si sólo tengo tres hijos, tres niños.

—Mi Sebastián, el cuarto rosario será para tu *hija*.»

Al año siguiente, una pequeña María regocijaba el hogar de los esposos Germain. Y es a ella, más tarde señora Jallat, a quien debemos tan hermoso relato. «Mi padre, decía, me entregó el sencillo rosario de granitos de madera y cadena de hierro; todavía lo conservo como preciosa reliquia.»

Cuando en marzo de 1869, el cardenal Bonald expuso, en el palacio arzobispal de Lión, los planos que por disposición suya había trazado el arquitecto señor Bossan para la basílica de Fourvière, se suscitó una polémica muy viva entre los admiradores de aquel estilo original y los amantes de las antiguas formas románicas o góticas. Le pareció al cardenal perdida toda esperanza de recoger el dinero necesario para tal empresa, y no se habló más de la reconstrucción de Fourvière.

Durante el verano de 1869, el Rdo. Bonnardet, futuro vicario general de Lión, se encontró con el señor Bossan en el coche que iba de Ars a Villefranche. Hablaron del asunto de Fourvière, y el sacerdote expresó al artista su profunda pena de ver totalmente abandonado un proyecto que juzgaba maravilloso. «¡Oh!, respondió el arquitecto con la mayor calma, estoy muy tranquilo en este punto: mientras el Cura

²⁴ Relato hecho por la señora Lacombe al vizconde Anselmo de Warren, quien a su vez lo refirió a Mons. Convert el 7 de mayo de 1918. (Archivos de la casa parroquial).

²⁵ Carta del Rdo. Babey al Rdo. Toccanier, de 13 de diciembre de 1861.

de Ars vivía, me aseguró que se construiría mi iglesia, y que ello sería en acción de gracias.»

Dos años más tarde, Mons. Ginouliac pronunciaba, en medio del dolor por tantos desastres, el voto del que surgió la basílica de Fourvière. El Cura de Ars no se había equivocado²⁶.

Cada año, el día de San Juan Bautista había gran fiesta en la parroquia de Ars y el Rdo. Vianney se gozaba piadosamente en cantar en el altar mayor la misa solemne de su santo patrón. Por la mañana del 24 de junio de 1859, cuando estaba empeñada la batalla de Solferino, el santo Cura, contra su costumbre, quiso celebrar la misa en el altar de la Santísima Virgen. Todos se extrañaron mucho; pero la sorpresa cesó al propagarse la noticia del combate. «¿Vive aún mi hijo?, le preguntó una madre angustiada. —Sí, respondió el Santo, pero han muerto muchos otros»²⁷.

En 1855, uno de los hijos del alcalde de Ars, Joanny des Garets, joven oficial tan distinguido como valiente, a quien el Rdo. Vianney manifestaba una verdadera predilección, se disponía a partir a la guerra de Crimea. Rogaron al santo Cura que fuera al castillo para bendecir su espada. Toda la familia le aguardaba en el salón. Al pisar el umbral, el siervo de Dios vio al oficial. «¡Pobre hijo mío!, murmuró juntando las manos con aire de infinita compasión, ¡una bala, una bala!...» «Ni mi hermano ni mi madre, dice la señorita Marta des Garets, oyeron estas palabras, porque se hacía ruido en la sala, pero mi hermana, la señora de Montbriant y otras muchas personas las cogieron muy bien... En efecto, nuestro pobre Joanny fue herido de un balazo el 28 de junio en el asalto de Malakoff y murió tres días después»²⁸.

El 10 de junio de 1859, la señora Prat, de Marsella, se encontró en Ars con el Rdo. Vianney. Detúvose delante de ella, a pesar de no haberla visto nunca, y le dijo con acento de singular compasión: «Hija mía, le sobrevendrá una desgracia *fulminante*; haga una novena a Santa Filomena.»

²⁶ De una *relación* de Mons. Bonnardet, vicario general de Lión, enviada en julio de 1912 a Mons Convert.

²⁷ Rdo. BLAU, *Proceso del Ordinario*, p. 1218.

²⁸ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico en genere*, p. 312.

Seis meses después, el 10 de diciembre, la señora Prat perdía a su esposo atacado de una apoplejía *fulminante* en la Bolsa de Marsella²⁹.

Una joven religiosa, Sor María Francisca, de la tercera orden franciscana de Saint-Sorlin, había ido a Ars con su Superiora para pasar allí cuatro días. Cuando iban a marchar, encontraron al Rdo. Vianney. «Tome usted esto, dijo el Santo a la Superiora, mientras le daba tres monedas de un franco, tómelo, porque le hará falta. —Pero, señor Cura, tengo bastante dinero para el coche. —¡Tómelo a pesar de todo, hija mía!» Aceptó al fin, y al llegar a Villefranche, ¡cuál no fue su sorpresa al momento de pagar! La Superiora había perdido el portamonedas que contenía los tres francos que necesitaba. Por fortuna, el Cura de Ars le había provisto del dinero necesario³⁰.

En otro viaje, Sor María Francisca llegó a Ars muy de mañana. Iba esta vez acompañada de su madre y de su Superiora. El Rdo. Vianney vio a esta última cuando se dirigía a la sacristía a prepararse para la misa. «¡Marchen ustedes en seguida!, dijo en voz baja a la religiosa. —¡Padre, y la misa! —No, no la esperen. Una de ustedes caerá enferma, y si se quedan, no podrían partir sino muy tarde.» Muy espantada la Superiora obligó a sus compañeras a regresar. Pues bien, cuenta Sor María Francisca, dos pueblos antes de llegar a casa, sentime desfallecida, y no pude continuar el camino; mi Superiora y mi madre se vieron obligadas a llevarme y casi a arrastrarme. Fue ello el comienzo de una enfermedad que me retuvo en cama durante quince días³¹.

En 1857, una mañana de verano, hacia las once, llegaron dos jóvenes señoritas, atraídas a Ars más por curiosidad que por devoción. Una de ellas, la más ligera, descontenta del espectáculo, se atrevió a decir a su amiga, señalando a aquel sacerdote de lenguaje y porte tan sencillos: «¡Qué caricatura! No valía la pena de venir de tan lejos.» El predicador cogió la palabra al vuelo. Sonriente, y aun con tono algo burlón: «¿No es cierto, señorita, soltó a aquella descar-

²⁹ Documentos BALL.

³⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 1395.

³¹ *Proceso del Ordinario*, p. 1395.

da, que es cosa bien inútil venir de tan lejos para ver una *caricatura*?» Después continuó su catecismo.

Fácilmente se adivina la confusión de la joven viajera. Se quedó, no obstante, en la iglesia y, acabada la explicación, fue, con lágrimas en los ojos, a presentar sus excusas al Santo. Este la recibió con su habitual bondad. «Por toda penitencia, le dijo, se confesará y mañana recibirá la comunión.» Después, tomando aparte a la amiga de la culpable, le dijo: «Al regresar a casa, tenga cuidado de su compañera. Le sobrevendrá una desgracia... Pero como mañana comulgará por *viático*, su salvación no correrá peligro.»

Con gran fervor, recibieron las dos jóvenes los sacramentos. Contentas de que su viaje se hubiese convertido en peregrinación, emprendieron con paso ágil el camino de su pueblo natal. La que *había de estar alerta* no pensaba ya en la recomendación del Santo, cuando, de repente, la otra lanzó un grito. Una víbora acababa de morderle en la pierna. La intoxicación fue instantánea. La pobre joven murió allí mismo, en el camino, sin que se le pudiese procurar ningún remedio³².

Después de un hecho de tal naturaleza, se pregunta uno: ¿Estaba obligado el Cura de Ars, no sólo a anunciar, sino también a prevenir aquella desgracia? Nos hallamos en pleno misterio: quizá el Santo no tuvo sino la intuición de una *desgracia* inevitable, sin conocer las causas ni los pormenores. En otras ocasiones, por una permisión especial de Dios, no sólo predijo el peligro, sino que escaparían de él.

En 1873, cuenta la señora E..., viuda de un comandante de caballería, fui con mi marido y un íntimo amigo a devolver la visita al señor Rousset, cura de una aldea de la Bresse cuyo nombre no recuerdo. El buen sacerdote, que había conocido al párroco Vianney, nos invitó a desayunar, y después acompañó a sus huéspedes a pescar. Yo no fui con ellos, pues me sentía indispuesta, y me quedé con la criada, muchacha de elevada estatura, que me hizo tomar té. Entablamos conversación, y me refirió este hecho extraordinario:

³² El señor Ball dice haber recibido esta relación de la señorita F., hiladora de seda en Pierrelatte (Drome), que estuvo presente a la escena del catecismo y se enteró en Ars de la realización de la triste profecía.

«Tenía diecinueve años y estaba en el orfanato de las Hermanas de Autún. Deseosa de ganarme la vida, pedí que me dejaran ir a Lión para colocarme. La Madre Superiora me recomendó a una señora que se dirigía a aquella ciudad, pero que había de detenerse en Ars para consultar al santo Cura.

»Cuando entramos en la iglesia, el Rdo. Vianney estaba dando lección de catecismo, y explicaba la señal de la cruz. Me vio, dejó de hablar un momento, y me dijo: «¡Eh, la de allá abajo, la más alta, que venga a verme a la sacristía: he de decirle una cosa.

»Acabado el catecismo, fui a su encuentro. «Usted va a partir para Lión, me dijo, sin que yo le hubiese contado nada. Sepa, hija, que le aguarda un gran peligro. Cuando se vea en él, piense en mí y encomiéndose a Dios.

»Llegamos a Lión, donde durante tres días no encontré empleo. Entonces, entré en una agencia de colocaciones. Dos hombres esperaban allí. Les expuse mi situación, y uno de ellos me dijo: «¿Busca usted trabajo? Pues bien, yo necesito una criada». Hechos los tratos, añadió: «Es también menester que mi mujer la quiera; venga a encontrarme en tal parte, a las tres de la tarde.» Aquel hombre vivía en la Mulatière.

»Fui a la hora convenida. Dios mío, ¡qué largo me pareció el camino! Llegué al fin a la confluencia del Saona y del Ródano. Había allí muchos bateleros y trabajadores. Al volver una esquina, me encontré en un descampado, donde no había sino una casa, y vi en el umbral a un hombre que me hacía señas de que fuera. De repente, fui presa de un terrible pánico. Me acordé de las palabras del Cura de Ars, llamé a Dios, y eché a correr disparada. Por su parte, aquel desdichado se lanzó en mi persecución y quería echarme un lazo al cuello... No pudo conseguirlo, y al fin hubo de detenerse por estar ya cerca los marineros.

»Supe después que había estado a punto de caer en manos del demasiado famoso Dumollard, apodado el *asesino de criadas*. Cuando el criminal fue detenido, declaré contra él ante el tribunal... ¡Pero reconozca usted que sin el Cura de Ars!...»³³.

* * *

Como se ve, el Rdo. Vianney penetraba en el misterio espontáneamente, sin esfuerzo, sin aparato de ninguna clase.

³³ De una relación dictada por la señora E., el 8 de agosto de 1905, al señor Dejardins, médico mayor de primera clase retirado.— Dumollard, que era natural de Trarmoyes, pequeño pueblo del cantón de Trevoux, fue condenado a muerte y ejecutado en Montluel (Ain), el 8 de marzo de 1862.

En el confesonario, leía en los corazones; fuera de él, en todas partes, en la sacristía, en el púlpito, en la calle, en las conversaciones más sencillas, aun en el mismo altar, se manifestaba de súbito su extraordinario poder. Sus intuiciones no se referían siempre a objetos de gran monta; versaban a veces sobre los más mínimos acontecimientos y de la manera más inesperada. «¡Ah, usted por aquí al fin!», dijo al ver arrodillada a sus pies a la joven Catalina Bray, de Lión, que le había escrito, hacía ya mucho tiempo, sobre su vocación, pero a la que veía por primera vez³⁴.

A Juan Bautista Methol, ayuda de cámara de Monseñor Ségur, a quien su prelado lo llamaba siempre por su apellido, el Cura de Ars le regaló una estatuita diciéndole: «Toma, hijo, llévate, como recuerdo mío, esta imagen de tu santo»³⁵.

De pie en la misma puerta del confesonario, y, por consiguiente, separado de la nave del templo por un recio muro, decía a una persona que estaba al servicio de la iglesia: «Llame usted a aquella señora que está arrodillada debajo del púlpito, y que tiene un pañuelo blanco en la mano. He de comunicarle algo»³⁶.

En julio de 1850, la señora María Regipas, de Lión, era la primera en bajar de la diligencia que acababa de pararse delante de la iglesia. «Señorita, le dijo sin más preámbulo un señor que parecía aguardaba, el Cura desea hablarle. —¿A mí? —Sí, señorita. Yo estoy de guardia en este momento, y me ha hecho este encargo: «Espere el coche que va a llegar y diga a una señorita que será la primera en bajar que venga en seguida al confesonario.» La señorita Regipas tenía poca salud, y no podía estar mucho tiempo en el pueblo³⁷.

Una mañana, durante la misa del Cura de Ars, una señora se presentó con los demás fieles a la sagrada mesa. Dos veces pasó el santo Cura por delante de ella sin darle la co-

³⁴ *Circulares* de la Visitación de Montluel: noticia de Sor María Germana (señorita Catalina Bray).

³⁵ Marqués DE SEGUR, *Monseigneur de Ségur*, op. cit., p. 276.

³⁶ Canónigo GABRELLE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 934.

³⁷ Documentos BALL, relación recibida de labios de la señorita Regipas, el 3 de junio de 1879.

munió. A la tercera vez: «Padre mío, le dijo en voz baja, usted no me ha dado la comunión. —No, hija mía; usted ha tomado algo esta mañana». Entonces, acordose la señora de que al levantarse había tomado un poco de pan³⁸.

En mayo de 1854, la señorita Henry, que tenía un establecimiento en Chalon-sur-Saone, fue a Ars para pedir al Rdo. Vianney la curación de una tía suya que vivía en Lión. «Haga usted una novena a Santa Filomena, y su tía sanará en seguida. —¡Oh! entonces, Padre, me voy a Lión: ¿se pondrá tan contenta!... —No, hija; después de mi misa, tomará usted el bote que va a Chalon. Apresúrese en llegar a su casa, pues mientras está usted aquí *se le cuele el plomo*». La señorita Henry entendió al momento la significación de estas palabras. La persona a quien había confiado la tienda durante su ausencia no miraba mucho en malbaratar. En cuanto a la enferma, curó poco tiempo después³⁹.

Un día, en la sacristía, una persona de Lión, acompañada de su hijita de diez años, le presentaba, para que los bendijera, varios objetos de piedad. Antes de trazar sobre ellos la señal de la cruz, el Rdo. Vianney separó una medalla. «No puedo bendecirla», dijo. Efectivamente, aquella medalla la había cogido la niña al pasar por delante del mostrador de una tienda⁴⁰.

Habiendo llegado tarde al catecismo de las once, Juan Claudio Viret, de Cousance, en el Jura, no encontró sitio sino detrás del pequeño púlpito, junto a la puerta de la sacristía. El Rdo. Vianney no lo había visto entrar, e ignoraba por tanto su presencia y, con mayor razón, el lugar donde estaba oculto. La voz del Santo apenas llegaba a él, y nuestro Claudio, cansado de aguzar el oído, sacó unos rosarios, y se puso a recorrerlos maquinalmente. Mas, he aquí que, arrastrando por no sé qué distracción, el buen jurasiano, agricultor acomodado, comenzó a servirse de los dedos para contar sus rentas... De repente, el catequista levanta la voz, y el distraído puede oír estas palabras: «¡Oh,

³⁸ Adrés TREVE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1118.

³⁹ Documentos BALL y Carta de la señorita Henry, ya señora Magnin, de 12 de febrero de 1878.

⁴⁰ *Annales d'Ars*, marzo de 1906, p. 362.

hijos míos! se viene a la iglesia, y aquí delante de Nuestro Señor, no se atiende a su presencia, como esta persona que está en la puerta de la sacristía, y que parece que está rezando el rosario... Pues bien, está haciendo la cuenta de sus ganancias con los dedos. ¡Oh, hijos míos!, ¡hace temblar el ver que no se guarda el respeto a Nuestro Señor!» El pobre Viret, sintiéndose aludido, no pudo sino bajar la cabeza, en señal de *mea culpa*⁴¹.

Una piadosa mujer de Bagé-la-Ville, en el Ain, la señora Mercier, tenía la costumbre de pasar en Ars tres o cuatro días todos los años. Al llegar, iba a esperar turno junto al confesonario. El Cura de Ars ya lo sabía. En una de estas ocasiones, preguntole, después de confesarla: «¿Cuánto tiempo piensa usted estar aquí? —Hasta mañana, Padre. —No, no, márchese hoy mismo. Hay una serpiente en su casa». La buena mujer, no dudando de la clara visión del Cura de Ars, se apresuró a regresar a su casa. Durante su ausencia, su marido, sin que ella lo supiese, expuso al sol el jergón de su cama hecho de hojas de maíz; mas, cuando llegó la señora Mercier, lo encontró todo en su lugar, y la habitación aseada y limpia como la había dejado... Del todo desconcertada, y temerosa de haber sido objeto de burla, no dijo una palabra de la singular advertencia del Cura de Ars. ¿Lo había entendido bien? ¿De qué *serpiente* podía haber hablado el siervo de Dios?... Estaba sumida en estos pensamientos, cuando removió su cama. Entonces, un tremendo reptil apareció en el suelo, y se arrastró hacia el patio. Fue muerto por las personas de la granja, que acudieron a las voces de la señora Mercier⁴².

En 1854, la señora viuda de Bethier, de la Fouillouse (Loira), se vio obligada a colocar a su hijo de once años de edad, en casa de un granjero de Saint-Bonnet-les-Oules. Un día, mientras el joven pastor apacentaba su rebaño, un lobo le arrebató una oveja. Castigado por sus dueños, el pobre niño huyó furtivamente de la granja, pero no atreviose a volver a casa de su madre, comenzó a andar a la aventura, sin saber adónde iba. Marchó errante durante algunas ho-

⁴¹ Memoria de Juan Claudio Viret, p. 111.

⁴² Documentos BALL.

ras, hasta que encontró un coche. El conductor le dejó subir por compasión. Agotado de cansancio, se quedó profundamente dormido. Al llegar a Monteau-les-Mines, el coche despertó al niño, que no quiso dar a conocer su procedencia. Como el pequeño pastor tenía buena planta, un bueno y honrado minero consintió en que se quedase en su casa para la selección del mineral.

Cuando la pobre madre se enteró de lo ocurrido en Saint-Bonnet, dio al principio rienda suelta a su pena, y después hizo buscar a su hijo, sin que se descubriese rastro de él. Pasados cuatro años de inútiles pesquisas, lo creyó ahogado o comido por los lobos. Sin embargo, no se conformaba... Entonces oyó hablar del Cura de Ars. Envíole su hija con encargo de preguntar al reverendo Vianney por la suerte del joven fugitivo.

Apenas el hombre de Dios oyó las primeras palabras del mensaje: «Hija mía, le dijo sin dudar, diga usted a su madre que el niño se encuentra bien. Trabaja *bajo tierra* con unas honradas gentes, lejos de aquí y de su casa. Pero consuélense: volverá un día de fiesta...»

Esta extraordinaria revelación cumplióse punto por punto. Cinco o seis años después, un crecido muchacho llegaba a la Fouillouse, en la tarde del día de la Asunción, y llamaba a la puerta de la señora Bethier. Después de los primeros gritos y efusiones de ternura, quiso saber la madre si su querido hijo era buen cristiano. «Sí, madre, siempre he cumplido con mis deberes en Monteau-les-Mines». Entonces la alegría de la buena mujer fue tan viva que, dando gracias a Dios por tanta dicha, le pidió que la dejase morir. Murió poco después⁴³.

* * *

Más profundo y más misterioso que la creación material es el mundo de las almas. Al estudiar su acción en el confesonario, hemos visto al Cura de Ars distinguir muchas

⁴³ Este hecho, escribe el señor Ball, me los contó Sor Maria, religiosa de San José, en Saint-Jacques-des-Arrêts (Ródano), en una carta de fecha 6 de febrero de 1879. Esta Hermana conoció, no sólo el hecho en sí mismo, sino también a la señora Berthier y a sus hijos.

veces, con su mirada penetrante, entre los peregrinos, a personas que tenían prisa por partir, o a pecadores sordos al llamamiento de la gracia y en peligro de marcharse sin haber obtenido el divino perdón. Tiempo es ya de verle adivinando los pensamientos y penetrando las conciencias.

Cuando comenzó a divulgarse la fama de que el Cura de Ars leía en los corazones, se echó de ver acerca del particular cierto escepticismo entre las personas ilustradas. «Durante los primeros años, dice la señorita de Belvey, a pesar de cuanto me habían dicho, no me atrevía a hablarle de una cosa que me causaba gran pena; temía que me entendiese mal, y que, por lo mismo, su consejo me hiciera caer en mayor turbación, de la que nadie me hubiera podido sacar, puesto que ningún sacerdote me inspiraba mayor confianza. Como quiera que no se trataba de confesar pecados, tomé el partido de callarme, y con esta resolución, entré en el confesonario. Cuál no fue mi admiración cuando el señor Cura contestó a mis pensamientos, como no lo hubiera hecho mejor otra persona a quien de antemano le hubiese hablado del asunto con toda clase de pormenores. La primera vez que me dirigí a él, me prohibió expresamente hacer confesión general. Pues bien, me he convencido después, en muchas ocasiones, que estaba al corriente de todo cuanto hacía referencia a mi interior, y de todas las gracias que había recibido durante toda mi vida.

«Al principio, rehusaba ayudarme en mis acusaciones; mas he aquí que, de repente, se puso a hacerme preguntas sobre tal o cual punto, siempre sobre faltas ocultas o ignoradas; y ello, con tanto acierto, que aun cuando yo no pudiese acordarme, no me atrevía a negarlo, pues estaba segura de que no se equivocaba... Muchas personas me han asegurado también que había leído en sus conciencias»⁴⁴.

«Entre usted religiosa, hija mía», dijo un día el Cura de Ars a una joven modista de Laguien (Ain), Josefina Ballefin. Y cerró la rejilla del confesonario. Aterrada por tal decisión, Josefina, que gustaba del mundo, vertió un diluvio de lágrimas. Aconsejada por una amiga, fue otra vez en busca

del siervo de Dios. «Padre mío, le dijo, sus palabras me han desolado, desesperado. ¿Puedo fiarme de usted? Usted no me conoce. —¿Que yo no la conozco? Pues sepa que leo en su interior como si la hubiese confesado toda la vida. Sí, es menester que sea usted religiosa». Y de nuevo, despiadadamente, cerrose la rejilla⁴⁵.

Un día de 1875, un arquitecto de Beaucaire, Hipólito Pagés, de cuarenta y cinco años de edad, se disponía a confesarse con el Cura de Ars, a quien había visto otras veces, cuando se sintió atormentado por ciertos remordimientos de no haberse hecho sacerdote —remordimientos que por otra parte nunca había manifestado a nadie. «Hijo mío, le dijo el Cura de Ars después de la acusación de sus faltas, conozco los motivos humanos que impulsaban a uno de sus parientes a hablar a usted del sacerdocio. Si al verle a usted por vez primera, hubiese creído que le convenía ser sacerdote, yo se lo habría dicho». Efectivamente, un pariente del señor Pagés había deseado su entrada en el seminario por un sentimiento de pura vanidad⁴⁶.

Otra vez, el Cura de Ars dijo al mismo penitente: «Muchas gracias por tener con tanta frecuencia piedad de mí». En una de sus oraciones cotidianas el fervoroso arquitecto, pensando en el Cura de Ars, Vianney, rezaba esta fórmula: «Señor, tened misericordia de él, así como de mis parientes y bienhechores». Y tenía la costumbre de repetir el nombre de todos aquellos por quienes quería rogar. «Hace usted muy bien, prosiguió el Rdo. Vianney, de nombrar delante de Dios a sus parientes y bienhechores; solamente que nombra a algunos que tienen menos necesidad de oraciones que otros a quienes olvida». Y añadió: «¡Dichoso el amigo de un padre que tiene un hijo tan piadoso!» En efecto, el señor Pagés rogaba cada día por el señor Claparède, amigo de su padre⁴⁷.

Uno de los profesores de San Ireneo, de Lión, el Rdo. Denavit, fue a Ars, no para admirar al varón de Dios, a quien

⁴⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 251-252.

⁴⁵ *Circulares* de la Visitación de Montluel: noticia sobre Sor María Helena Ballefin.

⁴⁶ M. PAGÉS, *Proceso del Ordinario*, p. 447.

⁴⁷ M. PAGÉS, *Proceso del Ordinario*, p. 448.

aclamaban las multitudes, sino para ver si le cogia en algun defecto Este sacerdote, no sabemos por que razon, no tenia sino una confianza muy mediana en las decisiones del Cura de Ars El profesor se coloco en el paso de la iglesia a la casa parroquial

«Señor Cura, dijo el Rdo Denavit, soy director del seminario mayor de Lion, le agradecería mucho que me diese algunos consejos sobre la manera de cumplir bien mi deber »

El Cura de Ars sonrio misteriosamente, fijo en los ojos de su interlocutor una mirada profunda, y, hablando en latin, para que no le entendieran los presentes respondiolo «*Declina a malo et fac bonum*»⁴⁸ Y paso a hablar con otras personas⁴⁹

Hacia el año 1845, el Rdo Dewatine, cura de Mortagne (Nord), yendo de viaje, se detuvo en Ars Tampoco tenia gran confianza en todo lo que se contaba del Cura de Ars y, por esta razon, cuando se dirigia de la iglesia a su casa, se aparto de la multitud que aguardaba el paso del que llamaban *Santo* Juzguese de la emocion del Rdo Dewatine cuando el siervo de Dios, apartandose de su camino, diolo un golpe en la espalda y murmurandole al oido le dijo «*Tenga confianza, amigo mio*»⁵⁰

Un zapatero de Lion, Antonio Saubin, sin haber perdido del todo la fe, que en su juventud habia sido muy viva, se habia entregado en alma y cuerpo a la secta espiritista Pero muy pronto, acosado de dia y de noche por horribles alucinaciones —era en junio de 1859—, resolvió entrevistarse con el Cura de Ars Al llegar a la iglesia, pudo colocarse en un sitio desde el cual veia el altar de Santa Filomena Precisamente, el Cura de Ars estaba entonces delante de dicho altar rezando el breviario, pero daba la espalda a Antonio Saubin, que hubiera querido verle el rostro Entretanto, el tiempo pasaba, nuestro espiritista no pecaba de paciente, y el rato de ocio de que podia disponer era breve «Si este sa-

⁴⁸ Evita el mal y haz el bien» (Salmos XXVI 27)

⁴⁹ *Annales d'Ars* octubre de 1910 p 158

⁵⁰ Segun una carta de Mons Berteaux cura dean de San Martin de Roubaix a Mons Convert de 28 de abril de 1908 Mons Berteaux habia oido este relato de labios del mismo señor Dewatine

cerdote, dijo para sus adentros, tuviese el espiritu de Dios, como pretende, sabria que he de hablarle, y que tengo prisa» Apenas habia formulado este pensamiento, cuando el Cura de Ars se volvio «Paciencia, amigo, estoy con usted en seguida » La satisfaccion de Saubin fue inmensa Tuvo dos entrevistas con el Cura de Ars, sus errores desaparecieron, recupero la fe de su infancia y, poco tiempo despues, con el nombre de Hermano Joaquin, vestia el sayal de los trapenses en Notre Dame des Neiges⁵¹

El señor Monnin, notario de Villefranche, tenia entre sus conciudadanos un amigo a quien un tiranico respeto humano apartaba de toda practica religiosa Este pobre cristiano se mezclo un dia con la multitud que rodeaba al Rdo Vianney De subito, al verle por primera vez en su vida, el Cura de Ars atraveso las apretadas filas de peregrinos y encarandose con el le dijo afectuosamente «¡Amigo, convendria curar esta cabeza!»

Durante una mision que yo predicaba refiere el reverendo Ca melet, me llamo la atencion la piadosa actitud de un empleado de ferrocarriles «Fue el Cura de Ars quien me convirtio, me dijo el mismo Despues de mi llegada a esta region, oi decir tantas cosas de aquel sacerdote que quise saber lo que habia de cierto ¡Oh!, no fue deseo de confesarme, sino pura curiosidad Pues bien me impresiono tanto la vista de aquel hombre que me vino la idea de hablarle Entre en la sacristia e hizo que me arrodillara en su confesonario

«—Amigo, me pregunto, ¿cuanto tiempo hace que no se ha confesado usted?»

«—¡Ah! Hace tanto tiempo, Padre, que ya no lo recuerdo

«—Examínese usted bien Hace veintiocho años

«—¿Veintiocho años? ¿Veintiocho años? Si, esto es

—»Y aun no comulgo usted Solamente recibio la absolucion

«Tambien era verdad Al oír estas palabras, senti que revivia mi fe tan fuertemente que hice una muy seria confesion y prometí a Dios no dejar nunca mas las practicas religiosas»⁵²

Un dia, so pretexto de un encargo, la baronesa de Belvey

⁵¹ Rdo ROUGEMONT *Proceso apostolico continuativo* p 787 788

⁵² Canonigo CAMELET *Proceso del Ordinario* p 1376

envió al Cura de Ars un pecador empedernido que no ponía los pies en la iglesia sino por Pascua y Navidad. Se sospechaba que no se había confesado desde el día de su primera comunión. «¿Cuánto tiempo lleva usted sin confesarse? —le preguntó el Cura de Ars.

—¡Oh! cuarenta años.

—Cuarenta y cuatro, replicó el Santo.»

El hombre sacó un lápiz, e hizo una resta en la pared.

«Es mucha verdad» —afirmó asombrado. Este pecador se convirtió y murió siendo muy bien cristiano⁵³.

En 1851, la señorita Estefanía Vermorel, de Arcinges (Loira), fue a Ars para hacer un retiro espiritual que quiso comenzar con una confesión general de toda su vida.

«Padre, dijo al empezar, me he examinado cuidadosamente». El Santo la dejó que se acusara a su gusto. «¿No se acuerda usted de nada más? —le preguntó cuando hubo terminado. —No, Padre, de nada, absolutamente de nada. —Pues bien, hija, ya que quiere usted salir de este confesionario tan pura como después del bautismo, vaya a pedir a la Virgen de los Dolores que le dé a conocer lo que le falta por decir, y vuelva en seguida.»

La joven se dirigió al altar del *Ecce Homo*, donde está la imagen de la Dolorosa. Se acordó entonces de tres faltas, que se apresuró a confesar. «¿Lo ha dicho todo esta vez? —preguntó el hombre de Dios. —Creo que sí, Padre mío. —Pero ¿y aquella falta que usted tiene olvidada y que nunca ha declarado en confesión?» El Cura de Ars reveló a su penitente un pecado con todas las circunstancias de tiempo y lugar. «Veo que no se acuerda usted de nada» —añadió. En efecto, la señorita Vermorel forzaba en vano su memoria. «Cuando pase usted por tal sitio, entonces se acordará.» El Santo la absolvió, y le aseguró que su vocación era la de virginidad en el mundo, con lo que partió llena de gozo. De regreso, pasó por el sitio donde en otro tiempo había ofendido a Dios y entonces se acordó de todo. Pero

⁵³ Baronesa DE BELVEY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 187, y Hermano ATANASIO, *id.*, p. 1052. «Yo mismo vi los números escritos en la pared», dice el Rdo. Claudio Rougemont (*Proceso continuativo*, p. 789).

no por ello se extinguió su alegría, pues sabía que estaba perdonada⁵⁴.

Un joven de Lión, cuya sinceridad me ha sido demostrada por su vida y por sus buenas obras, me refirió, dice el reverendo Toccanier, que a los quince años de edad se había confesado con el Cura de Ars. De repente, el Santo le detuvo: «Amigo, no lo has dicho todo. —Ayúdeme usted, Padre; no puedo recordar todas mis faltas. —¿Y aquellos cirios que hurtaste en la sacristía de San Vicente para adornar tus capillitas?» Era exacto⁵⁵.

Un hombre del departamento de Drôme, cuya mujer estaba enferma, fue a consultar, como si se tratase de un médico, al gran *curandero de Ars*. «No podrá usted verle si no es en el confesonario», le dijeron. Se presentó, pues, allí, pero sin entusiasmo. Este peregrino algo singular era ligeramente deforme: mezclado en una causa de asesinato, había sido apaleado en un camino solitario, detenido y puesto en prisión preventiva. Con gran estupor por su parte, el siervo de Dios le trajo a la memoria los golpes, el camino solitario y la prisión. El pobre hombre se convenció de que no había caído en manos de un *curandero* ordinario. Movidado por tales revelaciones, cambió de vida, y no se avergonzó en adelante de referir este curioso episodio a cuantos querían escucharle⁵⁶.

* * *

A muchísimas personas el Cura de Ars aconsejó la vida religiosa, o quedarse en el mundo, sin que en todos los casos fuese evidente la intuición sobrenatural. Así fue cómo a muchos jóvenes —podrían contarse unos sesenta— les dijo: «Entre usted en las Escuelas Cristianas, y, por su medio, se hará mucho bien.» «Tenía gran interés por nuestra congregación de la Sagrada Familia, afirma el Hermano Gabriel,

⁵⁴ «Estas manifestaciones, concluye el señor Ball, que es quien las cosigna, me fueron hechas en Ars el día 26 de septiembre de 1878 por la misma señorita Vermorel, que actualmente tiene 63 años, y tengo todos los motivos para creer en su perfecta veracidad».

⁵⁵ *Proceso apostólico in genere*, p. 174.

⁵⁶ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1052.

fundador y primer Superior; él sólo nos procuró cerca de cuarenta postulantes»⁵⁷. Envió unos veinte a la Trapa, asegurándoles que era ésta su vocación. A un joven que temblaba ante la perspectiva de tamaño sacrificio, le hizo esta pregunta: «Los demás que están ya en el monasterio, ¿no son de carne y huesos, como usted?» Y dejaba que el penitente sacase la consecuencia⁵⁸. En las diferentes circunstancias, la prudencia natural del Cura de Ars y su fino sentido de director podían bastar para iluminarle. Sin embargo, sabemos que tuvo sobre ciertas almas presentimientos de verdadero profeta.

La vida del cura de Ars coincide con un período de desenvolvimiento de las obras católicas. Fue interrogado sobre la oportunidad y el porvenir de la mayor parte de ellas y en esto fue también el hombre de consejo, el *vidente* cuyas predicciones el tiempo ha venido a confirmar.

El Padre Muard, antes de fundar el monasterio benedictino de la Pierre-qui-Vire, fue a consultar al Cura de Ars en 1848. «Su empresa es cosa de Dios, le respondió el Santo, y tendrá ciertamente buen éxito, no se arredre ante los obstáculos»⁵⁹.

Poco tiempo después de las Navidades de 1856, a las que llamaba *días de conversión*, el admirable Padre Chevrier dudaba todavía de entregarse en cuerpo y alma a la infancia abandonada. Se dirigió a Ars. «Hijo mío, le dijo el santo Cura, sus inspiraciones vienen del cielo. Encontrará numerosas dificultades, pero si tiene tesón y perseverancia, hará abundante cosecha de almas»⁶⁰. El Padre Chevrier lo entendió todo. Perseveró en sus propósitos, y fundó en Lión, Dios salve a precio de cuántos sacrificios, la *Providencia del Prado*, que hace un bien inmenso.

El Cura de Ars nunca había tenido ocasión de ver a la señorita Eugenia Smet, que, con el nombre de Madre María de la Providencia, había de fundar el instituto de *Auxiliado-*

ras del Purgatorio, y, sin embargo, siempre que le hablaban de ella, gustaba de decir: «*Yo la conozco*.» En 1850, ocurriósele a esta joven, que no tenía aún veinticinco años⁶¹, organizar una asociación de oraciones y de buenas obras, cuyos méritos serían aplicados a las almas del purgatorio. Se convenció enseguida de que solamente corazones consagrados a Dios, inmolados a sí mismos, podrían llevar a término tal empresa. ¿Convendría, pues, fundar una orden nueva y ser en ella la primera religiosa? La señorita Smet, que era la sensibilidad y la timidez personificadas, temió no tener valor para ello. Consultó con Mons. Chalandon, obispo de Belley, quien le indicó que recurriese a las inspiraciones del Cura de Ars. El Santo dictó la respuesta al Rdo. Toccanier: «¡Una orden para las almas del purgatorio, la estoy esperando hace tanto tiempo!... La fundará, cuando quiera... Sí, que sea religiosa, y que funde esta nueva orden, que se extenderá rápidamente por toda la Iglesia.»

Pero ¿y la falta de recursos?... ¿Y la separación de unos padres tan queridos que se obstinarían en negarle el consentimiento? —«Siga usted adelante, le respondía el Cura de Ars; todo irá bien; pronto se secarán las lágrimas que un afecto demasiado natural hará derramar.» El 21 de noviembre de 1855, la señorita Smet conseguía el permiso de su madre. Después de algunas pruebas laboriosas, de ensayos y tanteos, las *Auxiliadoras de las almas del Purgatorio*, en vida aún del Cura de Ars, se establecían sólidamente en París, desde donde habían de difundirse por Francia, Bélgica, Inglaterra, Austria, Extremo Oriente y América. Esta familia religiosa fue, según parece, la preferida del Cura de Ars, y después de Dios fue a él a quien las *Auxiliadoras* atribuyeron su existencia y su prosperidad⁶².

Los archivos del santuario de Ars no revelan que unas veinte obras piadosas (congregaciones, misiones, cofradías,

⁵⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 1489

⁵⁸ Rdo G RENOUD, *Regards de saint, TREVoux*, Jeannin, 1910, página 108

⁵⁹ Rdo BRULLÉ, *Vie du R P Muard*, Sens, 1855, p. 279

⁶⁰ Cf canonigo CHAMBOST *Vie nouvelle du venerable Pere Chevrier*, Lion, Vitte, 1920, p. 80

⁶¹ Había nacido en Loos, junto a Lille, en 1825

⁶² Cf Rdo G RENOUD, *Regards de saint*, op cit., p. 66-67, R P BLOT, *Las Auxiliadoras del Purgatorio*, Paris, Poussielgue, R P FELIX, *Les morts souffrants et delaisés*, Paris, Dillet, 1860, Introduccion, p. 7 — Dieciocho cartas de la Rda Madre Maria de la Providencia se han conservado en los archivos de Ars

orfanatos) deben a las luces del Cura de Ars su creación y sostenimiento⁶³. «Tengan pureza de intención⁶⁴, recomendaba a los fundadores y a los Superiores. Sean humildes... No serán ricos sino cuando confíen en la Providencia...⁶⁵. Menos ruido en los periódicos y más ante el sagrario...»⁶⁶. No tenía tampoco reparo en desalentar las iniciativas cuyo fracaso o infecundidad le fuese dado prever. «Si todo plan bienhechor, dice el Rdo. Toccanier, podía estar seguro de su adhesión, rechazaba empero todo proyecto sin finalidad y sin provecho real»⁶⁷.

* * *

Antes de poner fin a este capítulo sobre las intuiciones del Cura de Ars, se impone una pregunta. ¿Profetizó nuestro Santo los grandes acontecimientos referentes a la Iglesia, a la nación y a la sociedad? A esta pregunta se han dado ya muchas respuestas juiciosas, y no hemos de hacer sino reproducir una de ellas, pues, estudiados a fondo los documentos, vemos que es la que con más exactitud coincide acerca de esta cuestión con nuestra manera de pensar.

José Vianney escribía en 1904, cuando se preparaba la *Ley de separación*.

Si durante su vida nada dio lugar a tantas habladurías, en diverso sentido, como sus luchas con el demonio; nada, después de

⁶³ Además de los *Benedictinos de la Pierre-qui-Vire*, de los *Hermanos de las Escuelas Cristianas de Belley*, de la *Providencia del Prado*, de las *Auxiliadoras del Purgatorio*, podemos citar, como habiendo recibido sus alientos, la *Sociedad de María de Lion*, los *sacerdotes del Santísimo Sacramento*, los *Misioneros del Sagrado Corazón de Issoudun*, los *Hermanos de San Vicente de Paul*, las *Dominicas de la Tercera Orden*, las *Hermanitas de la Ascension*, las *Hermanas de la Misericordia*, las *Siervas del Salvador*, de Bruges, las *Hermanas Víctimas del Sagrado Corazón de Jesús*, las *Hermanas del Santo Rosario*, de Pon de Beauvoisin (Isère), las *Franciscanas Hermanitas de Jesús*, las *Hermanas de San Carlos*, de Lion, la *Cofradía del Sufragio*, de Nîmes, la *Providencia*, de Peloussin (Loira), la *Obra de los incurables*, de Bourg, las *Peregrinaciones de Saint Walfroy*, en la diócesis de Reims, las *Providencias agrícolas de San Isidro*, cuyo centro es Seillon, junto a Bourg, la *Misión de Dios*, entre los protestantes, en la diócesis de Valence, etc.

⁶⁴ Palabras dirigidas al Rdo Fleche, fundador de una obra para jóvenes en Mácon (Mons Convert, *Le Cure d'Ars et les dons du Saint Esprit*, p 290)

⁶⁵ Al padre Chevrier (Rdo ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p 775)

⁶⁶ Al Rdo Griffon, fundador del orfanato de Sillon (Mons CONVERT, *Le Cure d'Ars et les dons du Saint Esprit*, p 272)

⁶⁷ *Proceso del Ordinario*, p 145

su muerte, ha metido tanto ruido como sus profecías. Así como no se presta sino a los ricos, de la misma manera se le ha atribuido más de una profecía que nunca hizo. Todavía hoy, no ocurre en la vida de la Iglesia o de Francia ningún acontecimiento de importancia que no se pretenda que el Cura de Ars se adelantó a predecirlo y, sin hacerse cargo de que con tales imprudencias se compromete su memoria, se aducen a la ligera, como si fueran suyos, dichos de autenticidad muy dudosa⁶⁸.

Durante la guerra (1914-1918), al prolongarse la lucha más allá de toda humana previsión, comenzaron de nuevo a hacer circular, bajo el nombre del Cura de Ars, unas «profecías que se dirían haber sido inventadas en todos sus pormenores, tanta es su precisión y su aplicación a las circunstancias presentes»⁶⁹. Una de ellas especialmente, que parecía el anuncio de una reacción victoriosa, tuvo gran resonancia. Interpretada, amplificada, aclarada y modificada de mil maneras, esta predicción atribuida al Cura de Ars por un religioso lazarista, el Hermano Gaben, no tiene las notas suficientes de autenticidad⁷⁰.

⁶⁸ *Le Bienheureux Cure d'Ars*, p 157-158 — «A mi modo de ver el siervo de Dios no hizo profecías sobre hechos de carácter general sino que con frecuencia anuncio a personas particulares cosas que les sobrevinieron» (Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p 862)

⁶⁹ *Annales d'Ars*, julio de 1821, p 44

⁷⁰ El hermano Gaben, nacido en Boussac (Aveyron), el 26 de junio de 1821, entro, el 19 de junio de 1858, en el noviciado de los Lazaristas, de la casa matriz de la calle de Severs, donde había de pasar toda su vida religiosa, y donde murió en 4 de marzo de 1881. Fue admitido con dificultad, a causa de su completa falta de instrucción, pero el Cura de Ars, a quien visitó dos veces en 1858, le aseguró que Dios le quería allí, por lo que insistió tanto, que al fin los superiores le admitieron.

Cuando acaecieron los hechos de 1870, el Hermano Gaben, jardinero de la casa matriz, a la que edificaba grandemente, comenzó a referir ciertas palabras que decía haber escuchado de labios del Cura de Ars, cuando se confeso con él. Se referían estas palabras a enemigos, a escasez de viveres, a cosas destruidas, a personas asesinadas y a innumerables peligros, de los que había de escapar incolume la congregación de los Lazaristas. Las confidencias del Hermano Gaben no trascendieron más allá del reducido círculo de la comunidad, algunos de cuyos religiosos tomaron, empero, nota de ellas en 1871 y 1872. No aparecen en los anales oficiales de la casa, en los que, sin embargo, se encuentra la siguiente alusión: «El santo Cura de Ars le dio a conocer (al Hermano Gaben) muchas cosas relativas a las futuras calamidades de Francia. El buen Hermano, por modestia, no gustaba de hablar de ellas. Estas predicciones nunca han sido bien aclaradas».

Los dichos proféticos atribuidos al Cura de Ars pueden dividirse en dos partes. La primera anuncia graves perturbaciones —guerra o insurrección— en las que se encuentran mezclados los grandes y pequeños incidentes de dos congregaciones fundadas por San Vicente de Paul: los Lazaristas y las Hijas de la Caridad — la segunda parece mirar a una guerra de represalia. He aquí los pasajes principales según la colección del señor Curicque, *Voix prophétiques ou signes, apparitions et predictions modernes*, Paris, Palme, 1872, t II, p 182-183

Además, ¿no hace ya mucho tiempo que el mismo Cura de Ars no aconsejó la prudencia en materia de las que se llaman profecías? «Solicitado de continuo por los peregrinos para dar su parecer sobre los acontecimientos políticos, nunca, dice la condesa des Garets, quiso responder, y, a pesar de ello, ponían en su boca predicciones totalmente falsas. El Santo se lamentaba de ello: ¡Pobre Cura de Ars! ¡Cómo le hacen hablar, a él, que no dice nada!» Llegaron las cosas a tal extremo, que fue a Ars un agente de la policía imperial para enterarse por el alcalde acerca de una profecía atribuida al Cura de Ars, la cual había causado gran sensación⁷¹. Sabemos, por un relato del alcalde, cómo se cerró la investigación. Probablemente, entre el Santo y el comisario se habló de todo menos de política. Es de creer que el agente de policía se confesó; al menos puede deducirse de las lágrimas que derramaba al salir de tan singular audiencia⁷².

Algunas veces, empero, el *vidente* de Ars reveló su visión interna sobre los grandes de este mundo.

Primer fragmento Esto no durara Creeran que todo esta perdido y Dios lo salvara todo Sera un signo del Juicio final Paris sera transformado, asi como otras dos o tres ciudades Querran canonizarme, pero no tendran tiempo

Segundo fragmento — Los enemigos no se iran en seguida Volveran y a su paso lo devastaran todo No se les resitira, y se les dejara avanzar, y despues de esto, les seran cortados los viveres, y se les infligran grandes perdidas Se retiraran a su nacion, se les acompañara, y poco faltara para que vuelvan a entrar Entonces se les arrebatará lo que se hayan llevado y mucho mas

Tercer fragmento — La gran calamidad no habra pasado Paris sera domolido e incendiado, pero no en su totalidad Esta vez se batiran en todas partes como buenos, pues la primera vez (Los franceses) no se baturan bien, pero entonces, ¡como se batiran! ¡Oh como se batiran! Ellos (los enemigos) dejaran que Paris sea pasto de las llamas y se alegraran de ello Pero seran derrotados y se les echara de veras

Sin que nos detengamos a discutir los caracteres intrínsecos de este estilo, que no encaja con la *manera* del Cura de Ars, como lo demuestran los numerosos hechos de intuición ya citados, digamos que las palabras del Hermano Gaben —que en algunos pasajes, es menester reconocerlo, presentan desconcertantes coincidencias con los hechos de 1914 a 1918, pero asimismo manifiestos errores— fueron reproducidas y curiosamente modificadas en el folleto *Le Grand Pape et le Gran Roi* (Toulouse, Privat, 1872), y en el opusculo de Pedro Oriol, *Rapport sur les actes de M Vianney, Cure d'Ars* (Lyon, Chanoine, 1875) Aquí, los autores ponen los puntos sobre las *ies*, y mencionan claramente en el enunciado de la profecía a los *prusianos* y a los *comunistas*. Cuando delante del Hermano Gaben, se hablaba del modo como sus relatos habían sido hermoseados, oía sin protestar, y después decía humildemente *Quizas lo sean*.

Se concibe fácilmente que ciertos pasajes de esta predicción hubiesen sido utilizados de 1914 a 1918 para avivar la esperanza y alentar los ánimos. V. YVES DE LA BRIERE, *Le Destin de l'empire allemand et les oracles prphetiques*, Paris, Bequchêne, 1916, E. DUPLÉNY *La fin de la guerre et la prophete du Cure d'Ars*, Paris, Tequi, 1918

⁷¹ *Proceso del Ordinario*, p. 886

⁷² Vid. pp. 512 y 513 de este libro

Julio de Maubou refiere que, hallándose en Ars, en 1894, trabó conversación con Sánchez Remón, antiguo oficial carlista derrotado. El español comenzó a recriminar violentamente a Pío IX, refugiado entonces en Gaeta. Le llamaban *papa liberal* y le reprochaba el haber recibido, cuando ascendió al pontificado, las aclamaciones de los demagogos; según él, el joven papa no era digno de ocupar la cátedra de San Pedro. «Yo no participaba de sus ideas, dice el señor de Maubou, y después de casi una hora de paseo, nos separamos. Durante este tiempo el Cura de Ars había explicado el catecismo. Cuando salía de la casa parroquial, después de comer, se dio cuenta de la presencia de aquel caballero. «¡Ah, amigo!, le dijo como de paso, ¡cuán diferentes son los caminos de los hombres de los caminos del Señor! Le han dicho a usted esta mañana que el Padre Santo, de regreso a Roma, tendría que abdicar el poder pontificio. Pues bien, ya lo verá usted: Pío IX será uno de los más grandes papas que habrán regido la Iglesia».

El mismo año, el señor de Maubou hizo una visita al Cura de Ars para pedirle consejo. Había sido solicitado para un cargo de cierta importancia en los negocios públicos. El Príncipe Presidente acababa de restituir el Panteón al culto; había nombrado una comisión para preparar la ley sobre la libertad de enseñanza; en una palabra, Luis Napoleón —el futuro Napoleón III— parecía inclinado a gobernar de un modo favorable a los católicos. «Pregunté al Cura de Ars, dice el visitante, su parecer sobre la proposición que acababan de hacerme. Después de haberme oído con singular benevolencia, detúvose un instante, y bajó los ojos para reflexionar o para hacer oración. De repente, se volvió hacia mí, y en tono de gran seguridad, me dijo:

«No, no, amigo; no acepte usted ningún cargo del nuevo gobierno. Luis Napoleón será un día enemigo de la Iglesia»⁷³.

Una vez, cuenta Catalina Lassagne en su *Petit mémoire*, en 1856, delante del Hermano Jerónimo y de mí, el señor

⁷³ Los dos hechos que preceden los refirió el señor de Maubou al canónigo Ball, entonces parroco de Ars, el día 8 de septiembre de 1878

Cura hablaba, no sé a qué propósito de la familia imperial. Dijo del pequeño príncipe Napoleón: «¡Ah! será muy bueno este pequeño príncipe; tiene un aspecto muy guapo». Nuestro santo Cura no leía periódicos, y no había, por lo tanto, visto nunca retrato alguno de aquel niño»⁷⁴.

Si buscamos en los documentos auténticos profecías a largo plazo, cuyo cumplimiento se refiera a tiempos más o menos lejanos, he aquí dos de las más importantes.

Una de ellas nos remite, según parece, al fin del mundo: «Después de su enfermedad, en 1843, asegura la condesa des Garets, el Cura de Ars me dijo que quería mucho a los jesuitas, y que tenía gran confianza en la duración de la Compañía»⁷⁵.

Otra profecía versa sobre la convicción de aquella nación protestante que en otros tiempos mereció ser llamada *Isla de los Santos*. El 14 de mayo de 1854, el Cura de Ars recibió la visita de Mons. Ullathorne obispo de Birmingham. «Le hablé de la conveniencia de orar por Inglaterra, y le expliqué, en pocas palabras, las pruebas y sufrimientos que nuestros pobres católicos han de soportar por la fe. Me interrumpió súbitamente, abriendo aquellos ojos, cuya misma profundidad parece tenerlos sumidos en la sombra mientras escucha o reflexiona. Su blanca luz me iluminó con todo su esplendor, y en un tono tan firme y tan lleno de convicción, como si fuese un acto de fe, me dijo: «*Pero, Monseñor, yo creo que la Iglesia de Inglaterra volverá a su antiguo apogeo*». No puedo dudar de que lo creía de todas veras, pero no sé de dónde le venía una tal seguridad»⁷⁶.

En cuanto a su propia parroquia, a aquel «Ars que ya no era Ars», transfigurado por la gracia de Dios, ¿es cierto que el santo Cura profetizó un triste y sombrío porvenir? Leemos en el escrito de Emilio Baumann, *Trois villes saintes*: «¿No predijo el Cura de Ars que, antes de un siglo des-

pués de su muerte, Ars volvería a ser lo que había sido antes de su llegada?»⁷⁷.

En ninguna correspondencia, en ninguna memoria o relación contemporánea, en ningún testimonio del *Proceso de Canonización* aparece este oráculo tan pesimista. En todo caso —y para ello se requiere muy buena voluntad— podría verse esta predicción, pero en términos muy diferentes, en un pasaje muy oscuro de la *Petit mémoire* de Catalina Lasagne:

Era (en 1845) el día en que el Cura de Ars anunció que tendría por auxiliar al Rdo. Raymond, cura de Savigneux. Dice en su instrucción: «Ars es como un gran árbol. Cortad la raíz y el árbol caerá; o, si queréis, como una masa bien batida que pronto se achica, y queda reducida a poca cosa»... No entendimos nada⁷⁸.

Aquí, vistas la fecha y las circunstancias, sólo cabe una interpretación. En estas palabras, no se refiere el Santo a sus feligreses ni al porvenir religioso de su parroquia, sino al hecho de que la multitud de penitentes sin cesar renovada desaparecería de Ars cuando él dejase de existir. Seguramente que si el Rdo. Raymond, cuya avidez por sucederle es bien conocida, se hubiera salido con la suya en 1845 o más tarde, Ars habría quedado reducido a bien poca cosa; es decir, hubiera perdido mucho de su importancia. Efectivamente, el concurso de peregrinos hubiera seguido al Cura de Ars en su nueva residencia. Prueba de ello es lo que ocurrió en 1843, cuando se fue a Dardilly. Pero el Santo se quedó en su lugar, a pesar de sus deseos de retiro; la «raíz» no fue cortada; «el árbol» no se cayó.

En Ars, aquel gran árbol continúa en pie. La peregrinación, si bien bajo otro aspecto, ha sobrevivido al Cura de Ars. En cuanto a los feligreses, han guardado hasta el presente las enseñanzas de su antiguo Párroco, como el testamento de un abuelo venerado.

⁷⁴ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 104.

⁷⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 891.

⁷⁶ Estas palabras están sacadas de una carta escrita en Lión, la misma tarde el 14 de mayo de 1854, por Monseñor de Birmingham. La profecía que en ellas se contiene apareció en 1855 en la obra de la señorita de Brulais, *Suite de l'Echo de la Sainte Montagne*, op. cit., p. 176.

⁷⁷ París, Grasset, 1912, p. 65.

⁷⁸ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 102.



S^TE PHILOMÈNE. MODELE DES VIERGES

qui avez souffert le martyre le plus grand et le plus douloureux pour conserver votre pureté, veuillez nous
 moi, ma sœur, et moi, qui ne tombe pas dans le péché

Cuando se empezó a atribuir al Cura de Ars el poder de hacer milagros, hacia el año 1830, el Santo temblaba ante el pensamiento de que se hablara de él. Entonces, para evitar esto, cuando se inauguró en la parroquia el culto a santa Filomena, el siervo de Dios comenzó a atribuirle la gloria de las maravillas que allí se realizaban y le gustaba proclamarlas.

XXVII. LOS MILAGROS DEL CURA DE ARS

Bajo la sombra de Santa Filomena.—Los milagros a medias.—El santo Cura de Ars se olvida algunas veces de Santa Filomena en la realización de milagros.—La paciencia cristiana es mejor que el curarse.—La fe, condición primera del milagro.—La vida del Cura de Ars, perenne milagro y prueba de la existencia de lo divino.

Un día —probablemente en septiembre de 1843—, Margarita Humbert, de Ecully, hizo una visita a su primo el Rdo. Vianney. En la conversación que tuvieron, el Cura de Ars le expuso entre otras cosas: «¡Dios es siempre todopoderoso; siempre puede hacer milagros, y los haría como en los antiguos tiempos, pero falta la fe!»¹.

«El siervo de Dios sabía que pasaban cosas extraordinarias en su parroquia, y él mismo reconoció algunas veces que se hacía en ella mucho bien, pero lo refería todo a Dios o a los santos, especialmente a Santa Filomena»². Al estudiar los orígenes de las peregrinaciones, hemos visto cómo el Cura de Ars, desconcertado ante su sobrenatural ascendiente, tuvo la feliz ocurrencia de poner por delante la pequeña virgen-mártir, y de ocultarse enteramente bajo su nombre. Pero no le salió bien la treta. Sin duda que las gentes tenían confianza en la intercesión de Santa Filomena, y proclamaban sus prodigios, mas parecía a muchos que su intercesión no era atendida si no iba mezclada con las oraciones del Cura de Ars³. No cesaba de decir en son de pro-

¹ Margarita FAYOLLE HUMBERT *Proceso del Ordinario*, p 1325

² Juan PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p 868

³ Rdo RAYMOND *Proceso apostólico ne pereant*, p 517

testa: «Yo no hago milagros; no soy más que un pobre ignorante que ha guardado ovejas...⁴. Dirigíos a Santa Filomena, nunca he acudido a ella sin que haya sido oído»⁵. Y parecía no darse cuenta de que precisamente el ser siempre escuchado del cielo es señal de muy elevada santidad, y no advertir que muchas veces se obraba tal o cual prodigio después de su bendición o de la sola imposición de sus manos.

Solamente buscaba una cosa: la gloria de Dios por la salvación de las almas. Esta era su verdadera misión, y lo confesaba llanamente. Consideraba, por lo tanto, como cosa muy secundaria las curaciones milagrosas; las tenía en mucho menos estima que las conversiones⁶. «Tengo muchas ganas de prohibir a Santa Filomena, decía un día, que haga milagros para los cuerpos. Es menester que yo cure las almas. Este pobre cadáver que se ha de pudrir no vale gran cosa»⁷.

Si a pesar de todo la Santa se obstinaba en curar graciosamente a los enfermos, el Cura de Ars deseaba que hiciese estos prodigios en otra parte.

Estos prodigios visibles, materiales, atraían demasiada gente a Ars. A la humildad del Santo, no le tenía cuenta. «Señor Cura, le dijo un día el Rdo. Toccanier, circula contra usted un pequeño rumor.

—¿Qué rumor es éste, amigo?

—Parece que usted ha prohibido a Santa Filomena hacer los milagros aquí.

—Es verdad, respondió el Santo. Esto da lugar a que se hable demasiado. He pedido a Santa Filomena que cure aquí cuantas almas le plazca; pero en cuanto a los cuerpos, que los cure más lejos. Esta vez me ha escuchado: muchas personas enfermas han venido aquí para comenzar su nove-

⁴ Canónigo CAMELET, *Proceso del Ordinario*, p. 1374.

⁵ Pedro ORIOL, *id.*, p. 738.

⁶ «Para resucitar los cuerpos, la omnipotencia divina no encuentra ningún obstáculo, mientras que, para la resurrección de las almas tropieza a veces con las mismas leyes que ella misma ha dado al libre albedrío, puesto que el pecador puede no querer convertirse. He aquí por qué se dice que la conversión de un pecador manifiesta más que la creación de un mundo la omnipotencia de Dios». (B. Ramón de CAPUA, *Vie de Sainte Catherine de Sienne*, trad. Hugueny, París, Lethielleux, 1908, p. 250-251).

⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 17.

na, que han acabado en sus casas, donde han sido oídas por la Santa»⁸.

¿No se dirá, después de esto, que el Cura de Ars había hecho como un contrato con su Santa predilecta? Pues bien, con harta frecuencia, se hizo el milagro al principio de la novena. Entonces, había que oír divertidos arranques como éste, después de la curación de un niño lisiado: «*Santa Filomena ha faltado a su palabra*. Debía de haber curado a esta criatura en otro lugar»⁹.

Después, cambió súbitamente de parecer. Le sabía mal, pues era muy delicado de corazón, causar pena a su querida Santita. «¿Por qué le prohíbe usted curar?, preguntaba un día Catalina Lassagne. ¿Cree usted que está contenta? —¡Oh! durante tres noches no he podido dormir; me parecía que me faltaba algo; sentía como un vacío; me parecía como si Santa Filomena me reprendiera porque no pienso bastante en ella. Le he prometido rezarle más».

Al ver cómo el Cura de Ars se enfadaba con Santa Filomena, a su vez, los peregrinos la invocaban menos. Entonces, entre el Santo viviente y la Santa del paraíso ocurrían ciertas «escenas» que tenían por testigos a los ángeles. Mientras el Cura de Ars celebraba misa en el altar de Santa Filomena, se produjo una curación. Volvió a la sacristía sin haberse dado cuenta del prodigio. Mientras él firmaba estampas sobre la mesa de los ornamentos, se le acercó el Rdo. Raymond: «Señor Cura, le dijo después de haberle referido el hecho, veo que Santa Filomena ha descansado mucho tiempo.

—¡Ah! por esta razón la he reprendido así durante la misa: «Gran Santa, si no hacéis más milagros, vais a perder vuestra reputación»¹⁰.

* * *

De los numerosos testimonios consignados en el Proceso de canonización y de los recogidos en el Santuario de Ars, se desprende claramente que los prodigios —que, ya

⁸ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 288.

⁹ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 845.

¹⁰ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 334.

en vida, circundaron la frente de nuestro Santo con una aureola anticipada— fueron *milagros a medias*. Cuando al Cura de Ars le parecía conveniente algún milagro, expresaba, de viva voz o en el interior de su corazón, el deseo de que se hiciese, pero después encargaba a Santa Filomena que obtuviese de Dios la feliz realización. ¿Acaso no es por eso por lo que la llamaba la *encargada de sus negocios, su responsable, su cónsul ante Dios*? La mayor parte de los milagros obrados en Ars no tuvieron en apariencia otra génesis. Con todo, hemos de citar algunos casos en los cuales Dios, por decirlo así, no dio tiempo a la Santa de intervenir, y en los que su gran amigo se vio cogido en flagrante delito de milagro¹¹.

Hemos hablado ya de la joven Sor Dositea, religiosa de la Providencia de Vitteaux. Estaba delicada del pecho, y el médico había dicho: «Morirá al caer las hojas». El Cura de Ars, al verla entre la muchedumbre, le concedió un turno de favor en el confesonario. «Hermana mía, le preguntó: ¿por qué desea curarse?» Expuso ella sus razones, y el Santo replicó: «¡Bien! vaya al altar de Santa Filomena a pedir su curación; entretanto yo rogaré por usted.» Sor Dositea fue a rezar a la joven virgen y mártir y, al instante, se sintió restablecida. Esto ocurría en mayo de 1853; la religiosa tenía entonces veinticuatro años. Murió en la Providencia de Vitteaux el 13 de febrero de 1924, a la edad de ochenta y nueve años¹².

Durante la grave enfermedad que, en mayo de 1843, estuvo a punto de arrebatar de esta vida al Cura de Ars, una persona de Chalon-sur-Saône, la señora Claudina Raymond Corcevey, fue a Ars en busca de curación. Enferma de la laringe y de los bronquios, no podía pronunciar palabra sin sentir en la garganta un dolor semejante a la quemadura producida por un hierro al rojo; no se comunicaba con los suyos sino escribiendo en una pizarra... En esta forma se

dirigió al Cura de Ars aquella mañana en que, convaleciente, bajó a la iglesia por primera vez. «Hija mía, le dijo, los remedios de la tierra son inútiles, y ya ha tomado usted demasiados. Pero Nuestro Señor puede curarla. Acuda a Santa Filomena. Deje la pizarra sobre su altar. Hágale violencia. Dígale, que si no puede devolverle la voz, que le dé la suya.» «En seguida, cuenta la señora Raymond Corcevey, me eché a los pies de la Santa, y así que hube concluido mi oración, quedé curada. Hacía dos años que no podía hablar y seis que padecía horriblemente. Al encontrarme con la señora Favier, en cuya casa me hospedaba, leí en voz alta, delante de muchas personas, algunas páginas sobre la confianza en la Santísima Virgen. Estaba del todo bien.» El día 11 de agosto, fiesta de Santa Filomena, la señora Raymond dejaba oír en la iglesia de Ars el timbre de su hermosa voz recuperada¹³.

Mi nieta, llamada como yo, Margarita, contaba en 1863 la señora Guerin, hermana del Cura de Ars, tenía un pólipo en la laringe. Los médicos no habían podido curarla. Resolvieron al fin conducirla a su tío el Rdo. Vianney. Mi hermano nos mandó hacer una novena a Santa Filomena. No obtuvimos ninguna mejoría. Nos dijo entonces que hiciéramos otra, durante la cual él rezó con nosotros. Por la noche del octavo día, mi pequeña Margarita se sintió como fatigada, y se encontró del todo bien, sin que el mal haya vuelto a aparecer¹⁴.

Una joven de los alrededores de Charlieu (Loira), parálitica de un lado, podía aún arrastrarse sobre sus piernas, pero no podía valerse en modo alguno del brazo derecho. Comienza a contar al Cura de Ars su larga historia de desdichas. El santo Confesor la interrumpe. «¡Vaya usted a decirlo a Santa Filomena!» Se dirige como puede, por entre aquella apiñada multitud, al altar de la Santa. «Devolvedme mi brazo, le suplica, si no, dadme el vuestro». Curada allí mismo, la que fue mujer parálitica corre al orfanato a hacer partícipe de su dicha a su amiga Catalina Lassagne¹⁵.

¹³ Señorita Claudina RAYMOND CORCEVAY, *Proceso del Ordinario*, página 1459.

¹⁴ Margarita VIANNEY, viuda de Gerin, *Proceso del Ordinario*, página 1026.

¹⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 455.

¹¹ En general, las curaciones que se produjeron en Ars en vida de su Párroco fueron seguidas —los archivos dan fe de ello— de investigaciones dirigidas por los curas párrocos, los alcaldes y las personas caracterizadas de los pueblos. Todavía se conservan cinco o seis certificados en regla librados por los médicos.

¹² Según una *relación* del Rdo. Billoud, capellán de la Providencia de Vitteaux (Côte d'Or). Archivos de la casa parroquial de Ars.

Un joven de Feurs (Loira), llamado Barón, a consecuencia de una caída de caballo, se había encorvado de tal manera que con la cabeza tocaba las rodillas. Padecía un verdadero martirio. En tan miserable estado fue conducido a Ars. «Pídale a Santa Filomena», le dijo el Cura de Ars. Todos los días, dos vigilantes de la iglesia llevaban al herido del hotel al altar. «Durante dos meses, el pobre joven fue desencorvándose poco a poco, sin intervención de ningún médico hasta quedar completamente curado»¹⁶.

Carlos Blazy, de Cébazat (Puy-de-Dôme), tiene las piernas paralizadas, y no puede andar sin muletas. Va a visitar al Rdo. Vianney, quien le aconseja una novena a Santa Filomena, novena que no obtiene resultado. Le ha faltado fe. Comienza otra, con las mismas disposiciones. «Padre, ¿cree usted que podré dejar aquí las muletas? —¡Ah, amigo!, todavía las necesita usted.» Entretanto, la gracia hiere cada vez más el corazón de Carlos Blazy. ¿Va a acabar la segunda novena como la primera? Mas he aquí la fiesta de la Asunción (15 de agosto de 1858), que cae exactamente al fin de aquélla. El pobre enfermo, después de la misa del Santo, entra en la sacristía. «Pero padre mío, dice con insistencia, esta vez, de todas maneras, he de llevar las muletas a Santa Filomena. —¡Vaya, amigo!». El inválido se levanta. Ya curado, alza el aire sus muletas, ya inútiles, y se va, gozoso, entre la concurrencia admirada, a ofrecerlas a la Santa obradora del milagro. «Al regresar, escribía en 8 de septiembre el Rdo. Bazin, cura de Cébazat, Carlos Blazy ha podido andar dieciocho kilómetros a pie y sin fatiga, y hoy goza de excelente salud». El milagrosamente curado se hizo Hermano de la Sagrada Familia de Belley¹⁷.

El miércoles de Ceniza (25 de febrero de 1875) llegó a Ars una pobre mujer de Saint Romain, en Saône-et-Loire, Ana Thorin de Devoulet, empujando delante de sí un miserable cochecito, en el que yacía su hijo, hermoso niño de ocho años, enfermo de una coxalgia. Confía su Juan María a la familia Vernu y, para estar más segura de ver al Cura

de Ars, la animosa madre, fatigada como está, pasa las primeras horas de la noche en el vestíbulo de la iglesia. Repara en ella el santo Cura, y sin conocerla: «Pase usted delante de todos, le dice; usted es quien tiene más prisa». ¡Cosa extraña!, se confiesa, y, sin duda por falta de tiempo, no dice una palabra del pequeño inválido.

Desgarrada de pena, vuelve, esta vez con el niño, a la iglesia para oír la misa del señor Cura, y se coloca junto a la puerta de la sacristía. Entra el Cura de Ars, y tras él quieren cerrar la puerta. La mujer pone el pie en el umbral y, mientras discute con el Hermano Jerónimo, «¡Que entre!», dice el Santo. Ella se postra a sus pies y le presenta el hijo para que lo bendiga. «Este niño, replica el Cura de Ars, es demasiado grande para ser llevado así. Déjelo usted, y póngalo en el suelo. —¡Pero si no puede! —Ya podrá: Tenga confianza en Santa Filomena». El Cura de Ars besa la cabeza del inocente niño, y dice a la madre: «Vaya usted, vaya a rezar a Santa Filomena; ella lo curará». Y como Ana Devoulet volviese a tomar el niño en brazos: «No, no, añadió, déjele que ande».

El niño, con grandes esfuerzos y cogido del brazo de su madre, puede llegar hasta la capilla de la Santa. El mismo se arrodilla, y permanece así cerca de tres cuartos de hora sin apariencia de cansancio, dirigiendo alternativamente la mirada a la estatua yacente de Santa Filomena y a un librito de piedad que le había dado su madre. Esta, con los ojos anegados en lágrimas, ni puede rezar, ni sabe siquiera dónde se halla.

Finalmente, el niño se levanta por sí mismo y dice: «Tengo hambre». Comienza a andar; su madre lo toma de la mano; se le escapa y echa a correr hacia la puerta. Quiere salir, pero llueve. «¡Ya ves, madre, exclama, si hubieses traído mis zapatos!...» (Juan María los había perdido durante el camino.) Ana Devoulet, llevando el niño en brazos, entra en casa de un zapatero, pide que lo calcen y enseguida el niño se goza de poder saltar por las calles, donde, habiendo cesado la lluvia, comienza a jugar con los de su edad¹⁸.

¹⁶ Andrés TREVE, *id.*, p. 1118-1119.

¹⁷ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 179; Hermano ATANASIO, *id.*, p. 751; MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. II, p. 166-172.

¹⁸ Según las declaraciones de Ana Devoulet, y su hijo Juan-María en 9 de agosto de 1864, *Proceso del Ordinario*, p. 1414-1425.

Aunque en Ars estaban acostumbrados a ver milagros, éste metió tanto ruido, empero, que llegó a oídos del Cura de Ars. Y fue entonces cuando el Santo acusó a Santa Filomena de haber faltado a la palabra¹⁹.

Sucedía también que el Cura de Ars obraba varios milagros sin que invocase, al menos exteriormente, a Santa Filomena. He aquí algunos casos.

Cuenta Sor San Lázaro que una mujer enferma llegó a Ars en diligencia, no se sabe desde qué parroquia. Apoyada en sus muletas aguardó que pasara el Rdo. Vianney. «¡Ea, ande usted!, le dijo el siervo de Dios». Ella dudaba. «¡Pero ande usted, mujer, puesto que se lo dicen!», añadió el Rdo. Toccanier, que acompañaba al señor Cura. Entonces, dejó en seguida las muletas. «¡Lléveselas usted!», le dijo el Cura de Ars, al ver el movimiento que se producía en los presentes²⁰.

He de deciros, escribe en una de sus *Memorias* Juan Claudio Viret, de Cousance, que, encontrándome en Ars (Ain), fui a confesarme con el santo Cura, hacia las cinco de la tarde. Le vi entrar en la sacristía llevando de la mano a una niña de unos doce o trece años. La niña llevaba los ojos tapados con una venda blanca. Entró en la sacristía con el santo Cura y su madre.

Me fijé muy bien en todo aquel negocio. Al poco rato, madre e hija salían de allí. La niña no llevaba ya la venda. Al salir de la iglesia, me puse junto a ellas y les pregunté: «¿Qué han hecho ustedes en la sacristía con el santo Cura? —¡Oh, señor!, me respondió la madre, mi hija estaba ciega desde hacía dos años. No veía nada, sino muy poco la luz del sol... Pero desde que ha hablado con el Cura de Ars, ve bien la cruz que tiene en las manos».

Entonces saqué un libro de oraciones para ver si podía leer el título. La niña me respondió: «Veo bien las letras, pero hace dos años que no he leído».

Conté el hecho al señor des Garets, alcalde de Ars, que estaba en la puerta de la iglesia. No pareció maravillarse y se limitó a decirme: «¡Oh, nuestro Santo hace muchas otras cosas!»²¹.

En 1854, vivía en Grenoble una niña de cinco años, llama-

mada Matilde Besançon. Una amiga suya de doce a trece años la cogió, jugando, por la cabeza junto a las orejas, y la levantó en alto con tal fuerza que se le relajaron los músculos del cuello. La niña no podía sostener derecha la cabeza, sin apoyo. Después de muchos meses, al ver que el mal era incurable, sus padres la llevaron a Ars, con el objeto de ir a rezar a Santa Filomena. Sus oraciones parecían inútiles. Aquellos buenos cristianos oyeron la misa del Cura de Ars a quien habían encomendado la pequeña enferma. De repente, en medio del gran silencio de la elevación, la niña se levantó y lanzando un grito, dijo: «¡Mamá, estoy curada!... ¡Mira!». Efectivamente, podía menear la cabeza en todos sentidos con facilidad y sin apoyo²².

Un día de 1855, la señora Raymond Corcevey, que hacía unos dos años había sido curada en Ars de una laringitis, estaba arrodillada en el confesonario del Cura de Ars. «¿Puedo tener confianza, preguntó, en que Santa Filomena me conservará el habla hasta el fin? —Escuche, hija mía, respondió el siervo de Dios: Hace tan sólo algunos días que una buena mujer del campo vino aquí con su hija de siete años, muda de nacimiento. Esta pobre madre estaba haciendo su confesión, cuando de repente se detuvo. Hija mía, le dije, continúe usted. —¡Ah, padre mío, es imposible! Nunca había oído hablar a mi hija. ¡Escuche! Está allí, junto al confesonario. ¡Oh, qué gracia! ¡qué gracia!...» La niña, en efecto, ya no era muda; hablaba distintamente. «Aquella mujer, prosiguió el Cura de Ars, estaba demasiado emocionada, para poder continuar su confesión. No sabía sino repetir entre sollozos: «¡Qué gracia, Dios mío! ¡Qué gracia!»²³.

El 1.º de febrero de 1850, una persona de Viregneux, pequeña aldea del cantón de Saint-Galmier, en el Loira, llamada Claudina Venet, fue llevada a Ars. A consecuencia de un ataque cerebral, había quedado completamente sorda y ciega. El Rdo. Vianney no había visto nunca a aquella desgraciada, y nadie le había hablado de ella. Pues bien,

¹⁹ MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1160.

²⁰ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 768.

²¹ Juan Claudio VIRET, cuaderno I, manuscrito XV.

²² Memoria del Rdo. Francisco. (Archivos de la parroquia de Ars).

²³ Señorita Claudina RAYMOND CORCEVAY, *Proceso del Ordinario*, página 1460.

mientras estaba delante de la puerta de la iglesia, pasó el Santo. Sin decir palabra, cogió a la ciega de la mano, la condujo hasta el confesonario, donde le mandó que se arrojara. Apenas la había bendecido, cuando los ojos de la señora Venet se abrieron a la luz, y sus orejas oyeron... Parecía salir de un largo sueño. Pero, acabada la confesión, el siervo de Dios le hizo esta extraña advertencia: «Su vista está curada, pero será usted sorda por espacio de doce años... Es voluntad de Dios que así sea.» Claudina Venet salió sola de la sacristía. Al separarse del Santo sacerdote, notó que sus oídos se cerraban de nuevo. En efecto, no oyó nada más en adelante.

Esta enfermedad, según la predicción del 1.º de febrero de 1850, persistió por espacio de doce años. Tranquila y resignada, disfrutando de la vista recobrada por milagro, la enferma esperaba el día de su total curación. ¡Cuál no fue su religioso pasmo, cuando, el día 18 de enero de 1862, se encontró del todo restablecida!²⁴

En 1855, estuvo en Ars la señorita Farnier, joven de Montchanin (Saône-et-Loire), que era coja. Imploró del siervo de Dios la curación de su pierna. «Hija mía, respondió el Cura de Ars, desobedece usted demasiado a su madre; le contesta usted muy mal. Si quiere que Nuestro Señor la cure, enmiédese de este defecto tan feo. ¡Oh, cuánto trabajo le costará! Acuérdesse de una cosa: usted se curará; pero poco a poco, según sea el esfuerzo en corregirse». Al llegar a Montchanin, la señorita Farnier se esforzó en ser más obediente y más respetuosa con su madre. Su pierna, diez centímetros más corta que la otra, se fue alargando insensiblemente y, en pocos años, su enfermedad desapareció del todo²⁵.

En 1856, cuenta el señor Hipólito Pagès fui testigo de la curación de una jovencita que hacía tres años estaba muda

²⁴ El 31 de agosto de 1864, la señora Venet volvió a Ars en peregrinación de acción de gracias. Después de haber estado largo rato de rodillas sobre la tumba del santo Cura, hizo su declaración delante del señor Ball, a quien pareció tan interesante, que le rogó que la firmara (Archivos de la casa parroquial)

²⁵ *Memoria* del Rdo. Marcelo Ganthey, sacerdote retirado en Chauffailles (Saône-et-Loire), 20 de diciembre de 1901, p. 3-6. «Tenía yo, dice, siete u ocho años, cuando murió la señorita Farnier. Recuerdo haberla visto dos veces. Caminaba perfectamente»

a causa de una parálisis. Después de haberse confesado por escrito al siervo de Dios, y de haber recibido la comunión de su mano, tuvo la dicha, durante la acción de gracias, de recobrar perfectamente el habla. Conversé en seguida con ella, y me convencí, por mí mismo, de la curación. «Mire usted cómo ha sucedido esto, me dijo. Durante la acción de gracias, entendí que podría hablar al darme cuenta de los movimientos que hacía mi lengua para seguir lo que rezaba con el corazón»²⁶.

Una señora de Lión quiso presentar al Cura de Ars un niño que tenía un grueso tumor por debajo del ojo. El niño había de ser operado, pero quisieron antes que lo bendijera el siervo de Dios. Cuando el Santo levantaba la mano sobre la frente de la pobre criatura, la señora cogió aquella mano venerable, y la hizo posar sobre el mal, que, al instante, desapareció. Este acontecimiento se divulgó por todo el pueblo, pero el Cura de Ars cuidó bien de tomar la delantera. El mismo día por la noche, cuando el Rdo. Toccanier y el Hermano Atanasio lo acompañaron a su habitación, dirigiéndose a ellos, les contó:

«Amigos, hoy me ha ocurrido un *curioso sainete*. ¡Cuánto me he avergonzado!... Si hubiera encontrado una ratonera me hubiera escondido allí...

—Pues, ¿qué es lo que ha pasado?, preguntó el misionero.

—Dígase lo que se quiera, Nuestro Señor todavía hace milagros... Miren ustedes: una señora me ha traído un niño que tenía un tumor en el ojo. Ha hecho que yo lo tocara, y todo se ha fundido...

—Esta vez, replicó el Rdo. Toccanier, no dirá usted que ha sido Santa Filomena.»

Pareció titubear un poco, y al fin respondió: «¡Ah! también podría haber intervenido en algo»²⁷.

²⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 450

²⁷ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 233, reverendo TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 332. El Hermano Atanasio dice en sus notas manuscritas: «El Hermano Jerónimo nos dijo al día siguiente: ¡Si hubiesen visto usted como atravesaba el señor Cura la plaza después de la curación de este niño! ¡Era cosa de risa! Se apretaba las mejillas con ambas manos y andaba a grandes pasos, como si lo hubiesen azuzado a palos»

¿Podemos concluir de estas últimas palabras que el Cura de Ars, en todos los casos de curaciones, invocaba primero desde lo íntimo de su corazón a su Santa predilecta, y que tenía como una visión misteriosa del papel que ella desempeñaba en aquellas circunstancias? Puede ser. Pero, sea de ello lo que fuere, tuvo siempre gran cuidado de atribuir a Santa Filomena todas las curaciones y a la Santísima Virgen todas las conversiones²⁸.

En las diversas partes del *Proceso* se relatan unos treinta milagros. Más tarde, hablaron todavía otros testigos... Sabemos, además, que millares de enfermos pidieron al Cura de Ars remedio para sus dolencias. ¿En qué proporción fueron escuchados? No lo sabemos. En su mayor parte, no fueron ciertamente curados. El Santo imploraba para ellos dones mucho mejores: tenía en gran estima el sobrenatural beneficio de la paciencia cristiana. «La mayor cruz es no tener cruz», exclamaba²⁹. «¡Tanto mejor, amigo mío, tanto mejor!, decía al Hermano Atanasio, que le confiaba sus penas; esto aviva la fe»³⁰. «Un día, dice el señor Dufour, que le acompañé a visitar a un enfermo, oí como le decía: «Amigo mío, no sé si he de rogar por su curación. No conviene quitar la cruz de las espaldas de quienes saben llevarla tan bien»³¹.

* * *

Ante todo, cuando le pedían que curase a alguna persona, el Cura de Ars exigía como condición indispensable la fe. «¡Oh, mujer, tu fe es muy grande!», decía el divino Maestro antes de curar a la hija de la Cananea³². El Cura de Ars no exigía menos cuando le pedían un prodigio. «No es así como hay que tomar las cosas cuando uno desea ser curado», respondía a un joven de Marsella, sujeto atacado de un mal crónico, y cuya fe corría parejas con sus

costumbres³³. «Bien, haga usted una novena de oraciones, decía a una mujer de Montfleur (Jura) que había ido a Ars, a intención de una pariente enfermo. Solamente, añadió, no sé si Dios la escuchará a usted, pues en aquella casa no hay más religión que en un establo de caballos.» Por desgracia, era ello mucha verdad. El enfermo murió al fin de la novena³⁴.

Un vecino de Nantes padecía gota. Mientras proyectaba ir a París para someterse a un tratamiento médico muy caro, uno de sus amigos, el señor Sionnet, tesorero de la fábrica de San Nicolás, se esforzó en persuadirle «que las oraciones del Cura de Ars valían más que todas las consultas de los más hábiles doctores...»

Pero nuestro gotoso porfiaba y ponía condiciones... Escribieron desde Nantes al Hermano Atanasio, rogándole que expusiera al caso al Rdo. Vianney. He aquí la respuesta de Ars: «El señor Cura, que no quiere condiciones ni *peros* con Dios, acaba de decirme que vale más que dejen marchar a este señor a París; que cuando se pide una gracia poniendo condiciones, es seguro que no se alcanza nada»³⁵.

* * *

El milagro es la señal de lo divino; es la firma de Dios en el mundo; sin embargo, la santidad puede existir sin él. Aunque no hubiese hecho ningún prodigio, no por esto el Cura de Ars sería menos Santo. Por lo demás, ¿no fue acaso su vida un *perpetuo milagro*? Este es el pensamiento de Rivadeneira, al hablar de San Bernardo, en aquel volumen de la *Vida de los Santos*, tan leído y releído por el Cura de Ars: «El mismo fue el primero y el mayor de todos sus milagros». Este pensamiento de aquel antiguo autor lo expresa no menos felizmente un contemporáneo del Rdo. Vianney, Juan Pertinand, que fue su amigo, su enfermero

²⁸ Juan Claudio VIRET, cuaderno I, manuscrito XVI.

²⁹ Juana María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 683.

³⁰ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 670.

³¹ *Proceso apostólico en genere*, p. 346.

³² San Mateo, XV, 28.

³³ Carta dirigida desde Marsella, el 9 de enero de 1862, al reverendo Toccanier por Pedro L., el héroe de esta historia, quien después, si bien no consiguió curarse, volvió a las prácticas cristianas.

³⁴ *Notas* del Rdo. GROS, cura de Jasseron (Ain). (Archivos de la casa parroquial de Ars).

³⁵ Carta del Hermano Atanasio a destinatario desconocido, 2 de mayo de 1857.

de ocasión y el maestro de la aldea: «La obra más difícil, dice, la más extraordinaria, la más prodigiosa que realizó, fue su vida misma»³⁶.

«Creo, decía el Rdo. Dubouis, su vecino de Fareins, que el señor Cura de Ars no hubiera podido cumplir con su aplastante trabajo sin una asistencia sobrenatural»³⁷. «Es humanamente incomprensible, afirma el canónigo Gardette, que haya podido, durante treinta años, soportar un ministerio bajo cuyo peso todo otro sacerdote, por fuerte que se le suponga, hubiera muy pronto sucumbido»³⁸. «Vivía merced a un socorro especial de Dios», asegura Pedro Faivre³⁹. Finalmente, he aquí el parecer de uno de los médicos que prestaron sus cuidados al Cura de Ars: «Según su manera de vivir, tal como me fue conocida, considero su existencia como extraordinaria y naturalmente inexplicable.» Así hablaba el doctor Michel, de Coligny⁴⁰.

De todo lo cual podemos concluir, con Pablo Bourget: «No, la era de los milagros no se ha cerrado, pero faltan santos, y éstos ¡son tan raros!»⁴¹.

XXVIII. LOS GRANDES HECHOS MISTICOS DE LA VIDA DEL CURA DE ARS

Silencio de humildad o de enajenamiento.—Durante la celebración de la misa.—Los éxtasis corporales y las visiones.—El Cura de Ars y el espectáculo de otro mundo: el purgatorio, el infierno, el cielo.—Don de lágrimas, levitación, aureola, anillo místico.

«Paso ahora, decía San Pablo, a las visiones y a las revelaciones del Señor..., a las pruebas de mi apostolado, que son los signos sobrenaturales, los prodigios y los milagros»¹. Al llegar a este punto de la vida del Cura de Ars, vamos a referir, apoyados en documentos, escasos ciertamente, pero tan seguros como es posible, algunos de los favores más extraordinarios que recibió de Dios.

San Pablo, antes de remontarse a los encumbrados hechos de su propia vida mística, se excusa ante sus fieles amigos de Corinto: sí, sin duda, que no está bien glorificarse a sí mismo; mas si el apóstol habla, es obligado por la necesidad; sus adversarios niegan que su misión sea de Dios; pues Pablo va a confundirles diciendo que Dios le ha dado pruebas... El Cura de Ars no llevaba «la carga de todas las iglesias»²; así que, oculto en su oscura aldea, no opuso a los ataques de los enemigos, cuando únicamente tenían por objeto su persona, más que un resignado silencio.

Explicaba de buena gana, y en toda ocasión, sus luchas con el infierno; pero dejó obstinadamente en el olvido las recompensas tan legítimas que recibía del cielo. El Rdo.

³⁶ *Proceso apostólico ne pereat*, p. 866.

³⁷ *Ibid.*, p. 902.

³⁸ *Ibid.*, p. 931.

³⁹ *Ibid.*, p. 1495.

⁴⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 1283-1284.

⁴¹ Paul BOURGET, *Nouveaux pastels*, Un saint.

¹ II. Cor., XII, 1 y 12.

² II. Cor., II, 28.

Alfredo Monnin, después de haber pasado largas temporadas junto al Cura de Ars, ha sido el primero en observar:

El siervo de Dios nunca hablaba de los favores divinos de que era objeto. Las preguntas que a este propósito se le hacían le molestaban y cansaban visiblemente. Para evitarlas, solía expansionarse en efusiones de amor de Dios o en interesantes pormenores de las vidas de los santos, de los que hablaba como si los hubiera conocido. De los labios de un cierto número de testigos, y no de los suyos propios, hemos podido enterarnos de algo acerca de los secretos de su vida mística³.

Sin embargo, acontecíale algunas veces que, sin querer, se comprometía a sí mismo, ya impedido por las vivas emociones que sentía, ya por caer en las redes tendidas a su humildad. Así, por ejemplo, un día llegó a la casa de la *Providencia* con el rostro todo encendido. «¡Qué gracia, qué felicidad, qué cosa más extraordinaria!, exclamó en presencia de Catalina Lassagne, que estaba sobrecogida.

—Pero, ¿dónde?, le preguntó, pasados unos momentos.

—¡En la iglesia...; en la iglesia!...»

Y no pudo decir más⁴. «Las maravillas que Dios opera en el interior de sus criaturas producen naturalmente el silencio, el pasmo, no sé qué de divino que impide toda manifestación»⁵.

¿Qué vio el Cura de Ars, aquel día, en la iglesia? Tal vez aquella «procesión de los santos» de la cual hablaba a «sor Catalina Lacand» y cuyo recuerdo siempre le impresionaba⁶.

* * *

Los que tuvieron la dicha de oír su misa, notaron la transfiguración que entonces se producía en toda su persona. El mismo se lo conocía, de manera que solía recomendar a las huérfanas de la *Providencia* que no mirasen al sacerdote cuando estaba en el altar⁷. Angel por la fe y serafín por el amor, tenía al celebrar «los ojos de fuego que ilumi-

³ *Proceso apostolico ne pereant*, p 992

⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit memoire*, tercera redaccion, p 90

⁵ BOUSSET, *Elevations sur les mysteres*, XVI semana, 12 elevacion

⁶ Rdo RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p 333

⁷ Juana Maria CHANAY, *Proceso apostolico ne pereant*, p 476

naban su rostro»⁸. «Vi con frecuencia al ayudarle la misa, dice Andrés Treve, que su actitud recogida tenía todas las apariencias del éxtasis»⁹. Instintivamente, le miraba uno los pies para ver si todavía tocaban el suelo¹⁰.

El mismo confesó a veces que las especies eucarísticas le bastaban para alimentarse, como cuentan de otros Santos. «¡Oh, qué hambre tenía durante la misa!, decía una mañana a Catalina Lassagne. Cuando ha llegado el momento de comulgar, he dicho al Señor: Dios mío, alimentad mi cuerpo y mi alma; Y el hambre ha cesado por completo»¹¹. «Tiempo vendrá, según creo, afirmaba un sacerdote, en que el Cura de Ars no vivirá sino de la Eucaristía»¹².

¿Tuvo nuestro Santo visiones durante la misa? ¿Contempló a Jesucristo bajo los rasgos de su humanidad? Según el Rdo. Toccanier, «la opinión general en Ars era de que gozaba de la presencia visible del Salvador en la Eucaristía»¹³. «Después de la consagración, cuando tengo a Nuestro Señor en mis manos, me olvido de mí»¹⁴. Pero estas palabras son para nosotros demasiado vagas; he aquí otras más precisas: «Cuando Nuestro Señor está sobre el altar durante la misa, al pedirle por los pecadores, lanza rayos de luz para descubrirles sus miserias y convertirles»¹⁵. «Esperad... En seguida, después de la misa», respondía a veces el Cura de Ars a las personas que iban a consultarle muy de mañana, como si durante el Santo Sacrificio hubiese de recibir directamente los divinos consejos¹⁶. De esta manera, predijo a una joven de Rive-de-Gier —la futura Sor María Gabriel de la Visitación de Montluel— que contra todas las apariencias sería llamada al estado religioso. «¡Oh, hija mía!, le dijo con el rostro radiante, cuando

⁸ palabras del general des Garets, sobrino de la señorita des Garets, al canónigo Coube (*Panegyrique du B Vianney*, 6 de agosto de 1918)

⁹ *Proceso apostolico continuativo*, p 810

¹⁰ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p 950

¹¹ Catalina LASSAGNE, *Petit memoire*, tercera redaccion, p 35

¹² *Ibid*, p 36

¹³ Rdo TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p 118

¹⁴ *Ibidem*

¹⁵ Catalina LASSAGNE, *Petit memoire*, tercera redacción, p 104

¹⁶ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p 474

la encontró al salir de la iglesia, ¡qué feliz es usted! Nuestro Señor la ha escogido por esposa»¹⁷.

Un día, después del catecismo, mientras tomaba su ligera refección de pie delante de un pequeño armario que le servía de mesa, creyendo sin duda estar solo —no había advertido que Juana-María Chanay estaba en la cocina—, comenzó a decir entre suspiros: «¡De verdad, que no he visto a Dios desde el domingo!» Se sobresaltó cuando Juana-María, que lo había oído todo, le preguntó: «¿Antes del domingo lo veía usted?» El bueno del Santo, todo confuso, al verse cogido en sus propias palabras, no le respondió¹⁸.

Hacia el año 1850, en una de sus instrucciones de las once, decía: «Ved que somos del todo terrenales, y nuestra fe nos presenta los objetos a trescientas leguas de distancia, como si Dios estuviera al otro lado de los mares. Si tuviéramos una fe viva, a buen seguro que le veríamos allí, en el Santísimo Sacramento. *Hay sacerdotes que lo ven todos los días en el santo sacrificio de la misa*»¹⁹.

Pero si el Cura de Ars «veía a Dios», ¿de qué manera le veía? No creemos que se tratase de apariciones externas; era solamente en su espíritu donde contemplaba lo inefable y lo invisible. Por lo demás, el Cura de Ars bien claro lo manifestó en un rato de dulce intimidad con su querido amigo el Rdo. Tailhades. Hacía revivir delante de él los primeros años de su vida apostólica, «el tiempo, decía, de las gracias extraordinarias». «En el altar santo, gozaba de insignes consolaciones: veía al mismo Dios.

—¿Le veía usted?

—¡Oh! No diré que de una manera sensible... Pero ¡qué gracia!... ¡qué gracia!»²⁰.

Estas palabras revelan en el Cura de Ars algo más que aquel alto grado de contemplación o que las gracias especiales de que era objeto, algo más que la unión mística, por la cual «Dios asocia el alma a su vida, mientras el alma se

hunde en el seno de Dios, y goza del delicioso sentimiento de su íntima presencia»²¹. Sin embargo, no era todavía el *éxtasis corporal* «en el que, como dice Santo Tomás de Aquino, la contemplación arranca al alma de las operaciones de los sentidos»²².

Ningún testimonio contemporáneo permite afirmar que el Cura de Ars tuviera éxtasis durante la misa. Según parece, nunca prolongó la celebración más allá del tiempo necesario. Pero en otras ocasiones, gozó ciertamente de este favor sublime.

Sor María Francisca, de la tercera orden franciscana de Saint-Sorlin, fue a confesarse con él durante la Semana Santa de 1849 ó 1850. Terminada la acusación, preguntó al Santo: «Padre, ¿qué quiere Dios de mí? —¡Ah, hija mía!...», murmuró detrás de la rejilla con voz débil y dulce.

No dijo nada más. Después, refiere la religiosa, el Rdo. Vianney «habló consigo mismo por espacio de cinco minutos, no sé en qué lenguaje, pues era tal que no pude entenderle. Llena de admiración, le miraba el rostro. Estaba fuera de sí. Pensé que veía a Dios y, juzgándome indigna de permanecer en la presencia de un Santo, me retiré toda espantada»²³.

En marzo de 1852, hacia la una y media de la madrugada, el Cura de Ars daba la preferencia en su confesonario a una joven religiosa de la Congregación del Niño Jesús, llamada Sor Cotilde. Tan sólo una vela iluminaba aquel rincón de la capilla de San Juan Bautista. Cuando el Cura de Ars abrió la portezuela de la rejilla, apareció a su penitente revestido de cierta claridad. Una luz sutil, supraterrrestre, lo envolvía todo entero. Profundamente emocionada, la religiosa se acusó de sus faltas. Cuando hubo acabado:

«—¡Padre!..., le dijo.

—«Confiésese usted», replicó el Santo, todavía resplandeciente.

Dócil a sus palabras, la buena Hermana continuó.

¹⁷ *Circulares de la Visitación de Mountluel* noticia sobre la señorita Tonine Gro demonge, en religion Sor Maria Gabriel

¹⁸ Catalina LASSAGNE, *Petit memoire*, tercera redaccion, p 105

¹⁹ *Instrucciones de las once*, manuscrito de la Bastie, p 25

²⁰ Rdo TAILHADES, *Proceso del Ordinario*, p 1516

²¹ Mons CONVERT, *Le Cure d'Ars et les dons du Saint Esprit*, pagina 109

²² *De veritate*, quaest, 10, art II *sed contra*

²³ *Proceso del Ordinario* p 1393

—Padre mío», se atrevió a añadir.

—¡Confiésete usted!

—Pero si no tengo más de qué acusarme...»

Hubo un largo silencio. Por fin, el Cura de Ars salió de su inmovilidad y le preguntó:

«Hija mía, ¿ha cumplido siempre bien las penitencias?».

Al oír esto, la buena de la religiosa descubrió en su pasado algunos descuidos que tenía olvidados. Se acusó de ellos con toda humildad; recibió la absolución, y se alejó. Había estado en el confesonario cerca de una hora. Cuando salió, el Cura de Ars había recobrado su aspecto ordinario²⁴.

El año 1849, la señorita María Roch, de Paris-Montrouge, quiso recurrir a las luces del Cura de Ars: estaba afligida por ciertas penas interiores muy vivas, y creía que solamente el hombre de Dios podía librarla de ellas. Después de una larga espera, la señorita Roch pudo acercarse al confesonario; desde su sitio, dirigió sus miradas hacia el rincón oscuro donde estaba el siervo de Dios. ¿Qué vio allí? Dos rayos de fuego que parecían salir del rostro del Santo, cuyos rasgos aparecían confusos, como eclipsados, por aquellos intensos resplandores. ¿Era aquella señora juguete de alguna alucinación? No, no había ilusión posible. La señorita Roch era muy dueña de sí, y la luz solar no podía en aquellas horas penetrar en aquel rincón oscuro. Nuestra parisiense, como fascinada por aquellas miradas de fuego, se fijó en ellas durante ocho o diez minutos, y vio que no se extinguían. No tuvo valor para entrar en el confesonario, y se retiró de la capilla de San Juan Bautista. Pero el Santo había leído en su corazón. Al día siguiente, al salir del catecismo, sin que ella le hubiese explicado cosa alguna, pasó por su lado y, deteniéndose, le dijo: «Hija mía, esté usted tranquila; todo irá bien»²⁵.

¿Qué veía el Cura de Ars? ¿Qué sentía durante aquellos minutos en que no era de este mundo? Sólo él podía decirlo, pero no lo hizo. Por dicha nuestra, dos o tres veces,

hubo terceras personas que fueron favorecidas con las mismas visiones que el siervo de Dios. De esta manera, al menos con respecto a una de las apariciones, poseemos los más precisos y pequeños pormenores.

La narradora, señorita Estefanía Durié, nacida en Arfennille, en el Allier, mujer inteligente, reservada y digna de toda confianza, la cual se dedicaba a hacer cuestaciones para las obras del Cura de Ars, llegó a esta población por la mañana del día 8 de mayo de 1840. Esta vez llevaba una suma bastante considerable destinada a fundaciones de misas. Pasó primeramente por la *Providencia*, donde comió, y después quiso entregar el dinero a quien correspondía. He aquí lo que le acaeció:

Acababa de dar la una. El señor Cura estaba solo en su cuarto. Catalina Lassagne me abrió la puerta de la casa parroquial. Comencé a subir la escalera, cuando he aquí que el Cura de Ars hablaba como si alguien estuviese con él. Subí sin hacer ruido, y escuché. Una voz dulce le decía: «¿Qué queréis?».

—¡Ah, mi buena madre! Yo os pido la conversión de los pecadores, el consuelo de los afligidos, el alivio de los enfermos y, en particular, de una persona que hace mucho tiempo que padece y que desea morir o curarse». La voz respondió: «Se curará, pero más tarde».

Al oír estas palabras entré súbitamente en el cuarto, cuya puerta estaba algo entreabierta. Como yo padecía de un cáncer, estaba convencida de que todo aquello iba para mí. ¡Cuál no fue mi sorpresa al ver, de pie delante de la chimenea, a una señora de estatura regular, vestida con un ropaje de radiante blancura sobre el cual se veían esparcidas unas rosas de oro! Su calzado me pareció blanco como la nieve. En sus manos brillaban los más ricos diamantes y su frente estaba circundada de una diadema de estrellas lucientes como el sol. Me quedé deslumbrada.

Cuando pude dirigir hacia ella mis miradas, vi cómo sonreía dulcemente. «Mi buena madre, le dije en seguida, llevadme al cielo.

—Más tarde.

—¡Ah! es ya tiempo, madre mía.

—Tú serás siempre mi hija y yo siempre seré tu madre».

Después de haber pronunciado estas palabras, desapareció. Permanecí por unos momentos como fuera de mí, estupefacta del favor que se me había concedido. ¡Es posible ver cosas tan hermo-

²⁴ Testimonio recogido por el señor Ball, cura de Ars, de labios de Sor Clotilde, el 21 de noviembre de 1878.

²⁵ *Annales d'Ars*, mayo de 1915, P. 383.

sas y ser tan ingrata!, me decía. Al volver en mí, contemplé al señor Cura, de pie delante de su mesa, con las manos juntas sobre el pecho, el rostro resplandeciente y la mirada inmóvil. Temí que hubiese muerto; me acerqué a él y le tiré de la sotana. «Dios mío, comenzó a decir, ¿sois vos?»²⁶.

—No, no, Padre mío, soy yo (y, mientras pronunciaba yo estas palabras, volvió en sí y se movió). ¿Dónde estaba usted, Padre? ¿Qué ha visto?

—He visto a una señora.

—Yo también, repliqué. ¿Quién era esta señora?

—Si usted habla de ello, repuso el Cura de Ars en tono muy severo, no ponga jamás los pies aquí.

—¿Puedo decirle lo que pienso? Me parece que era la Santísima Virgen.

—Y no se equivocó usted. ¿Entonces también la ha visto?

—Sí, la he visto y le he hablado... Ahora explíqueme usted qué le ocurría, cuando yo pensaba que había muerto.

—¡Oh, no!... Es que estaba demasiado contento de haber visto a mi madre.

—Padre mío, le debo a usted el haberla visto... Cuando vuelva conságrame a ella, para que a su vez me consagre a su divino Hijo».

El siervo de Dios me lo prometió, y después me dijo:

«—Usted curará.

—Pero, ¿cuándo, Padre?

—Un poco más tarde. No pregunte usted más.»

Después en tono muy suave añadió:

«Con la Santísima Virgen y Santa Filomena, nos conocemos muy bien»²⁷.

Tal vez aludiendo a esta escena prodigiosa el Cura de Ars decía a un visitante de calidad: «Nadie osaría poner el pie sobre este pavimento, si se supiese quién pasó por aquí»²⁸.

²⁶ En esta escena el Cura de Ars presenta todos los fenómenos del verdadero éxtasis, en el cual la unión mística se deja sentir, no sólo sobre el alma, sino también sobre el cuerpo: inacción de los sentidos, miembros con frecuencia inmóviles, respiración y latidos completamente parados; «y aun a veces se puede temer, en ciertos momentos que la persona ha muerto». (Aug. POULAIN, *Des graces d'oraison*, op. cit., páginas 164-165).

²⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 1447-1448; *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1215-1216.— Efectivamente, la señorita Durié se curó del cáncer en el mismo pueblo de Ars, tres meses y medio más tarde, el 15 de agosto.

²⁸ Baronesa DE BELVEV, *Proceso apostólico in genere*, p. 224.

En el relato de esta visión, hay que señalar dos pormenores: El Cura de Ars habla de la Santísima Virgen y de Santa Filomena como hombre acostumbrado a sus visitas: acepta además, sencillamente, el consagrar a la señorita Durié a la Santísima Virgen, como seguro de nuevas apariciones... La señorita Durié quisiera saber más, pero el varón de Dios corta en seco las preguntas indiscretas.

No se mostró mucho más explícito durante los seis años que el Rdo. Toccanier vivió con él. «Decíale un día, refiere éste: —Se asegura que tiene usted visiones.» No pude sacarle más que esta sencilla confesión: «Sí, una vez vi en la cabecera de mi cama a alguien vestido de blanco que me hablaba dulcemente, como un confesor»²⁹.

Si hay que dar fe a Mariana Renard, que vivía con su madre cerca de la antigua casa parroquial, el Cura de Ars tuvo apariciones desde el principio de su cura de almas. «Cuando comenzaron a venir peregrinos —en 1828— llegó a Ars una mujer para confesarse con el siervo de Dios. Se fue a la iglesia muy de mañana. ¿Qué vio en la sacristía, cuya puerta estaba abierta? Al señor Cura que hablaba con una hermosa señora vestida de blanco. No se atrevió a entrar, y esperó. «¿Por qué no se ha acercado usted en seguida? —le preguntó el Santo. —Porque hablaba usted con una señora.» El siervo de Dios no respondió ni palabra. Cuando la mujer entró en la sacristía, la señora había desaparecido. Como no vio que nadie saliera por la puerta, supuso que el señor Cura hablaba con la Santísima Virgen»³⁰.

Francisco Bourdin, de quien ya hemos hablado como de una persona convertida por el Cura de Ars, tenía sin duda la conciencia muy pura después de siete confesiones seguidas. A pesar de todo, por la mañana del octavo día, cuando iba a comulgar en la misa de uno de los misioneros, le asaltó un pensamiento inquietante: ¿había de verdad recibido la absolución?... Tenía de ello un recuerdo muy vago.

²⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 381.

³⁰ Mariana RENARD, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 788.— Un hecho semejante, pero que no parece ser exactamente igual, lo refiere a Mons. Convert, en carta de 29 de noviembre de 1910, la señora Rochefort, de Chauffailles (Saone-et-Loire), que había recibido de su madre los promenores del mismo.

Y si no la había recibido, ¿podía creerse en gracia de Dios?... En lugar de comulgar, Bourdin se puso en la última fila de los penitentes. Acostumbrado a la paciencia por las largas esperas de aquellos ocho días, permaneció allí hasta la tarde. Finalmente, llegó delante de la deseada puerta. Cuando el que le precedía hubo dejado el confesonario de la sacristía, Bourdin se arrodilló en su lugar. Nadie, fuera de él, había entrado.

En aquel momento, el Rdo. Vianney no estaba sentado en el confesonario. Vuelto hacia la puerta hablaba con una señora algo más alta que él, que también permanecía en pie. Llevaba un manto azul, y era de una hermosura maravillosa. El Cura de Ars no se había fijado en el penitente que acababa de entrar. Solamente la señora le había dirigido una bondadosa mirada. El misterioso coloquio duró cerca de media hora, pero sin rumor de palabras. Durante aquel tiempo, el buen hombre permaneció de rodillas en el reclinatorio, con la cabeza entre las manos. «Sintió, a manera de un peso inmenso que se levantaba de su pecho, la impresión sensible de la gracia en su corazón.»

El Señor cura cogió al penitente por el brazo., Bourdin se había ya levantado. Buscó la visión, pero había desaparecido sin que la puerta se hubiese abierto otra vez. En lugar de sentarse delante de él para escucharle, le despidió amablemente. «¡Vaya, amigo mío, vaya usted en paz! Es seguro que está en gracia de Dios»³¹.

Como es natural, tales relatos corrían por la parroquia y entre los peregrinos. «Todos estaban persuadidos, atestigua la señora Cristina de Cibeins, de que el señor Cura tenía visiones y de que, en particular, gozaba de la presencia de la Santísima Virgen»³².

³¹ La *relación* del Rdo. Joly, cura de Benonces (Ain), en la que se contienen estos extraordinarios pormenores, se conserva en los archivos de la casa parroquial de Ars. El señor Joly conocía muy bien a Francisco Bourdin, que vivía retirado en su parroquia, junto a la Cartuja de Portes. En 1900, fecha de este relato, Bourdin, nacido en 11 de noviembre de 1821, era casi octogenario, pero se hallaba todavía en pleno uso de sus facultades. «Era, escribe el Rdo. Joly, un anciano universalmente apreciado por su piedad y su virtud. Su testimonio no puede ser sospechoso». Hagamos notar de nuevo que en esta visión aparecen en el Cura de Ars los fenómenos esenciales del éxtasis.

³² *Proceso apostólico continuativo*, p. 159.

Hemos oído cómo él mismo hacía alusión a otras apariciones que no eran de la Santísima Virgen: mencionaba también a Santa Filomena. De ello volvió a hablar hacia el fin de su vida, en mayo de 1859. Conversaba, en la salita de visitas que había hecho arreglar junto a la puerta de su casa, con la baronesa Alix de Belvey; la conversación había tomado un aire de intimidad, y el santo anciano se dejaba arrastrar por la corriente de sus recuerdos. «Estaba apenado, decía a aquella señora cuya discreción le era conocida, porque no veía cuál era la voluntad de Dios acerca de la nueva iglesia: ¿había que gastar todos los recursos en la construcción y sacrificar la obra de las misiones parroquiales?... Mientras yo oraba, se me apareció Santa Filomena; había bajado del cielo, bella, radiante de luz, envuelta en una blanca nube. Díjome dos veces: «Nada vale tanto como la salvación de las almas». Se refería a las misiones. Mientras hablaba, prosigue la baronesa de Belvey, el Cura de Ars estaba en pie, con los ojos levantados y el rostro encendido ante aquel recuerdo que todavía le encantaba»³³.

Los que le rodeaban estaban convencidos de que apenas dormía. Por sus propias palabras, sabemos que con frecuencia el demonio le tenía en vela. Pero estas repugnantes visitas, ¿no tenían sus compensaciones? ¿Cómo saber el secreto? El Rdo. Toccanier pudo sacarle, hábilmente, alguna cosa. «¿También reza usted de noche? —le preguntaba sin aparentar interés el joven vicario. —Sí, amigo mío, cuando me despierto... Ya soy muy viejo; me queda poco tiempo de vida, y es menester aprovechar todos los momentos... —¿Se acuesta usted en el suelo y no duerme mucho?— ¡Oh, no siempre está uno acostado en el suelo!...» Siguió un rato de silencio; el Cura de Ars entendió que había hablado demasiado. Sin embargo, todavía temía dejarse coger. «De verdad, señor Cura, continuó el misionero, por medio de estas misiones que usted funda, Dios da a entender claramente que le quiere aquí. —¡Oh, amigo mío, cuán errado andáis de cuentas!». Esta vez se acabaron las

³³ *Proceso del Ordinario*, p. 258-254; *ne pereant*, p. 234.

³⁴ Rdo. TOCCANIER, *Notas manuscritas*, p. 40.

confidencias; el Rdo. Vianney dio en seguida otro sesgo a la conversación. Esto ocurría el 22 de noviembre de 1856³⁴.

¿Fue como un reflejo de estas consoladoras visiones de la noche el resplandor misterioso que sobre el cielo de Ars vio un seminarista, fallecido después en Nuestra Señora de Aiguebelle? Tal vez sí. Mas, sea de ello lo que fuere, «el joven sacerdote Tissot —futuro Padre María Bartolomé—, que pasaba unos días de vacaciones en casa del maestro Juan Pertinand, habiéndose asomado una noche a la ventana del primer piso, vio una gran claridad en la casa parroquial, de donde concluyó que debía de ocurrir en ella algo de extraordinario³⁵.

* * *

Algunos hechos que muestran algo más que simples intuiciones —revelaciones verdaderas— parecen indicar que el santo Cura, por un privilegio especial de Dios, pudo contemplar más de una vez las cosas del otro mundo.

Mi convicción personal, dice la condesa des Garets, es de que el Rdo. Vianney estaba en relación directa con los difuntos y que sabía cuanto pasaba en el purgatorio. Uno de mis hijos murió por Francia en la guerra de Crimea. Cuando recibimos la triste y gloriosa nueva nuestro Santo nos aseguró que Joanny se había salvado. Algunos días después, en la explicación del catecismo, se le escapó decir, aludiendo a nuestro querido difunto: «Como este pobre joven... Está en el purgatorio, pero por poco tiempo». Nosotros, empero, estábamos inquietos: ¿pudo nuestro hijo, antes de morir, tener a su lado algún sacerdote? Pasados seis meses recibimos una carta de un oficial, quien nos aseguraba que, después de haber sido herido, se había confesado y había muerto de una manera muy edificante. Mi marido corrió a dar la noticia al señor Cura, que se limitó a responder: «¡Oh! me alegro mucho por su madre; pero en cuanto a mí, esto me confirma lo que yo creía»³⁶.

Una joven religiosa del Saône-et-Loire, después de haber consultado con el Cura de Ars sobre su vocación, quiso sa-

ber si su padre, muerto en accidente, se había salvado. «Sí, hija mía, pero está *muy abajo*. Ruegue mucho por él»³⁷.

Por el año 1849, la señora Meunier, de Perreux, pueblo cercano a Roanne, fue a confesarse con el Cura de Ars. «Hija mía, le dijo antes de que comenzase a hablar, su marido trabaja en domingo. Digale de mi parte que deje tan mala costumbre. Tiempo vendrá en que se alegrará de haber hecho caso de mí.» Y añadió: «No conviene prometerse mutuamente volver después de la muerte para decir lo que pasa en el otro mundo, pues Dios no lo concede sino a muy pocas personas.» Efectivamente, la señora Meunier y su marido se habían hecho semejante promesa. Fiel al consejo del Cura de Ars, aquel hombre no trabajó nunca más los días de precepto. Al año siguiente, el día de la Santísima Trinidad, al regresar en coche de las vísperas, su caballo, súbitamente espantado, se desbocó y arrojó a la carretera al señor Meunier, quien murió sin haber recobrado el sentido, y sin los últimos sacramentos.

Siete semanas después de tamaña desgracia, la señora Meunier, intranquila por la suerte eterna de su marido, fue a exponer sus temores al Cura de Ars. En cuanto la reconoció a través de la rejilla: «Hija mía, le dijo, usted cree tener algunas personas de su familia condenadas, y yo creo que no. —Padre, la persona que más me interesa, ¿estará mucho tiempo en el purgatorio? —Espere usted.» Y después de haber pronunciado estas palabras se recogió en su confesonario. La penitente le oyó cómo hablaba solo por espacio de unos cinco minutos, como si trabara conversación con algún ser invisible. Apenas había terminado de hablar, se acercó a la rejilla y dijo, suspirando: «Pobre *padre nutricio*, ¡qué desgracia!». La señora Meunier no había dicho al Cura de Ars que era madre de cinco hijos, y que, al morir su marido, se había quedado sin recursos. «Le falta muy poco para llegar al cielo. Dentro de tres años estará allí, y usted lo sabrá por uno de sus hijos.»

Tres años más tarde, uno de los hijos, todavía joven, mu-

³⁵ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 105.
³⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 901-902.

³⁷ *Memoria* de las Hermanas del Hospicio de Saint Jean de Losne (Côte d'Or). Archivos de la casa parroquial.

rió lejos de Perreux, en casa de una tía. En la noche misma de su fallecimiento, su madre tuvo un sueño en el cual vio al niño que subía al cielo juntamente con su padre. La señora Meunier, que sabía que el niño gozaba de buena salud, no hizo caso de ello; pero cuando se enteró de la muerte de aquel ángel, se acordó de la predicción del Cura de Ars³⁸.

Muchas veces, se arrodillaron a los pies del Santo personas llenas de desesperación: un ser querido, cuya salvación les inspiraba inquietud, les había sido arrebatado, y lo creían perdido para siempre. Pero con su misteriosa mirada, el Cura de Ars veía mucho más lejos que ellas.

Una señora piadosa —dice, sin designarla por otro nombre, la baronesa de Belvey— tenía su marido que no practicaba la religión. Rogaba mucho para que se convirtiera, pues era cardíaco y podía morir de repente. Esta señora gustaba mucho de adornar una imagen de la Virgen que tenía en su casa. Su marido se complacía en cortarle las flores, y se las iba dando sin ignorar a quién iban destinadas. Murió de muerte en apariencia repentina, sin recobrar, según se creyó, el conocimiento y sin los auxilios espirituales. La pena de su esposa fue atroz; cayó enferma, y se llegó a temer por su razón. Al fin, aunque desde una región muy lejana, pudo hacer un viaje a Ars. «¿Se ha olvidado usted, le dijo el santo Cura, en cuanto la vio, de los ramos de flores que ofrecía a la Virgen?» Estas palabras, que de momento la sumieron en la mayor admiración, la tranquilizaron, la consolaron y le devolvieron la salud del cuerpo y la calma del espíritu³⁹.

Un día el Rdo. Guillaumet, que fue durante muchos años Superior de la Inmaculada Concepción de Saint-Didier (Haute Marne), se dirigía a Ars. Era el año 1855 ó 1856. En el departamento del ferrocarril no se hablaba sino de las maravillas de la bendita aldea; el nombre del Cura de Ars corría de boca en boca. Sentada al lado del sacerdote, una señora vestida de riguroso luto escuchaba en silencio. Al ver que en la estación de Villefranche el sacerdote se disponía a bajar, abrió por fin los labios y dijo: «Señor cura, permítame que le siga hasta Ars... Lo mismo da ir a un

³⁸ «Todo cuanto precede, escribe el señor Ball al acabar este relato, la misma señora Meunier, que entonces vivía en Montagny (Loira), lo refirió el día 10 de junio (no recuerdo el año) en presencia del Rdo. Toccanier y de Sor San Lázaro».

³⁹ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 234.

sitio que a otro, ¿no es verdad? Viajo para distraerme.»

El sacerdote se ofreció a guiarla cuando estuviesen en el pueblo. El coche que tomaron en Villefranche los dejó delante de la iglesia. Se acababa el catecismo de las once, y el señor Guillaumet hizo que la señora se pusiera en el espacio que media entre el templo y la casa parroquial. La espera no fue muy larga. El Cura de Ars, revestido todavía de sobrepelliz, apareció... Detúvose delante de la señora enlutada, la cual, para imitar a los demás, se había puesto de rodillas. Se inclinó a su oído, y le dijo «se ha salvado». La desconocida tuvo un sobresalto. El Cura de Ars repitió: «Se ha salvado.» Un ademán de desconfianza fue toda la contestación de aquella forastera. Entonces el Santo le dijo otra vez silabeando: «Le digo a usted que se ha salvado. Está en el purgatorio, y hay que rezar por él... Entre el parapeto del puente y el agua, tuvo tiempo para hacer un acto de contrición. La Santísima Virgen le alcanzó esta gracia. Acuérdesse usted del mes de María hecho en su habitación. Algunas veces su esposo, aunque irreligioso, se unía a las oraciones de usted. Esto le mereció la gracia del arrepentimiento y el supremo perdón.»

El señor Guillaumet no entendía estas palabras, a pesar de oírlas perfectamente por estar junto a la viuda. Hasta el día siguiente, no supo qué luces maravillosas de Dios habían iluminado a su siervo. La señora pasó en la soledad y en la oración las horas que siguieron a la entrevista con el Cura de Ars. Su fisonomía no era la de antes: había recobrado la paz.

Poco antes de partir, fue la viuda a dar las gracias al Rdo. Guillaumet. «Los médicos me obligaron a viajar por mi salud, le dijo; pero lo que en realidad tenía era una desesperación horrible al pensar en el fin trágico de mi marido. Era incrédulo, y yo no vivía sino para llevarlo a buen camino. Pero no tuve tiempo. Murió de suicidio voluntario... No me lo podía imaginar sino condenado. ¡Oh, no verle nunca más!... Y, sin embargo, ha oído usted lo que me ha dicho el Cura de Ars: «¡Se ha salvado!» ¡Le veré, pues, en el cielo!... ¡Señor cura, ya estoy curada!⁴⁰.

⁴⁰ Este hecho fue recogido el 28 de julio de 1922 por Mons. Convert, a quien se lo

Solamente se cita un caso en el cual el Cura de Ars pareció temer por la suerte eterna de un difunto. Si en este sentido hizo otras confidencias, acerca de ellas se habrá guardado secreto. «Una persona, recién llegada de París o de sus alrededores, refiere Hipólito Pagès, le preguntó dónde estaba el alma de uno de sus parientes recientemente fallecido. Recibió esta respuesta, sin comentario alguno: «No quiso confesarse a la hora de la muerte.» Desgraciadamente, era muy cierto: el moribundo había rechazado al sacerdote. El Cura de Ars no podía saberlo de antemano»⁴¹.

Por el contrario, en muchas ocasiones, el Cura de Ars consoló grandemente a muchas personas asegurándoles que el alma de algún ser querido había volado al cielo. «¡Oh, qué felicidad tener los padres en la bienaventuranza!, decía a una joven, cuya madre acababa de morir. Ha sido muy paciente durante su larga enfermedad. Dios la ha recibido, y ruega por usted»⁴².

La señorita de Bar, dice la señora des Garets, parienta nuestra, acababa de perder a su madre cuya vida había sido bien probada. Fue a Ars y, al entrar en la sacristía, el santo Cura le salió al encuentro y le dijo: «Señorita, ¿ha perdido usted a su madre?... Está en el cielo. —Así lo creo, señor Cura.

—¡Oh, sí, está en el cielo!» Y al presentarle la señorita Bar los rosarios de su madre para que los bendijera, los tomó y besó con respeto como una reliquia.

La señora Murinais, después de haber consagrado su vida a la práctica de las buenas obras, murió tras larga y penosa enfermedad. «Es inútil, hija, rogar por ella», me respondió. Y cuando la cuñada de la difunta le pidió que celebrase misas por el descanso de su alma, se negó a ello, diciendo: «No tiene necesidad»⁴³.

* * *

Otros dones sobrenaturales —de aquellos que ilustraron las vidas de los grandes místicos— fueron también patrimonio del Cura de Ars.

dictó el conónigo Mancotel, superior del seminario mayor de Verdún, que lo oyó directamente de Mons. Guillaumet.

⁴¹ Hipólito PAGÈS, *Proceso del Ordinario*, p. 449.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ *Proceso del Ordinario*, p. 902.

Recibió con abundancia el *don de lágrimas*. Estas lágrimas provienen, dice Santa Teresa, «de un sentimiento de inefable ternura para con Dios»⁴⁴ o «del martirio interior que padece el alma al ver a Dios tan ofendido»⁴⁵. «Estas lágrimas, ha escrito Lacordaire, las causa Dios y el éxtasis las hace derramar»⁴⁶. Pues bien, el Cura de Ars «no hablaba nunca del pecado y de los pecadores sin llorar»⁴⁷. Mientras hacía el *Vía Crucis*, salían de su pecho continuos suspiros⁴⁸. Con frecuencia, al dar la Sagrada Comunión, las lágrimas caían gota a gota sobre su casulla⁴⁹. Sobre todo, hacia el fin de su vida, no podía predicar de la Eucaristía, de la bondad y amor de Dios, de los goces del cielo —eran sus temas favoritos— sin sentirse interrumpido por las lágrimas... Derramaba lágrimas ante los espectáculos más sencillos de la Naturaleza, cuando le hacían pensar en el amor de Dios y en el endurecimiento de los pecadores. «El otro día, exclamaba en una plática de sus primeros años, volvía de Savigneux. Los pajaritos cantaban en el bosque. Yo me eché a llorar. ¡Pobres animalitos!, me decía, Dios os ha criado para cantar y cantáis... ¡El hombre, que ha sido hecho para amar a Dios, no le ama!»⁵⁰.

Se lee en las historias de muchos santos que fueron levantados sobre el suelo por una fuerza misteriosa y sostenidos en el aire sin ningún apoyo natural, lo que se llama *éxtasis ascensional* o *levitación*. Al menos dos veces fue Ars testigo de este prodigio. El lunes de Pentecostés, 28 de mayo de 1849, una joven —que más tarde sería Hermana San José—, la señorita Annette Chrétien, de Bessenay del Ródano, vino a consultar al santo Cura sobre su vocación; pudo hablar con él en la sacristía. Le hizo una pregunta y lo vio juntar las manos, levantar los ojos al cielo y, de repente «elevarse a casi un pie de altura». Estuvo en esta actitud cosa de quince minutos. Cuando volvió a pisar el suelo, le hizo

⁴⁴ *vida por ella misma*, cap. XIX.

⁴⁵ *Moradas*, 5.ª morada, cap. II.

⁴⁶ *Sainte Marie Madeleine*, París, Poussielgue Rusand, 1860, p. 180.

⁴⁷ Conde DES GARETS, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 376.

⁴⁸ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, lp. 384.

⁴⁹ Jaun Claudio VIRET, *1.ª memoria manuscrita*, XVII.

⁵⁰ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 775.

a la futura religiosa una predicción maravillosamente clara y que se realizó punto por punto⁵¹.

Cuando el proceso de canonización, el señor canónigo Juan Gardette, capellán del Carmelo De Chalon-sur-Garonne, dio fe de ello bajo juramento:

Mi hermano, cura de Saint-Vincent de Chalon-sur-Saône, se encontraba en Ars conmigo. Por la noche, mientras el siervo de Dios rezaba la oración, nos colocamos frente al púlpito. Hacia la mitad del piadoso ejercicio, mientras el Cura de Ars rezaba el *acto de caridad*, mi hermano, que tenía muy buena vista, observó que se elevaba poco a poco hasta que sus pies subieron más arriba de la altura del borde. Su rostro esaba transfigurado y envuelto en una aureola. Mi hermano miró en torno suyo, y no echó de ver ninguna emoción en los asistentes, pero, ya fuera de la iglesia, no pudo mantener secreto el prodigio que se había ofrecido a sus ojos: lo contaba en alta voz y con entusiasmo⁵².

Así fue como el Rdo. Gardette no sólo vio al Cura de Ars levantado por una fuerza misteriosa, sino que contempló en su frente la *aureola*, reflejo anticipado de la bienaventuranza, que puede circundar, aunque rarísimas veces, a los Santos de la tierra⁵³.

¿Nos atreveremos a profundizar más en los misterios de Dios, y a buscar en la existencia del Cura de Ars la prueba de que llegó de grado en grado y por una serie de múltiples purificaciones a «aquella unión tranquila y perdurable que se llama *unión transformadora*, la cual parece ser el último término de la unión mística, la preparación inmediata de la visión beatífica»?⁵⁴. El éxtasis no es sino la unión transitoria del alma con Dios —unos *simples esponsales espirituales*—. Por encima del éxtasis está aquella unión trans-

⁵¹ El P. Poulain (*Des grâces d'oraison*, XIII, 12) cita los nombres de algunos Santos que se vieron favorecidos por este fenómeno místico, especialmente San José de Cupertino, a quien este prodigio, repetido varias veces durante su vida, hizo muy célebre

⁵² *Proceso apostólico ne pereant*, p. 237

⁵³ «La aureola es uno de los fenómenos accesorios al éxtasis» (R. P. POULAIN, *Des grâces d'oraison*, XIII, II)

⁵⁴ Ad TANQUERÉY, *Precis de theologie ascétique et mystique*, t. II, pags. 920-921

formadora, tan íntima, tan serena, tan indisoluble que, en el lenguaje místico, ha sido llamado *matrimonio espiritual*. Merced a esta unión tan profunda, «el alma de tal manera se transforma, que se olvida de sí misma para no pensar más que en Dios y en su gloria»⁵⁵. Dios se ha apoderado de toda el alma.

Al estudiar la vida interior del Cura de Ars, hemos visto ya que era «una oración continuada»⁵⁶, y una comunicación no interrumpida con el cielo. «¡Oh, hermosa vida!, decía en uno de sus catecismos, ¡hermosa unión la del alma con Nuestro Señor!... La vida interior es un baño de amor en el cual se sumerge el alma. En este estado, Dios tiene al alma para llenarla de besos y de caricias. Nuestro Señor tiene hambre de esta alma»⁵⁷. Estas palabras, que se le escapaban espontáneamente, ¿no demuestran bien a las claras el secreto de su vida interior? ¿No nos hacen ver al santo sometido a aquellas operaciones enteramente divinas de la unión transformadora? «¿Quisiera, había dicho también, poderme perder y no encontrarme sino en Dios». Su deseo era ya un hecho: la Sabiduría eterna se había desposado con su alma.

¿Dio Nuestro Señor al Cura de Ars alguna prenda exterior de este *matrimonio místico*?⁵⁸. Un hecho muy singular parece indicarlo. Ciertamente se trata de una sencilla carta

⁵⁵ Ad TANQUERÉY, *Precis de theologie ascétique et mystique*, p. 924. Por su parte, el P. Poulain define así el *matrimonio espiritual*: «Un estado en que el alma tiene habitualmente conciencia del concurso divino en todas sus operaciones superiores y en el fondo de su ser. No puede concebirse una unión más íntima»

Esta gracia puede ser considerada desde otro aspecto, que todavía da de ella una idea más elevada: al concurrir Dios a nuestros actos, los hace suyos, los diviniza. Entonces, existe la transformación de las facultades superiores, en cuanto a la manera de operar

El alma tiene conciencia de que en sus actos de inteligencia, de amor y de voluntad, *participa de la vida divina, de los actos análogos que están en Dios*. Esto es lo esencial del *matrimonio espiritual*» (*Des grâces d'oraison*, XIX, II)

⁵⁶ Rdo. DUFOUR, *Proceso apostólico in genere*, p. 362

⁵⁷ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 214-215

⁵⁸ El *anillo místico*, del cual vamos a hablar, no es un accesorio obligado del matrimonio espiritual. Santa Teresa, en la *septima morada*, donde habla de la unión transformadora, no hace mención de él. Puede, sin embargo, acontecer que el matrimonio espiritual comience con ciertas fiestas y ceremonias. Pero todo ello es pasajero, y no hay que confundirlo con el mismo matrimonio, que es un estado permanente. Se habla, por ejemplo, en ciertas *Vidas*, de cambios de anillos, de cánticos evangélicos, etc. Estas circunstancias no son necesarias (R. P. POULAIN, *Des grâces d'oraison*, XIX, 22)

dirigida por una buena cristiana de Villefranche-sur-Saône a uno de los sucesores del Cura de Ars; pero el tono de la misma es sincero y muestra una perfecta buena fe⁵⁹.

Señor Cura:

Creo que es deber mío manifestarle que, encontrándome en Ars el día 2 de julio de 1856, y no habiendo podido hablar con el Santo en confesión, al ver la multitud de forasteros que rodeaban su confesonario, resolví arrojarme a sus pies y recibir su bendición. Al llegar junto a aquella admirable criatura, intenté coger su mano sagrada para besársela respetuosamente, cuando él la apartó diciéndome con severidad, pero amablemente: «¡Oh, no me quite mi sortija!»

En aquel instante, me di cuenta de una cosa que nunca había visto hasta entonces: en el cuarto dedo de su mano izquierda llevaba una sortija de oro en extremo brillante.

Había recibido de Dios, puesto que era digno de él, el insigne favor con que fueron agraciados otros santos.

El autor de la carta hace notar, claramente que aquel anillo, invisible para los demás, lo llevaba puesto en el cuarto dedo; el mismo Cura de Ars le habló de él. No cabe, pues, ilusión. Por lo tanto, el Cura de Ars, honrado con los desposorios espirituales de los cuales llevó la misteriosa insignia, pertenece al grupo de los grandes místicos que se llaman San Juan el Limosnero, San Lorenzo Justiniano, el beato Enrique Suso, Santa Catalina de Alejandría, Santa Catalina de Siena, Santa Teresa, etc. ¿No pensaba acaso en estas inefables delicias gozadas con Dios de corazón, cuando, acosado a preguntas por el Rdo. TOCCANIER sobre su trato con Dios y las consolaciones que experimentaba, dejó escapar esta demasiado vaga confidencia: «Oh, amigo, mío, *hay ciertamente otras cosas?*».

⁵⁹ Esta carta, conservada en los archivos de la casa parroquial de Ars, no lleva fecha. Está firmada por Juan Clairet, de Villefranche-sur-Saône (Rhône).

XXIX. EL ÚLTIMO AÑO DE UN SANTO

Aumenta el número de peregrinos.—La fatiga creciente del Cura de Ars.—¡Siguen las disciplinas!—Noches de insomnio.—Un diálogo sublime.—«¡Ah, ciertamente, es cosa de risa!»—Proyecto de una nueva iglesia.—La paz de la tarde.—Una visita de Paulina María Jaricot.

«El último año de su vida, el Cura de Ars vio pasar por su iglesia a lo menos unos cien mil peregrinos»¹. Todos se apresuraban a acudir a él, pues presentían el próximo fin del hombre de Dios. Todo el mundo quería verle, oírle, y, a poder ser, confesarse con él, pero era imposible. Los misioneros recibían a lo penitentes en otros altares². Era tal a veces la afluencia, que los que a toda costa querían confesarse con él tenían que esperar hasta seis días para poder hablarle algunos minutos³. A fin de avanzar en el trabajo, «adelantaba por la noche la hora de las confesiones, a pesar de que siempre se había levantado a la una de la madrugada y aun antes, a la manera de un piloto que, temeroso del naufragio, rema con todas sus fuerzas, saludando el puerto deseado»⁴.

Todas estas personas, ávidas de perdón o de paz, no dudaban de que, con su empeño despiadado, acababan con un viejo sacerdote «agotado ya por una vida inmólada y de in-

¹ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 758.

² El arquitecto BOSSAN había recibido del Santo el encargo de un confesonario. No se construyó hasta después de la muerte del Cura de Ars. Actualmente, está colocado en la capilla del *Ecce Homo* de la iglesia antigua.

³ Durante los seis últimos años, las comuniones (distribuidas en Ars llegaron a 30.000 y las misas pedidas a 36.000. (Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 269.)

⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 50.

cesante trabajo»⁵. Para él, nunca hubo media hora entera de expansión y de verdadero descanso.

En marzo de 1850, cinco meses antes de la muerte del Santo, el periodista Jorge Seigneur penetraba, hacia las cuatro de la tarde, en la iglesia.

El Cura de Ars, dice, estaba confesando. Apenas me hube arrodillado, oí un sollozo que no puedo expresar; partía del confesonario. ¿Era un gemido de sufrimiento? ¿Era un grito de amor? Cada diez minutos el sollozo se iba repitiendo. La fatiga arrancaba del pecho oprimido del Cura de Ars aquel grito plañidero; pero el grito de sufrimiento se convertía en un grito de amor; era como el esfuerzo sensible de un alma ahogada por las cosas de la tierra para abrirse paso hacia el cielo⁶.

Sus *catecismos* no eran ya sino una serie de exclamaciones que se acababan en lágrimas⁷. Se le oía con mucho trabajo. Su voz era en extremo débil, y articulaba las palabras con visible esfuerzo. De cuando en cuando dejaba escapar «una tos que parecía un grito revelador de sus sufrimientos, pero el amor de Dios y el celo por las almas lo arrastraban a un total agotamiento»⁸.

Aquella tos seca y desgarradora entristecía a todo el mundo; en cuanto a él, sólo se lamentaba de una cosa: del tiempo que le hacía perder⁹. Llegó a estar tan desfallecido, que se vio obligado a beber un poco de leche antes de acostarse¹⁰. Fue éste el único cambio introducido en su habitual régimen de vida. Algunos días no probaba bocado hasta hora tan avanzada. En cierta ocasión entró en casa de Catalina Lassagne, que vivía junto a la suya. «¡Ah, Catalina, le dije, no puedo más!

Siéntese usted un momento, señor Cura, que voy a calentar un poco de leche.

—¡Oh! no, no hagas nada; «es la cama lo que me hace falta»¹¹.

Y salió para subir a su habitación. En seguida, Catalina, sin hacer caso de la prohibición, preparó una taza de leche. Pero, ¿qué encontró en la escalera de la casa parroquial? Al Rdo. Vianney que, renunciando al reposo, volvía a la iglesia. Esto era demasiado. Catalina se puso enérgica:

—¡Señor Cura, beba usted esto! No podrá esperar hasta la noche.

—No, no, no quiero nada.

—¡Señor Cura, «es necesario que tome esta leche!»

El Rdo. Vianney se llevó un dedo a la frente, para darle a entender que le quebraba la cabeza.

«—Vaya, déjeme pasar —replicó el Santo.

—¡Señor Cura, yo no me iré de aquí!

Abrióse paso con un ademán imperativo, y pudo llegar hasta el patio. Con la taza en la mano, le iba siguiendo Catalina Lassagne. «¡Los peregrinos te verán!», exclamó el señor Cura. Quiso protestar de nuevo, pero hubo de ceder... Por la noche, confesaba a la inexorable enfermera: «A la verdad, Catalina que sin tu taza de leche no hubiera podido llegar al fin de esta jornada»¹².

Desde 1855, al ver que iba en aumento su cansancio, solía decir: «Mi cabeza se embrolla». El Rdo. Toccanier, sin que él lo supiera, pidió que le dispensasen del rezo del breviario¹³. Sin embargo, lo rezaba casi todos los días, pero hubo de renunciar a hacerlo de rodillas, costumbre que le era muy querida desde su promoción al subdiaconado.

En noviembre de 1858, al salir de la sala donde se reunían los alumnos de la *Providencia*, se cayó por la escalera, y se hizo una herida en la pierna. Esta llaga, que des-

¹¹ El Rdo. Vianney se refería al breve descanso que se tomaba después de comer tendido sobre su cama.

¹² Rdo. G. RENOUD, *Catherine Lassagne*, según los recuerdos del señor Rougemont, *Annales d'Ars*, diciembre de 1920, p. 183.

¹³ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 1.476. Esta es la respuesta de Mons. Clalandon al Rdo. Toccanier:

Mi buen amigo:

Me entero, con mucha pena, del estado de salud de su buen Cura. Le prohibo el rezo del breviario todas las veces que usted no se lo permita. Yo lo rezaré por él, y él ofrecerá a Dios sus sufrimientos a mi intención.

Todo suyo,

Jorge, obispo de Belley.

⁵ *Le Croisé*, número de 20 de agosto de 1859 (primer año, núm. 3).

⁶ *Ibidem*.

⁷ Canónigo ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 762.

⁸ Relato de una religiosa de la Visitación, peregrina a Ars, *Annales d'Ars*, junio de 1910, p. 30.

⁹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 858.

¹⁰ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 9.

cuidó casi por completo, degeneró en una úlcera, de muy laboriosa curación¹⁴.

Quería aún tomar disciplina, pero poco le faltaba para desvanecerse. Estaba desolado por no poderse azotar como en otros tiempos. «Poco antes de su muerte, refiere el señor Pagès, me envió a Lión y, al partir, me encargó le trajera una cadena de dos pies de larga, algo más gruesa que una cadenilla de reloj. «Si no me la trae usted, me dijo el sirvo de Dios, tendré que servirme de otra que hay aquí y que es mucho más ruda¹⁵. Usaba esta última disciplina para desperezarse por la mañana¹⁶.

Había pasado ya el tiempo en que decía: «Tengo un buen cadáver: cuando he tomado un poco de alimento y he dormido un par de horas, puedo comenzar de nuevo mi trabajo»¹⁷. Ahora, cuando se sentía agotado, limitábase a decir: «Ya descansaremos en la otra vida»¹⁸.

«—Señor Cura, es necesario que se cuide, no cesaba de repetirle el conde des Garets.

—¡Ah, amigo mío!, respondió el Santo sonriendo. Nuestro Señor lo arreglará todo»¹⁹.

Sus cortas noches las pasaba agitándose, bañado en sudor, sobre su pobre y duro lecho²⁰. «¡Quién lo creyera si no lo testificara el Hermano Atanasio!» Todas las mañanas sostenía una gran lucha para levantarse antes del día, y se dirigía a la iglesia para comenzar su penoso ministerio con la más viva repugnancia: «¡Hay que volver a empezar todos los días!»²¹, exclamaba entre gemidos. A pesar de estas repugnancias espontáneas de la naturaleza, nunca —y es una de las mayores maravillas de aquella existencia incomparable—, nunca aquel anciano de sesenta y tres años «prolongó en la cama un descanso que no era tal»²².

¹⁴ Canónigo BEREZIAT, manuscrito citado, p. 600. — Hemos encontrado dentro de un libro de la biblioteca del Santo una receta de una buena mujer «para llagas en las piernas», de la cual sin duda no hizo ningún caso.

¹⁵ Hipólito PAGES, *Proceso del Ordinario*, p. 439.

¹⁶ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 439.

¹⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 79.

¹⁸ Rdo. PELLETIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 393.

¹⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 972.

²⁰ Juana-María CHANAY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 492.

²¹ *Proceso del Ordinario*, p. 814.

²² Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 134.

«Tenía muchas ganas de dormir, decía en una ocasión, pero no he dudado en levantarme: ¡es tan importante la salvación de las almas!»²³. Y muerto de fatiga, entraba en el confesonario a la hora de costumbre.

«Me confesó, refiere Toccanier, que un día se cayó cuatro veces al dirigirse a la iglesia, y que las cuatro se levantó con gran trabajo... Al hacerle notar que parecía estar fatigado, me contestó sonriendo: «¡Oh! Los pecadores acabarán por matar a este pobre pecador»²⁴.

Hacia las cuatro o las cinco de la mañana, y asimismo a las tres o a las cuatro de la tarde, le entraban unas terribles ganas de dormir. A pesar de que luchaba contra el sueño, y recorría con sus demacrados dedos las cuentas de su rosario, dormitaba algunas veces. «Las personas compasivas que se daban cuenta de ello interrumpían sus confesiones para dejarle unos instantes de reposo»²⁵.

Fue en esta época de no interrumpido heroísmo, cuando dio a su querido «compañero» Toccanier estas respuestas maravillosas, dignas de admiración eterna:

«Padre mío, le preguntó un día el joven misionero, si Dios le diese a escoger entre subir al cielo en seguida o trabajar todavía como lo hace en la conversión de los pecadores, ¿qué haría usted?

—Me quedaría.

—¡Pero en el cielo los santos son tan dichosos! ¡Allí no hay penas ni tentaciones!

—Sí, replicó; los santos son muy felices, pero gozan ya de sus rentas. Han trabajado mucho, pues Dios castiga la pereza y no premia sino el trabajo; pero no pueden como nosotros ganar almas para Dios con penas y sufrimientos...

—Si Dios le dejase aquí hasta el fin del mundo, tendría usted mucho tiempo: dígame, ¿también se levantaría tan de mañana? —Ah, amigo mío, siempre me levantaría a media noche. No es el cansancio lo que me espanta: sería el más feliz de los sacerdotes, si no fuese por el pensamiento de que he de comparecer como párroco ante el tribunal de Dios.»

Y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas²⁶.

²³ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1033.

²⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 134.

²⁵ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 322.

²⁶ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 133-134.

Sin embargo, cada día padecía más. Pero a la manera del sol que toca el borde del horizonte, su alma irradiaba más vívidos resplandores conforme se iba acercando al término de su lucha. A pesar de que su pobre cuerpo estaba dolorido, «su espíritu se mantenía libre y su rostro tranquilo y sonriente. Nada había en él que revelase a los peregrinos los dolores más vivos»²⁷; cuando no podía más, procuraba aguantar hasta verse rodeado de personas conocidas y que estuviesen al corriente de sus achaques, y entonces, dejándose caer sobre una silla, «decía graciosamente: ¡Ah, verdaderamente hay que reírse!»²⁸.

Manifestábase activo y emprendedor. A fines de 1858, hizo dar una misión en la parroquia. «Esta vez, nos convertirá usted»²⁹, decía al predicador, señor Descôtes. Por el mismo tiempo, estudiaba con Pedro Bossan los planos de la «hermosa iglesia» que quería dedicar a Santa Filomena. El mismo ajustó con el arquitecto sus honorarios, regalándole un magnífico rosario de coral engarzado en oro³⁰. Pero la edificación había de ser muy costosa. El 2 de abril de 1859, el Rdo. Vianney abrió una suscripción que encabezó con mil francos. «Rogaré a Dios, escribía —y éstas son las últimas líneas que trazó—, por los que me ayuden a levantar una hermosa iglesia a Santa Filomena.»

A fines del mismo mes agrupó en torno suyo a los hombres a y a los jóvenes de Ars que se habían acercado a los sacramentos el día de Pascua —Pascua era, en aquel año, el 14 de abril— y se comparó con Moisés cuando antes de morir reunió al pueblo de Israel.

¡Oh, hijos míos!, dijo entre otras cosas, ¡qué hermoso es lo que acabáis de hacer! Al cumplir con el precepto pascual habéis preparado en vuestro corazón una morada para Dios; pero habéis de prepararle otra levantando una hermosa iglesia... En otras ocasiones era yo quien iba a vuestras casas; ¡nunca me rechazasteis!

²⁷ *Ibid.*, p. 161.

²⁸ Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 701.

²⁹ Rdo. DESCOTES, *Proceso del Ordinario*, p. 1.344.

³⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 164.

os doy las gracias... Hoy es el misionero quien os visita, pero es como si fuese yo mismo: le acompaño con mi corazón... ¡Ah! todavía quedan en la parroquia pecadores³¹.

Es menester que yo me vaya para que otro pueda convertirlos³².

«Era su humilde *Nunc dimittis*. Efectivamente, muchos vieron en estas palabras del Cura de Ars como un discurso de despedida, y concluyeron que su muerte estaba próxima»³³.

Si a veces le espantaban aún los juicios de Dios³⁴; si temblaba de «morir párroco», ya no estaba inquieto sobre su vocación. ¿No había acaso «apremiado a Dios?»³⁵. Sabía bien que solamente El podía relevarle de su cargo de cura de Ars. El temor estaba asimismo templado por una amorosa confianza. «El último año que estuvo en el castillo, cuenta la señorita Marta des Garets, nos habló del amor de Dios y se echó a llorar»³⁶. En el púlpito, comenzaba a veces a tratar diferentes materias, pero siempre volvía a Nuestro Señor presente en la Eucaristía. «Esta atracción por la presencia real aumentó de una manera sensible hacia el fin de su vida... Se interrumpía y derramaba lágrimas; su figura aparecía resplandeciente y no se oían sino exclamaciones de amor»³⁷.

A fuerza de combatir, llegó a un grado de paz inalterable. «Durante mi primera enfermedad, confesaba ingenuamente, todavía quedaba algo que me traía solícito; ahora no temo nada»³⁸. Por otra parte, habían cesado las contradicciones de los hombres; había pasado el tiempo en que se atrevía alguien a faltarle al respeto: su coadjutor, el Rdo. Toccanier, tenía para con él verdadero corazón de hijo. Solamente el Santo se quejaba a él y a sus compañeros

³¹ Seis o siete habitantes de Ars no habían recibido la comunión pascual.

³² Según un borrador redactado por el Rdo. Toccanier, inmediatamente después de esta alocución.

³³ Hermano JERONIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 568.

³⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 33.

³⁵ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 813.

³⁶ *Proceso apostólico in genere*, p. 298.

³⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 53; baronesa DE BELVEY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 193.

³⁸ Guillermo VILLIERS, *Proceso del Ordinario*, p. 628.

de Pont-d'Ain de una cosa: de que guardaban demasiadas atenciones con el pobre Cura de Ars. Un día en que se lamentaba de esto delante del joven misionero, le replicó éste con una feliz ocurrencia:

«A tu padre y a tu madre honrarás y largos años vivirás.»

El rostro del Rdo. Vianney se dilató, y dio a entender a su amigo cuánto le había gustado la respuesta ³⁹.

La soledad, los achaques, el cansancio de vivir, acaban por agriar el carácter de los ancianos; soportan con más dificultad las impertinencias del prójimo, pues hartos tienen con sus propias miserias. El Cura de Ars conservó hasta el fin su exquisita y compasiva bondad.

Cinco meses antes de su muerte, recibió la visita de dos pobres mujeres, una de las cuales era Paulina María Filomena Jaricot, de Lión, arruinada, consumida, en un estado lamentable ⁴⁰. Habían hecho el viaje bajo la nieve y azotadas por el cierzo. Estaban transidas de frío. Para poder hacer un poco de fuego, el reverendo Vianney las recibió en su cuarto, y bajó a buscar paja y algunos troncos. Pero la leña estaba húmeda, y la llama se extinguió. «Ruégole, decía Paulina María, que no intente más aliviarme el frío; ya estoy acostumbrada a él. Caliente mi pobre alma con algunas centellas de fe y de esperanza.»

El Santo de Ars consoló, como mejor pudo a aquella alma tan probada y por medio de la cual tan grandes cosas había hecho Dios. Pero la entrevista fue breve. Los peregrinos asediaban la casa parroquial, y llamaban a su confesor. El Cura de Ars entregó a Paulina Jaricot una crucecita de madera —muda lección de conformidad con la voluntad de Dios— y se alejó después de haber bendecido a las dos mujeres, que se habían puesto de rodillas ⁴¹.

³⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 150.

⁴⁰ Había gastado mucho en obras de apostolado y caridad. Procedimientos nada honestos la habían despojado de su cuantiosa fortuna. Su pobreza llegó a ser tal, que, en febrero de 1855, hubo de inscribirse como pobre en la oficina de beneficencia de su parroquia. (Cf. Louis Petit, *Pauline Marie Jaricot*, Lion, Vitte, p. 50.)

⁴¹ Cf. M. J. MAURIN, *Le Curé d'Ars et Pauline Marie Jaricot*, Lión, Guillard, 1905, p. 58 a 65.

XXX. LA ULTIMA ENFERMEDAD Y LA MUERTE

Presentimiento de una muerte cercana.—El día en que cayó.—«Es mi pobre fin».—La extenuación suprema.—El «adiós» de los feligreses al viejo pastor.—Las tentativas para salvarle.—El sosiego del éxtasis.—Viático y extremaunción.—El último testamento del Cura de Ars.—La visita de monseñor Langalerie.—La muerte.—De campanario en campanario.

Es indudable que el Cura de Ars presentía, desde hacía mucho tiempo, no solamente la época aproximada, sino también la fecha exacta de su muerte. «Después de su última tentativa de fuga (en 1853), refiere Catalina Lassagne, nuestro Cura no hablaba ya de partir, si no era de la presente vida a la eternidad. Decía con frecuencia: «Nos estamos yendo: pronto tendremos que morir».

Antes de la festividad del Corpus, le regalaron una hermosa cinta. «Podrá servirle en la procesión, le dije, para sostener la custodia. —No la usaré dos veces, respondió con misteriosa sonrisa. Y, en efecto, el día del Corpus de 1859 (el 23 de junio) estaba tan débil que no tuvo fuerza para llevar el Santísimo Sacramento de un altar a otro; se le dieron solamente para dar la bendición.

Hacia la fiesta de Todos los Santos de 1858, envió a Catalina al castillo de Cibeins «para cobrar una cantidad de veinte sueldos diarios que le daban de limosna». «Esta será la última vez», dijo como dudando; después repitió con tono más seguro: «Sí, será la última vez» ¹.

En julio de 1859, la señora Pauze, de Saint-Etienne, cris-

¹ Según diversos relatos de Catalina Lassagne: *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 98-99; *Proceso del Ordinario*, p. 58; *in genere*, página 126.

tiana muy fervorosa, se presentó en el confesonario del Rdo. Vianney. Esta señora tenía la piadosa costumbre de ir todos los años en peregrinación a pie, con su marido, al santuario de la Louvesc. El Cura de Ars le habló complacido de San Francisco de Regis, cuyo sepulcro también él había visitado, y a quien era acreedor de tantos favores. La señora Pauze, creyendo que no le volvería a ver antes de partir, se despidió del Cura de Ars. «¡Sí, sí, hija mía, replicó vivamente el Santo; nos veremos dentro de tres semanas!». La peregrina se volvió a su casa muy pensativa: ¿acaso el Cura de Ars tenía intención de ir a Saint-Etienne?... La señora Pauze repitió a los de su familia estas palabras, cuyo sentido no acertaba a descubrir. Pues bien, «tres semanas más tarde, el Cura de Ars y su piadosa penitente, muertos al mismo tiempo, podían verse en el cielo»².

El 18 de julio —o sea diecisiete días antes de la muerte del Rdo. Vianney— la señorita Estefanía Durié, a quien hemos visto presente a uno de los éxtasis del Santo, volvió a Ars después de unos ejercicios espirituales en la Louvesc, y se dirigió al confesonario del Santo. Oigamos, ante todo, el emocionante diálogo que parece ya cosa del otro mundo:

«—Creo, Padre, que no he hecho muy bien los ejercicios en la Louvesc, pues me ha preocupado su salud: le creía a usted enfermo.

—Es verdad, respondió el Cura de Ars, que en estos momentos no estoy enfermo, pero mi carrera toca a su término; éste es mi último año... Otras veces le he dicho lo mismo a fin de desviar una curiosidad inútil; ahora se lo digo tal como lo sé: es mi último año... No hable de ello, hija mía. Me quedan muy pocos días, y necesito tiempo para prepararme. Si usted lo dijera, todos se apresurarían a confesarse, y acabarían de agotarme.

—¡Oh, entonces ya no es usted sacerdote!

—Soy un gran pecador; este pensamiento siempre me hace llorar.

—¿Y qué será, pues, de mí?

—Si tengo la dicha de ir al cielo, pediré a Dios que continúe siendo su guía.

² Escritos recogidos por M. Ball en 1878 y publicados por los *Annales de Ars*, marzo 1903, p. 328.

—Oh, padre mío, pídale al Señor que le deje todavía algún tiempo entre nosotros.

—No, no puedo pedir esto: Dios Nuestro Señor no lo permitiría... He de dejar pronto este mundo.

Y añadió, derramando abundantes lágrimas: «—No sé si he cumplido bien las funciones de mi ministerio».

—Si usted se queja, Padre, ¿qué he de hacer yo, que he de quedarme aún en este mundo?

—Lo que usted hace no es de temer tanto como mi ministerio sacerdotal.

—Padre, su trabajo es mejor que el mío.

—¡Cuánto temo la muerte! ¡Ah, soy un gran pecador!

—Usted mismo ha dicho que la bondad de Dios es mayor que todas nuestras faltas... Ya quisiera estar yo tan segura como usted de ir al cielo... Pero, Padre, ¿cuándo se morirá usted?

—Si no es a fines de este mes, será a principios del otro.

—¿Cómo, pues, podré saber el día, si usted no me lo quiere decir?

—Alguien se lo dirá; usted asistirá a mi entierro, y pasará la última noche junto a mi lecho de muerte.»

La señorita Durié no se atrevía a dar crédito a semejante predicción. Pero antes de absolverla, el Santo insistió, diciendo: «Hija mía, reciba la última absolución del padre de su alma».

Recibido el sacramento de la penitencia, Estefanía Durié volvió a la carga:

«—Por favor, Padre, dígame el día en que morirá.

—No, hija mía, no; ahora no puede saberlo; se quedaría usted aquí y tendría demasiadas molestias; ya lo sabrá a su debido tiempo.»

La señorita Durié salió de Ars el 22 de julio, llena de encargos de parte del Rdo. Vianney. Al llegar a Roanne, doce días más tarde, encontró a un religioso, el padre Valon, quien le dijo: «Acabo de enterarme de que el Cura de Ars está enfermo». Se acordó ella de las palabras del Santo, y emprendió en seguida el viaje a Ars. Pero no había de ver vivo al «padre de su alma». Cuando, a las cinco de la tarde, entró en la vieja casa parroquial, oyó el rumor de los sollozos. El Santo había muerto por la noche³.

El fin del mes de julio de 1859 fue verdaderamente tórri-

³ *Proceso del Ordinario*, p. 1451-1452.

do. Los días y las noches eran de lo más enervante por lo caldeado de la atmósfera; fuera de las casas se respiraba fuego; la sofocación era atroz en la reducida nave de la iglesia, llena como nunca hasta rebosar, y convertida en una estufa. A cada momento los peregrinos salían a la calle para mudar de aire. Sólo el Santo permanecía en el confesonario, víctima de su heroica abnegación.

«Si un sacerdote, había dicho, muriese a fuerza de penas y de trabajos soportados por la gloria de Dios y la salvación de las almas, sería cosa bien hermosa»⁴. Su sueño iba a realizarse.

El viernes, 29 de julio, se sintió indispuerto al levantarse; con todo, bajó a la iglesia a la una de la madrugada. Pero, en el confesonario, se sintió atacado de ahogo; hubo de salir de la iglesia, y descansar unos momentos en el coro. La fiebre le abrasaba.

A las once, antes de la explicación del catecismo, llamó a la sacristía a uno de los que voluntariamente cuidaban del orden en la iglesia, a Pedro Oriol, y le pidió un poco de vino. Sorbió algunas gotas derramadas en la palma de la mano y, con este refrigerio, pudo subir al púlpito. Pero no se le oía⁵. Se adivinaba, empero, que hablaba de su tema favorito; pues se volvía de continuo hacia el sagrario y fijaba en él los ojos bañados en lágrimas.

Por la noche entró en la casa parroquial todo encorvado, apoyado en el brazo del Hermano Jerónimo. Parecía herido de muerte. La familia des Garets lo encontró al pasar. Levantó entonces sobre sus queridos amigos la mano temblorosa. «Es la última vez que nos bendice»⁶, dijeron llorando aquellos nobles cristianos.

Al llegar a la escalera tuvo un pequeño desmayo. El Hermano Jerónimo le indicó que saliera fuera, pues el aire podría aliviarle... Siempre con la ayuda de su acompañante, se dirigió a la casa de los Hermanos; pero regresó en seguida, porque no podía más. Con mucha dificultad, subió a

⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 100.

⁵ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 753.

⁶ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 317.

su habitación. El hermano Jerónimo le ayudó a acostarse. Después, a petición del Santo, se retiró, y lo dejó solo...

A eso de la una, al sentir que se enfriaba, a pesar de lo sofocante de la atmósfera, pues era una noche sin brisa, dio golpes para llamar. Catalina Lassagne que, sin saberlo el Cura de Ars, se había quedado en vela en la cámara vecina, fue la primera en acudir. «Es mi pobre fin, dijo suspirando; hay que ir a buscar al Cura de Jassans». Llamado por Catalina, entró también el Hermano Jerónimo. Era la una y cuarto o la una y media, hora en que el Cura de Ars solía bajar a la iglesia; pero el Hermano sacristán no le habló de levantarse ni de decir misa. Se sentía enfermo para morir. «Es mi pobre fin, repetía: llamad a mi confesor.

—Voy a buscar al médico.

—Es inútil; el médico no hará nada»⁷.

El Rdo. Toccanier acudió lloroso. «Señor Cura, Santa Filomena, que lo curó hace seis años, le curará también ahora.

—Oh, Santa Filomena nada podrá hacer».

El Rdo. Luis Beau, cura de Jassans, y el doctor Saunier, médico de Santa Eufemia, llegaron casi al mismo tiempo, al despuntar el día. El doctor no pudo decir otra cosa sino que el enfermo había llegado a una debilidad extrema. No tenía fuerzas para reaccionar. «Si los calores disminuyen, dijo, todavía queda alguna esperanza; pero si continúan, vamos a perderle»⁸. Los calores no hicieron sino aumentar: una atmósfera cargada pesaba sobre Ars.

Entre los peregrinos, fue indecible la desolación, cuando se supo que el señor Cura no bajaría aquella mañana y que quizás no le verían nunca más en la iglesia. La mayoría de ellos habían llegado aquella misma noche. Comenzaron a asediar la puerta del pequeño patio. Algunos con una libertad incomprensible, sin ser llamados por el Santo, llegaron hasta junto a su lecho para acabar sus confesiones⁹.

⁷ Hermano JERONIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 569.

⁸ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 111.

⁹ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 753. C. LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 124.

El Cura de Ars, hasta entonces tan refractario a dejarse cuidar, se mostró «dócil como un niño»¹⁰. Recuérdese con qué repugnancia, durante su enfermedad de 1843, aceptó que pusieran un colchón en su cama. Pues bien, en la madrugada del sábado, tendieron uno sobre su duro jergón, y dio las gracias con una sonrisa. Tomó cuantas medicinas le dieron. Sólo una vez se quejó, cuando una Hermana de San José se puso a cazar las moscas que se posaban sobre su rostro bañado en sudor. Hizo un ademán, y algunos creyeron oír estas palabras: «Deje usted a las pobres moscas... Nada hay molesto fuera del pecado...»¹¹.

«Estaba del todo en sus cabales, refiere su confesor, que fue el testigo de este fin sublime hasta el último momento. Se confesó, con su piedad acostumbrada, sin turbación, sin decir una palabra sobre su enfermedad»¹². No manifestó deseo alguno de curarse. El demonio no tuvo permiso para atormentarle en su hora suprema. «Su mayor aprensión había sido siempre la de desesperar en los últimos momentos»¹³. Mas el temor de la muerte, del que tan vivas muestras había dado, desapareció por completo.

Después de haber gustado hasta las heces el cáliz de amargura de esta vida de destierro, saboreaba *las delicias de la muerte*¹⁴, y realizaba en sí mismo una de sus suaves expresiones: «¡Qué agradable es morir, cuando se ha vivido sobre la cruz!»¹⁵.

¹⁰ Hermano JERONIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 572.

¹¹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 864.

¹² Los pormenores sobre la muerte del Cura de Ars los sacamos de varias declaraciones: en primer lugar, por ser la más importante, la del Rdo. señor Beau, cura de Jassans (*Proceso del Ordinario*, p. 1.218-1.220); después las de Catalina Lassagne (*Petit mémoire*, tercera redacción, p. 100-101 (*Proceso del Ordinario*, p. 571-572); del Hermano Atanasio (*Proceso del Ordinario*, 876); del Rdo. Monnin (*Proceso del Ordinario*, p. 1.164-1.165); de Marta Miard (*Proceso apostólico continuativo*, p. 864).

¹³ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 813.

¹⁴ Con bastante frecuencia, el Cura de Ars manifestó deseos de ver reimpressa una obra publicada bajo este título (*Las delicias de la muerte*) en 1832, por el señor de la Serre, historiador francés. Se trata en ella de la fuerza de los santos y de los mártires ante los sufrimientos y la muerte. Sin embargo, no gustaba al Cura de Ars la mezcla de lo sagrado con lo profano que se encuentra en este libro; hubiera preferido verla escrita en un sentido enteramente cristiano. (Hipólito PAGÉS, *Proceso del Ordinario*, p. 432.)

¹⁵ *Pensées choisies du Curé d'Ars*. Paris, Téqui, p. 54.

La enfermedad hizo rápidos progresos. El siervo de Dios gozaba de una calma perfecta. Ninguna queja: hubiérase dicho que no sufría. Sacerdotes, hermanos, piadosos seglares se relevaban a su lado, aunque parecía preferir quedarse solo.

Los habitantes de Ars, sus feligreses siempre queridos, y los peregrinos, se presentaban sin cesar a la puerta de su cuarto para que bendijera los objetos de piedad que le presentaban y pedirle para ellos mismos la última bendición. El Santo se prestaba benévolamente a todo, pero sin pronunciar palabra. El día antes de su muerte, cuando se prohibió el acceso a su habitación, hubo quienes violaron la orden. «Subiremos a pesar suyo, decían llorando al Hermano Atanasio, que vigilaba junto a la puerta del patio: ¡antes de ser cura de usted, lo era nuestro!» El Hermano consintió en dejarles pasar, advirtiéndoles que no hiciesen ruido. En silencio, pero dominando a duras penas los sollozos, se arrodillaron sobre el pavimento de la habitación. El Santo les reconoció; levantó su débil mano, y trazó sobre ellos la señal de la cruz¹⁶. «Le vi en su cama el último día de su vida, dice Guillermo Villiers, que sin duda se hallaba presente en aquella escena; se mostraba dulce y tranquilo como un ángel»¹⁷.

El conde des Garets, que casi no salió de la casa parroquial durante aquellos días de angustia, mandó llamar a su familia. El Santo moribundo fijó los ojos en sus hijos, a los que profesaba un afecto verdaderamente paternal. Se acordó de que hasta entonces no había dado ningún recuerdo a la joven Marta Filomena, e hizo seña al Hermano Jerónimo de que le diese su rosario.

Entretanto, ¿qué hacían los peregrinos? Amontonados entre la iglesia y la casa parroquial, reclamaban a su confesor. Los recién llegados pedían que se lo dejaran ver a lo menos una vez. Se les dijo que el señor Cura les bendeciría desde el lecho. En determinados momentos, sonaba una

¹⁶ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 228.

¹⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 653.

campanilla, y todos se arrodillaban en la calle, y hacían la señal de la cruz¹⁸.

En la iglesia, ante el altar de Santa Filomena, se iban sucediendo grupos de personas que pedían a «la querida santita» la salud de su amigo de Ars. No faltaron quienes fueron en peregrinación hasta el santuario de Nuestra Señora de Beaumont.

Por otra parte, se hizo cuanto humanamente se pudo para aliviar al santo enfermo. «Si los calores disminuyen, había dicho el doctor Saunier, todavía podemos confiar». Los habitantes de Ars, pensando que de esta manera refrescarían la casa, tendían sobre el tejado grandes sábanas empapadas de agua que el señor Pagès y otros vecinos, subidos en escaleras, mojaban a intervalos. La abnegación de todos fue admirable.

* * *

El dulce moribundo ya no parecía de este mundo. «Sus labios no se movían, dice su confesor, pero sus ojos permanecían fijos en el cielo, y obligaban a pensar que estaba en contemplación. Creo que entonces ocurría en él algo extraordinario. A las diferentes preguntas que se le hacían se limitaba a responder *sí o no*».

Dijo en efecto muy pocas palabras. Por la mañana del martes, 2 de agosto, fueron turnándose en su cabecera el Hermano Atanasio y el Rdo. Toccanier. Mientras estaba el Hermano, anunciaron la visita del médico. «Me quedan 36 francos, logró decir el enfermo; diga a Catalina que los dé al doctor Saunier, y que le ruegue que no venga más, pues no tendría con qué pagarle...» El Rdo. Toccanier manifestó al Santo sus temores para el porvenir. «Padre, habiendo el gobierno negado el permiso para la lotería, y disponiendo Dios de usted, creo que... —¡Animo, amigo, ánimo!... ¡Sólo pasarán tres años!»¹⁹.

¹⁸ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 791.

¹⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 182. — Pasados tres años, el Rdo. Toccanier había reunido la cantidad suficiente para comenzar a construir la nueva Iglesia.

En este mismo día, hacia las tres de la tarde, su confesor juzgó prudente administrarle los últimos sacramentos. El mismo los pidió, sin querer aguardar al día siguiente, como le habían propuesto. «¡Qué bueno es Dios, murmuraba; cuando uno no puede ir a visitarle, El se digna venir!».

Mientras la campana de la iglesia iba tocando, el cura de Jassans avanzaba llevando la sagrada Hostia. Unos veinte sacerdotes, cada uno con un cirio, acompañaban al Santísimo Sacramento. Al oír la campana, asomaron algunas lágrimas a los ojos del moribundo. «¿Por qué llora usted, Padre?, le preguntó el Hermano Elías, que estaba arrodillado junto a él. —Es triste comulgar por última vez»²⁰.

Al ver penetrar el cortejo en su cuarto, se sentó con sus propias fuerzas, juntó las manos, y sus lágrimas se deslizaron abundantes. Su confesor le dio el Viático y después la extremaunción. «Los recibió, dice el reverendo Beau, con su fe y piedad habituales». En la habitación, ya muy caldeada, los sacerdotes tuvieron que apagar los cirios.

Después de esta emocionante ceremonia, el Rdo. Esteban Dubouis, cura de Fareins, se quedó velando a su lado.

«—Señor cura, le dijo su antiguo compañero, está usted con Nuestro Señor.

—Sí, amigo mío, respondió el Santo con celestial sonrisa.

—Hoy, añadió el señor Dubouis, celebramos la fiesta de la traslación de las reliquias de San Esteban. Este Santo, estando aún en la tierra, veía abiertos los cielos».

Entonces el Cura de Ars levantó los ojos con una expresión extraordinaria de fe y de felicidad²¹.

Un pormenor importante traía solícitos al alcalde y a los habitantes de Ars: después de la muerte de su Santo, ¿quién poseería los despojos? El último testamento escrito por el Cura de Ars²² —10 de octubre de 1855— estaba re-

²⁰ Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 206.

²¹ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 904.

²² Existe un primer testamento de fecha 2 de diciembre de 1841, que comienza así *Doy mi cuerpo de pecado a la tierra, y mi pobre alma a las tres Personas de la Santísima Trinidad y a María concebida sin pecado*.

En un segundo testamento, ciertamente anterior a 1855, se leen estas palabras: *Quero que después de mi muerte mi cuerpo sea trasladado a Dardilly, mi pueblo na-*

dactado en esta forma: *Después de mi muerte, dejo mi cuerpo a disposición de Monseñor el Obispo de Belley.*

¿Cuál sería, pues, la voluntad de Monseñor Langalerie? Podían estar seguros de que el prelado no cedería a las demandas de los vecinos de Dardilly, que ya varias veces habían solicitado de su Santo compatriota un legado en su favor. ¿Acaso sería justo que aquel a cuya santidad debía Ars todo su encanto y su gloria desapareciese en cuerpo y alma?

Por esta razón, el miércoles, 3 de agosto, «a la una de la tarde», el señor Gilberto Raffin, notario de Trevoux, penetraba con cuatro testigos en el cuarto del Cura de Ars. «¿Dónde quiere usted ser enterrado?», le preguntó el notario. Escucharon con oído atento y el Santo murmuró: «En Ars... Pero mi cuerpo no vale gran cosa...». En seguida el señor Raffin redactó un testamento, que el Santo no pudo firmar²³.

El mismo día, «a las tres, dice el señor Beau, le hice la recomendación del alma. ¡Siempre el mismo sosiego, el mismo estado de contemplación!» Poco antes, habían llegado apresuradamente de las parroquias donde predicaban el Rdo. Alfredo Monnin y otro misionero.

tal Esta es mi voluntad El original de este documento se conserva en la casa solaiega de nuestro Santo

²³ Debemos a la amabilidad del señor Eugenio Perret, notario de Trevoux, una copia de ese último testamento

Delante del señor Gilberto-Hipolito Raffin, notario de Trevoux, departamento del Ain, y en presencia de los testigos que mas abajo se citan, ha comparecido

El señor Juan Maria Bautista Vianney, cura de Ars, donde vive, el cual, aunque en fermo en cama, en pleno goce de sus facultades morales, ha dictado al referido señor Raffin su ultimo testamento que este ultimo ha escrito tal como sigue

Nombro e instituyo heredero universal al señor Jose Camelet, sacerdote de Pont-d'Ain

Quiero que mis restos mortales descansen siempre en el cementerio de Ars

Tales son mis ultimas voluntades que espero sean ejecutadas, revocando todas las disposiciones precedentes

El presente testamento ha sido redactado y leído por el notario al testador, en presencia de testigos, en la casa parroquial de Ars, el tres de agosto de mil ochocientos cin cuenta y nueve, a la una de la tarde, y los testigos son los señores Claudio Prospero Garnier, conde des Garets, propietario y alcalde del municipio de Ars, donde vive, Pedro Oriol, rentista, Francisco Pertnand, cochero, Hipolito-Francisco Pages, rentista, todos habitantes de Ars, los cuales han firmado con el notario, no haciendolo el testador, que ha declarado no poder firmar, a causa de la debilidad ocasionada por la enfermedad que padece

(Siguen las firmas Conde des Garets, Oriol el mayor Francisco Pertnand Hipolito Pages y Raffin)

El 3 de agosto, Mons. Langalerie, obispo de Belley, se encontraba en Meximieux, donde se hacían los últimos preparativos para la distribución de premios señalada para el día siguiente. Allí y en las referidas circunstancias se enteró de que el estado del Cura de Ars era desesperado. Sin detenerse un momento, salió de aquel seminario menor y tomó el camino de Ars²⁴. Llegó cerca de las siete de la tarde, y se dirigió en seguida a la casa parroquial, «jadeante, emocionado, y rezando en alta voz, abriéndose paso a través de la multitud que se arrodillaba»²⁵.

El enfermo reconoció muy bien a su obispo, le sonrió, y se esforzó en darle las gracias, pero no pudo articular palabra. El prelado le abrazó, y le dijo que iba a la iglesia a rogar por él. El Santo volvió a sonreír. «Este fue el único momento de aquel día en que le vi salir de su unión con Dios», hace notar su confesor, que se hallaba presente.

Hacia las diez de la noche, el Cura de Ars parecía llegar a su fin; el Rdo. Toccanier le aplicó la indulgencia plenaria en el artículo de la muerte. A media noche, el Rdo. Monnin le dio a besar un crucifijo de misionero, y comenzó las peticiones de los agonizantes. Las rezaba lentamente, entrecortándolas con largas pausas... y el jueves, 4 de agosto de 1859, a las dos de la madrugada, cuando el joven sacerdote acababa de leer con voz temblorosa estas palabras: *que los santos ángeles de Dios salgan a tu encuentro y te introduzcan en la celestial Jerusalén*; mientras en el cielo de Ars estallaba una violenta tempestad, llena de rayos y de truenos, San Juan María Bautista Vianney, apoyado en los brazos del Hermano Jerónimo, «entregaba su alma a Dios sin agonía», se dormía como el obrero que ha terminado bien su jornada. El señor Oriol tuvo el consuelo de cerrarle los ojos. Tenía setenta y tres años, diez meses y veintisiete días, y hacía cuarenta y un años, cinco meses y veintitrés días que era Cura de Ars.

A las cuatro de la mañana, el Rdo. señor Beau bajó a la iglesia para celebrar el santo sacrificio. El sacristán le

²⁴ Cuarenta kilómetros, aproximadamente

²⁵ Rdo. MONNIN, *Le Cure d'Ars*, t II, p 695

había preparado ornamentos negros. El señor Beau, que durante trece años había sido el íntimo confidente de su alma, dudó al principio sobre si debía ponerse aquellas ropas de luto, «porque, según decía, la vida del Rdo. Vianney había sido la vida propia de un Santo, y no creía que hubiese cometido nunca un pecado venial deliberado»²⁶.

Las campanas de Ars tocaron a muerto. La parroquia, «que estaba en la mayor ansiedad»²⁷, dio rienda suelta al inmenso dolor que la oprimía. Todos lloraban y decían: «¡Nuestro santo Cura ha muerto!». «Las parroquias vecinas participaron de nuestra pena, dice la señorita Marta des Garets; los tañidos de sus campanas les habían dado la triste noticia. En Savigneux, en Miserieux, en Toussieux, hasta en Jassans, tocaron a muerto. Antes de hacerlo, el cura de Savigneux creyó ser deber suyo proponerlo al alcalde, señor Bon-Repos. «¿Y me lo pregunta usted, cuando hemos perdido al Cura de Ars?», respondió con viveza el señor alcalde.

La noticia de la muerte se propagó con la rapidez del rayo; «el telégrafo la llevó a todas partes»²⁸. En seguida, las multitudes se pusieron en marcha. El cuatro de agosto por la mañana, el señor Camilo Monnin, notario de Villefranche y hermano del misionero, corrió hacia la aldea de Ars.

«El camino, dice, rebosaba de peregrinos que iban a pie y en coche. En la plaza se había reunido una inmensa muchedumbre. Todo el mundo lloraba. Igual emoción se apoderó de mí; me arrojé en brazos de mi hermano, y nuestras lágrimas se mezclaron»²⁹. Aquella mañana, por vez primera después de muchos años, se oyó el toque del *Angelus* a la salida del sol.

²⁶ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 1.032.

²⁷ *Proceso apostólico in genere*, p. 319.

²⁸ Rdo. BEAU, *Proceso del Ordinario*, p. 1.220.

²⁹ *Proceso apostólico continuativo*, p. 263. — Por medio del número del día 10 de agosto del diario *L'Univers*, en el cual León Aubineau contaba largamente la muerte y los funerales del Cura de Ars, la noticia de aquel duelo indecible se propagó por todas las parroquias de Francia.

Monseñor de Ségur, avisado por telégrafo, escribía desde Laigle (Orne), al Rdo. Toccanier, el día 7 de agosto: «¡He aquí nuestro Santo en el paraíso! Le agradecería me hiciese un dobl favor: el primero, procurarme algún autógrafa suyo; lo estimare



como una reliquia; el segundo, darme algunos pormenores íntimos de su dichoso fin...»

El 16 de agosto, el señor de Colombier, cuñado del señor des Garets, escribía, desde su castillo de Pin, a su sobrina Beatriz: «No se habla de otra cosa entre nosotros que del pobre Cura de Ars. Sobre todo por las noches, bajo los grandes tilos, hablamos de él. La vista del cielo tan puro, tan estrellado, con esta Via Láctea y la hermosa claridad de la luna, eleva nuestra alma y nuestro pensamiento hacia Dios, y sobre este camino está el Cura de Ars, a quien encontramos enseguida. Qué hermosas fiestas se han celebrado allá arriba, después que ha dejado su pobre iglesia, su confesonario, su capilla de San Juan, su casa parroquial, su pobre habitación, su pobre lecho; después que nosotros lo lloramos, después que los peregrinos le esperan en vano, después que el *Angelus*, que se oía a la una de la madrugada, se ha comenzado a tocar, como en los demás campanarios, al salir el sol, después que ya no está entre nosotros.

El jueves, 4 de agosto de 1859, a las dos de la madrugada, San Juan María Bautista Vianney, apoyado en los brazos del Hermano Jerónimo, «entregaba su alma a Dios sin agonía». La noticia de la muerte se propagó con la rapidez del rayo: «el telégrafo la llevó a todas partes». Comenzó delante de los santos despojos un destile interminable que duró cuarenta y ocho horas sin interrupción.



En la parte mas moderna del santuario se encuentra la urna que contiene el cuerpo del Santo Cura de Ars. Cerca de medio millon de peregrinos acude cada año a visitar esta urna en la que reposa el patron de todos los sacerdotes del mundo

XXXI. EN LA GLORIA

El desfile delante del cadáver del Cura de Ars.—Los funerales triunfales.—Las primeras peticiones de reliquias.—La tumba gloriosa.—El proceso de Beatificación.—Los dos milagros estudiados por Roma.—Gozosa aprobación de Pío X.—Las fiestas de la beatificación en San Pedro de Roma.—Amor por amor.—En la aldea de Ars.—Los sumos honores: la Canonización.

En cuanto el Cura de Ars hubo exhalado el último suspiro, todos rodearon su «pobre cadáver».

El Santo había manifestado su voluntad de que no le desnudasen despues de muerto¹; temía que quedasen al descubierto las señales de sus espantosas maceraciones. Prescindieron de este deseo y, con una ternura indecible, pudieron contemplar los sacerdotes y los Hermanos aquella reliquia venerable, aquellos miembros santificados, verdadera «imagen de la extenuación humana llevada al último grado»².

A las cinco de la mañana, revestido de sotana, de roquete y con la estola pastoral, el cuerpo del Cura de Ars quedó expuesto en una sala de la planta baja. «Su rostro aparecía tranquilo y sereno, como si estuviese vivo»³. Entonces comenzó delante de los santos despojos aquel desfile interminable que había de durar sin interrupción cuarenta y ocho horas. En los alrededores de la casa parroquial fue organizado un servicio de orden público. El alcal-

¹ Juana Maria CHANAY *Proceso del Ordinario* p 707

² *Proceso apostolico ne pereant* p 995

³ Rdo TOCCANIER *Proceso apostolico ne pereant* p 337

⁴ Juan Felix DES GARETS *Proceso apostolico in genere* p 419

de, conde des Garets, tuvo que echar mano de los gendarmes para contener la multitud⁴. Todos querían pasar por delante del siervo de Dios que dormía el sueño de la muerte, y ver las facciones veneradas de un padre, de un amigo, de un consolador, de un pastor... A los visitantes, que entraban en pequeños grupos, no se les permitía permanecer en la sala más que el tiempo empleado en rezar un padre-nuestro y una avemaría. Dos hermanos y dos alumnos del pensionado, de pie junto al cadáver, no cesaron durante dos días de hacer pasar por la preciosa reliquia objetos de piedad. «Todos los establecimientos de Ars, dice Marta Miard, quedaron desvalijados; de mi casa las mujeres, sin tomarse el tiempo necesario para pagar, se llevaron en tropel estampas, cruces, rosarios y medallas»⁵.

A pesar de que el señor Raffin, notario de Trevoux selló la casa parroquial y todos los departamentos de la misma, se cometieron piadosas sustracciones. Algunos audaces peregrinos se dieron maña para procurarse interesantes recuerdos⁶; llegaron a introducirse furtivamente hasta el primer piso e intentaron penetrar en la habitación del Santo; destrozaron materialmente la puerta, y se hubieran salido con la suya a no haber llegado afortunadamente los guardianes. Los tres saucos del patio se quedaron sin hojas.

El desfile de los visitantes no se interrumpió sino durante media hora por la tarde del día 4 de agosto. Cuando el sol era más ardiente, sacaron el cuerpo de su lecho de honor adornado con flores y follaje y, por primera vez, un fotógrafo consiguió obtener las facciones del Cura de Ars⁷.

⁵ *Proceso apostolico continuativo*, p 864 — Cuando en las tiendas se hubieron agotado los objetos piadosos, fueron pasados por los restos del Cura de Ars los objetos más raros. En un manuscrito de Juan Claudio Viret, propietario de Consance (Jura), encontramos un inventario de todos los recuerdos que se llevo de Ars desde 1848 hasta 1859. He aquí lo que se lee en la página 34 de esta memoria: «Ademas, encontré azucar y tabaco que fueron puestos sobre el cuerpo del santo Cura despues de su muerte»

⁶ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p 754

⁷ Se sacaron tres fotografías diferentes. Juan Claudio Viret nos ha dejado estos pormenores sobre dicha operacion: «Yo Juan Claudio, estaba presente cuando se hicieron los retratos. Sacaron al bueno y santo Cura de Ars de la casa parroquial, y lo pusieron en medio del patio, en un momento en que el sol quemaba mucho, y hubo necesidad de abrir un paraguas sobre el santo Cura para defenderle del sol, y fui yo, Juan Claudio, quien sostuvo este paraguas todo el tiempo que fue menester» (*Memo ria* manuscrita, p 33)

Las exequias habían sido señaladas para el sábado día 6 de agosto. En la víspera por la tarde, fue tal la afluencia de forasteros que llegaron a faltar los víveres; los más no pudieron alojarse en ninguna parte y pasaron la noche al raso⁸. A las ocho se formó una inmensa comitiva de trescientos sacerdotes y religiosos y unos seis mil fieles. El ataúd no había sido cerrado y el Santo aparecía al descubierto. «Al sacar el cuerpo, cuenta Alfredo Monnin, se produjo en la multitud el mismo movimiento irresistible que en vida excitaba la presencia del siervo de Dios... Todos querían acercarse al féretro para contemplar por última vez el rostro del Cura de Ars»⁹. Por fin, la comitiva se puso en marcha y San Juan-Bautista-María Vianney recorrió en paseo de despedida las calles de su querida aldea.

No era una manifestación de duelo, sino de triunfo. Detrás de las niñas vestidas de blanco y del clero en hábitos de coro, seguía el pesado ataúd de plomo y revestido de encina, llevado alternativamente por los sacerdotes, los Hermanos de la Sagrada Familia y los jóvenes de Ars¹⁰. A su paso, las personas que formaban filas a ambos lados, caían de rodillas como para recibir la postrera bendición; de los ojos de todos brotaban lágrimas silenciosas. Entre la multitud había algunos indiferentes. Uno de ellos, refiere el Hermano Jerónimo, se sintió tan conmovido ante aquel espectáculo, que no pudo menos que exclamar: «¡Oh, sí, era un Santo!», y su alma quedó del todo trocada...¹¹. A lo lejos y a intervalos se oían los tañidos de las campanas de las parroquias vecinas.

La comitiva se detuvo en la plaza; el cuerpo fue colocado al pie de la cruz que en ella se levantaba. Allí Mons. Langalerie, que presidía el entierro, pronunció la oración fúnebre sobre el siervo de Dios. Era el primer panegírico predicado en su honor, tan emocionante y elocuente, que quizá no se ha pronunciado otro tal. Era la canonización anticipada.

⁸ Sor SAN LAZARO, *Proceso apostolico ne pereant*, p 769

⁹ *Proceso del Ordinario*, p 1 166

¹⁰ El parroco y subprefecto de Trevoux, el Rdo. Sezerin, canonigo de Belley, y el conde des Garets, alcalde de Ars, llevaban los cordones del feretro

¹¹ *Proceso del Ordinario*, p 574

«¡Animo, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor!»¹². «Silencio, hermanos míos: escuchad bien, piadosos fieles, a quienes el respeto y el dolor han reunido en tan gran número para esta tan importante ceremonia. Quiero repetir las estas palabras de Nuestro Señor escritas en el Evangelio. Decidme: ¿hay alguno entre vosotros que no crea haberlas oído de la boca del mismo Dios, en el momento en que el alma de nuestro santo Cura se ha separado de su cuerpo consumido durante tanto tiempo en el servicio del divino Maestro?... Meditémoslas, hermanos míos, estas palabras tan dulces y tan hermosas. Ellas han de ser en estos momentos nuestra esperanza. Además, encierran un saludable aviso, en nombre de aquel que ya no nos hablará en adelante, sino con los ejemplos de su vida, y probablemente con las maravillas de su sepultura.»

Después, comentando el texto de su discurso, el obispo de Belley trazó a grandes rasgos un cuadro de la vida sobrehumana del Cura de Ars, «maravilla del poder y del amor de Dios».

¡Cuántos años hace, y quizás cuántos siglos, que el mundo no ha presenciado una existencia sacerdotal en condiciones semejantes, tan fructuosa, tan santa, tan constantemente ocupada, consagrada y gastada en el servicio de Dios!... No es posible sustituir a un Cura de Ars: el mismo Dios, por interés de su gloria, no quiere multiplicar estos prodigios de gracia y de santidad. Toda Francia ha perdido un sacerdote que era su honor, y a quien acudían en demanda de consulta fieles de todas las provincias.

«Animo, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor; es decir: tu jornada ha terminado; has trabajado ya bastante; ven, he aquí la recompensa y el premio de tus obras... Y sábelo quien, querido y venerado Cura, que el día más feliz y más deseado de mi episcopado será aquel en el cual la voz infalible de la Iglesia me permita proclamar solemnemente y cantar en tu honor: *Euge serve bone et fidelis intra in gaudium Domini tui*»¹³.

Acabado este discurso, el cadáver fue conducido a la iglesia, adonde entraron solamente las autoridades, el clero y la familia. Los gendarmes de Trevoux, de pie junto a las puertas, contenían a duras penas a la multitud. Sin em-

bargo, ni un grito salía de entre aquellas gentes, apiñadas en la escalinata y en la estrecha calle. Durante la misa de *Requiem* que celebró el canónigo Guillemín, vicario general de Belley, un silencio religioso se cernía sobre la aldea apenada, convertida toda ella en un templo. Al oír las señales de la campana, el pueblo se arrodillaba y levantaba siguiendo así la misa desde fuera.

Después del responso entonado por Mons. Langelarie, el ataúd fue depositado en la capilla de San Juan Bautista, delante del confesonario, entonces vacío, en el cual el siervo de Dios había absuelto y confortado tantas almas. Mientras la caja estuvo allí, fue velada, día y noche, únicamente por los feligreses¹⁴. El 14 de agosto, el cuerpo fue descendido a una fosa abierta en el centro de la nave. Sobre ella se puso una lápida de mármol negro en la que se grabaron en forma de cruz un cáliz y esta sencilla inscripción: *Aquí yace Juan-María-Bautista Vianney, Cura de Ars*¹⁵. Los restos del siervo de Dios habían de descansar allí por espacio de cincuenta y cinco años, o sea, desde 1859 a 1904.

Entretanto, las peticiones de reliquias comenzaron a afluir. El 4 de agosto, gracias al telégrafo, Dardilly sabía ya la muerte del Cura de Ars. Al día siguiente, la Superiora del pensionado de Nuestra Señora de los Angeles fundado en aquella parroquia por los Hermanos de San José, escribía al obispo de Belley para pedirle el cáliz del Santo. Pocos días después, Mons. Langalerie trasladaba al alcalde de Ars una petición de los habitantes de Dardilly, autorizada por la firma del cardenal-arzobispo de León. El pueblo natal del Cura de Ars quería poseer, si no su cuerpo, al menos su corazón. El conde des Garets se negó resueltamente «El día de los funerales, contestaba al obispo de Belley: Ya dije a los habitantes de aquella parroquia que más tarde, cuando fuese posible la exhumación del cuerpo, tendrían una reliquia importante; que han de contentarse con esta promesa y no repetir la petición, que, en las actuales circunstancias, es inconveniente, y no me parece inspirada en una ver-

¹² *Euge serve bone et fidelis intra in gaudium Domini tui.* (Mat., XXV, 21.)

¹³ El día 15 de agosto, Mons. Langalerie envió este discurso impreso, en forma de carta circular, a todo el clero de Belley.

¹⁴ Magdalena MANDY-SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 273.

¹⁵ Con el transcurso del tiempo, las pisadas de los peregrinos borraron esta inscripción.

dadera devoción. Como viejo amigo del Santo Sacerdote, como alcalde de Ars, siempre me opondré a semejante violación de su voluntad y de su tumba.»

Comenzaba una nueva clase de peregrinaciones. La voz del pueblo, que entonces era a la verdad la voz de Dios, había proclamado la santidad del Cura de Ars. En adelante, acudirían a su iglesia para honrarle y rezar sobre su sepultura. Esta había sido rodeada por una reja de hierro. Esta reja fue muy pronto cubierta de flores y de coronas, y sirvió de sostén para los cirios. Pero, sin tardanza, los misioneros encargados del servicio de la iglesia hicieron desaparecer aquellas señales de devoción y aun la misma verja. Era necesario apartar de aquel lugar toda sombra de culto prematuro. En el obispado de Belley se daba ya como posible la beatificación, y nadie tenía derecho a adelantarse al fallo oficial de la Iglesia. Podía, empero, cada uno invocar particularmente al Cura de Ars. Todos los días llegaban numerosos peregrinos que iban a postrarse sobre la lápida que cubría los venerados restos. Uno de ellos fue el cardenal Villecourt, quien con toda la majestad que daban a su persona, su púrpura y su blanca cabellera, se inclinó hasta el suelo para besar aquella piedra venerable.

* * *

Mientras se iban desarrollando estos acontecimientos, la autoridad diocesana no permanecía inactiva. A ella incumbía el grave y dulce deber de comprobar auténticamente la santidad del Cura de Ars. El 21 de noviembre de 1862, Mons. Langalerie, con gran alegría de todos los fieles, instituyó el tribunal eclesiástico cuyo cometido era examinar la vida, las virtudes, los milagros y los escritos del siervo de Dios. Entonces comenzó el llamado *Proceso del Ordinario*, durante el cual se celebraron doscientas sesiones, y se recogieron las declaraciones de sesenta y seis testigos. Se cerró este proceso el 6 de marzo de 1865.

Algunos días más tarde, Mons. Langalerie llevaba a Roma la copia auténtica (1. 764 páginas in folio), y la entregaba a la Sagrada Congregación de Ritos. No había acabado

de transcurrir el mes de marzo, cuando Su Santidad el Papa Pío IX nombraba Relator de la Causa de Ars al Cardenal Villecourt, residente en Roma¹⁶, y autorizaba al cardenal Patrizi, Prefecto de Ritos, para abrir los in-folios franceses y mandarlos traducir al italiano. Al mismo tiempo, eran designados los censores para examinar los escritos del Cura de Ars.

Después del *Proceso del Ordinario* —información preparatoria para informar a Roma sobre esta pregunta: ¿hay lugar o no a ocuparse en la Causa de Ars?— siguió el *Proceso Apostólico*. Es costumbre dejar que transcurran diez años entre ambos procesos. Por un decreto de 6 de febrero de 1866, Pío IX hizo caso omiso de esta regla: el piadoso y gran pontífice, concededor de la reputación del Cura de Ars¹⁷, deseaba personalmente que la Iglesia glorificase a este humilde sacerdote. El concilio Vaticano, la guerra franco-prusiana y la invasión de Roma por las tropas piemontesas, retrasaron la instrucción de la Causa. Finalmente, el 3 de octubre de 1872, Su Santidad firmó muy gustoso el «mandamiento» que abría la era de las sesiones decisivas. Por este solo hecho, Juan-Bautista-María Vianney era declarado Venerable.

Los procesos llamados *apostólicos*, confiados sucesivamente a los señores Ricard, Marcal y Soubiranue, los tres obispos de Belley, duraron doce años —del 3 de agosto de 1874 al 12 de octubre de 1886—. Comparecieron ciento noventa y siete testigos, y sus declaraciones, consignadas en 2.886 páginas in-folio, fueron escuchadas en trescientas once sesiones.

El *Proceso del Ordinario* y el *Proceso Apostólico* fueron aprobados por la Congregación de Ritos en su reunión del 13 de mayo de 1890 y al día siguiente dicha sentencia fue

¹⁶ El cardenal Villecourt murió muy pronto, y no desempeñó este cargo un año entero. Fue sustituido el 6 de febrero de 1866 por el cardenal Pitra.

¹⁷ En una audiencia concedida por Pío IX al Hermano Gabriel, superior de los Hermanos de la Sagrada Familia de Belley, se hizo mención del Cura de Ars, y el Padre Santo habló de él con viva simpatía. Bendijo ex profeso unos rosarios para que le fueran entregados en su nombre. El Santo los guardó tres meses. Les tenía gran afecto «y el sacrificio le costó en extremo»; pero necesitaba dinero para los pobres, y los cambió por una cuantiosa limosna. (Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 800; señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 300.)

aprobada por León XIII. Este Papa, lo mismo que Pío IX, tenía en gran estima al Cura de Ars. «Hay que llevar a término esta causa, decía en 1889, a Mons. Lucon, el futuro cardenal de Reims, entonces obispo de Belley; el Cura de Ars es la gloria religiosa de Francia.» Asimismo, decía al prelado postulador: «Esta causa es hermosa entre todas; es menester que no se atrase. Quisiera ser yo quien beatificase al Rdo. Vianney»¹⁸. Dios no quiso otorgarle este consuelo.

Fue al antiguo cura de Sarzano y de Tombolo, a Pío X, elegido Papa el 4 de agosto de 1903, cuarenta y cuatro años día por día, después de la muerte del siervo de Dios, a quien estaba reservada la dicha de poder elevar al honor de los altares al Cura de Ars. El 26 de enero de 1904, Pío X presidía la *Congregación general* que había de examinar los milagros del venerable Vianney. El tribunal de Belley examinó diecisiete casos de curaciones acaecidas después de su muerte. El abogado de la causa, señor Morani, escogió dos que le parecieron suficientes: la curación de Adelaida Joly y la de León Roussat.

Estas dos maravillas merecen la pena de ser contadas. Oiremos el relato de labios de los testigos más próximos. He aquí, en primer lugar, la declaración hecha en 10 de octubre de 1864, por Leónida Joly, hermana de la milagrosamente curada.

Yo nací en Saint-Claude el día 8 de mayo de 1848. Adelaida tiene cuatro años menos que yo. Hace cinco años que las dos estamos en el orfanato dirigido por las Hermanas de la Caridad en la parroquia de San Juan de Lión.

Por las mañanas, yo vestía a mi hermanita. Un día comenzó a quejarse de dolores en el brazo izquierdo. En septiembre de 1861, la profesora que visitaba nuestro obrador advirtió que Adelaida tenía el brazo apoyado sobre la rodilla y que no podía trabajar. La llamó pequeña perezosa; mas he aquí que las dos nos echamos a llorar. Entonces acompañaron a la niña a casa del director de los cirujanos de la Caridad. Dijo que Adelaida tenía un tumor blanco, que estaba lisiada para toda la vida, y que tendría que llevar un aparato. Este no fue encargado; nuestras profesoras quisieron

¹⁸ Mons. Lucon en Arts el 4 de agosto de 1905. (*Annales d'Arts*, «diciembre de 1905, p. 265».)

probar otra cosa: nos hicieron empezar una novena al Cura de Ars y, como tuviesen en su poder unos zapatos viejos que habían sido del Santo, sacaron de ellos un cordón y lo ataron al brazo de mi hermanita.

Pasados siete días, Adelaida me dijo: «Leónida, mi brazo ya no me duele.» Y descubriéndoselo, vi que podía moverlo con facilidad. En seguida subí al cuarto de nuestra profesora para anunciarle tan grata nueva. Me reprendió un poco porque lo había hecho sin su permiso. El último día de la novena, la Hermana quitó al venda del brazo, y lo encontró perfectamente curado. Lo meneaba en todos sentidos, y tenía el mismo aspecto que el otro, sin trazas de raquitismo. El tumor había desaparecido del todo. El doctor Berner se quedó estupefacto. No tuvo dificultad en extender un certificado que fue remitido al obispo de Belley. Nosotras hicimos muy contentas una novena de acción de gracias y, desde entonces, invocamos con frecuencia al Cura de Ars, que curó a mi hermanita¹⁹.

En cuanto al milagro de León Roussat, su padre, ganadero de Saint-Laurent-les-Mâcon (Ain), lo refiere así en el *Proceso de Beatificación*:

Certifico que el 1.º de enero de 1862, mi hijo León Roussat, de seis años y dos meses de edad, se sintió acometido de crisis nerviosas, ligeras al principio, pero después cada día más graves y frecuentes. Recurrimos al doctor Carteron, de Mâcon, quien lo sometió sucesivamente a diversos tratamientos, contra las lombrices, la fiebre y la solitaria, y acabó por recetar contra la epilepsia.

Las prescripciones del médico no produjeron efecto alguno y,

¹⁹ Este par de «viejos zapatos» tiene su historia. «En marzo de 1862, refiere Sor María Ana Callamand, de las Hermanas de la Caridad, una señorita de nuestra parroquia de San Juan, que acababa de perder a su madre, nos dijo que ésta había recibido de una amiga un par de zapatos del Cura de Ars, y que ella los había dado a una pobre. Sin duda que se desprendió de ellos con pena, pero pensaba que el buen Cura no desaprobaba su acto. La pobre, que vivía en un desván, en el sexto piso de la casa de esta señora, los dejó en un rincón, porque le parecieron demasiado viejos para su uso. Al irse de aquella habitación, dejó en ella los zapatos, y la señorita Lavie (éste es su nombre) nos los ofreció creyendo que nos hacía un buen obsequio. Nosotros los recibimos gustosísimos, como una preciosa reliquia. Al verlos, nos maravillamos de la pobreza del santo Cura. Sor Margarita se sintió inspirada al pedirme el cordón de uno de los zapatos. «Con esto, dijo estoy segura de que el Cura de Ars curará a nuestra Adelaida. Haremos una novena muy fervorosa y usted verá.» Yo le respondí: «Pues bien, háganla.» Y les entregué el cordón. Se hallaba presente un padre lazarista, el señor Meller, superior de la casa de Angers. Sin pedirme permiso, se apoderó del otro cordón y no quiso a ningún precio devolvérmelo. «También, me dijo, podrá servirme de el.» (Declaración de 10 de octubre de 1864, *Proceso del Ordinario*, p. 1.581.)

cuando el mal se fue agravando, mi mujer y yo lo llevamos a Lión para presentar nuestro niño al doctor Barrier, médico mayor del hospital. Le mandó tomar aguas ferruginosas, tratamiento nuevo del que esperaba mucho.

Por todo resultado, vimos con gran dolor que las crisis aumentaban en número e intensidad de una manera alarmante: León caía por término medio unas quince veces al día. Volvimos a Lión y, en esta segunda visita, el doctor Barrier se limitó a darnos algunos consejos, y añadió: «Este niño es pequeño; hay algunos que reaccionan y otros que no; es inútil que me lo traigan otra vez...»

Muy poco satisfechos de semejante acogida, emprendimos el camino de nuestro pueblo, con el corazón desolado. Al pasar por Villefranche, que está cerca de Ars, dije a mi mujer: «Será menester llevar a nuestro León a Ars». De regreso a nuestra casa, comenzamos una novena en honor del santo Cura... Mas ¡ay! no fuimos escuchados: no había llegado aún la hora de la gracia. Las crisis de nuestro pequeñuelo eran de una intensidad y de una violencia tales que se caía a cada momento; después de uno de los ataques, estuvo dos horas como muerto, frío y helado. Desde entonces, se quedó enteramente paralizado y sin poder hablar.

El lunes de Pascua, quisimos trasladarlo a Ars; pero el señor Cura de Saint-Laurent nos hizo desistir: nuestro piadoso párroco temía, con harta razón, que nuestro hijo muriese durante el viaje.

Finalmente, el 1.º de mayo, nada nos pudo arredrar. El mismo señor cura tenía que ir a Ars, donde el obispo de Belley había de bendecir la primera piedra de la nueva iglesia. Henos, pues, en marcha con él: si teníamos la desgracia de perder a nuestro hijo, estaría a nuestro lado para sostenernos.

Llegamos cuando se acababa la ceremonia. Tuvimos la dicha de recibir una bendición de su Excelencia para nuestro querido enfermo. Después, en la casa de los misioneros, el señor cura y mi mujer le presentaron a León al que se dignó a abrazar, y le bendijo de nuevo. Nos recomendó que hiciéramos una novena al Cura de Ars, que había de consistir en rezar todos los días una decena del rosario. Monseñor tuvo la bondad de prometernos que rezaría con nosotros, y nos aseguró que el niño se curaría.

De la casa de los misioneros, llevamos a nuestro hijo a la tumba del Santo. De vuelta al hotel, tuvimos el consuelo de ver al pequeñuelo, hasta entonces del todo paralizado, tomar con la mano derecha el vaso, beber y entretenerse con unos fósforos, que encendía y lanzaba lejos de sí.

En el trayecto de Ars a Saint-Laurent, adonde llegamos mucho antes de hacerse de noche, no tuvo sino dos ligeras crisis. Durmió

tranquilamente y hasta la madrugada. Para vestirle, tuvimos que valernos de las mismas precauciones que antes, pues sus miembros estaban todavía paralizados. Mi mujer fue aún testigo de dos crisis muy leves.

Por fin, hacia las diez, nos sentamos a la mesa. Poco después, ¡oh felicidad! León me hace seña de que le separe su silla: de repente salta de la mesa y echa a correr, completamente curado. Su hablar continuó algo entorpecido, pero, al terminar nuestra novena, gracias sean dadas a Dios y a su siervo el Cura de Ars, le fue restituida la palabra.

Desde entonces, su salud ha sido admirable; no ha estado nunca ni un momento indispuerto. Testigo de semejante prodigio, no puedo negar a Dios mi corazón. Soy y espero ser siempre un perfecto cristiano²⁰.

En el día 21 de febrero de 1904, el Papa Pío X promulgaba el decreto por el que reconocía estos dos milagros como auténticos y valederos para la beatificación del venerable Juan-María Vianney. Finalmente, el 17 de abril, domingo y festividad del Buen Pastor, otro decreto pontificio declaraba que con toda seguridad se podía proceder a la beatificación solemne. «¡Es un Santo!», decían las multitudes cuando pasaba el Cura de Ars. Y en efecto, su santidad aparecía ya clara como la luz del sol. La Iglesia, prudente y juiciosa, no empleó menos de cuarenta años para asegurar su fallo; éste era conforme con el sentir del pueblo cristiano. Al saberse tan grata nueva, la alegría fue muy grande en todo el orbe católico y especialmente en el corazón de los buenos sacerdotes.

Nada más agradable ni más ventajoso —decía Pío X, el 2 de febrero, a los miembros del clero de París— podía acaecer a Nos, que durante tantos años nos ocupamos de todo corazón en el ministerio parroquial, y a todos los curas del mundo católico, como ver a este venerable Cura rodeado de los honores de los Beatos, tanto más cuanto que su gloria reverberará en todos aquellos que están consagrados al ministerio de las almas.

* * *

²⁰ Juan-María ROUSSAT, *Proceso del Ordinario*, sesión 168, 6 de octubre de 1864, p. 1.549-1.551.

Por fin, en el cielo de Roma, despuntó la aurora del gran día. Un sol esplendoroso lucía por la mañana del domingo, 8 de enero de 1905, señalado por la exaltación del humilde Cura de Ars. Mons. Luçon, obispo de Belley, encargado de distribuir las tarjetas de entrada a la basílica vaticana, despachó unas treinta mil. En la fachada de San Pedro, un lienzo de Bettoni y de Francisci, representaba al Cura de Ars en la gloria. En el vestíbulo, sobre la puerta principal, un cuadro de Capparoni reproducía una de las escenas de las peregrinaciones a Ars: el siervo de Dios atravesando las multitudes. En el interior, la basílica aparecía engalanada de fiesta: el piso y las columnas estaban cubiertos de damascos rojos con franjas de oro. En el ábside, donde había de celebrarse la ceremonia, flotaban dos altos estandartes, de los cuales el de la derecha hacía revivir la curación de Adelaida Joly, y el de la izquierda representaba el interior de la iglesia de Ars, con el niño León Roussat tendido sobre la tumba del nuevo Beato. Entre el altar de la Confesión y la Catedral de San Pedro resplandecían millares de lámparas eléctricas, mientras, a través de los cristales de la inmensa cúpula, penetraba el sol de Dios.

A las diez, desfiló por la basílica la comitiva de cardenales, obispos y generales de las órdenes religiosas. Seguían los alumnos del Seminario Pío, los párrocos de Roma, que quisieron asistir corporativamente a la glorificación del modelo de los párrocos, el Clero y el Cabildo de San Pedro, todos delante del obispo celebrante, Mons. Luçon. El cardenal Rampolla, arcipreste de la basílica vaticana, con largo manto de púrpura, cerraba la marcha.

Cuando, al leerse el Breve de Beatificación, se oyeron estas últimas palabras: *Nos permitimos que en adelante se dé el título de Beato al venerable siervo de Dios Juan-María-Bautista Vianney*, se corrió la cortina que cubría la gloria de Bernini, y se vio levantado —entre las nubes de bronce que rodean, a manera de aureola, la Catedral de San Pedro— el cuadro de la apoteosis: el Cura de Ars volando al cielo sostenido por dos ángeles.

Todas las campanas de la basílica dejaron oír sus alegres sonos. En un movimiento de espontánea venera-

ción, el concurso postrose de rodillas; de muchos ojos saltaban abundantes lágrimas. Mons. Luçon entonó el *Te Deum*, que treinta mil voces continuaron con religioso entusiasmo. Terminado el himno, el obispo de Belley, que veía recompensados por aquellos momentos gloriosos tantos trabajos y tantas fatigas, incensó solemnemente las reliquias del beato Vianney expuestas por primera vez sobre el altar, y cantó la primera oración dirigida por la Iglesia a este nuevo y poderoso protector. Comenzó a continuación la misa pontifical en el altar de la Catedral.

A las cuatro de la tarde, el Papa Pío X se postró delante de este altar para venerar las reliquias del Cura de Ars²¹. En aquel día inolvidable, Roma, la Roma papal, Roma cabeza y corazón de la Iglesia, madre de las almas, que adornada de púrpura santa —la sangre de los mártires— «aventajaba en belleza a todas las bellezas de este mundo»²², devolvía al bienaventurado Vianney amor por amor. ¡Roma! no podía, en vida, oír esta palabra, sin llorar de ternura²³. ¡Cuánto hubiera deseado conocerla y visitarla! ¡Con qué placer se hubiera postrado a los pies del Sumo Pontífice! «Dentro de algunos días, le decía el secretario del cardenal Pacca, que hizo un viaje a Ars, estaré junto al Padre Santo. —¡Oh, si yo pudiese ir con usted!», le respondió el hombre de Dios, y «derramaba lágrimas de envidia»²⁴.

Profesaba a Roma y a sus doctrinas una fervorosa sumisión. «Cuando se suscitó en Francia la cuestión litúrgica, se mostró en seguida partidario de la *liturgia romana*»²⁵. Deseaba, con todas veras, orar en unión con el Padre común de los fieles rezando las mismas oraciones que él. Muchas

²¹ Pío X deseaba canonizar personalmente al Cura de Ars. Poco después de la beatificación, durante una audiencia privada, Mons. Olivier, obispo de Ajaccio, dijo al ver sobre la mesa del Soberano Pontífice una imagen del nuevo beato: «Es un honor para Francia, Santísimo Padre, la presencia ante vuestros ojos de esta imagen. — ¡Ah!, respondió el Papa, interrumpiendo lo que escribía y levantando la cabeza, *socius meus*, es mi compañero.» Después de lo cual, prosiguió diciendo en latín: «Pidamos a Dios que haga por su intercesión, los milagros que permitan canonizarlo. — Confío, Santísimo Padre, que será Su Santidad quien lo canonizará.» El Papa contestó con una amable sonrisa. *Annales d'Ars* agosto de 1906, p. 86.)

²² Roma.. *excellis omnem mundi pulchritudinem* (San Paulino de Aquilea).

²³ Rdo. BEAU, *Proceso apostólico in genere*, p. 300.

²⁴ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 300.

²⁵ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 351.

veces manifestó deseos de poseer un *breviario romano*...²⁶. De verdad, el 8 de enero de 1905, Roma elevaba al honor de los altares a uno de sus mejores y más amantes hijos.

Las solemnidades vaticanas tuvieron su eco en la aldea de Ars. En los días 2, 3 y 4 de agosto, se celebró un triduo grandioso, en el que tomaron parte tres cardenales, quince obispos y veintidós mil fieles. Por lo demás, en aquel rincón de Dombes, se había trabajado durante cuarenta y cinco años para la glorificación de su querido pastor.

Estaba ya en pie aquella «hermosa iglesia» que el Cura de Ars solamente había podido entrever en sueños. Para reunir los recursos necesarios, el abnegado Rdo. Toccanier²⁷, convertido en limosnero, visitó todas las grandes poblaciones de Francia. Una lotería, cuyos dos premios mayores eran el reclinatorio y el reloj del Cura de Ars, produjo 100.000 francos. Detrás de la antigua iglesia, Pedro Bossan comenzó en 1862 la construcción del templo que había de cobijar el altar de Santa Filomena. El 4 de agosto de 1865, Mons. Langalerie podía ya consagrar este altar. Treinta años más tarde, durante el ministerio de Mons. Convert, la «hermosa iglesia» quedaba terminada; en vano, el reverendo Vianney se había esforzado en vida en ocultar su gloria tras la de su «querida santita»; hoy la basílica de Ars es un himno de piedra en el que andan unidos los nombres San Juan-María Vianney y Santa Filomena. Bossan, en su plan primitivo, no había previsto el crucero; el señor Sainte-Marie Perrin lo levantó en honor del santo Cura. Allí reposa ahora el cuerpo del siervo de Dios.

La urna de bronce dorado que lo guarda es donativo del

²⁶ «El Cura de Ars, habiendo oído hablar de las piadosas y bellas lecciones del breviario romano, expresó muchas veces cuánto le hubiera gustado rezar este oficio. En un viaje a París, compré un ejemplar. Tenía la intención de ofrecérselo, pero con la reserva de guardarlo como una reliquia después de su muerte. Pero el Rdo. Martin, mi colega de Point-d'Ain, le hizo notar que el breviario romano era más largo que el de Lión adoptado en nuestra diócesis. El señor Cura, que con tanto trabajo rezaba este último, a causa de su fatiga y de sus ocupaciones haría mejor en no cambiar. El siervo de Dios se atuvo a este consejo.» (Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 1277).

²⁷ El Rdo. Toccanier murió en Ars el 7 de noviembre de 1883, siguiendo muy de cerca a Catalina Lassagne, fallecida el 13 de octubre del año anterior. «Un día, refiere el mismo Rdo. Toccanier, rogué al Cura de Ars que cuando estuviese en el cielo me echase una mano.— Sí, amigo mío, me respondió; ya diré a Dios que deje entrar a mi compañero.» (*Proceso apostólico in genere*, p. 143.)

clero de Francia. Adornada de flores de lis y de rosas, es de una exquisita belleza²⁸. Una imagen de Santa Filomena es su remate. En los cuatro ángulos, se levantan las ascéticas figuras de San Juan Bautista, San Francisco de Regis, San Francisco de Asís y San Benito Labre. A través del cristal del relicario se ve lo que queda aquí en la tierra del santo Cura de Ars.

Al acercarse la beatificación, el 17 de junio de 1904, fue sacado de la tumba el cuerpo del venerable Vianney. Se vio con agradable sorpresa que los miembros se conservaban íntegros. La piel estaba ennegrecida y las carnes secas, pero enteras. Sin embargo, el rostro, a pesar de que se distinguía bien, había experimentado un poco los estragos de la muerte. Con gran alegría, descubrieron que su corazón estaba intacto, y pudieron conservar aparte tan preciosa reliquia.

Los sagrados despojos fueron envueltos en cintas y después revestidos con ricos ornamentos: una túnica de muaré blanco, una sotana de muaré negro, un roquete de primorosos encajes y una estola con flores de lis y rosas bordadas en oro. En los dedos ennegrecidos fueron entrelazados unos rosarios de jaspe. El rostro fue cubierto con una mascarilla de cera que reproducía las facciones del siervo de Dios. En 2 de abril de 1905, al ser mostrada a los ancianos de Ars que habían conocido al señor Vianney la reliquia de su cuerpo tal como aparece hoy a los ojos de los peregrinos, todos exclamaron derramando lágrimas: «¡Ah, es él!»

El relicario descansa sobre un altar de mármol, debajo de un dosel de piedra labrada sostenido por columnas de cipolino.

Está, además, flanqueado por dos grandes frescos debidos al arte de Pablo Borel.

* * *

Un florón —el más bello— faltaba todavía, en la tierra, a la gloriosa corona del Cura de Ars. La Iglesia, al beatifi-

²⁸ Esta obra maestra de orfebrería, proyectada por el señor Sainte-Marie Perrin, procede de la casa de Amadeo Cateland, de Lión.

carlo, lo había elevado a los altares, pero solamente tenía derecho a un culto restringido, que casi no podía rebasar los límites de Francia. Por un decreto de 12 de abril de 1905, Pío X lo había dado por «patrón a todos los sacerdotes que tuviesen cura de almas en Francia y en los territorios sometidos a la misma»; pero, ¿no era menester que este sacerdote incomparable fuese designado por protector y modelo de todos los sacerdotes del mundo? Únicamente los honores de la canonización podían conferirle tan magnífico privilegio.

Después de las grandes solemnidades de Roma y de Ars, el obispo de Belley no permaneció inactivo. Ni aun la misma guerra pudo detener los trabajos de la Causa. En 1916, bajo el episcopado de Mons. Manier y el pontificado de Benedicto XV, fueron examinados los dos milagros exigidos para la canonización del beato Vianney.

Como pruebas de su santidad, fueron admitidas las curaciones de Sor Eugenia y de Matilde Rougeol.

Sor Eugenia, religiosa de Saint-Charles, estaba atacada, desde principios de 1905, de unas varices, que al convertirse en sanguinolentas, degeneraron en una úlcera que acabó por inmovilizar a la pobre religiosa.

En agosto del mismo año, unos feligreses de Bonno (Rhône), donde Sor Eugenia vivía en obediencia, le hablaron de ir a Ars en peregrinación. La pobre enferma suplicó que la condujeran a la aldea del santo Cura... Llevada a la iglesia, y sentada en una silla sobre la tumba donde había reposado el cuerpo del Cura de Ars, estuvo allí más de una hora. «Padre mío, le decía, estoy encargada de la cocina de la comunidad. ¡Es menester que mañana pueda hacerla!» De repente se sintió curada. Levantóse, y anduvo sola hasta el hotel donde se hospedaban los peregrinos de Bonno... Al día siguiente, Sor Eugenia reanudaba sus ocupaciones de cocinera.

Matilde Rougeol, nacida en Villiers-la-Faye (Côte d'Or), el 23 de septiembre de 1878, fue atacada a la edad de veintiocho años, a causa de una gripe maligna, de una laringitis tuberculosa. Habiendo quedado completamente afónica y creyendo que su mal era incurable, no cesaba de consultar

a los médicos, cuando en julio de 1910 tomó parte en una peregrinación a Lourdes, presidida por Mons. Dadolle, obispo de Dijón. La Virgen de Massabielle no quiso curarla. Los peregrinos al regresar de Lourdes habían de detenerse en Ars. La señorita Rougeol puso toda su confianza en el beato Vianney. Mons. Dadolle, al predicar en la iglesia, pidió al bienaventurado Cura que hiciera los milagros exigidos para su canonización. Antes de partir los peregrinos se reunieron de nuevo delante del altar para besar la reliquia. Al besarla, Matilde dijo interiormente: «Si queréis, podéis curarme.» Vuelta a su sitio, probó si podía cantar. ¡Oh maravilla! Su voz, perdida desde hacía cuatro años, salió clara como antes, lanzando por las bóvedas de la basílica el cántico tan popular:

Es nuestro Santo, nuestro honor y nuestra gloria.
El Cura de Ars que aquí se aclama.

La curación había sido repentina y completa... Con su voz clara y bien timbrada, Matilde Rougeol hizo las dos declaraciones sucesivas, una el 4 de octubre de 1916 y otra el 16 de septiembre de 1920, delante del tribunal eclesiástico encargado de la Causa de Ars.

El 1.º de noviembre de 1924 tuvo lugar en el Vaticano, en presencia de Su Santidad Pío XI, la solemne lectura del decreto por el que se aprobaban los dos nuevos milagros atribuidos al Cura de Ars. El domingo, 28 de diciembre, era leído, delante del Papa, el derecho *de tuto*, que permitía la canonización del beato Vianney.

El 31 de mayo de 1925, festividad de Pentecostés, el humilde sacerdote, por «cuyas virtudes y milagros Francia ha brillado a los ojos de todas las naciones con incomparable resplandor»²⁹, recibía los honores supremos.

Fue una fiesta más bien del cielo que de la tierra. Quince días antes, el 17 de mayo, Roma había exaltado a Santa Teresa del Niño Jesús. Para festejar «a la pequeña Reina», había sido engalanada la iglesia de San Pedro con una sun-

²⁹ Palabras de Pío X en su decreto de 12 de abril de 1905 al proclamarle patrón de todos los párrocos de Francia

tuosidad inusitada. La angelical virgen de Lisieux prestó, por decirlo así, sus galas al «pobre Cura de Ars»; ambos, glorias de un mismo siglo y de una misma patria, fueron envueltos en igual triunfo. En todas las columnas de mármol, inmensas colgaduras de damasco rojo bordado en oro; en la base de las estatuas, guirnaldas de laurel; la gigantesca cúpula radiante de luz, de alegría y de gloria.

La multitud, de toda nación y de toda lengua —era una nueva Pentecostés—, llenaba el edificio hasta rebosar. Treinta y cinco cardenales y doscientos obispos rodeaban al Sumo Pontífice. Mientras avanzaba bajo las bóvedas de la basílica el estandarte del bienaventurado Vianney, resonaron aclamaciones entusiastas. Hacia las diez y media, cuando Pío XI, como Jefe de la Iglesia y Doctor infalible, hubo pronunciado con su hermosa y grave voz, amplificadísima por los altavoces, la fórmula del ritual: *Nos declaramos Santo e inscribimos en el catálogo de los Santos al bienaventurado Juan-María-Bautista Vianney*, los aplausos surgieron por todas partes; sonaron las trompetas de plata; las campanas de San Pedro y todas las de Roma lanzaron al aire sus alegres tañidos de fiesta. Todos los corazones vibraban al unísono al compás de una desbordante alegría.

Por la noche tuvo lugar en la plaza de San Pedro una nueva apoteosis. El templo levantado hacia el cielo por el genio de Miguel Ángel, la fachada de la basílica, la columnata de Bernini, el obelisco, brillaron, maravillosamente iluminados, en una noche tachonada de estrellas. Una multitud innumerable desfiló por delante del Vaticano para admirar aquel espectáculo, único en el mundo, y que la Roma actual tampoco había visto. Era una grande acción de gracias a Dios por haber dado a la Iglesia un sacerdote que apareció sobre la tierra como un fuego ardiente, como un lumínar inextinguible.

INDICE

PROLOGO DE LA EDICION ESPAÑOLA	7
INTRODUCCION BIBLIOGRAFICA	17
Primera Parte LOS AÑOS DE PREPARACION 1786-1818	
I LOS PRIMEROS AÑOS (1786-1793)	27
<i>Benito Lâbre en casa de Pedro Vanney —El agradecimiento del santo mendigo —Mateo Vianney y Maria Beluse —Nacimiento de Juan Maria —En el regazo de una madre cristiana —Un modelo de obediencia —El rosario y la pequeña imagen —Los primeros pasos fuera de la vida ordinaria —Ante el altar</i>	
II UN PEQUEÑO PASTOR DURANTE EL TERROR (1793-1974)	37
<i>Los Vianney en la misa del sacerdote juramentado —La santa indignacion de Maria Vianney —Juan-Maria y los sacerdotes fieles —La misa en las granjas —Los combates alrededor de Lion —Dardilly y Chante Merle —Plegarias y procesiones campestres —Juegos y sermones —Juan Maria Vianney y Marion Vincent —Juan-Maria y los pobres errantes —La vida en familia</i>	
III LA ESCUELA, LA PRIMERA CONFESION, LA PRIMERA COMUNION (1794-1799)	49
<i>Las elecciones del ciudadano Dumas —Un alumno ejemplar —Los sacerdotes misioneros Reverendos Groboz y Balley —La primera confesion de Juan-Maria Vianney —En Ecully, en la granja de Point du Jour —Primera comunión de un santito</i>	
IV. LABRADOR Y VIÑADOR (1799-1805)	57
<i>Un trabajo santificado —Las burlas de los compañeros —El Concordato de 1802 —El restablecimiento del culto en Dardilly —Ser sacerdote! —Las primeras confidencias —Los primeros obstaculos —La aceptacion de M Balley</i>	
V UNA VOCACION TARDIA (1805-1890)	69
<i>Juan Maria Vianney a los diecinueve años —El mayor entre los pe</i>	

queños —Peregrinacion a la Louvesc —Un voto embarazoso —La edad del servicio militar —Un viaje del cardenal arzobispo —Confirmación de Juan Maria Bautista Vianney —La hoja del itinerario

VI EL PROFUGO DE NOES (1809-1811) 81

El reclutamiento de 1809 —La incorporacion del exento —En el hospital militar de Lion —En el hospital general de Roanne —Camino de Renaison —En pos de Guy, el profugo —En casa del alcalde de Noes —Jeronimo Vincent en casa de Claudina Fayot —Penas y con suelos del destierro —Los cuidados del desertor —La «señora Fayot» en Dardilly —La amnistia —El adios a Noes —El gozo del retorno —La muerte de una madre —Lo que el Santo pensaba de su retiro en Noes —Lo que hemos de pensar nosotros

VII EL CURSO DE FILOSOFIA EN VERRIERES (1812-1813) 105

En la casa parroquial de Ecully —Primera tonsura —Las lecciones y ejemplos del señor Balley —La casa de Verrieres —Un «filosofo» de venticuatro años —Antipatias y amistades —Marcelino Champagnat —Las notas de un futuro santo

VIII EN EL SEMINARIO MAYOR DE LYON (1813-1814) 113

Las felices vacaciones de 1813 —El seminario de San Ireneo —Una virtud admirable —Un cerebro rebelde —¡Despedido! —Una visita al noviciado de los Hermanos —Un examen en la casa parroquial de Ecully —La decision del señor Courbon, vicario general

IX DEL SUBDIACONADO AL SACERDOCIO (1814-1815) 123

La elevacion al subdiaconado —Los presentimientos del reverendo Millon —La politica en el seminario mayor —La ordenacion de diacono —El examen canonico para el sacerdocio —Las testimoniales —La consagracion sacerdotal —Las impresiones del 13 de agosto de 1815

X EL VICARIO DE ECULLY (1815-1818) 131

Gran gozo en Ecully, en Dardilly y en Noes —El primer penitente del Rdo Vianney —Los comienzos del ministerio parroquial —En la escuela de la santidad —La visita de la viuda Fayot —Paulina Jaricot y Santa Filomena —En la intimidad de la casa parroquial —Enfermedad y muerte del señor Balley —Herencia y recuerdo —El señor Tripier y su vicario —La capellania de Ars

Segunda Parte EL PASTOR DE ARS (1818-1859)

I LA LLEGADA Y EL PRIMER CONTACTO 145

La aldea de Ars —El Rdo Vianney y el pequeño Grive —Vision del porvenir —Ars, parroquia cristiana en el siglo XVIII —Durante la Revolucion el apostata y los sacerdotes fieles —El despertar de las almas —Ars en 1818 —La castellana —El programa del nuevo pastor —

La ceremonia de la toma de posesion —El ajuar de la casa parroquial —La visita a cada hogar

II POR LA CONVERSION DE ARS 161

I ORACIONES Y PENITENCIAS

La oracion del cura de Ars la Iglesia —A traves de los campos —El suelo por cama —Disciplinas de sangre —La primera cuaresma del Rdo Vianney —El pan de los pobres —El puchero de las patatas —El secreto de las primeras conquistas

III POR LA CONVERSION DE ARS 171

II LA GUERRA A LA IGNORANCIA RELIGIOSA

Para hacer mas atractiva la vieja iglesia —El «pecado de ignorancia» —El catecismo de los niños —La instruccion de los fieles —Un predicador heroico —Los temas predilectos —Hacia el altar del Sacramento —Los apóstrofes de las grandes festividades

IV POR LA CONVERSION DE ARS 183

III LA LUCHA CONTRA EL TRABAJO DE LOS DOMINGOS LAS TABERNAS Y LA BLASFEMIA

Los profanadores del dia del Señor —Despues del trabajo prohibido, la bebida y el baile —Las resoluciones del joven pastor —El anatema contra las tabernas —Su desaparicion —Las hospederias de Ars —La represion de la blasfemia —Contra el trabajo del domingo —Nada de dispensas

V POR LA CONVERSION DE ARS 193

IV LA LUCHA CONTRA EL BAILE

Una cuestion de principio huir de la ocasion de pecado —Contra el vicio impuro —Diez años de predicacion —La accion directa —Las primeras conversiones —La absolucion denegada a los entregados al baile —Grandes y pequeños por el mismo rasero —Los padres responsables —Una victoria muy cara —Las modas deshonestas —El Cura de Ars arbitro de la moda —Escotes y mirnaques

VI RESTAURACION DE LA ANTIGUA IGLESIA DE ARS 207

Nuevos proyectos —Designacion inesperada para la parroquia de Salles en el Beaujolais —La capellania de Ars erigida en parroquia —Reconstruccion del campanario —Nuevos altares —Embellecimiento del coro y de la nave —La generosidad del vizconde de Ars —El cuadro de la peregrinacion

VII LAS GRANDES PRUEBAS DE LOS PRIMEROS AÑOS CALUMNIAS Y TENTACIONES 219

La prueba inevitable al Apostol —«Desagradable» —Quejas y criticas —El señor Vianney inclinado a dejar la parroquia —Las calumnias de los libertinos —La investigacion del cura de Trevoux —La actitud del Santo, calumniado —Una reputacion intachable —La respueta de las personas honradas —El fin de la tempestad —El temor de los juicios de Dios —El amor a la cruz —Cansancio y deseos de un cambio —El nombramiento para la parroquia de Fareins

VIII. LAS CONQUISTAS DEL BIEN Y LAS OBRAS DE APOSTOLADO

233 *La fuerza del grupo escogido* —El «jansenismo» de la señorita de Ars —Las adoradoras de primera hora —El feligres Chaffangeon —Para conquistar a los jóvenes y a los hombres la cofradía del Santísimo Sacramento —Para recristianizar los hogares la oración en común, las buenas lecturas, el examen de conciencia —Los secretos de la vida interior enseñados a los campesinos —Las misiones por los contornos —En la gran misión de Trevoux —En Saint-Trivier «¿el señor Cura ha muerto!» —El entusiasmo por el jubileo de San Bernardo —La «broma» del cura de Limas —El regreso a través de la nieve —Para ayudar a sustituir a sus compañeros bautismos, entierros, visitas a enfermos de las parroquias vecinas

IX LA «PROVIDENCIA» DE ARS

247 *Proyecto de una escuela para niñas* —Las jóvenes maestras —Instalación y comienzos —Creación de una casa de Providencia —El Cura de Ars, limosnero y mendigo —Las horas críticas —El milagro del granero —El milagro del pan —La Providencia, obra benéfica de primer orden —Algunas muertes admirables —Una escuela original —«Un modelo de educación popular» —La obra predilecta del Santo —Los catecismos de la Providencia —Nueva capilla y deseos de retro

X «¡ARS YA NO ES ARS!»

265 *Después de cinco años de ministerio* —Una peregrinación a Fourvière —La misión de 1827 un grito de victoria —El trabajo santificado y las virtudes cristianas —En las familias regeneradas —Honradez que llega a ser proverbial —El afecto del Rdo Vianney a sus feligreses —Las buenas familias de Ars —Un domingo en la aldea —La tregua de Dios —Las fiestas de devoción —La práctica de los sacramentos —Hermosas ceremonias —El sentido litúrgico de un Santo —Dos vidas edificantes y dos santas muertes —Ars protegido contra las calamidades

XI EL CURA DE ARS Y EL DEMONIO

289 *La finalidad de las persecuciones diabólicas* —Los primeros ataques nocturnos —Andrés Verchère y su fusil —La identidad del misterioso asaltante —«Esta furioso ¡tanto mejor!» —Las horas de insomnio y de combate —Las tretas y las violencias del demonio —Un viaje infernal por el camino de Saint-Trivier —Los testigos que vieron u oyeron —El lecho quemado —Una noche toledana en la casa parroquial de Montmierle —El atormentador atormentado —El poder del Cura de Ars sobre los demonios —Algunas liberaciones de posesos —Una escena fantástica —Contra el ocultismo y el espiritismo —La aventura del conde Julio de Moubou —En casa del capitán Montluisant —El fin de las obsesiones diabólicas —La derrota de Satan

XII LAS PEREGRINACIONES A ARS

I LOS ORIGENES Y SANTA FILOMENA

313 *Los humildes comienzos de una fama mundial* —Después de la misión de Trevoux —El atractivo que mueve a las multitudes hacia Ars —Los primeros rumores de milagros —A la sombra de la queri-

da Santa Filomena —La breve historia de Filomena —La celeste amiga

XIII LAS PEREGRINACIONES A ARS

II LAS CONTRADICCIONES DEL CIERO

321 *Porte descuidado y críticas* —Consultas a un ignorante —«Era ignorante el Cura de Ars?» —La ciencia de sacerdote —«Avispas» entre los peregrinos —«No soy yo quien les digo que vengan» —Los contrarios convertidos en admiradores —Una carta punzante y la respuesta del Santo —Las denuncias al obispado —La investigación del vicario general y las conclusiones del Prelado —Los sentimientos unánimes para con el Cura de Ars

XIV LAS PEREGRINACIONES A ARS

III EL CURA DE ARS CONFESOR

337 *De camino hacia Ars* —Como se hospedan allí —A la puerta de la iglesia —La interminable espera —Los turnos de favor —Los pecadores cogidos «al vuelo» —Palabras que mueven —Lágrimas que convierten —En el confesionario de hombres —El gran milagro del Cura de Ars la conversión de los pecadores —Lo que el Santo exige antes de absolver —Penitencias breves —Penitencias medicinales —Relato de algunas conversiones

XV LAS PEREGRINACIONES A ARS

IV EL CURA DE ARS DIRECTOR DE CONCIENCIAS

363 *A cada alma los minutos necesarios* —La prudencia en las decisiones —Las almas que el Cura de Ars alienta a avanzar —Las que frena en sus ímpetus —Las devociones que aconseja —La obligación ante todo —Los deberes de los esposos —La dirección de los sacerdotes —Con las condiciones escrupulosas —La práctica de los sacramentos —La preparación que exige —Frecuente comunión y ciencia suficiente —«¡Comulgad con más frecuencia!» —El influjo radiante de un Santo

XVI LAS PEREGRINACIONES A ARS

V LA JORNADA DEL CURA DE ARS Y SU VIDA INTERIOR

377 *Las confesiones al salir de las tertulias nocturnas* —El levantarse a media noche —Las confesiones de las mujeres —La misa del Cura de Ars —La acción de gracias —La audiencia a los peregrinos en la sacristía —El rezo de las horas menores del breviario —La famosa ca tequiesta de las once —Después del catecismo, el paso de la iglesia a la casa parroquial —Una comida rápida —La visita a los enfermos —La visita a la casa de la Providencia —Reanudarse las confesiones de la tarde —Las primeras horas de la noche —La vida interior durante la jornada de un parroco —La oración de simplicidad —El go ce de la presencia de Dios

XVII LAS ANSIAS DE SOLEDAD, GRAVE ENFERMEDAD Y «FUGA» DE 1843

399 *La aprensión de «morir parroco»* —Una dimisión siempre presentada y nunca admitida —Una tentación sutil —Soledad y apostolado,

dos deseos en una misma alma —Primera tentativa de huida —Solo bajo un trabajo abrumador —La grave enfermedad de mayo de 1843 —Desolacion en la parroquia —Entre la vida y la muerte —La curacion atribuida a Santa Filomena —Necesidad de reposo y mayores deseos de soledad —La huida del 12 de septiembre —Ars sin peregrinos —El exodo hacia Dardilly —El mensaje del Rdo Raymond —Regreso triunfal

XVIII ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ULTIMOS AÑOS

423

I SUPRESION DEL ORFANATO FUNDACION DE LA ESCUELA Y DEL PENSIONIS TA DE LOS HERMANOS LAS MISIONES DECENALES

Una conspiracion que no es conspiracion —Quejas y aprensiones con motivo del orfanato de ninas —Los arreglos del Cura de Ars con la Madre San Claudio —Una «liquidacion» previa —Pena y resignacion del Cura santo —Las Hermanas de San Jose y las antiguas directoras de la Providencia —Actitud del Cura de Ars —La escuela municipal de ninos confiada a los Hermanos de la Sagrada Familia —Celo del Cura de Ars por la educacion de la infancia —La obra de las misiones decenales —¿De donde proceden los recursos? —Un avaro «de nuevo cunco» —Las fundaciones perpetuas de misas

XIX ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ULTIMOS AÑOS

441

II EL INCIDENTE DE LA SALETTE

La llegada de Maximino Giraud —Fe del Cura de Ars en la Aparicion de la Salette —Los compañeros de Maximino y el verdadero fin de su viaje —La acogida y los propositos del Rdo Raymond —Entrevista de Maximino y el Cura de Ars —Nueva actitud del Rdo Vianney con respecto a la Salette —Las angustias de un alma santa —El fin de la prueba —El acto de fe que devuelve la paz

XX ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ULTIMOS AÑOS

453

III EL CURA DE ARS CANONICO DE BELLEY Y CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR LA FIESTA DEL 8 DE DICIEMBRE DE 1854

Un canonicato impuesto por sorpresa —La venta de la muceta —El Cura de Ars propuesto para la Legion de Honor —Comentarios del nuevo caballero —El envio de la cruz —El Cura de Ars y la Santisima Virgen —En la aldea de Ars el 8 de diciembre de 1854

XXI ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ULTIMOS AÑOS

465

IV HACIA LA «TRAPA DE LA NEYLIÈRE»

El párroco Vianney, terciario de San Francisco —El parroco Vianney y el Rdo P Colin —La «Trapa» de Nuestra Señora de Neyliere —Un nuevo obispo de Belley —El Rdo Toccamer, misionero de Pont d'Ain, nombrado auxiliar del parroco Vianney —Proyecto de retiro —Un secreto bien guardado —A las orillas del Fontblin —La vuelta a la casa parroquial —La imprevision de un Santo —Un plan mal combinado —Prueba y tentacion —Las tentativas de los habitantes de Dardilly —Enfermedad y muerte de Francisco, el mayor

XXII RETRATO FISICO Y MORAL

481

La primera impresion —La fisonomia la mirada —Bajo el peso de la edad —Sencillez y cortesia —Rasgos dignos de San Francisco de Sales —Dulzura y energia —Un corazon naturalmente bueno —El atractivo de las almas puras —Un corazon tierno —Todas las delicadezas del agradecimiento —El Cura de Ars y los afligidos —Algunas personas entre las que consolo —Las madres apenadas —El correo de almas —Algunas cartas —Un tacto y una prudencia exquisita —Ni sombra de amor propio —El horror a los pecados de la lengua

XXIII EN LA CUMBRE DE LA SANTIDAD

505

I LOS TESTIMONIOS

La subida hacia la perfeccion —La fama de santidad en el entorno inmediato del Cura de Ars —Testimonios de su confesor, de Catalina Lassagne, de Mons Devie y de varios sacerdotes amigos del Cura de Ars —Juicio de otras personas el doctor Saunier, los peregrinos y los habitantes de Ars —El juicio de las multitudes —Unanimidad en los elogios —Lo que la inmensa mayoria ve en el santo Cura

XXIV EN LA CUMBRE DE LA SANTIDAD

517

II LAS VIRTUDES HEROICAS HUMILDAD AMOR A LA POBREZA Y A LOS POBRES

Virtudes heroicas en que se distingue el Cura de Ars —La humildad —Entre las ovaciones de la multitud —El por que de tanta humildad —Huida de las alabanzas —Una «devocion mal entendida» —El Cura de Ars y su carnaval —La historia de un busto de cera —El Cura de Ars y Lacordaire —Algunos pensamientos del Santo sobre la humildad —El amor a la pobreza y a los pobres —El vestuario del Cura de Ars —La casa parroquial —Desprecio de los bienes terrenales —El Cura de Ars y los desgraciados —Ars, punto de cita de los pobres —Amor del Santo a los pobres

XXV EN LA CUMBRE DE LA SANTIDAD

539

III LAS VIRTUDES HEROICAS PACIENCIA Y MORTIFICACION

Paciencia —La virtud «mas admirable» del Cura de Ars —Bajo el insulto —En medio de las importunidades de la muchedumbre —El Cura de Ars y el Rdo Raymond —La paciencia en las enfermedades corporales —Mortificacion —«Mas admirable que imitable» —El instrumento de penitencia mas duro el confesonario del Santo —La imitacion de todo el hombre —Las disciplinas, el cinturón de hierro el cilicio —Los ayunos del Cura de Ars —Su manera de tratar a los humildes —Homenaje de un cartujo

XXVI LAS INTUICIONES Y LAS PREDICCIONES DEL CURA DE ARS

557

Los ojos de un vidente —El don sobrenatural de la intuicion —Como el Cura de Ars veia y sabia las cosas —Intuiciones y predicciones diversas sobre las vocaciones al matrimonio o a la vida religiosa, sobre los acontecimientos futuros, felices o desgraciados —Hechos de vision a distancia —Penetracion de las conciencias —El Cura de Ars y el destino de las comunidades y obras religiosas —¿Profetizo el Cura de Ars grandes acontecimientos? —¿Anuncio las persecuciones?

¿La guerra?—El porvenir de la Compañía de Jesús y la conversión de Inglaterra —¿Existe alguna profecía sobre el porvenir de Ars?

XXVII. LOS MILAGROS DEL CURA DE ARS 591

Bajo la sombra de Santa Filomena —Los milagros a medias —El santo Cura de Ars se olvida algunas veces de Santa Filomena en la realización de milagros —La paciencia cristiana es mejor que el curarse —La fe, condición primera del milagro —La vida del Cura de Ars, perenne milagro y prueba de la existencia de lo divino

XXVIII. LOS GRANDES HECHOS MÍSTICOS DE LA VIDA DEL CURA DE ARS 605

Silencio de humildad o de enajenamiento —Durante la celebración de la misa —Los éxtasis corporales y las visiones —El Cura de Ars y el espectáculo de otro mundo el purgatorio, el infierno, el cielo —Don de lágrimas, levitación, aureola, anillo místico

XXIX. EL ÚLTIMO AÑO DE UN SANTO 625

Aumenta el número de peregrinos —La fatiga creciente del Cura de Ars —¡Siguen las disciplinas! —Noches de insomnio —Un diálogo sublime —«¡Ah, ciertamente, es cosa de risa!» —Proyecto de nueva iglesia —La paz de la tarde —Una visita de Paulina Maria Jaricot

XXX. LA ÚLTIMA ENFERMEDAD Y LA MUERTE 633

Presentimiento de una muerte cercana —El día en que cayó —«Es mi pobre fin» —La extenuación suprema —El «adiós» de los feligreses al viejo pastor —Las tentativas para salvarle —El sosiego del éxtasis —Viático y extremaunción —El último testamento del Cura de Ars —La visita de monseñor Langalerie —La muerte —De campanario en campanario

XXXI. EN LA GLORIA 647

El desfile delante del cadáver del Cura de Ars —Los funerales triunfales —Las primeras peticiones de reliquias —La tumba gloriosa —El proceso de Beatificación —Los dos milagros estudiados por Roma —Gozosa aprobación de Pío X —Las fiestas de la beatificación en San Pedro de Roma —Amor por amor —En la aldea de Ars —Los sucesos honores la Canonización

Esta novena edición de EL CURA DE ARS se acaba de imprimir el día 15 de noviembre de 1996, festividad de San Alberto Magno Obispo y Doctor de la Iglesia, en Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

OTROS TÍTULOS

COLECCIÓN *ARCADUZ*

CONOCER A JESUCRISTO

Frank J. Sheed
9ª edición

LA VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS

Marcelle Auclair
11ª edición

LA SOMBRA DEL PADRE Historia de José de Nazaret

Jan Dobraczyński
12ª edición

LA CANCIÓN DE BERNADETTE Historia de las apariciones de la Virgen en Lourdes

Frank Werfel
5ª edición

LA MADRE TERESA «Lo hacemos por Jesús»

Edward Le Joly
6ª edición

CORAZÓN INQUIETO La vida de San Agustín

Louis de Wohl
7ª edición

HISTORIA DE LA IGLESIA Daniel-Rops

EL PUEBLO DE LA BIBLIA

JESÚS EN SU TIEMPO

LA IGLESIA DE LOS APÓSTOLES Y DE LOS MÁRTIRES